CHILE ILUSTRADO

ENERO DE 1904
AÑO III
Nº 18

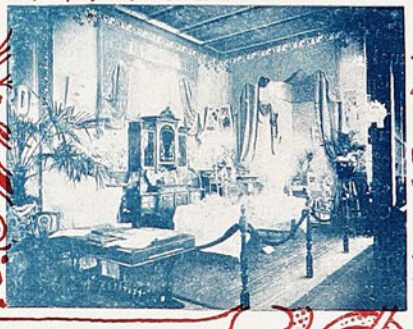
REVISTA
MENSUAL
PUBLICADA POR
LA IMPRENTA
BARCELONA

· ES PROPIEDAD ·

Precio: 50 Centavos

CHILE ILUSTRADO

SEÑOR ENRIQUE BUDGE, PRESIDENTE DE LA EXPOSICIÓN INDUSTRIAL



INSTALACIONES DE LA CASA MUZARD EN LA EXPOSICIÓN

EN CAMPAÑA — DIBUJO ORIGINAL DEL SEÑOR P. S.

CHARLAS SANTIAGUINAS

31 de diciembre

El año se muere alegremente, como un buen filósofo de la escuela estoica. Sus últimos días se van, arrebatados en una racha inflada por las risas y las exclamaciones de contento.

La Pascua nos sorprendió engolfados en la descifración del eterno problema de la política, al cual consagrábamos toda nuestra actividad.

Pero he aquí que la Pascua vino, envuelta en su retrechero pollerín de percal colorado vistosamente oliendo á clavel y albahaca y tras ella se nos fueron las miradas y... los piés, y olvidando por un momento la política, en la oreja el fresco manojito de albahaca, nos fuimos Alameda abajo á correr la Noche Buena.

* * *

Y tornaron á alinearse bajo los viejos árboles las *ventas* clásicas, aquellas pintorescas ventas en donde se amontonan los apetitosos duraznitos de la virgen puestos brillantes en fuerza de sobarlos; en donde las aterciopeladas carnaciones de los regios damascos imperiales provocan al mordizco y en donde negrean las lucientes pirámides de brevas *fresquitas* y tan gordas que su piel estalla á veces, dejando ver la dulce pulpa acarminada.

Y volvieron á encenderse los farolillos chinescos de todos colores que balanceándose entre las ramazones verdinegras semejaron enormes y disparatadas flores de luz.

«Esta noche, es Noche Buena...»

La Alameda prolongaba su ancha senda iluminada por el fulgor rojizo de los farolitos chinescos, de los farolitos de Pascua, y la muchedumbre, en ir y venir constante, hacía que se levantara una neblina de polvo luminoso que flotaba sobre los viejos árboles, haciendo destacarse en claro las enmarañadas siluetas de sus follajes.

Y cuando la luna en creciente hundió sus cuernos en los azules cerros de la costa y en la cordillera de los Andes empezó á parpadear trémulamente la primera fría vislumbre del alba, la Alameda roncaba, durmiendo su Noche Buena, toda desordenada y revuelta como un campamento de gitanos...

* * *

Y mañana, el Año Nuevo.

La imaginación se vuelve á contemplar el camino recorrido, y ora surgen meditaciones melancólicas ante la monotonía del panorama que se aleja, ora la esperanza sube como un vaho mágico desde lo más hondo del alma, á poner en nuestros ojos algún risueño miraje por venir, algún paisaje de ensueño, hacia el cual nos encaminamos con toda la ardiente fé de nuestros ideales.

Entretanto, los aficionados á la estadística hacen el balance del año: *Debe*... *Haber*... ¡pero no hay!

Los cronistas sentimentales y patriotas se dan á elaborar largas tiradas de prosa cursi, incrustada de lamentaciones y ditirambos, en que nos hablan de la degeneración política á que vamos, de la crisis intelectual que vemos y de las glorias y grandezas que antes vimos...

«Cuán solitaria la nación que un día...»

O este otro que de puro repetido va haciéndose otra vez nuevo:

«Estos, Fabio, ay dolor que ves ahora...»

En cambio nosotros, los del mayor número, los que no nos enfrascamos en reflecciones más ó menos serias y graves, nos divertiremos por todo lo alto, iremos á la Plaza, á esperar el delicioso abrazo de las 12, ó bien, cómodamente arrellanados en una blanda poltrona, aguardaremos entre cabezada y cabezada que suene el cañón que anuncia la entrada del nuevo año, para darnos el placer de arrancar al almanaque de pared la cubierta al cromo y deleitarnos en la contemplación del 1 rigido, que como un tieso centinela

ESTERO DE LIMACHE

guarda la puerta de ese largo corredor oscuro que llamamos «Año Nuevo».

* * *

Y después, á preparar nuestras maletas para el consabido viajecito al campo, ó á la costa. A recorrer las tiendas atestadas de artículos de verano, en cuyas vitrinas los trajes de baño toman actitudes clownescas, descoyuntadas y lácias. O bien, los que no podemos darnos el lujo de ir á las haciendas ó á los balnearios, á comprarnos un saco de viaje y meternos en casita y hacernos la ilusión de que estamos en algún país exótico. Para esto sólo es menester un cambio de decoraciones: colgar en la muralla la colcha floreada en cuenta de tapiz, meter la cabeza en el forro rojo del sombrero, á manera de *fez*, y envolverse en la sábana, la cual hará el papel de albornoz y así, en tal estampa de de moro Muza, esperar pacientemente que los calores se enfríen...

ESCORIAL

Porque pensar que uno ha de refrescarlos.. es lesera.

BARBOUILLEUR

VERDULERO

CUANDO LA NOCHE LLEGA

A M. MAGALLANES MOURE

...— El crepúsculo... ¿Vd. lo siente? Ah, nó! *todavía* no sabe Vd. qué es el crepúsculo — dijo ella estremeciéndose bajo la blanca muselina del traje.

Frente á nosotros, á los lados, en todas partes, envolviendo la ciudad con su neblina, flotaba el recuerdo violeta, ligeramente áureo del sol. A lo largo de las calles, las luces se encendian poco á poco, luces verdosas, de un verde cristalino de agua, como esmeraldas desteñidas que alguna mano fantástica fuera engarzando en complicado collar.

—¿No ha observado Vd. que cuando la noche llega se siente frio? Es por eso — añadió.

Yo la contemplé. La claridad nos abandonaba, la sombra invasora que desde las profundidades del monte ascendia hasta nosotros, tornábala pensativa, grave, con algo austero y fatigado. Nunca lo había visto así. Sus ojos tenian brillo enfermizo; no obstante, bajo los párpados todo era sombra, un tinte violeta hondo, disforme. Nunca la habia visto así.

— ... El frío de la tarde... qué vulgar y que verdadero es esto! — repitió cruzando con dulzura las manos que me parecieron más transparentes. (Puras y santas, manos en otro tiempo apasionadas, podían haber muerto ya?) — El frio de la noche interminable, de la tiniebla.

Y luego, bruscamente:

— ¿Con qué palabras definiría Vd. la noche?

Abstraido, no supe responderle.

.. ¿Con qué palabras?

Desperté, ó más bien, regresé, pues no soñaba sino que estaba ausente.

— ¿La noche? ¿Por qué pensar en ella? El amor es el día.

— Es verdad, (movió la cabeza) pero el sol se pone. El sol es la juventud y la vida. El sol se pone y el breve día se extingue.

Lo decia con tanta amargura, que pensé si no hablaba de algo intimo, que vivía con ella en su alma y que era su melancolía.

La ciudad se iba esfumando cada vez más, evaporándose talvez en ese vapor azulado. Sólo quedaban erguidas, rectas, centinelas en el campamento, las siluetas de las torres.

En cualquiera de ellas empezó la despedida triste i resignada del *angelus* vespertino. Aquel lamento

PLAZA DE ARMAS, CURICÓ

del metal repercutía en el corazón, Sólo entonces comprendí que el mío estaba hueco otra vez, todavía sonoro y que el de ella quedaría trizado para siempre.

Traté de confortarla, aunque en mí agonizaba su amor: ¿pueden quebrarse las campanas sin haber vibrado dolorosamente? Más, me retuvo las manos, imponiéndome silencio. Puso el oído, atenta, anhelante, para no perder una sola de las últimas vibraciones. Escuchaba ávida, pareciendo reunir los prófugos sonidos. Nunca supe si lo que ella oyó fué el toque á oraciones de la campana inmediata ó el latido de mi distante corazón.

Otro bronce resonó más lejos. Describiendo anchos círculos el eco volaba—pájaro despedido de su alero, que busca donde guarecerse;—pasaba cerca de nosotros cual algo predestinado á morir pronto y anegábase, desvaneciase en la húmeda y triste serenidad de ese frío atardecer.

— ¿Oyes? Qué tristeza! Todo huye por la penumbra hacia la tiniebla. Oh, la noche!

...— Sí, — murmuró por fin—son las tres palabras, incoherentes como un desvarío, que pueden definirla: *Nunca... Imposible... Nada.* No dan sentido y deben ligarse, sin embargo; es condensar en la frase todo cuanto hay. No hay más que eso. Ojalá no haya más que eso!...

Miré su frente. La arruga que la cruzó ha sido su dolor de ayer y *Nunca* me ha reunido sus recuerdos... Miré sus ojos. El llanto que los humedece es su dolor de hoy y es *Imposible* que me esprese sus pensamientos... Miré sus labios. La angustiosa sonrisa que ensayan será su dolor de mañana y *Nada* me definirá sus temores... Entonces, ante ese enigma visionario obsesionado y vidente que se llama otra existencia humana, me di cuenta del fatal aislamiento á que estamos condenados y *sentí* el crepúsculo en todo su intenso escalofrío.

— No, no hay más, no hay más, no debiera haber más...

Sólo quedaba luz en la cumbre del monte; pero ¿quién podía subir hasta ahí? Sus fal-

ESTACIÓN DEL FERROCARRIL EN VALDIVIA

das hundíanse en la sombra pareciendo cimentarlo un horror negro y sin objeto. A su redor se hacia el vacío de lo impenetrable. Más abajo aún, mirando desde la altura, el patio cuadrilongo que rompe el tejado de las viviendas, las convertía en sepulcros sin sellar.

Pero ya caía la noche sobre la ciudad i sobre el mundo, como una sola lápida con un sólo epitafio para todos los muertos:

Nunca. Imposible. Nada.

AUGUSTO THOMSON

CUESTIÓN DE ILUSIONES

Estamos en un nuevo año, que todos hemos esperado con mayor ó menor ansiedad y al cual referimos infinitas ilusiones. Al entrar 1904, nos encontramos como en la portada de un teatro en que los cartelones anuncian la presentación de una compañía nueva con una pieza también nueva; puede que salga una cosa buena, todos así lo esperan: sólo que en los teatros algunas veces devuelven el valor de la entrada, mientras que no es posible conseguir que nos devuelvan el año viejo...

¿Será feliz este año? ¿será buena la compañía? Los jugadores de *baccará* tuercen el gesto, al sumar las cifras del número del año, 1904: 1 y 9 son 10, y 4 son 14; 1 y 4 son 5, número indeciso que expone á las mes desagradables sorpresas. Pero los jugadores de *rocambor* ó tresillo ven en ese número 5 un feliz augurio, como que representa el total de las basas reglamentarias.

Los que no jugamos *baccará* ni tresillo no nos hacemos ilusiones tan matemáticas (perdón por la paradoja), pero nos las hacemos de todos modos y talvez más abultadas, y por lo menos nos figuramos sacar el millón de la lotería de Buenos Aires, ó una descansada secretaría de legación que nos ayude á aprender francés y á olvidar el castellano.

¿Pero siempre es algo tan tangible como eso la felicidad que soñamos? Por poco que se examine, se ve que ella no es sino una simple ilusión y que se halla más dentro de nuestras cabezas que en las personas y cosas que nos rodean.

Si un individuo, á quien todos, con muy buenas razones, suponen el más degraciado de la tierra, llega á imaginarse que es feliz ¿no lo es acaso, desde el momento en que se convence de ello? La felicidad tiene eso de semejante con los valores fiduciarios; por sí mismos nada son, y su valor estriba en el crédito que se les da, en la representación monetaria que se les atribuye.

No hace mucho llegué a casa de un amigo y lo encontré atravesado delante de una caja de madera, llena de salitre, en el cual enterraba palitos de fósforos.

— ¿Qué haces? — le pregunté, admirado de tan extraño trabajo.

— Estoy labrando mi fortuna — me respondió con tono de absoluta seguridad.

— ¿Y tú crees cosechar oro abonando palos con salitre?

En lugar de responderme directamente, me miró con aire desdeñoso y me dijo·

— Si tú dedicas una caja á guardar azúcar ¿cómo se llamará esa caja?

— Será una caja azucarera.

— ¿Y si la dedicas á guardar tabaco?

— Tabaquera.

— Y bien, esta caja en que guardo salitre ¿qué apellido ha de tener?

— Salitrera.

— Eres más inteligente de lo que yo creía. Ahora ¿qué efecto te hacen esos palitos encerrados en el salitre?

— Me parecen estacas.

— Exacto. Son sesenta. Ya tú no puedes negarme que soy propietario de una salitrera con sesenta estacas.

Y tenía razón. Y, por extraño que parezca, la noticia cundió; todo el mundo supo que aquel amigo era un rico propietario de una extensa salitrera de sesenta ó ciento veinte estacas, que contenía el salitre más puro de toda la pampa. Y esta noticia le ayudó al poco tiempo á contraer un buen matrimonio. Una simple ilusión le hizo feliz.

Pero se me objetará que las ilusiones se desvanecen rápidamente al contacto con las asperezas de la vida real. ¡Bah! Los dolores y asperezas son cosas de un momento: producen desagrado al principio, pero luego la costumbre les quita toda su importancia. ¿Qué no puede la costumbre? ¿No realiza ella verdaderos milagros?

Conocido es el caso de aquel individuo que quiso acostumbrar á su mula á no comer; pero si ésta murió al sexto día, cuando ya comenzaba á habituarse al régimen, fué torpeza y precipitación en el procedimiento.

Frente á este caso se debe presentar otro, más sugestivo. Un individuo que tenía jardín y pila con peces, quiso acostumbrar á uno de éstos á vivir fuera del agua. Eligió para ello uno fácil de distinguir de los demás. Un día lo cogió, lo sacó rápidamente del agua y volvió á dejarlo en ella. Al día siguiente repitió la operación y tuvo al pez dos segundos fuera de su elemento; al tercer día cuatro segundos; á los quince días, lo tenía fuera por media hora; á los dos meses, el pez pasaba el día en seco y la noche en la pila; á los seis, había abandonado definitivamente el agua y vivía en una cajita, donde su dueño lo alimentaba con yerbas y moscas. La maravilla estaba plenamente realizada.

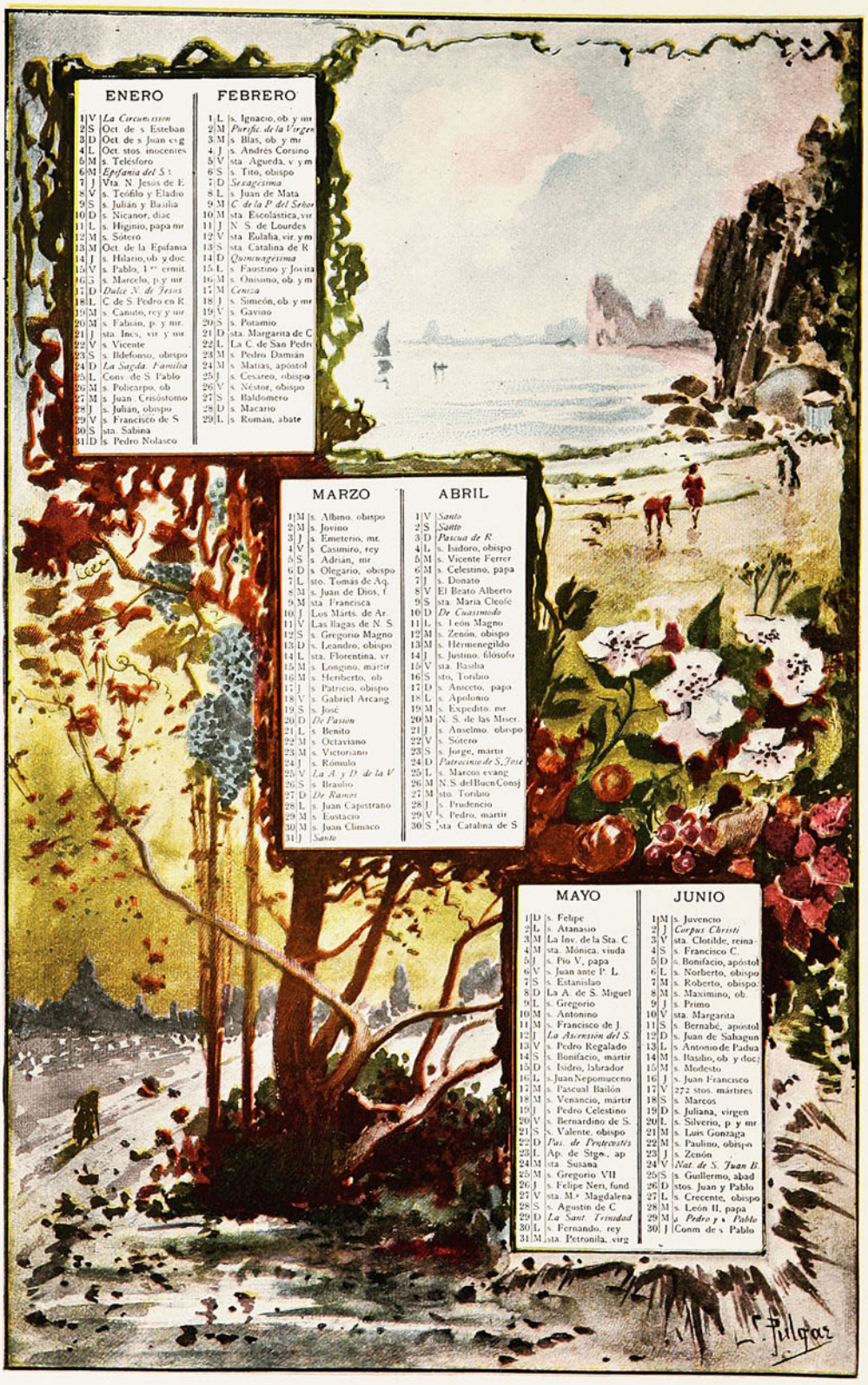
Pero semanas mas tarde, el dueño del pez quiso lucir su obra ante unos amigos: sacó la caja y al abrirla para exhibir el pez, un movimiento brusco hizo saltar la caja y saltó también el animalito, que fué á caer dentro de un aguamanil; sacólo el dueño rápidamente del agua, pero ya era tarde: el pez se había ahogado!...

La felicidad no es, pues, sino cuestión de ilusiones, ayudadas por la costumbre.

Un solo inconveniente tiene este sistema de alcanzar la dicha, el mismo con que se argüia contra un cazador de leones. Interrogado éste sobre cómo podía tener valor para dedicarse á tales caserías, contestaba:

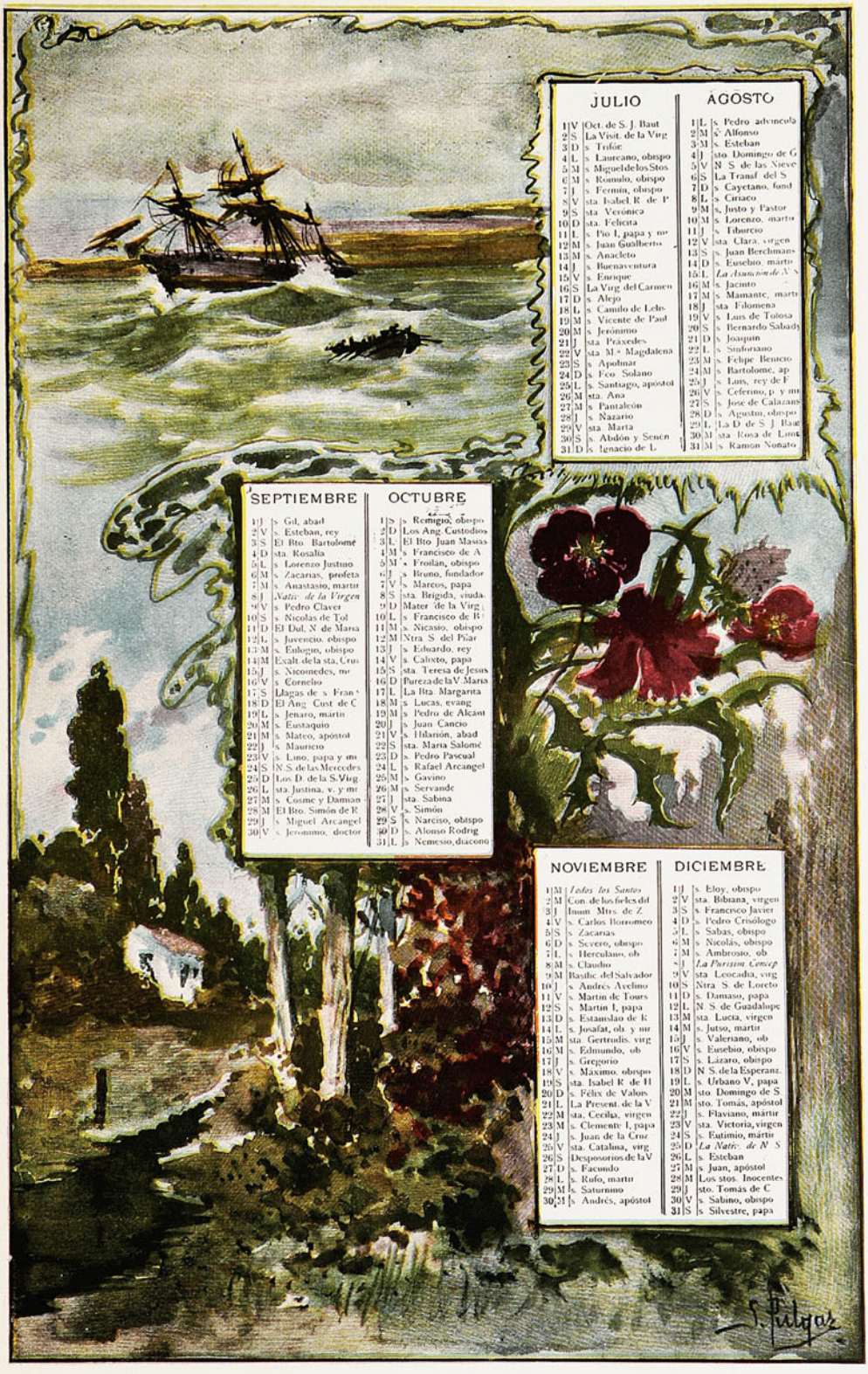
CALLE DE LA CATEDRAL EN SANTIAGO (CHILE)

INDIAS ARAUCANAS



PRIMA DE "EL CHILE ILUSTRADO"

ALMANAQUE DE "EL CHI



JULIO

1	V	Oct. de S. J. Baut
2	S	La Visit. de la Virg
3	D	s. Trifón
4	L	s. Laureano, obispo
5	M	s. Miguel de los Stos
6	M	s. Romulo, obispo
7	J	s. Fermín, obispo
8	V	sta. Isabel R. de P.
9	S	sta. Verónica
10	D	sta. Felicita
11	L	s. Pio I, papa y m.
12	M	s. Juan Guilberto
13	M	s. Anacleto
14	J	s. Buenaventura
15	V	s. Enrique
16	S	La Virg. del Carmen
17	D	s. Alejo
18	L	s. Camilo de Lelis
19	M	s. Vicente de Paul
20	M	s. Jerónimo
21	J	sta. Práxedes
22	V	sta. M.ª Magdalena
23	S	s. Apolinar
24	D	s. Fco. Solano
25	L	s. Santiago, apóstol
26	M	sta. Ana
27	M	s. Pantaleón
28	J	s. Nazario
29	V	sta. Marta
30	S	s. Abdón y Senén
31	D	s. Ignacio de L.

AGOSTO

1	L	s. Pedro advincula
2	M	s. Alfonso
3	M	s. Esteban
4	J	sto. Domingo de G.
5	V	N. S. de las Nieve
6	S	La Transf. del S.
7	D	s. Cayetano, fund.
8	L	s. Ciriaco
9	M	s. Justo y Pastor
10	M	s. Lorenzo, martir
11	J	s. Tiburcio
12	V	sta. Clara, virgen
13	S	s. Juan Berchmans
14	D	s. Eusebio, mártir
15	L	*La Asuncion de N.* S.
16	M	s. Jacinto
17	M	s. Mamante, martir
18	J	sta. Filomena
19	V	s. Luis de Tolosa
20	S	s. Bernardo Sabady
21	D	s. Joaquin
22	L	s. Simforiano
23	M	s. Felipe Benicio
24	M	s. Bartolomé, ap.
25	J	s. Luis, rey de F.
26	V	s. Ceferino, p. y m.
27	S	s. Jose de Calazans
28	D	s. Agustin, obispo
29	L	La D. de S. J. Baut.
30	M	sta. Rosa de Limt.
31	M	s. Ramon Nonato

SEPTIEMBRE

1	J	s. Gil, abad
2	V	s. Esteban, rey
3	S	El Bto. Bartolomé
4	D	sta. Rosalia
5	L	s. Lorenzo Justino
6	M	s. Zacarias, profeta
7	M	s. Anastasio, martir
8	J	*Nativ. de la Virgen*
9	V	s. Pedro Claver
10	S	s. Nicolás de Tol.
11	D	El Dul. N. de Maria
12	L	s. Juvencio, obispo
13	M	s. Eulogio, obispo
14	M	Exalt. de la sta. Cruz
15	J	s. Nicomedes, m.
16	V	s. Cornelio
17	S	Llagas de s. Fran.º
18	D	El Ang. Cust. de C.
19	L	s. Jenaro, martir
20	M	s. Eustaquio
21	M	s. Mateo, apóstol
22	J	s. Mauricio
23	V	s. Lino, papa y m.
24	S	N. S. de las Mercedes
25	D	Los D. de la S. Virg.
26	L	sta. Justina, v. y m.
27	M	s. Cosme y Damian
28	M	El Bto. Simón de R.
29	J	s. Miguel Arcangel
30	V	s. Jerónimo, doctor

OCTUBRE

1	S	s. Remigio, obispo
2	D	Los Ang. Custodios
3	L	El Bto. Juan Masias
4	M	s. Francisco de A.
5	M	s. Froilán, obispo
6	J	s. Bruno, fundador
7	V	s. Marcos, papa
8	S	sta. Brigida, viuda
9	D	Mater. de la Virg.
10	L	s. Francisco de B.
11	M	s. Nicasio, obispo
12	M	Ntra. S. del Pilar
13	J	s. Eduardo, rey
14	V	s. Calixto, papa
15	S	sta. Teresa de Jesus
16	D	Pureza de la V. Maria
17	L	La Bta. Margarita
18	M	s. Lucas, evang.
19	M	s. Pedro de Alcánt.
20	J	s. Juan Cancio
21	V	s. Hilarión, abad
22	S	sta. Maria Salomé
23	D	s. Pedro Pascual
24	L	s. Rafael Arcangel
25	M	s. Gavino
26	M	s. Servande
27	J	sta. Sabina
28	V	s. Simón
29	S	s. Narciso, obispo
30	D	s. Alonso Rodrig.
31	L	s. Nemesio, diacono

NOVIEMBRE

1	M	*Todos los Santos*
2	M	Con. de los fieles dif.
3	J	Inoun. Mtrs. de Z.
4	V	s. Carlos Borromeo
5	S	s. Zacarias
6	D	s. Severo, obispo
7	L	s. Herculano, ob.
8	M	s. Claudio
9	M	Basilic. del Salvador
10	J	s. Andres Avelino
11	V	s. Martin de Tours
12	S	s. Martin I, papa
13	D	s. Estanislao de K.
14	L	s. Josafat, ob. y m.
15	M	sta. Gertrudis, virg.
16	M	s. Edmundo, ob.
17	J	s. Gregorio
18	V	s. Maximo, obispo
19	S	sta. Isabel R. de H.
20	D	s. Félix de Valois
21	L	La Present. de la V.
22	M	sta. Cecilia, virgen
23	M	s. Clemente I, papa
24	J	s. Juan de la Cruz
25	V	sta. Catalina, virg.
26	S	Desposorios de la V.
27	D	s. Facundo
28	L	s. Rufo, martir
29	M	s. Saturnino
30	M	s. Andrés, apóstol

DICIEMBRE

1	J	s. Eloy, obispo
2	V	sta. Bibiana, virgen
3	S	s. Francisco Javier
4	D	s. Pedro Crisólogo
5	L	s. Sabas, obispo
6	M	s. Nicolás, obispo
7	M	s. Ambrosio, ob.
8	J	*La Purisim. Concep.*
9	V	sta. Leocadia, virg.
10	S	Ntra. S. de Loreto
11	D	s. Damaso, papa
12	L	N. S. de Guadalupe
13	M	sta. Lucia, virgen
14	M	s. Jutso, martir
15	J	s. Valeriano, ob.
16	V	s. Eusebio, obispo
17	S	s. Lázaro, obispo
18	D	N. S. de la Esperanz.
19	L	s. Urbano V, papa
20	M	sto. Domingo de S.
21	M	sto. Tomás, apóstol
22	J	s. Flaviano, mártir
23	V	sta. Victoria, virgen
24	S	s. Eutimio, mártir
25	D	*La Nativ. de N. S.*
26	L	s. Esteban
27	M	s. Juan, apóstol
28	M	Los stos. Inocentes
29	J	sto. Tomás de C.
30	V	s. Sabino, obispo
31	S	s. Silvestre, papa

Imp., Lit. y Enc. Barcelona — Moneda, 843

COSTUMBRES CHILENAS — UNA LECCIÓN DE CUECA

— Es muy sencillo. Cuando me encuentro delante de un leon, me hago la ilusión de que es una liebre: tiro con toda calma y lo mato.

— No puede ser más sencillo el procedimiento — argüía un oyente; — sólo que me parece un poco difícil hacerse tales ilusiones delante del león.

RONQUILLO

TALCAHUANO

EL ALMANAQUE DE PARED

Necesito confesarlo: me es profundamente antipático el almanaque de pared.

Reconozco su indiscutible utilidad, lo cómodo de su uso, para los negociantes sobre todo, para los que necesitan saber el día en que viven, el vencimiento de un plazo, la fecha necesaria en un documento; pero no me acostumbro á la forzosa contemplación de aquellas cifras inmóviles, grandes y negras.

Parece como que el tiempo me mira desde allí para que no olvide ni un momento su marcha rápida, constante y fija.

A veces, no por olvido, sino para hacerme la ilusión de que el tiempo no corre tanto, dejo pasar días y semanas y meses enteros sin quitar las hojas; pero nunca falta una mano que las arranque, para volverme sin duda á la realidad de la vida.

Cuando comienza el año se cuelga en la pared el almanaque nuevo, un volumen de setecientas treinta páginas con su cubierta pintada al cromo, llena de figurillas juguetonas que ocultan las fechas.

Debajo están los días que irán llegando: serenos y monótonos los unos, tristes ó agitados los otros. Allí está el año entero con las alegrías y los dolores que nos aguardan... ¡quién sabe lo que hay allí debajo!

Según transcurre el tiempo, aquel tomo va reduciéndose, reduciéndose, hasta quedar como lo veo ahora: con unas cuantas hojas nada más. Las otras han desaparecido como los días que representaron; cada una vió la luz sólo veinticuatro horas.

Antes, cuando no habían inventado ese odioso almanaque, se usaba el calendario, un librito que no se desgarraba, que acaso no conservaría nadie; pero que, al fin y a la postre, quedaba entero, como recuerdo del año. El almanaque no era entonces, como es hoy, fugaz representación de la existencia.

Nunca se borrará de mi memoria un día tristísimo. Con los ojos todavía humedecidos por el llanto en medio de mi muda desesperación, contemplaba yo la fecha que marcaba en sus cifras enormes el almanaque de pared.

Por no sé qué capricho del dolor quise arrancar aquella hoja para conservarla; pero al dorso, como todas ellas, tenía impreso un cuento, un epigrama, un chascarrillo, algo mui chistoso, que contrastaba horriblemente, con lo funesto de la fecha, como el regocijo de los que ríen con la pena de los que lloran.

Allí estaban juntos, juntos siempre como en la vida, la risa y el llanto.

Rasgué la hoja y la tiré lejos de mí.

....

.....

ESCORIAL

En fin, que el almanaque de pared será muy cómodo, muy útil, y aún filosófico hasta cierto punto, pero, la verdad, es muy antipático.

MIGUEL RAMOS CARRIÓN

RAIMUNDO MONVOISIN

El retrato de este conocido artista nos ha sido comunicado por don Pedro Lira. El original en pintura es de mano del mismo Monvoisin, siendo su discípulo Geoffroy quien lo grabó para «El Artista».

La grande importancia de Monvoisin y su influencia innegable en la pintura chilena nos inducen á publicar aquí un extracto del artículo que le consagra el señor Lira en su *Diccionario Biográfico de Pintores*.

Dice el señor Lira: Monvoisin nació en Burdeos el año 1790 y murió en París en 1870. Fué discípulo de Guerin y obtuvo el premio de Roma en 1822. De allí mandó á París su *Río Escomandro* y algunos otros cuadros de no grande importancia. De regreso á Francia, se distinguió en los salones y alcanzó dos veces una primera medalla, en 1831 y en 1837. Esa fué su época más fecunda hasta su viaje á América en 1842... La causa de su venida á América ha quedado siempre envuelta en cierto misterio. Visitó varias naciones de nuestro continente, pero fué en Chile donde permaneció más largo tiempo y ejerció mayor influencia...

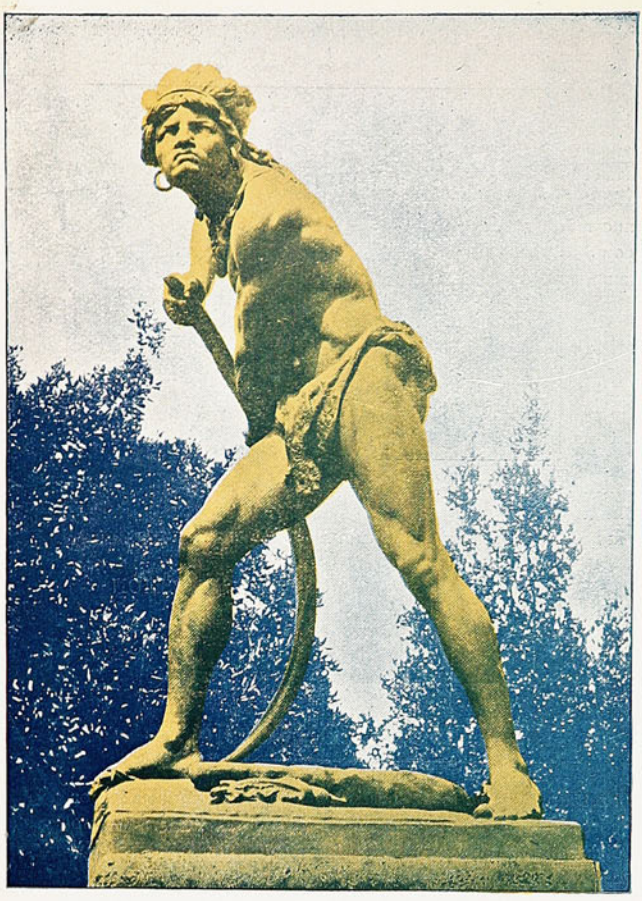
Ejecutó en él varios cuadros recomendables, aunque inferiores, sin duda, á sus producciones europeas, y una enorme cantidad de retratos, algunos de ellos de bastante mérito, como el del *Obispo Elizondo*, actualmente en el Museo de Bellas Artes.

LA REDACCIÓN

EL PERRO VIRTUOSO

(FÁBULA)

Era muy famoso en todo el país por su virtud y su intelingencia un perro que llevaba el hermoso nombre de Bruto. Era maestro en moralidad, paciencia i discreción. Oíase alabarle y elogiarle cual á un Natán el Sabio de los cuadrúpedos. Era una verdadera joya aquel perro ¡tan noble y tan fiel! ¡Qué alma tan hermosa! Depositaba en él su amo toda su confianza para todo, y hasta podía enviarle á casa del car-



CAUPOLICÁN — ESCULTURA DE N. PLAZA

nicero. Llevaba entonces el noble perro una cesta cargada de la boca, cesta en que el cortador metía filetes, carnero y tajadas de cerdo. ¡Cómo atraía el grato aroma de la grasa! Pero Bruto no tocaba hueso alguno, sino que tranquilo y seguro, con estoica dignidad, llevaba á casa la preciosa carga.

Hay, sin embargo, entre los perros como entre nosotros una cáfila de maleantes, mastines comunes, holgazanes, envidiosos, pícaros, sin sentido para los placeres morales, encenagados en la embriaguez sensual. Habíanse conjurado tales perdidos contra Bruto, que fiel y alerta, con su cesto en las fauces, no se desviaba del sendero del deber.

Y un día, cuando volviendo de casa del carnicero tornaba á casa, vióse de pronto sorprendido por todas las conjuradas bestias. Arrebatáronle el cesto con la carne, cayeron al suelo las sabrosísimas tajadas y toda la hambrienta canalla se precipitó ansiosa sobre la presa. Contempló al principio Bruto el espectáculo con filosófica tranquilidad, más cuando vió que todos aquellos perros se regodeaban devorando carne, tomó también él parte en el banquete y se engulló una tiernecita de carnero.

* * *

¿Tu quoques, Brutus, tú, también, Bruto mío, también tú comes? Así exclama pesaroso el moralista. Sí, el mal ejemplo seduce y ¡ay! lo mismo que todos los demás mamíferos tampoco es enteramente perfecto el perro virtuoso. ¡Come!

ENRIQUE HEINE

CARTA DE ELLA

Ay! todo se acabó, desventurado!
En la fatalidad que nos aparta
sólo queda en mis manos esta carta
que ella, al partir, llorando me ha dejado...
«Es alta noche. Mi alma está contigo;
hé aquí mi última y tierna confidencia;
exánime, abatida, sin conciencia,
en mi dolor no sé lo que te digo.
»En vano busco la mejor palabra,
el lenguaje más fiel y más intenso,
para que en él, de mi cariño inmenso
lo más sagrado ante tus ojos se abra.
»El poema que anoche concluiste
para mí, lo he leído sollozando;
yo estuve hasta muy tarde en ti pensando;
te acompañaba mi recuerdo triste.
»Daba el reloj sus horas... Al abrigo
de la velada luz, por un momento
se adormeció mi vago pensamiento,
cerré los ojos... y soñé contigo.

»Fué un sueño dulce y triste: La esperanza
me hablaba por tu voz, y me decía
que no llorara, que feliz sería...
¡siempre se sueña lo que no se alcanza!
»Y llegó del adiós la hora suprema:
—¡Adiós, te dije; el corazón te adora!...
Desperté... Y hoy he visto que á esa hora
tú dabas fin al íntimo poema.
»Así al instante en que la dicha acaba,
se busca de los dos el sentimiento
tú estabas junto á mí en el pensamiento
y yo contigo y con tu amor soñaba.
»Idilio de amorosa poesía!
Si nos hemos amado, aunque infelices,
no arranques de tu pecho las raíces
de este amor que me dió tanta alegría!
»Amor, dolor! De todo aquí me acuerdo:
historia que el destino deja trunca...
Yo no podré olvidarte nunca, nunca;
salva tú del olvido mi recuerdo!

»Ah! de esta historia sabe tu alma apenas
estas últimas páginas! Yo sola
sé que hace tiempo con valor se inmola
mi corazón en angustiosas penas.
»Tú crees que en estas noches solamente
he llorado por ti — ¡fatal engaño!
hace un año también, hoy hace un año
lloraba tu egoismo indiferente.
»Tú de tanto dolor no sabes nada...
Más no quiero acordarme de otra cosa
que del tiempo en que he sido tan dichosa,
en tu amor y en tus versos arrullada.
»Tus versos! De memoria los aprendo
y son como una música süave
que me transporta al cielo y cuya clave
de infinita pasión yo sola entiendo.
»¿Por qué no me enseñaste aquel idioma
lleno de embriagadora poesía,
para que así también el alma mía
te conturbara con el mismo aroma?
Yo tu musa... Más ¡ay! de pronto advierto
que ésta es la última carta que te escribo
y que aún estoy soñando que está vivo
lo que estamos llorando ya por muerto!
»Da una hora el reloj. Es que ya empieza
el espantoso y tan temido día,
cuya alba melancólica y sombría
viene velada de mortal tristeza.
»La fría realidad está presente...
¡Adiós, adiós, delirios é ilusiones!
¡dicha de dos amantes corazones!
¡destello de una luz resplandeciente!
»Ay! qué va á ser de mí? Cuando mañana
como hasta ayer, sonriendo me despierte
con la dulce ilusión de que he de verte,
espantosa va á ser la ilusión vana.
»Y ya todas las noches... ¡me contristo
al pensarlo no más! — sobre la almohada
hundiré la cabeza atormentada,
gimiendo con dolor: Hoy no lo he visto!
»Y sin ti pasarán todas mis horas
en horrible vacío. Sólo invierno
será para mí el tiempo; duelo eterno;
días sin sol y noches sin auroras.
»En tanta soledad, haz que se junte
con el mío tu amante pensamiento,
y en el cielo, en las nubes y en el viento
contéstame cuando algo te pregunte.
»Yo escucharé tu voz... ¡siempre la escucho
dentro del corazón! — por siempre dime
que á mi recuerdo tu memoria gime,
que no me olvidas, que me quieres mucho!
»¿Qué sentiré cuando en el tren, callada,
ya me vaya alejando? A cada instante
estaré de tu lado mas distante,
más sola en mi aflicción ¡desventurada!
»¡Y después, cuando nunca pueda verte,
cuando ansiosa te busque y no te halle,
cuando te nombre y el silencio calle
en una triste soledad de muerte!
»¿Qué haré yo entonces? Y si el tiempo mata
en ti el amor? Ay! dime si se olvida,
si has olvidado á otras en tu vida,
si tu alma noble puede ser ingrata!
»Dime que no me olvidarás: sé bueno;
conserva la memoria de estos días,
y en mi copa de dulces alegrías
no viertas una gota de veneno.
»Si de tus labios escuchar pudiera
la temblorosa frase de este voto,
supiera yo si de antemano has roto
en mil pedazos mi ilusión primera.
»Más con mis dudas al partir te ofendo;
lo sé, lo sé, tu corazón es mío;
si me quieres, perdona mi estravío;
te escribo así porque me estoy muriendo.
»Tu me has hecho feliz. No doy yo nada
por el perfume y virginal encanto
de este tiempo de risas y de llanto,
tan dulce para mi alma enamorada.
»Para ti ha sido el despertar risueño
de mi primer amor; esta delicia
del corazón... Te llevas la primicia
de mi ternura, mi mejor ensueño.

PAISAJE — CUADRO DEL SEÑOR VALENZUELA LLANOS

»Nada como estas ilusiones bellas
en que toda la vida se resume;
no tendrán otros sueños el perfume
celeste y puro que tuvieron ellas!

»Hoy, quisiera saber lo que yo he sido
para ti; y si tu mente me recuerda,
qué rastro dejaré cuando me pierda
dentro del porvenir desconocido.

»Ahora... nada más! Mi dicha rueda
á un abismo sin fin... Adiós! Me alejo
agradecida de tu amor... Te dejo
todo mi corazón, que aquí se queda...»

Releyendo esta carta en que presencio
tan hermosa ilusión desvanecida,
siento que todo el curso de mi vida
se ha detenido en funeral silencio.

¿Es posible que todo, pues, se acabe?
¿quien así lloró tanto, se consuela?
¿á dónde va lo que del alma vuela?
¿dónde muere el amor? ¡Nadie lo sabe!

ISAIAS GAMBOA

Santiago, diciembre de 1903.

DIRECTORIO DE BOMBEROS DE LOS ÁNGELES

DESPUÉS DEL TRABAJO

PARA EL MAESTRO JUAN F. GONZÁLEZ

En la anchurosa estensión de la llanura, el tupido alfalfal ondula en dulce marejada á impulsos del malediciente cefirillo de las tardes que va por ahí rumoreando chismes de los jardines y sementeras.

Náufrago en aquel movible mar de tallos verdes, un peón solitario trabajaba, cantando con hermosa voz de barítono, una tonada sandunguera.

Pualla por la Angostura
La llaman la quita penas...

Con medido compás se inclinaba á coger continuos manojos que segaba con la dentellada hechona, dejándolos tendidos tras sí en líneas paralelas.

Y la gente, por oirla,
Le botó la puerta al rancho...

La voz subía esparciéndose en el aire y sus tonos robustos, graves ó agudos, rodaban en ondas sonoras bajo la inmensa comba azul del cielo.

Próximo al fin de la tarea cuyo límite era la acequia de regadío, se afanaba empeñosamente para concluirla antes que se entrase el sol. I en efecto, cuando hubo terminado irguió el torso musculoso con un resoplido de gusto y se limpió el sudor que le corría por la frente, mientras se aprestaba á torcer un cigarro.

Allá distante, cortando las olas verdes, medio rojizas por el sol poniente, avanzaba una mujer de pollera clara, con un lío bajo el brazo. El gañán se puso la mano sobre los ojos para distinguir mejor y luego se sentó, aguardando.

— Bah! es la Meche.

Al llegar junto á él puso el lío en el suelo para sentarse á su turno, en tanto saludaba con aire indiferente al parecer y que era cariñoso sin embargo.

— Buenas tardes.

— ¿Por qué tan retrasada, Meche?

— Tuve que esperar á misiá Hortensia para que me entregase la ropa y después pasé donde ño Pascual, á emplear... Traigo muchísimas cosas. Toma tu tabaco.

— Pschis! rebuenazo, mujer.

— Acabaste tú ya?

— Sí, la tarea salió ras con ras.

— Vámonos, entonces, que los niños están solos. Habrán hecho de las suyas, seguramente.

Se pusieron en pié, dirigiéndose por los campos segados hacia el nogalar y por último cruzaron las chácaras para acortar la distancia. En el hermoso crepúsculo que se descoloraba por instantes, los dos labradores, contentos de la jornada, hacían su camino, la mujer delante y el hombre detrás.

Allá en el fondo, los Cerrillos tenían un tinte azul violado, y los álamos del plan se divisaban obscuros también, mientras que acá, á la derecha, las colinas de Pichiguao cubiertas de rastrojos rubios, recibían los último rayos del sol, que teñían los cielos de maravillosos arreboles. A la izquierda, el Tipaume corría susurrando entre los totorales llenos de pidenes y de garzas.

— Es buena la patrona, no? — dijo Olegario.

— Muy buena. Cada vez que voy se entera de ti y de los niños... y se alegra cuando sabe que has dejado la bebida para siempre. Bien hecho, me dice, bien hecho; tienes un buen marido, Mercedes.

— Claro que tienes un buen marido — corroboró el tunante con sorna, asestándose al mismo tiempo un puñetazo en el pecho.

Agradecido en el fondo, tuvo un impulso galante.

— Trae el atado, yo lo llevaré.

Mercedes le pasó el lío, medio esquivándose cuando él quiso abrazarla.

— Vaya! ahora vienes con esa?

— Bah! para eso agarro lo que es mío, pues.

Ya se divisaba el rancho de carrizo, al otro lado de una pirca que cruzaba los potreros con su raya blanca. Se acercaron despacito para sorprender á los muchachos

Eugenio, el mayor, cubierto de barro, completamente mojado, estaba metido dentro de la acequia haciendo tacos con una pequeña pala de madera, muy contraído á su trabajo y muy seria su cara toda cochina que parecía la de un mono. El otro, Ignacio, se revolcaba en el pasto enredado con el *Palomo* que no tenía precio para jugar, gritando y riéndose como un diablillo, entretenido con el perro.

El fue quién los distinguió primero, parándose de un brinco mientras advertía al hermano.

— Ugenio! los taitas, mira... ¿Quién llega primero?

Ya estaba puesto en facha, encogido, la pierna izquierda adelante, esperando al otro rapaz. Este se enderezó al punto inflando las megillas con un soplo, arrojó la pala lejos de sí y aceptado el desafío, ambos se lanzaron como flechas á su encuentro, yendo á chocar con las piernas del padre el uno y á enredarse en las polleras de la madre el otro.

— Ah! diablos ¿se estarán quietos?

Los niños sólo contestaron con una risotada, mientras asaltaban á Mercedes.

— ¿Qué trae, mamita? comida?

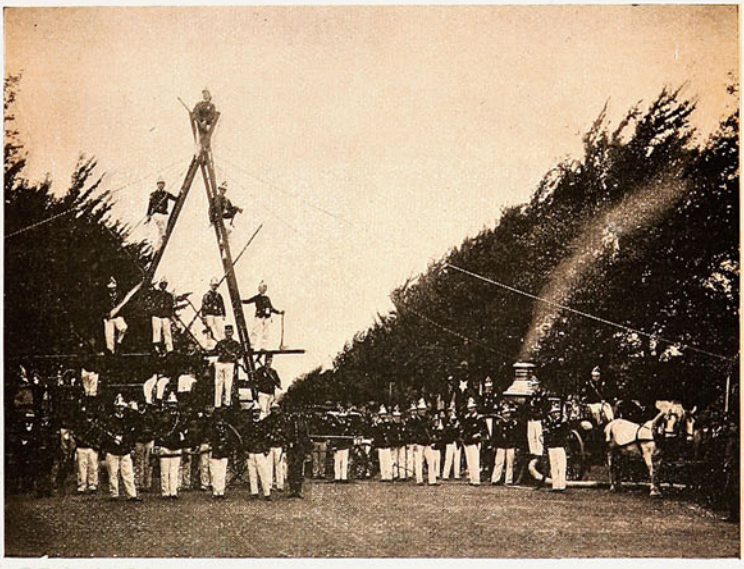
— A ver, á ver, déjeme ver, mamita.

— Sosiéguense, chiquillos, no les doy nada... Tomen, lleven este atado.

Ambos cargaron con él y marcharon delante, quejándose en broma con el peso.

— Eje, eje...

Cuando ya iban á entrar, apareció Mariquita muy seria y muy conveniente en sus doce años, llevando



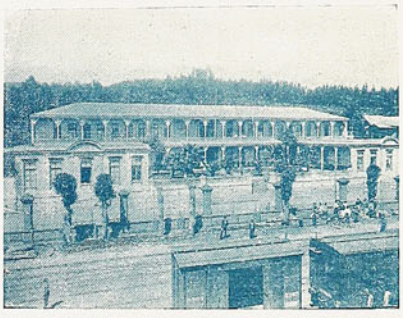
1.ª Y 2.ª COMPAÑÍA DE BOMBEROS DE LOS ÁNGELES

á Tito en los brazos. Claro que para ella fue el primer regalo — un pan entero — y el primer besuqueo para Tito.

— Mire, mamita, ya tengo hecho el fuego... y el tacho hirviendo también.

— Bueno, pues, hijita. Al tiro vamos á hacer la merienda entonces.

La mujer y la muchachita se internaron en la casa. El padre sentóse en un tronco y se puso á esculpir un yugo chiquito con el corvo, mientras Eug. nio se apoyaba en sus piernas para verlo trabajar cómodamente y Ñacho, abrazado de su cuello, hacía esfuerzos por trepársele á la espalda.



— Pero, hombre, al todo quieren echarme al tragin!

— A apas, taitita, mónteme al apa como el otro día.

El buen taita concluyó por acceder y se puso á jugar con sus hijos, retozando todos en el pasto á la indecisa luz de las oraciones, sin incluir al *Palomo* que se metía en el medio.

Así los sorprendió la madre cuando vino á anunciar la comida. Sonriendo llamó al marido con un tono de reproche cariñoso.

— Pero, Olegario, vaya!...

— Deja, mujer, que se diviertan los chiquillos...

— A apa, mamita, ¿quiere?

— Ven no más!... te doy un buen moquete.

— Upa, upa mamita — y se le colgaba de las faldas sin hacer caso del fingido enojo.

— Quítate, moledera... Vamos á merendar.

Los chicuelos penetraron apostando carreras, como siempre, y ellos los siguieron.

Sentáronse todos en el patiecito interior; el padre en un piso y los niños en el suelo, con el plato de lata entre las piernas que la mujer les fue llenando á cada uno.

Á los pequeños se les hinchaban los carrillos, comiendo apresuradamente sin meter ruido en los comienzos y sólo cuando ya se iban notando ahitos se detenían á cada instante, estiraban la cabeza y lanzaban unos ¡ah! de satisfacción que hacían sonreir á la madre.

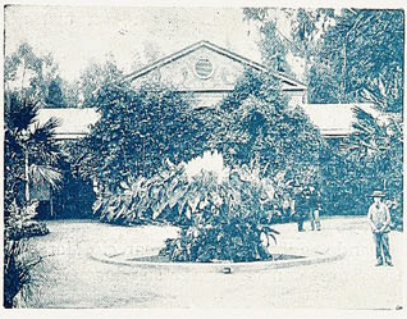
Después, poco á poco, se les fueron cerrando los ojitos á todos ellos. Ignacio concluyó por tumbarse sobre el vientre del Palomo y se quedó dormido: Eugenio se acercó al taita y se durmió también pegado á sus piernas, en tanto que Margarita cabeceaba de firme, apoyada en las faldas de Mercedes que sostenía en ellas al mamón sudoroso, quien consumía á su turno la opípara merienda que le brindaban pródigamente los robustos pechos de la campesina.

Olegario fumaba á grandes chupadas su cigarro de hoja, con una cara repleta de contento, mirando á sus hijos dormidos revueltos con la luz de la luna que venía hasta allí, mientras la mujer acariciaba al chiquitín que hacía redoblar la leche en su garganta con repetido glu glu. Y así permanecieron largo rato gustando los dos calladamente la plácida y envidiable felicidad de una buena jornada ya concluída, que parecía flotar sobre el tranquilo albergue.

El humilde rancho se abatía silencioso entre las sombras de la noche.

La luna plateaba la punta de los cerros y el valle entero, los árboles y los sembrados sumidos en profundo sosiego, sin que se percibiera otra cosa que ruiditos vagos que venían desde muy lejos ¡quién sabe de donde! como si fuesen la respiración de la tierra que se hubiera acostado también á descansar...

GUILLERMO LABARCA HUBERTSON



HOTEL VIÑA DEL MAR

A LOS ENFERMOS DEL
ESTOMAGO
E INTESTINOS

¿Sufre Vd. del estómago, no tiene apetito, digiere con dificultad, tiene Vd. gastritis, dispepsia, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, dilatación del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos?

¿Por la mañana, al levantarse, tiene la lengua sucia, mal olor de aliento, está bilioso, tiene aguas de boca?

¿Después de las comidas, tiene Vd. eructo, agrios, gases, pirosis, vahidos, pesadez de cabeza, ruidos en los oídos, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón?

¿Tiene Vd. dolores al vientre, á la espalda, vómitos, extreñimiento, diarreas?

¿Se altera Vd. con facilidad, está febril, se irrita por la menor cosa, está triste, abatido, evita el trato social, teniendo por la noche ensueños, sueño agitado, respiración difícil?

¿Desea evitar el mareo del mar al tener que embarcarse?

¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curar á Vd?

No se desespere, tome pronto

ELIXIR ESTOMACAL DE ZAIZ DE CARLOS

Es el remedio del día, usado en el mundo entero, el que únicamente triunfa de las enfermedades rebeldes á todo tratamiento del estómago é intestinos.

Preguntad á todo el que lo tome y os dirá: **"EL ELIXIR ESTOMACAL de SAIZ DE CARLOS (Stomalix) me ha curado radicalmente, mientras que los demás medicamentos no me habían ni aún aliviado."**

Es seguro en sus efectos y **siempre** inofensivo, aunque se use años seguidos. Cura las diarreas de los niños, aumenta el apetito, tonifica y ayuda á las digestiones, por lo que es de uso necesario. Se vende en todas las Droguerías y Farmacias.

¡ILUSTRADO!
FEBRERO
DE 1904
AÑO III Nº 19
REVISTA
MENSUAL
PUBLICADA POR
LA IMPRENTA
BARCELONA
ES PROPIEDAD
PRECIO 50 CENTAVOS

CHILE ILUSTRADO

DON RAFAEL ERRÁZURIZ URMENETA

AL BUEN CALLAR...

(INÉDITO)

No tenían más hijo que aquél los duques de Toledo, pero era un niño como unas flores; sano, apuesto, intrépido y de condición tan angelical y noble en la edad tierna, que le amaban sus servidores punto menos que sus padres. Traíale su madre vestido de terciopelo, que guarnecían encajes de Holanda, con guantes de olorosa gamuza y brincos y joyeles de pedrería en el cintillo del birrete; y al mirarle pasar por la calle bizarro y galán cual un caballero en miniatura, las mujeres le echaban besos con la punta de los dedos, las vejezuelas reían guiñando el ojo como para espresar «Quién te verá á los veinte!», y los graves beneficiados y los frailes austeros, sacando la cabeza de la capucha y las manos de las mangas, le enviaban al paso una bendición.

Sin embargo, el duque de Toledo, aunque muy orgulloso de su vástago, observó con inquietud creciente una mala cualidad que tenía, y que también iba en aumento según avanzaba en edad el niño don Sancho. Consistía el defecto en una especie de manía tenacísima de cantar la verdad á troche y moche, viniese á cuento ó no viniese, y en cualquier asunto y delante de cualquiera clase de personas. Cortesano viejo ya el duque de Toledo, ducho en saber que en la corte todo es disfráz, adivinaba con terror que su hijo, por más listo, valiente, gallardo é ingenioso que se mostrase, jamás obtendría el alto puesto que le era debido en el mundo, si no corregía tan funesta propensión. «Reñida está la discreción con la verdad, como que la verdad es á menudo la indiscreción misma» advertía á su hijo el duque. «Por la boca solemos morir como los simples peces, y no es muerte propia de hombre avisado, sino de animal bruto, frío y torpe», solía añadir. Corríase y afligíase el rapaz de tales reprensiones y advertencias, y persuadido de que erraba al ser sincero, proponía en su corazón enmendarse; pero su natural no lo consentía: una fuerza extraña le traía la verdad á los labios, no dándole punto de reposo hasta que la soltaba por fin, con gran aflicción del duque que se mataba en repetir: «Hijo Sancho, mira que lo que haces... La verdad es un veneno de los más activos; pero en vez de tomarse por la boca, se saca de ella. Esparcido en el aire es cuando mata. Si tan atractiva te parece, guárdala en tí y para tí: no la repartas con nadie, y á nadie envenenarás.»

Ocurrió que frisando en los trece años, y siendo cada vez más lindo, desembarazado y gentil el hijo de los duques de Toledo, un día que la Reina salió á oir misa de parida á la Catedral, hubo de verle al paso, y prendada de su apostura y de la buena gracia con que la hizo una reverencia profundísima, quiso informarse de quién era, y apenas lo supo llamó al duque y con grandes instancias le pidió á don Sancho para paje de su real persona. Más asustado que lisonjeado, participó el duque á su hijo el honor que les dispensaba la Reina. «Aquí de mis recelos, aquí del peligro, Sancho... Tu funesta manía de decir la verdad, ahora es cuando vá á perderte y perdernos. Si la prudencia i el arte de callar son buenos siempre, en la cámara de los reyes son indispensables, te lo juro.» «Antes pienso, padre»—replicó el precoz don Sancho—«que al lado de los Reyes, por ser ellos figura é imagen de Dios, alentará la verdad misma. No cabrá en ellos mentira, ni acción que deba ser oculta ó reservada.» Confuso y perplejo dejó al duque la respuesta, pues le escarabajeaban en la memoria ciertas murmuraciones cortesanas referentes á liviandades y amoríos regios; y tomando aliento, «nó, hijo» exclamó por fin: «no es así como tú supones... Cuando seas mayor y tu razón madure, entenderás estos enigmas. Por ahora sólo te diré que si vas á la corte resuelto á decir verdades, mejor será que tomes ya mi cabeza y se la entregues al verdugo.» Cabizbajo y melancólico se quedó algún tiempo don Sancho, hasta que, como el que promete, extendió la mano. «Yo sé el remedio—declaró. —Mentir me es imposible, pero no así guardar silencio. Haced vos, padre, correr la voz de que un accidente me ha privado del habla, y yo os prometo, por haceros favor, ser mudo hasta el último día de mi vida si es preciso.

Pareció bien el arbitrio al duque, y divulgó lo de la mudez; siendo lo notable del caso que la Reina,

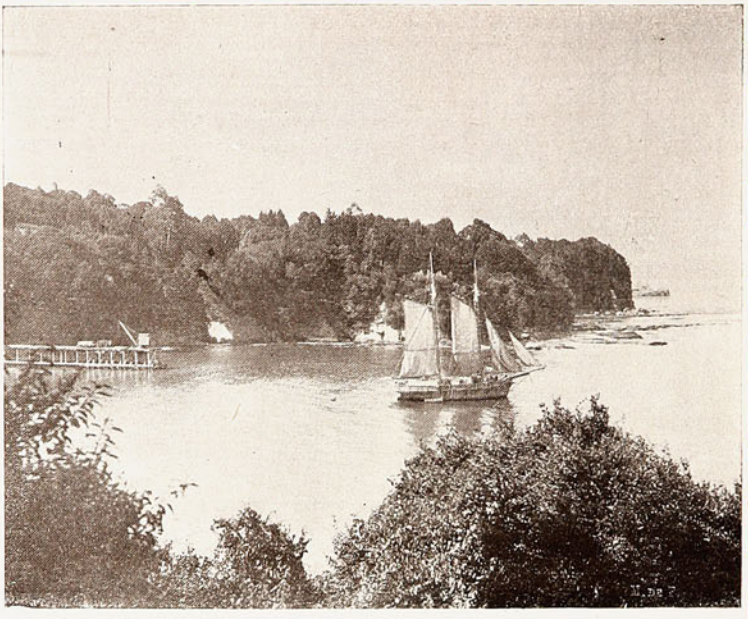
sabedora de que el lucido rapaz era mudo, mostró alegría suma y mayor empeño en tenerle á su servicio y órdenes. En efecto, desde aquel día asistió don Sancho como paje en la cámara de a Reina, sellados los labios por el candado de la voluntad, viendo y oyendo todo cuanto ocurría, pero sin medios de revelarlo.

Poco á poco la Reina iba cobrándole extremado cariño. Sancho se pasaba las horas muertas echado en los cojines de terciopelo al pié del sillón de su ama y recostando la cabeza en sus faldas, miéntras ella con la fina mano cargada de sortijas le acariciaba maternalmente los oscuros y sedosos bucles. Las primeras veces que don Sancho fué encargado de abrir la puerta secreta á cierto magnate y le vió penetrar furtivamente en el camarín, y á la Reina echarle al cuello los brazos, el pajecillo se dolió, se indignó, y á poder soltar la lengua, Dios sabe la tragedia que en el palacio se arma. Por fortuna, Sancho era mudo, oia, eso sí, y las pláticas de los dos enamorados le pusieron al corriente de cosas harto graves, de secretos

EXPOSICIÓN DE MUÑECAS ORGANIZADA POR «LAS CRÈCHES»
LA MUÑECA QUE OBTUVO EL PRIMER PREMIO, VESTIDA Y OBSEQUIADA POR MME. ESTRADA

de Estado y familia, y entre otros, de que el Rey, á su vez, salía todas las noches con maravilloso recato á visitar á cierta judía muy hermosa, por quien olvidaba sus obligaciones de esposo y de monarca, y por cuyo influjo protegía á los hebreos, con perjuicio de sus reinos y mengua de sus tesoros. Esta intriga envuelta en el misterio no la sabían más que el magnate y la Reina; y don Sancho, trasladando su indignación del delito de la mujer al del marido, celebró nuevamente no haber tenido voz, porque así no se veía en riesgo de propalar verdad tan infame. Pasado algún tiempo, la confianza con que se hablaba delante del mudo pajecillo, instruyó á éste de varias maldades gordas que se tramaban en la corte: supo como el privado, disimuladamente, hacía mangas y capirotes de la hacienda pública y como el tío del Rey conspiraba para destronarle; con otras infinitas tunantadas y bellaquerías menudas que á cada momento hacían fluctuar de aquí allá la cólera y la virtuosa impaciencia de don Sancho, poniendo á prueba su constancia en el mutismo absoluto á que se había comprometido.

Sucedía entre tanto que le amaban todos mucho, porque aquel lucido paje silencioso, tan caballero y



LOTA — CHAMBIQUE

tan obediente, jamás había cansado. No hay para qué decir si le favorecerían las damas viéndole tan gentil y estando ciertas de su discreción; y desde el Rey hasta el último criado, todos le deseaban bienes y solicitaban su adelanto, hallándose conformes en este deseo los que eran enemigos entre sí. Tanto aumentó su crédito y favor, que, al cumplir los diez y ocho años y tener que dejar su oficio de paje por el noble empleo de las armas, colmáronle de mercedes á porfía el Rey, la Reina, el privado y el infante, acrecentaron los honores y preeminencias de su casa, y haciéndole donación de alcaidías, fortalezas, villas y castillos. Y cuando, húmedas las mejillas del beso empapado de lágrimas con que le despidió la Reina, que le quería como á otro hijo; oprimido el cuello con el peso de la cadena de oro que acababa de ceñirle el Rey, salió don Sancho del alcázar y cabalgó en el fogoso andaluz que el Infante le había hecho presente; al ver cuantos males había evitado y cuantas prosperidades había traído su extraña resolución, tentóse la lengua con los dientes, y, meditabundo, dijo para sí (pues para los demás estaba bien determinado á no decir oste ni moste) «á la primer palabra que sueltes al aire, lengua mía, con estos dientes ó con mi puñal, te corto y te echo á los canes.»

Hay un erudito que sostiene la opinión de que de esta historia proviene la frase vulgar y sin otra explicación posible: *al buen callar llaman Sancho.*

EMILIA PARDO BAZÁN

CUESTION TRANSCENDENTAL

En una revista traída por el último correo de Europa se lee la noticia de que un eminente sabio alemán ha llegado á establecer, fuera de toda duda y después de las más prolijas y pacientes investigaciones de muchos años, que el que conocíamos con el nombre de Cristóbal Colón, el supuesto descubridor de la América, no ha existido nunca, ni ha sido personaje de carne y hueso, y no pasa de ser un nombre inventado por algún individuo de buen humor, como el de Pero Grullo, como el de Ambrosio, propietario de la famosa carabina.

El descubrimiento no nos coge de sorpresa, porque desde hace tiempo se venía minando la injusta,

inmerecida y usurpada reputación de Cristóbal Colón. Así, otros sabios habían comprobado ya, no ha muchos años, que Cristóbal Colón y fray Juan Pérez de Marchena habían sido una misma persona, pero no se había podido determinar á punto fijo si esa persona fué en cuanto Colón prior de la Rábida ó si en cuanto Pérez descubrió la América, ó vice-versa. Más tarde, otros sabios mataron la mitad de ese señor Colón Pérez probando que fray Juan no había existido jamás; y ahora se acaba de aniquilar al personaje mitológico descartando lo último que de él quedaba, lo de Cristóbal Colón.

Que la cosa merece completa fe, no hay para qué decirlo, sobre todo tratándose de un sabio y por añadidura alemán; aunque no faltan quienes digan que los sabios son unos individuos completamente inofesivos que, después de quedarse calvos á fuerza de estudiar cosas inútiles, pasan á la categoría de honorarios, esto es, dispensados de la respectiva cuota de sentido común.

MUCHACHA DEL PUEBLO—CUADRO DE D. PEDRO LIRA

Es problable que algunos lectores, después de leer las precedentes noticias, se hayan encogido de hombros, como diciendo ¿y á mí, qué? ¡Oh gentes superficiales, que no ven más allá de las narices! ¡Quién tuviera hartas narices para darles! ¡Cómo no comprenden qué transcendental cuestión nace de aquel descubrimiento!

Vamos á cuentas. Hasta ahora el mundo entero tenía por seguro que Colón, y nadie más que Colón descubrió la América: ningún otro hombre hizo otro tanto ni antes ni después de él. Y bien, si ahora se comprueba que Colón nunca ha existido, ¿qué se infiere de ello? Pues casi nada: que la América no ha sido descubierta, que todavía está por descubrirse, sencillamente.

Y si la América no ha sido descubierta, nosotros nos encontramos todavía en estado salvaje—ya se ve—y no somos descendientes de españoles, sino siplemente los primitivos habitantes de este continente, somos los aborígenes de nosotros mismos!... ¡Miren qué broma! Y nosotros que habíamos trabajado tanto como si hubiéramos sido descubiertos! Y hasta hablábamos de la madre patria, refiriéndonos á España; y ahora resulta que no tenemos tal madre patria; nos han sacado la madre! Hay que hacerlo todo de nuevo: estamos en la misma situación de aquel individuo que hizo un viaje de diez leguas para ir á buscar agua, y al llegar al río advirtió que no había llevado cántaro ni ninguna otra vasija. Un consuelo nos queda y es que, como salvajes, algo hemos avanzado y presentamos rasgos de una civilización bastante adelantada: sabemos hacer revoluciones, tenemos Cámaras inútiles llenas de congresales proteccionistas, vivimos de los presupuestos públicos y sabemos hacernos elegir toquis ó caciques aunque no tenemos un solo voto y sin haber llevado nunca carga alguna en los hombros, sino siendo una carga para los demás. En cambio, algunos de nosotros todavía andan con plumas... á lo menos los periodistas.

Pero, á pesar de tales progresos, no hay duda de que es muy denigrante el estado de salvajismo en que todavía nos encontramos: urge ponerle remedio, salir de ese estado, y para ello lo primero que hay que hacer es hacernos descubrir.

Más, es justo aprovechar los modernos recursos. Por medio de una ámplia publicación, pidamos en Europa propuestas públicas á fin de que venga alguien á descubrirnos, Colón ú otro cualquiera. Al que acometa la empresa, se le puede ofrecer como pago ya la explotación de este continente por un número determinado de años, ya un tanto por ciento de interés y otro de amortización anuales sobre el capital que se invierta.

Conviene, sin embargo, que aprovechemos las lecciones de este sueño de cuatro siglos—puesto que hemos estado soñando—y no realicemos los soñados períodos de la conquista y la colonización. Apenas,

PUERTO MONTT

pues, se presenten en Valparaíso ú otro puerto las carabelas ó los acorazados del empresario descubridor, podemos proponerle una transacción honrosa y arreglar las cosas como en el caso de aquel periodista, el cual injurió en un artículo á un señor de malas pulgas; el ofendido fué á la imprenta á castigar la ofensa, pero como no encontrara al ofensor, le dejó escrito lo siguiente: «He venido á abofetear á Ud., pero como no lo he hallado, dése Ud. por recibido de un par de bofetadas.» El periodista respondió por una carta en que decía al agraviado: «Doy por recibidas las dos bofetadas; en cambio, desafío á usted á un duelo mortal: dése usted, pues, por desafiado, convénzase de que se ha batido y dése por muerto.»

El nuevo Colón, el verdadero, llegará, pues, y nos dirá:

—¡Caballeros, dense ustedes por descubiertos!

—Convenido—responderemos—estamos descubiertos y hasta nos damos por colonizados (1). Pero desde luego lanzamos el grito de independencia: en consecuencia, dése usted por derrotado en Chacabuco, en Maipú y en muchas otras partes y dése por expulsado de todo este continente. Conque, lárguese usted con viento fresco, ó si lo prefiere, á todo vapor.

La cosa, como se ve, es fácil de arreglar. Tal vez los descubridores exigirían que los indemnizáramos de los gastos de la expedición: sería justo, ya que habrían venido en virtud de nuestra petición de propuestas. Se podría hacer un arreglo: ellos nos firmarían una acta en que nos declararan descubiertos, colonizados y en seguida independientes, y nosotros podríamos cederles la renta del salitre que soñamos haberle quitado á otros salvajes de Sud-América, y de adehala les regalaríamos nuestro sistema parlamentario, las cámaras, algunos de nuestros partidos, la Dirección de Obras Públicas, la de los Ferrocarriles del Estado, un lote de unos 40,000 empleados públicos y hasta algunas docenas de jueces.

Esta transcendental cuestión nos ofrece, por tanto, una brillante oportunidad de entrar en la vida civilizada, de desprendernos de todo lo malo que tenemos y de volver á la antigua vida sencilla y honrada con que estuvimos soñando algunos años. Tontería fuera que no aprovecháramos la oportunidad, é ingratitud que no diéramos las gracias al sabio alemán que nos ofrece la ocasión de tanta ganga.

RONQUILLO

(1) Si Colón nunca ha existido, las palabras *colonia, colonizar, colonización,* no tienen razón de ser, y en tal caso ó las reemplazamos por los términos propios ó las suprimimos y con ellas el ministerio respectivo.

SALAMMBO

Salammbó avanzó hasta el borde del terrado. Sus ojos recorrieron un instante el horizonte; luego los bajó para contemplar la ciudad dormida, y el suspiro que dió, al ensanchar su pecho, hizo ondular de un extremo al otro la larga túnica blanca que colgaba en torno suyo sin corchete ni cinturón. Sus sandalias de puntas encorvadas desaparecían bajo un montón de esmeraldas, y sus sueltos cabellos llenaban una redecilla de hilo de púrpura.

Alzó de nuevo la cabeza, miró á la luna, y mezclando á sus palabras algunos fragmentos de himnos, murmuró:

—«¡Cuán ligeramente giras, sostenida por el éter impalpable! El se abrillanta en derredor tuyo, y el movimiento de tu agitación distribuye los vientos y los fecundos rocíos. Según creces ó menguas, se ensanchan ó se achican los ojos de los gatos y las manchas de las panteras. ¡Las esposas gritan tu nombre en los dolores del parto! ¡Hinchas los mariscos! ¡Haces fermentar los vinos! ¡Pudres los cadáveres! ¡Formas las perlas en el fondo del mar!

«Y todos los gérmenes, ¡oh Diosa! se agitan en las oscuras profundidades de tu humedad.

«Cuando apareces, la quietud se esparce sobre la tierra, ciérranse las flores, las olas se apaciguan, los hombres cansados se tienden con el pecho hacia ti y el mundo, con sus océanos y sus montañas, se mira en tu rostro como en un espejo. Eres blanca, dulce, luminosa, inmaculada, auxiliadora, purificante, serena!»

Los cuernos de la luna estaban entonces sobre la montaña de Aguas Calientes en la escotadura de dos cumbres, al otro lado del Golfo. Había más abajo una estrella pequeña y alrededor un círculo pálido.

Salammbó continuó:

«¡Pero eres terrible dueño!... ¡Por tí se producen los monstruos, los fantasmas espantosos, los sueños engañadores; tus ojos devoran las piedras y cada vez que rejuveneces los monos enferman!

«¿A dónde vas, pues? ¿Por qué cambiar perpetuamente de forma?... Ora pequeña y encorvada, te deslizas por los espacios como una galera sin arboladura, ó bien, en medio de las estrellas, pareces un pastor que guarda su rebaño. Luciente y redonda rozas la cima de los montes como la rueda de un carro.

¡Oh Tanit!

¿Me amas, no es cierto? ¡Te he mirado tanto! ¡Pero no! ¡Tú corres por el cielo azul y yo me quedo sobre la inmóvil tierra!

¡Taanach, toma el nebal y toca dulcemente la cuerda de plata, porque mi corazón está triste!»

La esclava levantó una especie de arpa de ébano, más alta que ella y triangular como un delta; fijó su punta en un globo de cristal, y se puso á tocar con ambos brazos.

Los sonidos se sucedían, sordos y precipitados como el zumbido de las abejas, y cada vez más sonoros volaban en la oscuridad con el lamento de las olas y el susurro de los grandes árboles de la Acrópolis.

GUSTAVO FLAUBERT

PLAZA DE CONCEPCIÓN

EL PINTOR PEREZA

Este es un artista de paleta añeja,
que usa una cachimba de color coñac
y habita una boharda de ventana vieja
donde un reloj viejo masculla: tic tac...

Tendido á la larga sobre un mueble invalido
un bostezo larga. Y otro; y otro. Tres!
diablo de muchacho, pobre diablo escuálido,
pero con modorras de viejo burgués.

Cerca de él cigarros, finjen los pinceles,
cigarros con punta de extraño color:
sus útimos toques fueron dos claveles
para un cuadro sobre cuestiones de amor.

Cerca un lápiz negro de familia Faber
enristra la punta como un alfiler;
hay tufo á sudores y olor á cadáver,
hay tufo á modorras y olor á mujer.

Juan Pereza fuma. Juan Pereza fuma
en una cachimba de color coñac,
y mira unos cuadros repletos de bruma
sobre un hecho que hubo cerca del Rimac.

El pintor no lee. La lectura es obvia,
y anteojos de bruma pone en la nariz:
Juan odia los libros, ve horrible á su novia
y á todas las cosas con máscara gris.

Su mal es el mismo de los vagabundos:
fatiga, neurósis, anemia moral,
sensaciones raras, sueños errabundos
que vagan en busca de un vago ideal.

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia
¡Qué ha de pintar, si halla todo sin color!
tiene hipocondria, tiene neurastenia
y hace un jesto de asco si oye hablar de amor.

Mira un cuadro antiguo sin pensar en nada;
mira el techo, el humo, las flores, el mar,
una barca inglesa que ha tiempo está anclada
y unas acuarelas á medio empezar.

De un escritorillo sobre la cubierta
un ramo de rosas chorreaplacer
y una obra moderna, rasgada y abierta,
muestra sus encantos como una mujer.

El pintor no lee. La lectura es obvia:
Juan Valjean es bruto, necio Tartarín;
Juan odia los libros, ve horrible á su novia
y muere en silencio, de tedio, de *spleen* ..

Sudores espesos empapan los oros
que el lacio cabello recoge del sol,
y se abren al beso del aire los poros
del rostro manchado con tintas de alcohol.

Y mientras el meollo puebla un chiste rancio,
que dicho con gracia fuera original,
una flor de moda muere de cansancio
sobre la solapa donde está el ojal.

Hay planchas que esperan el baño potásico,
un cuadro de otoño y una mancha gris,
una oleografía de un poeta clásico
con jestos de piedra y ojuelos de *miss*.

Juan Pereza fuma, Juan Pereza fuma,
en una cachimba de color coñac,
y enfermo incurable de una larga bruma
oye á un reloj viejo que dice: tic tac...

Ni piensa, ni pinta, ni el humor ingenia.
¡Qué ha de pintar si halla todo color gris!
Tiene hipocondria, tiene neurastenia
y anteojos de bruma sobre la nariz.

Así pasa el tiempo. Solo, solo el cuarto...
Solo Juan Pereza, sin hablar... ¿De qué?
Flojo y aburrido como un gran lagarto,
muerta la esperanza, difunta la fe.

La madre está lejos. A morir empieza
allá donde el padre sirve un puesto *ad hoc;*
no le escribe nunca porque la pereza
le esconde la pluma, la tinta ó el *block*.

Hace ya diez años que en el tren nocturno
y en un wagon de última dejó la ciudad;
iba un desertado recluta de turno
y una moza flaca de marchita edad.

Un gringo de gorra pensaba, pensaba...
luego un cigarrillo... Y otro. ¿Fuma usted?
luego un frasco cuyo líquido apuraba
para tanta pena, para tanta sed.

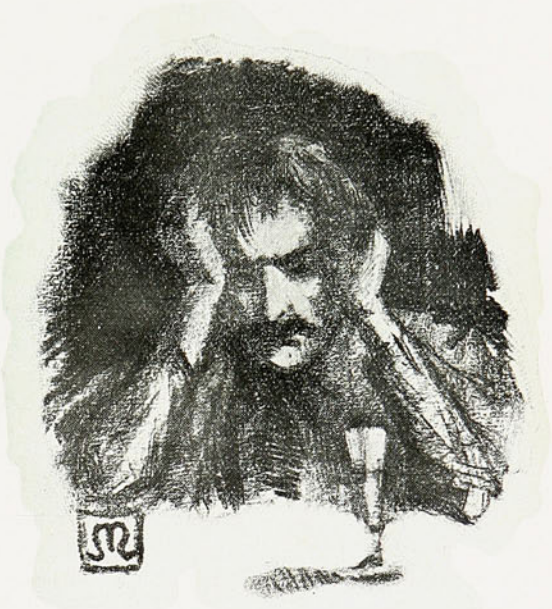
¡Tanta pena, tanta! Su llanto salobre
secaba una vieja de andrajoso ajuar;
iba un mercachifle y un ratero pobre
y una lamparilla que hacia llorar.

La vida... Sus penas. ¡Chocheces de antaño!
Se sufre, se sufre. ¿Por qué? Porque sí!
Se sufre, se sufre... Y así pasa un año
y otro año... ¡Qué diablo! La vida es así...

...Sobre una mesita de tabla incolora
un vaso de vino, lleno y sin tocar.
Tic tac. Luego el viejo reloj da una hora...
en tanto la copa parece soñar.

CARLOS PEZOA VELIZ

Viña del Mar, 1903.



DON RAFAEL ERRÁZURIZ URMENETA

CHILE ILUSTRADO engalana hoy su primera página con el retrato del distinguido hombre público y escritor atildado don Rafael Errázuriz Urmeneta.

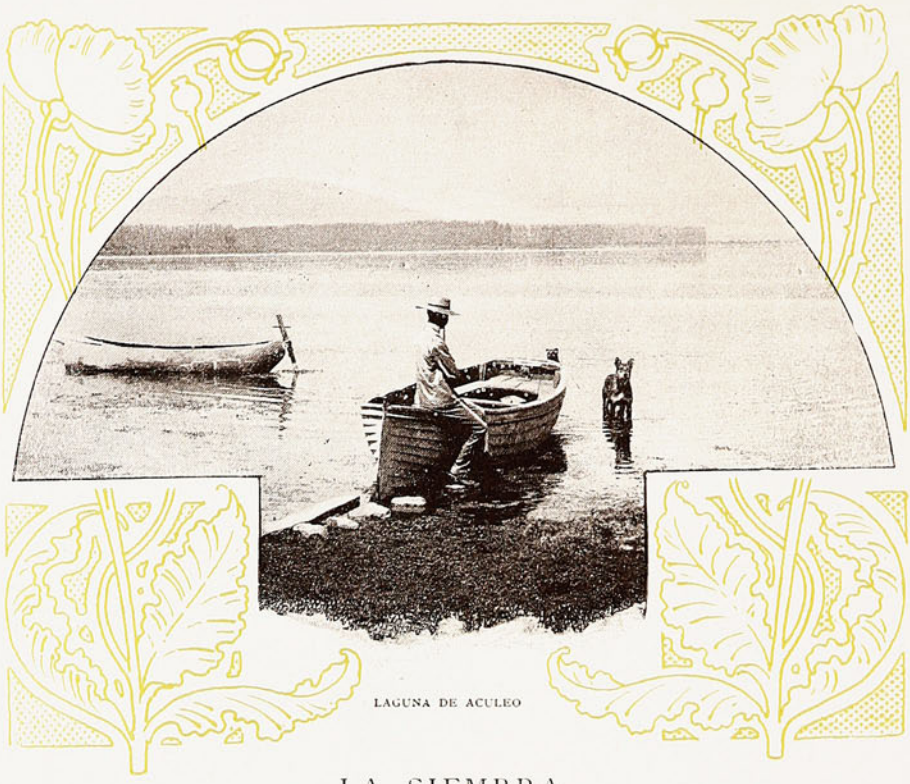
Actualmente, el señor Errázuriz ocupa en nuestra gerarquía política, el alto puesto de Ministro del Interior, lo que no obsta para que, dando amplio desarrollo á sus brillantes facultades intelectuales, dedique sus horas de descanso á las consoladoras y nobles fruiciones del arte.

Es testimonio de lo que decimos su libro *Roma*, de reciente publicación; verdadero monumento de labor intelectual honda y sábia.

Libros como éste son de los que honran á un país, pues vienen á dar la medida de su progreso y cultura.

Y el del señor Errázuriz viene á colocarnos á un muy alto nivel intelectual.

M. DE A.



LAGUNA DE ACULEO

LA SIEMBRA

Oh! qué gusto! El trabajo había sido duro, pero ya concluyó y ahora sólo faltaba desuncir los animales para ir á juntarse con la Clorinda que estaba ocupada en las casas y marcharse después juntos al mísero ranchito, albergue de su amor recién bendecido por el cura.

¡Y qué alegre se siente uno junto á la mujer querida, después del trabajo!

Todo el día, bajo el sol que tostaba la piel, la yunta de Gregorio había caminado lentamente en el potrero, de ida y de vuelta, tirando del arado que manejaba el peón sudoroso, oliente á tierras húmedas y hierbas verdes. Y todo este manto de biznagas y gualputas en que sobresalían los palquis balanceantes, las melosas y los yuyos, está cubierto de surcos, y en la tierra morena sólo se levantan aún los espinos de tonos grises y troncos retorcidos.

La campiña se adormece en el crepúsculo que empieza á cubrirla de neblinas y un vaho tenue parece brotar del suelo. El grano se ha hundido en su vientre generoso y en la paz de las cortas oraciones de otoño empieza desde luego el proceso glorioso de su germinación.

* * *

El peón picaneó los bueyes para llegar más de prisa.

—Pt, pt, pt... Liberal, Chacolí!

Era preciso apurarse ya que la vivienda estaba tan distante, pero ¡qué importa si al fin se irán juntos!

Al llegar á las casas, Gregorio encontró á la Clorinda que lo esperaba desde hacía rato. Tuvo una sonrisa amable para su mujer que ella le devolvió gustosa.

—¿Por qué te has demorado tanto, Goyo? Vamos á llegar de noche.

—Es que estaba arando en el potrero del risco, más allá del estero.

Se afanaba en desenyugar la yunta y después de haber colocado el yugo con las coyundas enrolladas debajo del galpón, fué á dejar los bueyes al corral que impregnaba el aire con el acre olor del guano.

Un toro encerrado allí, con el hocico levantado, husmeando la proximidad de las vacas, mugía con una voz bronca y suave, como una caricia enviada á través del espacio. A la distancia, las vacas que rumiaban echadas en el pastal, respondieron con otros mugidos discordantes.

—Cállate Overo—dijo Gregorio al pasar, palmeando cariñosamente el ancho lomo del animal.

Después se desdobló los pantalones remangados que dejaban ver los calzoncillos, se puso la chaqueta, echó sobre el hombro la manta plegada y fué en busca de Clorinda.

* * *

Se fueron. Se fueron á lo largo de los caminos que empezaba á alumbrar la luna. A los lados, las tierras perfumadas de todos los olores silvestres se extendían quietas, descansando de la ruda labor del día, con el vientre inflado por la siembra, como una augusta madre; la tierra fiel y siempre joven y siempre amante que, al llegar la primavera, retorna con creces la ofrenda en su riente vejetación de hinchadas espigas rubias. Se fueron los recien casados apretaditos el uno junto al otro, sin hablar palabra.

Daba gusto verlos así. Formaban mui bonita pareja y de cierto, los dos se merecían. Ambos jóvenes, sanos, robustos, habian sentido también llegar el tiempo de las plantaciones y se habían amado cariñosamente, libremente, con el amor puro y santo que despliega sus alas sobre los potreros, los bosques, los soberbios palacios, los ranchos humildes. ¡Con qué ansias esperaban ahora el brote del próximo retoño!

Caminaban sobre una alfombra de hojas secas que crujían bajo sus pies i algunas que se desprendían revolando de los álamos vinieron a sujetarse en el pelo de la joven que marchaba así, aureolada por la luna, con una corona de hojas, como una joven ninfa de las landas.

Los tapiales del camino aparecian como una línea blancuzca con un ángulo de sombras densas. Los potreros recien arados se desenrollaban á lo lejos bajo la argentada luz de la luna brillando en un cielo transparente. Un zanjón marcaba su cauce al través con una raya negra originada por los totorales de sus orillas. Allá, la cresta de un cerro muestra su perfil atrevido y áspero sobre el horizonte celeste y más distante otros cerros se borronean en las neblinas. Los árboles manchan el cielo con sus masas oscuras y de la inmensidad de los campos dormidos surge, se levanta, flota, un callado regocijo que alegra el ánimo.

Los dos campesinos cruzaron en el camino muy pocas palabras, entregado cada cual á las ideas dichosas de su luna de miel y cuando por fin llegaron á la puerta del rancho, sin decirse nada, los dos se abrazaron estrechamente y se besaron largamente en la boca antes de entrar.

Un vientecito tibio, cargado de polen, empezaba a flotar á flor de tierra haciendo extremecer las hojas descoloridas de los árboles.

La noche misteriosa cubría la mitad del mundo protegiendo las siembras...

GUILLERMO LABARCA HUBERTSON

BAHÍA DE LOTA BAJA

LA SOMBRA DE AQUEL ALAMO

Todas las noche, cuando iba hacia allá, veía balancearse, al borde del camino, la sombra escueta y melancólica de un álamo.

Yo pensaba:—«¿Por qué amaré á este álamo más que á los demás?»

* * *

Y una noche que mi alma reflejaba, como un espejo embestido por el sol, la alegría de la inmensa vanidad que llevo dentro, me encaminé hacia el álamo amigo y sentado bajo su sombra, le referí las angustias de mi noble ánima enferma.

* * *

Le hablé así:—«Oh! amigo mío, nunca podrá darte nadie, ni siquiera una pálida idea del sufrimiento que me embarga, cuando considero que hay algo más grande en el mundo que el orgullo y que ese algo es el dolor.

¿De qué sirve, pues, el abismarse en la contemplación del horizonte, si basta una simple ventolera para que el polvo del camino se levante altivo y entenebrezca el espacio con la sombra de su vuelo?

.....

También yo he visto en sueño, la mística escalera de Jacob. ¡Ah! nadie podrá arrancarme ya la visión augusta que carcome mis mejores años, y sin embargo, todavía no soy nada.

.....

Mi alma, ebria de luz, ansiosa de la sinceridad ingénita de las pasiones, testaruda en su inmenso apetito de gloria, amando la nobleza de la hermosura (la hermosura es el señorío por excelencia ¿verdad Goethe?) y llena en fin, del sentimiento extraordinario de las ansias grandes y tercas, mi alma agoniza, sin embargo, herida por un descorazonamiento inopinado.

Sí, ella, votivamente desmayada en el triunfo de su vuelo, tan afanosa del espasmo de la dicha, tan agria bajo el agotamiento devorante de la ternura, ella, siente moribunda su vitalidad altiva.

Y sufre, y llora, y calla.»

* * *

Guardé silencio. La sombra del álamo parecía soñar un sueño erótico. Sobre la arena, á través de las hojas, cabrilleteaban fugaces rayos de luna.

Torné á hablar, y dije:

* * *

—«¡Mi alma, ¡ah! mi alma! Sus alegrías son espasmódicas y sensuales: ocultan adoraciones jamás satisfechas, quemaduras atroces causadas por el deseo. (¡Oh! cuántas veces no ha envidiado el alma preciosa de aquella amiga, cuya última manifestación de vida, fué una risa sonora lanzada al borde del sepulcro!)

¡Y sus ensueños! ¡Ah! Sus ensueños son enigmáticos; son verdaderos ensueños místicos é insondables, llenos de gracia, pero tan frágiles y tenues, que parece imposible puedan siquiera sobrevivir al hecho de ser soñados. ¿No son aquellas visiones adorablemente tristes, que se pasean por los bosques maravillosos donde riman los pájaros el poema del dolor? ¿No son aquellos esfumamientos, donde las vírgenes tiemblan al ser salpicadas por los goterones que se desprenden del añoso alero de la desesperanza?

¡Y sus ternezas! ¡Ah! Sus ternezas! Cuando piensa mi alma que es muy posible que antes de nacer, haya vivido otras vidas en otros mundos y haya tenido, por consiguiente, amores que ya no recuerda, un

hondo escalofrío de angustia la invade. Y no obstante, al pensar que si realmente vivió esas vidas, debió haber gozado bellas caricias en los brazos de aquellas misteriosas hembras lejanas, es la alegría quien se adueña de su sér.

¡Y sus amores! ¡Ah! Sus amores son vastos y profundos como el océano. Su adoración primera es para el arte. Después, su adoración es para aquellas mujeres que nunca han sido mías y de las cuales jamás he recibido ni siquiera una caricia, pero que ellas, en el fondo de su lecho, han soñado, despiertas, que aprisionaban mi cuerpo, con la realeza de sus miembros blancos, blancos, blancos. (Sólo mujeres bellas y nobles sueñan, despiertas, conmigo.) También en ese mismo grado de adoración, está la mujer á quien yo he querido amar con todas mis fuerzas, sin poderlo conseguir. Al último sus predilecciones familiares: los perfumes, los pájaros, las piedras.»

* * *

Callé, temiendo que se desbordase, en un instante, todo mi dolor. (¿Qué haría yo sin mi amado dolor?) Sentí frío. Las lágrimas subieron á mis ojos y cuando me puse en pie para huir, ví que el álamo, debilitada ya su sombra, estaba completamente empapado de rocío como si hubiese llorado tambien. Entonces, lleno de ternura hacia el amigo inerte que había escuchado mis confidencias con solicitud tan honda, le dije:

—«Cuando me sienta morir, le legaré mi alma á tu sombra, para que sueñe las bellas cosas que yo he soñado y viva las bellas cosas que yo he vivido.

* * *

En la oscuridad del cielo, la silueta del álamo semejaba un vaporoso chorro de tierra, violentamente escapado de las entrañas del mundo.

IGNACIO PÉREZ KALLENS

DE «HEINEANAS»

Á ISIDORO LAVERDE AMAYA

El año diecisiete
yo conocí una niña
tan linda como tú, cuyos cabellos
a los tuyos también se parecían.

La dije, al despedirme:
Me voy, que así lo quieren
mis estudios, más pronto aquí á tu lado
hecho todo un doctor, niña, me tienes.

Espérame, la dije,
con el alma en los labios,
i ella sonriendo, respondióme al punto:
«Eres mi amor y tu regreso aguardo.»

Se hallaban mis estudios
cerca del doctorado,
cuando en Gottinga recibí la nueva...
¡A otro hombre mi novia dió su mano!

Era la primavera,
estábamos en Mayo,
en la estación florida, cuando luce
su brillo el sol, su galanura el campo.

Las aves en los árboles
trinaban de contento
i, al templado calor de la mañana,
bullían el gusano y el insecto.

Palidecí; las fuerzas
faltáronme, i, enfermo...
Ah! sólo Dios puede contar las noches
de mi dolor, de mi dolor inmenso!

EFRAÍN VASQUEZ GUARDA

SEÑOR D. EFRAÍN VASQUEZ GUARDA
ACTUAL MINISTRO DE INSTRUCCIÓN Y LITERATO DISTINGUIDO

NOTAS

BAÑOS DE CAUQUENES

»»» Diarios y revistas se han ocupado últimamente en noticiarnos de los éxitos loables que alcanza en las Academias de Paris nuestro colaborador artistico Pedro Reszka.

También algunos periódicos parisienses han aplaudido el triunfo de nuestro compatriota, publicando artículos elogiosos para el artista. De estos, merece citarse especialmente un buen párrafo de *L'Amerique Latine*, que así termina:

«La gloria de los gobiernos — se refiere á la ninguna ayuda que el nuestro ha proporcionado á Reszka—es dar á los artistas realmente merecedores de este título, los medios de perfeccionarse junto á los grandes maestros, hasta llegar al pleno desarrollo de su talento.»

Y así pensarán, á no dudarlo, los que sepan apreciar en lo justo el admirable talento de Pedro Reszka.

»»» Acabo de recibir de Costa Rica el núm. 2 de *La Musa Americana*, una hermosa revista que dirije el refinado autor de *Ortos*—Rafael Angel Troyo—y que redacta el joven poeta Justo Pastor Rios.

Buena prosa y buenas poesías en este número, al cual afean, en verdad, ciertos renglones cortos de cuyo autor no quiero acordarme...

»»» Isaías Gamboa, el querido poeta colombiano, ocupa sus vacaciones en «recorrer» su novela *Tierra Nativa*, que publicará próximamente, quizá en el cercano marzo. Será este un suceso literario para los admiradores del poeta—que lo somos todos.

»»» Marcial Plaza Ferrand—otro colaborador artistico de *Chile Ilustrado*—me escribe de Paris y me refiere su odisea cruel originada por el abandono en que lo dejara el Gobierno el pasado año. «Todo mi anhelo—dice su carta—es exponer en el Salón de mayo venidero. Si los escasos *sous* que aún me acompañan se van antes de la apertura del Salón, resuelto estoy á pedir en *crudo* el valor de mi pasaje de regreso á Chile.» Esta es toda una resolución, como veis.

Felizmente, el brillante pintor no tendrá oportunidad de quemar sus naves, por esta vez al menos, pues ya el Congreso, por indicación del Ministro de Instrucción Pública, le concedió pensión para todo el año actual.

BAÑOS DE CONCÓN

»»» La Compañía Serrador-Marí se lleva noche á noche los aplausos del público santiaguino. La hermosa Josefina Marí cautiva con sus actuaciones dramáticas y encanta con su noble hermosura. Serrador, siempre vibrante y fogoso.

La señorita Cortina, adorable. Campos, nos consuela de la ausencia de Pepe Vila.

»»» Ya debe de haber llegado á Valparaiso Soumerscales, el famoso pintor de marinas, que antes fué nuestro huésped de algunos años. Viene quizá el notable artista á visitar el pais que fué cuna de su fama. Dámosle la bienvenida.

M. DE AVILA

ELIXIR
ESTOMACAL
SAIZ DE CARLOS

Lo recetan los médicos de todas las naciones; es tónico-digestivo y antigastrálgico; **cura** el 98 por 100 de los enfermos del **estómago** é **intestinos**, aunque sus dolencias sean de más de 30 años de antigüedad y hayan fracasado todos los demás medicamentos. **Cura** el dolor de estómago, la acedías, aguas de boca, vómitos, la indigestión, la dispepsias, extreñimiento, diarreas y disenterías, dilatación del estómago, úlcera del estómago, neurastenia gástrica, hipercloridria, anemia y clorosis con dispepsia; las **cura** porque aumenta el apetito, auxilia la acción digestiva, el enfermo come más, digiere mejor y hay mayor asimilación y nutrición completa. **Cura** el mareo del mar. Una comida abundante se digiere sin dificultad con una cucharada de **Elixir de Saiz de Carlos**, de agradable sabor, inofensivo lo mismo para el enfermo que para el que está sano, pudiéndose tomar á la vez que las aguas minero-medicinales y en sustitución de ellas y de los licores de mesa. Es de éxito seguro en las diarreas de los niños en todas sus edades. No sólo **cura**, sino que obra como preventivo, impidiendo con su uso las enfermedades del tubo digestivo. Doce años de éxitos constantes. Exíjase en las etiquetas de las botellas la palabra **STOMALIX**, marca de fábrica registrada. **De venta: Droguerías y Farmacias.**

MARZO DE 1904. AÑO III. Nº 20.

F. Fradera.

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL PUBLICADA POR LA IMPRENTA BARCELONA.

ES PROPIEDAD

PRECIO 50 CENTAVOS

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

DON CÁRLOS BESA

Presidente de la Sociedad Nacional de Minería

UN CUENTO PARA LA REVISTA

(INÉDITO)

NA NOCHE, reunidos los compañeros de letras para formar el material de la Revista, alguno de nosotros dijo á Carlos:

—Siempre nos has dado versos. ¿Cuándo veremos algo tuyo en prosa, un cuento, por ejemplo?

—Yo no sé escribir cuentos,—contestó.—¿Cómo se hacen?

Otro dijo:

—Se toma un poco de la vida i de ahí se hace un cuento. Siempre lleva uno una multitud de temas en el corazón.

—Ah!—exclamó Carlos entonces.—Algo de mi vida... Podría servirme acaso una carta que he recibido hoy. Dénme papel.

Mientras él escribía, todos los demás arreglábamos el material para la revista. Cuando concluyó, dijo, entregándonos unas páginas:

—Aquí tienen ustedes un cuento sin título:

* * *

Sin que yo pudiera explicármelo, mi hermano mayor nunca vió con ojos simpáticos á la locuela de quince años que en aquel tiempo traía trastornado mi corazón. Ese hermano mío era reflexivo y adusto, y como tenía más años que yo, se había acostumbrado á observar y reparar cuanto yo hacía.

A mí la muchacha me seducía; nada más encantador que sus cabellos de un dorado intenso, sus ojos verdes con pestañas rubias,—esmeraldas en engaste de oro su boca voluptuosa y sobre todo la alegre risa que llenaba de gracia y de hoyuelos su cara picaresca.

—Esa niña es demasiado loca para tí—me decía mi hermano.—Tú eres un taciturno y un romántico: sólo sabes hacerle versos melancólicos y ella sólo sabe reir.

Estos conceptos no dejaban de impresionarme, tanto más cuanto que era cierto que todos mis versos para ella tenían un fondo de tristeza, que tal vez provenía de ese mismo contento, de ese mismo alborozo en que ella rebosaba.

La amaba yo con un delirio sin nombre, con un amor casi infantil. Reconocía en mi amada cierta superioridad de carácter que me hacía temer instintivamente; por eso las palabras de mi hermano me impresionaban. El, tal vez, sabía más que yo.

Una cosa me alentaba en mi pasión. Cuando llegábamos á encontrarnos, la locuela adorada corría agil hacia mí, me tomaba de las manos y siempre me hablaba de los versos que yo escribía para ella, de cómo los aprendía de memoria, de cómo se alegraba, porque sabía que eran suyos y nó de otra.

Después de estas animosas efusiones, en las cuales ponía sus mejores sonrisas, sus mejores palabras y la más vívida luz de sus ojos, me dejaba solo, indeciso, pensando en lo que acababa de decirme, y corría á incorporarse al grupo de compañeras que había dejado por venir á mí.

Cantaba yo mi amor con la ingenuidad de los pájaros en la primavera. Oía ella mis cantos y la causaban regocijo. Yo estaba satisfecho de esto. Mi tímido corazón no exigía más; no se atrevía á desear más.

Y cuando la vida me dijo: «anda, viajero, á vagar por el mundo», la imagen de la amada niña, de la musa inquieta, la llevé resplandeciente por todas partes, á través de la tierra y de los años.

En todos mis cantos hubo siempre una nota producida por su recuerdo: es la nota de tristeza que hay en todos mis cantos.

Tal vez esta resonancia, de una melancolía incomparable, dependa de que nunca jamás supe si me amó, de que siempre fué ella para mí como un misterio, ante cuyo pórtico me detenía á cantar, sin saber nunca penetrar en él.

¿Qué clase de criatura era ésa que así me trastornaba? ¿Qué veía en ella mi hermano para su alarma respecto de mí?

El hecho es que desde que me alejé, siempre en las cartas de él, había algún reproche por la obsesión de mi recuerdo amoroso; había alguna frase que me la presentara de algún modo ingrato á mi alma.

Era un tenaz empeño porque yo me olvidara de ella. Esto era inexplicable para mí. Y siempre terminaba pensando: él es mayor y sabe más que yo.

¡Ah, hermano mío! Ya lo sé todo. En tu traición ha habido siquiera un poco de nobleza. Querías que la olvidara, que no quedará nada de ella en mí, ningún vestigio de amor y de dolor, para después, sin lastimarme, llevártela tú. Pero más constante que tu nobleza fué mi amor. Perdiste la esperanza respecto de mí y entonces, lastimándome profundamente la pasión tuya, tu amor, se sobrepuso al sentimiento fraternal. También la amabas tú! ¿Por qué no lo supe antes? Ahora ella es ya tu mujer.

Ingrato hermano!

* * *

Concluída la lectura, Carlos tomó maquinalmente su vaso de cerveza. La mano le temblaba. Todos comprendimos que había escrito algo muy real y muy triste.

—*Traditore!*—dijo uno. He aquí el título...

Yo me quedé pensando: todo dolor procede de lo que uno ama... Amor!... Dolor!...

ISAÍAS GAMBOA

Enero de 1904.

«UTAS» JAPONESAS

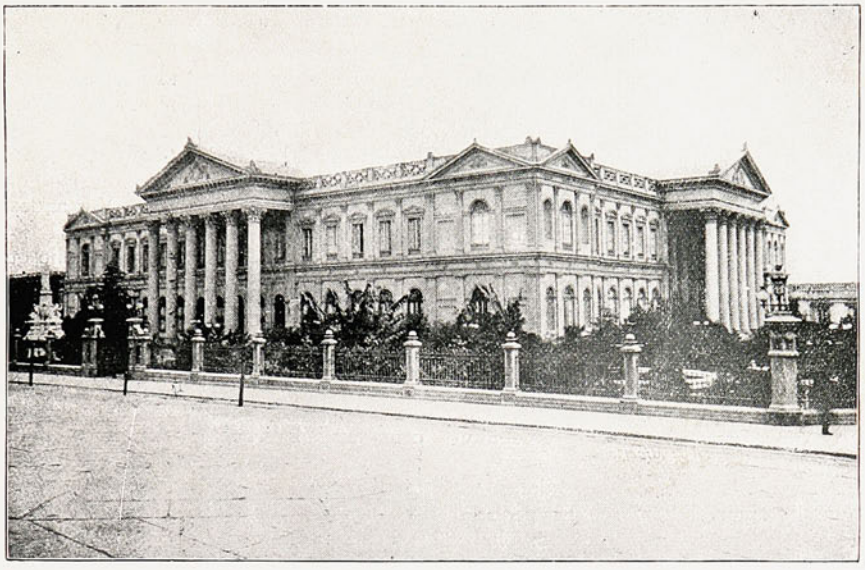
POETAS DEL AMOR

Campaña de madrugada
que alejas á los amantes,
mi dolor y el de mi amada
mira y ahoga en la nada
tus tañidos sollozantes.

Sandara Toshi.

Cuenta, hermosa, tu tormento
á las garzas mensajeras,
que con vuelo blando y lento
sobre el azul firmamento
trazan estrofas ligeras.

Murasaki.



CONGRESO NACIONAL

Entre la humedad sombría
de las rocas alejado,
y huyendo la luz del día,
mis amores he contado
á la noche negra y fría...

Saigio.

La manga de mi vestido
que el llanto llegó á empapar,
contempló un desconocido...
Y ¡ay de mí! No he conseguido
que tú me vieras llorar...

Saneské.

—

¡Luna de la alborada,
ayer viste mi llanto doloroso
de la ausencia en la noche desolada,
y hoy ríes al amante venturoso
que á la aurora se aleja de su amada!

Sadaic.

—

¡Oh, ruiseñor, que en el viento
siembras tus quejas amantes,
al oir tu mismo acento
he suspirado, pues siento
que no soy la misma de antes!

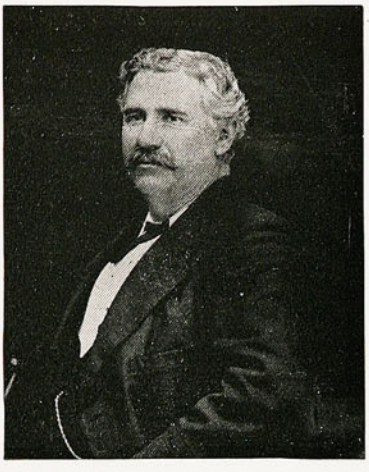
Tomono Kodi.

JOSÉ JUAN TABLADA

Yokohama, 1900

UN EXTRANJERO

Aquella irrupcion de marineros con traje azul y blanco, lo extraño de la bandera en que traian envuelto el ataud me detuvieron un momento más. Precisamente marchaba á mi encuentro. Pasaron ante mí, siguiendo de largo con ese paso acompasado por sí de enterradores, que tienen los piquetes militares. Eran unos veinticinco al mando de un sargento y todos llevaban lazo de crespón en el brazo izquierdo.



DON CESAREO AGUIRRE
Vice-Presidente de la Sociedad Nacional de Mineria

—La bandera va arrastrándose, advirtió uno. (Sin saber yo por qué, se echaron á reir).

Alejáronse y seguí tras ellos. Servían de guías los dos sepultureros y de pendones las palas que llevaban al hombro. El pequeño cementerio estaba apacible bajo el sol. Solo las rachas del viento, metiéndose entre las tumbas y sacudiendo las coronitas de papel hasta arrancarles sus tijereteados pétalos, sólo el viento y el murmullo del mar resplandeciente y vasto como un Sahara que cruza en caravanas de gaviotas, interrumpian aquella quietud.

Habíamos llegado al borde del agujero, ya abierto y circundado por la tierra extraída. La caja fué bajada. Los marinos rodearon en silencio. Con acento inglés dió una orden el sargento y mientras, hinchados los carrillos sopló su corneta un robusto mocetón de fuertes dientes blancos, todos permanecieron con la mano en la gorra, como convocados al toque melancólico que repercutía en el cerro entero. La brisa parecía escuchar y hasta perderse de vista, el océano acompañaba con acordes profundos las notas vibrantes del clarín.

Por fin se detuvo, y todos descansamos. La brisa leve y superficial reanudó su charla, perfectamente humana. Entonces, en revancha de la emoción que nos había mantenido sin respirar, apretada la garganta como si clarineásemos también, los compañeros se disputaron las palas. Con el pié, con la mano, arrojaban otra vez la tierra al hoyo. Y los grandes terrones rebotaban en la tapa del ataud huecamente, cual misteriosa llamada que redoblase un tambor subterráneo.

Sentía mi corazón afligido y para desechar una penosa obsesión, fijé la vista en lontananza.

Era la hora resplandeciente que precede al ocaso, el minuto de gloria que tiene toda tarde y toda existencia por obscura que haya sido. Un genial pintor daba brochazos de *cadmium* puro sobre la celeste extensión y en el plegado lienzo del mar algún discípulo extravagante se esforzaba por imitarle manchándolo de sombras horizontales ó verticales; largas sombras sin motivo, limpiaduras del pincel, talvez.

—Se ha manchado la bandera?—preguntó en castellano el sargento á los que la doblaban.

—Nó, nó—dijeron varios. Y grandes risas volvieron á resonar.

— Podíamos habérsela dejado—dijo otro.

—¿Y qué tapete tendríamos para el *whist*? —objetó severamente el sub-oficial.

Me puse á su lado.

—¿De qué patria es ese pabellón? – inquirí.

El hombre se echó á reir, bastante impolíticamente para un inglés, casi tan alegremente como sus subalternos.

– Oh! oh!—pudo articular por fin.—Bastante cosmopolita. Potpourrí hecho con retazos naciones.

En dos palabras me puso al corriente. El difunto era sueco, noruego, polaco ó ruso nadie lo sabía pero hablaba correctamente inglés y en California se contrató para aquel barco mercante británico que admitía tripulación de todas lenguas. Jamás dijo nada acerca de su pasado ni nadie quiso averiguárselo Sirvió dos años sin que se le conociera otro defecto que el de parecer siempre cansado, lo que no le impedía cumplir sin tregua sus deberes, y mirar demasiado ese cielo y ese mar que á la larga, fastidian á los marinos. Un buen día se le halló muerto en su *coy*, tan silenciosa y prudentemente como había vivido. Al tratarse de la bandera, el capitán negó la inglesa. Entonces, para cumplir con la ordenanza, aquel alegre sargento pensó en el trapo multicolor que les servía de tapete para el juego. ¡Una postrera jugarreta! La verdad es que, pues el desaparecido no había dejado amistades á bordo, nadie lo sintió y, seguramente, de recordarle más tarde sería gracias á ese lance del estandarte cosmopolita...

La tiniebla subía arrastrándose como un lobo y por lo mismo el día perseguido, acorralado, refugiábase en lo mas alto: en la cima

del monte y en el INRI de la cruz más cercana al firmamento.

Me volví á medias y ví á los panteoneros que concluían de emparejar la fosa del extranjero, pero pronto se nos reunieron como si tuviesen prisa en dejarle descansar solo bajo el eterno cielo... ante el mar infinito cuya contemplación tanto amara... Quieto y solo en su mezquino lecho de tierra, rodeado por la paz del campo santo. También podía ser eso una playa, ya que ponía término al agitado mar; y, pues anidó en ella la luz única, la luz última que restaba, faro de la cruz, en cuyo torno agrupábanse los viajeros rendidos...

AUGUSTO THOMSON

Valparaíso, 1903.

EL CARBUNCLO

DE NIÑERÍAS

El carbunclo vuela. A veces se halla escondido en una piedra, otras en el fondo del Lempa ó del Río Grande. Se halla también en el corazón de los grandes árboles de las montañas.

No hay minas de carbunclos, ni alumbran nunca de día. Lo que llaman diamantes, no son más que pedacitos de carbunclos muertos. Porque el carbunclo es vivo. ¿Han visto las exhalaciones? Pues son carbunclos.

A media noche, en lo mas callado de la noche, cuando todos duermen, baja el carbunclo, entra á las casas y va saltando como una granada de luceros. A cada salto se apaga y se vuelve á encender. ¡Ah, qué hermoso es! Si llega uno á cogerlo, se vá, se pierde, se deshace entre las manos, y cuando uno se ha quedado buscándolo, se le ve aparecer más allá, rojo, brillante, como una brasa con alas.

CABEZA DE ESTUDIO — P. LIRA

Ahora, ¿cómo dirán que se coge el carbunclo?

Hay que estar en gracia de Dios, por supuesto. Gente que no esté en gracia de Dios ni se acerque. Entonces, pues, si está uno en gracia de Dios, se levanta á las doce y pone una batea de agua bendita. Allí llega á beber el carbunclo. ¡Cuidado con ir á cogerlo! A la noche siguiente se pone la batea, ya no en la cocina, — porque primero se pone en la cocina — sino en el cuarto de dormir. Llega otra vez y bebe agua. A la tercera noche, se deja la batea en la sala, reza uno sus oraciones, y á la hora en que va á llegar está uno listo. Entra saltando como una brasa, cae en la batea, y entonces, pero pronto, le echa uno un trapo encima.

Y ya no se va. Al sacarlo del agua, la casa parece que está ardiendo. Es una luz tan suave, tan hermosa, tan viva, que no hay sol, ni lucero, ni nada!

Cambia de color á cada instante, ya es una roja granada, ya un grande ópalo, ó una inmensa esmeralda. Otras veces parece un zafiro, una amatista, un rubí, un topacio... El carbunclo da todas las luces; quien lo tiene, es dichoso, está contento, siente que la luz le llega hasta el alma—

Es del tamaño de un huevo de paloma. Es como tener una estrella.

ALBERTO MASFERRER

CUVIER Y EL CORSÉ

El gran naturalista Cuvier se paseaba un día por un jardín público de París con una señora que era víctima de la estrechez de sus vestidos. Una planta elegante ostentaba unas flores tan llenas de atractivos, que arrancaron de la dama expresiones de admiración. Pero Cuvier, que observaba la palidez de su semblante, le dijo: «usted estaba no ha mucho como esta flor; mañana ella estará como usted ahora».

Al día siguiente la llevó al mismo sitio y la hermosa flor estaba moribunda. Ella preguntó el motivo. «Esta planta, replicó Cuvier, es una imagen de usted misma. Yo le enseñaré á usted lo que pasa». Y le mostró una cuerda que estaba atada al rededor del tallo. Cuvier añadió: «Usted se está marchitando exactamente de la misma manera bajo la compresión del corsé y está perdiendo gradualmente sus encantos femeniles, precisamente porque no tiene usted valor de resistir á una moda peligrosa.»

LA CODICIA

(CUENTO)

Fedka se perdió siempre por la funesta mania de querer ganar grandes sumas de dinero.

Cuando poseía una isba cómoda y grande y unos prados y campos bastante extensos para poder cubrir con sus cosechas todas sus necesidades y las de su familia, se le antojó que, dedicándose á la tala de bosques, obtendría mejores rendimientos, y vendiendo todos sus bienes compró grandes extensiones de bosques y, por su cuenta, cortó árboles y más árboles, y empleó gente y más gente. Pero ocurrió entonces que los ríos á los que confiara el transporte de su mercancía se desbordaron y los cargamentos de madera se perdieron. Fedka quedó arruinado por completo.

UN VENDEDOR DE LEÑA EN BRETAÑA, DE RAFAEL CORREA M.

Pero como era hombre de mucha fibra y de infinitos recursos, fuése á Diew y allí puso un tenducho de comestibles y bebidas. Al cabo de poco tiempo su tienda era la mejor reputada de la ciudad y ganaba el mujik cuanto dinero se le antojaba. También esta vez le tentó el demonio de la especulación, y pensó que comprando ganado á los campesinos y yendo á venderlo á la feria de Nidni Novgorod obtendría grandes ganancias. Por desgracia no ocurrió así. Aquel año apenas habían llegado los primeros rebaños de ganado al real de la feria, se declaró una enfermedad desconocida en los carneros y ovejas, que morían como moscas en otoño. Y Fedka quedó arruinado de nuevo y sin esperanzas de resarcirse de su pérdida.

Otra vez fuése á la aldea y allí, ejerciendo diez oficios á la vez, puesto que como diestro ninguno podía echarle la pata, consiguió obtener en breve tiempo una cantidad crecida de dinero. Pensaba comprar con ella una buena finca para poder vivir á sus anchas, cuando de repente se le antojó que su mala suerte

provenía de ser poco audaz, y entonces, sin encomendarse á Dios ni al Diablo, entró en una casa de juego y allí perdió miserablemente cuanto ganara á fuerza de trabajo.

UNA CASA ANTIGUA EN MONTMARTRE, DE RAFAEL CORREA M.

Desesperado salió al campo. El tiempo, que era de primavera, se presentaba espléndido; los verdes tallos se erguian rectos y lozanos; los árboles ostentaban su majestuosa pompa; cantaban los pájaros, y en la templada atmósfera parecía palpitar la invisible fecundidad, gran madre de la vida.

Fedka miraba con ojos torvos todas aquellas riquezas, pensaba en lo que habia perdido por su culpa, en los esfuerzos que le costó conseguir un nombre y una posición; recordaba que la codicia le habia llevado á punto tan desdichado, y asimismo se prometía que, en lo sucesivo, no reincidiría, si por acaso salía con vida de la última catástrofe. Pero la verdad era que no sabia cómo componérselas. Sus vecinos y antiguos amigos, escarmentados por los tropiezos anteriores, no querian prestarle auxilio de ningún género; sus acreedores le reclamaban con insistencia insolente sus créditos. Pensó que lo mejor que podia hacer, ya que se veia abandonado de todos y pobre como una rata, era acabar con su vida.

Cejijunto y resuelto, se dirigía hacia un gran lago que recibe las aguas de los arroyos y riachuelos de la comarca. Allí, entre las mansas aguas, acabaría su existencia desastrada.

Llegaba casi á la orilla del lago, cuando de súbito apareció ante su vista un hombre, en cuya mirada parecían brillar un fuego y una luz divinos.

—¿A dónde vas, Fedka?

—¿Y quién eres tú para preguntármelo? — respondió con insolencia el mujik.

El hombre le miró y el campesino, inclinándose y descubriéndose, murmuró respetuosamente:

—Harto lo sabéis, señor; voy á matarme.

—¿No sabes que eso es contrario á la ley de Dios?

Y el hombre le miró de nuevo y Fedka se puso á temblar como si sintiera un gran frío.

—Es que no tengo ni un mal trozo de campo que cultivar, ni una herramienta para ganarme la vida, ni fuerzas para luchar por más tiempo. Dejad que muera, señor.

—Cuando amanezca el nuevo sol, saldrás del pueblo con dirección al Mediodía. Todos los campos por cuyas lindes pasares serán tuyos, todos los bosques que ciñas con la línea imaginaria de tus

MERCADO DE BRETONAS, DE RAFAEL CORREA M.

MERCADO.

DE LA VEGA

pasos serán tuyos; cañadas i montañas, prados y vergeles, serán tuyos. Cuida sólo de estar de vuelta antes que el sol se haya puesto, y todo el terreno que hayas pisado será tuyo. Anda, que yo te lo aseguro.

Fedka cayó de rodillas, porque la voz que le hablaba tenía un acento sobrenatural y revelaba una omnipotencia que le aterraba.

Apenas apuntó el sol, Fedka salió del pueblo. Vió unos campos de de maiz y pasó por su lado; vió unos prados con pastos abundantes y pasó por su lado; advirtió más lejos un bosque que llegaba hasta donde alcanzaba su vista y con paso ligero y elástico, como si sólo tuviera veinticinco años, siguió la línea de sus árboles, pensando que toda aquella extensión riquísima de tierras sería suya.

Era mucho más de medio día cuando llegó al límite del bosque; comprendía que había andado mucho, que quizá era ya hora de volver. Pero detrás del bosque había unos campos inmensos de tierra obscura y feracísima y Fedka pensó que no debía dejarlos para otros, ya que podían ser suyos.

Siguió adelante; rodeó los campos; pero hé aquí que al otro lado de un riachuelo había unas viñas preciosas, cuyas cepas, por el agraz que tenían, anunciaban una cosecha óptima. Y pensó Fedka que sería insigne tontería no quedarse también con aquellas viñas, y las rodeó casi corriendo, ansiando volver al punto de partida; pero en unos prados cubiertos de alta y apretada hierba, vió unos rebaños de ovejas que pacían y creyó de su deber quedarse con los prados, por si el ganado iba también comprendido en el trato.

El aire de la tarde era cada vez más vivo; el sol bajaba; Fedka se percató de ello y apretó el paso. Ya llegaba á los linderos del bosque. Su sombra se alargaba cada vez más.

—¡Fedka! ¡Fedka! Mira que quedan breves minutos de sol. ¡Apresúrate!

Y Fedka corría, ansioso de llegar cuanto antes al punto de partida. De súbito, á su derecha, al otro lado del bosque, aparece ante sus ojos una huerta de maravillosa belleza, de gran extensión. Los árboles inclinan sus ramas hasta el suelo bajo el peso de la fruta; ciruelos y melocotones ostentaban sus áureos frutos; guindos y cerezos parecían cubiertos de púrpura, los nogales y castaños ofrecían las verdes bolsas; los madroños y las fresas, ocultos casi entre las hojas, acechaban desde su escondite la mano que debía arrancarles de la planta.

—¡Fedka! ¡Mira como se alarga tu sombra hasta el horizonte!

Pero Fedka, anhelante, rodeaba la huerta.

¡Oh! ¡Cuán grande y cuán fecunda era la huerta aquélla! Pero también ¡cuán desmesurada!

Fedka corría desolado. Ya doblaba el extremo de la huerta, ya volvía hacia el punto de partida, ya sólo le faltaban unos mil pasos para llegar á la meta.

—Corre, corre, Fedka.

La parte visible del disco solar se empequeñecía cada vez mas; parecía una línea luminosa Un último destello iluminó con luz sangrienta la frente del mujik y deslumbró sus ojos que se le saltaban de las órbitas por el cansancio y por el espanto.

—¿Qué has hecho, Fedka? Ya no luce el sol.

Cuando Fedka llegó al pueblo, las calles estaban ya envueltas en la penumbra del crepúsculo!

El miserable se echó al suelo y murió.

León TOLSTOI

LA PERRERA MUNICIPAL

Si este artículo se publicara fuera de Santiago, en cualquiera otra cabecera de provincia ó departamento, no faltarían quiénes vieran en el precedente título una segunda intención: ¡la perrera municipal! ¿qué otra cosa puede ser la Municipalidad misma?

Afortunadamente estamos en Santiago, donde no es posible confundir á esas dos instituciones: El municipio y la perrera. Y á ésta se refiere exclusivamente este artículo, sin dobleces de ningún género.

La Alcaldía ha hecho recientes esfuerzos por reorganizar la perrera, por someterla á régimen, porque estima que, aun tratando de perrerías, debe intervenir la autoridad y reglamentarlas, por cuanto son materias de índole netamente municipal y deben estar sometidas á la autoridad edilicia, de la misma manera que aquel sargento del 38 tronaba furioso porque no se sometía á la ordenanza al Cabo de Hornos.

Pero, á pesar de toda la buena voluntad y celo edilicio de la Alcaldía, la perrera no puede dejar de ser un enorme monumento de la ingratitud y de la maldad humanas. ¿No ha sido estimado siempre el perro como el mejor amigo del hombre? Lucida amistad: cuando necesitamos de los colmillos y de los ladridos del can, le damos nombre de amigo, de fiel compañero y buscamos solícito su compañía; pero cuando el perro nos molesta ó creemos que nos molesta, esto es, cuando comprende nuestro egoísmo y nuestra ingrata condición, entonces lo enviamos á la perrera, lo condenamos á las perfidias del gas de alumbrado, ó, inspirados por un brahamismo exótico, entregamos sus despojos á la transmigración á través de los estómagos, ya en la forma dulzona ó pegajosa de la sustancia de ave, ya en la más apetitosa de los chorizos y las salchichas.

La perrera no es más que una nueva repetición de la vieja tiranía: *la force prime le droit*. ¿De dónde infiere el hombre su derecho para eliminar una especie y expulsarla de la vida? ¿á qué título se arroga la facultad de tiranizar toda una raza y decretar su extirpación.

Es cierto que se culpa á los perros, desde los tiempos de Adán, de algunos graves delitos, siempre los mismos: su falta de moralidad y sin ningún respeto por su pública decencia, pues persiguen por docenas i en la calle pública á las damas de su especie; su afición desmedida á las pantorrillas y otras blanduras humanas; su propensión á la rabia ó hidrofobia, que es una horrible amenaza para el hombre. Y estos viejos crímenes, se dice, repetidos en eterna reincidencia, prueban que se trata de delincuentes incorregibles y que deben ser eliminados de la sociedad.

Pero, en primer lugar, la antigüedad y persistencia de estas acusaciones no prueban la verdad de éstas: ¿hay cosa más estable, más fija, más eternamente igual que la edad de las mujeres? ¿y hay cosa más falsa?

En segundo lugar, juzgamos y sentenciamos la cuestión sólo desde el punto de vista humano, y la justicia obli-

SOMERSCALES

ga á ponerse también en el punto de vista canino: ¿y ha sido oído alguna vez el perro en el litigio? Si se le oyera ¡qué formidables argumentos esgrimiría en contra nuestra!

Desde luego, con respecto á la moralidad, podría arguir que la especie canina jamás ha cometido crímenes como los humanos: en ella no se conocen los perros suicidas, ni se ha visto jamás un can armado de puñal, ni perros desfalcadores, ni perros con saldos en contra, y si hay algún ratero entre ellos ha sido amaestrado por el hombre. Siguen á una hembra por la calle; ¿y los hombres no se acumulan por centenares detrás de cualquiera ocupación? ¿no persiguen á las mujeres por todas partes? ¿no las hostilizan despiadadamente en los portales? Y sin embargo, si un día se reuniera un tribunal de perros y condenara á muerte á algún joven portalista, ¡qué escándalo no formaría entre éstos el incidente!

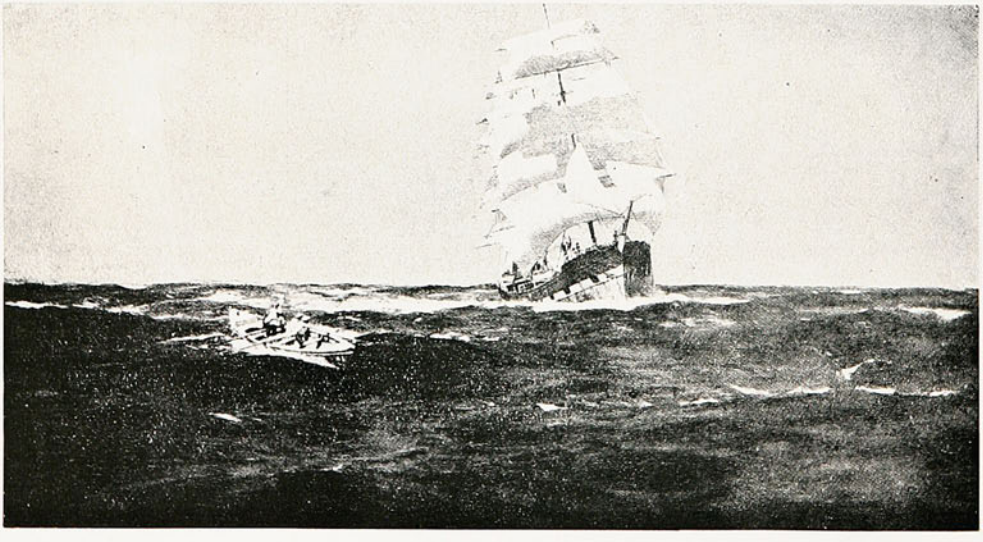
¡Que les gustan las pantorrillas! Pero, ¿acaso los hombres se tapan los ojos ante una falda que, al andar, se levanta más de lo corriente? ¿no es esa una de las más exageradas aficiones humanas?

¡Que los perros son propensos á la hidrofobia! ¿Pero, por fortuna, fueron los perros los que inventaron el vino? ¿Y no es tanto el horror que tienen los hombres al agua que, cuando se les da en alguna abundancia, se ahogan?

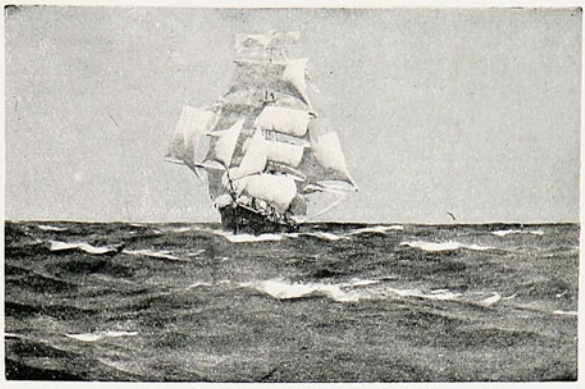
Bien sé que los defensores de la perrera responden á todos esos argumentos diciendo que ella sólo amenaza á los perros vagos, y de ningún modo á los que tienen amo, pues éste los defiende y los salva. Pero esta es una perfidia: ello es apoyarse cabalmente en la ingratitud del hombre para destruír á los perros. Y antes de probarlo, digamos que si los perros establecieran un «hombrera» municipal para los hombres vagos, ¡cuántos de éstos morirían con el gas de alumbrado!

Ahora, hé aquí un hecho que manifiesta la la sinceridad de ese argumento.

No lejos del Santa Lucía vivía, no ha mucho, una señora solterona que poseía un quiltro regalón. *Copito* era un perro ideal: blanco como el armiño, con una alma de paloma, aseado y limpio como el bolsillo de un empleado á 25 del mes, de un carácter dulcísimo que se transparentaba en la azul serenidad de unos límpidos



ojos; y sobre todo no era enamorado. Un solo defecto tenía: que en el invierno solía fugarse de la casa, y no por mala índole ó por afición aventurera, sinó porque en la vecindad vivía una corista del Municipal que ensayaba de día sus papeles y ponía en fuga á todos los perros del vecindario.



En una de estas salidas, Copito fué cogido por un guardián y llevado á la perrera. Su dueña lloró amargamente y removió toda la ciudad y puso en campaña á toda la policía para hacer buscar á su regalón; al fin se acordó de la perrera y allá se fué. Presentóse llorando al administrador, que, por la abundancia de las lágrimas la creyó viuda por lo menos de unos siete maridos. Entre sollozos pudo la señora darse á entender y el administrador la llevó al depósito: allí estaba *Copito*, entre una turba de descamisados caninos, y recibió á su ama con transportes de alegría; un largo abrazo y un dulce beso fueron la señal del mutuo cariño.

La señora quiso salir al punto y llevarse á Copito, pero el empleado la detuvo, diciéndole que debía pagar cinco pesos para poder sacar á Copito.

—¡Cinco pesos! ¡Qué barbaridad? Déjemelo por tres siquiera!

—No estamos en las tiendas, señora: aquí no hay rebaja.

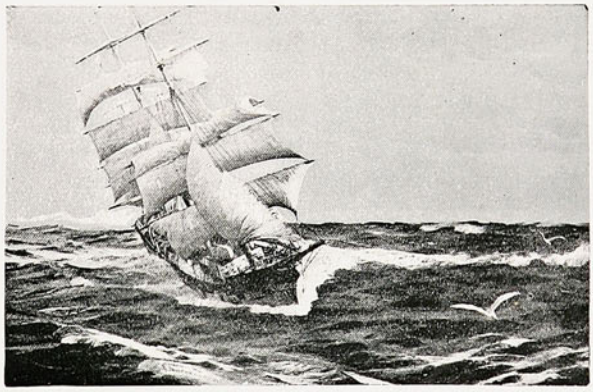
—¿Ni un centavo menos de cinco pesos, señor?

—Ni un centavo. Entonces, me resignaré, señor, á... ¡¡dejar á Copito!!

Y Copito quedó abandonado y murió al día siguiente de una indigestion fogosa de gas. Aquel gran cariño, aquella amistad estrecha de tantos años valían menos de cinco pesos.

RONQUILLO

SOMERSCALES



Vuelve á Chile, después de una ausencia de más de diez años, este célebre artista inglés, de cuya gloria participa por mucho nuestra tierra, ya que aquí, en el pintoresco Valparaíso, germinó y se desarrolló el gran talento artístico del famoso pintor de marinas. Es el de Somerscales un caso evidente de verdadera vocación artística.

Oficial de la marina británica, fué en sus viajes al traves del océano donde aprendió á conocer el misterio de las olas y á amar la grandiosidad de su belleza.

Ignoramos por qué causa decidió fijar su residencia en Valparaíso. Ello es que allí pintó sus primeras marinas, remembranzas casi todas ellas de sus impresiones de á bordo.

Ya en posesión de la técnica de su arte, pose-

sión adquirida por el propio esfuerzo, pues que no tuvo maestros, ni consultores, ni siquiera críticos, resolvió trasladarse á su patria, llevando algunos de sus mejores cuadros.

PAISAJE — P. LIRA

En 1893 se presentó por primera vez á la «*Royal Academy*» de Londres. Y este fué el punto de partida de su fama. Críticos y pintores convinieron en que los cuadros de este marinista, que por primera vez aparecía en Inglaterra, eran realmente admirables.

Poco después, su «Corbeta acortando velas para auxiliar á marineros náufragos» (*Corvette shortening sail to pick up a shipwreckcacrew*) fué colocado en la sexta galería de *Burlington House*. Es esta tela un estudio de alta mar en gran tamaño. Olas pesadas y enormes bajo un cielo vasto y claro. Casi en el centro del cuadro un barco que arrea rápidamente sus velas para socorrer á unos marineros que, desesperados, piden auxilio desde un bote que se ve en primer término. Este cuadro es de un empuje vigoroso y la suma de conocimientos que en él se advierte demostró claramente que su autor no era un pintor joven, pues con sólo apreciar el estudio concienzudo del mar, se advertía una larga experiencia.

Un conocido crítico al analizarlo, llegó á decir que veía en él la influencia patente de Henry Moore. Sin embargo, tal cosa no existía. Somerscales, como hemos dicho, había encontrado los secretos de su arte solo, al arrullo de las brisas del mar, lejos de la influencia de Moore ó de cualquier otro pintor de marinas.

En 1899 la «*Royal Academy*,» reconociendo oficialmente los grandes méritos del notable marinista, colgó una de sus telas en la *National Gallery of British Art*, museo que en Inglaterra corresponde al *Louxembourg* en Francia. El cuadro merecedor de tan alta distinción fué el intitulado *Off Valparaiso*, cuya reproducción adorna la página anterior. Es una de las obras más sencillas, delicadas y hermosas del afamado artista.

Del 89 acá, Somerscales ha continuado exhibiendo año á año en la «*Royal Academy*».

El cuadro «*Making sail after a Blow*» (amarrando las velas después del ventarrón), que también reproducimos, es el exhibido por el artista en 1903.

Dada esta rápida noticia acerca del distinguido pintor, hoy huésped de nosotros nuevamente, sólo nos resta presentarle nuestro afectuoso saludo de bienvenida y los votos que hacemos porque le sea siempre amable este país, que se enorgullece de haber contribuido al desarrollo de su gran talento artístico.

CH. I.

EL BUQUE NÁUFRAGO

Cuando acababa yo de almorzar con mi antiguo amigo Jorge Garín, un criado le entregó una carta llena de sellos extranjeros.

Jorge me dijo:

— ¿Me permites?...

— Eres muy dueño...

Y se puso á leer ocho páginas de una letra inglesa, cruzada en todos sentidos.

Leíalas con lentitud y con ese interés que provoca todo cuanto llega al corazón.

Después dejó la carta sobre la chimena y exclamó:

— He aquí una historia que nunca te he referido,

una historia sentimental en la que desempeñé un importante papel.

Hace de esto veinte años, pues entonces tenía treinta y ahora la friolera de cincuenta.

Era yo á la sazón Inspector de la Compañía de Seguros Marítimos, que ahora dirijo, y me disponía á pasar en París la fiesta de 1.º de enero, cuando recibí una carta del director, en la que me ordenaba partiese inmediatamente para la isla de Re, donde acababa de naufragar una fragata de Saint-Nazaire asegurada por nosotros.

A los diez días llegué á las oficinas de la sociedad para recibir instrucciones, y aquella misma noche tomaba el exprés, llegando á la Rochela al siguiente día, 31 de diciembre.

Disponía de dos horas, antes de embarcarme en el vapor de Re, el «Juan Guiton», y dí un gran paseo por la ciudad

Una vez á bordo y ya en alta mar, me puse á hablar con el capitán, el cual me dió extensos detalles acerca del buque náufrago que iba yo á inspeccionar y que se llamaba la «María Josefa».

— El barco — me decía mi interlocutor — está encallado en la arena y, aprovechando la marea baja, puede Vd. ir á visitarle á pie después de almorzar, pudiendo permanecer en el buque hora y media á lo sumo. Si tardara Vd. más, estaría Vd. perdido, á causa de la pleamar.

A los pocos instantes, llegábamos al pueblo de San Martín, término de mi viaje.

Después de haber almorzado, me dirigí á la playa y aprovechando el descenso del mar, eché á andar por la arena, y al cabo de una hora llegué á la «María Josefa», casi destruida ó reclinada sobre el suelo.

Subí al buque por la parte más baja y entré en el interior.

Acto continuo me puse á tomar nota acerca del estado de la embarcación y de la entidad del siniestro, cuando de pronto oí voces humanas frente á mí. Subí al puente y ví que se hallaba á proa un caballero con tres señoritas, ó mejor dicho, un inglés con tres *mises*.

Indudablemente, debieron tener más miedo que yo, al verme surgir del interior del barco.

A los pocos segundos me dijo el inglés:

— ¿Es Vd. el dueño del buque?

— Sí, señor.

— ¿Podemos visitarlo?

— No hay inconveniente en ello.

Las tres niñas eran encantadoras, sobre todo la mayor, una rubia de dieciocho años, fresca como una flor primaveral. Hablaba el francés algo mejor que su padre y nos sirvió de intérprete Le referí el naufragio como si hubiese presenciado la catástrofe y bajamos al interior del buque.

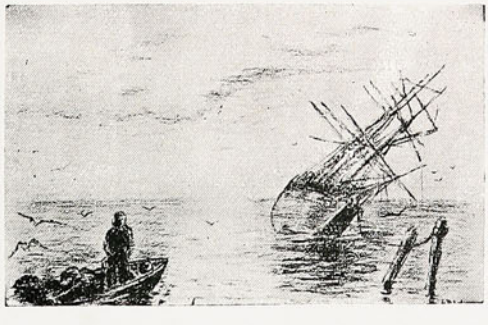
A los pocos instantes el padre y las hijas sacaron sus álbums, que tenían ocultos en sus grandes abrigos, y se pusieron á dibujar para sacar cuatro copias de la cámara

Mientras trabajaban, la mayor de las niñas hablaba conmigo, sin que por eso dejara yo de seguir inspeccionando el esqueleto del barco.

Al cabo de un rato murmuró:

— Me parece que el buque se ha movido.

Presté atención y noté un leve rumor, especial y continuo. ¿Qué podía ser? Miré por la escotilla y lancé un grito de terror. El mar nos había alcanzado é iba á rodearnos por completo.



Nos precipitamos sobre el puente; pero era ya demasiado tarde. El agua nos cercaba y corría hacia la costa con prodigiosa velocidad.

El inglés quiso arrojarse desde la obra muerta; mas le detuve, porque la fuga era imposible.

Quise pedir auxilio: pero, ¿á quién?

Las dos hermanas menores se abrazaron á su padre, el cual contemplaba el mar con verdadera angustia.

Y con la misma rapidez que el Océano, cerraba la noche, húmeda y helada.

— No hay más remedio — dije — que permanecer á bordo.

— Sí — contestó el inglés.

Y allí estuvimos, no sé cuánto tiempo, con los ojos fijos en aquél mar amarillento que empezaba á hervir en torno nuestro

Una de las niñas tuvo frío, y quisimos bajar para ponernos al abrigo del viento que nos azotaba el rostro. Pero no pudimos realizar nuestro propósito, porque el buque estaba lleno de agua, y nos refugiamos del mejor modo posible entre el maderaje de proa.

Estábamos envueltos entre tinieblas, y permanecimos apretados los unos contra los otros, rodeados de oscuridad y de agua.

Sentía temblar contra mi hombro el hombro de la inglesa, cuyos dientes crugían por momento, pero sentía también el suave calor de su cuerpo á través de las ropas y aquel calor me causaba las delicias de un beso.

No decíamos una palabra y permanecíamos inmóviles, mudos, acurrucados como bestias en un foso en tiempo de tormenta.

Y, sin embargo, apesar de todo, apesar de la noche, apesar del terrible peligro que corríamos, considerábame dichoso al lado de aquella criatura encantadora.

¿Por qué razón? ¿Sabíalo yo acaso? ¿Por una inglesa desconocida á quien no amaba ni conocía? Pero lo cierto es que estaba conmovido, que me sentía conquistado y que habría deseado salvarla y cometer por ella todo género de locuras.

El silencio de las tinieblas era espantoso y el viento cada vez más helado.

De pronto pregunté á mi vecina:

— ¿Tiene Vd. frío, miss?

— Sí, mucho frío.

Quise darle mi abrigo, y aunque ella se negó á aceptarlo, la envolví en él apesar de su resistencia.

El inglés notó que el viento arreciaba y me dijo:

— La situación va empeorando por momentos.

Y estaba en lo cierto, porque si empezaban los golpes de mar contra el buque, nuestra muerte era inevitable. En medio de nuestro terror, que iba en aumento por instantes, divisaba yo á lo lejos, á izquierda, á derecha, detrás de nosotros, la luz de los faros que brillaba en las costas; de los faros blancos, amarillos, encarnados, semejantes á enormes ojos, á ojos de jigante que nos contemplaban esperando con avidez nuestra desaparición.

El mar rugía furioso azotando nuestro buque.

De repente, rodamos los cinco por el suelo porque la «María Josefa» se había inclinado sobre el costado derecho.

La inglesa había caído sobre mi cuerpo, y entonces la levanté, la cogí entre mis brazos, y como un loco, sin saber lo que hacía, creyendo que había llegado nuestra última hora, la besé en las mejillas, en la boca, en las sienes y en los cabellos.

En aquel momento deseaba yo que el barco se hubiese roto en mil pedazos, sepultándonos á todos en el agua.

De pronto ví una luz en el mar, cerca ya de nosotros. Grité y me contestaron. Era una barca que nos buscaba por encargo del dueño del hotel que había previsto nuestra imprudencia.

Estábamos salvados; y confieso que lo sentí.

Los tripulantes nos sacaron de nuestra balsa y nos llevaron á la población.

Cenamos, y al día siguiente no tuvimos más remedio que separarnos.

La despedida fué cordial y nos ofrecimos escribirnos de cuando en cuando.

Los ingleses partieron para Biarritz y poco faltó para que les siguiera.

Estuve á punto de pedir la mano de aquella encantadora mujer, y estoy seguro de que si permanezco ocho días á su lado, me caso con ella.

Trascurrieron dos años sin que oyese hablar de ellos, y despues recibí una carta de Nueva York.

La inglesa se había casado y me lo decía. Y desde entonces nos escribimos todos los años el 1.º de enero. Ella me cuenta su vida y me habla de sus hijos y de sus hermanos, pero nunca de su marido. ¿Por qué?... Y yo no le hablo más que de la «María Josefa»...

Es la única mujer á quien he amado .. no... á quien habria amado... Pero los acontecimientos le arrastran á uno y... luego... todo pasa en este mundo.

Debe estar muy vieja, y tengo la seguridad de que si la viera no la conocería. ¡Ah! la otra, la del buque náufrago, era una criatura... divina!

En esta carta que acabo de recibir me dice que tiene la cabeza cana. ¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Y aquellos admirables cabellos rubios?

¡Qué triste, qué triste es todo esto!...

GUY DE MAUPASSANT

NUESTROS GRABADOS

DON CARLOS BESA

Presidente de la Sociedad Nacional de Minería

El señor Besa es conocido como político y como hombre de negocios.

Ha sido en varias legislaturas miembro de la Cámara de Diputados, en la cual desempeñó el cargo de Vice presidente; durante la administración Riesco ha formado parte del Gabinete Matte-Edwards, ocupando el Ministerio de Guerra y Marina.

Como industrial, ha vinculado su nombre á numerosas empresas agrícolas y mineras. Siendo muy joven figuró entre los primeros exploradores de Caracoles y actualmente es dueño de valiosas propiedades mineras y establecimientos de beneficio en Chañaral y San José de Maipo, donde posee el famoso mineral de «El Cristo».

♣

DON CESAREO AGUIRRE

Vice-presidente de la Sociedad Nacional de Minería

El señor Aguirre es uno de los más antiguos ingenieros de minas. Gran parte de su vida la ha pasado en el norte del país dedicado á trabajos mineros y al ejercicio de su profesión.

Posee valiosas minas en Antofagasta, Calama y Copiapó, siendo el actual dueño de la conocida mina «Zaragoza», ubicada en el departamento de Antofagasta.

Desde hace algunos años el señor Aguirre reside en Santiago, donde ha desempeñado los cargos de Presidente del Instituto de Ingenieros, Vice Presidente de la «Société Scientifique du Chili» y Vice-Presidente de la Sociedad Nacional de Minería.

IGLESIA DE FLORIBEAU (BRETAÑA), DE RAFAEL CORREA M.

A LOS ENFERMOS DEL

ESTOMAGO

E INTESTINOS

¿Sufre Vd. del estómago, no tiene apetito, digiere con dificultad, tiene Vd. gastritis, dispepsia, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, dilatación del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos?

¿Por la mañana, al levantarse, tiene la lengua sucia, mal olor de aliento, está bilioso, tiene aguas de boca?

¿Después de las comidas, tiene Vd. eructo, agrios, gases, pirosis, vahidos, pesadez de cabeza, ruidos en los oídos, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón?

¿Tiene Vd. dolores al vientre, á la espalda, vómitos, extreñimiento, diarreas?

¿Se altera Vd. con facilidad, está febril, se irrita por la menor cosa, está triste, abatido, evita el trato social, teniendo por la noche ensueños, sueño agitado, respiración difícil?

¿Desea evitar el mareo del mar al tener que embarcarse?

¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curar á Vd?

No se desespere, tome pronto

ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

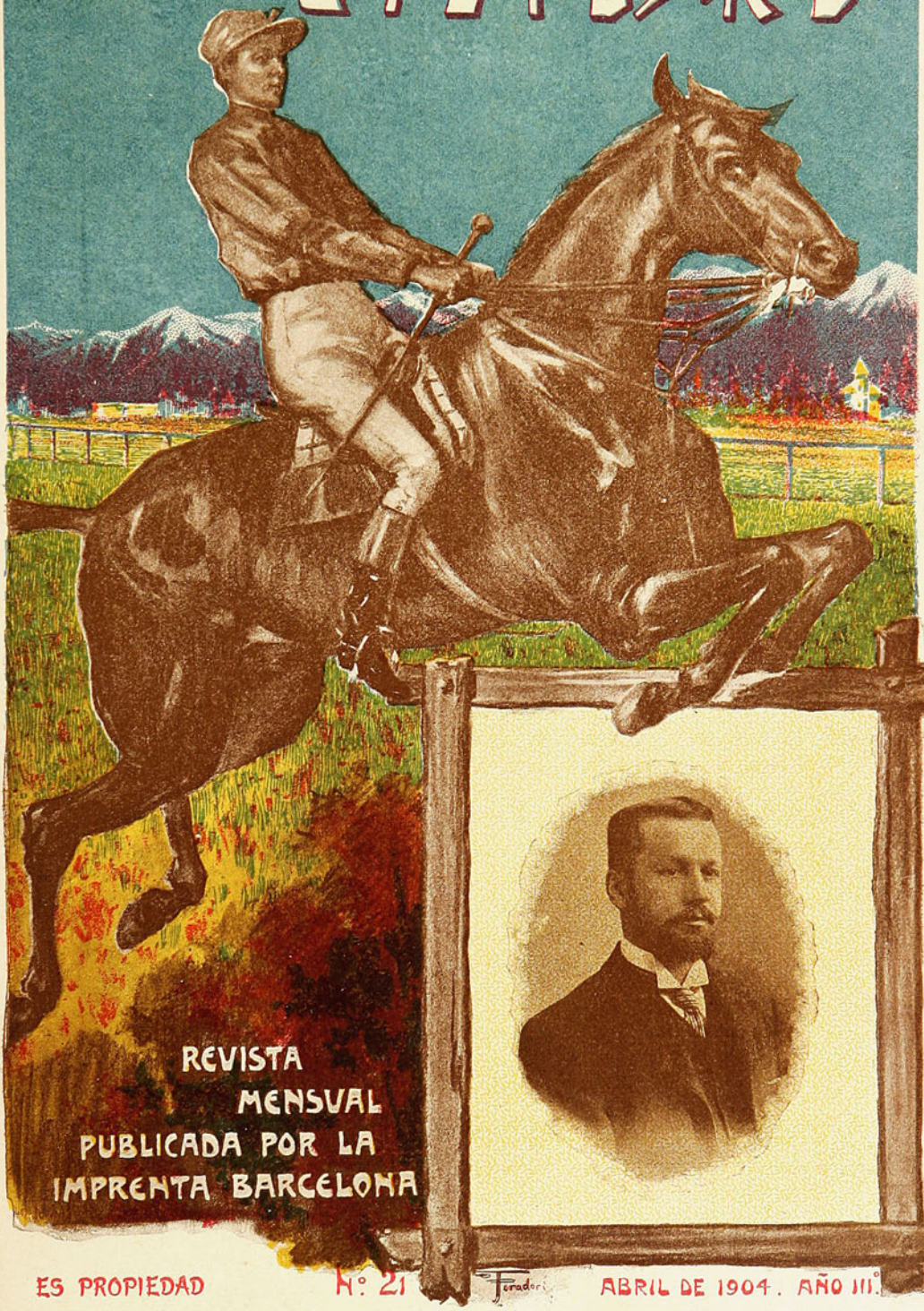
Es el remedio del día, usado en el mundo entero, el que únicamente triunfa de las enfermedades rebeldes á todo tratamiento del estómago é intestinos.

Preguntad á todo el que lo tome y os dirá: **"EL ELIXIR ESTOMACAL de SAIZ DE CARLOS (Stomalix) me ha curado radicalmente, mientras que los demás medicamentos no me habían ni aún aliviado."**

Es seguro en sus efectos y **siempre** inofensivo, aunque se use años seguidos. Cura las diarreas de los niños, aumenta el apetito, tonifica y ayuda á las digestiones, por lo que es de uso necesario. Se vende en todas las Droguerías y Farmacias.

PRECIO: 50 Cent

CHILE ILUSTRADO

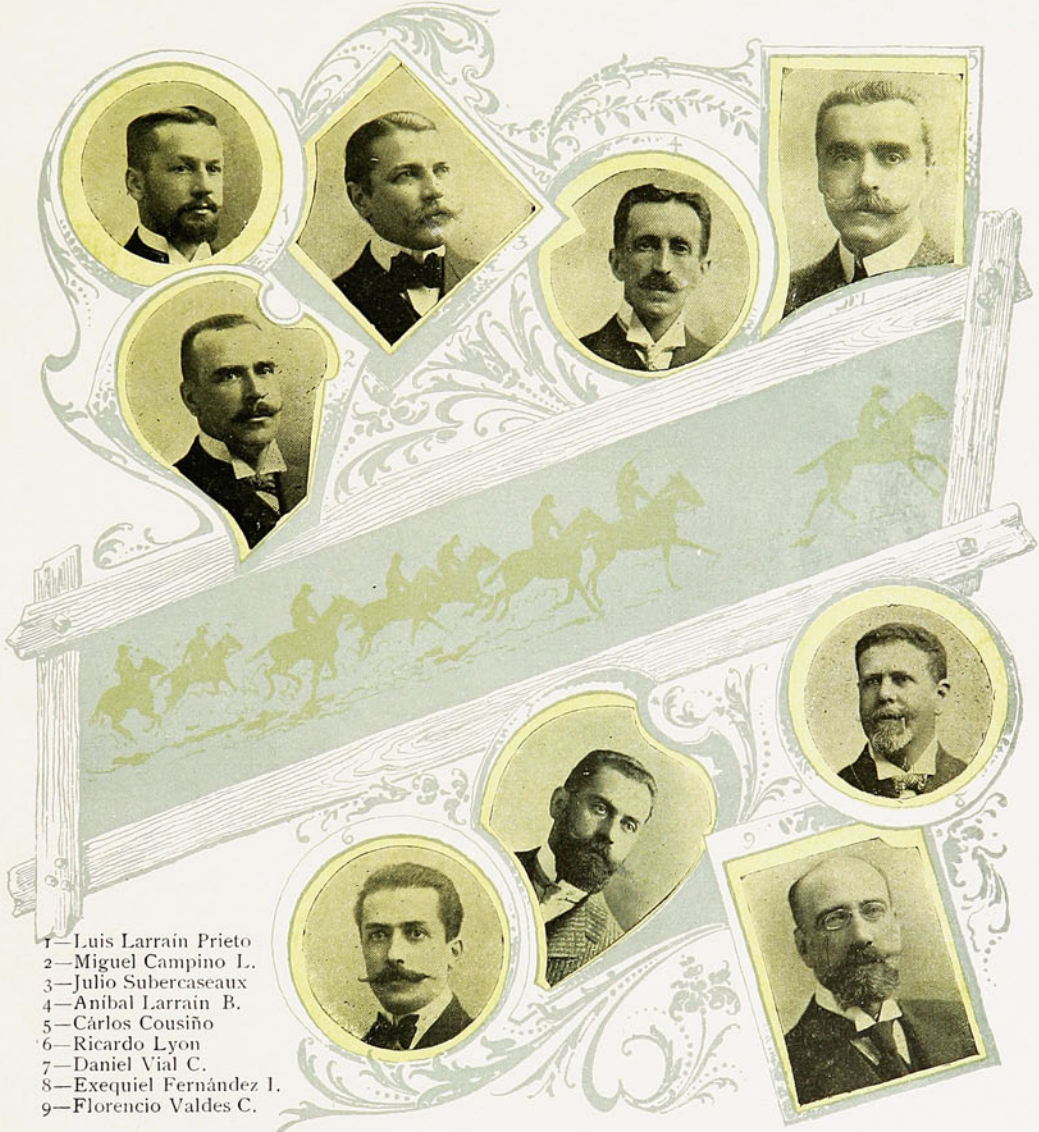


REVISTA MENSUAL PUBLICADA POR LA IMPRENTA BARCELONA

ES PROPIEDAD N.º 21 ABRIL DE 1904. AÑO III.º

CHILE ILUSTRADO

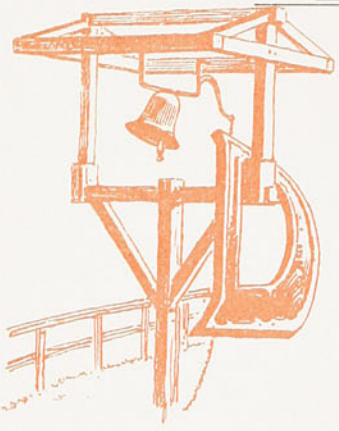
REVISTA MENSUAL



1—Luis Larraín Prieto
2—Miguel Campino L.
3—Julio Subercaseaux
4—Aníbal Larraín B.
5—Cárlos Cousiño
6—Ricardo Lyon
7—Daniel Vial C.
8—Exequiel Fernández I.
9—Florencio Valdes C.

DIRECTORIO DEL CLUB HÍPICO DE SANTIAGO

CLUB HÍPICO DE SANTIAGO



AMOS hoy á nuestros lectores los retratos del Directorio y demás miembros del personal directivo de esta importante institución.

A la vez queremos dedicar unas cuantas líneas en recuerdo de la fundación de esta sociedad, de los beneficios prestados al país, de su desarrollo y de su estado actual.

En 1869 se echaron las bases del Club Hípico de Santiago por iniciativa de veinte y tantos caballeros de lo más conocido y prestigioso de nuestro mundo social, á cuya cabeza se encontraban los señores Luis Cousiño, José Luis Larraín, Francisco Baeza, Domingo de Toro Herrera, Miguel Felipe del Fierro y varios otros.

Dos fines principales se perseguía con la fundación de este centro social: dar al público en general un espectáculo culto, de buen gusto y elegante, y fomentar el desarrollo y mejora de la raza caballar por medio de la importación de reproductores finos y la selección de los nacionales; y por la organización de programas de carreras que necesariamente han producido el estímulo de los criadores y la emulación de nuestros sportsmen por la preparación de sus caballos, por la lucha y por el éxito.

Ambos propósitos se han satisfecho ampliamente, y puede hoy decirse con justicia, que el Club Hípico de Santiago es una institución que hace honor al país

En los primeros años llevó una vida relativamente anémica: sus días de carreras eran muy escasos y sus programas poco concurridos; pero esta situación se ha modificado radicalmente en los últimos años.

En la actualidad se organizan por término medio cuarenta días de carreras anualmente; en el año último han corrido 293 animales; se han distribuído en premios $ 182,311.50 y se han entregado á los establecimientos de beneficencia $ 113,579.89, para auxilio y socorro de los necesitados.

A la par de esta obra social de tan positivos resultados, vemos en las caballadas del Ejército, en la Policías y en otros servicios públicos la excelente producción de nuestros criaderos, debida principalmente al fomento de la raza, á que el Club ha dado tanta importancia y desarrollo.

Esta situación próspera lleva caractéres de incrementarse cada día más: en el último año los señores Julio Subercaseaux, Carlos Cousiño, Juan Enrique Concha, Larraín Bulnes, Walker Martínez y otros han importado de la República Argentina valiosos productos que servirán eficazmente el progresivo desarrollo del *elevage* nacional.

Cabe, pues, al Club, especialmente á sus Directorios, la satisfacción de haber servido eficazmente los intereses puestos en sus manos y de haber contribuído en parte no pequeña al bien público.

El Directorio actual formado por los señores Luis Larraín Prieto, Julio Subercaseaux, Ricardo Lyon, Daniel Vial C., Miguel Campino, Carlos Cousiño, José Florencio Valdés, Exequiel Fernández y Aníbal Larraín Bulnes, viene con muy pequeñas variaciones, sirviendo este puesto desde hace algunos años y su reelección continuada está probando el acierto de sus actos administrativos y la aprobación que ellos han merecido de parte del público y de los accionistas.

Don Jorge Phillips, que durante muchos años desempeñó el puesto de Director-Secretario y que es hoy solamente Secretario, en virtud de la incompatibilidad actual que existe entre ambos cargos, ha dedicado á esta institución el celo é interés, la competencia y el acierto que él sabe emplear en favor de los cargos que le han sido encomendados.

Se nos dispensará la franqueza, que creemos obra de justicia y de verdad, reconocer aquí y hacer constar que la prosperidad actual del Club Hípico de Santiago es en gran parte la obra de su Secretario.

Corresponde á la prensa censurar lo malo y aplaudir lo bueno, especialmente lo que sirve eficazmente al bien público.

A este propósito corresponden nuestros grabados actuales y esta corta reseña dedicada al Club Hípico de Santiago.

LA REDACCIÓN

CLUB HIPICO DE SANTIAGO

1—Jorge Phillips H..... Secretario
2—John Mathews..... Handicapper
3—Jorge Zamudio..... Pro-Secretario
4—German Besa..... Comisario
5—Cárlos Aguiar..... Juez de llegada
6—Fernando Subercaseaux.... Juez de paddock
7—Camilo Larrain U..... Comisario
8—Federico Long..... Juez de peso
9—Emilio Petit..... Comisario

AL AMOR DE LA LUMBRE

Junto á las grutas de las quebradas
donde las aguas alborotadas
charlan de asuntos sin tón ni són,
hay una casa de corredores
donde hay palomas, tiestos con flores
y enredaderas en el balcón.

Es una casa de tres ventanas
donde la madre luce sus canas
como argumentos de algo gentil,
y unos modales llenos de gracia
que hacen más grave la aristocracia
del aire místico y señoril.

Si fueran cosas de tiempo antiguo,
más de una oda de metro exiguo
hubiera escrito Fray Luis de León
sobre la dama de blanco pelo,
sobre las dichas que allá en el cielo
tendrán los buenos de corazón.

Y en verdad digna es de verso y prosa
la blanca mesa, la blanca loza,
la porcelana de albo matiz,
los cuchicheos, los tenues corros
y el agua alegre que salta á chorros
por una enorme llave matriz.

Es una dicha que causa pena!
La broma alegre, la charla amena
y allá en el piano, la, si, do, re...
Los besos largos, las risas claras
y el tintineo de las cucharas
sobre las blancas tazas de té.

Unos comentan el cuento charro;
otro que piensa fuma el cigarro
mirando el humo subir, subir...
Hace proyectos mientras bosteza
y ve en las brumas de su pereza
cosas alegres del porvenir.

La madre cose; la joven piensa;
la chica enreda su oscura trenza;
los grandes hurgan temas de amor.
Y si á la larga se ponen tristes,
el más alegre cuenta unos chistes
que á todos ponen de buen humor.

Las flores mustias pueblan la mesa
y la bandeja de plata gruesa
y las cajitas donde hay café,
en cuyas clásicas etiquetas
hay unos chinos que hacen piruetas
sobre cajones llenos de té.

En los jarrones de porcelana
hay una torre y una campana,
una que casi repica ya...
Un cuadro antiguo colgado al muro,
y en él un gesto grave y seguro
sobre el semblante del buen papá.

Si allá un piloto maniobras manda
ellos de codos en la baranda
piensan: ¿á donde irá el bergantín?
...Y sopla el viento del mediodía
y una brumosa melancolía
vacía en el aire vahos de *spleen*.

En las heladas tardes de invierno
se leen libros de arte moderno
ó alguna charla de Pedro Gil;
oye la dama de pelo cano,
callado el viento, callado el piano
y Paderewsky sobre el atril...

La lluvia afuera cae hastiadora...
La chica piensa, la chica llora:
¿llueve en el cielo también mamá?
Y mientras hace sus buenas onces
la chica dice con pena: ¡entonces
allá se moja mi buen papá!

Cuando en las noches hay aguacero
niños y gatos junto al brasero
oyen *La Lámpara de Aladín*;
cuentos de negros duchos en bromas,
niñas que una hada volvió palomas
ó gigantones con piel de espín.

...Suenan las doce; la madre reza;
hay en los cielos mucha tristeza,
abajo un vaho sentimental,
mientras que enfermas de hipocondrías
cantan las ranas sus letanías
allá en la orilla de un manantial.

Sueñan los niños que allá en la gloria
hay una inmensa preparatoria
donde Dios hace de preceptor,
y que en la clase, de traje blanco
á cada uno pone en el banco
una corneta con un tambor.

CARLOS PEZOA VÉLIZ

EL NOVIO DE LA SEGIS

Mientras sus relaciones con Segismunda tuvieron todo el sabor de lo prohibido, Baldomero anduvo radiante. Sabía que la familia de su adorada resistía tenazmente su ingreso en aquel hogar, como la guarnición de una ciudadela, compuesta de bravos, resiste la invasión de un enemigo audaz, y esto lo hacía dichoso.

¡Cuántas veces no recibí sus regocijadas confidencias! Solía pillármele en la casa y lo interpelaba á boca de jarro:

—¡Adiós, chico! ¿Cuándo es casaca?

—Pronto, muy pronto, me respondía frotándose las manos y hablando atropelladamente. Ahora está el matrimonio á dos pesos.

—¿Cómo á dos pesos? No sabía que hubiera bajado tanto. A cinco lo puso el arzobispo.

—Quiero decir á dos pasos. Y déjate de bromas; ya sabes mi maldito defecto lingual.

—Entonces ¿se ha humanizado el suegro?

—¿Humanizarse esa fiera? Primero se enternece un prestamista. Está hecho un basilisco en contra mía. Ahora se opone al matrimonio con Segijunta, digo, con Segismunda, porque me encuentra feo. Dudando de tanta felicidad, he consultado á varios amigos sobre si me encuentran realmente feo y todos han estado unánimes en decirme que no han conocido en su vida otro sujeto más feo que yo. Figúrate si estaré contento.

ADAM LAMBIE
Administrador de Apuestas Mútuas

—¡Ya lo creo! Eso es para enloquecer de alegría á cualquiera.

—Y la mía proviene de que si la oposición del padre se funda en la circunstancia de ser yo demasiado feo, la oposición es formal. Y tú sabes que yo amo la lucha.

—Sí, como el alcalde Gómez García.

—Por otra parte, doña Sulfurosa no me puede ver ni pintado.

—¿Doña Sulfurosa?

—Doña Sinforosa, la mujer de mi futuro suegro. Es una señora que se muere por los zapatos con crujideras ¿querrás creerlo? y como yo no meto ruido al andar, me odia con todo el furor de que es capaz su corazón de suegra. Cualquier día, por desesperarla, voy á pasar en calcetines por la puerta de su casa. Es capaz de caerse muerta

—O de regalarte unas botas estaquilladas.

—Luego, los hermanos de la Segis, en cuanto me ven, azuzan al perro para que me muerda los talones, y cuando el perro está ocupado, me muerden ellos.

—Manda un día allí la perrera para que se los lleve

—A mí...

—Nó, á tí nó: á los muchachos.

—Digo que á mí estas cosas me tienen en la gloria. Figúrate tú: tener que luchar contra todos estos obstáculos. Estoy en mi elemento. Yo creo que me caso á vuelta de quince días.

—Buen provecho, y si lo haces, cúidate las pantorrillas contra tus cuñados, ó dales estricnina.

¡Sujeto más raro! Unos cuantos días después le volví á ver. Su rostro irradiaba regocijo.

—Oye, me gritó de una acera á otra, á la Segis le ha salido un primo.

—¿En la cara?

—Nó, hombre, le ha salido un primo carnal; y digo carnal porque tiene una carnicería.

—Ya, ya, se trata de un primo metido en carnes. ¿Y qué dice el tal primito?

—Enemigo declarado y furibundo. Me quiere birlar la rubia.

—¿Qué rubia?

—La novia. La conoció cuando pequeña y cuenta que se la habían destinado para mujer. Está furioso conmigo, y dice que donde me coja me mete el cuchillo.

—Te habrá tomado por un buey.

—Quien sabe. Como tú comprendes, estoy que no quepo en el pellejo de gozo. Porque el carnicero es un enemigo terrible. Acostumbrado á ver correr la sangre...

—Y á tratar con carneros. Y la Segis ¿qué dice?

—¿Qué ha de decir? que son pamplinas, pero que no me esponga á las iras del carnicero. ¡Cómo se conoce que es una débil mujer! Aconsejarme la prudencia á mí, que he nacido para la lucha. El carnicero se me dá una chuleta.

—Sí, ya sé que tú eres un valiente, pero mira, lo mejor es que sigas el consejo de la Segis, no sea que un día el carnicero te despanzurre.

—No temas nada. Ya verás cómo antes de quince días me caso. Te invito á la boda.

—Primero creo que voy á ir á tu entierro.

A los pocos días nuevo encuentro. Pero ¡qué cambio en el talante y en la persona toda del pobre Baldomero! Caminaba tristemente, sumergido en sus reflexiones, sin mirar á nadie. Llevaba la facha de un verdadero derrotado de la vida. Tuve que darle una palmadita en el hombro para llamarle la atención.

—¡Eh, Baldomero, hombre!

Se volvió sorprendido.

—Ah! ¿eres tú? Compadéceme, amigo mío!

—Pero ¿qué te pasa?

—¿Qué me pasa? Una catástrofe: ¡Nadie se opone!

—¿Dónde?

—En casa de la Segis. Verás tú: el viejo, por no dar el brazo á torcer, persiste en hallarme feo, pero ahora ha descubierto que tengo cierta nobleza en la mirada, cuando lo que tengo es una nube en este ojo y un lobanillo en este otro. Claro, ya no tiene inconveniente en aceptarme por yerno. Por su parte, el perro ha renunciado á su manía del calzado estrepitoso, y á la suegra se la llevó la perrera... digo mal, en fin, tú me entiendes, y habrá muerto por falta de rescate y aire libre. Y los chicos están en la Correccional.

—Resultado: el campo por tí. ¿De qué te quejas? Ah! te queda un enemigo: el primo.

—¡Carnicero fanfarrón y sanguinolento! ¿Pues no ha desaparecido como si se lo hubiera tragado la tierra? Ni él me resta para tomar el desquite. Desengáñate: no me queda mas remedio que el suicidio. ¿Qué hago yo si no lucho?

—Oye. ¿Quieres que hable pestes de tí á tu futura i te ponga mal con ella? ¡Mira que obstáculo más seductor! ¡Contar con la propia oposición de su prenda!

—¡Amigo mío, excelente amigo mío, tú me salvas de la muerte! exclamó enternecido Baldomero echándome los brazos al cuello. Gracias, gracias! Hazlo mañana, ahora mismo si te es posible! No tardes, que en ello me va la vida.

¿Qué quieren ustedes? Yo soy servicial y amigo de mis amigos: al ver á Baldomero en tal estado corrí á ver á su novia, y ante ella le puse como Ministerio nuevo. Aunque creo sinceramente que para dejarlo mal no necesité decir sino la pura verdad.

Por fin, ayer le he visto después de varios días. Venía indescriptible.

—Mal amigo, me dijo amargamente ¿qué has hecho?

—¿Qué te ocurre, hombre? le pregunté con mucho sosiego.

Se calmó i me dijo con tono lacrimoso:

—Nada, que la Sejis se creyó de tus patrañas i acaba de hacer una barbaridad.

—¿Cómo así?

—Se ha casado por la iglesia con su primo el carnicero.

Solté una carcajada.

—Vamos, hombre, no te desesperes así: todavía te queda un recurso precioso para recobrarla. La ley te lo proporciona.

—¿Qué recurso?

—Casarte tú con ella por el registro civil.

ANTUCO ANTÚNEZ

GRIEGA

Muchas veces, al recorrer, en el arrobamiento de mis ojos, el poema incomparable de tu forma he soñado para tí—los poetas somos millonarios de sueños—un maravilloso paraje de la tierra, donde la vulgaridad de los hombres no hubiera puesto nunca su presencia profanadora.

Sería un sitio de perenne primavera, como el edén bíblico, donde, en la mañana del mundo, vibró el primer beso de amor.

En medio de florecimientos blancos—lirios, azahares, mirtos,—surgiría el palacio; palacio mágico, construído con algún genio de las *Mil y una noches*. Los muros de rubíes, para que su rojo ardiente palideciera al sonreir de tu boca.—En el piso, alfombras de extraordinarios armiños; en los divanes, cogines y almohadones, las sedas más albas; y así, lirios, azahares y mirtos, sedas y armiños, sufrirían la continua humillación de tu vencedora blancura.

Fuentes de oro—oro más preciado que el de las minas, pero no tan luminosamente rubio como tus cabellos—verterían en tazas de fabulosos nácares aguas, cuyo perfume ultraterreno aromarían tu cuerpo como divino incienso.—Orquestas invisibles, de músicas encantadas, ritmarían obedientes tus voces y tus risas.—Un solo, prodigioso zafiro formaría el techo, para que tus miradas, al convertirse á lo alto, sintieran el orgullo de encontrar un cielo menos radiante que el de tus ojos.— Y desde la azul techumbre, lámparas colgantes, claras como soles, suaves lunas, iluminarán el vuelo de las horas sobre tu juventud eterna...

Tal he soñado para tí, como único marco digno de tu belleza. Y allí tú, entre tantos esplendores cual en tu nativo ambiente, serías para mí la diosa y la mujer: diosa, en la adoración sagrada de mi alma; mujer, en el inextinguible anhelo de mi amor...

DARÍO HERRERA

(Inédito) 1903.

ALGO DE ANTAÑO

Reliquia polvorosa de un siglo ya difunto,
herencia de un abuelo que há tiempo que se fué,
marcando siempre, siempre la misma hora en punto,
en un rincón sombrío del cuarto se le ve.

Inmóvil, siempre inmóvil... En vano le pregunto
por la peluca blanca y el hebillado pie.
Ya su tic-tac no charla ningún discreto asunto,
ni repetir parece los pasos del minué.

Al verle siempre inmóvil, se diría una urna.
Nada á turbar se atreve la calma taciturna
ni el lúgubre silencio de su ataúd de boj...

Y ya no podrá nada, ni su campana de oro,
ni sus dos manecillas, ni su tic-tac sonoro,
contar jamás la historia del arcáico reloj.

VÍCTOR DOMINGO SILVA

TEATRO SANTIG

COMPAÑIA ITALIANA

SCOGNAMIGLIO

PERSONAL DE LA CO

Forad

MPAÑÍA SCOGNAMIGLIO

UNA VENGANZA

La pensión era cara, pero en cambio era bastante mala, y váyase lo uno por lo otro. La comida era abundante, pero fallaba con ella el refrán «lo que abunda no daña», pues eran frecuentes los cólicos en aquella casa y las indigestiones se repetían como crisis ministeriales.

Generalmente había poquísimo orden en el servicio y era corriente el que sirvieran primero el *beefsteak*—por decirlo así,—en seguida el té, más tarde la cazuela—vamos al decir—y después lo demás. A veces reclamábamos á la patrona por semejante enredo, pero ella nos respondía que no nos afligiéramos, pues el orden de los guisos no altera la digestión. En realidad había orden en ese aparente desorden, y provenía de un profundo respeto por la línea cronológica de los guisos: así el *beefsteak*—séame lícito dar á las cosas pequeñas el nombre de las grandes,—si el *beefsteak* pertenecía al día precedente, era justo que se guardaran los respetos debidos á su ancianidad y que fuera servido el primero de todos los guisos.

La casa daba, con la comida, piezas, y merecían su nombre porque eran muy buenas piezas. La patrona las llamaba cuartos, pero creo que en ello había mucha fantasía tropical, pues hasta ahora estoy convencido de que, dado su tamaño, mi cuarto á lo sumo sería un 16.º, si no un 32.º Pero había que respetar la tradición y la costumbre y seguir llamándolo cuarto.

Mi 32.º estaba en el segundo piso y se abría á un pasadizo que comunicaba un vestíbulo interior con un balcón exterior, en el cual pegaba el norte con más furia que un alcohólico á su mujer. Entre mi pieza y el balcón había otra pieza, ocupada por un pensionista misántropo, semi-alemán, semi-francés, que se apellidaba Tharde. Recuerdo su nombre porque ese pensionista me hizo profundamente desgraciado.

La patrona era gran lectora de la Biblia y acostumbraba citar versículos, sobre todo aquel que dice: «No es bueno que el hombre esté solo». Y practicaba el precepto escrupulosamente, pues siempre que le llegaba algún pensionista supernumerario, lo instalaba en una pieza ocupada, sin consultar al dueño. En una de esas ocasiones me tocó á mí el no estar solo: afortunadamente el inesperado compañero era un antiguo amigo y pudimos avenirnos bien para repartirnos la habitación y resignarnos con nuestro respectivo 64.º

Una mañana desperté como á las 6 con unos dolores intestinales agudísimos, atroces. De primera, se me ocurrió que sería alguno de los *beefsteaks* difuntos de la patrona que me andaría penando por el interior; después pensé que aquello sería efecto de los excelentes cigarros que fumaba mi compañero de fosforera—así llamaba él á nuestro aposento;—pero no era ni lo uno ni lo otro, y luego salí de dudas sobre la causa de mis dolores: en esos momentos, nuestro vecino el señor Tharde tocaba desapiadamente el violín.

Mi compañero, aunque era muy pesado de sueño, despertó también y mirándome con aire sombrío y de infinito rencor.

—Bien podías haberme advertido antes—me dijo.

—¿El qué?

—Que en esta casa acostumbran á matar chanchos en ayunas.

Nos levantamos y nos pusimos á golpear furiosamente la puerta de comunicación en señal de protesta, pero el señor Tharde tocaba con terribles bríos y no se dió por notificado. Me acosté nuevamente y me tapé la cabeza, pero el ruido del maldito violín atravesaba las ropas y llegaba hasta mis oídos con uno como lejano clamor de perros hidrófobos. Me cubrí con las almohadas y hasta con el colchón, pero el violín parecía ser hecho de rayos X porque sus ahullidos traspasaban todos los obstáculos. Al fin tuvimos que emprender la fuga.

Al volver por la noche, enviamos un parlamentario á nuestro enemigo con el siguiente mensaje:

«Señor Tharde: ¿no tendría Ud. la bondad de tocar el violín más iden ó á lo menos no tan temprano?—*Ronquillo.*»

Pero el señor Tharde no se dignó responder.

Al día siguiente se repitió la espantosa serenata una hora antes, á las 5. ¡Ay, Dios y Señor mío! ¿qué se habían hecho las pulmonías, las muertes repentinas, los hundimientos de techos, las catástrofes martinicanas? ¿por qué aquel hombre seguía viviendo á pesar de nuestros deseos? Otra vez hicimos un ruido infernal de quejas y lamentaciones, pero otra vez salimos completamente derrotados.

En la noche armamos al señor Tharde trampa de sábanas, le echamos escobillas picadas entre las mismas, le robamos las tablillas y le dejamos el colchón sobre unos hilos, y hasta le pusimos un esqueleto sentado sobre las almohadas. Pero todo eso no nos libró de que la sere-

RECUERDO DE SEMANA SANTA

nata estallara más violenta que nunca á las cuatro de la mañana. En tales condiciones ¿la vida valía la pena de vivirse? ¿por qué permitía la justicia divina que un violín malvado viniera á entrometerse en mi vida, inofensiva y modesta, y me la echara á perder tan de remate? ¿no llegaba á ser la existencia una carga insoportable y odiosa? ¿no cesaba ante semejante tormento la obligación de llevar la vida á cuestas? ¿no era preferible desertar para siempre?

Una idea salvadora vino á librarme del suicidio. Me acordé de que en otro tiempo yo había estudiado flauta y de que todavía conservaba el instrumento. La saqué, pues, del fondo de una caja, la aderecé cariñosamente, ví que todas las llaves estaban en perfecto juego y, embocando con todo tiento, soplé tenuísimamente y la flauta respondió al llamado con un *re* grave, pero muy quedo, muy quedo, como para que no se enterara mi espantable vecino. ¡Ahí estaba mi venganza!

Pedí á mi compañero de prisión y de tortura que esa noche no durmiera en la casa, y yo no almorcé ni comí allí, para no ver al enemigo y para que éste no me leyera en los ojos mis terribles proyectos. Llegué como á la una de la mañana, pisando con cautela para no hacer ruido; saqué la flauta i me encaminé hácia el pasadizo; en la puerta del enemigo, la llave estaba puesta por fuera, y la hice girar en la cerradura para que la víctima no se escapara; salí al balcón, que en esos momentos recibía los repetidos chubascos de una lluvia furibunda, y me instalé ante la ventana del enemigo, que daba al balcón; aderecé la flauta y repentinamente, entre la lluvia furiosa y el bramar del viento norte, estalló aguda y penetrante una escala, la más potente y vigorosa que he tocado en mi vida.

A esta primera escala siguió otra y otras, y no habían pasado cinco minutos cuando despertaron en profunda consternación y alarma todos los gatos y perros de la vecindad, y al pie de la casa se acumulaban los pacos armando un horroroso piteo.

Nunca había estado yo tan robusto, nunca había tenido tan fuertes los pulmones como esa noche: tocaba con un vigor espantoso; las notas salían vibrantes y locas, rasgaban los oídos y daban ganas de morir; eran tan agudas que luego me dejaron completamente sordo. Recordé los ejercicios más estúpidos del método y los repetí cincuenta veces, cien veces cada uno; formé frases realmente idiotas y las toqué hasta la desesperación; en fin, hice jugar la flauta de tal modo que huyeron espantados los pacos de abajo, y sin duda huyeron también los perros y los gatos porque no se les volvió á oír en una semana entera.

La lluvia, entre tanto, me calaba hasta los huesos y sentía un frío horrible; pero ¿qué importaba esto ante el placer de la venganza? Ya veía á mi enemigo desesperado, enloquecido, próximo al suicidio, y el violín derrotado para siempre. Y con esta idea gozaba infinito deleite y era feliz como Júpiter.

Seguí tocando hasta las tres de la mañana, y á esa hora, por no tener ya viento disponible en los pulmones, me fuí á acostar, desvanecido y como borracho, pero vengado. ¡En la mañana no hubo serenata! ¡Yo era el vencedor!

Me despertaron para almorzar, pero no pude levantarme porque estaba enfermo, con una bronquitis que me abría el pecho. Me llevaron el almuerzo á la cama, pero no pude comer. Sin embargo, tuve ánimos para preguntar al mozo:

—¿Se murió?

—¿Quién, señor?—replicó el mozo sonriendo socarronamente.

—¿Quién ha de ser? ¡Mi vecino, el señor Tharde!

—¿El señor Tharde?... ¿Entonces el señor no sabe?...

—¿Qué cosa?

— El señor Tharde se mudó ayer... se fué á Quillota.

RONQUILLO

La Moda.

1.—Traje de paseo.—Traje de paño blanco, pollera circundada por 3 tiras de piel de armiño, con manchas negras, en forma acampanada y muy ajustada en las caderas.

El figaro es de piel de armiño, adornado en contraste con estrechas tiras de nutria, que resaltan haciendo una combinación de las más felices y buen gusto. Cascadas de pasamanería cuelgan de cada lado. Corbata de muselina con encajes, ondulada, cae á lo largo de la abertura del figaro.

Manguito de piel de armiño, forma caprichosa, adornado con una hoja de trébol, hecha de piel de nutria.

2.—Traje de paseo.—Traje de paño verde, la pollera acampanada y guarnecida en la parte inferior de pequeños vuelos ondulados, bordeados de tiras de terciopelo negro. Donde nacen los vuelos van sobrepuestos anchos medallones de encajes finos, siendo iguales á éstos los que adornan el cuerpo y los que caen sobre los brazos. El cuerpo termina en su parte superior con un canesú redondo de encaje, con sobrepuesto de terciopelo negro. Mangas no muy largas y anchas, con vuelos de encajes en los puños.

3.—Abrigo de teatro.—Abrigo de terciopelo azul celeste, forrado completamente de piel de armiño. Los contornos van adornados de entre doses de Venecia, colocados entre dos tiras de piel de armiño. El forro de piel, en la parte superior se transforma en cuello, que cae sobre otro cuello de terciopelo negro.

BOCAS MUDAS

Para el poeta de las neurosis, RICARDO PRIETO MOLINA

Aquella tarde, nuestras bocas permanecieron mudas.

*

Tus ojos, pardos, dulces i melancólicos, clavados en los míos; mis ojos pardos, angustiosos y enfermos, clavados en los tuyos;

*

Tus ojos decian:

—«En el fondo de mi alma, como en el fondo de los lagos encantados, hay tesoros de inapreciable valor. Tu lo conoces ¿verdad? ¡Has penetrado tantas veces en ella!

»¿La armonía de qué gracia me falta? ¿El estupor de qué ensueño me abandona? ¿La esencia de qué taciturnez no me cobija?

»Para mí, los perfumes, los cantos, los colores, todo aquello que penetra por los sentidos, que no sea el sentido del tacto, exhala ondas enervadas y siempre tristes, que se pierden en las profundidades de mi alma como en anchurosas cavernas solitarias.

»Mi alma, es un rio de amor, en cuyos bordes, la naturaleza entera, sacia la desconocida sed que la devora.»

Luego, tras una pausa:

—«Amo el dolor El dolor es útil, porque ahonda, sin cesar, en los misterios del alma y porque sondea la vida, con la tenacidad de un buzo. También es el gran escanciador de fatuidad. Todos aquellos que sufren mucho, son fatuos. El sufrimiento constituye un señorío.

»Odio la alegría. La alegría es estéril: nunca ha podido refrescar la hornaza espantosa de mi alma.

»A mi madre tampoco la amo; pero ese *nombre* de madre es sagrado para mí, porque siempre he llevado, en el fondo de mi corazón, la imajen de una madre ideal, madre amante y buena, que nos comprende y nos empuja, sin cesar, por la senda que nos tiene trazada el destino. ¿Qué importa que esa senda sea la del crimen, si es así, únicamente así, como se cumple con el tributo que le debemos a la vida?»

Pausa. En seguida:

—«Para tí, seré un huracán de poesía y amor, que cruzó por el horizonte de tu alma, conmoviéndote todo entero, incendiando tus ambiciones, desvastando tus alegrías y enardeciendo por completo los malvados empujes de tu crueldad. Mi recuerdo quedará perennemente grabado en tu memoria».

Yo me decía:

—«Hay recuerdos que, á pesar de su importancia, duran lo que duran las rosas; en cambio, otros, insignificantes y ridículos, duran mientras uno vive. Y recordaba éste, que jamás he podido desechar: Cierto día que varios alumnos conversábamos, en el colegio, uno de ellos tuvo para mí, no sé qué frase dura. Le repliqué en el mismo tono; entonces él, con un timbre de voz lleno de desprecio é ironía, me dijo estas solas palabras:—¿Quieres que cuente?...»

¿Qué es lo que iba á contar? Nunca lo he sabido, porque ni siquiera tuve valor de interrogarlo, pero ese recuerdo ha bastado para amargarme muchas horas de mi existencia.»

Entretanto sus ojos seguían hablando:

—«Te amo tal cual eres: desgraciado, aborrecido, insultado. Más aún: amo á los que te aborrecen, á los que te insultan, á los que te

ofenden. Beso tus desgracias, pero beso también el odio de los que te odian. Quisiera que nadie te amara en el mundo. Detesto á los que te aman.

»Te aspiro todo, todo, como se aspira el perfume de una flor. Bebo tu alma (¡me he embriagado tantas veces con tu alma!), mastico tu corazón (el mayor alimento de mi vida ha sido tu corazón)».

Transcurre un breve lapso de tiempo.

—«¿Que quién soy? ¿que de dónde vengo? ¿que qué hago? Ya lo ves: soy mujer; vengo del misterio; amo.

»Una mujer es un mundo. No hay nada más complicado y precioso que el mecanismo de su alma. Pero ¿has visto algo más grande que un alma? Ensueños, amores, esperanzas, odios, celos, angustias... ¿No crees tú que las almas son forros de estrellas, forros inútiles ya? De otra manera, no se explica que aquel hueco enorme, colosal, hueco donde cabría Dios, esté lleno de nada.

»Por sus audacias, mi alma pertenece al lejano siglo de las reivindicaciones. Anhela vivir libre, libre de todas las trabas y de todos los prejuicios. La libertad es lo que más ama en el mundo. El alma debe gorjear en el árbol de las pasiones y saltar de rama en rama en el bosque de la existencia, sin más cortapisa que su voluntad soberana».

En una última rebelión:

—«No quiero ni puedo ir con mi tiempo. Mi tiempo está espantosamente atrasado».

Sus párpados se juntaron en una meláncólica actitud de cansancio. Sus ojos dejaron, pues, de hablar. Sin embargo, yo presentía que tras los párpados decían aún:

—«Si cada sueño soñado, si cada fantasía vívida, nos evaporase algo de nosotros mismos, ¡qué dichosos seríamos! La evaporización empezaría poco á poco, como en los lagos que la caricia del sol enardece... Después vendrían las sutilizaciones más espantosas y los más terribles infiltramientos, hasta que la llama vital cesaría de vivir con parpadeos ondulados de ensueños. Así quiero morir yo. Amo esa muerte».

Pensé:

—«Sus ojos son realmente maravillosos. Tienen una intensa vida interna, que los hace «inútiles» casi, á fuerza de hacerlos profundos. Cuando muera, lo último que morirá en ella, serán sus ojos».

*

Mis ojos decían:

—«Yo no tengo derecho de amar, porque nunca podré hacer feliz á la persona amada».

En sus ojos se pintó el espanto. ¿Era sincero? Continué:

—«En el fondo de mi «yo», como en el fondo de un cráter irritado, hierven las ideas más crueles y perversas, ideas que si adquiriesen forma, llevarían el espanto á las almas sencillas. A las almas intelectuales no, porque esas almas, reciben siempre bien toda idea grande, sea ella inocente ó provocadora.

»Aún en los casos en que me he sentido realmente aplastado por algún dolor moral, *aquellas* ideas me han hecho burlarme de mi dolor. El sufrimiento, que no me abandona nunca,—yo sufro por todo—jamás ha tenido para mí la intensidad que tiene para los otros.

»Y lo extraño es que, lo que más me hace sufrir, es precisamente el no poder sufrir con mis propios sufrimientos, ni mucho menos con el sufrimiento de los demas. (El sufrimiento de los demás, me es de todo punto insoportable, aun cuando sea yo su causante) ¡Cuántas veces he tenido que *fingir* desesperación, para calmar, así, la pena de alguna pobre almita desolada!»

Mi ojos—ella lo notaba—iban entenebreciéndose más y más. Hablaron:

—«Tengo un sistema nervioso agitado... tú lo sabes. La más pequeña contrariedad, me irrita hasta lo increible, á pesar de que yo veo perfectamente la inutilidad de semejante irritación.

»A veces me acontece que lloro...»

Sus ojos me interrumpieron:

—«Cuando alguien llora ante mí, me ofende. Las lágrimas son hipócritas; las odio, porque *aquel* hombre hizo todas sus infamias llorando».

Tornaron á hablar mis ojos:

—«Mis lágrimas son así: fingidas. Nunca he llorado sinceramente.

»¡Ah! En el mundo no hay nada comparable al asco y al desprecio que uno se tiene á sí mismo, cuando vierte lágrimas hipócritas. Uno piensa:—«qué indecente soy y que villano»,—y esa innoble opinión que nos formamos nosotros mismos nos rebaja tanto, que nos hiere con la intensidad de un bofetón. ¿Cómo podemos, pues, seguir llorando? Me lo explico de esta manera: al sentirnos tan envilecidos en nuestro propio concepto, perdemos, por un instante, todo sentimiento de dignidad y entonces ya nada nos cuesta seguir representando la farsa asquerosa».

Acosados por continuos parpadeos, mis ojos no podían casi hablar. Luego, en un momento de tranquilidad:

—«Por una de esas incomprensibles crueldades del destino, he mancillado siempre lo que más he querido en el mundo. ¿Por qué ofendí aquella mañana á la pobre muchachita

que puso rendidamente su alma á mis pies sintiendo como sentía, por ella, una inmensa ternura? ¿Por qué ofendí, más tarde, á la hermana que Dios me ha dado, cuando la amaba con la pasión gentil con que los artistas amamos á *nuestros iguales?* Ella era mi igual. Y después ¿por qué te he ofendido á tí, á tí cuya alma es gemela de mi alma y cuyos sentimientos son tan puros y tan llenos de contricciones?

»Y nunca un amigo, nunca, nunca. He reñido con todos aquellos que pudieron serlo».

Pausa. Por último:

—«La misión que me ha confiado el arte es escabrosa y difícil. Para cumplirla, tendré que seguir el camino trazado de antemano, camino del cual sólo me apartará la muerte».

Tus ojos me interrogaron:

—«Y la mujer ¿no?»

Mis ojos te respondieron:

—«La mujer nó, porque sólo amaré á aquella de quien esté perfectamente seguro que se arrancará la vida el día que yo se lo ordene».

Mis párpados se juntaron en un escalofrío inaudito. En ese instante presentí, con claridad pasmosa, toda la sequedad horrible de mi egoista existencia de pensador.

*

Aquella tarde nuestras bocas permanecieron mudas, ¿recuerdas?

IG. PÉREZ KALLENS

NOTAS

Acaba de llegar de Buenos Aires á hacerse cargo de la Dirección Artística de CHILE ILUSTRADO el distinguido dibujante señor José Foradori, ventajosamente conocido en el mundo intelectual argentino como artista delicado y de talento.

Son notables sus ilustraciones publicadas en las más importantes revistas bonaerenses.

CHILE ILUSTRADO se felicita de haber adquirido este nuevo y valioso contingente, que le permitirá asegurar su puesto de primera línea entre las revistas análogas de la América del Sur. En el presente número la parte artística está confeccionada por este artista.

**** Víctor Domingo Silva, el jóven poeta socialista, llevará pronto á la imprenta el manuscrito de su primer libro de versos. HÁCIA ALLÁ *(Poemas revolucionarios)*, aparecerá dentro de poco, y hay motivos para suponer que, en consecuencia con su título, estos *Poemas* han de revolucionar á nuestros centros literarios, con gran provecho, á no dudarlo, para las letras nacionales.

**** Hemos recibido el primer número de *Páginas Intelectuales*, revista mensual que publica en Iquique el escritor peruano M. Salvador Ulloa.

Agradecemos el envío y deseamos que la nueva revista obtenga el éxito que se merece.

**** El Ateneo de Santiago ha reabierto sus interesantes veladas literarias. A ellas concurre un numeroso público, atraído por el encanto del arte, al cual no son del todo refractarias nuestras hermosas damas. Ya tienen buenos aplausos Isaías Gamboa, Augusto Thomson, Samuel Lillo, Diego Dublé, etc.

**** Santiago Argüello, el inspirado poeta nicaragüense, prepara un libro sobre la jóven literatura americana. Ha escrito á algunos compañeros de Chile, pidiendo datos y libros. El mismo escritor acaba de publicar una obra sobre literatura española, que ha sido adoptada por el Gobierno de Nicaragua como texto escolar. Complemento de ésta será la referida anteriormente.

**** Diego Dublé Urrutia, el distinguido autor de *Del Mar á la Montaña*, continúa recibiendo cartas y artículos elogiosos de personalidades extranjeras. El éxito de su libro no se ha limitado, pues, al obtenido aquí. De España, Francia, Alemania, Estados Unidos y América del Sur llegan los ecos á noticiarnos de que también por allá *Del Mar á la Montaña* ha sido un gran triunfo.

**** Próximamente se publicará la segunda edicion del libro que tratamos conjuntamente con la segunda de *Veinte años*. Primera obra literaria del autor. Este tomo se imprimirá en los talleres de la Imprenta Barcelona.

M. DE AVILA

El señor W. E. Browning, director del Instituto Inglés de Santiago, cuyo establecimiento funciona en la calle de las Agustinas 3076, en un edificio propio, de cal y ladrillo, se hizo cargo de esa institución á principios de 1898 cuando llevaba el título de Instituto Internacional y estaba á cargo de don Samuel Christen, el cual se fué á Europa en esa fecha.

Durante el año 1890 había tenido el Instituto unos 60 alumnos; pero el señor Browning se dedicó con especial empeño á la reorganización del establecimiento, secundado por inteligentes profesores, y ha conseguido ponerlo en el excelente pie en que se encuentra, con 240 alumnos, de los cuales son internos más de 125, á pesar de haber tenido que rechazar á un buen número de ellos por falta de local, aunque al edificio se le agregó un ala que costó cerca $ 30,000 en 1901.

Es todavía muy joven el señor Browning, pues acaba de cumplir el 14 del corriente 34 años. Hizo sus estudios en la Universidad de Princeton (Estados Unidos de N. A.) donde fué por algún tiempo profesor auxiliar de latín y vino á Chile en 1896, después de graduarse como doctor en Filosofía M. A., como profesor del establecimiento que dirige en la actualidad con tanto celo y éxito.

A fines de 1902 y á causa del abrumador trabajo que había tomado sobre sí para levantar el colegio á la altura que hoy está, se vió obligado á tomar un descanso de un año, yendo á EE. UU. con su familia, y haciendo él despues, desde allí, un viaje á Europa y el Oriente. En este viaje fué comisionado por el Gobierno de Chile, *ad honorem*, para estudiar los progresos de la enseñanza, y sabemos que está preparando una serie de artículos sobre su viaje, cuya lectura será de verdadero interés.

ELIXIR
ESTOMACAL
SAIZ DE CARLOS

Lo recetan los médicos de todas las naciones; es tónico-digestivo y antigastrálgico; **cura** el 98 por 100 de los enfermos del **estómago** é **intestinos**, aunque sus dolencias sean de más de 30 años de antigüedad y hayan fracasado todos los demás medicamentos. **Cura** el dolor de estómago, la acedías, aguas de boca, vómitos, la indigestión, la dispepsias, extreñimiento, diarreas y disenterías, dilatación del estómago, úlcera del estómago, neurastenia gástrica, hipercloridria, anemia y clorosis con dispepsia; las **cura** porque **aumenta** el apetito, auxilia la acción digestiva, el enfermo come más, digiere mejor y hay mayor asimilación y **nutrición** completa. **Cura** el mareo del mar. Una comida abundante se digiere sin dificultad con una cucharada de **Elixir de Saiz de Carlos**, de agradable sabor, inofensivo lo mismo para el enfermo que para el que está sano, pudiéndose tomar á la vez que las aguas minero-medicinales y en sustitución de ellas y de los licores de mesa. Es de éxito seguro en las diarreas de los niños en todas sus edades. No sólo **cura**, sino que obra como preventivo, impidiendo con su uso las enfermedades del tubo digestivo. Doce años de éxitos constantes. Exíjase en las etiquetas de las botellas la palabra **STOMALIX**, marca de fábrica registrada. **De venta: Droguerías y Farmacias.**

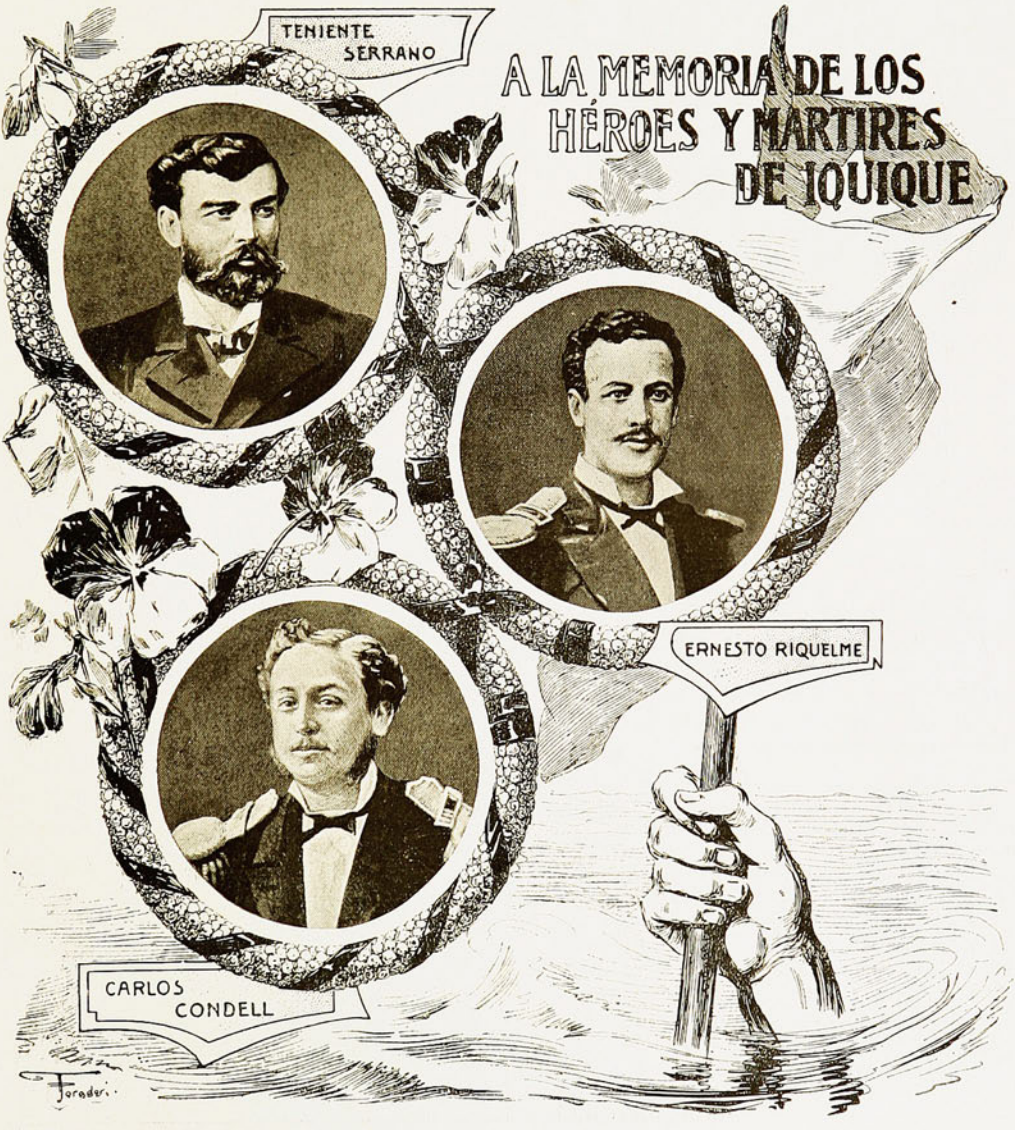
ES PROPIEDAD

Año III Precio: 50 centavos Mayo, 1904

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

A LA MEMORIA DE LOS HÉROES Y MARTIRES DE IQUIQUE



21 de Mayo

CHILE ILUSTRADO rememora hoy la fecha gloriosa de nuestra gran epopeya marítima, adornando su primera página artística con la noble efijie del héroe de Iquique.

A medida que el tiempo nos aleja de aquella época en que para Chile florecieron todos los laureles, la figura legendaria del temerario marino se destaca más y más alta en el horizonte de nuestra historia.

El sacrificio de Prat, que llenó de asombro y de emoción al mundo entero, es la demostración más elocuente de lo que puede el amor á la patria, cuando ese amor está avivado por la fiebre guerrera, que es patrimonio de nuestra heróica raza.

Bien caracterizó el poeta á Prat en la siguiente estrofa, hasta hoy inédita:

> Para pintar su indómito coraje
> basta escribir: Iquique. «¡Al abordaje!»
> Para inmortalizar al héroe, al hombre,
> basta esculpir su nombre.

LA REDACCIÓN

A NUESTROS SUSCRIPTORES

Á consecuencia de un cambio de personal en la dirección artística de CHILE ILUSTRADO, nos hemos visto obligados al retardo con que aparece el presente número.

En vista de la aceptación creciente que tiene en el público nuestra Revista, no hemos titubeado en mejorarla en lo posible como fácilmente podrán comprobarlo nuestros suscriptores en adelante.

Atendida ya como habrá de serlo por un director artístico que cuidará esmeradamente de todos los detalles de la publicación, tenemos el agrado de poder asegurar á nuestros lectores que cada número de la Revista aparecerá ya con puntualidad dentro del mes correspondiente.

LOS EDITORES

ARTURO PRAT

HAI ALGO SAGRADO MISTERIOSO I ATRAYENTE QUE SURJE DEL SITIO EN QUE NACEN LOS GRANDES HÉROES, ESOS QUE INFORMAN EL ALMA DE LOS PUEBLOS MODELÁNDOLA EN EL CULTO A LOS NOBLES IDEALES DE ABNEGACION I SACRIFICIO.

AQUÍ NACIÓ ARTURO PRAT!

AQUÍ ABRIÓ A LA LUZ SUS OJOS DE INFANTE ESE QUE MAS TARDE SEÑALARÁ A CHILE ENTERO LA RUTA QUE LO CONDUJO A LA VICTORIA.

HÉROE DE LOS HÉROES, FUÉ ALGO MAS QUE EL HEROISMO, FUÉ LA ENCARNACION DE LAS EPOPEYAS HOMÉRICAS DE LOS GRANDES I ANGUSTIOSOS DIAS, DE ESOS DIAS EN QUE SE JUEGA LA SUERTE DE LA PATRIA I EN QUE TODOS LOS CORAZONES SE OFRENDAN EN JENEROSO HOLOCAUSTO PARA TENER PROPICIA A LA ESFINJE INMUTABLE, GUARDADORA DE LOS DESTINOS DE LAS NACIONES.

QUE ESTA SENCILLA PLANCHA SIRVA DE VOZ PODEROSA PARA LLAMAR, HOI I DESPUES, EN PEREGRINACION A ESTE HUMILDE SITIO, A TODOS LOS CORAZONES PUROS I ABNEGADOS QUE CONSAGREN EN SU ALMA EL CULTO DE GRATITUD I DE ADMIRACION AL QUE CLAVÓ EN LO ALTO LA ENSEÑA DE LA PATRIA, DANDO AL MUNDO, EN LAS AGUAS DE IQUIQUE EL 21 DE MAYO DE 1879 UNO DE LOS EJEMPLOS MAS SUBLIMES DE VALOR, SERENIDAD I MARTIRIO QUE REJISTRAN LOS FASTOS DE LA HISTORIA UNIVERSAL.

LOS JEFES, OFICIALES, SUB-OFICIALES I TROPA DEL BATALLON DE INFANTERIA "CHILLAN" CONSAGRAN ESTE POBRE RECUERDO PARA SEÑALAR LA CUNA I REMEMORAR LA APOTEÓSIS DE TAN ILUSTRE PRÓCER DEL HEROISMO HUMANO.

SAN AGUSTIN DE PUÑUAL 21 DE MAYO DE 1904.

AQUELLA TARDECITA HELADA

Iba con mi amigote Federico, tenedor de libros de la casa X. Hermanos. Hablábamos de la vida y decíamos que era buena.

Cierto que lo estaba aquel día. Cierto que inspiraba donosuras de pensamiento aquella estación floreada de árboles copudos y escenas ruidosas.

Unidos en esa amigable cordialidad de los brazos enlazados, andábamos lentamente, mirando con amor las cosas que parecían entregarse á nuestra observación. Cierto que la vida era buena aquel día.

El viejo edificio de la estación se alargaba como empezando un abrazo á las múltiples escenas que se reemplazaban incansablemente en el bullicio de los trajines diarios. Los gritos de los vendedores eran amables y su monotonía era simpática en la tranquila serenidad de las cosas vulgares.

Caían las primeras hojas miserables de los altos acacios que oscurecen las avenidas. Los perros vagos hacían aparecer las miserias de los tiempos fríos husmeando el suelo en interminables jornadas, mientras que un otoño prematuro invadía la gloria del verano con no sé qué incomprensible tristeza.

—Ah, qué buena la vida en aquella tardecita helada!

Rato hacía que Federico canturreaba este estribillo filosófico á la conclusión de cada comentario. Hallaba buena la vida y se interrumpía bruscamente para contemplar con miradas tranquilas las locomotoras que pasaban á escape por la línea.

Aquella *Centinela*; esta otra *Los Loros*; precisamente el maquinista de ésta le hacía mucha gracia: un gordo de muchísimo buen humor, que no perdía oportunidad de echar chistes á lo largo de su conversación enmarañada de refranes y aforismos perogrullezcos. También conocía á la *Santa Juana*, una vieja máquina que pasaba meses enteros en la Maestranza reponiéndose de las pellejerías del trabajo: una válvula averiada, un caldero raído, un eje partido en mitad de una carrera desesperada por la pintoresca vía ferroviaria que se hunde entre cordones de casas alegres hasta perderse en la premeditada curva de Miraflores.

¡Y cuántas más! Todas ellas eran sus amigas. Sabía sus crímenes (perpetrados santamente), sus debilidades incurables, sus viejas heridas de trabajadoras cansadas. Y en aquella tardecita helada de un otoño prematuro, él me hablaba de todas, mientras íbamos allegando nuestros pasos á los ruidosos grupos que pintaban sus movimientos entre los árboles enjutos.

Mujeres de siluetas desentonadas con sus escuálidos primogénitos de la mano iban como arrastradas por la fatiga, desordenando sus pasos deschavetados bajo las corpulentas acacias de hojas temblonas. Más lejos, los cargadores encorvados con equipajes de gran peso; ruidos de carretones llenos, crujimientos de vehículos viejos, quejas de carga. Allá, un corredor de cigarrillos que tomaba asiento en los bancos tierrosos para hacer apuntaciones en una libreta rota. Cerca un viejo miserable, con las manos aplastadas bajo las piernas enclenques, parecía mirar el movimiento cansado de toda esa muchedumbre que hacía sus labores con ademanes tardos, como si les pesara el cansancio de la brega.

Federico se sentía feliz. En verdad que tenía sus razones.

La casa X. Hermanos era buena y le daba un sueldo subido que le permitía encontrar la bondad de su situación ante esos trajes raídos y esas miradas largas.

—Ah, qué buena la vida en aquella tardecita helada!

Llegaba un tren del Puerto. En ese instante pasó á nuestro lado un suplementero de alegre facha.

—*¡Mercurio!*...

Ciertamente. Federico recordó su interesante guerra del Asia, que por entonces afiebraba la atención del público. Llamó al muchacho y le entregó en silencio una moneda de cincuenta centavos; el chico dió un *Mercurio* mientras hundía las manos en los bolsillos buscando las monedas de cambio. Luego dijo malhumorado:

—No tengo sencillo, patrón; ni un cinco siquiera.

—¿No tienes? Pues entonces á la suerte. Si me ganas te pagas de un diez; si nó, pierdes *El Mercurio*.

El muchacho pensó un momento.

— Bueno, dijo. Tírela usted...

—¿Cara ó sello?

—¡Cara!

La moneda subió dando volteretas en una ascensión tranquila. Arriba topó en la rama de un árbol, que con el choque soltó una hoja al suelo. Luego cayó de golpe. Abajo hizo un cantito metálico que se repitió en un rebote.

—¡Sello!

El muchacho hizo una mueca de indiferencia y se alejó silbando un paso doble mui en boga por aquellos días.

Los harapos colgantes de sus mangas viejas se entregaban á las caricias de un viento benigno y las greñas del cabello sucio descen-

día por las manchas grasientas de la chaquetilla. La tranquila miseria del muchacho se perdía entre los corrillos de pasajeros en su involuntaria indiferencia. Tal vez el niño no había pensado jamás en ella.

De pronto Federico tuvo un movimiento. Quería llamar al muchacho. ¿Para qué ser crueles? Tal vez el chico necesitaría esos centavos más que nosotros, siquiera para darse el placer de jugarlos.

Federico hizo un silbido fuerte. El muchacho volvió.

—¡Qué hay patrón! ¿Me quiere ganar otro diario?

—Nó, chico. Es para darte el diez. Haz cuenta que yo lo haya perdido.

El suplementero soltó una risa de gusto y se alejó tarareando el mismo paso doble callejero, indiferente á la generosidad de Federico tanto como á su miseria.

Seguíamos vagando bajo los árboles friolentos. El benefactor apoyaba su brazo sobre el mío en su actitud de filántropo satisfecho. La bruma empezaba á borronear su silueta.

En verdad no leía mucho ni poco aquellos telegramas. Le roía por dentro la vanidad de su obra cristiana y se sentía feliz. Verdad que aumenta la satisfacción de vivir en el convencimiento de que se es bueno.

—¿No es natural? El muchacho es más desgraciado que nosotros y seguramente le hará falta ese cinco. Si todos los felices fueran como nosotros, los pobres serían más fuertes en la vida.

Seguía el movimiento de la estación, aunque más débil ya. Pasó un tren en que volvían los peones de la línea. Los carros eran planos y en ellos iban muchos hombres de rostros amoratados que miraban como en sueño el aspecto suntuoso de los edificios vecinos. ¡Cuánta dicha habría adentro! Al frente de nosotros el mozo del jefe barría cansadamente la oficina. Subía una oleada de polvo que hacía ondear en los aires inmensas nubes de tierra fina. La mugre de los objetos llenaba la anchura de la estación con pegajoso vaho de podredumbre que parecía arrancar de las veredas hastiadoras en el aburrimiento de los trajines ordinarios. Pasaban algunos domésticos con paquetes de diversos tamaños; sus movimientos no eran graciosos y en ellos se reemplazaban los ademanes descuidados que son propios de los sirvientes.

Federico seguía mirando. Una profunda compasión por los desgraciados lo hacía suyo. El era joven, y por consiguiente fuerte. La casa X. Hermanos también era justiciera... ¡Ah, sí! Su pan de dicha era jeneroso.

—¡Qué buena la vida en aquella tardecita helada!

Y todos los días, cuando solía divisar al suplementero era lo mismo. La alegría de vivir se apropiaba de sus palabras. Volvía la compasión por toda esa gente desgraciada que llenaba la estación en los días de trabajo haciendo la múltiple labor diaria. Gente campesina, obreras de las fábricas, mozos con el abrigo de los amos, cargadores encorvados bajo los grandes bultos, vendedores de fruta embutidos en sombreros arrugados y chaquetas sucias, peones que volvían en carros lastreros de sus obras lejanas, viejos de caras fastidiosas mirando la belleza de las cosas que parecía entregarse á los hombres más jóvenes. Y siempre aquella complacencia de ser bueno con los más infelices, que lo hacía suyo en la tarde aquella.

Solo que no pasaban de cosas mentirosas las compasivas reflexiones del bueno de Federico, ahora ex-tenedor de libros de la casa X. Hermanos.

Solo que no pasaban de mentiras malvadas, ¡muy malvadas! pues cuando en los siguientes meses de cesantía vagaba por el pueblo, muerto de hambre, solía encontrar al mismo suplementero, tan pobre, tan sucio como antes. Casi siempre estaba entre un grupo de compañeros, sentado á pleno suelo, siempre con el cuerpo atiborrado de golosinas sucias i la cara gordinflona á reventar de risa. ¿Por qué afligirse? Su traje era el mismo, cómodo pues que jamás se lo quitaba; su calle era la misma, cariñosa y ancha, con los rapaces que no desean más que comidas burdas y chuscadas fuertes.

Y recordaba que él había compadecido á aquel muchacho. ¡El! ¡El, pobre diablo, colgado de la eventualidad, expuesto á la maldad de la vida mucho más que esos suplementeros! Y recordaba esa tarde de un otoño prematuro en que todos eran poco felices á su lado.

¡Ah, qué buena la vida en aquella tardecita helada!

CARLOS PEZOA VÉLIZ

Viña del Mar, 16 de marzo de 1904.

I

Concurso convocado por la Imprenta BARCELONA de los señores Barros y Balcells

Arte Fotográfico Nacional

II

III

CONCURSO *A*

PRIMER PREMIO

Al pie del San Cristóbal — Señor Pedro Lira Orrego.

SEGUNDO PREMIO

Calabocillos (Constitución) — Señor José F. Rojas.

TERCER PREMIO

Bodegas de la Viña S. Pedro — Señor Solar Toro.

El título de este articulejo es muy comprensivo. Abraza el movimiento perpétuo de dos meses de vida en una República movediza y volátil como es la nuestra.

Hay meses, casi los doce del año, en que no se puede hablar sino de caídas, levantadas y tropiezos de ministerios, en los cuales las teorías sobre administración y brisas europeas preocupan la opinión pública. En estos dos últimos meses de todo se ha hablado. ¿Y por esto habrán sido de consecuencia para el país? Vamos á verlo de prisa y corriendo, dando una ojeada envolvente á los principales acontecimientos que han tenido lugar durante la carrera vertiginosa de estos dos meses, dulce para muy pocos y en política fatalísima según se decía para la coalición, y de grandes atractivos y perspectivas para la alianza retozona y quizá fantástica.

« «

Abril, aguas mil, reza el conocido refrán popular. Este año ha tenido apariencias de verdad porque ha caído un poco de agua que viene á ser, según los técnicos, una especie de bautismo para los terrenos moros que blandamente esperan el grano fecundo. Sin embargo, en Santiago, á principios de abril, el agua se dejó desear á pesar de los preparativos obligados que hacía la gente para recibirlas, para llamarlas quizá: en todas partes se tropezaba con sombreros de paño, abrigos descomunales, guantes de cuero de pantera, y tongos de las acreditadas y alegóricas marcas Christiz y Scotts.

Cualquiera creería que la bonanza aparente del tiempo era el prólogo risueño de un invierno benigno; pero, por desgracia, no fué así: en mayo ha venido el agua y en abril en cambio de agua la naturaleza nos envió la peste. No es la peste preferible al agua, ni mucho menos.

De la bubónica no digamos nada, ó más bien digamos algo; una receta nunca está de más en caso de apuro. Hace tiempo, no mucho, que un caballero de *calzones* que entonces ocupaba el Ministerio de lo Interior, mandó suprimir la peste bubónica y se suprimió.—¿Pero eso es inaudito?—Sí; pudo suceder, porque sólo existía en el cerebro de unos cuantos higiénicos!... Muchas epidemias hay que no pueden ser combatidas sino por especialistas políticos como el señor Sotomayor.

¿Y la viruela? - Muchos rostros tersos y bien parecidos, dentro de poco quedarán convertidos en esponjas. La vacuna es el único atajo que puede oponerse á este flagelo terrible que ha arrastrado al sepulcro á tanta gente. Todo lo que hagan las autoridades por combatir la viruela será poco, casi nulo, mientras no se haga una propaganda seria y constante en favor de la vacuna que para no desacreditarla, mejor será no hacerla obligatoria, pues, sabido es que en Chile todas las cosas obligatorias caen en descrédito.

« «

Consolémonos en todo caso con algo que oí en un tranvía de boca de una señora gorda, ha de ser gorda, sino no sirve.

Decía, pues, la señora: No es tan fiero el león como lo pintan, Juan Carlos, la viruela es una sombra al lado de la guerra ruso-japonesa.

Y tenía razón la señora. Pero, á mi modo de ver, la guerra se parece, y mucho, á la peste: en ambas más son los heridos que los muertos, las dos se curan con el tiempo, y en una y en otra muere gente «como mote», según la gráfica expresión de nuestro pueblo.

Dígalo sinó el pobrecito Mackaroff que, en menos tiempo que el necesario para contarlo, perece hundido en medio del mar con toda la tripulación y tesoros de su buque, i con todas sus grandes esperanzas que no cabrian en otra parte que el Océano.

¡Los japoneses han obtenido al principio un gran triunfo moral! Y es curioso que hasta en Renca y Curacaví haya gente que, influenciada seguramente por las representaciones de la *Geisha* y lan *Gin-Ko-Ka*, celebra hasta con copitas — pretexto para beberlas, — las victo-

rias japonesas. Si fueran japonesas siquiera... Pero, según algunos, son inglesas, y los ingleses habrán de cortar por lo sano por no violar los fueros de su política tradicional, por hacer honor á sus pergaminos... Jhon Bull jamás ha asistido á un banquete en que se guisa una lonja de tierra, sin haber escondido en su manga ancha alguna tajada de dimensiones inglesas.

Prefiero, como la señora gorda, la peste viruela á la guerra del Extremo Oriente.

« «

Y ya que de guerras y pestes estoy hablando fijemos por un momento siquiera nuestros ojos en el flagelo, digo mal, en el instrumento más cortante de que la muerte se sirve en esta capital para sus exacciones: en esos azules carros eléctricos, alegría de la muerte, que pretenden acabar en unos cuantos años con todos los habitantes de Santiago.

En este mes han desaparecido bajo la influencia de estos bacilos eléctricos más de 20 personas, fuera de los perros, carretones, coches, heridos, machucados y pasmados de terror, que vienen á ser otros tantos muertos en vida, pues hasta se les alteran las facultades con la impresión que produce la aparición repentina de un tranvía eléctrico.

Para formarse una vaga idea del poder destructor de los macabros carritos, nos bastará recordar la siguiente conversacion que sorprendimos entre un conductor del trannvía y uno de sus enemigos personales:

—¡Yo te he de ver algún día cuando te pille en la línea, so miércoles!

El amenazado metió la mano al bolsillo y pagó en seguida al conductor lo que le debía.

« «

Lo único que de política se sabe á estas horas es que, con admiración y desmayo de todos los chilenos, los liberales-democráticos dijeron en el mes de abril:—¡Recobramos nuestra libertad de acción!

A juicio de los nacionales, los liberales-democráticos no tenían para qué molestarse con esa declaración. Han accionado muy libremente en los ministerios de que han formado parte. ¿Qué van á recobrar ahora? Esto equivaldría á pasar dos veces la misma cuenta.

El Gabinete Sotomayor traía caractéres de firmeza. Con solo echar una mirada sobre el ex-Ministro de lo Interior nos podremos dar cuenta exacta de la solidez que tenía el ministerio de administración.

La pestañada de muerte que ha dado la alianza nos hace pensar en cementerios, en sepulcros en todo antes que en la estabilidad de un gobierno aliancista por ahora. En otra cosa también nos hace pensar, en que si el ministerio caido fuera caballo de carrera sería mas corredor que Silueta. Ha dado un tiempo fabuloso en su vuelta por la Moneda.

« «

En medio de la variedad inmensa de hechos, chascarros, anécdotas é historias que durante dos meses se suceden, la risa y el llanto marchan á la par, y por decirlo así, se completan; porque estos dos hermanos gemelos se amoldan á todas las cosas como el pan á todas las comidas. Así es que no hay que extrañarse de que se ría y llore en este mal pergeñado articulejo como, á toda hora, se ríe y llora en el hormigueo del mundo en actividad.

Eso sí, más se ríe que se llora. Lloremos pues; para eso hemos nacido.

El periodista colombiano, Juan Coronel, que en diversas ocasiones ha honrado las pájinas de nuestra revista, no sabemos si víctima de una impresión de gozo ó de tristeza, mas, de cierto, herido por el rayo del infortunio, ha ido á sepultarse repentinamente en las obscuras tinieblas de la locura para no volver á iluminar quizá hasta cuando, el desmantelado campo de nuestras letras con los destellos luminosos de su cerebro soñador.

Esperamos que el enfermo vuelva á cortar espigas en el campo de las letras.

« «

Cuentan, y es de suponer que sea cierto, los doctores que fueron al Congreso Médico de Buenos Aires, que las autoridades y sociedad de la capital argentina les dispensaron una acogida benignísima, traducida en banquetes, paseos, teatros, fiestas i discursos muy sonados. Orrego Luco, literato y orador distinguido, en varias ocasiones se entonó épicamente por esos mundos de Dios en que una frase florida y modernista se paga á peso de oro.

¡Salud compatriotas! No hay que negar sí, que á algunos de los doctores sapientísimos les ha llamado mucho, demasiado, la atención la bellísima ciudad, contradiciendo con esto la buena y tradicional costumbre de nuestros araucanos que llegan á una ciudad y la recorren de cabo á rabo sin parar mientes en ninguno de sus monumentos y lindezas.

Sé de uno de los médicos, seguramente el menos araucano de los que fueron, que ha llegado contando, á quien quiera oírselo, el famoso cuento de los huevos:

—¿Es decir que en la Argentina hace mucho calor?

—Psh! allá las gallinas ponen los huevos cocidos.

Foradori

21 DE MAYO DE 1879

DOS PATRIOTAS

RECUERDOS DE UN 21 DE MAYO

El día de Prat y de sus compañeros en la inolvidable jornada del 21 de mayo de 1879, ha pasado en el mayor silencio y olvido: puede ser que algún sobreviviente de la *Esmeralda* se haya sentido emocionado con el recuerdo; puede ser que algún roto patriota haya tomado pretexto del aniversario para beberse algunos vasos de la *baya:* y el festejo no habrá pasado más allá.

Mas, ya que nada hay que referir sobre las fiestas del presente, volvamos los ojos al pasado y busquemos en él consuelo para las indiferencias de hoy. Allá va el relato de una celebración particular, de un incidente perfectamente auténtico y verídico y que tiene mérito sólo por esta cualidad.

Se celebraba en Santiago el segundo aniversario del combate de Iquique, y como aún duraba la guerra del Pacífico y había gran cantidad de patriotismo ambiente, la celebración era bien sonada, especialmente porque había gran abundancia de voladores y cohetes. Todo Santiago tomaba parte en la fiesta, la cual se extendía desde Chuchunco á la Providencia, desde la Palma al Llano Subercaseaux.

Solo dos pobres rotos eran excepción al general contento y ponían dos sucios y tristes lunares en medio del rostro alegre de la capital entera: el 21 de mayo los había pillado sin plata y sin prendas que empeñar. Temprano empezaron una gira por el Matadero por si se tropezaban con algún plato de frejoles más ó menos comedido, pero como á las tres de la tarde se convencieron de que hay días en que la gente amarra todos los bocados por si acaso andan hambres sueltas por las calles. Se trasladaron á la calle de San Pablo, pero llegó la noche sin que hubieran tenido otro encuentro que el de algunos tragos de mosto que se extraviaron de camino.

¿Cómo era posible que dos buenos patriotas, dos verdaderos rotos chilenos se quedaran sin celebrar el 21 de mayo? Apretándoles el hambre y el patriotismo, decidieron meterse en la primera casa que hallaran abierta y provista y tomar lo que encontraran para tener con qué «tomar». En aquella misma calle una puerta abierta y un pazadizo solitario los convidaron á entrar... y entraron. Resultó ser un «restaurant» de medio pelo á pesar de que en él solian pelar á los visitantes; y resultó también que, como á esa hora había fuegos artificiales en la Alameda, no había nadie en el restaurant y el empleado de la cantina había salido y dejado por un momento solo el establecimiento.

Los dos patriotas recorrieron toda la casa, mas no hallaron cosas portátiles y convenientes que llevarse, y para mayor desgracia la puerta del comedor estaba cerrada; más adentro se oía el ruido de la cocina, la cual exhalaba un olor apetitoso á «valdiviano», pero no se atrevieron á internarse tanto. Desalentados y hasta rabiosos, iban á retirarse llevándose por único botin un azafate... vacío, cuando oyeron que entraba gente con gran tumulto.

—¡Nos pillan!... Escondámonos, compadre!

Y se metieron en un patiecito chico, no distante de la cocina; pero como el tumulto se acercaba en esa dirección no se creyeron seguros. Por suerte vieron en esos momentos una escala de mano apoyada en la pared y que subía hacia la puertecilla de un desván: por aquella subieron á toda prisa y se colaron por la puertecilla, entrando con tiento porque no conocían el terreno. Palpando cuidadosamente y andando á gatas y con infinitas precauciones, reconocieron que estaban en un techo de vigas anchas, pero con bastantes claros entre unas y otras. Acomodáronse en una, sentándose «á caballo» y esperaron con calma los acontecimientos.

Apenas habían pasado algunos segundos, sintieron ruido de voces por debajo de ellos y muy pronto se iluminó todo el local. Entonces se dieron cuenta de la situación: estaban en las vigas de un piso, separado del primero sólo por un ténue «cielo» de tocuyo, transparente, y abajo se hallaba el comedor. Al principio muchas voces de hombres y mujeres que hablaban á una vez y el ruido de las sillas formaron una gran algazara, pero luego hubo un momento de silencio, que pronto fué interrumpido por una voz alegre y sonora que gritó:

—¡Que nos sirvan el valdiviano! ¿Está listo?

—¡Allá vá!

Un relámpago en cielo sereno no habría producido una impresión parecida á la que recibieron los dos patriotas.

—¿Oye, compadre?—preguntó uno.— Me parece que nos han «fregado».

—Yo no aguanto—dijo el otro, que estaba medio chispo con aquellos tragos codificados sobre arena—yo me bajo.

—¡Eso sí que nó, compadre, por su madre! Mire que si se resbala, se le rompe el tocuyo y va á caer medio á medio de la mesa!

—Pero peor será que me condene de rabia aquí arriba...

En ese momento vieron que, abajo, entraba un mozo con una enorme fuente de valdiviauo y todo el local se llenó con el apetitoso olor del nocturno guiso. Nutridos aplausos acogie-

ron aquella magistral entrada en escena, á la vez que algunas voces clamaron con gran fuerza:

—¡Naranja agria! ¡Que venga la naranja agria!

El patriota chispo se retorció de rabia en su viga diciendo:—¡Buen dar con la suerte de los pobres! Estamos lo mismo que el burro hambriento que tenía la alfalfa al alcance de las narices, pero en un canal de por medio.

—Por favor, hermanito, no se mueva ni hable, porque si nos pillan, nos dejan con la misma hambre y además nos apalean y nos mandan presos.

—Aquí está la chicha!—gritó un voz abajo.

—Yo no puedo ver esto—dijo desesperado el patriota más hambriento, y con el poncho se envolvió la cabeza.

Sea por efecto del hambre, sea por el cansancio, sea por consecuencia del envoltorio, el pobre patriota se quedó dormido, mientras su compañero luchaba penosamente entre la necesidad de distraerse y la irresistible atracción que desde abajo ejercían sobre él el valdiviano, la naranja agria, la chicha aconcagüina i el deleite con que comian los de la fiesta. Pero pronto se presentó una nueva complicación: el compadre roncaba y cabeceaba, y allí eran de ver los apuros de aquél para que no se oyeran los ronquidos y para que el dormido no se cayera.

La situación se prolongaba horrorosamente: aquel valdiviano parecía inagotable é insaciables los comensales; y el pobre hombre sentía que desde lo más profundo del estómago subian hasta su cabeza nostalgias infinitas, las crueles nostalgias de otros valdivianos, tal vez no tan buenos como el presente, que él había gozado años atrás, en días más dichosos y alegres; recordó la primera vez que había tomado chicha en su vida, y le pareció que ello había sido muchísimos años antes, tal vez en otro mundo anterior; repasó las grandes comilonas de su vida y se le figuraron cuentos de brujas y de varillitas de virtud; cruzó también por su mente la remembranza fugitiva de una indigestión y la bendijo. Poco á poco fué asociándose más y más—teóricamente por supuesto—á la cena de abajo, y llegó á creer que estaba sentado á aquella mesa y paladeaba—de una manera *in-partibus*—la chicha y el valdiviano, hizo la corte á una rubia no mal parecida que veía desde su aéreo asiento, llegó á celebrar la ocurrencia de alguno de los comensales y se preparaba á contestar á una invitación cuando...

El compañero dormido dió un cabeceo enorme y se fué de bruces; crugió el tocuyo con estrépito y el desgraciado cayó largo á largo en medio de la mesa, entre la fuente y los platos y los vasos de chicha, con un estruendo espantoso, al que siguió un desorden horroroso: los hombres huian espantados, locos; las mujeres chillaban como ratas cogidas por el gato; saltaban por toda la sala fragmentos de copas y tazas, y en suma, pareció aquello una administración pública.

Cuando los hombres se convencieron de que ni había llegado la policía ni se había caído la casa, y cuando las mujeres ya no tuvieron más garganta á su disposición, se restableció la tranquilidad y se vió la causa de la catástrofe.

Excusado es decir que los dos patriotas recibieron una paliza de tal solemnidad que pasaron á convertirse en Vaticano por la abundancia de los cardenales; pero la púrpura no les impidió alojarse esa noche en un calabozo de la policía.

RONQUILLO

CASA EN QUE NACIÓ ARTURO PRAT

A. PERRETTI
A. PETRONI
en
DOS CANARIOS
DE CAFÈ

EN EL "SANTIAGO"

APUNTES DEL NATURAL

NUESTRO CERTAMEN FOTOGRÁFICO

Con placer dejamos constancia del éxito halagador obtenido en este primer **Certamen Fotográfico** con que CHILE ILUSTRADO ha querido estimular á tantos aficionados á la fotografía como hay entre nosotros.

Desde luego, el número de concurrentes superó en mucho á nuestras espectativas, lo cual viene á hacernos ver el grado de florecimiento á que ha llegado en nuestra sociedad el útil y bello arte de la fotografía.

Pecaríamos, por cierto, de exagerados si afirmáramos que todos los positivos enviados al **Certamen** son trabajos perfectos.

Como sucede por lo general cuando se empieza á cultivar un arte cualquiera, la técnica es lo que más preocupa al principiante, el cual llega muchas veces, en su afán de dominar las dificultades de la ejecución, á olvidarse del alma del asunto, ó sea la parte artística.

Así, hemos notado que casi todos los *amateurs* concurrentes al **Certamen Fotográfico** de CHILE ILUSTRADO se han ocupado muy poco en reproducir cuadros más ó menos animados y movidos.

El paisaje ha sido casi siempre el blanco de sus objetivos; nó el paisaje encontrado después de una discreta exploración artística, sino aquel paisaje vulgar que todos conocemos, aquel que se nos presenta á cada paso y que no responde por modo alguno á nuestros espíritus poseídos del afán de hurgar bellezas.

En cuanto á las figuras, los pocos que se han atrevido á atraparlas en sus aparatos lo han hecho con muy poco sentido estético. Nos han presentado retratos más que figuras, *poses* más que actitudes naturales é ingenuas.

No deben olvidar nuestros aficionados que la fotografía para ser amable, ha menester alejarse cuanto posible sea del campo en donde las artes plásticas son reinas i señoras. Un paisaje mediocremente pintado suele resultar muchísimo más interesante que la mejor impresión fotográfica. Es que en el paisaje la mayor suma de encanto la proporciona el colorido.

Por eso, pues, aquí donde hay todavía pocos dibujantes que se dediquen al croquis, los que manejan una *Kodac* ó una *Jougla* deberían darse á la caza de escenas callejeras, ó de actitudes rápidas y movimientos fugaces, con lo cual la instantánea vendría á tomar su debido desarrollo.

Ojalá los concurrentes á nuestro **Segundo Certamen** —cuya apertura anunciaremos en tiempo oportuno,—tomando en consideración estas ligeras y justas observaciones,—explotarán con todo éxito el género fotográfico á que aludimos. Ello les sería de gran provecho para el mejor cultivo de su arte.

LISTA DE LOS AUTORES PREMIADOS

CONCURSO **A**...

1.er premio.—Al pie del San Cristóbal.—*Pedro Lira Orrego.*
2.º » Calabosillos, Constitución.—*José Fortunato Rojas.*
3.er » Bodegas de la Viña San Pedro.—*H. Salas Toro.*
4.º » Camino de los coches en el Sta. Lucía.—*Félix J. Alegría.*
4.º » Camino de la Cordillera.—*W. Baillett C.*

CONCURSO **B**...

1.er premio.—Lavando.—*Adela R. Baeza.*
2.º » Aventadura de trigo.—*Juan Prustang.*
3.er » Jugando á las muñecas.—*J. Raurich G.*
4.º » Salón de Bellas Artes.—*Guillermo Olea C.*
4.º » El cucurucho en las misiones,—*W. Baillett C.*
4.º » Carretas subiendo al cerro San Cristóbal.—*E. Guevara G.*

CONCURSO **C**...

1.er premio.—Conjunto, de *Pedro Lira Orrego.*
2.º » » de *José Fortunato Rojas.*
3.er » » de *Guillermo Olea C.*
4.º » » de *Félix J. Alegría.*
4.º » » de *J. Raurich G.*
4.º » » de *Siegfrield Lewin.*

Modas Femeninas

PEINADOS

Desde los tiempos más antiguos, de los griegos y romanos, el peinado y el cultivo del cabello, ha constituído uno de los mayores encantos en la mujer, y el que más ha hecho realzar su belleza.

Vemos en tiempo de las matronas romanas, las hermosas cabelleras ya enlazadas en mil formas caprichosas, ó sueltas y ondulantes al viento, cruzadas por brillantes cintas ó hilos de oro que les daba un aspecto de majestad real é imponente.

Sólo en la edad media se descuida este delicado y difícil arte. Las variadas y deformes tocas que cubrían por completo la cabeza, no permitían ver sino una ó dos trenzas que caían sin ninguna gracia sobre las espaldas de la mujer.

Desde aquella época, las mujeres volvieron á dedicarse por completo al arte que habían abandonado, y ni cuando se usaron las blancas pelucas, los monumentales peinetones y las difíciles y curiosas combinaciones de cabellos naturales y artificiales, no descuidaron un momento la manera de parecer más hermosas.

Se usaron en aquel período peinados que eran verdaderas obras de arte, de las más difíciles y acabadas, ejecutadas por artistas que eran rentados y pagados sus trabajos á precios fabulosos.

El peinado en la actualidad ha pasado por una serie interminable de minuciosidades y fantasías curiosísimas, hasta llegar á modificar el color natural del cabello, según los caprichos de las últimas modas y las exigencias de la sociedad.

Sin duda alguna los peinados actuales son del mejor gusto y de la más esquisita combinación, haciéndose notar los de bailes, teatros y recepciones, donde se deja ver la delicada mano del artífice.

El buen gusto y distinción de una mujer se hacen notar en su cabeza. La cabellera, ondulante y sedosa, bien rizada, formando con el sombrero un conjunto sólido y atrayente, se impone al espectador más profano, como se impone toda mujer en la conversación por su trato fino y agradable.

Nuestro propósito no es profundizar esta cuestión que, de por sí necesitaría ir muy á fondo, sino sólo acompañar unas pocas líneas á las hermosas figuras que se encuentran en esta página.

Diremos solamente que en Santiago se encuentra muy perfeccionado este arte, y entre el bello sexo de nuestra sociedad se nota un gusto esquisito por llevarlo.

Entre los adelantados establecimientos que han introducido este perfeccionamiento citaremos á Houssais y Pagani, á quienes debemos los modelos que nos han servido para adornar esta página, que, seguramente, interesará á las damas de nuestra sociedad.

CORRESPONDENCIA ARTÍSTICA

París, á 14 de febrero de 1904.

...¿Te extraña que no te haya hablado aun del Salón de Otoño inaugurado en el entresuelo del *Petit Palais?* No te asombres, querido. A pesar de todo el pomposo aparato de que se hizo derroche en la celebración de este nuevo Salón—mozos con traje especial de color cáscara, pantalones cortos, zapatillas charoladas y calcetas blancas—la exposición en sí, artísticamente apreciada, hacía un pésimo efecto.

Nunca me ha remordido con más fuerza la conciencia que cuando gasté ese franco que pedían por la entrada.

Parece que todo lo malo se aglomeró para formar este Salón de Otoño, que ha venido á ser algo así como un negociado artístico, puesto que, para la admisión de las obras, no se tomaba en la cuenta el mérito de ellas, sino que se las admitía á granel, sin más condición que la de pagar el exponente 25 francos por ser admitido á concurso... ¡Cuálquiera creería que estábamos *dans le pays de l'argent!*...

Las obras expuestas pertenecían casi en su totalidad á los impresionistas, esos *malade de la volonté*, como suelen llamarlos por aquí. (Me refiero á los que en fuerza de hacerse raros no dejan estravagancia por cometer).

Hubieran figurado los buenos impresionistas, la cosa habría andado mejor. Pero estos son pocos: *Manet* (ya muerto), *Sisley*, *Lebourg*, *Moret* y algunos otros.

Exceptuando á tres ó cuatro artistas de este Salón como *Carrière*, *J. Blanche* y otros dos, cuyos nombres no recuerdo, lo demás no valía la pena del *franco*... Y lo que éstos exhibían no era, por cierto, lo mejor de ellos.

Como te digo, todas las salas (la mayor parte regularmente alumbradas), estaban llenas de los impresionistas del día, que tanto abundan y tanto mal hacen... Allí había verdaderas locuras: recuerdo de muchas armonías imposibles, facturas extravagantes, desde la *pointillé* hasta la *confetti*, etc. En pocas palabras, aquello era un delirio de colores, una fiebre policrómica, lo que yo llamaría el *alcoholismo de la pintura*...

Mucho, muchísimo más interesantes han sido los pequeños Salones que se han abierto después, como el Internacional en la Galería George Petit (donde el yanqui Sargent y el español Sorolla triunfaban espléndidamente), el de *Les Arts Reunis* y los celebrados últimamente en algunos círculos. Tales el del «*Volney*» en la calle Volney y el del *Literaire et Artistique* en la calle *Bonati D'anglar*.

En estos *Humbert*, *Flameng* i *Paul Chabas* ocupan la primera línea con sus hermosos retratos. *Carolus Durand*, detestable. Lo mismo *Bonnat*. El malogrado *Gérome*, que hace poco murió, está representado por obras muy mediocres.

Jules Lefèvre, el admirable dibujante, y *Cormon*, el viejo *Cormon*, exhiben en algunas de estas exposiciones cuadros de gran mérito.

Mucho más podría relatarte, pero quizá te resultara de poco interés por la exigua importancia de estos salones de invierno. Si te he presentado en revista á esos *generales*—según la militar calificación del maestro Lira—ha sido para que veas que algo he observado de lo que aquí se produce.

* * *

...He ido hace poco á visitar al maestro Jean Paul Laurens en su taller, allá al final de la rue de *l'Université*, en el establecimiento de las Canteras de Mármol del Estado.

Fuimos un domingo con un camarada venezolano. El maestro nos había citado para tratar de un encargo que mi compañero tenía para él. Yo iba á servirles de intérprete, oficio este que ya desempeñé en Sevilla, no hace dos años, cuando pasé por España en viaje á tierra de Francia. Durante los cuatro días de feria, del 16 al 20 de abril, *viví* á costillas de dos rusos, dos tipos espléndidos. Ah! qué recuerdos tan buenos guardo de aquellos días que pasé en Sevilla!

Y bien. Llegamos á la ancha puerta y entramos á un vasto sitio lleno de talleres del Gobierno y plantado de robustos y añosos árboles entre los cuales se ven esparcidos aquí y allá admirables trozos de escultura. Uno de esos grandes talleres lo ocupa el genial *Rodin*. Bastante al fondo está el de Jean Paul.

El buen viejo nos recibió con sonriente amabilidad. Conversamos largo y tendido y nos mostró sus dos últimas obras, que está terminando.

Siento ser breve, pero el escaso tiempo de que dispongo me obliga á ello.

Una de las telas representa la entrada de Francisco I al pueblo de... La muchedumbre pasa delante de un viejo *Chateaux* llevando antorchas encendidas, cuyo rojizo resplandor hace un feliz contraste con la luz azulada de la luna. El momento elejido es cuando el alcalde dirige la palabra al rey. Bien compuesto, como todo lo del maestro, y de un gran carácter.

El otro cuadro me impresionó más hondamente. Gran tamaño—también como de cinco metros. Aquí el notable pintor evoluciona, presentándonos, en una tela modernista, una escena de la vida actual. Ante ella, uno piensa inmediatamente en el gran Zola. Trataré de describirla. Una mina. Atrás, la ciudad con sus fábricas y manufacturas humeando aun, y, enteramente en primer plano, una columna humana atraviesa el cuadro de derecha á izquierda. Es la ola sombría de los trabajadores que se recogen á sus hogares. Mujeres, hombres, jóvenes, viejos: unos con sus herramientas, otros con sus farolillos de llama amarillenta que hacen patente en algunos rostros la miseria, el hambre y el sufrimiento que los aflige.

Esta elocuente *página* trae el recuerdo de aquellas supremamente humanas de *Germinal* y *Trabajo*, Se lo dije al maestro, i

—Precisamente, me dijo. La lectura de esas obras me ha inspirado para realizar este cuadro de la vida cuotidiana.

Los dos cuadros, tan diferentes, harán *pendant* en la Casa del Ayuntamiento ú *Hôtel de Ville*, adonde son destinados.

Es posible que alcancen al Salón de mayo, juntos con otros que irán después al Japón. De todos ellos procuraré enviarte reproducciones.

Véome forzado á terminar ésta hoy, á fin de que vaya en el correo que sale mañana para América.

Te abraza tu aftmo. compañero,

SCHAUNNARD

NOTA.—Damos en el presente número esta interesante correspondencia artística porque por exceso de material no nos fué posible publicarla en nuestra edición anterior.

SALVANDO UN ERROR

Por un olvido, que lamentamos, no se publicó en nuestro número anterior la siguiente rectificación. Por ello, nuestras excusas al maestro Lira.

«En el número 20 de nuestra Revista aparece la reproducción de una cabeza de estudio, de la cual se hizo autor, equivocadamente, al distinguido artista y colaborador de CHILE ILUSTRADO, don Pedro Lira.

»Cumplimos gustosamente el deber de salvar ese error, declarando que de aquel simpático lienzo es autora la señorita J. del Pozo, discípula aventajada del señor Lira».

M. DE A.

EL YATE

(COLABORACIÓN EXTRANJERA PARA «CHILE ILUSTRADO»)

Tiene tu yate *El Normando*
dos alas blancas de pluma,
y cuando parte, oscilando,
parece un cisne trazando
tu nombre en letras de espumas.

La nave presta y liviana
nunca podrá zozobrar
pues tiene la capitana
dos labios frescos de grana
que ofrecen besos al mar.

Te alejas siempre risueña,
tiendes las velas de armiño,
y á medida que se empeña,
la barca se hace pequeña
como un juguete de niño.

Te sientas junto al timón
y como es roja tu ropa
por no sé qué sugestión
pareces un corazón
que se ha olvidado en la popa

Aunque te oculte el oleaje,
desde la pla[illegible] escapadas
te siguen durante el viaje
las palomas con mensaje
que anidan en las miradas.

El agua azota brutal,
tu barca sobre ella vuela,
y das al sentimental
la rima de un madrigal
ó el tono de una acuarela.

Paris

MANUEL UGARTE

A LOS ENFERMOS DEL

ESTOMAGO

E INTESTINOS

¿Sufre Vd. del estómago, no tiene apetito, digiere con dificultad, tiene Vd. gastritis, dispepsia, gastralgia, disentería, úlcera del estómago, dilatación del estómago, neurastenia gástrica, anemia con dispepsia, una enfermedad de los intestinos?

¿Por la mañana, al levantarse, tiene la lengua sucia, mal olor de aliento, está bilioso, tiene aguas de boca?

¿Después de las comidas, tiene Vd. eructo, agrios, gases, pirosis, vahidos, pesadez de cabeza, ruidos en los oídos, sofocación, opresión, palpitaciones al corazón?

¿Tiene Vd. dolores al vientre, á la espalda, vómitos, extreñimiento, diarreas?

¿Se altera Vd. con facilidad, está febril, se irrita por la menor cosa, está triste, abatido, evita el trato social, teniendo por la noche ensueños, sueño agitado, respiración difícil?

¿Desea evitar el mareo del mar al tener que embarcarse?

¿Ningún remedio, ningún régimen ha podido curar á Vd?

No se desespere, tome pronto

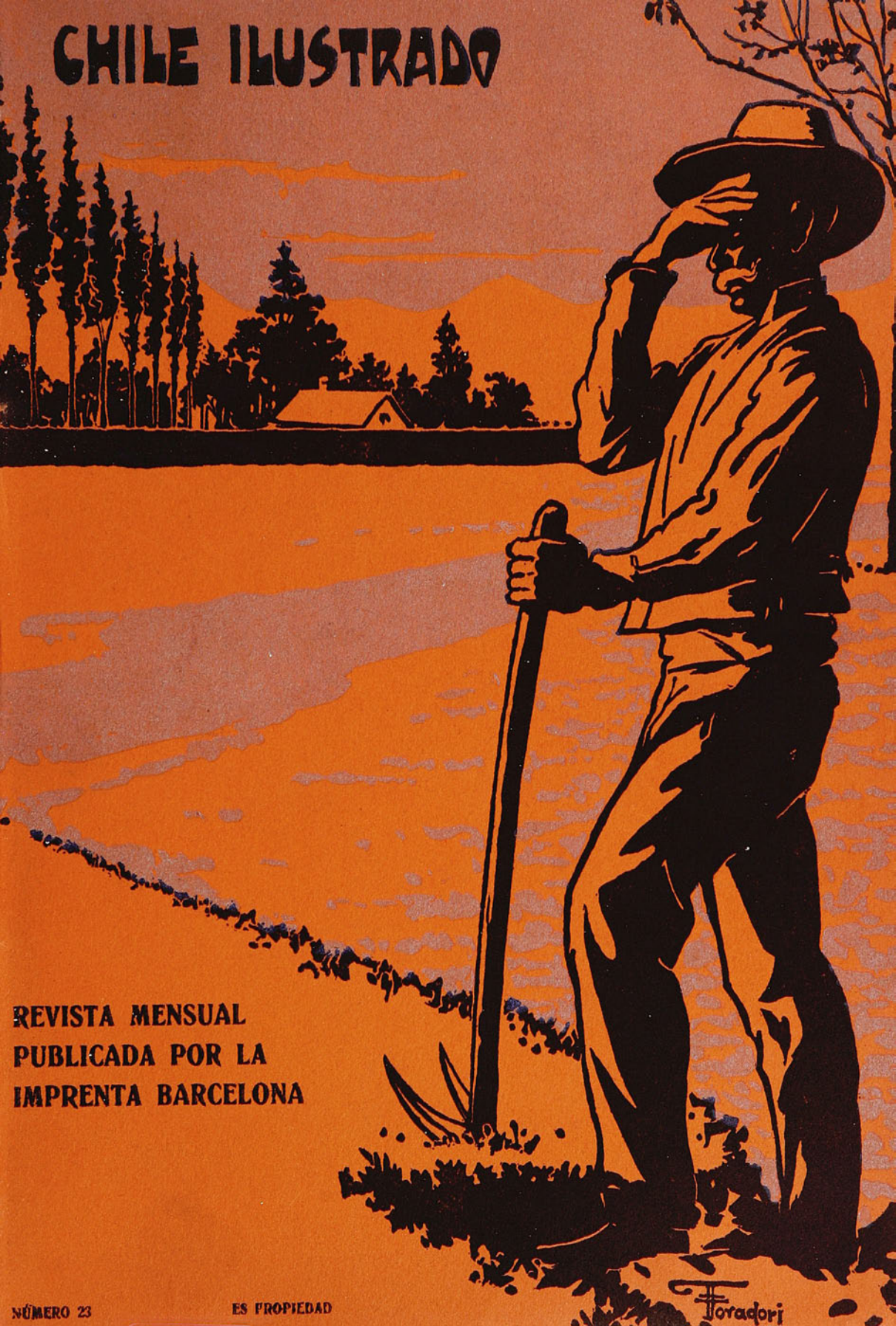
ELIXIR ESTOMACAL DE SAIZ DE CARLOS

Es el remedio del día, usado en el mundo entero, el que únicamente triunfa de las enfermedades rebeldes á todo tratamiento del estómago é intestinos.

Preguntad á todo el que lo tome y os dirá: **"EL ELIXIR ESTOMACAL de SAIZ DE CARLOS (Stomalix) me ha curado radicalmente, mientras que los demás medicamentos no me habían ni aún aliviado."**

Es seguro en sus efectos y **siempre** inofensivo, aunque se use años seguidos. Cura las diarreas de los niños, aumenta el apetito, tonifica y ayuda á las digestiones, por lo que es de uso necesario. Se vende en todas las Droguerías y Farmacias.

CHILE ILUSTRADO



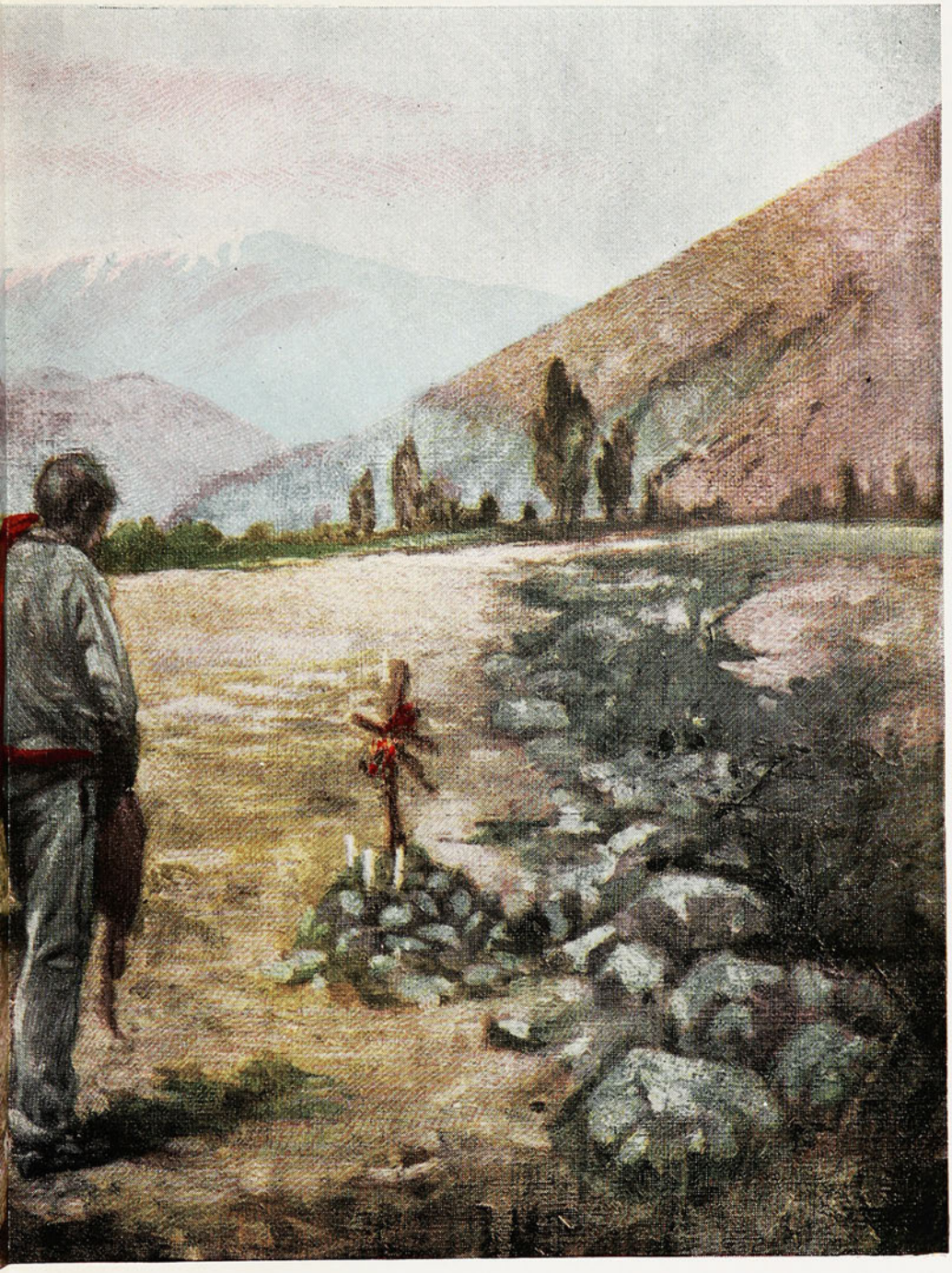
REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA

NÚMERO 23

ES PROPIEDAD

PRIMA DE "EL CHILE ILUSTRADO"

¡¡AQUÍ



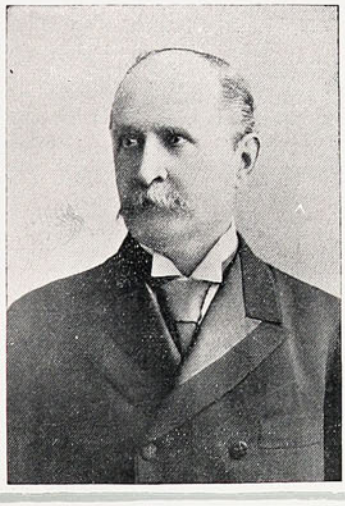
Imp. Lit. y Enc. Barcelona — Moneda, 8-15

FUÉ!!

Año III Precio: 50 Centavos Junio, 1904

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL



DON RAMON BARROS LUCO

Presidente de la Sociedad Nacional de Agricultura

SOCIEDAD NACIONAL DE AGRICULTURA

UÉ FUNDADA el 15 de agosto de 1869, teniendo por fin el de propender al fomento de la agricultura en el país, buscando su progreso principalmente por una organización adecuada de la enseñanza agrícola profesional y práctica.

El primer presidente de ella fué el señor Alvaro Covarrubias.

Su órgano de publicidad oficial ha sido el *Boletín de la Sociedad Nacional de Agricultura*, cuyo primer número se tiró el 16 de octubre de 1869 y que desde entonces ha sido publicado sin interrupción alguna. El mismo año se hizo cargo de la Quinta Normal, introduciendo desde el primer año mejoras de importancia en ese establecimiento; después de haber dado un gran desarrollo á todos sus servicios, la Sociedad acordó, en septiembre de 1892 devolverlo al Gobierno.

ENSEÑANZA

En octubre de 1871 se inauguró la primer Escuela Práctica de Agricultura, organizada por la Sociedad en la Quinta.

Hizo gestiones ante el Gobierno, que tuvieron por resultado que se dictara el decreto de 21 de abril de 1872 por el cual se creaba un curso universitario de agricultura. Se contrató, por conducto del Ministro de Chile en Francia, al señor René F. de Feuvre en 1873 y al señor Julio Besnard en 1874. Desde julio de 1876 el Instituto Agrícola funciona en la Quinta Normal.

Por indicación de la Sociedad se decretó el 17 de abril de 1877 la enseñanza de agricultura en la Escuela Normal de Preceptores para que fuera posible establecer más tarde la enseñanza elemental de la agricultura en las escuelas primarias. Después, en diciembre de 1880, la Sociedad nombró una comisión destinada á la redacción de una cartilla adaptable á la enseñanza de la agricultura en la escuela primaria. En la misma fecha recomendó también al Gobierno estableciera la enseñanza de agricultura de grado medio en algunos liceos de provincia.

En 1881 se encomendó á la Sociedad la organización de la Escuela Práctica de Agricultura de Santiago, la que se inauguró en agosto de 1885.

Durante el tiempo que la Quinta estuvo en poder de la Sociedad, se fundaron también los siguientes establecimientos: el Jardín Zoológico, la Estación Agronómica, el Hospital Veterinario de vacuna animal y de preparación de virus anticarbuncloso.

ABONOS

Desde 1870 se ha venido preocupando de hacer la propaganda del uso de los abonos por nuestros agricultores; hizo publicar folletos especiales con ese fin; ha corrido con la vigilancia del cumplimiento de los contratos de explotación de las guaneras; ha hecho repetidas veces representaciones ante los poderes públicos para reservar los yacimientos para las necesidades de nuestra agricultura. En un principio corrió la Sociedad con el expendio de abonos, yeso, guano y salitre para suministrarlos en las mejores condiciones económicas posibles á los agricultores. Ha gestionado el establecimiento de depósitos de guano convenientemente localizados en el territorio agrícola, etc.

En 1880 la Sociedad fué comisionada por el Gobierno para la explotación y venta de guano.

(Continuará)

Aglaya

Tomó una abeja por botón de rosa
Tu perfumada boca y te picó;
Y, con la miel formada de tu sangre,
La ufana abeja á su panal voló.

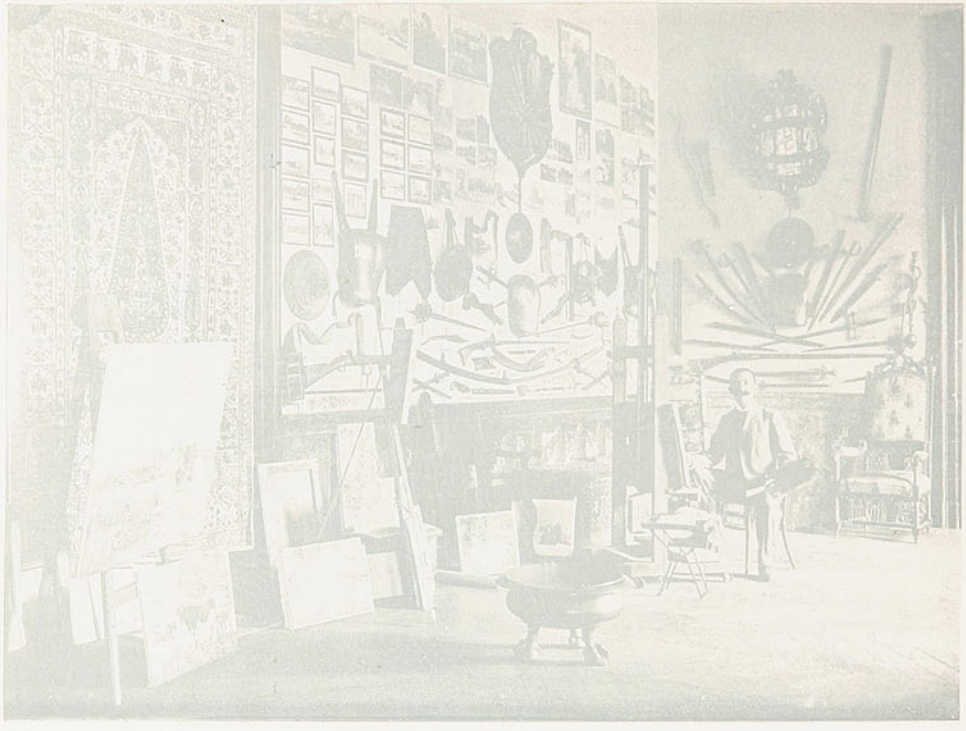
De embriagador aroma en el instante
Se inundaron las celdas del panal,
Y mil abejas á probar llegaron
De tu miel la ambrosía celestial.

Cesó el trabajo en la colmena al punto
Y, olvidadas las flores del vergel,
Se alimentaron las abejas tristes
Con el recuerdo de tu dulce miel...

Yo te ceñí mi brazo, y tu cintura,
Como se dobla el junco, se dobló;
Y el beso que en el aire se cernía
La rosa de tus labios devoró.

¡Oh dulce flor que perfumó mi vida!
¡De eterno aroma inmarcesible flor!
En la copa de rosa de tus labios,
Yo soy la abeja que libó el amor!

J. Luz LIRA



UNA VISITA A RAFAEL CORREA M.

Al descender del tren, aspiré con deleite el puro aire del campo, lijeramente tibio al beso del sol — delicioso sol de invierno fulgurando en un cielo azul purificado por las últimas lluvias.

El artista ha tenido la fortuna de lograr lo que muchos de sus colegas no alcanzarán acaso jamas; vivir y trabajar en un medio ambiente propicio á sus tendencias artísticas.

Correa, paisagista y pintor de animales, tiene su taller en pleno campo; en plena naturaleza. De ahí el vigor y la fecundidad de su produción.

A medida que avanzo por las alamedas, ya en completa desnudez invernal, pintorescas agrupaciones de ranchos surgiendo de entre los escuetos varillajes, me hablan de esa buena y sencilla vida campestre, tan poco amada entre nosotros.

Entre los árboles se destaca su taller, un espléndido taller alhajado con valiosísimas antigüedades. Un museo de cosas bellas — arcas, sillas, tapices, armas — ennoblecidas por el austero encanto de su vieja edad.

En los caballetes, ó afirmados contra las murallas, los últimos cuadros, algunos todavía frescos, otros no concluídos aún.

En todos estos cuadros triunfa el género que Correa cultiva de preferencia: la pintura de animales. Todos son de una belleza y de una verdad que asombran.

Mientras contemplo la más bella de esas obras el amable pintor me habla de su gran pasión por la naturaleza. Me refiere cómo él la observa y ahonda en sus misterios. De sus palabras deduzco que, como todo espíritu verdaderamente creador, abomina del academismo y de sus códigos estéticos. Puedo asegurar que es un artista libre de tutelas y que tiene el dominio absoluto de sus facultades pictóricas. Gusta de que se le critique; pero se reserva, eso sí, el derecho de criticar á su vez las críticas que se le hacen... Esto demuestra el perfecto equilibrio de su temperamento y la solidez de su educación artística.

Cuando emprendí el regreso á la cercana estación del ferrocarril, el sol hería de través las arboledas. Colgaban aún de las altas ramas algunas hojas rebeldes al viento y á la lluvia. El sol poniente daba en ellas, incendiándolas.

Abajo, el campo comenzaba a envolverse en una tenue neblina azul.

A la distancia, vagaban los mujidos de los bueyes, como voces de lejanos violoncellos...

M. DE ÁVILA

29 de mayo.

Bellezas Chilenas

Ringorrangos

El tema más usado y abundante para empezar una conversación cuando no se halla de qué hablar es, á no dudarlo, el estado del tiempo. Y si no, venga y dígalo uno de esos jovencitos que se parten al medio y al que en la tertulia de la vecina le ha caído en suerte una jovencita muy mona, pero muy callada y vergonzosa. El jovencito, al acercarse á ella, le dice frotándose las manos:

—Es increible que haga tanto frío, ¿no es cierto?

—Así es, hace mucho frío, repite ella incorporándose y fijando sus ojos indagadores en los del jovencito y moviendo la cabeza con la misma cachaza del que ha encontrado la cuadratura del círculo.

A primera vista y á juzgar por los síntomas, no parece sino que los pichones no habrán de atreverse á hablar en toda la noche. Pero, ¡oh fuerza del primer empuje! Del estado del tiempo pasan al de sus corazones, y de ahí al infierno no hay más que un paso...

Así pues, comenzaremos estos *Ringorrangos*, imitando la voz amerengada del jovencito partido al medio: es increible que haya caído tanta agua en tan poco tiempo y que haya hecho tanto, tantísimo frío y que se hayan anegado todas las calles de la capital.

Y ya que hemos comenzado, sigamos hablando y metiendo la pata hasta en el infierno si fuere menester. Y, ¡quién creyera! meter la pata en el infierno es más fácil de lo que parece. Con hablar de política y del estado ruinoso de nuestra juventud, estamos en el infierno. ¿Y no meteremos la pata en el cielo? ¡Ah! sí, por supuesto. Con solo enunciar lo que sería Chile si nos aprovecháramos de sus múltiples encantos, llegaremos al cielo en menos que canta un gallo.

Sería injusto no decir también algo de la guerra del Extremo Oriente. Hoy por hoy, hasta los bandos políticos están *subdivididos* en rusos y japoneses. Y hasta si somos convidados á almorzar á algún convento podremos comer mucho y oir diálogos como este:

El prior, después de bendecir la mesa y dando un puñetazo sobre la misma:

—¡Yo soy ruso, ruso y ruso!... y el padre guardián contestará muy entonado:

—Yo soy japonés y no hay como los japoneses, porque los japoneses... y luego después se formará la de los diez mil de á caballo, porque el padre prior es ruso y el padre guardián es japonés. El título de guardián influye mucho, por supuesto, en la japonización del padre Francisco. Después los comensales discuten el punto con razones más ó menos parecidas á las de arriba y... el comedor pasa á ser un pequeño teatro de la guerra.

Sobre la guerra oriental podremos agregar también esto otro. Hay un oficial santiaguino, digo mal, *japonés*, que dirige, en las columnas de cierto diario, los ejércitos beligerantes del Extremo Oriente con tal arte y maña, que aunque casi siempre los rusos se llevan la peor parte, todo Santiago lee sus acordadas informaciones con muchísima atención. Se llama el dicho oficial Kuroki Délano, si no estoy mal informado.

Pues bien, como no puede existir un Kuroki sin un Kuropatkine que le haga sombra siquiera, en Concepción hay otro oficial pen-

quista, digo mal, *rusófilo*, Kuropatkine Manterola, que tiene á todo Concepción con la boca abierta con sus informaciones antijaponesas.

¡Hossana! valientes guerreros. Buen viaje y á soplar en el clarín de batalla con tanta más fuerza cuanto más se acerque al Extremo Oriente la escuadra del Báltico.

La lluvia se ha llevado consigo la tremebunda viruela, pero esto ha sido llover sobre mojado porque ha venido á suplantar á este flagelo ese otro del vandalaje que es mucho peor.

Hace poco, cuatro hombres degollaron al comandante de policía de Arauco en un wagón de primera clase del tren que hace la carrera entre Carampanguey Arauco. El pobre iba acompañado de su esposa y de su hermana. Aquel fué un crimen horroroso, mengua y oprobio de un país civilizado, pero lo que es más indigno todavía es que se haya dicho inmediatamente después de perpetrado el asesinato, que un juez estaba comprometido en el delito. Hace tiempo, mucho tiempo que muchos jueces se están comprometiendo en muchas y gravísimas cosas. Con razón dijo una señora al leer la noticia:

—¡Viruela, ven y mátame!

Erase que se era una niña muy interesante, —y no vayan á creer que es cuento—y de muy bellas prendas: de hermosura á manos llenas, simpatía, dulzura, quien sabe si talento también y muchas otras cualidades muy buenas y muy bellas. Esta niña tan bella estaba enamorada, como es muy natural, de un hombre bajo todos aspectos digno de ser amado. Mucho se querían estos dos seres y tánto... Una tarde, muy bella debe haber sido también, se comprometieron para casarse pero cuando la niña dió parte á su madre de tan fausta nueva, la madre palideció y llena de ira le dijo á su hija:

—Prefiero morir antes de entregarte á ese villano.

—¿Cómo?...

—¡Silencio! dijo la madre, y la niña, con la cabeza baja, se dirigió á su aposento precipitadamente á conversar con sus penas y malaventura. En esta conversación pasó quince días, durante los cuales la malaventura le contaba los placeres que encierra la muerte y no sé si la *nada* también... era, por lo que creo, una malaventura mentirosa.

¿Y porqué se matan las mujeres? Ellas no se matan, Cupido las sacrifica.

Una se mató porque no la dejaban casarse, otra porque, teniendo 45 años no más, su amante no la quizo *una lánguida tarde de invierno* según consta de la carta que dejó á su peor es nada y que se encontró al lado del revólver con que se quitó la vida del cuerpo; otra, y es lo más común, por imitar á su amante y por fin, alguna, por tener la honra de morir como el joven Werter.

Todos se matan sin razón.

Una liga anti-suicida se impone.

El hecho fue que un día salió de su casa, muy decidida, y cruzando calles y más calles llegó á los extremos de la ciudad y se encontró con la línea del tren. Se detuvo junto á ella. En ese mismo momento sintió el rumor lejano de una locomotora que venía corriendo muy contenta, ni más ni menos, como corre la muerte. En un segundo salvó la distancia que había entre ella y la joven. La joven se cubrió la cara con su manto, se echó de bruces sobre los rieles y desapareció. ¿Ella sola desapareció? Nó, se marchó con su malaventura.

Si hubiera maliciado la pobrecita lo que ha dicho después de su muerte la sociedad!...

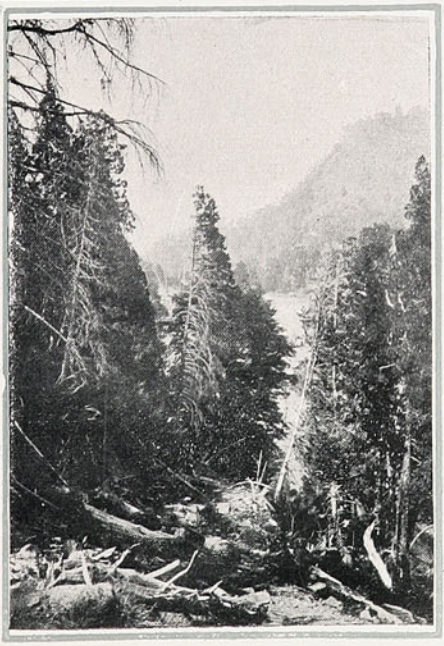
Una vieja:—Qué tonta! *Un jovencito muy bien peinado:* —Qué lindo drama! *Una madre:* —Esto le pasa por desobedecer á su madre. *Un tonto:* — No haberme llamado á mí! *Una revista:* —Un cándido lirio acaba de fenecer, etc., *Una beata:* —No me den personas que no tengan el santo temor...

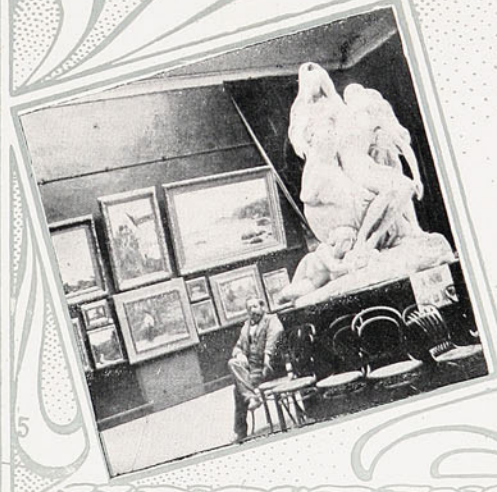
TITO PELMA

NUESTRO CONCURSO FO

N.° 1. Camino de coches en e
cia.—*Félix J. Alegr*
N.° 2. Jugando á las muñecas.—*J. Ra*
N.° 3. Lavando.—*Adela R. Baeza.*
N.° 4. Aventadura de Trigo.—*Juan Pr*
N.° 5. Camino de la Cordillera.—*W. I*
N.° 6. El Cucurucho en las Misiones.—
N.° 7. Carretas subiendo al cerro Sa
E. Guevara G.
N.° 8. Salon de Bellas Artes.—*Gui*

OTOGRAFICO





el Santa Lu-
yria.
urich G.

ustang.
Bartlett C.
W. Bartlett C.
n Cristóbal.--

illermo Olea C.

El martillo de señales dió dos golpes sonoros y vibrantes y el ascensor desapareció de súbito en la ancha boca del pique.

Pablo se aferró instintivamente á la piernas de su padre. Zumbábanle los oídos y el piso que huía debajo de sus piés producíale una extraña sensación de angustia. Creíase precipitado en aquel agujero cuya negra abertura había entrevisto al penetrar en la jaula, y sus grandes ojos miraban con espanto las lóbregas paredes del pozo en el que se hundían con vertiginosa rapidez. En aquel silencioso descenso sin trepidación ni más ruído que el del agua goteando sobre la techumbre de hierro, las luces de las lámperas parecían prontas a extinguirse y á sus débiles destellos delineábanse vagamente en la penunmbra las hendiduras y partes salientes de la roca: una série interminable de negras sombras qne volaban como saetas hacia lo alto.

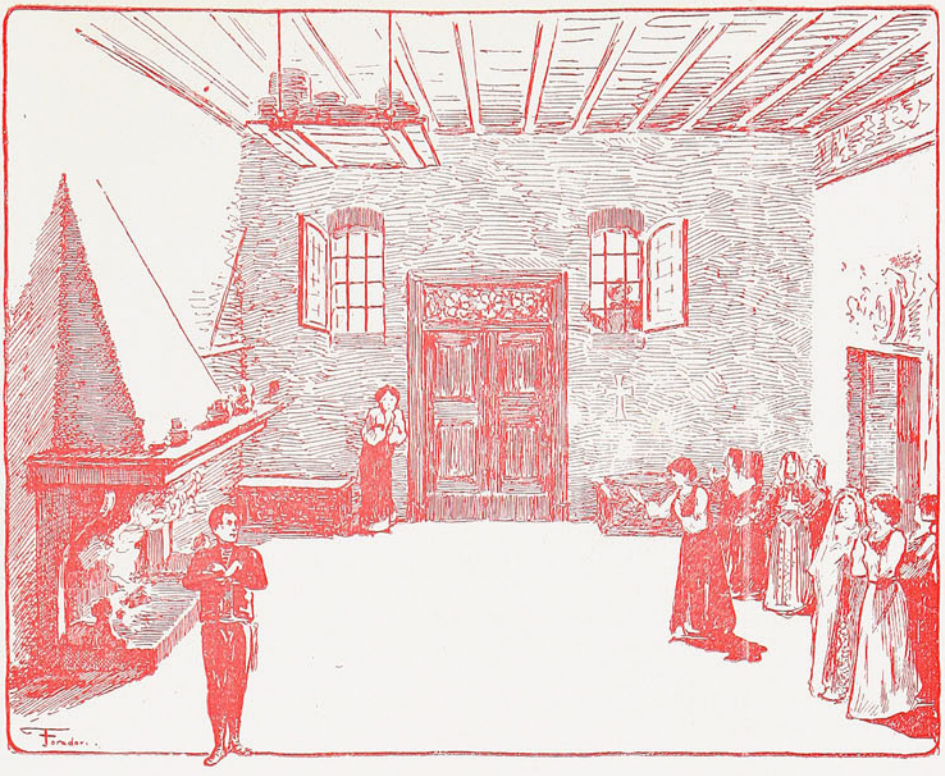
Pasado un minuto, la velocidad disminuyó bruscamente y los pies asentáronse con más solidez en el piso fugitivo; los cables niveles oscilaron sacudidos por ligeros estremecimientos y el pesado armazón de hierro con un áspero rechinar de goznes y de cadenas quedó inmóvil á la entrada de la galería.

El viejo tomó de la mano al pequeño y juntos se internaron en el negro túnel. Eran de los primeros en llegar y el movimiento de la mina no empezaba aún. De la galería bastante alta para permitir al minero erguir su elevada talla sólo se distinguía parte de la techumbre cruzada por gruesos maderos de los que pendían poleas diversas, brillantes cables y delgados hilos de metal. Las paredes laterales permanecían invisibles detrás de aquel velo negro que por todos lados los envolvía.

A cuarenta metros del pique se detuvieron ante una especie de gruta excavada en la roca. Del techo agrietado, de color de hollín, colgaba un candíl de hoja de lata cuyo macilento resplandor daba á la estancia la apariencia de una cripta enlutada y llena de sombras. En el fondo, sentado delante de una mesa, el capatáz mayor de la mina, un hombre pequeño, ya entrado en años, hacía anotaciones en un enorme registro. Su negro traje y la semi-obscuridad que lo rodeaba hacían resaltar la palidez del rostro surcado por profundas arrugas. Al ruído de pasos levantó la cabeza y fijó una mirada interrogadora en el viejo minero quien avanzó con timidez diciendo con voz llena de sumisión y de respeto:—Señor, aquí traigo el chico.—Los ojos penetrantes del personaje abarcaron de una ojeada el cuerpecillo endeble del muchacho. Sus delgados miembros y la infantíl inconsciencia del moreno rostro, en el que brillaban dos ojos muy abiertos como de medrosa bestezuela, lo impresionaron desfavorablemente y su corazón endurecido por el espectáculo diario de tantas miserias, experimentó una piadosa sacudida á la vista de aquel pequeñuelo arrancado á sus juegos infantiles y condenado como tantas infelices criaturas á languidecer miserablemente en las húmedas galerías, junto á las puertas de ventilación. Las duras líneas de su rostro se suavizaron y con fingida aspereza díjole al viejo que muy inquieto por aquel exámen fijaba en él una ansiosa mirada:—Retiro la promesa que te hice ayer, el chico es aún muy débil y pequeño para el trabajo, debes enviarlo á la escuela por algún tiempo.—Señor, balbuceó la voz ruda del minero en la que vibraba un acento de dolorosa súplica, somos seis en casa y uno sólo el que trabaja. Pablo cumplió ya los ocho años y debe ganar el pan que come y como hijo de mineros su destino será el de sus mayores que no tuvieron nunca otra escuela que la mina. Su voz opaca y temblorosa se extinguió repentinamente en un acceso de tos y sus ojos húmedos y brillantes se fijaron con insistencia en el silbato que había sobre la mesa del capataz, quien, vencido por aquel mudo ruego, lo cogió y lo llevó á sus labios, arrancando de él un sonido agudo que repercutió á lo lejos en la desierta galería. Oyóse un rumor de pasos precipitados y una obscura silueta se dibujó en el hueco de la puerta.—Juan, exclamó el hombrecillo, dirigiéndose al recien llegado, lleva este chico á la compuerta número 12, reemplazará al hijo de José, el carretillero, aplastado ayer por la corrida; y volviéndose bruscamente hacia el viejo, díjole con tono duro y severo: —Oye, tú, la última semana no has alcanzado á los cinco cajones que es el mínimum diario que se exige de cada barretero. No olvides que si no llegas á este número será preciso darte de baja para que ocupe tu sitio otro más activo, y haciendo con la mano un ademán enérgico, los despidió.

Los tres marcháronse silenciosos y el rumor de sus pisadas fué alejándose poco á poco en la obscura galería. Caminaban entre dos hileras de rieles cuyas traviesas hundidas en el suelo fangoso trataban de evitar, alargando ó acortando el paso, guiándose por los gruesos clavos que sujetaban las barras de acero. El guía, un hombre joven aún, iba delante y más atrás con el pequeño Pablo de la mano seguía el viejo con la barba sumida en el pecho, hondamente

Acto I



La Figlia di Iorio, drama de D'Annunzio, representado por primera vez en América en nuestro Teatro Municipal

Acto II

preocupado. Las palabras del capataz y la amenaza en ellas contenida, torturábanlo cruelmente. Desde algún tiempo su decadencia que en vano trataba de ocultar, era visible para todos; cada día acercábase más al fatal lindero que una vez traspasado convierte al obrero viejo en un pingajo inútil dentro de la mina. En valde para retardar ese instante, desde el amanecer hasta la noche, durante catorce horas mortales, revolviéndose como un reptil en la estrecha labor, atacaba la hulla furiosamente, encarnizándose contra el filón inagotable que tantas generaciones de esforzados como él, arañaban sin cesar en las entrañas de la tierra.

Pero el vigor y la energía habían abandonado su cuerpo gastado en el fondo de las canteras por la lucha tenaz y sin tregua del músculo y del acero contra el negro bloque inacabable y eterno.

Aquel trabajo sobrehumano convertía muy pronto en viejos decrépitos á los más jóvenes y vigorosos. Encorvábanse las espaldas y aflojábanse los músculos y como el potro resabiado que se estremece tembloroso á la vista de la vara, los viejos mineros, cada mañana, sentían tiritar sus carnes al contacto de la vena; pero el hambre es aguijón más eficaz que el látigo y la espuela, y reanudaban taciturnos la tarea agobiadora y la veta entera acribillada por mil partes por aquella carcoma humana, vibraba sutilmente, desmoronándose pedazo á pedazo, mordida por el diente cuadrangular del pico como la arenisca de la ribera a los embates del mar.

La súbita detención del guía arrancó al viejo de sus tristes cavilaciones. Una puerta cerrábales el camino en aquella dirección y en el suelo, arrimado á la pared, había un bulto pequeño cuyos contornos se destacaron confusamente heridos por las luces vacilantes de las lámparas: era un niño de diez años acurrucado en un hueco de la muralla. Con los codos en las rodillas y el pálido rostro entre las manos enflaquecidas, mudo é inmóvil, pareció no percibir á los obreros que transpusieron el umbral y lo dejaron de nuevo sumido en la obscuridad. Sus ojos abiertos, sin expresión, estaban fijos obstinadamente hacia arriba, absortos tal vez en la contemplación de un panorama imaginario que, como el miraje del desierto, atraía sus pupilas sedientas de luz, haciéndole olvidar su mísero destino. Encargado del manejo de esa puerta pasaba las horas interminables de su encierro, sumergido en un ensimismamiento doloroso, abrumado por aquella lápida enorme que ahogó para siempre en él la inquieta y gracil movilidad de la infancia, cuyos sufrimientos dejan en el alma que los comprende una amargura infinita y un sentimiento de excecración acerbo por el egoismo y la cobardía humanos.

Los dos hombres y el niño, después de caminar algún tiempo por el estrecho corredor, desembocaron en una alta galería de arrastre, de cuya techumbre, revestida de sólidos maderos, caía una lluvia continua de gruesas gotas de agua. Un ruído sordo y lejano, como si un martillo gigantesco golpease sobre sus cabezas la armadura del planeta, rompió de pronto el silencio que hasta allí los había acompañado. Aquel rumor extraño, cuyo origen Pablo no acertaba á explicarse, era el choque de las olas en las rompientes de la costa. Anduvieron aún un corto trecho y se encontraron por fin delante de la compuerta número 12, cuya hoja de tablas giraba sujeta á un marco de madera incrustado en la roca. El pequeño, siguiendo las indicaciones de sus acompañantes, abrió y cerró repetidas veces la puerta, desvaneciendo la incertidumbre del padre que temía que las fuerzas de su hijo no bastasen para aquel trabajo. El viejo dió pruebas de su contento dirigiendo frases cariñosas y pasando su áspera mano por la inculta cabellera de su primogénito, quien, hasta allí, no había demostrado cansancio ni inquietud. Su juvenil imaginación impresionada por aquel espectáculo nuevo y desconocido, hallábase aturdida, desorientada. Parecíale á veces, que estaba en un cuarto á obscuras y creía ver á cada instante abrirse una ventana y entrar por ella los brillantes rayos del sol, y su inexperto corazoncillo no experimentaba ya la angustia que le asaltó en el pozo de bajada, pero aquellos mimos y caricias á que no estaba acostumbrado, despertaron su desconfianza.

Una luz brilló á lo lejos en la galería y luego oyóse el chirrido de las ruedas resbalando sobre los rieles, mientras un trote pesado y áspero hacía retemblar el suelo. — ¡Es la corrida! exclamaron á un tiempo los dos hombres. — ¡Pronto, Pablo! dijo el viejo, muéstranos cómo cumples tu obligación. — El pequeño, con los puños apretados, apoyó su diminuto cuerpo contra la hoja que cedió lentamente hasta tocar la pared. Apenas efectuada esta operación, un caballo negro, cuya fina y lustrosa piel brillaba como la seda á la luz de las lámparas cruzó rápido delante de ellos arrastrando un pesado tren cargado de mineral.

Los obreros miráronse satisfechos, el chico desempeñaba su tarea como un portero experimentado, y el viejo, tomando en sus callosas manos la carrilluda carita del niño, comenzó á hablarle zalameramente: él no era un chicuelo como los que quedaban allá arriba, que lloran por nada y están siempre cogidos de las faldas de las mujeres; á partir de allí era ya un obrero

es decir, un camarada, a quien había que tratar como tal; y en breves frases dióle á entender que les era forzozo dejarlo solo, sin luz, pues el reglamento así lo disponía, pero que no tuviese miedo, que él estaría cerca y vendría á verlo de cuando en cuando, y terminada la faena regresarían juntos á casa.

Pablo, cuyas pupilas dilataba un espanto creciente, por toda respuesta se cogió con ambas manos de la blusa del minero. Hasta allí no se había dado cuenta exacta de lo que se exigía de él, aquellas palabras revelándole el objeto de lo que creyó un simple paseo produgéronle un miedo cerval; y dominado por un deseo vehementísimo de abandonar aquel sitio, de ver á su madre y á sus hermanos y de encontrarse otra vez á la claridad del día, sólo contestaba á las afectuosas insinuaciones de su padre con un «Vamos» quejumbroso y lleno de miedo. Ni promesas ni amenazas lo convencían y el «Vamos padre» brotaba de sus labios cada vez más dolorido y apremiante.

Una violenta contrariedad se pintó en el rostro del viejo minero; pero al ver aquellos ojos inundados de lágrimas levantados hacia él, su naciente cólera se trocó en una piedad infinita: ¡era todavía tan débil y pequeño! y el amor paternal, adormecido en lo íntimo de su ser, recobró de súbito su fuerza avasalladora. El recuerdo de su vida, de esos cuarenta años de sufrimientos y de miserias se presentó de repente á su imaginación y con honda congoja comprobó que de esa labor inmensa sólo le restaba un cuerpo exhausto que tal vez muy pronto arrojarían de la mina como un estorbo, y al pensar que idéntico destino aguardábale á la triste criatura, le acometió de improviso un deseo imperioso de disputar su presa á ese mónstruo insaciable que arrancaba del regazo de las madres los hijos, apenas crecidos, para convertirlos en esos parias cuyas espaldas reciben con el mismo estoicismo el golpe brutal del amo que las caricias de la roca en las inclinadas galerías.

Pero aquel sentimiento de rebelión que empezaba á germinar en él, se extinguió repentinamente ante el recuerdo de su pobre hogar y de los seres hambrientos y desnudos de los que era el único sostén y su vieja experiencia le demostró lo inútil de su resistencia. La mina no soltaba nunca al que había cogido, y como eslabones nuevos que se sustituyen á los viejos y gastados de una cadena sin fin, allí abajo, los hijos sucedían á los padres y en el hondo pozo el subir y bajar de aquella marea viviente no se interrumpía jamás. Los pequeñuelos, respirando el aire emponzoñado de la mina crecían raquíticos, débiles y descoloridos; pero había que resignarse, pues para eso habían nacido.

Y con resuelto ademán el viejo desenrrolló de su cintura una cuerda delgada y fuerte, y á pesar de los lamentos y súplicas del niño, lo ató con ella por mitad del cuerpo; y aseguró en seguida la otra extremidad en un grueso clavo incrustado en la roca. Trozos de cordel adheridos á aquel hierro indicaban que no era la primera vez que prestaba un servicio semejante.

La pobre criatura, medio muerta de terror, lanzaba gritos de pavorosa angustia y hubo que emplear la violencia para arrancarla de entre las piernas del padre á las que se habia asido con todas sus fuerzas. Sus ruegos y clamores llenaban la galería sin que la tierna víctima, mas desdichada que el bíblico Isaac, oyese una voz amiga que detuviera el brazo paternal armado contra su propia carne por el crímen y la iniquidad de los hombres.

Sus voces llamando al viejo que se alejaba, tenian acentos tan desgarradores, tan hondos y vibrantes, que el infeliz padre sintió de nuevo flaquear su resolución. Mas, aquel desfallecimiento sólo duró un instante, y tapándose los oídos para no escuchar aquellos gritos que le atenaceaban las entrañas, apresuró la marcha apartándose de aquel sitio. Antes de abandonar la galería detúvose un instante y escuchó: debilitada por la distancia una vocecilla ténue como un soplo llegó hasta él: ¡Madre! Madre!

Entonces echó á correr como un loco acosado por el doliente vagido y no se detuvo sino cuando se halló delante de la vena á la vista de la cual su dolor se convirtió de pronto en furiosa ira, y empuñando el mango del pico atacóla rabiosamente. En el duro bloque caían los golpes como espesa granizada sobre sonoros cristales y el diente de acero se hundía en aquella masa negra y brillante, arrancando trozos enormes que se amontonaban entre las piernas del obrero, mientras un polvo espeso cubría como un velo la vacilante luz de la lámpara.

Las cortantes aristas del carbón volaban con fuerza hiriéndole el rostro, el cuello y el pecho desnudos. Hilos de sangre mezclábanse al copioso sudor que inundaba su cuerpo, que penetraba como una cuña en la brecha abierta, desgarrrando las entrañas del venero con el afán del presidiario que horada el muro que lo oprime; pero sin la esperanza que alienta y fortalece al prisionero: hallar al fin de la jornada una vida nueva, llena de sol de aire y de libertad.

BALDOMERO LILLO

Modas Femeninas

SOMBREROS

Continuando en la realización de nuestro propósito, presentamos hoy á las lectoras de CHILE ILUSTRADO algunos modelos de sombreros, verdaderamente dignos de llamar la atención por la novedad y la elegancia de su confección.

1

Como no disponemos de mayor espacio, vamos á pasar una rápida revista explicativa á los seis modelos presentados en esta página.

La figura núm. 1 es un hermoso *toquet* de piel de topo, con copa de felpilla blanca y cinta Liberty. Sienta muy bien en un rostro lleno, de óvalo redondeado.

2

3

El sombrero de la figura núm. 2, muy hermoso, y más aún si corona un cuerpo delgado y esbelto, es de felpilla, con linda amazona y terciopelo.

La figura núm. 4, sombrero de fieltro como el anterior, pero con adornos de terciopelo.

4

5

Encantador, ¿verdad? ese otro sombrero que reproduce la figura núm. 5. Tiene un *caché* de elegancia y distinción insuperables. Conviene, como el de la figura núm. 2, á damas delgadas i de estatura no muy baja.

Por fin, la figura núm. 6 representa un *Marquis*, de fieltro, con penacho de plumas y *aigrette*. Es una creación sencilla y de buen gusto.

6

Todos estos modelos los hemos escojido después de hacer una selección prolija entre los muchos y muy bellos que existen en la citada Casa Muzard. Nuestras lectoras pueden copiarlos ó servirse de ellos para hacer combinaciones, con la seguridad de hacer algo nuevo y elegante.

ISAIAS GAMBOA Y SU LIBRO «LA TIERRA NATIVA»

Era en las largas y luminosas tardes del último verano. Isaías Gamboa comenzaba entonces á escribir su novela, esta hermosa *Tierra Nativa* que ha hecho revivir en nuestra prensa —tan infecunda y árida por lo general en punto á literatura—las flores espirituales que se echan á los héroes del pensamiento. Entre esas flores—¿quién lo duda?—las hay de puro artificio. Ellas quedan ocultas, sin embargo, bajo el montón de las otras, de las naturales, de las que tienen aroma propio, de las cogidas en los jardines del alma.

En esas deliciosas tardes de que deseo hablar, íbame yo Alameda abajo y en llegando al vetusto edificio de un antiguo colegio, en donde el poeta aprisionaba su melancólica vida de *Petit Chose*, subía de dos en tres los tramos de la caracoleada escalera, y ya arriba, sin discretos anuncios ni delicados golpeteos, colábame á la pieza del colombiano como á la mía propia.

Allí estaba él, libre á esa hora de la diaria tarea pedagógica; libre de definiciones y comentarios escolares, aunque no libre por completo de retóricas influencias...

Luego, sin mayores preámbulos, comenzaba nuestra íntima sesión literaria. Primeramente cerrábamos los bastidores de la ventana, á fin de atenuar el bullicio que subía de la Alameda en perpetuo tráfico de vehículos y tranvías. Después, sentados frente á frente, ante la ordenada mesa de trabajo—dijérase la mesa de un estudiante—comenzaba el poeta con su cantado acento tropical la lectura de lo que había escrito la noche anterior. Cuando menos un capítulo.

Creo que nadie lee mejor las producciones de un autor que el autor mismo y Gamboa confirma esta creencia mía, muy natural, por lo demás.

El poeta, mientras con una mano abrochaba y desabrochaba uno de los botones de su chaleco, con nerviosa insistencia, sostenía en la otra el manuscrito de la empezada novela. A medida que él iba internándose en la lectura de esa especie de autobiografía hecha romance, el acento de su voz se modificaba, adquiría nuevos tonos que armonizaban con los sentimientos expresados, dando la idea de la armonía que existe entre un espejo y lo que se refleja en él.

Así, día á día, fuí saboreando esos capítulos plenos de poesía y de verdad, cantos enternecidos de un poema de amor y de dolor. Porque *La Tierra Nativa*, á pesar del consuelo de su desenlace, deja en el alma una impresión de tristeza indefinible. Es como si la sombra acumulada en el curso de casi todo el libro, arrojara proyecciones obscuras sobre la luminosidad del desenlace.

Ahora, he vuelto á leer, ya impresa, la hermosa novela. He vuelto á sentirla hondamente, como si no hubiera perdido nada de su encanto al pasar de la tibieza íntima del manuscrito á la fría desnudez de la letra de molde. He vuelto á encontrar en ella el mismo soplo de poesía que tanto me conmoviera cuando dábamos á sus páginas lectura en aquellas largas y luminosas tardes del último verano.

Y de esta cualidad poética viene quizá el mayor encanto de *La Tierra Nativa*. Su autor no se ha limitado únicamente á darnos un trasunto de la realidad. Ha comprendido que el arte no es sólo la representación de la vida. Ha creído que el arte sí es la vida; pero el torrente de la vida encauzado por el artista en el florido lecho de la belleza.

He aquí, á mi humilde juicio, el secreto del triunfo obtenido por el bello libro de Gamboa, triunfo cuya magnitud ha superado en mucho á los exiguos éxitos alcanzados de algún tiempo á esta parte por la novela nacional, si es que así puede llamarse á los ensayos más ó menos laboriosos de algunos de nuestros escritores jóvenes.

M. MAGALLANES MOURE

NUESTROS CRÍTICOS

KEAN

Con el placer que siempre sentimos cuando lo dicta un espíritu de estricta justicia, damos ahora la fotografía del inteligente crítico musical señor Alfredo Valderrama P., cuyos trabajos, en los que se respira siempre la verdad unida á conocimientos teóricos musicales bastante apreciables, susbcribe, desde hace tiempo, con el pseudónimo de Kean.

No sin razón han preocupado sus artículos á los que vivimos sin preconcepciones malévolas ó envidia que no sentimos ni podemos sentir, desde el momento en que nuestra vida se desliza en campos muy diferentes á los del periodismo ó de la música.

La serenidad es la nota culminante que se destaca en sus juicios, condición que le distingue eficazmente de los revisteros teatrales á quienes malamente se les designa con el nombre de críticos en esta tierra tan pobre de cultura musical.

Al frente de ellos y de los que con malas artes han comenzado y continúan la sorda campaña de desprestigio contra lo que aún no conocen, se ha levantado Kean, dispuesto al seguro, pero honroso sacrificio de ser la víctima póstuma del deber; es decir, de la obligación de defender la verdad, que es el principio de toda justicia.

Críticos inteligentes, estudiosos, desapasionados, como Kefas, Serafín García Bemol y algún otro cuyo nombre no recuerdo, no ha menester del asesor ó del libro de recortes de críticas extranjeras; crítico como aquellos, cuyas cualidades en mayor ó menor grado, también posee Kean, no son los que ahora ilustran diariamente al público de Santiago desde las columnas de la prensa.

Los críticos de hoy día se limitan á alabar á determinados artistas que le son simpáticos y censuran duramente á los que no le son y, muchas veces, por razones que aunque ocultas, para la generalidad del público, son conocidísimas entre bastidores, y todo esto con tal desconocimiento de los elementos rudimentarios de la música, que no es raro que confundan las romanzas por «arias», la Sinfonía por Introducción y que no conozcan la diferencia que hay entre una barcarola, rondó, cavatina, balada, etc.

¿Cuándo habla un crítico de contrapunto, armonía y fuga? ¡Jamás! Porque para ellos no existen tales cosas. Es tanta la ignorancia de los críticos teatrales que ni siquiera saben conocer las voces de los artistas: hablan de Contralto cuando es apenas alguna mediocre voz de mezzo-soprano. La última vez que oí una contralto fué cuando vino la señora Parsi Pettinella.

En resumen, prescindiendo de la literatura, no siempre elegante, y sin fondo, se limitan á dejar consignado que el artista cantó bien ó mal, y, á lo sumo, que el Director de orquesta, estuvo á la altura de su reputación...

Estos defectos, ó mejor dicho, estas trivialidades son las de que carece Kean en sus críticas y que lo recomiendan especialmente.

Tiene Kean una condición que le coloca en lugar preeminente con relación á otros críticos líricos actuales. Gracias á él tenemos ya formado un concepto aproximado de la Compañía Lírica que actuará en el Municipal próximamente concepto que, por cierto está de acuerdo con la opinión del célebre crítico bonaerense F. Frexas, ante cuya opinión nos habríamos ya inclinado respetuosos, si no hubiéramos discrepado en nuestro juicio.

LUIS OSSANDON BARROS

VARIEDADES

En China todavía existe un sistema muy antiguo de enviar las cartas particulares. En cada pueblo hay un encargado de correos y cuando se tiene que enviar alguna carta, el chino va á ver al cartero y ajusta con él la cantidad que ha de pagar por el transporte. Fijada ésta, abona dos tercios del coste y asi que recibe la carta tiene que pagar el resto.

Según una estadística recientemente publicada, en Nueva York hay nada menos que 800 millonarios.

Las mujeres de la raza ainú se hacen tatuajes en la cara para parecerse á los hombres con bigotes.

CASA
LA CASA
MUZARD
QUE
VENDE
FUNDADA EN
1845
CASA
MAS
MUZARD
BARATO
MUZARD
GALERIA LOZA
NOVEDADES
CASA
MUZARD
NOVEDADES
PARA SEÑORAS Y
NIÑAS
GRAN MUEBLERIA
Santiago Valparaiso

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA

NÚMERO 24

ES PROPIEDAD

Año III Precio: 50 Centavos Julio, 1904

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

ERNESTO MOLINA

ERNESTO MOLINA

(† EL 20 DE JUNIO)

A LOS CUARENTA y siete años, en plena madurez y fuerza, cuando había llegado á poseer el misterio de la línea y el secreto del color, Ernesto Molina se ha derrumbado. Qué carcoma minó el árbol cuya copiosa florescencia iba ya á trocarse en fruto? Murió sin vaciar en la realidad sus sueños, sin que su talento correspondiese á las esperanzas cifradas en él. Ha sido una doble muerte.

Hasta los cuarenta años no había hecho sino pertrecharse para la gran ascensión. En su bagaje iba la sabiduría ganada en las academias, la enseñanza recogida en los museos y la experiencia que obtuvo en la naturaleza, bajo los distintos cielos que le cobijaron: el dorado cielo de oriente, el azul del mediodía y el cielo del norte, brumoso y frío.

De todas estas peregrinaciones, Molina había traído alguna enseñanza o algún recuerdo. Su memoria llegó á ser un archivo y un museo su taller donde se codeaban los más abigarrados objetos: el pluvial maravilloso, la trusa Luis XV con un vago olor á rapé almizclado, gastada en los faldones por el roce del espadín, y la guzla en que acompañara sus cantilenas el moro sentimental; el severo reloj que había contado las horas de muchas existencias ensimismadas y las chaquiras arrancadas del cuello de alguna nieta de Guacolda ó la cornucopia deslucida que reflejara en otra edad pelucas de mil potencias y hombros empolvados, con lunares de terciopelo, ó la cajuela colonial que contuvo las «peluconas» de cualquier godo avariento. Y por los muros, por el techo, por el suelo se veían mosaicos, candiles, tapices; sobre las consolas todas las religiones confundidas: un Korán con viñetas, una pequeña pagoda, un Buda, el ídolo indígena y el cristiano crucifijo tallado en un trozo de marfil.

Pero á los cuarenta años, cuando tenía amontonados todos estos documentos y, como ellos en las vitrinas, se habían clasificado los conocimientos en su mente; cuando había instalado su caballete frente á la naturaleza y la blanca tela esperaba recibir su inspiración, la paleta y los pinceles cayeron de sus manos y el pintor se cruzó de brazos. Impotencia? Decadencia?... Todo esto se dijo. También se insinuó la manoseada «falta de ambiente», sin recordar que el arte no necesita para producirse de invernaderos, «serres chaude», como dicen muy bien los franceses. Donde quiera que haya naturaleza y sensibilidad, el arte se producirá espontáneo y grande.

Nó, no era nada de esto: la vida le había brindado el amor en copa de oro, pero puso en su fondo una perla envenenada, y lo que debía vivificarle ocasionó su muerte, muerte lenta por la consunción y el aniquilamiento. Fué en balde que intentase sacudir su sopor! Lo desesperado de estos esfuerzos hicieron más triste, si cabe, el drama silencioso: una mano de perfección florentina que desgarra lo que jamás se cicatriza: un artista que perece por su amor á la belleza, he aquí el argumento.

Cómo, cómo debió sufrir, él, que en su fondo era un romántico impenitente! Para evitar la compasión ajena se disfrazó de hombre grueso con una careta de bonhomía y así vegetó los últimos años, desterrado en su taller, donde ya no se laboraba, recogido en sí mismo; solamente por las noches, sin más testigos que la luna en el cielo y un perro á sus pies, el hombre debe haber llorado como un niño en aquel cementerio de cosas olvidadas mientras entre la sombra el péndulo vetusto marchaba, marchaba hacia la eternidad.

Qué viene á ser después de esto la muerte sino el golpe de gracia? Cualquiera que ella haya sido se comportó con él infinitamente mejor que la vida. Wilde lo ha dicho: Todo el mundo mata lo que ama, con sonrisas cariñosas ó miradas de odio; el cobarde con besos, sólo

el hombre de coraje emplea un acero y sólo él es piadoso porque los muertos se enfrían de prisa.

Pero á mí me vuelve la obsesión de esa vida no vivida que se ha anonadado. Recuerdo los proyectos de mi pobre amigo. Su «Entierro araucano», donde se vería pasar una carreta por una campaña asolada mientras el sol moría tras de los ídolos del cementerio araucano. Su «Machi» en la ruca invocando la salvación del niño moribundo por medio de extrañas ceremonias, y, finalmente, aquella admirable composición «Su corazón en el mundo» que me apasionaba y en la cual se puede decir que habíamos colaborado.

En uno de esos opulentos fondales traídos por Molina del viejo mundo y que representaba el coro de un monasterio, debía verse á lo lejos, anegándose en la luz de una capilla lejana, la procesión de las monjas; pero una ha desertado y anhelante se inclina sobre la balaustrada del coro En la Catedral, sumergida en la sombra, ¿hay alguien que comparta la pasión sacrílega de la esposa de Jesús? La compañera huérfana se ha detenido aterrada, y en el semblante de la anciana canonesa luchan el asombro y la indignación.

La mano que iba á llevar á la tela estos proyectos está ahora en poder de esa sombría escultora que la desbastará de su guante de carne y le devolverá *la sola expresión verdadera:* el modelo humano.

Mientras tanto, nadie más en el tiempo llevará á cabo esos proyectos. Explotarán, mejor ó peor los mismos temas, pero la obra, tal como él la había concebido, esa murió con él.

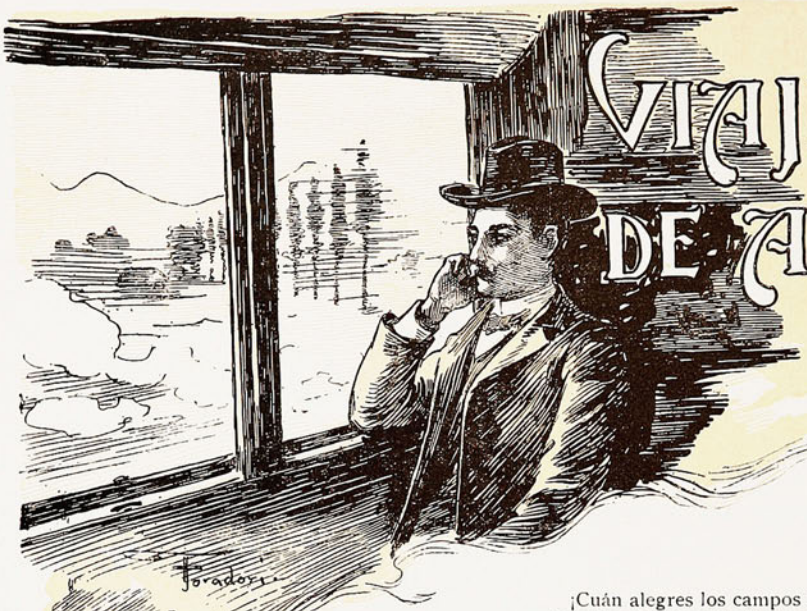
Estas impresiones pueden sintetizarse sin dificultad: Ernesto Molina ha muerto; no fué un artista fracasado, sino algo infinitamente más doloroso, un artista *frustrado.*

AUGUSTO THOMSON

1904

Antes del decreto del alcalde Ugarte
se iba á los teatros á estudiar el arte.....
de ver el proscenio por los agujeros
que á veces solían dejar los sombreros.

Viaje de amor



¡Cuán alegres los campos bajo el sol esplendente
que al valle y las cumbres sus aureas flechas lanza!
¡qué azul y claro el cielo que en ténue lontananza
se inclina hácia la tierra dormida dulcemente!

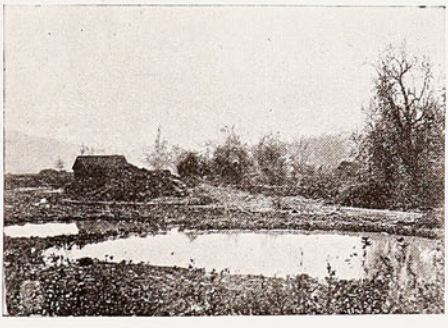
La gran locomotora que rápida y crugiente
me acerca al bien que anhelo mientras que ráuda avanza,
entona en sus cilindros canciones de esperanza
formando interna música con lo que mi alma siente.

Voy á ver mi adorada, voy á ver mi Princesa,
la que tiene los ojos como piedras preciosas
la que incita mi anhelo con su boca de fresa;

Yo veré en sus mejillas originales de rosas
y en sus rizos sutiles una aureola de oro...
¡Voy á ver á mi ninfa, voy á ver la que adoro!

ISAÍAS GAMBOA

En el tren, 8 de abril de 1904.

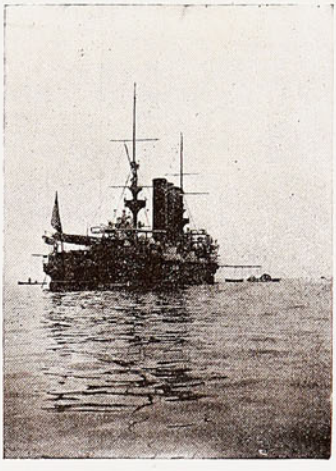


CONCURSO CONVOCADO POR LA IMPRENTA

BARCELONA

DE LOS SEÑORES

BARROS y BALCELLS



ARTE FOTOGRÁFICO NACIONAL

CONCURSO *C*

PRIMER PREMIO DE CONJUNTO

Señor PEDRO LIRA O.

Fingerrangos

Sumario.—Agua dulce.—Agua salada

¡Ay de nosotros si no hubiera agua! Ni más ni menos, nos moriríamos de sed. ¿Y cómo los iquiqueños no se mueren de sed? Es que beben vino...

Desde que Mackaroff se hundió en la rada de Port Arthur con todos sus compañeros, el mar ha sepultado en sus aguas amargas á miles de miles de personas.

Para mí, Neptuno ha querido desagraviar á Mackaroff y se ha dicho para sus adentros: Mal de muchos, consuelo de Mackaroff, y ha procedido á proporcionarle acompañantes y más acompañantes.

La guerra del Extremo Oriente ha dado al mar más de 3,000 hombres, entre los cuales, muchos se aborrecían; pero el mismo mar se ha encargado de velar por sus rencillas, uniéndolos á todos bajo el ala negra de la muerte.

No solo la guerra ha dado gente al mar. Hace poco, 650 inmigrantes perecieron ahogados en el naufrajio del *Norge*, sin más testigos que la obscuridad de la noche y las olas furiosas que se disputaban rugiendo llenas de ira, las pobres víctimas inocentes, con ese murmullo sordo que rodea siempre á los patibularios en la hora suprema. Hasta la naturaleza, en esos tétricos instantes parece gozarse en revestir de aparato el sacrificio del hombre, su dueño y señor.

En las costas de Norte-América, mil paseantes que viajaban en un gran vapor perecieron hace poco, víctimas de un incendio voraz que redujo á cenizas en un momento al buque y su tripulación.

Verdaderamente es terrible y desconsolador quemarse, en cualquiera parte que sea; pero quemarse en medio del agua es algo que hace pensar en el fatalismo ó en algo parecido. Esto en el agua salada.

En la dulce ha pasado otro tanto.

Las lluvias torrenciales del Extremo Oriente han causado grandes bajas en los ejércitos beligerantes.

No bastan la pólvora i la nieve para ejercitar el patriotismo de esas pobres gentes.

Si pasamos del Extremo Oriente á nuestro país, podremos también observar otros extragos del agua dulce, en menor escala, pero de funestísimas consecuencias.

El río Bío-Bío, se ha transformado en mar. La Mochita casi ha desaparecido y, cuidado, que cuando esto le pasa á la Mochita se puede afirmar, sin temor, que la inundación ha sido

grande, pues es tradicional que esa pequeña isla jamás se ha sumergido bajo las aguas del Bío-Bío ni en las mayores creces de que hay memoria.

Aparte de los extragos que el río ha hecho y sus inconvenientes, el panorama que á los

ojos se presenta en los días de inundación en las riberas del Bío-Bío es sobremanera pintoresco y encantador.

Los grandes montes que en el verano se elevaban majestuosos, ahora quedan sepultados en las aguas clarísimas del Bío-Bío y de cuando en cuando asoman las copas de sus árboles más corpulentos como asoma los dedos el que se está ahogando, que, parece decir á grandes voces, ¡aquí estoy yo!

Los cerros de allá lejos se divisan, si es que se divisan, con el agua á la cintura, envueltos en vapores azulejos.

En fin, aquello es digno de ser contemplado y meditado por artistas: pintores, poetas, no sé si músicos también, porque el ruído de los goterones gruesos de las lluvias del sur tiene muy distinto ritmo que el del norte. Cuando la lluvia golpea los henchidos lomos del manso Bío-Bío, no hace sino contribuir á una armonía especial de la naturaleza en aquellos parajes, formada por el rumor constante que produce el roce de su vestuario clarísimo en su marcha majestuosa por entre breñas y bancos de arena. Nada digo, de los suspiros ó bramidos altisonantes del viento, sobre todo cuando levanta muy en alto una plancha de zinc más sonora que una campana, y va á estrellarla con toda fuerza en alguna pared de cal y canto.

Y á propósito de campanas... Allá, cuando suena una campana, el viento le arrebata de la boca sus cánticos cadenciosos para llevárselos consigo y transformarlos de tantas y tan lindas maneras que, no hay á quien no llamen la atención.

Ahora, lectores míos, decidme, ¿No hay tema para una ópera bufa, para un poema, para el cuadro más sublime en una inundación del Bío-Bío? ¿Hay necesidad de ir á Suiza á inspirarse?

—Nó, de ninguna manera.

Cerca, muy cerca del Bío-Bío está el manantial de poesías de Dublé Urrutia, por lo que se me ocurre que para ser artista en esta tierra hay que acercarse un poquito á los bosques de Arauco.

Ese olorcito á peumo, á boldo, á queule, de los versos de Dublé es revelador y hace presentir no sólo un gran poeta, sino también un gran escenario profundamente inspirador.

Pero los estragos del agua en el sur han terminado con una verdadera catástrofe.

En Talcahuano se derrumbó un pedazo de cerro, el cual, rodó hasta una pared de una cárcel que separaba á treinta presidiarios del del resto de la humanidad.

La pared, que durante mucho tiempo había resistido los insultos de aquellos infelices, porque no les permitía escapar, porque, á lo más, se les ofrecía con toda largueza para que estamparan en ella sus negros pensamientos de libertad, esta pared tan bondadosa no resistió los temporales, y oprimida por el cerro derrumbado se inclinó sobre los treinta presidiarios y les ahorró el trabajo de ir al patíbulo.

¡Ah! el agua en los últimos tiempos, ha pasado á ser el brazo derecho de la muerte y ya la misma guerra ocupa un lugar secundario en el concepto de la eterna enemiga de la humanidad.

TITO PELMA

LUZ

De noche, ansía luz la mariposa
y vuela de la luz en derredor;
giran sus alas de jaspeada rosa
hasta que mueren en tan vivo ardor.

Así en la obscura noche de mi vida,
cual mariposa, vuela mi ilusión;
y gira en torno á tí, mi Luz querida,
sabiendo el fin que tiene esa ambición.

EDUARDO UNDURRAGA G. H.

París, á 17 de junio de 1904.

TEATRO MUNICIPAL

SOFIA AIFOS

MARIA GIUDICE

MARIA VERGER

MANSUETO GAUDIO

ARISTIDE ANCESCHI

GIOVANNI LUNARDI

COMPAÑIA LIRIC

Foradori

ADELINA
PADOVANI
MARIA
D'ARNEVRO
GIUSEPPINA
GIAGONIA
L. NICOLETTI
KÖRMAN
RICCARDO
STRACCIARI
AMEDEO
BASSI.

IMPRESIONES LIRICAS

La compañía Padovani ha sido bien recibida por el público. Consta de un personal numeroso y homogéneo y tiene elementos de primer orden, como Mary D'Arneyro, Adelina Padovani, Amedeo Bassi y Ricardo Stracciari.

La D'Arneyro es una soprano lírico, casi dramático, por la extensión de su voz y de facultades que la ponen muy por encima de las damas líricas que han visitado á Chile en los últimos tiempos.

Es una magnífica cantatríz, que domina completamente las reglas y dificultades del canto y que sabe dar á las frases su verdadera expresión, sin recurrir á los gritos que son los efectos cursi de las mediocridades.

Su «Tosca», su «Fedora», y sobre todo su «Desdémona» del *Otello*, las ha interpretado con el mayor talento revelándose en el «Ave María» del *Otello* la cantatríz eminente que ha recorrido de triunfo en triunfo, los grandes teatros de Europa.

El público la ha hecho su niña mimada y la aplaude con verdadera justicia.

La Giudice, soprano dramático, es otra dama de alta valía y de inteligencia poderosísima. De robustos medios vocales, dramatiza con rara propiedad é intención, su canto por demás expresivo y con modulaciones de voz que revelan á la cantatríz de experiencia y de largos años de carrera.

En *Aida* tuvo momentos arrobadores.

Adelina Padovani, nuestra *diva* por adopción, la maestra en el cantar por excelencia de su arte y de su escuela, viene convertida en una cantatríz de reputación en el mundo teatral, y en verdad que canta con irreprochable afinación y sentimiento. Su fraseo es muy claro, con esa claridad de dicción que solo se puede admirar en las cantatrices realmente «virtuosas».

Muchos años há que no oíamos una soprano ligero de tanto mérito.

La gran aria *caro nome* le vale todas las noches una ovación y el *mi natural* sobre agudo con que finaliza ese trozo, tan delicado como escabroso, es de una pureza que arrebata.

La medio-soprano señora Nerger es una joven de fisonomía simpática y que posee una voz bien timbrada, sobresaliendo en el registro grave por su belleza y poder.

La Giaconia muy elegante y correcta, con voz extensa, ha caracterizado con rara propiedad la parte de Magdalena en el *Rigoletto*.

Bassi, el favorito del público, el preferido de la suerte, volvió y triunfó como él sabe hacerlo en *Tosca*, *Fedora* y *Rigoletto*. Es siempre el cantante de voz admirablemente bella y nunca en Chile se ha cantado el *Rigoletto* como él lo canta.

Creemos que á ningún artista en los últimos tiempos se le han hecho las ovaciones que Bassi ha recibido de la sociedad de Santiago.

Lunardi es un tenor de agudos poderosos y vibrantes con momentos muy felices.

Stracciari, barítono *d'obligo*, como dicen en jerga teatral, es talvez, con Bassi, una de las primeras figuras de la temporada. Inteligente, comprende y caracteriza con rara propiedad sus difíciles papeles.

Mansueto, primer bajo, de medios vocales poderosos, ha caído bien con el público.

Nicoletti-Körmann, artista de igual categoría, sabe mantenerse en las simpatías del público al nivel de sus antecedentes.

El resto del personal muy parejo y la orquesta magnífica, como que la dirigen Arnaldo Conti y Arturo Padovani.

LOB

¿QUIEN?

Nos traen el retrato de un ahogado. Un buzo, trabajando por ahí en componer alguna boya, ó en otra cualquiera faena durísima que le impusiera la tiranía de la vida, bajó hasta el fondo del mar, y encontró el cadáver.

No tenía éste ningún peso, ni estaba detenido allí por nada. ¿Cómo no flotaba? ¿Cómo permanecía rígidamente acostado sobre aquel lecho desconocido, y donde acaso pensó que nadie, nadie iría á perturbar su sueño?

¿Algún dolor muy grande, alguna mancha insoportable, algún tedio infinito pesaban sobre su corazón, y le retuvieron ahí, á todos escondido, libre ya de todos, menos de su propio pensamiento?

¿Por qué hado inexorable, ese buzo que buscaba su vida ejerciendo su triste oficio, fué á dar con él, y le trajo otra vez entre los vivos?

Los vivos... nada tenía que hacer con ellos. No le conocen ahora muerto, pues menos le conocieron cuando vivía.

Nó, nadie le conoció; nadie supo adivinar en su semblante el dolor, la miseria, el hastío ó el remordimiento; nadie adivinó en su sonrisa ó en sus ojos, que había llegado el instante en que todo hombre necesita un hermano, que le dé pan, luz ó consuelo. Ah! con qué ansia buscaría él á ese hermano!... Pasaría entre la muchedumbre expiando las sonrisas y las miradas, queriendo leer en los semblantes serenos, ó en las frentes adustas, cuál era el que sabía comprenderle y aliviarle...

Pasarían á su lado centenares y millares de hombres, impenetrables, y él, tímido y acongojado, no pudo saber quién ¡entre tantos! llevaba en el pecho un corazón.

¿Era de aquí ó extranjero? ¿Se llevó consigo un amor ó un crimen? Tal vez sería un loco? No se sabe; le han expuesto en la Morgue, le han retratado, pero su imagen calla, lo mismo que su voz. Nada podemos hacer por él, ni pronunciar siquiera su ignorado nombre.

Dios habrá querido que fuera un se-

MARY. Apuntes del natural por J. FORADORI.

Tipos Populares Santiaguinos

Ohoooo!!! Confites parisienses.
Ohoooo!!! Almendras de Jerusalém.

He aquí la estampa
de ese buen *gavacho*
que se desgañita vendiendo de noche
dulces confitados.

mejante nuestro, un hermano; mas nosotros hemos arreglado la existencia de tal manera, que ya no hay lazo que nos ligue.

De ese hombre no sabemos sino que un buzo le trajo desde el fondo del mar, y que está aquí otra vez, extraño, desconocido, olvidado, como antes de morir.

Entonces, para qué murió?

ALBERTO MASFERRER

LA SONATA ESCANDINAVA

Todas las mañanas de buen sol, cuando me iba á los baños de Mendelewsky con el paquete de ropa blanca y el libro de un poeta noruego, veía en la ventana de aquella solariega casita el traje blanco de la rubia extranjera.

¡La rubia extranjera!

Sus ojos eran inmensamente azules; sus ojos que eran como nebulosos florecimientos de melancolía.

En el floreado jarrón de porcelana que había tras de los vidrios albos soñaba á todas horas un manojo de lirios.

Junto á esos lirios solía cantar la rubia extranjera la última sonata de un músico escandinavo; una sonata fría como un copo de nieve y melancólica como un paisaje siberiano.

El padre de la rubia era un pobre ciego del norte, un profesor anciano que llevaba entre las cuerdas de su violín viejo todas sus tristezas de inconsolable repatriado. Algunas lecciones en los chalets le permitían comprar una cena para la mesita del comedor y un traje blanco para la rubia extranjera.

Esto era lo de siempre: y aunque triste, esto era siempre así...

Yo solía rondar cerca de la solariega casita, con el libro del poeta noruego abierto en una página triste, en busca de paisajes viejos, lontananzas brumosas, crepúsculos desfallecientes... La rubia del norte salía entonces á la ventana para cantar ante el desmoronamiento sórdido de un día la vieja sonata escandinava del músico moribundo.

Entonces yo escribía en el margen del libro amigo algún verso albo, cuyas palabras eran como deshojamiento de azahares enfermos, cuyas frases eran voluptuosas como el roce de dos muslos adolescentes, y acaso tan tristonas como la vieja sonata escandinava.

Y ella lo sabía, por más que yo no se lo hubiera dicho nunca.

¿Cómo lo supo? Nunca he acertado á explicármelo; pero nunca dejó de tener, en las mañanas de los domingos, aquella revista de carátulas antiguas, donde publicaban mis versos con dibujos tristones. Ella no sabía mi nombre, pero sí que aquellos versos sobre cosas desconocidas eran de aquel vagabundo que pasaba en los días de buen sol con el libro del poeta noruego, en busca de paisajes languidecientes.

Y los entendía, como yo adivinaba lo que la vieja sonata me decía al són del violín viejo, cuando el pobre anciano ciego saboreaba su tristeza de repatriado en el fondo de aquella casita solitaria donde la rubia extranjera cantaba la vieja sonata del norte.

¿Sabéis que era triste esa sonata? Cuando la oía salir del violín desvencijado pensaba que acaso las cuerdas del escuálido instrumento eran rayos de luna...

¿Cuándo, cómo, dónde compuso esa página el músico de la Escandinava?

Debió haber sido en otoño. Debió haberla escrito en la mentirosa convalecencia de una tisis, en uno de esos períodos en que la solapada enfermedad concede una esperanza conmovedora. Debió haberla escrito lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños. No se podía oir aquella sonata sin bajar los párpados en actitud de ensueño.

Entre la rubia extranjera y yo, la vieja sonata vino á ser una dulce compañera de tristezas, una inefable tercera persona. En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo. En las noches de luna solíamos soñar juntos, mientras el violín y el anciano ciego conversaban sus nostalgias en el fondo de aquella casita solariega, cuya ventana tenía siempre un manojo de lirios.

Aquella sonata, perdida para siempre, debe recordarnos aún. Debe recordarnos ¡oh rubia triste como la sonata y como ella perdida!

¿Recuerdas aquellas citas? En las noches de luna solíamos juntarnos los tres: la rubia extranjera, la sonata y yo... Y eran tan sagradas estas citas, que las sombras se reunían en poblaciones á proteger nuestros amores y las estrellas solían esconder su envidia entre algunos nublados de color canallesco que pasaban al acaso por la inmensa claridad del cielo.

En las noches de luna suelo recordar la entonación de la vieja sonata y recordar lo ido.

Nada de aquello vive ya. La rubia extranjera es la mujer de un hombre grueso. ¡Nunca más asistiremos á las citas sagradas! No te será dado oir la tristeza de nuestra amiga buena.

Pero yo sí. Yo te recuerdo en las noches de luna, yo te recuerdo lejos de la buena madre, en una patria de malos extraños.

Y cuando en las tardes, sobre mi mesa con flores y versos, veo aquella revista antigua donde yo escribía versos para la rubia extranjera, recuerdo tristemente la vieja sonata escandinava...

Medito y sueño. Y á media noche me duermo recordando las citas de los claros de luna: la rubia extranjera, la sonata y yo... en aquella ventana donde había un jarrón lleno de lirios, donde el anciano músico tenía en su instrumento la sonata escandinava y las fantasías de su recordada patria del norte.

CÁRLOS PEZOA VÉLIZ

ISAÍAS GAMBOA

† EL 25 DE JULIO EN EL CALLAO

En los momentos en que va á entrar en prensa el presente número de CHILE ILUSTRADO, el cable nos sorprende dolorosamente con la noticia de que ISAÍAS GAMBOA ha muerto en un hospital del Callao.

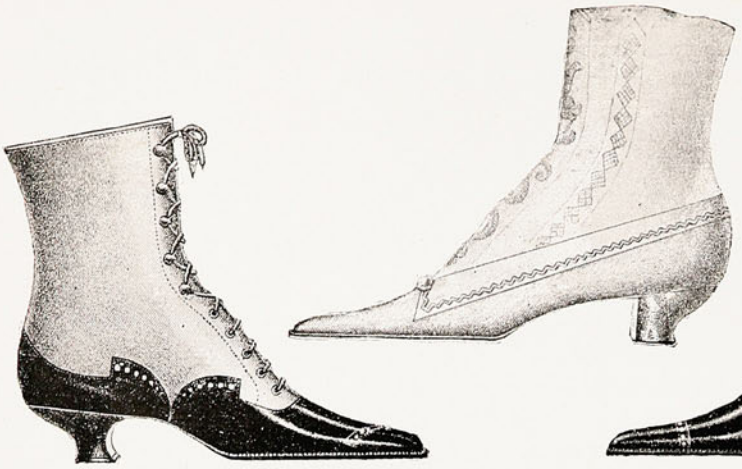
Bajo la tremenda impresión que nos conmueve, no acertamos á expresar todo lo profundo de nuestro dolor por esta pérdida irreparable que acabamos de experimentar. De este duelo nuestro participan hoy las letras americanas, pues GAMBOA era una de las glorias de nuestra literatura joven.

Muere el desgraciado compañero en la plenitud de la vida, cuando el intelecto ha llegado á su madurez completa, cuando pudo haber producido sus mejores obras. Las terribles circunstancias en que ha acaecido su prematuro fin, hacen imposible hasta la idea de la resignación.

Antes de partir á aquel viaje, cuyo término fatal hoy lloramos, el querido poeta nos dejó ese soneto inédito, que publicamos en página de honor.

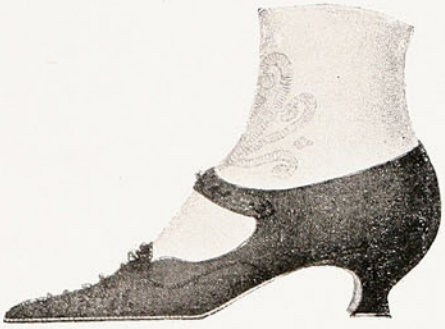
Vayan estas líneas de dolor sincero á demostrar á la familia del malogrado amigo cuánto se hizo él amar de sus amigos. Vaya esta nota triste á decir á los poetas de Colombia cómo supimos admirar el talento y el noble carácter de ese hermano, que fué también hermano nuestro.

LA DIRECCIÓN



Modas Femeninas

CALZADO



Nos hemos procurado la colección de modelos que hoy presentamos, convencidos de que las distinguidas damas que nos favorecen con la lectura de nuestra revista, han de encontrar agrado en conocerlos.

En todos los tiempos el calzado ha entrado por mucho en la distinción i elegancia femeninas. Un bello pie encerrado en un zapato elegante ejerce atracciones maravillosas. De ahí el esmero particular que debe poner una dama en calzarse bien.

Los modelos que publicamos los hemos excogido entre los más hermosos llegados últimamente de Europa. Damos acerca de ellos algunas breves explicaciones.

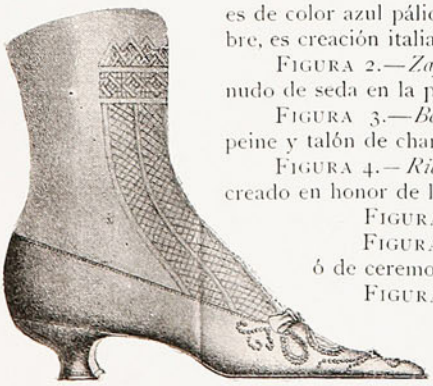


FIGURA 1.—Esta hermosa *Zapatilla Veneciana* es de color azul pálido forrado en seda del mismo matíz. Como lo indica su nombre, es creación italiana.

FIGURA 2.—*Zapatilla de baile*. En seda de color, bordada, con un gracioso nudo de seda en la parte delantera.

FIGURA 3.—*Bota Lucrecia*. La caña en cuero color «*á cajón*» con empeine y talón de charol.

FIGURA 4.—*Richelieu Américain*, zapato de forma nueva y que parece creado en honor de las damas americanas.

FIGURA 5.—*Esmeralda*. Forma sencilla y muy elegante

FIGURA 6.—*Hernani!* Constituye un excelente calzado de etiqueta ó de ceremonia. Es de cuero de color con bordados de perlas en metal.

FIGURA 7.—*Bota Aérifère*. La caña es compuesta de pequeñas cintas de piel trenzadas, no cosidas entre ellas, lo que permite al aire entrar en el calzado, impidiendo así que el pie se acalore. Es un expléndido modelo para el verano.

SOCIEDAD NACIONAL DE AGRICULTURA

(Continuación)

EXPOSICIONES

En 1870 la Sociedad organizó un concurso anual de animales que ha sido el primero de una larga serie que ha tenido una grande influencia en el mejoramiento de nuestro ganado. Ha corrido también con la preparación de las secciones chilenas a un gran número de Exposiciones que han sido celebradas en el extranjero, por ejemplo: así la de Córdoba, 1871; Lima, 1872; Santiago, 1872; Viena, 1873; Philadelfia, 1876; París, 1878 y 1889; Burdeos, 1882; Liverpool, 1886; Barcelona, 1888, etc.

INMIGRACIÓN Y COLONIZACIÓN

Este servicio corrió á cargo de la Sociedad desde 1872 hasta 1888.

REGISTRO DE MARCAS COMERCIALES Y DE FÀBRICAS

En septiembre de 1874 la Sociedad abrió estos registros i actualmente pasan de 6,000 las marcas inscriptas.

CONGRESO DE AGRICUTORES

La Sociedad convocó un Congreso de Agricultores que se reunió por primera vez en septiembre de 1875 que discutió variados tópicos relacionados con el progreso de la industria agrícola nacional en las secciones de economía rural, legislación, seguridad, movilidad, explotación, zootecnia, irrigación, etc.

ESTADÍSTICA

En 1877 la Sociedad presentó al Gobierno un plan de reforma destinado á mejorar el servicio de estadística, y desde entonces ha insistido repetidas veces sobre la conveniencia que se organice convenientemente este importante ramo.

REMONTA

Durante la guerra con el Perú y Bolivia la Sociedad prestó importantes servicios, haciéndose cargo de la compra de ganado para el Ejército.

ROL DE AVALÚO DE PROPIEDADES

La Sociedad se encargó de formarlo, dándole remate en el curso de 1882.

ENFERMEDADES DE ANIMALES Y PLANTAS

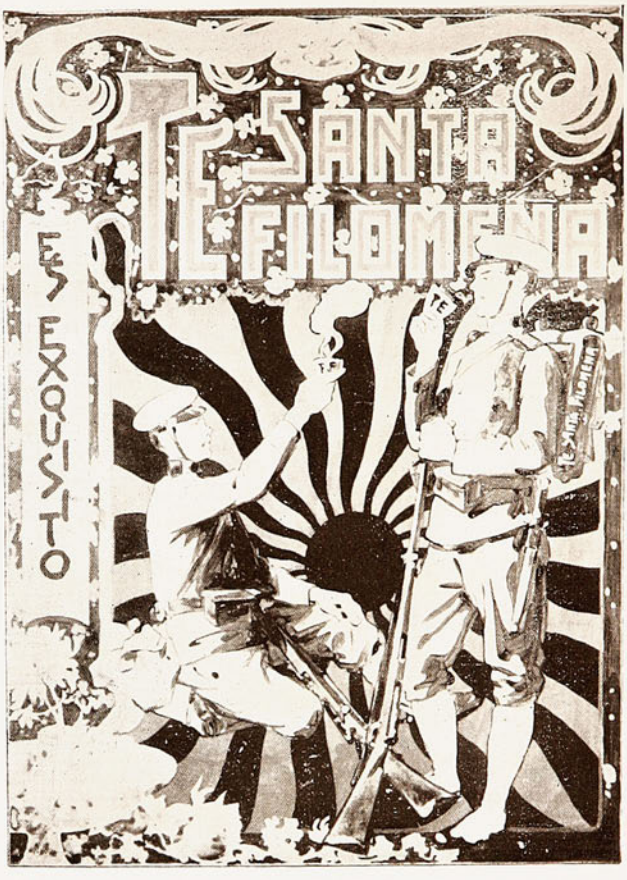
Desde su fundación la Sociedad ha venido preocupándose por evitar la introducción al país de enfermedades y de difundir los conocimientos indispensables para combatir las que se han declarado, por ejemplo: la fiebre aftosa, tuberculosis, durina, fiebre carbunclosa, distomasia, etc. en los animales; la antracuosa, oidium, etc, en los vegetales. Fué la primer Sociedad que recomendó al Gobierno la conveniencia de contratar una persona competente para hacer un curso de Patología Vegetal en la Quinta Normal.

REGISTROS DE ANIMALES

Desde años atrás la Sociedad ha abierto registros para la inscripción de los animales de raza en las especies caballares, bovina, ovina propendiendo de esta manera eficazmente á la mejora de los animales en el país. Merced á los esfuerzos desplegados por la Sociedad se ha dictado la ley de impuesto al ganado que se interna.

SERVICIO DE ENCARGO DE SEMILLAS Y HERRAMIENTAS

En 1887 inauguró el servicio de encargo de semillas por cuenta de los agricultores y en 1898 el de compra de máquinas y herramientas al por mayor en el extranjero, para expenderlas á precio de costo entre los agricultores, con tan felices resultados, que hoy día hace compras al año por valor de más de cien mil pesos.



Facsimil de cartel en colores ejecutado por la IMPRENTA BARCELONA

LA ADMIRACION

El excultor había terminado la estatua de Apolo, y después de haberla colocado cuidadosamente en una caja de madera, sobre un blando lecho de heno, cargó la caja en un carro y encaminóse al templo en donde el Dios debía quedar instalado.

El camino por donde debía pasar estaba lleno de baches, y en una de las revueltas el carro volcó, cayendo al suelo y rompiéndose la caja, desparramándose el heno y quedando la estatua de mármol tumbada sobre uno de los costados del vehículo. El artista, de pié junto á su obra, contemplaba anonadado el extrago y esperaba que pasara alguien de quien solicitar ayuda.

Acertó en esto á pasar un asno, que deteniéndose al lado del carro se puso á contemplar los destrozos causados por el accidente.—¡Magnífico, magnífico!—exclamó de pronto el animal.

Lleno de gozo el artista preguntó al borrico:

—Mi buen asno, ¿conque te gusta mi estatua?

¿Tu estatua?—repuso el orejudo.—¿Y quién habla de tu estatua? Á lo que me refería era á ese hermoso y perfumado heno que veo por aquí desparramado.

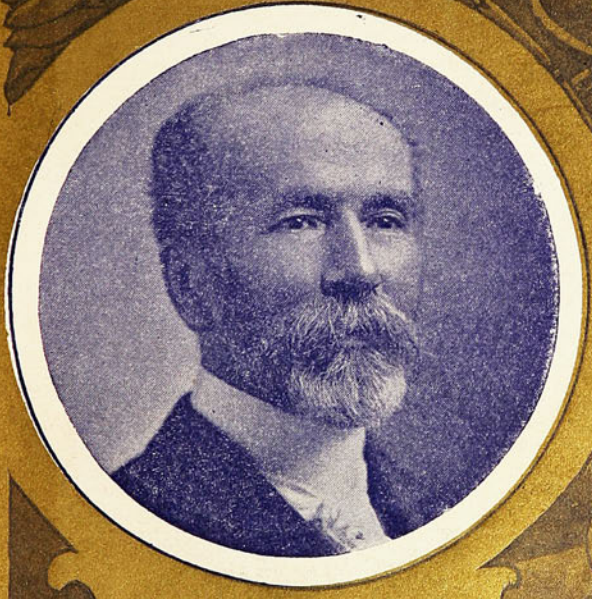
Y esto diciendo, púsose á comer ávidamente la fresca hierba.

MORALEJA

¡Y ahora pregunta al asombrado vulgo qué es lo que realmente admira en las obras de arte más famosas!

MAX NORDAU

CASA
LA CASA
MUZARD
QUE
FUNDADA EN 1845
VENDE
CASA
MAS
MUZARD
BARATO
MUZARD
TALERIA LOZA
PAPELES PINTADOS
NOVEDADES
CASA
MUZARD
NOVEDADES
PARA Señoras y
Niñas
GRAN MUEBLERIA
Santiago Valparaiso



CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA

CASA KIRSINGER

MUSICA

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
HERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL

RODULFO. A. PHILIPPI.

EL TRASANDINO Y LOS SEÑORES CLARK

OTIVO de jubilosa satisfacción ha sido para todos los que se interesan por la prosperidad y el engrandecimiento de nuestra tierra la iniciación ya próxima de los trabajos del Trasandino por Uspallata, obra colosal, cuya ejecución habían venido persiguiendo los señores Clark desde hace muchos años.

A nadie se le oculta la importancia enorme que tiene para nuestro comercio la apertura de esa vía, que ha de acortar considerablemente la distancia que hoy nos separa de los mercados que el Atlántico domina, y aún de los centros comerciales europeos.

Por otra parte, ningún lazo más seguro que las cintas de acero de una vía férrea para asegurar la amistad entre pueblos vecinos. El ferrocarril viene á ser entre dos naciones como un canal entre dos mares. Si merced al canal se mezclan y confunden las aguas de dos océanos, merced al ferrocarril se estrechan y se unen los diferentes mares humanos que forman las naciones.

El trasandino por Uspallata es, respecto á nuestras relaciones con la Argentina, el más hermoso cuadro puesto en aquel marco de oro de los «Pactos de mayo».

El país entero, representado por lo más florido de nuestra intelectualidad y de nuestro comercio, aplaudió ya, en una soberbia manifestación, el noble esfuerzo de los señores Clark, que, con un tesón y una constancia verdaderamente admirables, batallaron años y más años por conseguir la antorización necesaria para perforar la barrera de rocas que nos separa de la tierra argentina.

CHILE ILUSTRADO no puede permanecer indiferente ante el magno acontecimiento del Trasandino y une su aplauso al aplauso general con que el país ha recibido el triunfo de la constancia y de la actividad, representadas esta vez por los señores Juan y Mateo Clark.

LA DIRECCION

MAS ALLÁ DE LOS HORIZONTES...

DE PARIS

13 de Junio.

Asisto con *Fray Candil*, el fuerte crítico de los *Grafómanos de América*, á una conferencia revolucionaria de Laurent Taillade. En inmunda sala de una calleja inmunda se congrega cuanto de hambriento, envidioso, mal oliente y sucio tiene París. Ese es el público. *A Fray Candil* y á mí quisieron colocarnos en el escenario, junto á la puerta por donde, momentos después, iba á salir el conferenciante. Como es de suponerse, renunciamos á tanto honor.

Taillade se presenta, por fin. Lo acoge un trueno de aplausos. Taillade es la gloria y el encanto de aquella siniestra asamblea. El conferencista disecciona *l'affaire Humbert*. Taillade clava á los Humbert, á la vista del público, con el alfiler de su crítica, como un entomólogo que estudia bichos raros. El poeta se desata en improperios contra la sociedad, la magistratura, el ejército y cuanto existe de podrido en Francia. Taillade magnifica el dicterio y lo blande como un puñal. Su verbo es ardiente y dorado como una llama. Fulmina á todos los canallas, y por sus labios van pasando, hechos trizas, grandes damas, ministros, académicos, curas, jueces, diputados, todos los comparsas del *Panamá* de *l'Affaire Dreifus* de *l'Affaire Humbert*, y otras inicuas extorsiones y farsas. Taillade, más que un pensador, es un bello

hacedor de frases. Sus discursos, impregnados de aquellos viejos ideales revolucionarios del 93, con más los ideales modernos de la gran revolución futura, destilan veneno y amor; odio para los ricos, para los fuertes, para los poderosos y compasión para los desvalidos, para los desheredados, para los tristes En sus discursos de *sans patrie* como él se llama con orgullo, resurgen, exaltados por el internacionalismo de la Revolución Anarquista, aquellas aspiraciones románticas del Gran Drama francés á la fraternidad universal, á la confederación de pueblos, al amor de la humanidad. Con Taillade y algunos otros renacen heraldos y propulsores de la nueva revolución, los *oradores del género humano.*

FERROCARRIL DE USPALLATA

Después de Taillade habló un «leader» del pueblo, la barba inculta, mal trajeado, el pescuezo flotante en un cuello de camisa holgadísimo, la cara y los gestos monótonos, lleno de un odio frío é irónico. Habló, vertiendo su odio, como un barril de agua que se vacía monótona interrumpida, seguramente. ¡Cuántas generaciones de hambrientos se vengaban por aquella boca!

La sala, iluminada por una candileja; los discursos, que guillotinan nombres, mientras los oradores pueden guillotinar cabezas; el público, aquel siniestro público encrespado como una ola que va á sepultar un barco, todo me transportaba, de pensamiento, al París de la Revolución; y asistía á las terribles sesiones de aquellos terribles clubs: franciscanos, fuldenses, jacobinos; veía correr la bilis en los discursos y la sangre en los patíbulos; y en medio de toda aquella infamia comprendía una gran justicia, y en medio de aquella gran justicia comprendía una gran infamia.

VALLE PUNTA DE VACAS

¿Por qué nosotros, revolucionarios, libertarios, que amamos al pueblo, que lo defendemos, que le consagramos nuestra pluma, nuestra lira, nuestro entusiasmo; por qué no llegamos á ponernos en contacto con él, sin sentir, como sentimos, una sincera é invencible repugnancia? ¿Será que el pueblo de ahora, moral, intelectual y físicamen-

VISTA DE TALCAHUANO

te dista más de un legislador, de un filósofo ó de un poeta, que en los días de Atenas y de Roma? ¿Será nuestra educación de «clases dirigentes» la que nos aleja del pueblo? Lo cierto es que existe un divorcio entre el pensamiento y la vida de ciertos hombres, y que el más feroz propagandista por la idea, es capaz de afiliarse en las filas conservadoras el día de la revolución futura para no sentir el mal olor de los harapos; para no ver junto á sí barbas incultas; para no estrechar manos sucias y repugnantes.

R. BLANCO FOMBONA

MEDIOEVAL

(Colaboración extranjera de CHILE ILUSTRADO)

La luna y un lago. La lumbre del astro
Recama de argento la linfa durmiente,
Y un cisne, que tiene blancor de alabastro,
Semeja, bogando, de espuma fulgente,

En torno, rosales de nívea blancura,
Al borde el castillo, y en una ventana,
Destaca su blanca, su hermosa figura,
Radiante en la noche, gentil castellana.

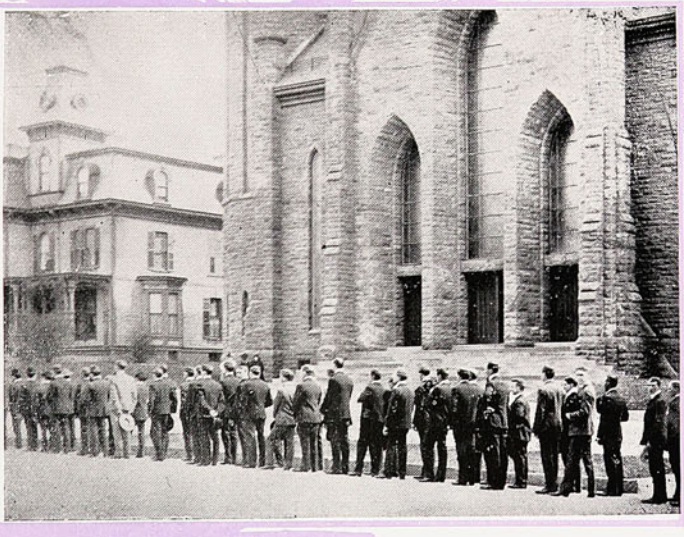
Satines de lirios ostenta su cuello,
Es alba en su boca la ebúrnea sonrisa,
Y el rostro le nimba su rubio cabello,
Que tiembla en el vuelo sutil de la brisa ..

Abajo, un acento se eleva sonoro,
Con sones de guzla; y el bardo invisible
Acorda en las cuerdas, de timbre de oro,
Secretas tristezas de un sueño imposible.

La música cesa... ¿Por qué, pensativa,
Oyendo la triste canción armoniosa,
Sin ver de las horas la fuga furtiva,
Quedó en la ventana la virgen hermosa?...

Ya todo enmudece. Declina su curva
La luna en el éter, y sólo, muy vago,
El ritmo del cisne, bogando, perturba
La vida de ensueño que duerme en el lago.

DARÍO HERRERA



A ROBLES FRIAS

Hace poco me decía un peruano que el Perú estaba completa y naturalmente yanquificado y que todo peruano basaba el progreso de su patria en una yanquificación total, alarmante para todo el mundo y para ellos glorificadora.

Líbreme Dios de dar crédito á semejante confesión inoficiosa que es muy añeja y que ha pasado por mi cerebro en estos instantes, sólo por añeja y repetida.

Es muy original aunque terrorífico esto que pasa en el Perú. También es original, y sírvales de consuelo, eso de suicidarse ó ejecutar tal cual contrasentido que á ningún viviente se le ocurra. Pero, á todo esto, ¿qué envuelve la dicha confesión añeja?

Casi nada.

El Perú se ha dicho para sus adentros y afueras...—cerro de Pasco, empresas de ferrocarriles, explotaciones en general, Tacna y Arica... etc.

> la yanquificación
> es nuestra salvación,
> así América entera
> habrá de respetar nuestra bandera,
> quiéralo ó no lo quiera!

¡Qué modo de progresar, Dios mío!... Verdaderamente, no es poco original que una oveja le diga al león:

—Cómeme para librarme de mis compañeras y para progresar á pasos de gigante.

No hay que admirarse después, eso sí, de que el progreso no sea más que el de una digestion lenta, asimilante y nutritiva...

Según consta de un cablegrama llegado de Londres, el mundo europeo comenta con cierta inquietud el run run que debiera haberse producido en los estados sudamericanos en vista de la siguiente noticia:

«Los Estados Unidos de Norte América establecerán en *Panamá*... una poderosa estación naval»,

¿Diremos solamente que el mundo europeo ve abultadas estas cosas por causa de la distancia?

¡Ojalá fuera cierto!

Cada día se enreda más y más la célebre frase de Monroe: «Amé...» etc.

Esto que pasa en el Perú, no sé por qué me hace recordar un libro original también, aunque terrorífico, que acaba de aparecer y fenecer, no en menos que canta un gallo,... porque á su aparecimiento, como al del sol, han cacareado muchos gallos y pavos...

A «Un país nuevo» me refiero. Libro de propaganda, y no digo más, porque se me viene, como por encanto, á la mano una crítica que de él ha hecho un señor Unamuno, escritor español de cierta nombradía. De seguro que si fuera el señor Unamuno quien á la mano se me viniese, se llevaría un pescozón, porque es cosa que clama al cielo eso de valerse de «Un país nuevo» para despedazarnos malamente á nosotros los chilenos que no somos ni sombra de los monigotes que el autor de esa pretendida fotografía bosqueja de tan mala manera.

Señor Unamuno, el araucano, ha sido desde los tiempos de Ercilla, de pocos pelos en la barba y en la lengua, de pecho anchuroso y de cerebro bien desarrollado; las mujeres del pueblo son cosa muy distinta de lo que pinta

el señor Vicuña; en fin, señor Unamuno, nuestros literatos no son todos como el señor Vicuña; eso sí, el cerro Santa Lucía es la obra de uno de nuestros más grandes poetas...

Lo grande de la obra del señor Vicuña es el título, porque corresponde perfectamente á ese país novísimo que nos ha descrito con tal cual galanura en tal cual renglón, pero con muchísima falsedad y poca vergüenza en casi todos los demás.

«Un país nuevo» en partes describe á Jauja, á ratos bosqueja el infierno pintiparado, siempre trata de *un país nuevo*, pero desconocido que podría ser la China ó qué sé yo,... pero nunca, jamás, nuestro amadísimo Chile destrozado hasta por sus hijos y precisamente en libros de propaganda.

Ahora se le pregunta á cualquier leso:

—¿Qué es usted?

Y el leso en lugar de responder que es hombre ó mujer, afirma muy satisfecho:

—¡Yo soy ruso! ó bien, ¡yo soy japonés!

De consiguiente, todo el mundo está en guerra, hasta los lesos; nada digo de los del Extremo Oriente, que ni de noche se dan tregua... porque sabido es que la civilización, si existe, puede á poca costa fabricarse un sol y detenerlo no ya por una hora sino por veinticuatro ó cuarenta y ocho. Pero, por mucho entusiasmo que haya en los corazones de rusos y japoneses y de todo el mundo por ellos, jamás podrá justificarse la inmoralidad de una guerra sangrienta que entre dos potencias verdaderamente civilizadas hubiera podido evitarse con un arreglo equitativo.

Sólo el periodista puede alegrarse de que re prolongue una guerra como esta, y *¡Dios libre!* que se acabe ántes de que él lo pida, porque entonces sí que, por su cuenta, la hace durar hasta que el público, negándole su *cinco* bienhechor, le diga: á otro perro con ese hueso, ó cualquier cosa amalgamada siempre con la supresión del cinco...

También los ingleses habrán de estar de plácemes con la guerra; ¿qué significan entonces los grandes empréstitos, el apoyo moral y otras tantas palabras vanas que necesariamente han de salir de todas las bocas sarcásticas de los que miran fríamente aniquilarse á dos luchadores ambiciosos?

Si las guerras por honor, que son bien raras, repugnan á nuestra naturaleza, las motivadas por una ambición injustificada, ¿podrán despertar otra cosa que horror en nuestros corazones?

Mucho y muy fuerte se habla dentro de los carros y esto, como es natural, destroza el corazón de cualquier viviente, sobre todo cuando le pelan á uno en sus mismas barbas á su papá siendo calvo ó á su mamá siendo mujer, como sucede tantísimas veces...

De ministerios y de hermosura hablaría una señorita de papeles sucios que decía donosamente á su mamá (un trozo de carne pintada, pero muy condescendiente):

—Mamá, si *Platón ha dicho que la mañana no dura más que el espacio de una hermosura*...

Todos los que íbamos dentro del carro nos miramos las caras. Sólo un don Furúnculo, su *pololo* debía ser, aprobó tácitamente con la cabeza, meneándola tanto cuanto se lo permitía el cuello empinado, la rotura de la camisa y la escabrosidad de su cutis de granito...

Momentos después pudimos aplicar á un caso práctico el dicho de la joven, no de Platón ni de nadie: una señora vieja fué atropellada y descuartizada por nuestro tranvía en un abrir y cerrar de ojos. En un abrir y cerrar de ojos también han muerto este mes más de media docena de personas debajo de los azules cuanto macabros carritos eléctricos.

Al comenzar estos Ringorrangos se nos quedó en el tintero la noticia de la anexión de una provincia colombiana al nuevo Estado de Panamá.

Son tan progresistas los Estados Unidos de América, que hasta las repúblicas amigas que se colocan á su sombra, *crecen* en un año lo que otras no consiguen ni en un siglo.

¡Buena sombra nos cobije á nosotros los chilenos, que nos hemos arrimado á tan buen árbol!

TITO PALMA

VALP

PARAISO

DE PURO FEO

VISTA DE LOTA

Si lo que voy á referir fuera invención mía, tendría tanta gracia como cantar salmos en el teatro: sería para morirse de la pena. La gracia está únicamente en que se trata de un suceso real y verdadero, que oí narrar hace pocos días á un distinguido amigo y que reproduzco á continuación en la misma forma en que lo oí y hasta en primera persona, tal como contó la anécdota dicho amigo. Hélo aquí:

«Cuando vino la fiebre del oro de California, mi padre contrajo la epidemia y también se fué á explotar los «placeres de aquella tierra». La vida era allí harto ruda, como es bien sabido, pues no existía otra forma de justicia y defensa que la individual; y como los yankees eran los más y los más fuertes, siempre resultaba que los hispano-americanos eran las víctimas de los crímenes más audaces. Así surgió el célebre Joaquín Murieta, que se dedicó á la especialidad de matar yankees á discreción, por vengar crímenes anteriores.

Fué necesario que los hispano-americanos organizaran una defensa armada; y constituyeran un cuerpo de ocho ó diez individuos resueltos y capaces, á fuerza de audacia y valor, de contener á los yankees. El jefe de este regimiento era un español, apellidado Pérez, hombrecito chico, moreno obscuro y de tales gracias de fisonomía que jamás mi padre al recordarlo dejaba de calificarlo diciendo: «Pérez, el hombre más feo que he conocido en mi vida».

No pudo haber designación más acertada que la que nombró á Pérez para director de la defensa contra los yankees. Era un valiente á toda prueba y estaba dotado de una movilidad asombrosa, y así no hubo reyerta en que algún chileno ó mejicano, ó español ú otro latino, fuera atacado por los yankees y á que no acudiera inmediatamente Pérez á poner á raya á los atacantes. Estaba en todas partes y se atrevía á todo, pues nada había que lo arredrara; y con mucha frecuencia sostuvo recias batallas contra el doble y el triple de yankees y siempre los puso en derrota. Era un Cid —decía mi padre— aquel Pérez, el hombre más feo que he conocido.

Pero hay que confesar, según decía también mi padre, que esas victorias no eran obra exclusiva del valor de Pérez: mucha parte, talvez la mitad del triunfo correspondía en justicia á su fealdad. Llegó á hacerse famoso por una y otra cualidad; y todo yankee desalmado que se propasaba en vías de hecho contra un hispano, sabía corría el doble peligro de las balas de Pérez y su terrible rostro. Un valiente podía resistir á pie firme un tiro de revólver de Pérez, pero sólo de noche: de día, nadie se atrevía á mirarlo cara á cara.

Pasaron muchos años; se acabó California y al oro norte-americano se substituyó el salitre de Tarapacá. Mi padre se había establecido en Iquique y allí trabajaba yo con él y oía con frecuencia sus recuerdos de otros tiempos. Por éstos, el feo Pérez llegó á ser un personaje muy conocido de toda nuestra familia, pues aunque no teníamos retrato suyo—y ello se explica por sí sólo—las descripciones que hacía mi padre nos lo presentaban en toda su espléndida fealdad.

Un día trabajaba yo en el escritorio con mi padre. En un momento en que suspendí el trabajo y miré distraidamente á la calle, ví pasar por ella á un individuo pequeñito de cuerpo, muy moreno y tan feo, tan excesivamente feo, que llegué á sentir miedo, pero al pronto me vino una idea:

—Padre—grité—ahí va Pérez, el horrible Pérez.

—No puede ser, hijo—me respondió.

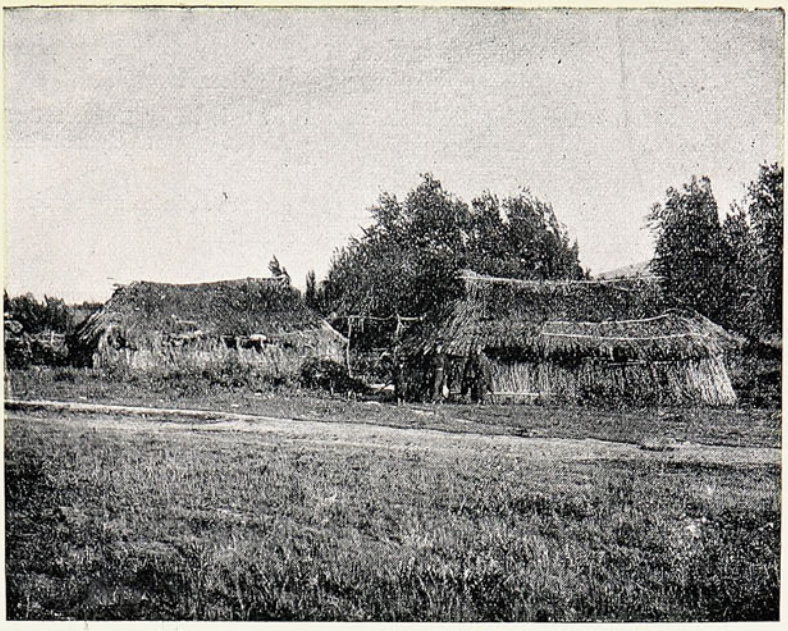
—Sí, padre, es él, tiene que ser él, es imposible que no sea él. ¡Si es tan horroroso!...

Miró mi padre por la ventana y dijo:

—Cierto, es verdad; ese es Pérez, Pérez, el hombre más feo que he conocido en mi vida.

Tuvo mi padre valor para salir en busca de

Pérez, lo abrazó cariñosamente y lo llevó al escritorio. Allí nos contó aquel señor los capítulos posteriores de su fea vida. Había vuelto de California á España, trabajó sin fruto, se casó con una paisana bastante hermosa y estaba recién llegado á Tarapacá, á donde venía en busca de mejor fortuna.



CHOZA ARAUCANA

Me resistí á creerle lo de la mujer hermosa, pero era la verdad. Poco le duró, sin embargo, pues más tarde la mujer lo abandonó ...; ¡era tan feo!

El abandono de su mujer lo afectó profundamente; empezó á perder la inteligencia y con ella el poco dinero que tenia. Más tarde le encontré en Valparaíso, muy pobre y casi demente; vivía casi de la caridad pública, pero dando un susto á cada transeunte.

Una tarde el pobre Pérez vagaba á la ventura, sin rumbo fijo, como de costumbre, cuando de repente oye tras de sí voces de un hombre que salía como disparado de una tienda. Este hombre se fué sobre Pérez, lo cogió de los brazos y mirándolo con suma ansiedad, le preguntó:

—Dígame, señor, ¿Ud. es de España?

—Sí, señor—respondió asombrado Pérez.

—¿Se llama Ud. Francisco Fernández?

—Nó, señor: me llamo Adonis Pérez.

—¿Pero que no es Ud. de Zamora?

—No señor: soy del sur de España.

—Sin embargo, estoy seguro de que es Ud. mi padre.

—Pero á mí me parece que no tengo ningún hijo.

—¡Si no puede ser! Si mi padre era el hombre más feo de España, y es claro que Ud. no puede ser otro que mi padre!

—Lo siento mucho, pero estoy completamente seguro de que yo no soy padre de nadie, y, en consecuencia, Ud. no puede ser hijo mío.

Mirólo un rato el hijo de Fernández con ternura — todo es posible — y al fin agregó:

—Se parece Ud. tanto á mi padre que ya le quiero á Ud. como si lo fuera, y estoy dispuesto á hacer por Ud. lo que por él haría si le tuviera aquí ó supiera dónde está.

INDIOS CIVILIZADOS

Yo vivo solo, tengo bastante dinero: Ud. vivirá en mi casa, que será la suya: en ella tendrá Ud. aposento, muebles y servidumbre, tendrá ropa y comida y mandará como dueño de casa; y nunca le faltará dinero en el bolsillo.

Y aquel hombre generoso y modelo de hijos cumplió lo que decía: Pérez vivió con él en la abundancia y murió en brazos de aquel hijo que se había ganado de puro feo».

Aquí terminó el relato de mi distinguido amigo, relato que me hizo acordar el refrán que dice:

La suerte de la fea
La bonita la desea.

¡Para cuántos nos servirá de consuelo esta anécdota!

RONQUILLO

NOCHE DE INVIERNO

Qué soledad, qué frío! Entre las sombras—errando voy por la ciudad desierta;—las altas casas ante mí desfilan—como sepulcros que en la bruma tiemblan.

A través de la niebla húmeda y fría—parpadean las tímidas estrellas, como cautivas vírgenes que aguardan—de un trovador la dulce cantinela...

Vírgenes que buscáis en el silencio—el eco ansiado de sus pasos leves—¡quién fuera el trovador que suspirara—sus canciones al pie de vuestras rejas!—Yo soy también un trovador errante—un alma sola y triste que en la niebla—vaga como un fantasma, y va soñando,—soñando con la ausente compañera.

Qué soledad, qué frío... entre las sombras—un girón más obscuro vaga y tiembla.. —¿es acaso un ladrón que me persigue,—acechando el instante en que me hiera?... —El agudo puñal su mano trémula—tal vez requiera ya... ¡si al fin me hiriera—en pleno corazón... si me librara—de un solo golpe de mis hondas penas!...

Aquí está ya... pasó... tal vez sería—un sin ventura como yo, que vaga—pensando en su ausente compañera!—Tal vez medita en el hogar lejano—en que su nombre murmurando velan—la dulce hermana, el inocente niño,—la madre que por él solloza y ruega!

Bajo el ramaje deshojado y mustio—de las acacias, brillan las inciertas—luces de los carruajes... los caballos—sus fatigados párpados repliegan.—Corceles de la noche ¿al cementerio—conducen otra vez algún rebelde—espectro que buscara entre las sombras—las ilusiones que perdió en la tierra?

Quietud y horror... Del alto campanario—dolientes voces surgen, aletean, —la noche estremeciendo, como gritos—que exhalara algún ave gigantesca.

¡Altas campanas que en la triste noche—estremecéis con vuestro ronco aliento—el húmedo sudario de las nieblas:—¡si vuestras voces fúnebres supieran—decir las agonías de mi alma;—si en la onda en que se va vuestra salmodia—mis pobres golondrinas también fueran,—huyendo de la noche, huyendo el frío,—huyendo mi dolor y mis tinieblas!

Quietud y horror... el velo de las brumas—en opacos vellones se condensa;—calláronse las voces melancólicas—del alto campanario; de sus rejas—las tímidas estrellas se alejaron,—y en sus gasas flotantes rebujada—yace inmóvil la vasta cordillera...

Y yo sigo vagando á la ventura,—creyendo ver en las errantes nieblas—la querida silueta de mi amada,—su leve falda que la brisa ondea...

ALBERTO MASFERRER

Valparaíso, agosto de 1904.

Modas Femeninas

VESTIDOS

1 2 3

Núm. 1.—Vestido de sarga café, pollera tableado sol. Canesú y cinturón de seda y adornos de pasamanería y botones de oro.

Núm. 2.—Vestido de paño hechura sastre. Fígaro con vueltas de terciopelo y aplicaciones de seda. Pollera con seis vuelos.

Núm. 3.—Vestido paño azul. Pollera con tablas pespuntadas, bolero largo con vueltas bordadas sobre seda color champagne.

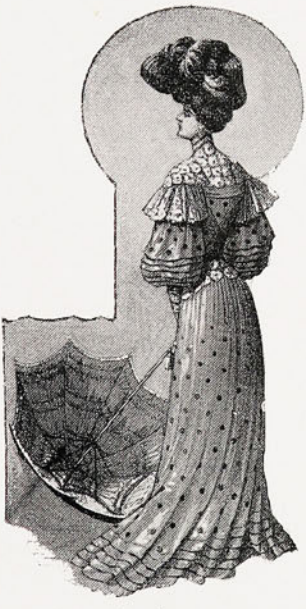
Núm. 4.—Vestido de muselina de lana celeste con lunares bordados, pollera con alforzas y cintura seda color claro.

Núm. 5.—Vestido lana adornado con sesgos pespuntados. Blusón con manga corta y adornado una pestaña del mismo género.

Núm. 6.—Vestido de niñita, paño color perla, pollera tableada y adornada con raso Liberty verde.

Núm. 7.—Vestido de velo color gris, pollera recogida adornada con un gran lazo de Liberty lila, corpiño adornado con guipure y pasamanería.

Los anteriores modelos los debemos á la galantería de la importante y gran **Casa Muzard.**



4

5 6

7

EL DOCTOR RODULFO AMANDO PHILIPPI

† EN SANTIAGO EL 24 DE JULIO

Hace seis años la prensa daba cuenta de una hermosa fiesta en el salón de honor de nuestra Universidad. Presidíala el Ministro de Instrucción, que en ese tiempo lo era el malogrado Palacios Zapata. El objeto de la fiesta era celebrar el nonagésimo aniversario del natalicio de un gran sabio, del eminente naturalista doctor don Rodulfo A. Philippi.

Recordamos aquel emocionante acto, y volvemos á sentir ese mismo calofrío que produjo en nosotros la inolvidable escena de aquel noble viejito que, con voz temblorosa y expresión de niño, agradecía, en frases puras y sencillas, la cariñosa manifestación de sus discípulos, entre los cuales había muchos que bordeaban la cincuentena.

MASCARILLA DEL SABIO PHILIPPI

TOMADA POR C. CANUT DE BON

Después, el buen viejito volvió á encerrarse en su florida prisión de la Quina Normal de Agrilcultura y ya no le vieron sino aquellos á quienes era dado penetrar al santuario del sabio. Así continuó viviendo el maestro, rodeado de sus libros, de sus aves y de sus flores. Hasta que una mañana de cielo gris se quedó dormido para siempre.

Tiempo hacía que Santiago no presenciaba unos funerales más concurridos y solemnes que los del señor Philippi. El gobierno, el Consejo de Instrucción Pública, la Universidad del Estado, las corporaciones científicas, la juventud estudiantil, todo cuanto hay en Santiago de intelectual y culto, fué tras el féretro que encerraba los restos del ilustre hombre de ciencia. Tarea larga sería enumerar siquiera la lista de las obras publicadas por el distinguido naturalista. Además, el espacio de que disponemos no nos permite estendernos como deseáramos.

Sean, pues, las anteriores líneas el homenaje de CHILE ILUSTRADO á la memoria del anciano maestro.

JUAN CORONEL

...El destino siempre se burla de los hombres.
—ISAIAS GAMBOA.

El trágico fin del notable periodista y orador colombiano señor Coronel, muerto en nuestra Casa de Orates, nos ha hecho estampar al comienzo de este párrafo, á manera de epígrafe, las dolorosas palabras de aquel poeta compatriota suyo que cuando anhelante regresaba á su adorada tiera nativa, murió también trágicamente en un hospital extranjero.

Cuando después de una vida llena de vicisitudes y aventuras, desterrado de su patria y obligado á luchar por la vida en tierras extrañas, recibía el señor Coronel un llamamiento del Gobierno de Colombia para confiarle alguna importante misión periodística, el destino, siempre al acecho, apagó de un soplo la lámpara maravillosa de esa inteligencia clarísima.

Entonces empezó el martirio del desgraciado escritor. Recluído en el Manicomio, su agonía se prolongó por varios meses. La prensa ha dado los detalles de tan cruel tormento. Hasta que llegó para él el descanso final, ese descanso que con tanta ansiedad desearon los que tuvieron oportunidad de ver de cerca sus atroces padecimientos.

Algunos periodistas extranjeros juzgaron quizá malévolamente los servicios prestados por el señor Coronel á Chile durante el curso del Congreso Pan-Americano de Méjico. Los que conocimos el amor profundo que el malogrado diarista tuvo á nuestra tierra, comprendemos cuánta sinceridad, cuánta rectitud y cuánta probidad entrañaban sus artículos en defensa de los principios sustentados por Chile en aquella memorable asamblea.

CHILE ILUSTRADO, que tuvo la honra de contar al señor Coronel entre sus colaboradores, al lamentar su temprano fallecimiento, envía una expresión de condolencia á la culta y brillante prensa colombiana.

CH. I.

SINCERIDAD

Para los que están seguros de tener razón, la crítica ó el elogio son cosas subalternas que apenas merecen un comentario.

Un hombre que sabe que obrando en una forma determinada nacida de su convicción conseguirá beneficiar á la clase y á la idea que defiende, debe lanzarse resueltamente hacia su fin, sin calcular las censuras á que puede dar lugar con su actitud, ni rehuir el desprestigio pasajero que le acecha.

Tener razón contra todo y contra todos, ver el porvenir, descubrir en las tinieblas el lugar de donde arrancarán los caminos que mañana surcará la caravana, y afirmar su fe, y comprometerse personalmente, y dar la cara sin ambajes, no son tampoco cosas extraordinarias y heroicas Son simples deberes comunes á todos los hombres que trabajan en favor de un ideal y no de su encumbramiento.

Para ser sinceros ante nosotros mismos, debemos afirmar siempre nuestra opinión lealmente, sin pasar revista antes de hablar á las caras de los que nos rodean, en completa independencia de carácter, como hombres plenos. Los comentarios que provoca nuestra actitud, son la polvareda que levanta el corcel impetuoso al devorar las distancias.

MANUEL UGARTE

Barcelona, 1904.

VISTA DE OSORNO

ALFONSO ROBLES FRÍAS

† EN WASHINGTON EL 1.º DE MAYO DE 1904

La implacable segadora de vidas tiene á veces extrañas predilecciones. ¿Qué suerte de siniestra emulación maternal se despierta en su cráneo vacío cuando atrae á su frío regazo las cabezas que surgen triunfantes sobre el nivel de la familia humana, agraciadas con la doble gloria de la juventud y del talento?

¡Cómo su misión, que es profundamente piadosa cuando se ejercita en los que, bien ó mal, terminaron su jorgada sobre la tierra y han menester del eterno reposo, se torna execrable cuando cercena en flor existencias animadas del soplo vigoroso de la inteligencia!

Tal es el caso de Alfonso Robles, cuyo trágico fin en tierra extranjera ha hecho subir al cielo la imprecación dolorida de los que le conocimos y amamos en su fugaz trayectoria por el mundo.

Intelecto precoz, dipsómano de instrucción científica, en hora inusitada en nuestra juventud latina finalizó victoriosamente sus estudios de electricidad industrial en la Universidad Católica, y en seguida, animoso cruzado de la ciencia, tomó á su propio esfuerzo el camino de la gran nación americana del norte, buscando en ese enorme gimnasio de energías humanas, que lanza atletas, en lo moral y en lo físico, al estudio de la lucha por la vida, buscando el ensanche de sus conocimientos y la consagración de la carrera que había abrazado.

No desmintió allí su contracción y aprovechamiento en el estudio, que eran su característica; diplomado ingeniero electricista en la Universidad de Pittsburg, ingresó de ahí á poco en la General Electric Company, poderoso establecimiento industrial de Nueva York, á prestar sus servicios profesionales.

Trabajando apasionadamente en su nuevo cargo, le sorprendió su prematuro fin, en una desgraciada excursión de recreo llevada á cabo ¡extraño contraste! en el día onomástico del trabajo, del trabajo que fué su guía y su evangelio.

De sus bellas prendas de carácter, que descollaban tanto como sus dotes de inteligencia y sus hábitos de labor, da el más elocuente testimonio el homenaje de cariño rendido por los que en otro suelo fueron sus jefes y compañeros de tareas, en el triste día de su vuelta al seno de la madre tierra.

Y cuando, al arribar á nuestras playas, viajero de ultratumba, no podamos ya darle el adiós de bienvenida, sea la amistad que no muere la que deje caer sobre su féretro y sobre la losa de su sepulcro, mirtos y siemprevivas, como tributo al gladiador que cayó en la arena y al compañero que no ha de volver.

UN AMIGO

Santiago, agosto de 1904.

CASA
LA CASA
MUZARD
QUE
FUNDADA EN 1845
VENDE
CASA
MAS
MUZARD
BARATO
MUZARD
GALERIA LOZA
PAPELES PINTADOS
NOVEDADES
CASA
MUZARD
NOVEDADES
PARA SEÑORAS Y
NIÑAS
GRAN MUEBLERIA
Santiago Valparaiso

AÑO III

N.º 26

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA

ES PROPIEDAD

CASA KIRSINGER

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
HERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

Año III Precio: 50 Centavos Septiembre, 1904

EL DIECIOCHO Y LA PRIMAVERA

Al distinguido artista J. Foradori

HÉ AQUÍ que la Naturaleza despierta de su largo sueño invernal.

Los angulosos ganchos de los árboles, ennegrecidos y rígidos, en fuerza de tantos fríos y de tantas lluvias como han soportado, parecen recobrar ahora un poco de su perdida elasticidad. Muévense acompasadamente al soplo de las brisas tibias y perfumadas, como si se esperezasen, como si temerosos de una parálisis quisieran ensayar, tímidamente, algunos movimientos rítmicos.

En tanto, los traviesos vientecillos del sur nos traen de allá, de los floridos campos, hálitos de vida y de fecundidad. En los jardines señoriales ábrense temerosamente las primeras flores,—pobres enclaustradas que para estallar en opulencia no necesitarían sino más aire... y más luz—mientras en las afueras, en los pintorescos arrabales, por sobre las tapias derruídas y musgosas que forman el imaginario cierro de los huertos humildes, los durazneros en flor empínanse orgullosos, mostrando al que pasa el sonriente atavío de sus floraciones rosadas.

Primavera, primavera. Ríe el sol su gran risa luminosa, su risa de oro, su alegre risa de oro, su gran risa fecunda, y, por gozar de ella, rompen la tierra, todavía húmeda, y desdoblan sus tiernas hojas las plantas nuevas.

¡Cómo amarillean en los potreros los yuyos! ¡Cómo laborean los ñilhues sus hojas de bordes caprichosos, como hechos á mordizcos! ¡Cómo irrumpen las malvas! ¡Cómo trepan las zarzas! ¡Cómo florecen las verbenas silvestres!

Primavera, primavera. ¡Qué nuevos bríos, qué nuevas energías, qué impulsos nuevos traes á nuestros espíritus!

Tú pones ardores, ya olvidados, en nuestra sangre, que bajo tu influencia se agita tumultuosamente. Tú inyectas sol líquido en nuestras venas. Y haces afluir oleadas de rosas á las mejillas de las mujeres.

Tornas á los tímidos en atrevidos, en alegres á los melancólicos, en fuertes á los débiles. A tu potente influjo se realizan todas las grandes obras. Das inspiración á los artistas, alientos para triunfar á los que luchan, fe á los que vacilan.

Haces germinar la simiente...

—Creo que es una gran felicidad para nosotros que coincida la celebración de las fiestas nacionales con la llegada de la primavera; una felicidad de que no gozarán, me parece muchos pueblos. Es menester pensar qué haríamos sino tuviéramos algo que celebrar en esta época en que padecemos embriaguez de sol, de perfumes y de colores. Porque, á no dudarlo, nuestros ánimos, cargados de entusiasmo, necesitan por este tiempo desahogarse de alguna manera...

A veces he llegado á pensar que los padres de la patria, ellos mismos, no pudieron sustraerse á la formidable influencia ejercida sobre sus nervios por la subida de la sávia. ¿Quién, por lo demás, podrá apreciar la parte que á la Primavera le cupo en la liberación de nuestro suelo? ¿Quién asegurará que no fué el «sol de Setiembre» el que enardeció el ánimo de nuestros abuelos hasta el delirio de la rebelión á sangre y fuego?

—Los aprestos han comenzado ya.

Primeramente, la clásica mano de pintura á los escaños de la Plaza y de la Alameda. En esto sólo ya hay una novedad, pequeña, si se quiere, pero novedad al fin: á los asientos de la Alameda, en vez de embadurnarlos con la sangrienta pintura roja de antaño, se les ha dado una mano de pintura verde—¿esperanza? ¿hay esperanza?...—pero un verde muy obscuro, como si con él se hubiera querido simbolizar algo.

También hay que tomar nota—y lo hago con mucho placer—de que se ha suprimido la eterna capa de color con que era costumbre cubrir por esta época los monumentos del hermoso paseo. Esta determinación es de celebrarla, porque, al paso que íbamos, el modelado y aún los contornos de las estatuas iban á desaparecer bajo de aquella especie de depósitos de pintura superpuestos año á año.

Los preparativos populares son, como siempre, numerosos. En los barrios que no son aristocráticos, las niñas dejan los ojos en la punta de la aguja cosiendo los airosos volantes, los ceñidos canesúes ó las complicadas pecheras de los alegres trajes de percal rojo, celeste y rosa, que el día de la revista militar convertirán en jardines ambulantes la Alameda y el Parque. Mientras que las ancianas sacuden el polvo á las guitarras, les colocan encordadura nueva y las adornan con sendos lazos de cintas de colores chillones, los mozos se aperan de ropa nueva,—pañuelo lacre para lucirlo al bailar la cueca, zapatos de tacón alto bordados de ojalillos y sombrero de pita con cinta tricolor. En tanto los niños, riendo y alborotando, confeccionan banderitas nacionales que tienen por astas palitos de escoba.

—Por último, la fiesta en la «Pampa», las ventas, las fondas, los bailes al aire libre, el zapateo sobre el pasto, el ondear de los pañuelos, el voltejear de los bailadores bajo los árboles. Allá, en la elipse, los fusiles tronando sus disparos; las bayonetas relampagueando al sol; las cargas de caballería haciendo retemblar el suelo. Acá la rabiosa algarabía de los cantos populares; el gritar de los vendedores, el rasgueo de las guitarras, las exclamaciones de júbilo, el agudo chillido de las tiples. Abigarrada confusión de colores aquí y allá: los uniformes vistosos, las faldas de tonos llamativos, los cintajos churriguerescos, las flores, las banderas ..

Y por sobre todo esto, haciendo rebrillar todo, incendiándolo todo; llameando en lo bruñido, fulgurando en lo que espejea, arrancando chispas á las aristas metálicas y á las facetas de los cristales; envolviéndolo todo en una oleada de fulguraciones volantes; inundándolo todo de luz y de fuego,—el sol, el alegre sol, el «sol de Setiembre»...

M. DE AVILA

"Á MI MUCHACHOS, VIVIR CON HONOR Ó MORIR CON GLORIA"

"DE ESAS CUATRO TABLAS PENDEN LOS DESTINOS DE LA AMÉRICA"

BATALLA DE MAIPÚ

5 de Abril de 1818

DIECIOCHO DE SEPTIEMBRE

En gravísimo aprieto me encuentro. A vuela pluma, en un suspiro, he de decir algo sobre el 18 de Septiembre por mandato del señor Director, y ha de ser corto, vibrante, en fin, á la medida de los deseos de todo un Director, y lo que es más grave, de todo un público patriota y entusiasta como es y ha sido siempre el público chileno.

Pues sí. El 18 de Septiembre de 1810, según cuentan, á unos cuantos hombres de viril empuje les llegó, como se dice, su cuarto de hora, y heridos por la corriente irresistible de inspiración envuelta en las voces patria, libertad é independencia, gritaron á una por boca del inmortal Camilo Henríquez:

«Vosotros no sois esclavos; ninguno puede mandaros contra vuestra voluntad. ¿Recibió alguno patentes del cielo que acrediten que debe mandaros? La naturaleza nos hizo iguales; solamente en fuerza de un pacto libre, expontáneo y voluntariamente celebrado, puede otro hombre ejercer sobre nosotros una autoridad justa, legítima y razonable.»

Y esta fué la chispa de fuego que hizo inflamarse los corazones de los chilenos que comprendieron la genial ocurrencia y que en corazones de pólvora como el de O'Higgins se manifestó de esta manera, en medio del estallar de las granadas del «Roble».

«¡O vivir con honor, ó morir con gloria! El que sea valiente sígame!»

Grito de victoria que hizo eco en Rancagua con las vibraciones emocionantes de una derrota gloriosa que fué el primer paso por el camino del triunfo, eco que repercutió con toda fuerza en Chacabuco y que el 12 de Febrero de 1818, resonó en Maipo con la poesía y el entusiasmo de una independencia perdurable.

Así nació Chile independiente, bajo un palio de granadas redentoras que grabaron en nuestros pechos con marca de fuego el lema elocuentísimo: *Por la razón ó la fuerza*, único valedero cuando se encuentra comprometida la necesidad de naturaleza que más nos engrandece: la libertad, la benditísima libertad, y con ella el porvenir de la patria.

¡Y pensar que todos esos recuerdos sagrados se van borrando de nuestros pechos!

¿Efectos del tiempo quizá?—Si fué ayer.

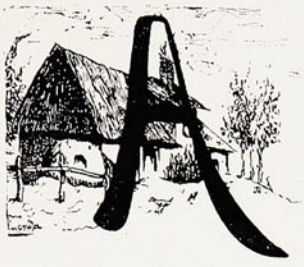
Ojos que no ven, etc, dirán algunos.

¡Cómo! y los efectos palpables de una conformación tan sólida, ¿no han subsistido hasta nuestros días á pesar de los embates furiosos de los individuos y clases perturbadoras de nuestra sociedad republicana?

Volvamos la cabeza por un momento hacia nuestros antepasados, observemos con detención sus acciones heroicas, fijemos en sus corazones magnánimos nuestros ojos soñolientos y volverá á renacer en nuestros pechos el entusiasmo de los primeros albores de la República.

J. B.

REBELION



Poco de sonar la campana, empezaron á llegar los peones, con tardos pasos, canturreando entre dientes, para echarse en cualquier sitio debajo del corredor.

Anochecía. En el cielo comenzaban á encenderse las estrellas; el viento agitaba las hojas y la tierra permanecía quieta, en descanso. Todo se iba perdiendo en la vaguedad de las sombras y los pálidos colores de los campos se desleían en el vaho neblinoso que lentamente envolvía los objetos. Los árboles parecían pardas manchas que recortaban pedazos de cielo entre sus perfiles esfumados.

Al llegar, ño Pancho echó á su alrededor una mirada fatigosa y luego se sentó en un tronco, con una exclamación de alivio.

—¡Ay! Era un viejo de rostro curtido y surcado de arrugas, de pechos y brazos enjutos y casijibado. Cubría su cuerpo una manta echada á la espalda y por debajo de las alas de su chupalla asomaban algunos mechones de pelo canoso.

—¿No le parece, ño Pancho, que acabaremos de trillar mañana? Yo creo que antes de medio día.

—¡Quién, sabe, pues, niño! Como desde que manda don Lucho todo lo hacen con máquinas y aparatos, uno no puede calcular lo que demorará. En tiempos del finado patrón don Miguel se hacía todo de otra laya y no como ahora...

—Ya principió ño Pancho á renegar; bueno el ño Pancho este!

El viejo había nacido en el fundo; en él vivió sirviendo durante toda su vida y con harta pena presenció todos las trastornos que siguieron á la muerte del propietario. Vió que el hijo mayor, quien se había hecho cargo del fundo, vendía un pedazo para comprar máquinas y utensilios, y encariñado con la tierra en que había vegetado, el viejo detestaba todas estas cosas nuevas adquiridas a cambio de aquel pedazo de tierra que consideraba como suyo en fuerza de amarlo.

—¡Al fin llegó ño Zacarías! Creí que se había caído dentro del «fondo» exclamó un peón, viendo aproximarse al viejo encargado de la comida, con su delantal blanco y su gran cucharón de palo.

- ¿Acaso tengo diez manos? Parece que se van á morir si me demoro un poco.

—¡Qué gracia, ño Zacarías Ud. no tiene hambre porque, como se pasa probando la comida, se sopla lo mejorcito.

El cocinero lanzó al insolente una maligna mirada de sus ojos vizcos.

—No se enoje, taita, y échele más que estoy como un saco roto.

Repartió la merienda refunfuñando, mientras miraba á los peones temeroso de algunas de las bromas de costumbre. Todos callaron mientras engullían su parte.

No Pancho se retiró á un rincón con su lebrillo de barro y allí se puso á comer mirando al campo que aprendió á querer hace tanto, tanto tiempo.

Ahora, como un resto del pasado, queda él solo en pie, carcomido y agrietado como un tronco viejo roído por el tiempo; se descompone lentamente, sin otro afán que contarles á los peones jóvenes las fiestas de los años pasados, cuando todo se hacía con el solo esfuerzo de los brazos vigorosos.

Á la muerte de su hija viuda, el viejo hubo de hacerse cargo del nieto que le legara su María. Afortunadamente misiá Matilde, la esposa del antiguo propietario, se encargó de criar al chico qne entonces sólo tenía diez años.

Ño Pancho hubiera querido que el chiquillo aprendiera también á ganarse el pan manejando el chuzo y no podía comprender que los estudios y los libros lo hicieran más tarde un hombre de provecho; por eso cuando la buena señora le contaba los progresos del chico, el viejo refunfuñaba:

– Sí, como si el chiquillo fuera á comer porque lee; despues se pondrá engreído y ni siquiera sabrá manejar un arado.

Después, más tarde misiá Matilde lo envió á la Escuela Agrícola de Chillán y como la ausencia del muchacho coincidiera con la muerte del antiguo propietario y con los cambios que se hicieron en el trabajo del fundo, el carácter del viejo se hizo agrio, hosco.

Frecuentemente resongaba en voz alta de los nuevos procedimientos con despreciativas palabras para todo ese teje maneje que ni el demonio podía entender. El patrón sonreía con bondad ante las protestas del viejo gañán apegado á sus viejas costumbres, imposibilitado para salir del cerco de la rutina.

Y así fué pasando el tiempo.

La señora Matilde recibía con frecuencia cartas del chico, cartas en que le contaba su adelanto y le manifestaba su gratitud, sin olvidarse por cierto, de enviar cariñosos saludos para su abuelo.

Cuando el viejo oía leer las cartas refunfuñaba con desdén, como si aquello no le importara, pero al llegar á los recuerdos de Pedro, algún lagrimón humedecía sus mejillas y siempre concluía por decir:

—Su mercé, hágame un favor; muéstreme ahí donde dice que se acuerda de mí .....

El viejo se quedaba inmóvil mirando las letras, sin poder comprender que unos cuantos garabatos pudieran decirle todo el cariño de su Pedro.

Y cuando llegaban la esperadas vacaciones era de ver la alegría del viejo al abrazar á su nieto.

—¡Caramba que estás grande, hombre! Creí que no te ibas á venir nunca.

ABDICACIÓN DEL GENERAL O'HIGGINS

28 DE ENERO DE 1823

—Sí, yo también hubiera querido venirme cuanto antes, pero los estudios... Mire, abuelo, me saqué tres diplomas, y le mostraba los floreados papeles que acreditaban su aprovechamiento.

—Bueno, bueno. Y ¿hasta cuándo vas á estar aquí?

Durante los primeros días el viejo se avenía á todo, contento de tener á su nieto; pero después poco á poco, venían las grescas y las discusiones cuando el muchacho hablaba entusiasmado de cultivos intensivos, de abonos, de maquinarias...

Al final de sus estudios Pedro volvió al fundo, donde obtuvo un puesto de importancia y al llegar el tiempo de las cosechas él en persona dirigía las máquinas.

El muchacho aprovechaba las ocasiones en que ño Pancho se acercaba á él para explicarle la labor, para tratar de hacerle comprender el mecanismo de la máquina y la importancia de su trabajo.

—¿No vé, abuelo? Fíjese bien cómo, gastando poco en valdearla, se hacen en poquito tiempo trabajos que antes necesitaban mucho. Un poco de agua que hierve produce el vapor, que es la fuerza que se utiliza y manejando esta palanca solamente, se ejecutan con ligereza todas las faenas que antes tenían que hacer muchos hombres.

—Así será, pues; pero antes sin necesidad de todo eso nadie se moría de hambre...

—Pero, abuelo, ¿cómo no entiende usted el bien que ellas prestan?

—No entenderé; seré muy bruto, pero así se cría la gente rulenga y además desde que don Lucho es patrón, todo anda á la diabla ¡claro, como él no cree ni en Dios!

—Vaya, es que usted no quiere entender, pues, abuelo.

—Lo que entiendo es que aborrezco todo eso y que, si fuera por mí, nunca habría vendido medio fundo para comprarlas.

Y agriado ya completamente concluía por alejarse, echando pestes contra el patrón y todos sus aparatos.

Pedro lo dejaba ir; con lástima contemplaba al viejo todavía pegado á sus añejas ideas, pero cuando volvía la vista hacia la máquina, su disgusto desaparecía.

Acariciaba con la mano su vientre lustroso y entreveía vagamente que la fuerza allí oculta contribuía de algún modo al mayor bien de los hombres.

De día en día tornábase el viejo más huraño, más hostil, como si una levadura de odio hacia todas esas innovaciones fermentase en su interior con la tensión de una inquina irreconciliable.

Y así vagaba por los campos y los caminos con ademanes estrafalarios y mascullando frases de amenaza. Al verlo pasar los campesinos se lo mostraban sonriendo, mientras se tocaban las sienes con un dedo.

Aquella tarde, ño Pancho, en cuclillas debajo de la ramada que protegía al maquinista, se pasó largo rato mirando trabajar la máquina, sin hablar una palabra, brillándole los ojos como si los destellos del bruñido metal de las piezas se le hubieran metido por las cuencas.

Por el ancho cañón de su chimenea el motor dejaba escapar gruesas bocanadas de humo; las ruedas giraban rápidamente; á trechos los pistones permitían la salida de blancos chorros de vapor y su pito lanzaba prolongados y sonoros silbidos.

Después de mucho rato de inmovilidad, el viejo acabó por preguntar:

—Mira, Pedro, y ¿no se puede reventar eso?

—Oh! no, abuelo. Cuando el vapor alcanza su máximum de tensión esta válvula se levanta y deja escapar un poco, de manera que no hay peligro. Si por algún accidente se entorpeciera la marcha de la válvula, no digo que no, pero yo tengo mucho cuidado con ella.

El viejo no replicó, pero durante todo el resto de tarde, no apartó sus ojos de la válvula que regulaba la presión, y cuando sonó la campana se fué junto con todos los demás gañanes á recibir la merienda.

Pedro se quedó. Era preciso no dejar apagarse el fuego porque al otro día, antes de amanecer, se recomenzaría la faena.

Los peones habían concluído de comer; ño Zacarías se alejó refunfuñando con su fondo y su gran cucharón de palo y los cigarros brillaron entre las sombras de la noche que ya había caído. Ño Pancho encendió también el suyo y sus ojillos turbios y hundidos, sombreados por espesas cejas, se animaban á ratos, como si le alegrara alguna idea que se abría paso en la maraña de su cerebro burdo.

A poco los peones se retiraron á sus hogares. Ño Pancho, en cambio, se encaminó á la era. Marchaba con la cabeza baja, deteniéndose á trechos como si llegara de repente á la realidad desde muy lejos.

Era ya de noche. La quietud del campo solo se interrumpía por el susurro de las hojas mecidas por el viento; una calma inmensa envolvía la tierra y en el cielo las estrellas sonreían á los astros.

—¿Qué hubo abuelo, por qué vino?

—Vengo á fumarme un cigarrito antes de ir á costarme.

Sentóse en el suelo y sacando su floreada petaca lió uno.

—¡Vaya! Llega muy á tiempo, porque tengo que ir á darle un recado al patrón y no hallaba á quien encargar esto. Oiga, quédese aquí y le va echando pedacitos de leña á la chimenea. No me demoro un segundo.

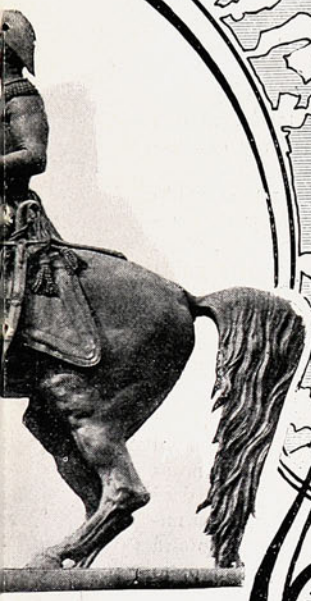
—Bueno, anda no más.

Pedro cogió su chupalla y echó á andar hacia las casas. El viejo lo dejó alejarse y cuando lo perdió de vista sus ojos miraron la máquina con rabia.

La trabajosa idea que se incubaba en su cerebro se condensó de pronto. Sus ojos fulguraron bajo la selva de sus cejas Se puso en pie.

La noche tranquila envolvía á la tierra velando su sueño. De la distancia llegaba el rumor del trigal acariciado por el viento y solo se oía el roce de los élitros de algún insecto cercano y más distante la letanía de las ranas en alguna

Jeneral Don Jose Miguel Carrera
Exmo. Jeneral Don Ramon Freire
Jeneral San



N MARTIN

DON BENJAMIN VICUÑA MACKENNA

EL JENERAL PILILO.

1810

18 DE SETIEMBRE

1904

charca. La frente del viejo se contrajo; su mirada tenía destellos luminosos; avanzó vacilando, se detuvo y miró temeroso á su rededor. Avanzó de nuevo y estirando la mano se quedó inmóvil, mirando al monstruo de acero que respiraba tranquilo.

De pronto se decidió: Con un brusco movimiento arrojó el poncho y se acercó al fogón. Un estremecimiento nervioso agitaba su cuerpo; sus dedos crispados rasguñaron el cilindro de la caldera;... cogió el manubrio y lo abrió completamente.

La máquina hizo un respingo de caballo espoleado y se puso en marcha: los pistones comenzaron á golpear imprimiendo á la caldera una trepidación fragorosa, las ruedas giraban vertiginosamente... El viejo se irguió y aferrándose á la válvula se dejó colgar, mientras lanzaba una ronca intergección.

La presión del vapor se hizo poderosa, la caldera empezó á crugir... i de repente, en la oquedad de la noche, rasgó el aire un estampido formidable que los ecos fueron repitiendo á lo lejos ..

Más tarde, solo se encontraron entre las ruinas algunos miembros mutilados de ño Pancho.

RAFAEL MALUENDA LABARCA

Agosto de 1904.

LOS CUENTOS ALEMANES

Si todos los alemanes que llegan á Chile fueran gente de mal humor ó irascible, andaríamos todos los días á bofetadas con una gran parte de la población, pues no podrían resignarse jamás á la idea que de ellos nos hemos formado, á juzgar por los que entre nosotros se llaman «cuentos alemanes». No hay chascarrillo desgraciado que no le colguemos á los ciudadanos del gran imperio de la Europa central, ni candidez que no les atribuyamos, y basta que un cuento cualquiera carezca de desenlace para que lo supongamos de origen germánico.

De la resultante de esos cuentos, el alemán es sencillo, de una enorme buena fe, de una paciencia inagotable y tan rudo de ingenio que, si se le cuenta un chascarrillo gracioso, se queda meditabundo y abstraído y sólo á las veinticuatro horas suelta la carcajada.

Por fortuna, acertamos en una de esas cualidades, la paciencia, pues es seguro que la tienen: si no, lloverían en Chile los bofetones alemanes y yo no me habría atrevido á escribir este artículo. En realidad los germanos son ingeniosos por dentro, si se permite la expresión, y en su interior se ríen de nosotros con más ganas y más razón que nosotros de ellos.

Alentado por esa paciencia, creo oportuno recordar alguno de esos cuentos alemanes, siquiera como muestra de este nuevo género de composición literaria.

Es demasiado conocido aquel chascarrillo de los muchachos, que ansiosos de comer peras, se subieron á unos perales y en éstos se estuvieron toda la noche, pero no pudieron comer muchas peras, porque «los perales *estaban* olmos».

Y es de advertir, de paso, que estos cuentos han de ser dichos con acento muy gutural, cambiando la *r* en *g* y tratando, en una palabra, de imitar la pronunciación y el acento alemanes.

Comenzaré por dos recetas: 1.ª «Cuando Ud. está gritando por un gran dolor de muelas, este mal es posible de ser quitado. Pone Ud. un gran brasero con fuego; en seguida toma en la boca, por el lado de la muela que esté mal, un poco de agua fría; Ud. se sienta en el brasero y espera hasta que el agua habrá hervido en la boca y el dolor será ido para nunca más.»

2.ª «¿Por qué está Ud. tan afligido, don Carlos?—¡Ah! sí; estoy muy triste porque mi impermeable se ha puesto viejo.—Pero no es razón de que Ud. se aflija tanto. Yo le daré un remedio seguro, que dejará bueno su impermeable. Se lo pone Ud. un día que estará lloviendo y va á visitar á un buen amigo; lo cuelga en la entrada, el impermeable, nunca el amigo, y al salir de despedida, toma Ud. el impermeable del amigo, y así estará otra vez bueno.»

En la categoría de los acertijos, hay algunos que merecen un recuerdo. Ahí van tres:

—¿En qué están parecidos un elefante con una escobilla de dientes?

—En que no están capaces de subir á un árbol.

—Yo desafío á Ud. á que no sabe en qué están diferentes un soldado de policía y un jamón.

—En que el soldado está capaz de comerse el jamón y el jamón nunca se comerá al soldado.

—¿En qué se parece un soldado con una calle?

—En que la calle se alumbra con faroles de gas y el soldado con alcohol.

CONCURSO CONVOCADO

POR LA

IMPRENTA BARCELONA

DE LOS SEÑORES

BARROS Y BALCELLS

Arte Fotográfico Nacional

CONCURSO **C**

Segundo Premio de Conjunto

Señor JOSÉ FORTUNATO ROJAS

También es una especie de acertijo el que sigue, para el cual hay que explicar que, según los alemanes, el queso que contiene muchos ojos, como el suizo, llenos de líquido, es un queso «que llora.» Y se pregunta:

—¿Por qué llora tanto el queso?

—Porque se acuerda de la vaca.

Otra categoría muy importante de cuentos alemanes es la que puede clasificarse con el título de «chascarrillos por parejas.» Doy en seguida algunas muestras.

—Yo tenía una vez dos canarios muy bonitos y muy cariñosos: el uno de ellos cantaba admirablemente y el otro amaneció muerto.

—Yo tuve en Copiapó un amigo mío muy honorable, que se llamaba Galo; y el hijo de él también galo... paba todos los días.

—Una vez iban en un carro urbano dos señoritas muy buenas mozas: una se llamaba Isolina, y la otra hizo... parar el carro.

No son de menos importancia las narraciones de hechos maravillosos, destinadas á conmover hondamente al auditorio. He aquí una:

—Anteayer fuí á despedir á un amigo á bordo y ví una cosa que me puso tan triste.

—¿Cómo así? ¿qué sucedió?

—Una cosa terrible, terrible. Al subir la escala del buque, mi amigo cayó en el mar; y él no sabía nadar y yo tampoco.

—¡Qué desgracia! ¡Y qué hicieron!

—Nada, pues, porque no había ninguna persona más allá.

—¿Y se ahogó?

—Nó, no se ahogó.

—¿Y cómo salió?

—¡Ah! costó mucho trabajo.

—Pero ¿cómo salió del agua?

—¡Salió todo mojado!

Oigamos ahora un diálogo callejero entre amigos que han pasado mucho tiempo sin verse:

—¡Don Federico! Cuánto placer de volver á ver á Ud!

—¡Oh, don Carlos! Yo también estoy muy contento. Pero yo no me llamo don Federico, sino todo lo contrario: yo me llamo don Guillermo.

—¡Oh, don Guillermo! ¡qué coincidencia! Yo tengo casualmente un hermano que se llama don Ernesto.

Y basta de cuentos alemanes. Pero ¿quieren oir Uds. uno que los alemanes cuentan de un chileno? Es el siguiente:

—Un chileno pidió una vez un empleo en un vapor. El capitán, por burlarse del pobre hombre, le mostró un cable que había en la cubierta y le ordenó que lo recogiera y lo enrollara.

Púsose á la tarea el chileno y empezó a recoger el cable á gran prisa, pero no advirtió que el cable formaba una verdadera rueda sin fin: una parte estaba visible en la cubierta; de un lado y otro entraba por un orificio y por debajo de la cubierta estaban unidas las dos extremidades en forma que no se conocía la ligadura. Así tiraba el hombre del cable para recogerlo, pero todo lo que recogía se entraba por el orificio que estaba á la espalda del hombre, y aquello daba vuelta eternamente: era como tomar agua con el dedo.

Aburrido el chileno, después de una hora de afanarse y transpirar inútilmente, se presentó al capitán, y le dijo:

—Mire, patrón: yo no he podido recoger y enrollar ese cable: no sale nunca la punta: yo creo que se la han cortado.

Dígase ahora quién se burla de quién y con más gana.

RONQUILLO

RONDEL

Á UNA INGRATA

Tus labios tan perversos, y á la vez tan amados
Pronunciaron mi nombre, recordaron mis versos,
Y un dia á leer volvieron mis cantos olvidados
Tus ojos tan amados...! y á la vez tan perversos.

Mi amor inmenso nunca lo comprendistes ¡ingrata!
Y por eso te ríes cuando me miras tristes
Y sabes?... ¡mientras ríes, lentamente me mata
Mi amor inmenso ¡ingrata! que jamás comprendiste!

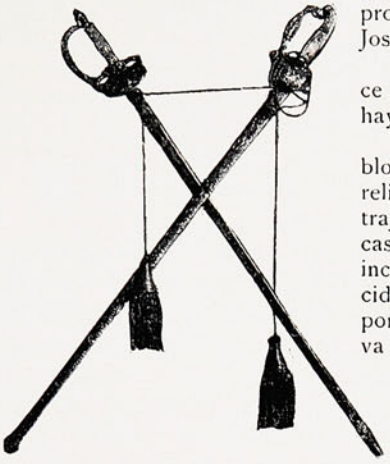
Si rien mis estrofas en tu pupila negra,
Con amargura acaso, como siempre te mofas.
¡No importa! mi alma es triste, pero al punto se alegra
Si en tu negra pupila sonrien mis estrofas.

Dime:
¿Son más negros tus ojos ó lo es más la congoja
De mis cantos, que copias en tus ojos perversos?
Si con sangre del alma yo te escribí mis versos
¿Es la púrpura ardiente de tus labios, más roja
Que mis versos que cantan en tus labios perversos?

ROBERTO VARGAS TAMAYO

RECUERDOS DE O'HIGGINS

Tenemos el gusto de presentar á nuestros lectores algunos de los principales objetos que se conservan en el Museo Militar que fueron de uso habitual del ilustre procer y padre de la Patria Don José Bernardo O'Higgins.

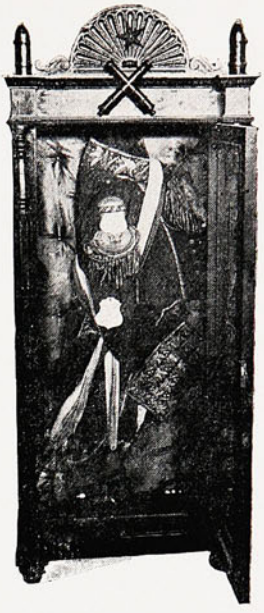


ESPADAS Y CORDONES

De lo que atañe y pertenece á los grandes hombres, nada hay perdido para la posteridad.

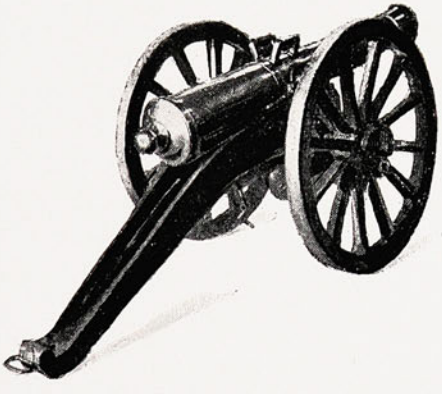
El hecho sólo de que el pueblo contemple guardados con religioso respeto unos cuantos trajes, espadas é insignias, de escaso mérito intrínseco y de valor incalculable por haber pertenecido á un hombre ilustre, ya es por sí mismo una lección objetiva interesantísima.

La espada de O'Higgins que el héroe empuñó con mano firme en los combates, que quizá oprimía nervioso en los momentos de las grandes dificultades, cuando se veía obligado á infundir aliento á los demás, es una reliquia que con razón se guarda con esmero y se exhibe con respeto en nuestro Museo Militar.

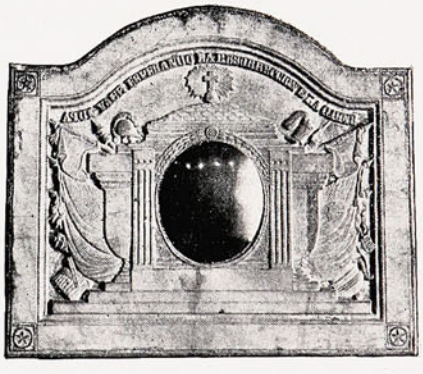


CASACA, FAJA Y CHARRETERAS

La casaca que oprimió su pecho y bajo la cual latía su generoso corazón, es otro de los recuerdos que reproducimos en esta página así como también la lápida que cubrió sus des-



UN CAÑÓN DE MAIPÚ FUNDIDO EN BUENOS AIRES EN 1815



LÁPIDA DE LA TUMBA PROVISORIA DE O'HIGGINS EN EL PERÚ

pojos mientras descansaron en tierra extranjera, esperando la hora de la merecida y justísima glorificación.

Completamos finalmente estos recuerdos con la reproducción de un cañón fundido en Buenos Aires y transportado á través de los Andes por el ejército libertador para llegar en Maipo á cooperar en la consolidación de la independencia de Chile, mediante la más explendida victoria.

¡Quiera el cielo que este puñado de recuerdos contribuya á avivar en los pechos de la juventud el patriotismo y el entusiasmo un tanto decaídos en los días que atravesamos.

J. DE D. B.

REISEBILDER

¡Cosa rara! La *Vida y aventuras del ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, escrita por Miguel de Cervantes Saavedra, fué el primer libro que cayó en mis manos, siendo yo un muchacho de cierta edad y algo experto en la lectura. Me acuerdo perfectamente de aquella época de mi infancia en que por la mañana temprano me salía de casa, me iba al jardín de la corte y allí, sin que nadie me interrumpiera, leía el *Don Quijote*.

Era una hermosa mañana de mayo; en el silencio matinal expiaba la florida primavera y dejábase alabar por el ruiseñor, su amable cortesano. Entonaba éste tan tierna y acariciadoramente su amoroso canto, tan derretido y entusiasta, que los más desvergonzados botoncillos se abrían, y las lascivas hierbecitas se besaban apasionadamente á los aromados rayos del sol. Arboles y flores se contemplaban con vanidosa coquetería.

Sentábame en un viejo y musgoso banco de piedra del paseo llamado de los Suspiros, no lejos de la cascada, y regocijaba mi pequeño corazón con las grandes aventuras del atrevido caballero. En mi infantil honradez tomaba todo aquello en serio; cuanto más burlonamente se portaba el destino con el pobre héroe, tanto más pensaba yo que así debió ocurrir, que aquello pertenecía á la edad heroica, y tanto las burlas como las heridas del cuerpo, si aquéllas me ponían de mal humor, éstas parecía sentirlas en mi alma. Yo era un niño y no conocía la ironía que Dios creara con el mundo y el gran poeta reproducía en su impreso microcosmos, y podía derramar amarguísimo llanto cuando el noble hidalgo, en pago de sus nobles sentimientos, sólo recibía ingratitudes y golpes; y como poco ejercitado aún en la lectura, pronunciaba en alta voz las palabras, y pájaros y árboles, arroyo y flores, todos podían oir, y estas inocentes criaturas que, como yo, nada de la ironía del mundo saben, tomábanlo todo igualmente en serio, y lloraban conmigo los sufrimientos del pobre hidalgo. Hasta una encina desgastada y vieja sollozaba, y movía con violencia la cascada su barba blanca, pareciendo todos clamar contra la maldad del mundo.

Sentimos que el heroico esfuerzo del caballero no merece menos admiración cuando volvió la espalda al león sin exigirle combate, y que sus hechos son tanto más dignos de alabanza cuanto más débil y flaco de cuerpo era, cuanto más frágil la armadura que le protegía, y más miserable el caballejo que le llevaba. Despreciamos al bajo pueblo que trataba á puros golpes al pobre héroe; pero mucho más al alto populacho, adornado con vistoso manto de seda, maneras distinguidas de expresarse y título de duque, que se burlaba de un hombre que le era muy superior en ánimo esforzado y elevación de sentimientos.

El caballero de Dulcinea iba captándose cada vez más mi consideración y mi cariño, á medida que adelantaba en la lectura del admirable libro, lo cual hacía diariamente en el mismo jardín, hasta que ya, hacia el otoño, llegué al cabo de la historia; y ¡jamás olvidaré el día en que leí el temerario duelo en que el caballero hubo de ser tan ignominiosamente vencido!

Era un día triste; feos nubarrones plomizos entoldaban el cielo. Las amarillas hojas caían dolorosamente de los árboles. Pesadas gotas de llanto se desprendían de las últimas flores que ya tristemente marchitas inclinaban su moribunda cabeza. Hacía tiempo que los ruiseñores habían callado. Por doquiera me quedaba mudo ante el espectáculo de la muerte... y mi corazón pareció querer romperse de dolor cuando leí que el noble caballero, desvanecido y mal trecho, cayó por tierra, sin levantarse la visera, y cual si hablare desde la tumba, con voz débil y lastimosa le dijo á su vencedor: «Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad; aprieta, caballero, la lanza y quítame la vida, pues me has quitado la honra».

¡Ah! ¡el brillante caballero de la Blanca Luna, el que acababa de vencer al hombre más esforzado y noble de la tierra, era un barbero disfrazado!

ENRIQUE HEINE

CUENTO

(IMITACIÓN)

El rey busca marido para su hija, á quien la presenta un gallardo príncipe, heredero de poderoso imperio; pero la joven no lo acepta. Cásate, pues, le dice, con uno de tus primos, el más rico, noble y guapo; y la princesa, ninguno de ellos me gusta, responde.

Un hombre ha asombrado al mundo con sus hazañas; ve á la hija del rey, se enamora de ella y la declara su pasión; pero la altiva princesa lo desdeña.

¿Con quién querrá casarse mi hija? se pregunta el rey.

Las notabilidades en las ciencias, las letras y las artes, en el dinero, la guerra y la sangre, son llevadas á la presencia de la princesa; y las notabilidades en las ciencias, las letras y las artes, en el dinero, la guerra y la sangre, corren la suerte del príncipe, de los primos y del héroe.

¿Con quién querrá casarse la princesa?

Hay en el palacio un esclavo, tan negro como un condenado, tan feo como la pobreza, tan viejo como Matusalén. La hija del rey ha visto al esclavo, el esclavo ha visto á la hija del rey... y...

Y... no os admiréis, que peores cosas se ven en este mundo: la que despreció al príncipe heredero, á los primos, al héroe, á las notabilidades en las ciencias, las letras y las artes, en el dinero, la guerra y la sangre; la altiva, orgullosa y bella princesa, vió al esclavo, al negro, al feo, al viejo, y... no os admiréis... tampoco quiso casarse con él.

MERCADO DE BRETONAS, DE RAFAEL CORREA M.

ANSELMO FLETES BOLAÑOS

EL ORIGEN DEL BIFTEC

La leyenda del origen del biftec es muy curiosa.

Se cuenta que Lucio Plauco, senador romano, fué encargado por el emperador Trajano de presidir los sacrificios en honor de Júpiter. El senador se resistió, pero á la fuerza tuvo que ir al altar. El robusto buey, que iba á ser quemado en honor del dios, estaba colocado encima del fuego, y el infortunado senador vióse obligado á darle vuelta como presidente de la ceremonia. Estando asándose el animal, uno de los pedazos se cayó al suelo. Plauco fué á cogerlo; pero al sentirse quemados los dedos, se los metió instintivamente en la boca.

En aquel instante hizo el gran descubrimiento de que la carne asada de tal manera era infinitamente mucho más sabrosa que la preparada según la costumbre de los cocineros romanos.

Tanto gustó á Plauco el sabor de la carne que, sin fijarse en lo sagrado de sus funciones, cogió un pedazo y se lo comió á escondidas, proponiéndose en lo sucesivo guisar todos los días un biftec para él sólo; pero un descubrimiento de tal importancia no podía permanecer secreto mucho tiempo, y llegó á oídos de Trajano. En cuanto éste probó el manjar opinó como su senador, que era exquisito é imponderablemente mucho mejor que cualquiera de los platos que preparaban en palacio.

La costumbre fué extendiéndose de este modo, primero entre la aristocracia y luego entre las clases populares, llegando hasta nuestros días.

LA ZAMACUECA

(FRAGMENTO)

...En un ángulo de la sala levantábase el mostrador, cargado de botellas y vasos con bebidas, cuyos fermentos alcohólicos saturaban el recinto de emanaciones mareantes. Y en el centro de la rueda, sobre la alfombra tendida en el piso terroso, una pareja bailaba la zamacueca.

Jóvenes ambos, ofrecían notorio contraste. Era él un gañán de tez tostada, de mediana estatura, de cabello y barba negros: un perfecto ejemplar del «roto», mezcla de campesino y marinero. Con el sombrero de fieltro en una mano, y en la otra un pañuelo rojo, fornido y ágil, giraba zapateando en torno de ella. La muchacha, en cambio, parecía algo exótico en aquel sitio. Grácil y esbelta, bajo la borla de la cabellera broncínea destacábase su rostro, de admirable regularidad de rasgos. Tenía, lujo excéntrico, un vestido de seda amarilla; el busto envuelto por un pañolón chinesco, cuyas coloraciones rabiaban en la cruda luz, y en la mano un pañuelo también rojo. Muy blanca, la danza la encendía, con tonos carmíneos, las mejillas. En sus ojos garzos, circuídos de grandes ojeras azulosas, había ese brillo de potencia extraordinaria, ese ardor concentrado y húmedo, peculiares en ciertas histerias; y con la boca entreabierta y las ventanas de la nariz palpitantes, inhalaba ávidamente el aire, como si le fuera rebelde á los pulmones.

Bailaba, ajustando sus movimientos á los compases difíciles, cambiantes, de la música. Y su cuerpo, fino, flexible, se enarcaba, se estiraba, se encogía, se cimbraba, erguíase, vibraba, se retorcía, aceleraba los pasos, imprimíale lentitudes lánguidas, tenía contorsiones bruscas, actitudes epilépticas, gestos galvánicos; ó se mecía con balanceos muelles, adquiriendo posturas de languidez, de abandono, de desmayos absolutos. Y así, siempre serpentina, rebosante de voluptuosidad turbadora, de incitaciones perversas, voltejeaba ante los ojos como una fascinación demoniaca.

¿De qué altura social, por qué misteriosa pendiente descendió aquella hermosa criatura, de porte delicado, de apariencia aristocrática? ¿Qué lazos la unían, antiguos ó recientes, con su compañero de baile? ¿Era una degenerada nativa, á quien desequilibrios orgánicos aventaron lejos del hogar, en alguna loca aventura? ¿O la fatalidad la arrojó al abismo, convirtiéndola en la infeliz histérica que ahora, en aquel recinto, daba tan extraña nota, siendo á la vez una curiosidad dolorosa y una provocación embriagante?

La voz del inglés me arrancó á estos pensamientos:

—Voy á bailar... me gusta mucho la zamacueca... y esa mujer también. Ayer bailé con ella.

Le miré: su semblante permanecía grave y sus grandes ojos celtas contemplaban serenamente á la bailadora. Sacó un pañuelo escarlata, traído sin duda para el caso, y adelantó hasta el medio de la rueda. La pareja se detuvo: el «roto», cejijunto, hostil; la muchacha, ondulando sobre los pies inmóviles, sonriendo á Litchman, quien sin perder su gravedad, esbozaba ya un paso de la danza... Pero el suplantado, de un salto, se le colocó delante. Un puñal pequeño relucía en su mano.

—Hoy no dejo que me la quite... Acaso la traigo para que usted...

No pudo concluir la frase: el brazo de Litchman se alzó y tendióse rápido, y un formidable mazazo retumbó en la frente del «roto». Vaciló éste, tambaleóse y rodó por el suelo, con la cara bañada en sangre. La música y el canto enmudecieron; y la rueda espectante convirtióse en un grupo, arremolinado alrededor del caído. Ya Litchman, impasible siempre, estaba junto á mi y nos preparábamos para salir, cuando, agudo, brotó un grito del grupo. Hubo otro remolino disolvente, y apareció de nuevo la primitiva pareja de baile. El hombre se limpiaba con el pañuelo la sangre de la frente; la muchacha, rígida, como petrificada, como enclavada en el piso, no trataba de enjugar la ola purpúrea que le manaba de la mejilla. La herida debía ser grande; pero desaparecía bajo la mancha roja, cada vez más invasora. Y el «roto», con voz silbante como un latigazo, le gritó á aquella faz despavorida y sangrienta:

—Creías, pues, que sólo yo iba á quedar marcado...

DARÍO HERRERA

(PANAMEÑO)

CASA
LA CASA
MUZARD
QUE
FUNDADA EN 1845
VENDE
CASA
MAS
MUZARD
BARATO
MUZARD
TALERIA LOZA
PAPELES PINTADOS
NOVEDADES
CASA
MUZARD
NOVEDADES
PARA SEÑORAS Y
NIÑAS
GRAN MUEBLERIA
Santiago Valparaiso

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA

ES PROPIEDAD

CHILE ILUSTRADO

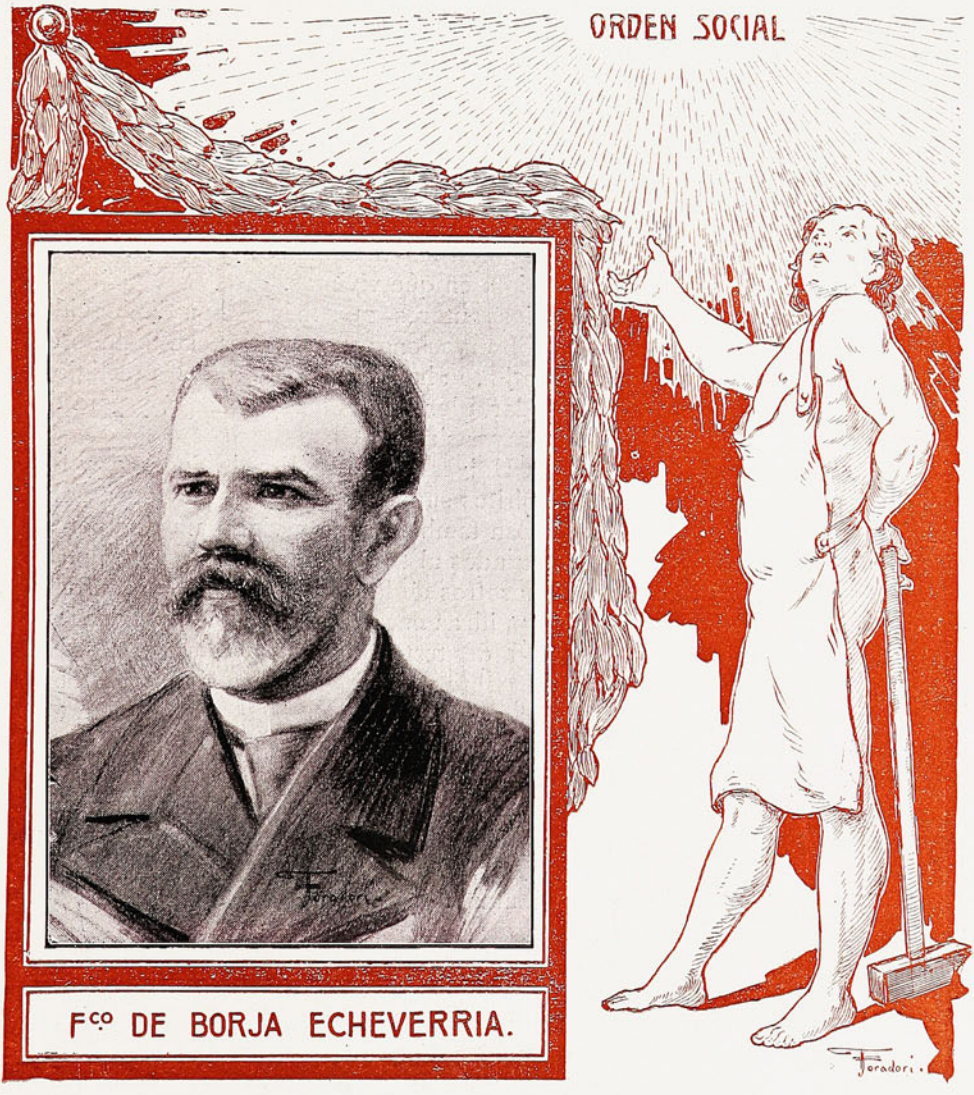
REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA

ES PROPIEDAD

Año III Precio: 50 Centavos Octubre 1904

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.



Fco DE BORJA ECHEVERRIA.

EL SEÑOR DON FRANCISCO DE BORJA ECHEVERRÍA

Don Francisco de Borja Echeverría, con ejemplar modestia, trabajó en Chile, durante veinticico años á lo menos, en la obra transcendental de llevar á las clases desheredadas de la fortuna el orden, la moralidad y la economía, que son la garantía más segura y más estable de la paz social.

La muerte de un hombre de miras tan elevadas y tan benéficas como las que inspiraban las acciones del señor Echeverría, debía producir un verdadero duelo nacional; y, efectivamente, la prensa, sin distinción de colores políticos, en elogiosos artículos, y la alta sociedad de Santiago, y las numerosas corporaciones, y el inmenso pueblo que acudió á sus funerales, dieron público é imponente testimonio de aprecio por los merecimientos insignes de tan distinguido ciudadano.

Fué hombre prudente, reflexivo, constante, afable y virtuoso: ponía el corazón por entero y con generosidad admirable al servicio de las empresas encaminadas á producir frutos permanentes á la sociedad y al individuo; en una palabra, anhelaba cortar de raiz los males y fundar el edificio del público bienestar sobre cimientos sólidos é inconmovibles.

Persiguiendo la verdad para realizar el bien, sus ideas económicas le alejaron de las utopías fantásticas de la antigua escuela y le indujeron á buscar la solución de los problemas sociales en la doctrina cristiana y en el estudio del hombre tal como lo forman y lo desfiguran las necesidades y los errores en el orden práctico de la sociedad y del siglo en que vivimos.

Su profundo conocimiento de los autores que más se han distinguido en las investigaciones sociológicas, sus observaciones y sus viajes, su método esencialmente positivo, su experiencia, en fin, le habían revestido del prestigio, del mérito y del reposo necesarios para dar á los demás luz y consejo, y para dar á sus propias empresas dirección segura y acierto fácil.

Enseñó Economía Política en la Universidad Católica de Santiago y formó escuela su enseñanza, porque los espíritus superiores como el del señor Echeverría al dar cuerpo á sus ideales, les dan también alma y vida para que perduren en el tiempo y fructifiquen y sean fecundos al través de muchas generaciones.

Fué el primer promotor entre nosotros de la obra social de los patronatos, y ha dejado germinando muchas otras ideas encaminadas, como la constitución de la pequeña propiedad y la libertad de testar, á los nobilísimos fines de dar garantías de estabilidad al hogar del pobre y de elevar la condición del obrero.

La muerte le ha llamado ya al reposo de la tumba, mas no habrán de morir con él las obras á que supo dar vida trasmitiéndoles su espíritu.

El, con su eterna sonrisa en los labios, con su dulzura afable y rendida, con su atrayente manera de enseñar por medio de preguntas en que parecía indagar para aprender, llevó á todas partes la semilla del bien, pero la cultivó con especial esmero en el corazón de sus amigos; por eso, hemos querido hoy con profunda consternación y respeto, tributar á su nombre y á su memoria rendido homenaje de admiración y de cariño.

L. BARROS MÉNDEZ

FLORES CHILENAS

EL RETRATO

Con tu sombrero de mosquetero,
tus rizos largos, tu cuerpo *chic*,
y tu mirada de fino acero,
pareces novia del caballero
que hay en un cuadro que hizo Van Dick.

Tu gran corbata de muselina,
las perlas negras del cinturón,
tus ojos grandes, tu boca fina,
te dan silueta para heroina
digna de un nuevo Decamerón.

Nimba una rosa sobre tu pelo,
tiembla en tus manos un aleli,
brota un perfume de tu pañuelo,
y en el corpiño de terciopelo
sangra una herida que es un rubí.

Bajo la blonda de la pollera
surge la vaga sombra de un pie
que se impacienta de tanta espera
porque, el inquieto, tal vez quisiera
bordar los pasos en un minué...

Supo el moderno mágico Apeles
robar la esencia de muchas cosas
y trasladarla con sus pinceles:
entre los labios sembró claveles
y en las meji las fundió las rosas.

Pero el retrato, tan aplaudido
como ninguno lo fué jamás,
tiene un defecto que yo he advertido:
brilla muy alto cuando te has ido,
mas palidece cuando tú estás.

MANUEL UGARTE

París, 1904.

SULEIMA

Encima de nuestras cabezas, quemándonos á través de las velas, está este sol radiante, eterno, que siempre y en todas partes he visto sonreir con la misma sonrisa de esfinge, lo mismo ante las penas vagas, que duran poco, que ante los grandes desgarramientos y las grandes desesperaciones del alma que ¡ay! pasan también.

Siempre me ha atraido el sol irresistiblemente; le he buscado toda mi vida, por todas partes y en todos los paises de la tierra. Aún más que el amor, cambia los aspectos de las cosas y yo todo lo olvido por él, en cuanto aparece. Y en ciertas comarcas del Oriente, donde el cielo está eternamente azul, donde no hay nunca una nube, su presencia continua me causa una melancolía inexplicable, más íntima y más profunda que la tristeza de las brumas del Norte...

Pero, donde yo me he sentido más cerca de esa personalidad devorante, ha sido en Africa, en las arenas de aquel inmenso *Mar-sin-agua*.

El sol es mi Dios; yo le personifico y le adoro en su forma más antigua y, por consiguiente, más verdadera, la más terrible también y la más implacable: ¡Baal!... Y aún hoy el Baal que concibo es *Baal Zéboub*, el Gran Destructor.

He visto los antiguos templos de la América central, donde le adoraban de un modo menos comprensible para nuestras inteligencias del antiguo mundo; le he buscado también allá en los santuarios destruídos, entre los muros cubiertos de bajo relieves misteriosos, vestigios de una antigüedad que no es la nuestra y que ya no se conoce.—Pero no, aquel era un Baal lejano y extraño; yo no concibo así al sol que ha producido las razas humanas, de piel amarilla y de piel roja, y la naturaleza toda de esas regiones lejanas. Y allí, deseando abrazar á mi Dios, sentía perderme y abismarme en una especie de vacío y de terror sin nombre.

Sólo en nuestro viejo mundo, entre nosotros, es donde yo puedo sentir y comprender un poco, al Baal creador y destructor, cuando se eleva en el cielo, siempre profundo y azul, por encima de las blancas muertas aldeas del Islám, ó de las grandes ruinas de este Oriente, que es nuestra cuna. Sobre todo, cuando pasa sobre el Africa musulmana y sobre el infinito de las arenas del Sahara;—más tarde, cuando yo sienta acercarse á la vejez pálida y triste, iré á ese gran desierto á llevar mis huesos á blanquear.

...Todo esto que estoy diciendo, no lo entiende nadie.—No me comprendería ni aun ese amigo que viene á mi lado, y que sabe leer mis más secretos pensamientos.—Estas son intuiciones misteriosas, que vienen de no sé dónde, y que en algunos instantes se apoderan de mí; apenas me atrevo á formularlas y á escribirlas....

PIERRE LOTI

LA GALLARDIA MASCULINA (EN EL MUNICIPAL)

LA CAMELIA Y EL COPIHUE

Florece en mi jardín una camelia
Oriunda de la China,
Y cuanto más florece, más se empina;
Al paso que un copihue,
De mi tierra natal la flor más fina,
Cuantas mas flores tiene más se inclina.

¡Ah dura ley de nuestro fértil suelo!
Se eleva lo extranjero sin atajo;
Lo del país jamas levanta el vuelo:
Va siempre para abajo!

Luz LIRA

LA JUSTICIA Y LA LIBERTAD

RECUERDOS DEL DIECIOCHO

Todo estaba preparado y listo, con la necesaria anticipación para que los carros alegóricos, lo mejor de las fiestas de ese Dieciocho, resultaran lucidos y formaran una etapa en la vida de la ciudad. Lo único que faltaba eran las figuras simbólicas, lo más indispensable cabalmente: dos damas que tuvieran bastante patriotismo para representar, en los respectivos carros, la una á la Libertad, la otra á la Justicia.

¿Cómo se había podido dejar ese punto para el último día? El alcalde había pensado en ello desde el primer momento; pero el comandante de policía, á fuer de entendido y conocedor, había asegurado que no tenían para qué preocuparse del asunto, pues sobraban las mujeres capaces de hacer una buena falsificación de tales entidades. Pero precisamente esa noche á las nueve debían salir los carros á recorrer las calles: sólo restaban cuatro horas para el acontecimiento, y ni en todo el departamento ni en los pueblos vecinos se había podido encontrar una Justicia y una Libertad medianas siquiera: las que hubieran podido hacer, más ó menos de lejos, el papel, carecían de desplante suficiente para exponerse á la expectación general; y las que lo tenían, resultaron ser ó demasiado feas y capaces de hacer aborrecibles aquellas virtudes, ó demasiado gordas, cosas que tampoco convenía, pues es de cajón que la Libertad y Justicia sean siempre ligeras y expeditas.

¿Qué hacer en tal situación? El alcalde propuso cambiar la alegoría, y así, en el carro de la Libertad, aprovechar el símbolo de unas cadenas rotas para figurar el descubrimiento de América; y en el de la Justicia, aprovechar la balanza, suprimiendo la espada, para simbolizar el comercio.

—Pero siempre serán necesarias dos mujeres para esas figuras—arguyó el comandante.

—Nó—respondió el alcalde—no hacen falta. El comercio puede ser representado por cualquier hombre, un vendedor de mote, por ejemplo; y en cuanto al descubrimiento de América, lo figuramos por un salvaje, á quien se rompen las cadenas de la ignominia.

—Pero ¿y salvaje? .. ¿de dónde lo sacamos?

—¡Bah! Eso es lo de menos. De salvaje puede hacer cualquiera... .. un soldado de policía...

Con tan buenas razones, ya se iba á proceder á hacer el cambio de las alegorías, cuando el sargento Peña se metió en el grupo y dijo:

—Con permiso de mi comandante... Yo creo que puedo proporcionarle las mujeres que necesita.

—¿Que tienes tú muchas mujeres?—preguntó el alcalde.

—Nó, Usía; no son mías, pero pueden servir para el caso.

—¿Son buenas mozas, bien presentadas?... ¿No tendrán miedo?... ¿no se arrancarán del carro?

—Por lo de buenas mozas—dijo el sargento—su merced lo ha de ver; lo que es miedo... á ellas se lo tendría yo; y en cuanto á que se arranquen, con amarrarlas...

—Pues llévate un soldado y te las traes en ancas.

Antes de una hora estuvo de regreso el sargento Peña con las dos futuras figuras simbólicas. Examináronlas aquellos dos peritos y por cierto que no parecían satisfechos.

—Lo que es feas—dijo el alcalde—lo son con toda franqueza; peores que un voto de censura; pero á no haber otra cosa...

Las mujeres dieron un bufido y quisieron irse; pero con la promesa de diez pesos á cada una decidieron adoptar el papel que se les encomendaba.

—¿Cómo te llamas tú?—preguntó á una de ellas el comandante?

—Justa Guerra—respondió.

—Entonces te viene de perilla hacer de Justicia. ¿Y tú?

—Liberata Alcaide.

—Si no por lo de Alcaide, á lo menos por lo de Liberata, puedes representar la Libertad.

Quedó aceptado el reparto de papeles; pero las actrices exigieron que las disfrazaran bien y que no se dijera quienes eran éllas, para que no lo supiera Gregorio, marido de la una y hermano de la otra, hombre de muy malas pulgas y que no toleraría la representación. El comandante les prometió apoyo y protección, pues era su deber auxiliar á la Justicia y garantir la Libertad.

Se vió en seguida que la Justicia cojeaba de un pie y tenía el rostro horiblemente picado de viruelas; pero lo primero no se echaría de ver y lo segundo se disimularía con unas cuantas manos de pintura. En cuanto á la Libertad se comprendió que sería necesario amarrarla para que no se arrancara del carro. Se mandó llamar á un maestro pintor y éste se encargó de dejar presentables las dos figuras; pero á las dos horas de brochazo va y brochazo viene, pidió rescisión del contrato.

—No me sale la cuenta—dijo:—la Justicia chupa una barbaridad de aceite... Con esas picaduras de viruelas, es lo mismo que pintar una pared sin reboque.

Al fin, con masillas se emparejaron las desigualdades, y ya no hubo más tropiezos.

A las nueve de la noche se efectuó el solemne desfile.

Los carros fueron recibidos con una inmensa aclamación de férvido entusiasmo por aquella población no acostumbrada á tales espectáculos; la multitud formaba calle á los alegóricos y los seguía á través de la ciudad vivándolos con verdadero delirio.

Debajo de sus cuatro ó cinco capas de pintura, bien distribuída, y al fulgor de los centenares de luces de Bengala, que daban fantástico aspecto al desfile, las dos mujeres se veían hasta hermosas y adquirían proporciones de diosas ante la asombrada muchedumbre. Al principio, al verse en lo alto de aquellos carros que crujían como si quisieran desarmarse, y elevadas sobre aquella turba de 5,000 almas que las miraban con 10,000 espantados ojos—descontados los casos posibles de los tuertos—las dos heroínas se sintieron aterradas y la Libertad quiso bajarse y huir: por fortuna estaba bien amarrada. Después vino la calma y la gloria de una apoteosis nunca soñada, el paseo triunfal entre millares de luces multicolores y sobre una población loca de entusiasmo.

Al pasar por la plaza, hubo un pequeño accidente: una de las ruedas del carro de la Justicia se metió en un hoyo, el carro tembló y se paró repentinamente. La multitud guardó súbito silencio, y luego una voz fuerte, robusta, pero alcohólica, gritó estentóreamente:—¡Aro!

Y se vió á un jinete que, clavando las espuelas á su caballo, atropellaba á la muchedumbre y, abriéndose paso, se acercaba al carro, llevando en la mano un enorme vaso de ponche. Luego que llegó al alto solio de la Justicia, se alzó sobre los estribos y tendiendo el vaso,

—¡Con permiso del comandante!—dijo; y exigió á la Justicia que bebiera. Esta miró al comandante, quien otorgó el permiso.

La Justicia dejó la balanza que llevaba en la mano izquierda, recibió tiritando el vaso, y bebió entre los aplausos frenéticos de la muchedumbre, mientras el guaso la miraba fijamente, asombrado. Ya iba á devolver el vaso la Justicia, cuando el hombre del caballo, dando un grito, exclamó:

—¡Buen dar! ¿qué no eres tú la Justa?

La mujer no se atrevió á responder una palabra al terrible Gregorio.

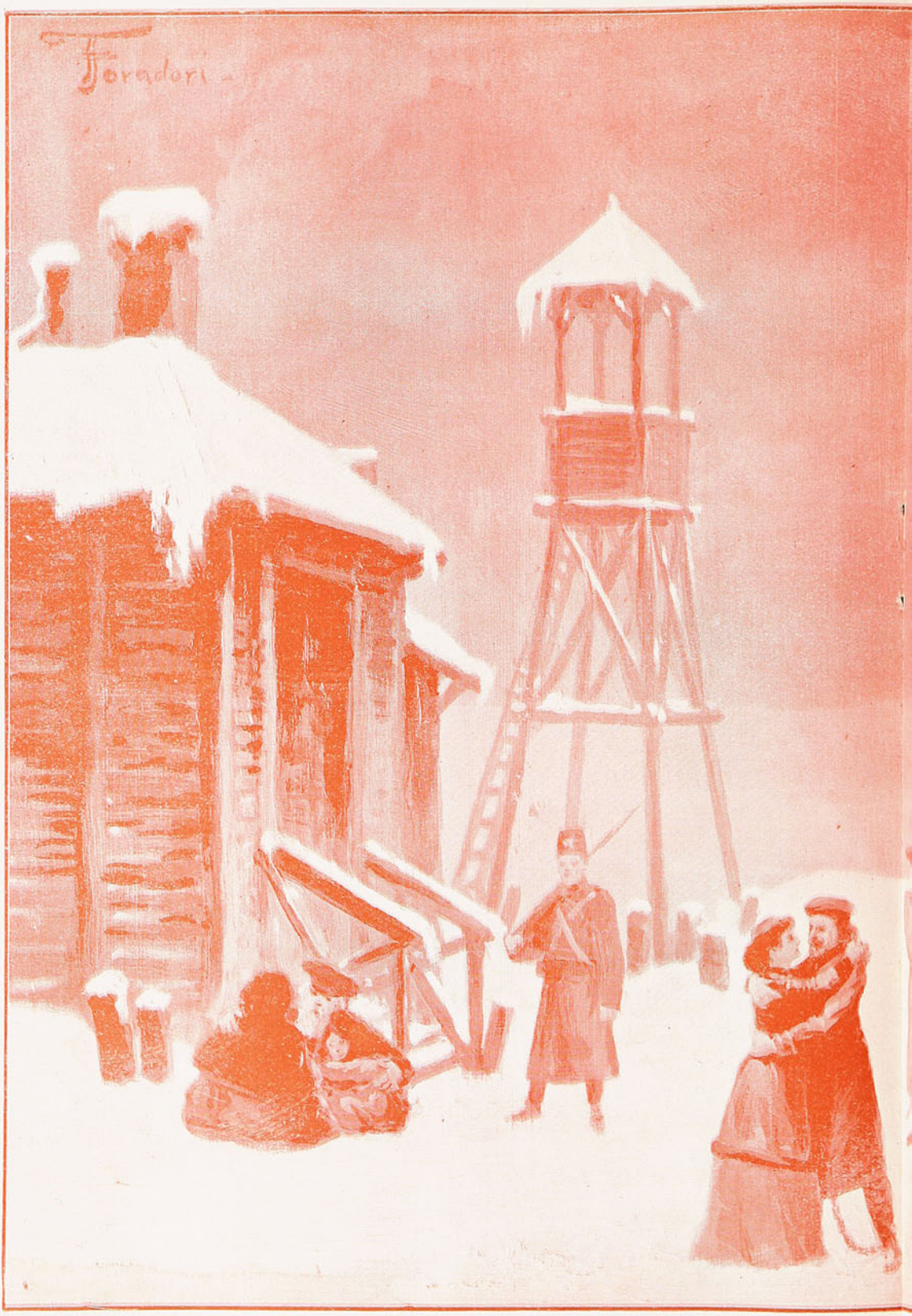
—Responde—insistió el borracho:— ¿eres ó no eres la Justa? ¿eres ó no eres mi mujer?

Y como ésta siguiera guardando silencio, de puro miedo, el jinete blandió la chicotera y arremetió á «pencazos» contra la Justicia; ésta cobró valor y, cogiendo á dos manos la espada de que iba armada, restableció la igualdad de los derechos conyugales: el esposo con la penca i la esposa con el sable, comenzaron á menudearse como en la vida real. La Libertad, entre tanto, lograba desasirse de las ligaduras y, armada de la tea con que iba iluminando el mundo, acudió en auxilio de su cuñada y principió á sacudir antorchazos sobre Gregorio.

Intervino la policía, metióse por medio el Alcalde, la multitud se dividió en bandos, se alzó una gritería espantosa y el desorden tomó horribles proporciones. Acabáronse al fin las luces de Bengala y con la obscuridad renació la calma y se restableció el orden, pero el desfile hubo de regresar por el camino más corto y en tinieblas.

Al día siguiente se vió que Gregorio, bajo los golpes de su cara-mitad, tenía herida la mitad de la cara; el Alcalde sacó un voto de censura en un ojo; la Justicia fué puesta á disposición del juez del crimen, á quien tal vez hacía falta, y la Libertad quedó presa en la policía, con encargo de que se la respetara mucho, hasta que se instruyera el correspondiente sumario.

RONQUILLO



SIBERIA. — Opera Lír

RICA DE U. GIORDANO

II ACTO.

BALADAS EN PROSA

EL SUB-PREFECTO EN EL CAMPO

El señor sub-prefecto está de paseo. El cochero delante, los lacayos detrás, el coche de la sub prefectura lo lleva majestuosamente al concurso regional de la Combe-aux-fées.

Para este día memorable el señor Sub-prefecto se ha vestido con su uniforme bordado, su sombrero de plumas, su pantalón «colan» con galones de plata y su espadín de gala con empuñadura de nácar. Sobre sus rodillas descansa una gran cartera de cuero estampado que contempla melancólicamente.

El señor Sub-prefecto mira con tristeza su cartera de cuero estampado; él sueña con el famoso discurso que tiene el deber de dirigir muy pronto á los habitantes de Combe-auxfées.

—Señores y queridos ciudadanos:

Pero repite estas palabras mil veces, y la continuación del discurso no viene.

—Señores y queridos ciudadanos...

¡Nada! El discurso no quiere salir de las profundidades cerebrales donde se halla indudablemente. Hace mucho calor dentro del carruaje.

El aire es sofocante, y bajo los olmos del camino, cubiertos de polvo blanco, nubes de cigarras se responden de un árbol á otro...

De pronto el señor Sub-prefecto se estremece. Allí abajo, al pie de un recodo, acaba de ver un pequeño bosque de robles verdes que parecen hacerle señas.

¡Sí, era cierto! El diminuto bosque de robles verdes le hace señas.

—Venid acá, señor Sub prefecto,—parece que le dice,—para componer vuestro discurso; en ningún sitio estaréis mejor que bajo mis árboles.

El señor Sub-prefecto ordenó á sus gentes que le esperaran y saltó del coche para pensar su discurso en el diminuto bosque de robles verdes.

En aquel bosquecillo había pájaros, violetas y fuentes bajo finísimo cesped. Cuando advirtieron al señor Sub-prefecto con su calzón galoneado y su cartera de cuero estampado, los pájaros tuvieron miedo y cesaron en sus trinos; las fuentes no se atrevieron á murmurar y las violetas ocultáronse avergonzadas entre la hojarasca.

Todo aquel pequeño mundo no había visto jamás á un Sub-prefecto y en voz baja se preguntaban quién era aquel hermoso señor que se paseaba con pantalón galoneado.

¡Sí, es era cierto! Con voz muy queda, bajo la floresta se preguntaban quién era aquel brillante señor galoneado de plata.

Durante ese tiempo, el señor Sub-prefecto encantado del silencio y de la frescura del bosque, desabrochóse los botones de su uniforme, puso su sombrero de plumas en el cesped y sentóse encima del musgo, al pie de un roble. Después abrió sobre sus rodillas la cartera de cuero y sacó una larga hoja de papel ministro.

—¡Es un artista! dijo la curruca.

—Nó, dijo la calandria; no es un artista, porque lleva el pantalón galoneado de plata; pero, con certeza, será un príncipe.

—Será un príncipe, repetía la calandria.

—Ni artista ni príncipe; interrumpió un viejo ruiseñor que había cantado una temporada en los jardines de la Sub-prefectura. Yo sé quién es. ¡Es un Sub-prefecto!

Y en seguida todo el bosquecillo murmuró:

—Es un Sub-prefecto! ¡es un Sub-prefecto!

—Está muy calvo! exclamó una alondra encopetada.

Las violetas preguntaban:

—¿Es malo este señor?

—¿Es malo este señor? insistían las violetas.

Y el viejo ruiseñor respondía:

—¡No del todo!

Y con tal seguridad, los pájaros volvieron á cantar, las fuentes á correr y las violetas á perfumar como si el señor aquel no estuviese allí. El señor Sub-prefecto invocó de todo corazón á la Musa de los Comitées Agrícolas, y con el lápiz levantado empezó á declamar con voz de ceremonia:

—Señores y queridos ciudadanos...

—Señores y queridos ciudadanos, repitió con voz ceremoniosa el Sub-prefecto.

Un estallido de risa le interrumpió. Volvióse y no vió más que un gran mirlo que parecía observarle riéndose, colocado encima de su sombrero. El Sub-prefecto alzó sus hombros y quiso continuar su discurso, pero el mirlo le interrumpía nuevamente gritando desde más lejos:

—¿Para qué es esto?

—¡Cómo! ¿para qué es esto? decía el Sub-prefecto poniéndose encarnado y amenazando con un gesto al pájaro burlón, y después seguía con sonora voz:

—Señores y queridos ciudadanos...

—Señores y queridos ciudadanos.. repitió nuevamente el Sub-prefecto con voz sonora.

Y entonces he aquí que las violetas alzándose sobre sus finos tallos, le decian dulcemente:

—Señor Sub-prefecto, ¿advertís el aroma que exhalamos?

Y las fuentes susurraban bajo el musgo con

murmullo delicioso, y en las ramas las currucas cantaban sus más bonitos trinos y el bosque entero conspiraba para no dejarle concluir su discurso. Así era en verdad. ¡El bosque de robles se había conjurado para no dejarle estudiar su discurso! El señor Sub-prefecto subyugado por los perfumes exquisitos de las flores, el grato susurrar de las fuentes y la armonía seductora de los trinos, ensayó nuevamente resistir al nuevo encanto que le arrastraba y vencía. Echóse sobre el cesped, sin hacer caso de su flamante uniforme, y balbuceó aún dos o tres veces:

—Señores y queridos ciudadanos... Señores y queridos ciuda... señores y que...

Después envió á sus queridos ciudadanos á paseo y maldijo á la Musa de los Comitées Agrícolas, que tan huraña se había mostrado no dejándose ver.

Vela tu agusta faz ¡oh Musa de los Comitées agrícolas!

Al cabo de una hora las gentes del Sub-prefecto, inquietas por su señor, entraron en el bosque y vieron con horror un espectáculo que les hizo retroceder admirados. El señor Sub-prefecto estaba acostado sobre la yerba, desabrochado como un bohemio y sin hacer caso de su brillante uniforme, lleno de violetas aplastadas.

El señor Sub-prefecto hacía versos.

ALFONSO DAUDET

ALBERTO MASFERRER

Sin bulliciosos reclamos periodísticos, calladamente, modestamente, del mismo modo que arribara á nuestro país, acaba de partir para su patria el distinguido escritor salvadoreño, el bondadoso compañero en letras y en ideas, cuyo nombre, finalizando algún profundo artículo filosófico ó alguna bella producción literaria, honró más de una vez las páginas de CHILE ILUSTRADO.

Masferrer llegó á nuestro país hace poco más de dos años. Traía de su gobierno una misión diplomática y pedagógica, á la cual pronto hubo de renunciar, engañado por un su colega y compatriota poco honrado que retuvo en su poder las rentas de nuestro amigo, haciéndole creer que eran los gobernantes de su patria quienes se negaban á enviarle los recursos á que era acreedor.

Entonces ingresó á la redacción de un diario popular, cuyo director, explotando la situación algo angustiada del generoso literato, forzóle á escribir columnas y más columnas que su cajero pagaba según la extensión que medían. ¡El talento cotizado por varas! Consecuencia lógica de que tenderos hagan de directores de diarios.

Después de luchar en esta forma durante mucho tiempo, entregando á las prensas su cerebro y su alma hechos artículos, por lo general anónimos, un buen día resolvióse á abandonar esta tarea que lo aniquilaba. «Desde hoy,—me decía en una carta—no escribiré más bobadas: estoy cansado de no ser ya sino una máquina de escribir.» Y se retiró del diario. Desgraciadamente para nosotros sus amigos, esto no vino á suceder sino pocos meses antes de su partida. Y fué cuando empezamos á conocerlo, á comprender su gran inteligencia y su gran bondad. Antes, el diario nos lo había ocultado al extremo de que era para nosotros casi un desconocido.

Y cuando ya le queríamos é íbamos,—más que como compañeros como discípulos,—á nutrir nuestros espíritus en la fuente clara de sus pensamientos, el buen maestro nos envió el anuncio de su viaje.

El día antes de su partida, pudieron él y su distinguida esposa hacerse la ilusión de que su hogar estaba aquí. Los amigos,—unos pocos, pero amigos de veras—quisieron acompañarle durante todo ese día. Sin estiramientos incómodos ni vulgares etiqueteos, las horas pasaron plácidamente, como en una reunión de buenos hermanos.

Como un sereno apóstol, Masferrer nos ha predicado la bondad, la bondad que todo lo dulcifica y de que tanto han menester los escritores para cumplir la misión que Dios les ha confiado. Sobre nuestras almas enardecidas por el orgullo y la vanidad las generosas palabras del joven maestro han pasado como una onda de frescura deliciosa.

M. MAGALLANES MOURE

Forador.
18 Setiembre
SALON
LA ROSA CHILENA
19
POLICIA
20

LOS ORGULLOSOS

En la India se condenaba a algunos hombres a ser enterrados vivos. Ciertos sentimientos sufren la misma pena en nuesro corazon.

...—Sea usted franca—le suplicó—ahora puede serlo sin herime: ¿siempre estuve lejos de su corazón?

Con discreta ironía plegáronse los labios de ella al repetir aquella palabra sola:

—¡Siempre!

El seguia sonriendo y apenas un imperceptible temblor ajitó sus párpados. Sentian tristeza como si ese algo leve que *aun* los ligaba se hubiese roto definitivamente.

—Yo también. Por un momento pude creerme cautivo de su belleza... Nada más.

El silencio se detuvo para oir lo que pensaban. Ambos vencedores y sin voz con que manifestarlo comprendían ahora que toda victoria sobre sí mismo implica la derrota de uno mismo. Avergonzados ó pensativos miraron delante de sí con insistencia y humedeció sus ojos un vago enternecimiento que los dos (*El* i *Ella*) creyeron compasión recíproca.

Pero en su interior cada uno sabe por quién llora de este modo. Sabe cada uno que es por su propio corazón, su pobre corazón, su corazón!

AUGUSTO THOMSON

1903.

¿... Y DAUDET?

—¿Y Daudet?—me preguntó el capitán Flambeur.

—¿Daudet?—contesté sorprendido.

—¿Qué Daudet?

¡Quién ha de ser! Daudet, el autor, Alfonso Daudet.

—Pero, ¿á cuento de qué me habláis de Daudet?

—Para saber si está un poco ménos *derrotado*.

—¿*Derrotado*? ¿Daudet?

Pero súbitamente me asaltó el recuerdo.

—¡Sí, hombre, sí, Daudet! Ya está mejor de ropa y de intereses.

—Me alegro! Me alegro! ¡Pobre perillán!

Para la claridad de este relato, es preciso, —como diría Ohnet,— volver la vista unos cuantos años atrás.

El tío Flambeur, paisano mío, antiguo capitán, el mejor hombre del mundo, divertido y gracioso, desembarcó un día en París para ver la Exposición de 1889

La fecha del viaje me evita decir su objeto.

En cuanto sacudió el polvo del camino se fué á verme al café del «Gato Negro» donde tenía mi tertulia, y, abrazándome, me instituyó en su «cicerone».

Acepté la comisión con regocijo, porque el capitán Flambeur era un alegre derrochador, que sabía gastar con los amigos el dinero que traía del pueblo.

El viejo y simpático lobo marino tenía una manía extraña: conocer á los grandes hombres, á las celebridades.

Le proporcioné cuantas notables amistades quiso.

En realidad de verdad, los grandes hombres que yo le presentaba no eran completamente auténticos. Pero los camaradas se prestaban de buen grado á la inocente superchería, lo que les valía suculentas cenas y abundantes bocks de cerveza.

—Mi querido Zola, me permitiréis que os presente á uno de mis mejores amigos, el capitán Flambeur.

—Celebro el conocimiento.

Al cabo de un rato:

—Ahí viene Bourget... Pscht!... ¿Cómo vá?... Mr. Paul Bourget... El capitán Flambeur.

—Tengo el honor de saludarle.

Emilio Zola, según creo recordar, lo hacía mi amigo Jorge Moyuet, con el que tenía un vago parecido.

En cuanto á Bourget, su pálida fisonomía era representada por un pintor holandés, cuyo nombre he olvidado. Jamás se le vió sereno en dos ó tres años que estuvo en París.

Y así sucesivamente.

Lo malo era que el capitán Flambeur, terrible fisonomista, me ponía á lo mejor en los más grandes apuros.

—Mira, mira, ahí entra Pasteur... Eh! señor Pasteur, venid á tomar un vermouth con nosotros.

Por lo común, Pasteur aceptaba sin hacerse de rogar.

¡Perdonadme, Zola! ¡Perdonadme, Bourget!

¡Perdonadme, Pasteur! Y perdonadme todos vosotros, literatos, poetas, pintores, sabios, miembros del Instituto!

Un día al amanecer...

No sé si era que habíamos madrugado ó que todavía no nos habíamos acostado. ¡Cruel enigma!

Un día al amanecer, paseábamos por la plaza Clichy, en la que se levanta la estatua de Mancey.

El pedestal de esta estatua tiene á todo su alrededor un banco circular de granito sobre el que los vagabundos duermen á pierna suelta.

Uno de esos, el que tenía el traje más remendado y hecho girones, roncaba.

El sombrero se le había caido, yendo á rodar á larga distancia. Un sombrero que había sido de moda, pero que estaba cubierto de polvo y de grasa, que no se podía coger sin mancharse.

En el fondo del sombrero lucían dos iniciales: A. D.

—Mirad, capitán Flambeur, fijaos en ese hombre que ronca ahí.

—¿Quién es?

—Pasmaos... ¡Alfonso Daudet!

—¡El!... ¡El autor de «Tartarin de Tarascon»!

—¡El mismo!

—¡Ah! Sí, si es verdad. El sombrero tiene sus iniciales. ¡Pobre hombre, tan derrotado! Pero decidme, ¿Daudet no gana mucho dinero?

—Si que lo gana, pero desgraciadamente es un hombre que se emborracha.

—Muy triste es ver á un hombre de tanto mérito entregado á la bebida.

—Sí, sí, muy triste. Pero, para mí, un hombre que «bebe» es un temperamento.

—Decidme, ¿queréis que le despertemos y le convidaremos á almorzar?

Oh! no! Daudet es desgraciado, pero muy orgulloso.

Entonces, muy discretamente, el buen Flambeur sacó de su portamonedas cinco piezas de á cinco céntimos y se las deslizó en el bolsillo al famoso autor de «Sapho».

Yo había olvidado semejante historia, que me la ha hecho recordar el capitán Flambeur al preguntarme al otro día:

—¿Y Daudet?

ALPHONSE ALLAIS

Concurso convocado por la IMPRENTA BARCELONA
de los señores *Barros y Balcells*

ARTE FOTOGRÁFICO NACIONAL

Concurso *C* — Tercer premio de conjunto
Señor *Guillermo Olea C.*

Gómez Carrillo, el delicioso *cronique*ur, acaba de enviarme su libro *Quelque Petites Ames d'ici et d'ailleurs*, vertido al francés por Ch. Barthez.

Mr. Paul Brulat, el autor de «La Gangue» y de «El dorado», dos libros que han tenido tanto éxito como los más famosos de Zola, consagra á la obra de Gómez Carrillo un precioso artículo, del cual estractamos el párrafo siguiente:

«Entre todos los escritores franceses actuales, este extranjero me parece el más íntimamente parisiense por las cualidades de su pensamiento, de su ingenio y de su sensibilidad. Es originalísimo: no imita á nadie: ni á Renán ni á Anatole France á cuya raza pertenece, raza intelectual que remonta á Voltaire y á Montaigne. No es de los que tienen grandes movimientos de alma, estallidos líricos de esos que caracterizan á los héroes latinos como Hugo y Zola; pero en cambio, ¡cuánta suavidad, cuánta luz, cuánto encanto, cuánta ligereza irónica y penetrante! Es un espíritu de París, os digo; es un parisiense caballeresco, frívolo, lleno de malicia y de tolerancia. Sólo los violentos saben ser tan dulces; los violentos que, dominándose, ganan en atractivo lo que pierden de carácter »

Estas lineas caracterizan admirablemente la figura intelectual del notable escritor guatelmateco.

Lo reducido del espacio me impide dar noticia detallada del libro, que en realidad es primoroso.

\\\\Manuel Ugarte me envía desde París su último libro, *Visiones de España*, editado por la casa Sempere de Valencia.

Consta esta obra de una veintena de artículos; cuadros de viaje, estudios de costumbres, semblanzas de escritores, etc.

Es un libro sumamente interesante, cuya lectura aparte del placer literario que causa, deja en el espíritu más de una lección provechosa i sana. Se halla á la venta en Santiago en las librerías de Ioâo Nascimento y «La Joya Literaria.»

\\\\Tengo noticias referentes á que la Casa Sempere, anteriormente citada, ha solicitado del distinguido poeta Víctor Domingo Silva que le envíe los originales de su libro *Hacia allá*, para hacer una gran edición de él. A ser esto efectivo, mis felicitaciones al notable poeta, pues así su obra será conocida en todos los países de habla castellana y, á no dudarlo, aplaudida, como ya lo ha sido aquí.

\\\\El Ateneo se preocupa actualmente en preparar la publicación de una Revista que será redactada por sus miembros activos y en la cual se insertarían los trabajos leídos en sus interesantes veladas, los cuales, á falta de prensa literaria que les dé publicidad, quedan, por lo general, inéditos.

A este efecto, se procura elevar el número de socios, con el objeto de reunir mayor suma de cuotas y costear así los gastos que demandaría una Revista bien presentada.

\\\\Noticias de Colombia hacen saber que la Cámara de ese país acordó, por indicación del poeta Guillermo Valencia y del General Uribe y Uribe, asociarse al duelo causado por la muerte de *Isaías Gamboa*.

El Instituto, importante publicación literaria de Cali, dedicó un número extraordinario á lamentar la muerte del exquisito literato.

\\\\Próximamente saldrá á luz la Revista *Zig-Zag* que, según se dice, será la primera publicación de su género en Hispano-América.

La parte artística está á cargo del reputado dibujante francés, Mr. Paul Dufresne, antiguo colaborador de *Le Figaro* y de la *Revue des Beaux Arts*.

Hemos tenido ocasión de ver el original de la carátula del primer número y no dudamos en afirmar que es una verdadera obra de arte.

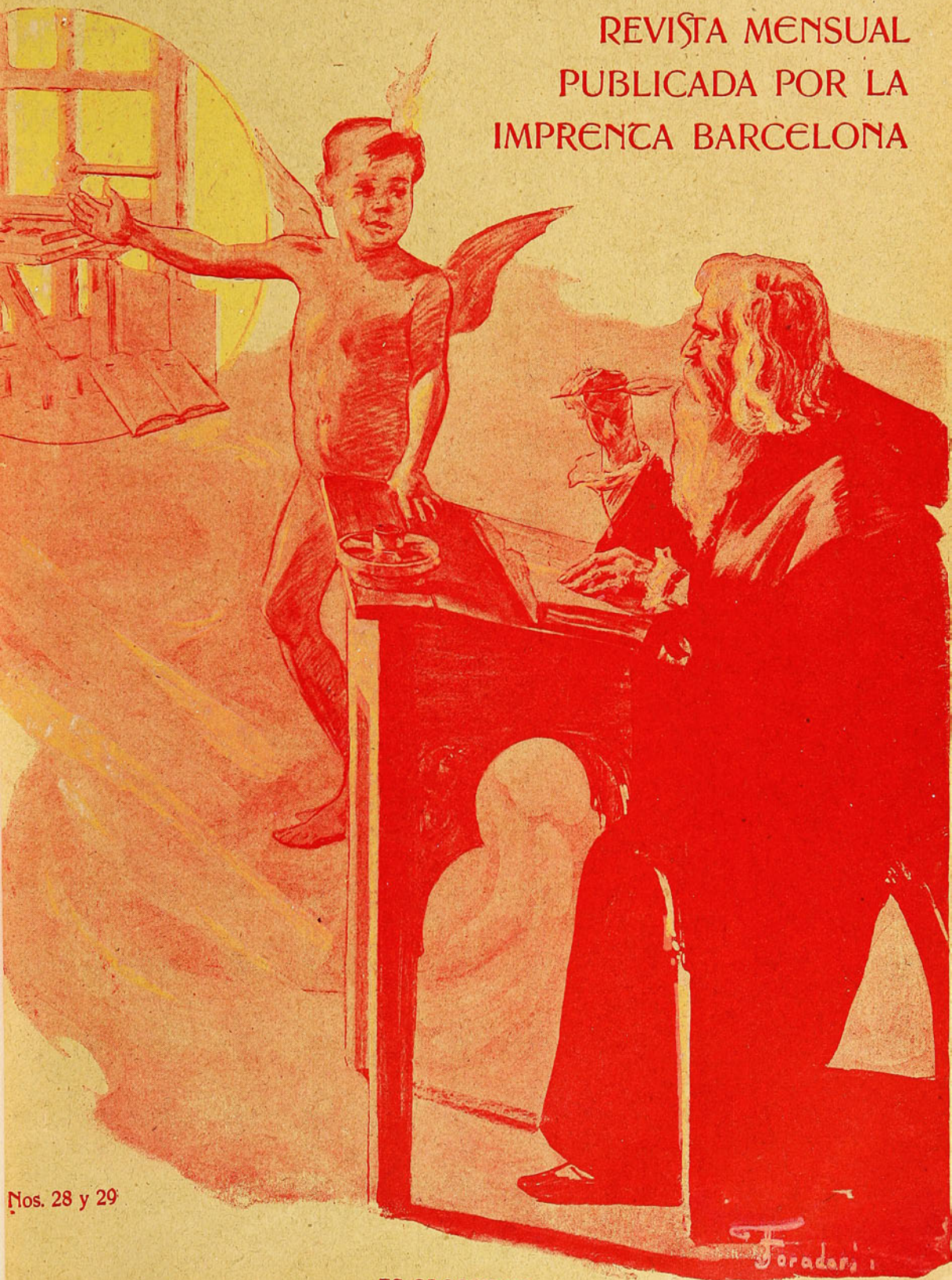
BARBOUILLEUR

CASA
LA CASA
MUZARD
QUE
FUNDADA EN
1845
VENDE
CASA
MAS
MUZARD
BARATO
MUZARD
PAPELES PINTADOS
NOVEDADES
CASA
MUZARD
NOVEDADES
PARA Señoras Y
NIÑAS
GRAN MUEBLERIA
Santiago Valparaiso

CASA
LA CASA
MUZARD
QUE
FUNDADA EN 1845
VENDE
CASA
MAS
MUZARD
BARATO
MUZARD
TALERIA LOZA
PAPELES PINTADOS
NOVEDADES
CASA
MUZARD
NOVEDADES
PARA Señoras y
Niñas
GRAN MUEBLERIA
Santiago Valparaiso

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA



Nos. 28 y 29

ES PROPIEDAD

CHILE ILUSTRADO

DEDICA EL PRESENTE

NÚMERO Á HONRAR EL

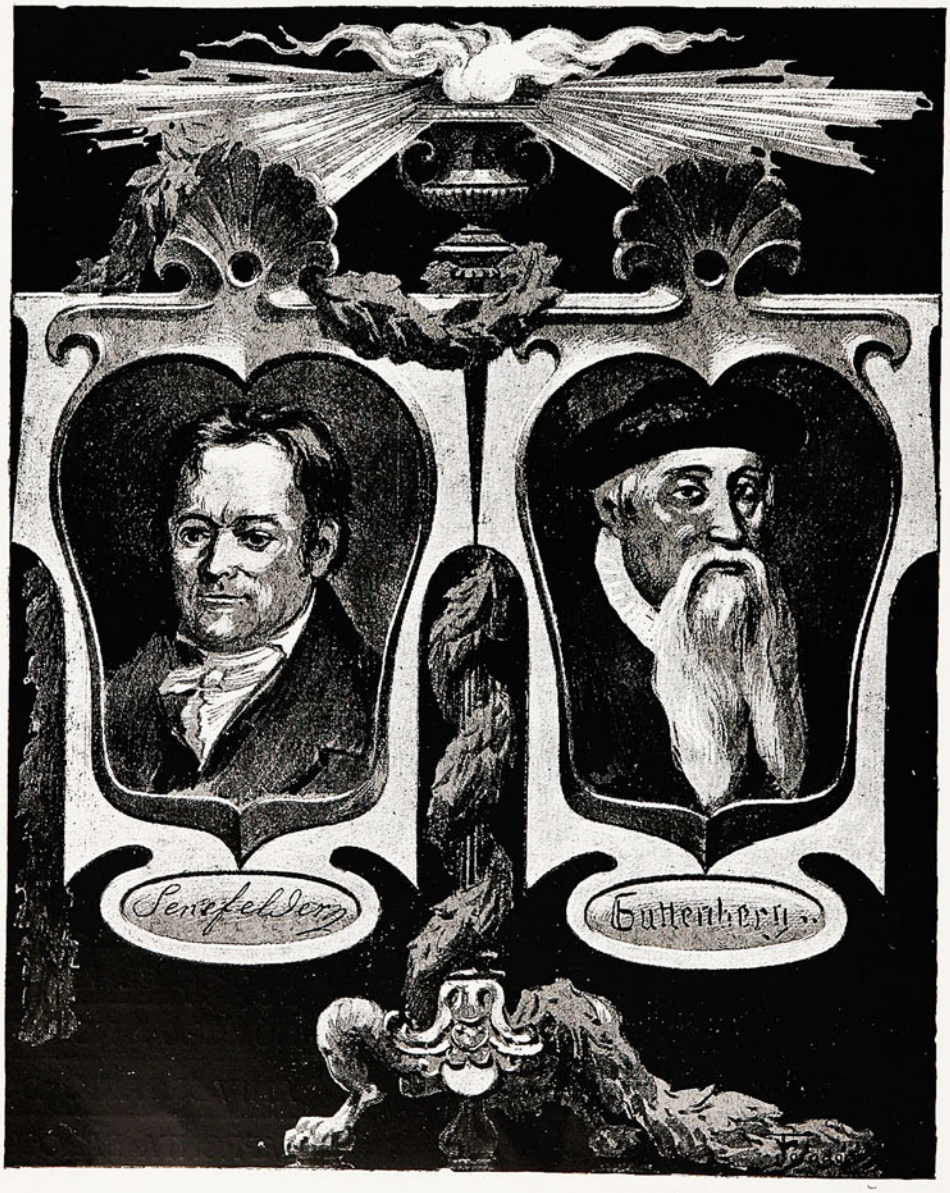
ANIVERSARIO DE LA

IMPRENTA BARCELONA

Año III Precio: Un peso Novbre. y Dicbre.

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.



IMPRENTA BARCELONA
FACHADA Y OFICINAS

EL EDIFICIO

CHILE ILUSTRADO

Hoy engalana sus páginas celebrando el aniversario de la fundación de la IMPRENTA BARCELONA.

En noviembre de 1891, gracias á la iniciativa cariñosa de un buen amigo común, los señores Barros y Balcells echaron los cimientos del importante establecimiento industrial que edita la presente Revista.

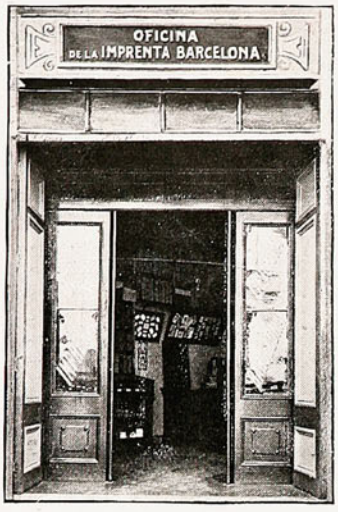
Sostenido á costa de grandes sacrificios con el noble propósito de manifestar de un modo práctico, por hechos y no por meras palabras, los progresos que alcanza el arte tipográfico y demás artes conexos con el libro, CHILE ILUSTRADO trata de corresponder hoy beneficio con beneficio, presentando á sus lectores el establecimiento modelo en que se edita, y al público en general, los detalles de una industria nacional de extraordinaria importancia.

Cuatro ó cinco años atrás no habría sido posible publicar en Chile ciertas obras de lujo, v. gr., la que con el nombre de *Roma* publicó don Rafael Errázuriz Urmeneta á principios de este año; ó una revista ilustrada como la presente, porque no habían entonces elementos adecuados en el país para la ejecución de trabajos tipográficos de tanta importancia.

Hoy día, gracias al esfuerzo generoso y progresista de industriales que han sabido romper y despreciar los viejos moldes de la rutina y que no han trepidado un momento en acumular en sus talleres todos los elementos posibles de mejoramiento de las industrias gráficas, no solo es posible imitar los mejores trabajos extranjeros en este ramo, sino aún producir buenas y originales ilustraciones que nada tienen que envidiar á las de los países más adelantados.

LA REDACCION

LA IMPRENTA BARCELONA



LA ENTRADA

Apenas establecida la IMPRENTA BARCELONA, en noviembre de 1891, advirtieron sus fundadores que el estado de atraso en que se hallaba el arte tipográfico en Chile, no correspondía á la cultura general del país. Acometieron entonces resueltamente la empresa de elevar cuanto fuera posible todos los ramos de las industrias conexas con el libro, que fué lo que constituyó esencialmente el objeto de la sociedad de los señores Barros y Balcells.

En efecto, en 1892 y 1893, la mayor parte de las antiguas máquinas tipográficas de los talleres de la IMPRENTA CATÓLICA de don Manuel Infante, que habían sido la base de la IMPRENTA BARCELONA, eran substituídas por máquinas alemanas de las más perfeccionadas, de la conocida y célebre fábrica Albert y C.ª, de Stutgart.

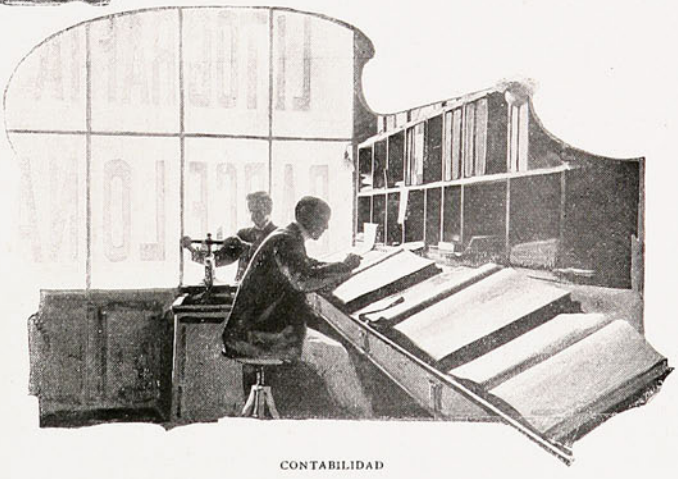
De las antiguas prensas que tuvo la IMPRENTA BARCELONA en su primer taller de la calle de Santo Domingo, hoy sólo queda una Marinoni, y que sus dueños la conservan como un recuerdo de la manera modestísima con que iniciaron sus trabajos industriales. A mediados de 1893, la IMPRENTA BARCELONA abrió al público sus talleres ya transformados y por completo modernizados, en el local que actualmente ocupa, pero que entonces era de un cuarto de cuadra de extensión con frente á la calle Moneda y que hoy se extiende por más de media cuadra en dicha calle, hasta doblar la de San Antonio, en el conocido edificio de los R.R. P.P. Agustinos.

La estereotipía, la litografía, la fábrica de libros en blanco y la de sobres, secciones que hoy día han adquirido un desarrollo inmenso en la IMPRENTA BARCELONA, datan de aquel

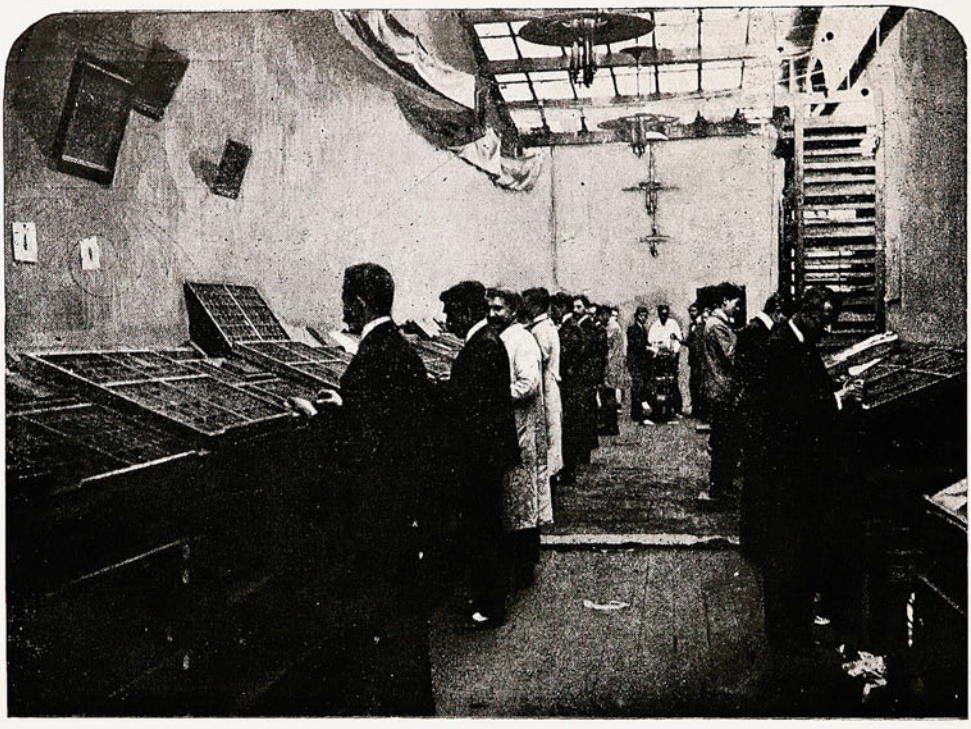
LA ATENCIÓN AL PÚBLICO

GALERÍA DE LA OFICINA

GERENCIA



CONTABILIDAD



LA COMPOSICIÓN

año de 1893. Con razón decían los señores Barros y Balcells en 1894, al dar noticia á su distinguida clientela del premio obtenido por la IMPRENTA BARCELONA en la Exposición Industrial de aquel año:

«Obreros del progreso, cooperadores modestos en la honrosa tarea de solucionar prácticamente la cuestión social, por medio del trabajo que dignifica al obrero, y del ahorro y la moralidad que lo elevan y mejoran, el premio discernido á la IMPRENTA Y ENCUADERNACIÓN BARCELONA lo comparten sesenta hombres honrados, laboriosos y puntuales, y veinte niños que serán mañana otros tantos excelentes operarios, verdaderos productores de la riqueza y del bienestar sociales».

LA IMPOSICIÓN

Estas palabras podrían repetirlas ahora, pero con muchísima mayor razón.

Hasta 1899, los progresos de la IMPRENTA BARCELONA en todos sus ramos iban siendo correspondidos por el público en forma cada vez más halagüeña; por lo cual se resolvió entonces que uno de los representantes de la firma social, el señor Balcells, se trasladara á Europa en viaje de estudio con el fin de aprovechar los grandes ade-

lantos introducidos últimamente en el arte tipográfico y de los cuales dió brillantes muestras la Exposición Universal de París, celebrada en 1900.

Frutos de ese viaje han sido las innumerables mejoras de los procedimientos mecánicos y de los elementos de trabajo, que han permitido adquirir merecido renombre á la IMPRENTA BARCELONA por sus impresiones en colores, fotolitos, tricomías, fototípicas y litográficas, etc.

SECCIÓN COMERCIAL

En la actualidad la IMPRENTA BARCELONA, después de trece años de constantes esfuerzos por parte de sus fundadores, corresponde á los propósitos que se tuvieron en vista al establecerla: ha señalado cada año de su existencia con nuevos adelantos, correspondiendo así al favor siempre creciente que le ha dispensado el público.

FUNDICIÓN

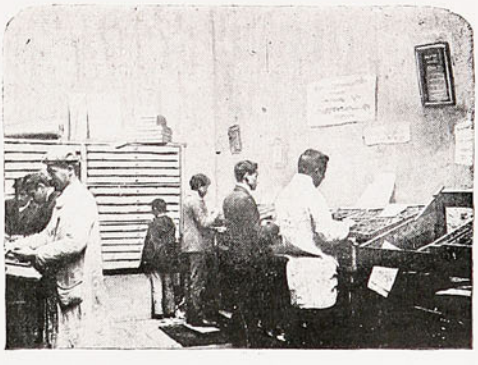
Pedir á Europa ó Estados Unidos carteles, etiquetas, libros y cuadernos en blanco, sobres, timbres en relieve y, en general, toda clase de productos de esta especie, ya sólo puede hacerse por capricho, ó por falsa concepción de los intereses generales y á la vez de los particulares del aficionado al extranjerismo.

Por suerte, en Chile ya se nota cierto sentimiento de orgullo al ver que, gracias al esfuerzo de las grandes industrias, empezamos á independizarnos de la producción extranjera.

Es verdaderamente ejemplarizador el espectáculo de un taller en donde, según la gráfica expresión del poeta latino, *fervet opus* (hierve el trabajo) porque la previsión agrega de continuo elementos sobre elementos de labor, porque allí el arte de día en día se perfecciona, porque la inteligencia, la economía y la generosidad se hermanan y armonizan y porque la asociación de intereses agiganta los esfuerzos y las energías.

La IMPRENTA BARCELONA que en 1891 iniciaba sus servicios con un personal de 20 obreros, ahora distribuye el trabajo de sus múltiples secciones entre más de doscientos operarios, hombres mujeres y niños.

Así se comprende que el progreso ordenado y tranquilo; pero siempre positivo de industrias, como la que nos ocupa, contribuyan eficazmente á la realización del ideal económico que consiste en que el país no sólo se baste á sí mismo sino que desborde su producción á otros países en busca de nuevos mercados.—X.



ESTADÍSTICA

UN DOCUMENTO DE PLAZO VENCIDO

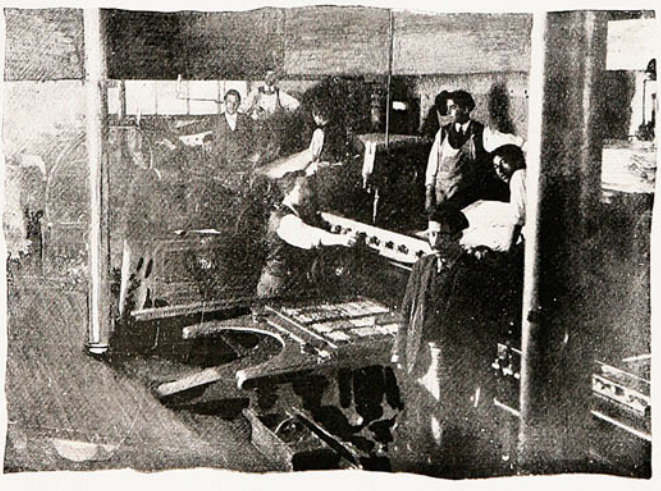
IMPULSIÓN

Desde aquellos lejanos días en que nuestros abuelos no querían enseñar á escribir á sus hijas por temor que aprovecharan el arte en cartas para sus novios ó candidatos á tales, hasta estos días en que se hacen pocos los buzones para recibir tantas postales; desde los no muy remotos tiempos en que se estilaban carteles como aquel que decía—*Cepro y velas ubi da*—hasta los presentes en que el *affiche* es un campo en que se hacen todas las agudezas del ingenio: ¡cuántos progresos han realizado las artes gráficas y cuán distinto es nuestro mundo de lo que era hace treinta, cuarenta ó cincuenta años! Si un hombre que hubiera fallecido entre los atrasos y obscuridades de ha medio siglo, resucitara ahora y viera el camino recorrido ¡cuánto le pesaría de haberse muerto tan á destiempo!

Y sin embargo de tanto progreso y adelanto, hay dos cosas que han permanecido estacionarias, entre las que tocan más de cerca al hombre: son los pantalones y las cartas.

Cruzando razas, casando el frac con la levita, el hombre ha hecho nacer el «jaquet» y el «smoking»; pero nada ha podido con el pantalón, que, salvo insignificantes diferencias de detalles, sigue siendo el mismo que conocieron nuestros abuelos.

Se mejora el correo, se inventa la unión postal universal, se descubren las postales, las artes gráficas enriquecen por modo maravilloso este detalle la vida; pero la carta, la antigua carta, sigue siendo la misma: ¿será porque el hombre, tan hábil para cambiar todo lo que le rodea, es incapaz de cambiarse y de mejorarse el mismo!



IMPRESIÓN DE GRABADOS

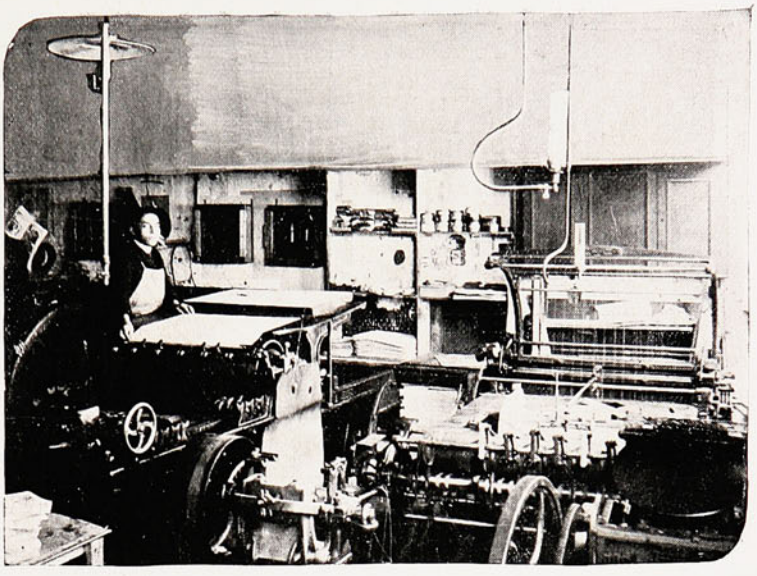
Y nada hay más gráfico que una carta, no solo por ser escrita, sino porque á ella pasa toda entera el alma del que la escribe. Es un vehículo más ó menos lujoso, de mayor ó menor pompa, pero que siempre conduce los mismos pasajeros: ya las ternuras de una madre, ya las ocupadísimas ociosidades de los hijos ausentes y rehacios para escribir; ora la inefable necedad de los enamorados románticos; ora la astuta fraseología de los hombres de negocios; tanto los ambiciosos planes de los pichones de ministros como los sablazos descargados contra los blandos de corazón .. y de bolsillo.

TRICROMÍA

Y no solo no ha podido nada el progreso sobre la carta, sino

LAVADERO DE RODILLOS

que hasta ha declinado esta de su antigua alcurnia: es frecuente jugar á cartas vistas, todas son cartas jugadas. ¿Y qué vale hoy una carta de recomendación, género que antes hacía la fortuna de un pretendiente?...



IMPRESIÓN Y RAYADOS

Al llegar á este punto de mis reflexiones, se me presenta el recuerdo de una anécdota perfectamente auténtica, que parece desligada de la materia de las anteriores líneas, pero que, en realidad, tiene con ella afinidad estrecha, como que sirve de punto de medida de lo que valen las cartas, sobre todo las cartas de promesas.

Antes de ser Presidente de la República don Domingo Santa María anduvo una vez por el sur trabajando una candidatura senatorial. En una de sus excursiones, dió con un hacendado rico, que tenía muchísimos inquilinos calificados y era todo una potencia electoral. El candidato supo ganarse la voluntad del hacendado y con el apoyo de éste triunfó y llegó á ser miembro del Senado.

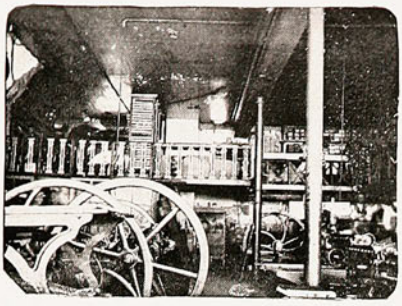
Luego que entró en posesión de la silla curul, Santa María escribió al gran elector una carta de agradecimiento, muy cariñosa y efusiva; y en ella, entre mil protestas de gratitud, puso la siguiente frase: «Y no olvide que si alguna vez Vd. ó cualquiera de los suyos necesita algo por estas alturas, me ofendería si no me ocupara en su servicio: yo sé pagar como político los compromisos que contraigo como candidato».

Pasaron muchos años y ni el hacendado ni su familia tuvieron necesidad de aprovechar los rumbosos ofrecimientos del senador. Pero después vinieron años de calamidades y malos negocios; los del hacendado fueron á menos y su fortuna desapareció y fué reemplazada por la pobreza. Casi en la miseria murió el antiguo potentado electoral, que no dejó á su hijo, por toda herencia, más que un legajo de cuentas por cobrar.

El hijo había entrado muchacho al ejército y era capitán desde algunos años antes de la muerte de su padre. Era un mozo inteligente, pero, fuera por injusticia, fuera por falta de empeños, no había podido pasar del grado de capitán y en él se estaba como en conserva, bastante aburrido y con el cuello largo, muy largo, á fuerza de estirarlo por si alcanzaba á divisar los galones y el sueldo de sargento mayor. Más, su mirada no llegaba tan lejos...

TRABAJOS COMERCIALES

Un día el capitán se dedicó á registrar los papeles de su padre, por si hallaba entre ellos algún crédito en vigencia y susceptible de efectividad. Al cabo de dos buenas horas de escrutinio tropezó con aquella famosa carta, tan llena de promesas, de Santa María, que ahora era Presidente de la República.



CLISÉES

COSTURA DE REVISTAS

DOBLEZ DEL PAPEL

REVISANDO PLIEGOS

PLIEGOS IMPRESOS

Leyóla con asombro y con gratísima sorpresa, y apenas hubo concluído de leerla descolgó de una percha el uniforme más viejo del escaso guardarropa, lo cepilló prolijamente, á fin de que se viera viejo pero limpio, vistióse con él, empuñó el sable y la carta y se lanzó á la Moneda, decidido á tomársela por asalto si hallaba resistencia.

ENCUADERNACIÓN RÚSTICA

¿Pero quién podía atajar á un hombre que se presentaba con aire tan marcial y tan resuelto? Hasta el mismo edecán de S. E. se sintió dominado por el capitán y le obtuvo una audiencia del Presidente.

Entró el visitante á la sala del despacho de Santa María y allí empezó á sentir que le flaqueaban un poco las piernas, al ver el rostro agrio del primer magistrado. Cobró valor y al fin se atrevió á decir:

—¿Su Excelencia?

—¿Qué se le ofrece?—preguntó Santa María.

Dudó un instante el capitán, mientras hacía girar el kepi colgado de la mano izquierda empuñada, y luego dijo resueltamente:

—¡Una cuentecita, Excmo. Señor!

—¿Una cuentecita?—replicó el Presidente con gesto asombrado y aún más agrio.

—Sí, Excelencia: un documento de plazo vencido contra V. E.

—¡Yo no debo un centavo á nadie!

—Pero parece que á mí sí me debe S. E

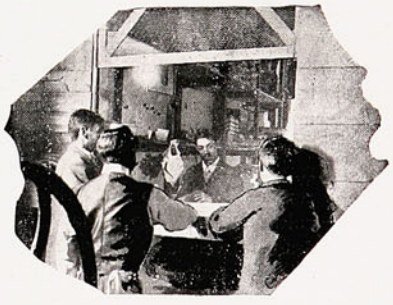
—A ver, déme Ud. el documento.

El capitán sacó entonces la carta y la presentó extendida ante los ojos del Presidente. Leyóla éste y reconoció sus antiguas promesas al valioso elector del sur. Serenósele el rostro á Santa María y hasta sonrió.

—Bien, reconozco la deuda. ¿En qué quiere que se la pague?

—Un ascenso, Excmo. Señor. Hace ocho años que soy capitán y sufro postergaciones; tengo buenos servicios y ni una sola nota en contra.

El Presidente hizo llamar al jefe de sección del Ministerio de la guerra; preguntóle si había alguna vacante de sargento mayor y, dada la respuesta afirmativa, ordenó que inmediatamente se despachara el ascenso del capitán; volviéndose en seguida á éste le dijo:



ENTREGANDO MATERIALES

—No dirá Vd. que soy mal pagador.

—Su Excelencia es un deudor modelo y tendrá siempre en mí un servidor fiel y muy adicto.

Pero el capitán no se retiró y siguió allí plantado, hasta que Santa María hubo de decirle:

—Ya está Vd. despachado: ¿qué más se le ofrece?

El capitán se rascó imperceptiblemente la cabeza y en seguida dijo:

—El documentito, Excmo. Señor: si me lo devolviera...

—¡Ah! ya! Parece que á Vd. le gusta cobrar dos veces la misma cuenta.

—Nó, Excmo. Señor, sino que deseo conservar ese recuerdo y ese autógrafo de S. E.—respondió algo socarronamente el capitán.—Rió Santa María de buena gana y devolvió la carta al nuevo sargento mayor, pero advirtiéndole:

—En adelante tendré cuidado de no pagar sino cuando me presenten la cuenta «cancelada».

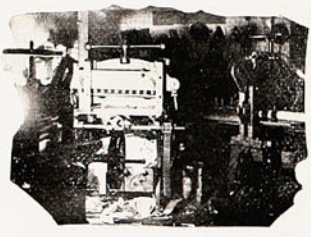
Hoy el capitán habría ido al hospicio por inocente ó á la cárcel por atrevido: es una candidez creer en deudas electorales y una falta de respeto cobrarlas.

RONQUILLO

ENCUADERNANDO LIBROS EN BLANCO

ORIGENES DEL ALFABETO

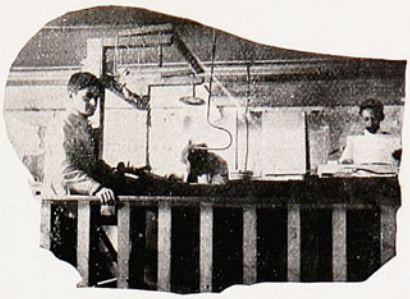
En el silencio de la noche escribía, hacía mucho tiempo que escribía. La luz de la lámpara inundaba mi mesa y la pantalla dejaba entre sombras los libros que cubrían los cuatro lienzos de mi gabinete de trabajo. El fuego moribundo sembraba en la ceniza sus postreros rubíes. Los acres vapores del tabaco enrarecían el aire; ante mí, en un platillo, sobre un montón de cenizas, el último cigarrillo erigía muy rectamente su débil columna de humo azulado. Y las tinieblas de esta habitación eran misteriosas, porque en ella se presentía confusamente el alma de todos los somnolientos libros. La pluma dormitaba entre mis dedos y yo pensaba en cosas muy antiguas, cuando del humo de mi cigarrillo, como de los vapores de mágica yerba, surgió un extraño personaje: sus cabellos formando bucles, sus ojos atentos y brillantes, su nariz acartonada, sus labios apretados, su barba negra, rizada á la usanza asiria, su tinte de bronce claro, la expresión irónica y de cruel sensualidad pintada en su semblante, las formas rechonchas de su cuerpo y sus ricos vestidos revelaban á uno de esos asiáticos llamados bárbaros por los helenos. Estaba cubierto con un gorro azul que



CORTE DE PAPEL

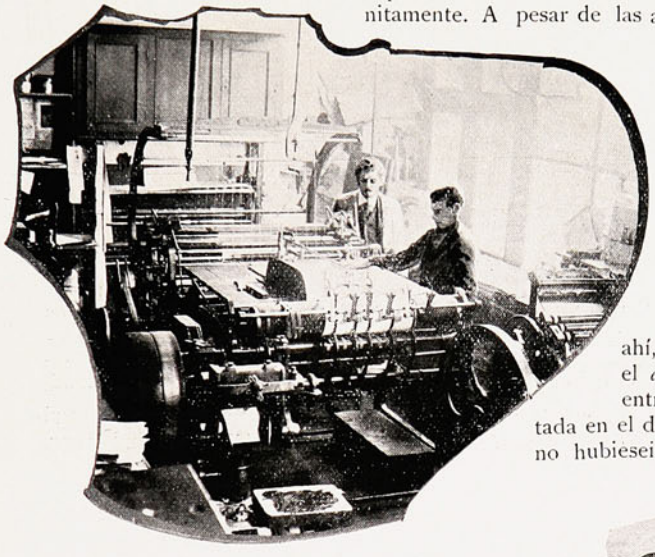
LITERATURA

afectaba una cabeza de pescado sembrada de estrellas. Llevaba una túnica purpúrea, bordada con figura de animales, y sostenía en la diestra un remo y en la otra unas tabletas. Ningún temor sentí al verle. Nada mas natural que en una biblioteca aparezcan fantasmas. ¿Dónde podrán mostrarse las sombras de los muertos, sino entre los signos que conservan su memoria? Invité al extranjero á que se sentara, pero él continuó inmóvil.



EL ANTIGUO RAYADO

—Dejadme, dijo, y haced como si yo no estuviese aquí, os lo suplico. He venido á contemplar lo que escribís en ese mal papel. Me distrae mucho, aunque no me preocupa de ningún modo las ideas que podáis expresar. Pero esos caracteres que trazáis me interesan infinitamente. A pesar de las alteraciones que han sufrido en veintiocho siglos de uso, las letras que brotan de vuestra pluma no me son desconocidas. Reconozco esa B que, en mi tiempo, se llamaba *beht*, es decir, *casa*. Ahí está la L, que llamábamos *lamed*, porque tiene forma de aguijón. Esa G procede de nuestra *gimel* por su cuello de camello, y la A emana de nuestro *aleph* por su cabeza de buey. Cuanto á la D, que veo ahí, representaría tan fielmente como el *daleth* que le ha dado origen, la entrada triangular de la tienda plantada en el desierto, si por un trazo cursivo no hubieseis redondeado los contornos de



MÁQUINA MODERNA: RAYADO AUTOMÁTICO

ese signo que significaba una vida antigua y nómada. Habéis alterado el *daleth* como las demás letras de mi alfabeto. Pero no os lo reprocho. Lo hacéis por abreviar. El tiempo es precioso. El tiempo está formado de polvo de oro, dientes de elefantes y plumas de avestruz. La vida es corta. Es preciso, sin perder un momento, negociar y navegar, á fin de conquistar riquezas para envejecer feliz y respetado.

RECORTANDO LIBROS

—Caballero, le dije, en vuestro aspecto lo mismo que en vuestras palabras, reconozco á un viejo fenicio.

FABRICANDO SOBRES

Me respondió simplemente:

—Soy Cadmo, la sombra de Cadmo.

—En este caso, le repliqué, no existís propiamentente hablando y vuestra existencia es mítica y alegórica. Porque es imposible dar crédito á todo lo que los griegos han dicho de vos. Cuentan que matasteis á la vera de la fuente de Arés, un dragón cuya boca vomitaba llamas y que habiendo arrancado los dientes del monstruo los sembrasteis en la

LA SECCIÓN ARTÍSTICA

tierra donde se transformaron en hombres. Todo esto son leyendas, y vos mismo, caballero, sois fabuloso.

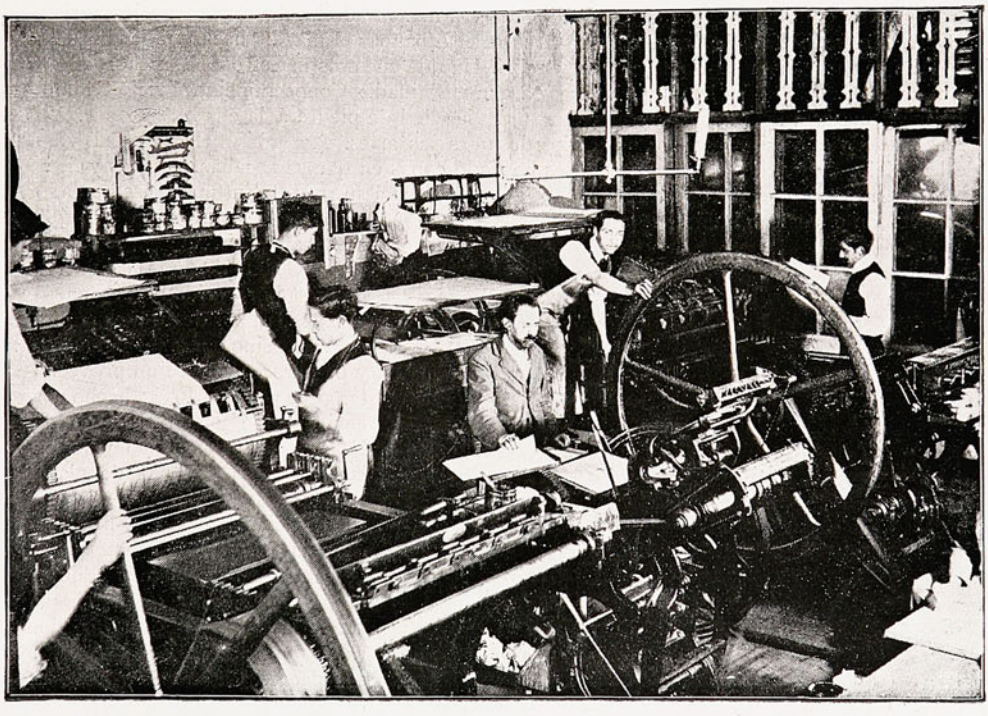
—Es posible que el trascurso de los siglos me haya vuelto así y que esos grandes niños que vosotros llamáis griegos hayan rodeado de fábulas mi memoria; lo creo, pero no me preocupa. Jamás me he inquietado por lo que de mí se pensase después de muerto; mis temores y mis esperanzas no han ido más allá de la vida que se goza en esta tierra, que es la única conocida por mí aun hoy mismo. Porque yo no llamo vivir flotar como una sombra vana sobre el polvo de las bibliotecas y presentarme vagamente á M. Ernesto Renan ó á M. Felipe Berger. Y semejante estado de fantasma paréceme tanto más triste por lo mismo que en vida fué mi existencia la más activa y mejor empleada. Nunca me entretuve sembrando dientes de serpientes en los campos beocios, á menos que esos dientes no fuesen los odios y las envidias que suscitaron en el alma de los pastores del Cyteron mi riqueza y poder. He navegado toda mi vida. En mi negro barco que llevaba en la proa un enano rojo y monstruoso, guardián de mis tesoros, observando los siete Cabiros que bogaban por el cielo en su barca resplandeciente, guiando mi ruta por esa estrella inmóvil que los griegos llamaron, por causa mía, la Fenicia, he surcado todos los mares y abordado en todas las costas; he ido á buscar el oro de la Cólquida, el acero de las Calybes, las perlas de Ofir, la plata de Tartesio; he recogido en Bética el hierro, el plomo, el cinabrio, la miel, la cera, y franqueando los límites del mundo, he recorrido bajo las brumas del Océano hasta la isla sombría de los bretones, de donde he regresado viejo, blanco los cabellos, rico con el estaño que los egipcios, los helenos y los italiotas me compraban á peso de oro. El Mediterráneo era entonces lago mío. En sus costas aún salvajes he fundado centenares de factorías, y esa famosa Tebas no era más que una ciudadela donde yo guardaba el oro. En Grecia encontré salvajes armados con astas de ciervo y piedras talladas. Yo les dí el bronce y por mí conocieron todas las artes.

CROMISTAS

Sus miradas y sus palabras eran de una dureza que hería. Yo le repondí con severidad:

—¡Oh, erais un negociante activo é inteligente! Pero carecíais de escrúpulos y en ocasiones procedíais como verdadero pirata. Cuando abordabais á cualquier costa de Grecia ó de las islas teníais cuidado de colocar en la orilla preseas y ricas telas, y si las jóvenes, arrastradas por invencible atracción, iban solas á contemplar objetos tan deseados, vuestros marineros robaban aquellas vírgenes que gritaban y lloraban inútilmente y las arrojaban, atadas y temblorosas, en el fondo del barco, custodiadas por el enano rojo. ¿No habéis robado así á la joven Io, hija del rey Ina-

LA IMPRESIÓN DE TARJETAS Y PARTES DE MATRIMONIO



MÁQUINAS PARA CROMO

ARCHIVO DE PIEDRAS

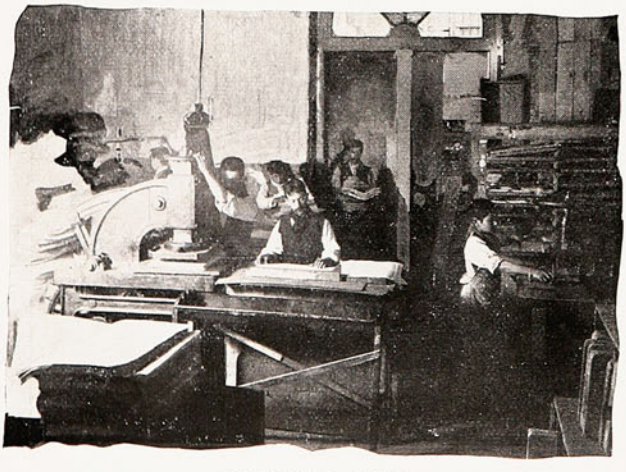
chos, para venderla en Egipto?

—Es muy posible. Ese rey Inachos era jefe de una pequeña tribu salvaje. Su hija era blanca, de finos y puros rasgos. Las relaciones entre los salvajes y los hombres civilizados siempre han sido las mismas.

—Es verdad; pero vuestros fenicios han realizado robos inauditos en el mundo. No han temido saquear los sarcófagos y robar los hipogeos egipcios para enriquecer sus necrópolis de Gebal.

BORRANDO LAS PIEDRAS

—Sinceramente, caballero, ¿os parece bien prodigar así reproches á un hombre muy viejo, al que Sófocles llamaba ya el antiguo Cadmo? Apenas hace cinco minutos que hablamos en este gabinete y ya habéis olvidado que soy vuestro antepasado de veintiocho siglos. Reconoced en mí, querido señor, á un viejo cananeo á quien no hay razón de censurar por algunas cajas de momias y algunas hijas de salvajes robadas en Egipto y en Grecia. Admirad más bien la fuerza de mi intelecto y la hermosura de mi industria. Os he hablado de mis barcos. Podría mostraros mis caravanas yendo á buscar en el Yemen el incienso y la mirra; en el Harran las pedrerías y las especias; en Etiopía el marfil y el ébano. Y mi actividad no se ejercitaba solamente en el cambio y en el negocio. También era un hábil manufacturero cuando á mi alrededor aun dormitaba el mundo en la barbarie. Metalurgista, tintorero, vidriero, joyero, ejercitaba mi genio en las artes del fuego, tan maravillosas que parecían mágicas. ¡Contemplad las copas que he cincelado y admirad el delicado gusto del viejo orfebre de Canaán! Y no era menos admirable en los trabajos agrícolas. De esta estrecha faja de tierra encerrada entre el Líbano y el mar he hecho un jardín delicioso. Aun se encuentran las cisternas que yo abrí. Uno de vuestros maestros ha dicho: «Solo el hombre de Canaán podía construir lagares para la eternidad.» Conoced mejor al viejo Cadmo. Yo he hecho pasar á los pueblos mediterráneos de la edad de piedra á la edad de bronce. Yo he enseñado á vuestros griegos los principios de todas las artes. A cambio del trigo, del vino y de las pieles de ganado que me traían, les he dado copas en que se besaban palomas y figurillas de tierra, que ellos han copiado luego, adornándolas á su gusto. En fin, yo les he dado un alfabeto sin el cual no hubiesen podido fijar ni mucho menos precisar los pensamientos que tanto admiráis. He ahí lo que el viejo Cadmo llevó á cabo. No lo hizo por caridad del género humano, ni por deseo de una gloria vana, sino por amor del lucro, y en persecución de un provecho tangible y cierto. Lo ha hecho por enriquecerse y con el deseo de beber en su vejez rico vino en copas de oro, en mesa de plata, rodeado de blancas mujeres que tegiesen voluptuosas danzas al compás del arpa. Porque el viejo Cadmo no cree ni en la bondad ni en la virtud. Sabe que los hombres son malos y que, más poderosos que los hombres, los dioses son peores. Cadmo los teme, y se esfuerza en calmarlos con sacrificios sangrientos. No los ama. Sólo



IMPRIMIENDO AL RELIEVE

ENERO

1 D **La Circuncisión**
2 L s. Isidoro ob. m.
3 M s. Genoveva vir.
4 M s. Rigoberto, m.
5 J s. Telésforo p.
6 V **Ador. stos. Reyes**
7 S s. Juan, martir
8 D **S. Eladio**
9 L s. Basilia
10 M s. Nicanor, mr.
11 M s. Iginio, martir
12 J s. Benito, abad
13 V s. Gumecindo
14 S s. Hilario, ob.
15 D **S. Pablo ermit.**
16 L **Dulce N. de Jesús**
17 M s. Antonio, abad
18 M s. Liberata
19 J s. Canuto, mart.
20 V s. Sebastian mr.
21 S s. Eulogio, s. Inés
22 D **S. Anastasio**
23 L s. Ildefonso
24 M s. Timoteo, mr.
25 M s. Elvira
26 J s. Policarpo
27 V s. Juan Crisóst.
28 S s. Margarita
29 D **S. Francisco de S.**
30 L s. Martina, viuda
31 M s. Pedro Nolasc.

FEBRERO

1 M s. Cirilo, obispo.
2 J **La Purif. de M. S.**
3 V s. Blas, ob. márt.
4 S **Pas. de N. S. J. C.**
5 D **Sta. Agueda virg.**
6 L sta. Dorotea virg.
7 M s. Romualdo, ob.
8 M s. Juan de Matta.
9 J s. Alejandro
10 V s. Silvano, obisp.
11 S s. Severino
12 D **Sta. Eulalia, vir.**
13 L s. Benigno.
14 M s. Valentin márt.
15 M s. Faustino, mr.
16 J s. Gregorio, p.
17 V s. Rómulo
18 S s. Simeón, mart.
19 D **Septuagésima**
20 L s. León, ob. conf.
21 M s. Maximiano ob.
22 M **La C. de S. Pedro y Sta. Margarita**
23 J sta. María v. mr.
24 V s. Modesto, ob.
25 S s. Cesareo, conf.
26 D **Sexagésima**
27 L s. Baldomero, c.
28 M s. Román s. Justo

MAYO

1 L s. Felipe apóstol
2 M s. Germán, mr.
3 M La inv. de la s. C.
4 J sta. Mónica, v.
5 V s. Pío V, papa
6 S s. Juan ante P.L.
7 D **S. Estanislao, ob.**
8 L Aparic. s. Miguel
9 M s. Gregorio Nac.
10 M s. Gordiano, mr.
11 J s. Mamerto, ob.
12 V s. Domingo
13 S s. Segundo
14 D **S. Bonifacio, mr.**
15 L s. Isidro, labrad.
16 M s. Juan Nepum.
17 M s. Pascual Bailón
18 J s. Félix de Cant.
19 V s. Pedro Celest.
20 S s. Bernardino
21 D **S. Secundino, m.**
22 L sta. Julia, v. mr.
23 M s. Florencio conf.
24 M s. Robustiano m.
25 J Trasl. de s. Franc.
26 V s. Felipe de Neri
27 S sta. María Magd.
28 D **S. Justino mr.**
29 L **Stma. Trinidad**
30 M s. Fernando, rey
31 M s. Pascacio, conf.

JUNIO

1 J **Ascensión del S.**
2 V s. Marcelino
3 S sta. Clotilde
4 D **S. Francisco C.**
5 L s. Bonifacio, ob.
6 M s. Norberto
7 M s. Pablo
8 J s. Salustiano
9 V s. Primo
10 S sta. Margarita
11 D **Pentecostés**
12 L s. Juan de Sahag.
13 M s. Antonio de P.
14 M s. Basilio el Mag.
15 J s. Vito, mártir
16 V sta. Julieta, mr.
17 S V. del Consuelo
18 D **S. Ciriaco, mr.**
19 L s. Gervasio
20 M s. Silverio, papa
21 M s. Luis Gonzaga
22 J **Corpus Christi**
23 V s. Juan Presbiter.
24 S Sagrado Corazón
25 D **S. Guillermo**
26 L ss. Juan y Pablo
27 M s. Zoilo
28 M s. León, papa
29 J **Ss. Pedro y Pablo**
30 V s. Marcial, ob.

ALMAN

DE

Chi

Ilustr

PARA

190

SEPTIEMBRE

1 V s. Gil, abad
2 S s. Esteban, rev
3 D **S. Sandalio**
4 L sta. Rosalía
5 M s. Lorenzo Just.
6 M s. Eugenio
7 J sta. Regina, r.
8 V **La N. de María S.**
9 S s. Gregorio
10 D **S. Nicolás de T.**
11 L s. Proto
12 M s. Leoncio
13 M s. Eulogio
14 J La ex. de la S. C.
15 V s. Porfirio
16 S s. Cornelio, mr.
17 D **Llagas de S. Fr.**
18 L s. Tomás de Vill.
19 M s. Genaro
20 M s. Eustaquio
21 J s. Mateo, apóstol
22 V s. Mauricio, conf.
23 S s. Lino, papa
24 D **N. S. de las Merc.**
25 L s. Lope
26 M s. Cipriano
27 M s. Cosme
28 J s. Wenceslao
29 V s. Miguel Arc.
30 S s. Jerónimo, doc.

OCTUBRE

1 D **N. S. del Rosario**
2 L s. Remigio
3 M s. Evaristo
4 M s. Francisco de A.
5 J s. Froilán
6 V s. Bruno, conf.
7 S s. Marcos, papa
8 D **S. Simón**
9 L s. Dionisio
10 M s. Francisco de B.
11 M s. Fermín
12 J s. Serafín, conf.
13 V s. Fausto
14 S s. Calixto, papa
15 D **Sta. Teresa de J.**
16 L s. Galo, abad
17 M sta. Eduvigis
18 M s. Lucas, evang.
19 J s. Pedro Alcánt.
20 V s. Juan Cancio
21 S s. Hilarión, abad
22 D **S. Juan Capistr.**
23 L s. Pedro Pascual
24 M s. Rafael Arc.
25 M s. Gabino
26 J s. Evaristo, papa
27 V s. Frutos
28 S s. Simón
29 D **S. Narciso**
30 L s. Claudio
31 M s. Quintín, mr.

NAQUE

DE

hile

trado

ARA

05

MARZO

1 M s. Albino, obispo
2 J s. Jovino
3 V s. Emeterio, mr.
4 S s. Casimiro, rey
5 D **Quincuagésima**
6 L s. Olegario
7 M s. Tomás de Aq.
8 M **Ceniza** — s. Juan
9 J sta. Catalina de B.
10 V s. Melitón, márt.
11 S Las llagas de N.S.
12 D **S. Gregorio Mag.**
13 L s. Leandro, arz.
14 M sta. Matilde
15 M s. Longino
16 J s. Abraham, mr.
17 V s. Patricio, ob.
18 S s. Gabriel Arc.
19 D **S. José esp. de M.**
20 L s. Niceto
21 M s. Benito, abad
22 M s. Octaviano, mr.
23 J s. Victoriano, mr.
24 V s. Dionisio, mr.
25 S **La Anunciación**
26 D **S. Braulio**
27 L s. Alejandro, mr.
28 M s. Sixto III, papa
29 M s. Eustaquio, ab.
30 J s. Juan Clímaco
31 V s. Félix, martir

ABRIL

1 S s. Venancio
2 D **S. Francisco de P.**
3 L s. Benito de P.
4 M s. Isidro, arzob.
5 M s. Vicente Ferrer
6 J s. Celestino, papa
7 V s. Epifanio, ob.
8 S s. Dionisio, ob.
9 D **Sta. María Cleof.**
10 L s. Exequiel, prof.
11 M s. León Magno
12 M s. Julio, papa
13 J s. Hermenegildo
14 V s. Tiburcio
15 S s. Anastasio
16 D **De Ramos**
17 L s. Aniceto
18 M s. Eleuterio, ob
19 M s. Hermógenes
20 J s. Cristófono
21 V s. Anselmo
22 S s. Sótero mr.
23 D **Pascua de Resur.**
24 L s. Gregorio
25 M s. Marcos, evang
26 M s. Marcelino, p.
27 J s. Toribio, arz.
28 V s. Prudencio, ob
29 S s. Pedro, mr.
30 D **Cuasimodo**

JULIO

1 S s. Casto, mr.
2 D **S. Urbano, mr.**
3 L s. Trifón
4 M s. Laureano, arz.
5 M sta. Filomena, v.
6 J s. Rómulo
7 V s. Fermín, mr.
8 S sta. Isabel, reina
9 D **Ss. Cirilo y Zenón**
10 L sta. Rufina
11 M s. Pío I, papa
12 M s. Juan Gualbert.
13 J s. Anacleto, papa
14 V s. Buenaventura
15 S s. Enrique
16 D **N. S. del Carmen**
17 L s. Alejo confesor
18 M s. Federico
19 M s. Vicente de P.
20 J s. Elías
21 V s. Jerónimo Em.
22 S sta. María Magd.
23 D **S. Liborio**
24 L s. Francisco Sol.
25 M s. Santiago, ap.
26 M sta. Ana
27 J s. Pantaleón
28 V s. Víctor
29 S s. Faustino
30 D **S. Abdón, mr.**
31 L s. Ignacio de L.

AGOSTO

1 M s. Pedro advinc.
2 M N. S. de los Ang.
3 J sta. Mariana
4 V s. Domingo
5 S N. S. de la Nieve
6 D **La Transf. del S.**
7 L s. Cayetano,
8 M s. Emiliano, ob.
9 M s. Ramón
10 J s. Lorenzo, mr.
11 V sta. Susana, mr.
12 S sta. Clara de Asis
13 D **S. Hipólito**
14 L s. Eusebio, conf.
15 M **La Asunción**
16 M ss. Tito y Roque
17 J s. Anastasio
18 V sta. Flora
19 S s. Luis, ob.
20 D **S. Bernardo**
21 L s. Joaquín
22 M s. Fabriciano
23 M s. Felipe Benicio
24 J s. Bartolomé, ap.
25 V s. Luis, rey de F.
26 S s. Ceferino, papa
27 D **S. Rufino**
28 L s. Agustín, ob.
29 M La deg. de s. J. B.
30 M sta. Rosa de L.
31 J s. Ramón Nonato

NOVIEMBRE

1 M Todos los Santos
2 J Conm. de los dif.
3 V s. Valentín
4 S s. Carlos Borr.
5 D s. **Zacarías**
6 L s. Leonardo
7 M s. Florencio, ob.
8 M s. Severino
9 J s. Teodoro
10 V s. Andrés Abel.
11 S s. Martín
12 D **S. Diego de Alc.**
13 L s. Estanislao K.
14 M s. Serapio
15 M s. Eusebio, arz.
16 J s. **Rufino**
17 V s. Gregorio T.
18 S s. Máximo, ob.
19 D **S. Ponciano, mr.**
20 L s. Félix de Valois
21 M La Pres. de N. S.
22 M s. Marcos, mr.
23 J s. Clemente, p.
24 V s. Juan de la C.
25 S s. Moisés.
26 D **Despos. de N. S.**
27 L s. Facundo
28 M s. Gregorio III
29 M s. Saturnino, ob.
30 J s. Andrés, ap.

DICIEMBRE

1 V s. Eloy, obispo
2 S s. Genaro
3 D **S. Francisco Jav.**
4 L s. Pedro Crisól.
5 M s. Sabas, obispo
6 M s. Nicolás de B.
7 J s. Ambrosio, ob.
8 V **La Purís. Conc.**
9 S s. Cipriano
10 D **N. S. de Loreto**
11 L s. Dámaso, papa
12 M N. S. de Guadal.
13 M s. Oreste, mr.
14 J s. Nicasio
15 V s. Eusebio, ob.
16 S s. Valentín
17 D **S. Lázaro**
18 L N. S. de la Esper.
19 M s. Nemesio
20 M s. Domingo de S.
21 J s. Tomás, apost.
22 V s. Demetrio
23 S s. Nicolás
24 D **S. Delfín**
25 L **La Nativ. de N. S.**
26 M s. Esteban
27 M s. Juan evangel.
28 J Los stos. Inoctes.
29 V s. Tomás de Cat.
30 S s. Sabino, mr.
31 D **S. Silvestre, p.**

PERSONAL DE LA IMPRENTA BARCELONA

SECCIÓN DE HOMBRES

se ama á sí mismo. Me manifiesto tal como soy. Mas considerad que, si yo no hubiese buscado los violentos placeres de los sentidos, no habría trabajado por enriquecerme, no hubiese inventado las artes de que aún os servís hoy. Y, en fin, querido señor, puesto que no tenéis vocación de mercader y sois escriba y escribís á la manera de los griegos, debierais de honrarme al igual de un Dios, á mí, que me debéis el alfabeto. Yo soy su inventor. Pensaríais bien suponiendo que lo he creado sólo para comodidad de mi comercio y sin prever siquiera el uso que luego podríais hacer de él los pueblos literarios. Necesitaba un sistema de notación sencillo y rápido. Con mucho gusto lo hubiese tomado á mis vecinos, siguiendo las costumbres de entresacar de ellos todo lo que pudiera convenirme. No me pirro de originalidad; mi lengua es la de los semitas; mi escultura participa tanto de la egipcia como de la babilónica. Si yo hubiese tenido á mano una buena escritura, no me hubiese preocupado de inventarla. Pero ni los geroglíficos de los pueblos que sin conocerlos llamáis hoy *Hittites* ó *Heteos*, ni la escritura sagrada de los

TINTAS TIPO-LITO

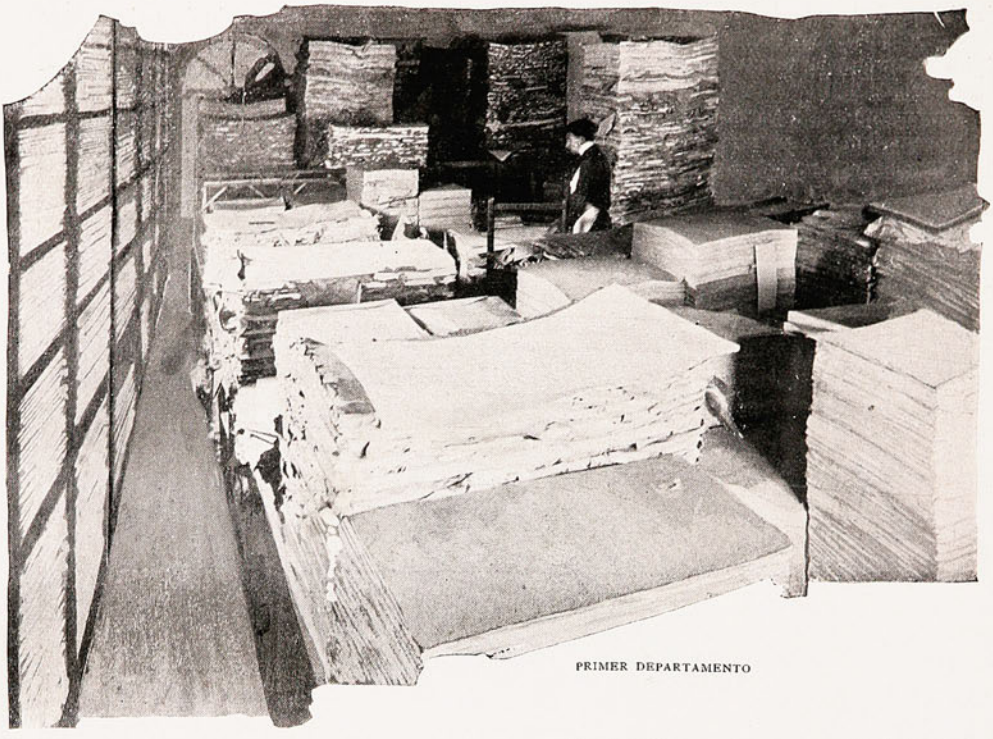
egipcios respondían á mis necesidades. Eran éstas escrituras complicadas y lentas, más propias para labradas en los muros de los templos y de las tumbas que para inscritas en las tabletas de un negociante. Aun abreviados y cursivos los caracteres de los escribas egipcios conservaban su tipo primitivo: la pesadez, el embarazo y la indecisión. El sistema entero era malo. El geroglífico simplificado, seguía siendo geroglífico, esto es, algo terriblemente confuso. Sabéis que los egipcios asociaban en sus geroglíficos, tanto perfectos como abreviados, los signos representativos de las ideas á los signos representativos de los sonidos. Con un rasgo genial tomé veintidós de aquellos innumerables signos y creé las veintidós letras de mi alfabeto. ¡Letras, esto es, signos correspondientes cada cual á un sonido único, y que suministraban con su pronta y fácil asociación el medio de reproducir fácilmente todos los sonidos! ¿No es ingenioso esto?

—Sin duda es ingenioso, y más aún de lo que creéis. Y nosotros os debemos un presente inestimable, pues sin alfabeto nada de notación exacta del discurso, nada de estilo; por lo tanto, nada de pensamiento delicado, nada de abstracciones, nada de sutil filosofía. Tan absurdo sería imaginar á Pascal escribiendo las *Provinciales* en caracteres cuneiformes, como suponer al Zeus de Olimpia esculpido por una foca. Inventado para llevar libros comerciales, el alfabeto fenicio se ha transformado para el mundo entero en instrumento necesario y perfecto del pensamiento, y la historia de sus transformaciones está íntimamente ligada á la del desenvolvimiento del espíritu humano. Vuestra invención es infinitamente bella y preciosa, aunque imperfecta. Porque no pensasteis en las vocales y los ingeniosos griegos fueron quienes las descubrieron. Su misión en este mundo fué perfeccionar todas las cosas.

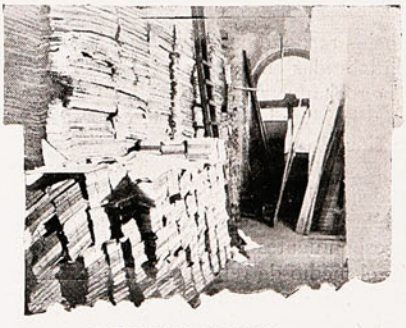
—Tuve la mala costumbre de confundir las vocales. Quizás lo hayáis observado esta noche: el viejo Cadmo habla un poco gutural.

—Se lo perdono; casi le perdonaría el rapto de la virgen Io, pues al fin su padre Inacos sólo era un jefe de salvajes que tenía por cetro un cuerno de ciervo esculpido con una punta de silex. Hasta le perdonaría haber enseñado á los pobres y virtuosos beocios las danzas frenéticas de las Bacantes, todo se lo perdonaría por haber legado á Grecia y al planeta el más precioso de los talismanes, las veintidós letras del alfabeto fenicio. De esas veintidós letras han brotado

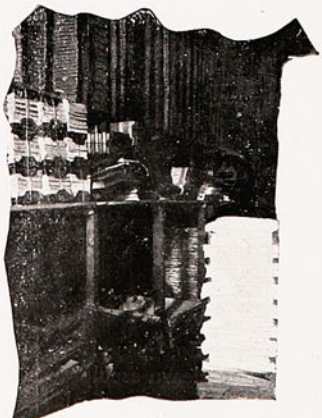
Las Bodegas del papel y materiales



PRIMER DEPARTAMENTO



SEGUNDO DEPARTAMENTO



TERCER DEPARTAMENTO

SEGUNDO PISO

todos los alfabetos del mundo. No hay pensamiento en la tierra que no fijen y conserven. De vuestro alfabeto han salido, divino Cadmo, las escrituras griegas é italiotas, que á su vez han dado origen á todas las escrituras europeas. De vuestro alfabeto han salido también todas las escrituras semíticas, desde el arameo y el hebreo hasta el siriaco y el árabe. Este mismo alfabeto fenicio es el padre de los alfabetos hymiarita y etíope, y de todos los alfabetos del centro de Asia, zendo y pelvi, y hasta del alfabeto parsi que ha dado nacimiento al davânagari y á todos los alfabetos del Asia meridional ¡Qué fortuna! ¡Qué universal triunfo! No hay sobre la haz de la tierra una sola escritura que no derive de la escritura cadmia. Quien escriba en este mundo una palabra, es tributario de los viejos mercaderes cananeos. A este pensamiento, tentado estoy de rendiros los más grandes honores, señor Cadmo, y no sé cómo pagar el favor que me habéis hecho viniendo á platicar conmigo de noche en este gabinete, vos, Baal Cadmo, inventor del alfabeto.

EL REPARTO

—Mi querido señor; moderad vuestro entusiasmo. Estoy bastante contento de mi modesta invención. Pero en mi visita nada hay que pueda particularmente halagaros. Me fastidio mucho desde que, convertido en vana sombra, no vendo ya ni estaño ni polvo de oro, ni dientes de elefante, pues en esta tierra donde Mr. Stanley sigue de lejos mi ejemplo, estoy reducido á conversar de tiempo en tiempo con algunos sabios ó curiosos que gustan departir conmigo. Me parece oir el canto del gallo; adiós, y procurad enriqueceros: los únicos bienes de este mundo son la riqueza y el poder.

CONDUCCIÓN Á DOMICILIO

CARPINTERÍA

Dijo, y desapareció. El fuego se había extinguido; el fresco de la noche comenzaba á invadirme, y sentí dolor en la cabeza.

SALIDA DE LOS OPERARIOS

LA DIRECCION

LA TIPOGRAFIA

De todos los inventos llevados á cabo por el genio del hombre, ninguno más grande, ninguno tan enorme como la invención de la imprenta. Conquista grandiosa, victoria sublime de la inteligencia humana, creación maravillosa que toca los límites de lo fantástico, de lo inverosímil: creación que es un milagro.

La imprenta ha hecho más por el perfeccionamiento de la humanidad que todas las demás artes reunidas: por eso se la llama el Arte de las Artes. Como un soplo de Dios, élla ha venido á ensanchar el horizonte de nuestras ideas y de nuestros sentimientos con las ideas y sentimientos de los grandes hombres del mundo entero. Gracias á la imprenta hemos logrado ampliar nuestra vida intelectual hasta lo indefinido.

AÑO 1475. — LOS PRIMEROS TIPOS

Podemos suponer qué sería de nosotros si el libro no existiera. Sin el libro, nuestro pensamiento no iría más allá de lo que abarcamos con la vista. Faltándonos la comunión de ideas con los hombres lejanos, nuestro conocimiento de los demás reduciríase al estrecho círculo de los que nos rodearan, surgirían en el mundo genios que, siguiendo el curso natural de la vida, desaparecerían por fin, sin que lográramos alcanzar un rayo de la luz esparcida por éllos. Nacerían y morirían esos genios distantes, como astros que arden y se apagan, sin que la más leve vislumbre nos advirtiera su existencia.

Imaginad la muerte del libro, de la revista, del diario é imaginaréis la noche misma. La imprenta es el vehículo en el cual viene la luz que ha de iluminar nuestros cerebros.

En el inmenso campo del pasado, el sol de la civilización se alza tras de la prensa de Maguncia, agigantada fantásticamente, como en un gran espegismo. Junto á ella, alto como un coloso, sublime como un dios, aquel titán glorioso cuyo nombre resuenaso noramente á través de los siglos: GUTENBERG. Mientras la historia nos da noticia cierta de cuando nacieron los grandes generales, cuya misión fué convertirse en azote de la humanidad, esa misma historia ignora ó calla la fecha en que vino al mundo JUAN GEUSFLECH GUTENBERG DE SORGENLOCH, inventor de la imprenta. Algunos creen que la fecha del nacimiento de este noble alemán es el año de 1596. Sin embargo, Alemania celebró su quinto aniversario en junio de 1900, suponiendo que GUTENBERG vió la luz en 1400. — Pero esto es nada comparado con la obscuridad en que se halla actualmente el génesis de la imprenta y la personalidad de su inventor. Todavía se discute si fué realmente GUTENBERG quien la inventó. A este propósito los sabios de todo el mundo han amontonado volúmenes sobre volúmenes sin que hayan conseguido por esto llevar un poco de luz á la cuestión. Pero, sea como sea, la leyenda y la tradición han señalado al noble de SORGENLOCH como el creador de la prensa de imprimir y, en la imposibilidad de aclarar el enigma, no nos resta sino personificar en él al inventor.

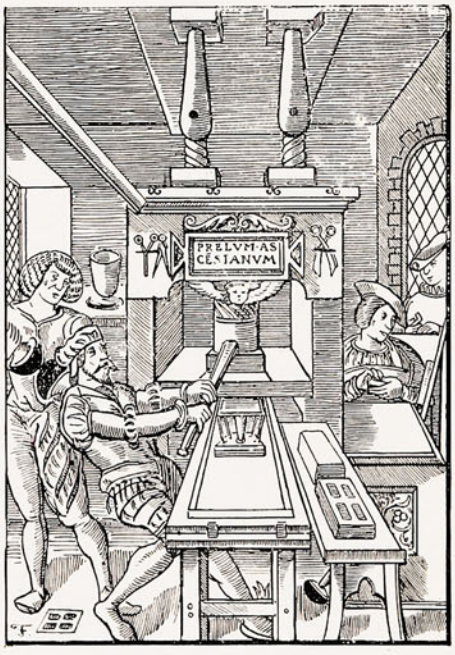
Que antes de GUTENBERG se conocía el procedimiento de la estampación, ya no cabe dudarlo. Así, sabemos que existen ejemplares de estampar sobre papel de los años 1406, 1418 y 1423, que son pruebas evidentes de ser la estampación un arte más antiguo que la imprenta. Tenemos, por ejemplo, noticias de que se fabricaron naipes — ramo de imprimir anterior á GUTENBERG — á principios del siglo XIV, aunque ignoramos el procedimiento empleado.

Existen en Barcelona documentos oficiales en que constan estar matriculados en calidad de naiperos, sin que se sepa si son ellos inventores ó introductores, Juan Brunett, desde 1442, Benito Soler (1443), Arnaldo Brú y Alejandro Busesso (1453), Rodrigo Padralo (1456), Antonio y Pedro Borges (1460), Ramón Taya

(1463) y Bartolomé de Primorán (1468). Y se conserva un pliego estampado, evidentemente catalán, compuesto de tres tiras de cinco naipes cada una, cuya obra notable por su arte, tiene todos los visos de pertenecer al decenio de 1460-1470.

Es indudable, pues, que en pleno siglo XIV se practicaba el arte de la estampación sobre papel

Antes de que GUTENBERG resolviera el problema de la fundición de tipos y hallara el mecanismo de la prensa de imprimir, se hicieron algunas estampaciones, durante la primera mitad del siglo XV, valiéndose de procedimientos rudimentarios, como ser el de frotar con un bruñidor, una plegadera ó pedazo de hueso. Así fueron impresas en Holanda y en Alemania las gramáticas conocidas por *Donatus* (del nombre de su autor), el libro llamado *Biblia Pauperum* (De los Pobres) y otros grabados todos sobre madera, mientras que el libro *Speculum Humanæ Salvationis* ofrece la particularidad de ser en parte obra xilográfica (20 páginas) y en parte compuesta de tipos móviles (43 páginas). Esta clase de libros fueron los precursores de la imprenta, es decir, del arte de imprimir el libro por medio de tipos sueltos, que es á lo que llamamos *Tipografía*.



AÑO 1475—FUNDACIÓN DE LA PRIMERA IMPRENTA EN PARÍS

La tipografía que es el procedimiento usado actualmente para imprimir el libro, es, pues, junto con la prensa, el invento glorioso de GUTENBERG. Invento que costó á su autor grandes penalidades y sufrimientos ocasionados por la envidia y el odio que siempre germinan ante el genio, como germinan las víboras bajo la gran mirada del sol. Sabido es que GUTENBERG era pobre y que para llevar adelante sus ensayos y experimentaciones debió recurrir á JEAN FAUST, platero, hombre enriquecido por medio de la avaricia. FAUST y SCHOEFFER, socio de aquel, fueron los que ayudaron á GUTENBERG, con el propósito manifiesto de robarle su gloria. Así fué como por mucho tiempo fueron considerados ellos los inventores de la imprenta, como quiera que en los impresos solamente el nombre de ellos aparecía.

No faltaron, sin embargo, gentes honradas que en publicaciones de la época dejaran constancia de la verdad Por ejemplo:

Una crónica impresa en Colonia el año 1499. Dice que el impresor Ulrico Zell, introductor del arte tipográfico en aquella capital en 1462, afirmaba que por los años 1440 JUAN GUTENBERG (Gudenburg, dice) inventó la imprenta en la ciudad de Maguncia, y desde el año 1450 fué perfeccionándola, habiendo sido la Biblia el primer libro que imprimió.

Wimpfeling, sabio alemán nacido en 1551, dice también que JUAN GUTENBERG inventó la imprenta en 1440.

El abad Tritemio, autor celebrado, nacido en 1462 y muerto en 1516, que conoció á SCHOEFFER, el consocio de GUTENBERG, dice que oyó de sus labios las propias noticias del descubrimiento y progresos hasta resolverse el problema de fundir los caracteres.

Un hijo de SCHOEFFER (Juan), impresor como su padre, dice en los preliminares de una edición del Tito Livio, traducida al alemán, que en la ciudad de Maguncia, y particularmente por JUAN GUTENBERG, fué inventada la imprenta en 1450, aunque siendo mejorada y propagada gracias á los capitales de JUAN FUST y al trabajo de PEDRO SCHOEFFER. Algunos años después de la muerte de GUTENBERG, su pariente Adán Gelthus mandó colocar en el convento de Franciscanos sobre la sepultura de aquél, esta inscripción:

D. O. M. S.
JOANNI GENSZFLEISCH
ARTIS IMPRESSORIÆ REPERTORI
DE OMNI NATIONE ET LINGUA OPTIME MERITO
IN NOMINIS SUI MEMORIAM INMMORTALEM
ADAM GELTTRUS POSSIUT
OSSA EPES IN ECCLESIA FRANCISCI MOGUNTINA
FELICITER CUBANT.

De la primitiva prensa de Maguncia (cuya reproducción va en esta página) á las modernas

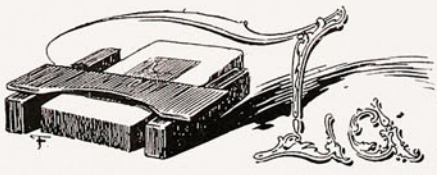
máquinas de imprimir ¡cuánto camino recorrido hacia el perfeccionamiento! Cuánto maravilloso avance desde la rudimentaria impresión de la *Biblia de 36 líneas* á los enormes volúmenes ilustrados que la imprenta arroja diariamente al comercio intelectual del mundo entero!

Y el progreso continúa y continuará mayor cada día para gloria de la humanidad y del genio que inventó la tipografía.

Antes de concluír este breve artículo, citemos las hermosas frases que dedica á la imprenta un autor desconocido:

«La máquina de imprimir, dice, en su seno lleva el bien ó el mal, el amor ó el odio, la soberbia ó la mansedumbre, la caridad ó los desapiadamientos, el patriotismo ó las iniquidades, la luz ó las tinieblas, la vida ó la muerte. Lo que en su seno ponen eso mismo multiplica con la actividad de aquel genio que abría una mano y sembraba ternuras y abría otra mano y derramaba rencores. La máquina de imprimir es muy excelente si tiene buenas entrañas, y muy mala si las tiene endurecidas; muy buena si está llena de comedimientos y los va esparciendo en torno suyo; muy dañosa si lleva en su seno necias soberbias, iras y fantasmas. Nada más hermoso que esta máquina si sus suspiros son acentos de amor y de ternura; nada más horroroso si da al viento injurias y malas voluntades. Bella y muy grata parecerá á todos siempre que nazca de ella la paz; abominable cuando es engendradora de discordias».

La casa *Zum Jungen* en Maguncia donde Gutenberg tuvo la primera imprenta



La Litografía

Si la imprenta es el invento más grandioso que haya hecho el cerebro humano, la litografía es una de las creaciones más útiles é ingeniosas, y su papel es servir de complemento á la tipografía, incorporando á ella el arte en sus manifestaciones más variadas.

Sabemos que antes de inventarse la litografía era menester, para dar cierto aspecto artístico á las impresiones, que los dibujantes trazaran directamente sobre los impresos las orlas y las figuras que habían de embellecerlos. Existen todavía en los museos de Europa y en las colecciones de los bibliófilos ejemplares de obras ilustradas por este sistema. Consérvanse en la actualidad biblias y breviarios en los cuales algún monje artista del siglo XVIII ha pintado las iniciales de los capítulos, decorándolas al estilo gótico. No podemos negar que estas obras así ilustradas eran de un gran valor artístico, pero no ignoramos tampoco cuán difícil era el obtenerlas, ya que cada una de ellas representaba una suma enorme de trabajo, por lo cual su precio las hacía inalcanzables para la generalidad, pasando, por esta razón, á ser únicamente posesión de magnates y potentados.

La litografía, cuyo objeto es reproducir casi indefinidamente los originales, vino á ser, pues, la gran vulgarizadora del arte y el más poderoso auxiliar de la imprenta.

Acerca de su invención circulan algunas leyendas: Puede decirse, sin embargo, que la verdadera historia de ella es la que va en seguida.

El inventor de la litografía nació en Alemania, en aquel país de los sueños azules, y se llamó ALOYS SENEFELDER.

Su padre era actor en un teatro mediocre, actor mediocre él mismo, pero un excelente padre de familia. La cual familia se componía de una parvada de hijos, desgraciadamente para él, pues en aquel tiempo—lo que no sucede hoy—las tablas no daban la fortuna á los humildes ni á los convencidos.

El pobre hombre soñaba ver á su hijo ALOYS graduado en letras, licenciado en derecho, y, ya licenciado, teniendo en cualquiera ciudad notable la brillante profesión de abogado ó de juez. Equivocábase lamentablemente el buen hombre, pues no contaba con las leyes del atavismo.

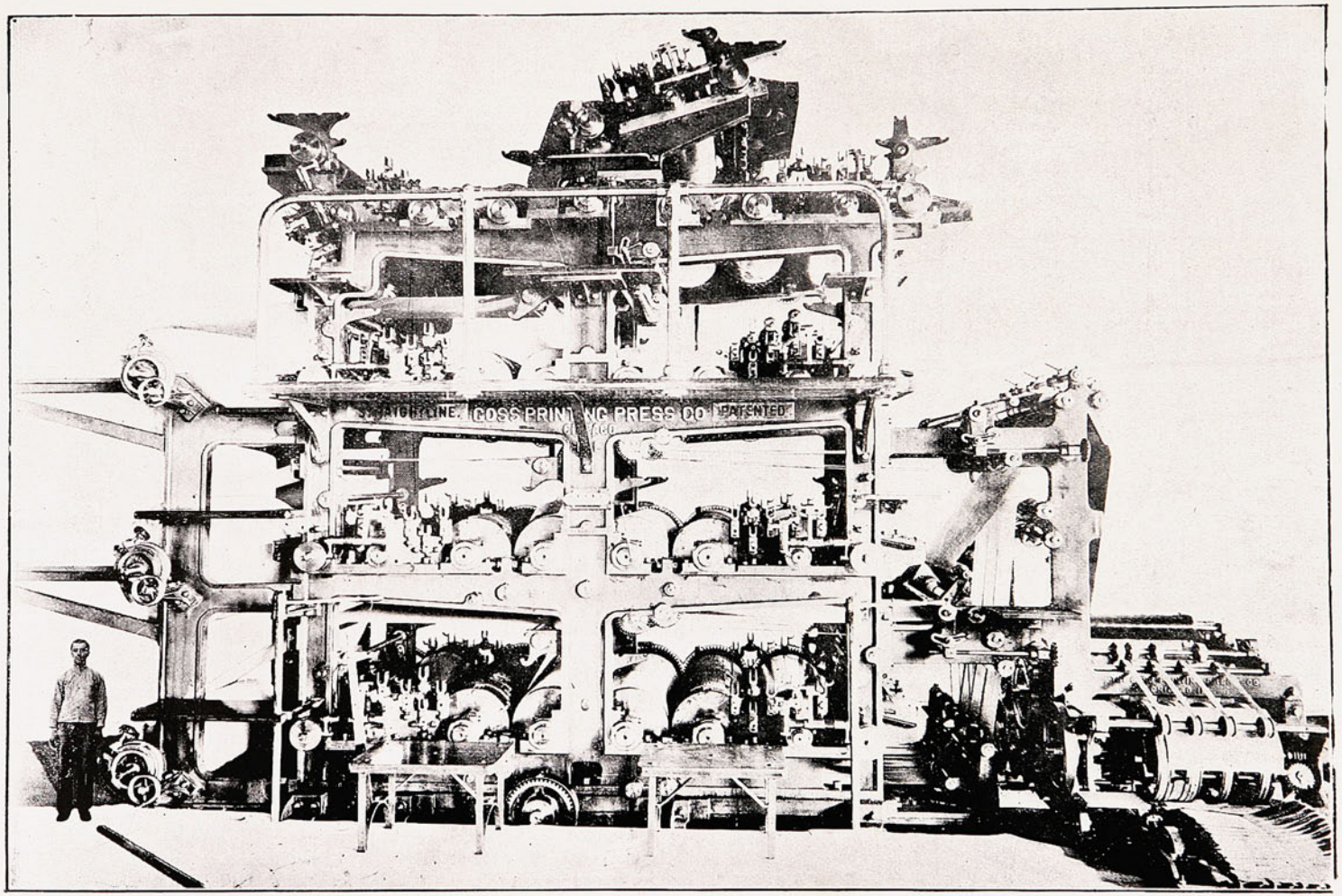
ALOYS hizo estudios para leguleyo, pero sus aficiones lo inclinaban á seguir la profesión de su padre. Como necesitaba desde luego ganar algo, abandonó el derecho, bastante duro para el que nada posee, y sin abordar francamente el oficio de su padre, cuyas dolorosas penurias pudo él observar bien de cerca, saltó un escalón en la gerarquía y se improvisó autor dramático. El porvenir está aquí, pensó él, y valerosamente emprendió la obra.

Hubo, sin embargo, una dificultad, como se va á ver. Ella fué que el joven dramaturgo no tenía dedos para organista. El arte se le escapaba, faltábale la imaginación, su literatura era la pobreza misma. Todo aquello que él se dió á ensayar, las pasiones que estudió en sus obras, las ideas que profundizó eran netamente germanas, mas no lograron interesar á nadie. Además, necesitaba trascribir sus manuscritos en numerosos ejemplares, reproducir su música muy económicamente para que los empresarios no le exigieran ante todo el pago de las copias. A tal extremo, que hubo de adoptar este procedimiento: escribir al revés sobre una lámina de cobre y tirar cada hoja en *taille-daice*. Pero no tenía más que una sola plancha de cobre y no había manera de procurarse otra. Necesitaba entonces á cada página pulir nuevamente su plancha y comenzar la hoja siguiente. La labor era tremenda, abrumadora, capaz de desesperar al más entusiasta. Por fin, la pieza dramática, impresa de este modo, fué ofrecida á un teatro y puesta en escena... dando por resultado el fracaso más terrible.

Mientras tanto, esta labor aplastante, esta calamidad de pulir y repulir la lámina de cobre fué el primer origen de la litografía.

SENEFELDER buscaba hacía tiempo la manera más rápida de dar á su único útil de trabajo el hermoso alisamiento necesario para volver á escribir en él.

Nada mejor para este objeto que ciertas piedras de Baviera en las cuales sus compatriotas tallaban ladrillos para el Gran Turco ó pequeñas columnas indestructibles. Estas piedras tenían el grano de una finura extrema, y frotándolas tomaban pronto la suavidad de un mármol superior. La leyenda ha adornado después la sencilla historia del pobre joven, partiendo un buen día en busca de estas piedras incomparables.



EL ÚLTIMO INVENTO. – ESTA MÁQUINA IMPRIME 30,000 EJEMPLARES POR HORA Y CINCO COLORES SIMULTÁNEAMENTE

SENEFELDER, según la novela, no salió con la intención de buscar las famosas piedras, sino que se dirigió simplemente á la ribera del Isar con el objeto de bañarse. De pronto vió bajo sus pies un mármol admirable, el mismo que buscaba en vano hacía tantos años. Entonces, en vez de desnudarse para tomar su baño, volvióse alegremente á su casa llevándose un trozo de ese mármol, y allí se puso nuevamente á la tarea.

Salvo lo de maravilloso que ella contiene, la historia es verdadera. SENEFELDER fué á Solenhoffen porque le indicaron que allí podría encontrar las célebres piedras. Y fué al Isar porque esta ribera era la más cercana. Ya en su casa, alisa el cobre, rehace sus tirajes y los resultados son infinitamente superiores á los que antes había obtenido. Entonces sobreviene una circustancia afortunada, una revelación, un efecto de la casualidad, si se quiere, pero que no tiene nada de sobrenatural ni de divino. Por el contrario, la cosa más banal, más normal.

En medio de sus muchos ensayos, él trata de fabricar tintas grasas, empleando jabón y negro de humo, y tiene la esperanza de llegar á un buen resultado, cuando un hecho sin importancia de su existencia viene á abrirle los ojos.

Una lavandera trae á la casa la ropa limpia y viene por la que ha de lavar. La madre de SENEFELDER pídele á éste que haga la lista de la ropa, mas no se encuentra en toda la casa una hoja de papel que pueda utilizarse con este objeto. SENEFELDER piensa entonces que puede aprovechar sus tintas y su piedra para hacer la tal lista, la cual copiará en seguida con comodidad cuando encuentre papel en blanco.—Advertid que es él mismo quien cuenta la historia. La ha consignado en una autobiografía modesta. No aumenta ni empequeñece nada.—En el momento de ir á limpiar su piedra así garabateada con la escritura, tuvo una curiosidad. ¿Qué produciría esa tinta grasa si se le diera á la piedra un baño de agua fuerte para ahondar los intersticios? Acto continuo rodea la piedra con un borde de cera para mantener el ácido sobre la plancha, y después de cinco minutos lo deja escurrir. Las letras aparecen entonces con un milímetro de relieve.

Ya no había más que entintar esos relieves con un rodillo, de la misma manera que se procede con una forma de imprenta, para obtener posiblemente una prueba. Sin embargo, SENEFELDER tropieza con dificultades: sus rodillos son duros y entintan los intersticios manchando el papel en que imprime. Pero él no desmaya; perfecciona sus útiles, hasta conseguir que los rodillos entinten bien. Al poco tiempo la obra es definitiva y su fórmula precisa.

Producir sobre una piedra convenientemente pulida una mancha de grasa que aislada por un ácido sea susceptible de retener la tinta.

Relatar, ó siquiera bosquejar la historia de la litografía sería tarea demasiado larga, para la cual nos faltaría espacio en esta revista.

Bástenos apuntar que ella ha sido practicada por casi todos los grandes artistas del mundo entero, quienes han encontrado en ella el modo de propagar sus obras y hacerlas conocer aún de los públicos más distantes.

Son famosas las litografías de Goya, el genial autor de los «Caprichos». También las de Géricault, Gavarni, Raffet, Deroy, Damnier, Delacroix y otros célebres pintores y dibujantes.

En la actualidad la litografía ha adquirido un vuelo enorme, gracias al grado de perfeccionamiento á que ha llegado. Es indudable que después de la imprenta es, entre las artes industriales, la más apreciada y la más bella.

LA DIRECCIÓN

Muestra en tricromía de varios trabajos hechos en el establecimiento

LA TRICROMIA

No á título de noticia técnica, sino á manera de breve crónica, vamos á decir cuatro palabras acerca de la *tricromía*, procedimiento el más nuevo en materia de arte tipográfico y que al mismo tiempo marca el punto más avanzado á que ha llegado el progreso de la imprenta.

Pero antes de referirnos á la *tricromía* menester será recordar, así rápidamente, el largo proceso elaborado durante casi un siglo para llegar á perfeccionar de tal modo el arte de grabar en zinc.

Sabemos que el primer procedimiento inventado para grabar fué la *xilografía*, ó sea el grabado en madera. Antes de que Gutenberg inventara la tipografía, se imprimía ya por el sistema xilográfico, y no de otra suerte se hacía la reproducción de ilustraciones, hasta que el invento de Senefelder—la *litografía*, es decir, el grabado en piedra—vino á hacer más fáciles y menos costosas dichas reproducciones.

Pero este grabado en piedra litográfica presentaba también algunos graves inconvenientes que dificultaban grandemente el logro de lo que se perseguía. Desde luego, no era posible estampar las ilustraciones junto con el texto, ó intercalarlas en él.

Entonces fué cuando Eberhard de Magdeburgo hizo, á fines del año 1804, el primer ensayo de grabar en zinc. Ensayo que, desgraciadamente, no obtuvo el menor éxito.

Después, en 1850, G. Gillot, de París, volvió á tentar la solución del problema, no ya para echar por tierra el grabado en madera, sino para ejecutar la reproducción autográfica á la pluma y la ilustración de diarios humorísticos.

El *Secolo* de Milán fué el primero en popularizar la *paniconografía*, como fué llamado este arte por Gillot.

Más tarde, en 1862, el vienés Aner se empeñó en perfeccionar el método de Gillot, pero al parecer sin grandes resultados.

Es en 1870 que Carlos Augerer, de Viena, descubre un procedimiento muy diverso del de Gillot y de cuantos por esa época estaban en uso, el cual fué llamado *quimigrafía*, y más tarde *método vienés de grabado*, distinguiéndolo así del *método francés* de Gillot.

El gran problema era servirse de la fotografía para imprimir el dibujo en el zinc. La cuestión presentaba, sin embargo, sus dificultades, de las cuales era la más grave, á no dudarlo, la imposibilidad de obtener en el grabado las medias tintas de la fotografía.

A fines de 1884, cuando ya hacía más de diez años que en resolver este problema se ocupaban seriamente Petit, Ives, Gonfiel, Mousot, Max, Jafé, etc., Meseinbach, de Mónaco, encontró un método para reproducir las medias tintas por medio de un diafragma rayado. A este método lo llamó su autor *autotipia* Mas, era un procedimiento largo, costoso y, en una palabra, imperfecto. Poco después Carlos Augeret observa los defectos y ventajas del invento de Meseinbach y se da á perfeccionarlo, simplificándolo, hasta obtener directamente sobre su lámina de zinc la imagen rápida y completa.

De entonces acá el procedimiento ha ido perfeccionándose de día en día y hoy no hay retrato, vista fotográfica ú obra de arte que no sean reproducidos fielmente por la *autotipia*.

Por último, la *tricromía* viene á ser el *summun* del perfeccionamiento de la *autotipia*. Por medio de la *tricromía* se consigue un resultado casi maravilloso: reproducir merced al grabado los colores del original. Este procedimiento tiene por base el hecho de que son solamente tres los colores primarios: azul, rojo y amarillo. De la composición y mezcla de estos tres colores se derivan todos los restantes. Para explicar el método, supongamos que se trata de reproducir un cuadro coloreado, un paisaje, por ejemplo. Bastará para ello imprimir tres placas: una sensible solo á los rayos amarillos, otra á los rojos y una tercera á los azules. Para conseguir que sea solo un color determinado el que hiera é imprima la placa, no es menester sino colocar tras del objetivo del aparato fotográfico una cubeta de cristal purísimo conteniendo algún líquido saturado del color que se desea imprimir. A través del agua coloreada de amarillo no pasarán sino los rayos amarillos, y así sucesivamente. En la demostración gráfica de la *tricromía* que va en la página siguiente puede notarse claramente el proceso seguido para la impresión de los tres colores primarios.

LOS PAÑALES DE LA LITOGRAFIA

LEYENDA ALEMANA

AL EXCMO. SEÑOR VON RICHKNAU Y Á LOS SEÑORES HANSSEN, POENISH Y LENZ

Esa mujer es madre, y va cantando:
Va á lavar los pañales de ese niño
Que dormido en sus brazos va soñando
Ensueños de inocencia y de cariño.

¡Dichosa madre! Su turgente seno
Va rebosando néctar exquisito,
Y alegre el corazón le late lleno
Del maternal amor que es infinito.

Al llegar junto al agua del estero
Sólo piensa en que el niño no se enfríe
Y, concentrando en él el mundo entero,
Con orgullo materno se sonríe.

Pronto el niño se duerme. Los pañales
Lava la madre en la risueña fuente
Y sólo los cuidados maternales
El cielo anublan de su tersa frente.

Cada vez que la madre al niño mira,
Le envía en la mirada el cielo entero;
Cada vez que mirándolo, suspira,
El suspiro es de un beso mensajero...

Meditabundo un joven conmovido,
Contempla desde cerca aquella escena:
Se inclina junto al niño allí dormido,
Y así asoma en sus labios su alma buena.

—«Soy Senefélder, el que escribe dramas;
Y hoy por entero embarga el alma mía
Ese amor intensísimo con que amas
Al niño que es tu orgullo y tu alegría.

«Yo también sé lo que es amor paterno;
Yo, como tú, he engendrado un hijo hermoso
Que hará mi nombre en el futuro, eterno:
Soy padre de un invento prodigioso.

«Yo aspiro á repetir el pensamiento
Del artista, por medio del grabado:
Y el dibujo, el color y el sentimiento
Verás como lo impreso propagado.

«Mas hoy la idea que en la mente abrigo
El *fiat lux* del Creador espera...
Ver nacido mi invento no consigo:
¡Feliz tú que eres madre verdadera!» (1)

—Soy lavandera, respondió la madre,
Y vivo apenas con mi humilde oficio.
Como este niño ya no tiene padre
Mi vida he consagrado á su servicio....

«—¡Ah pobre madre! Tu dolor comprendo:
Desde ahora serás mi lavandera,»
Contestó Senefélder. Y sonriendo,
—¡Gracias! dijo la madre placentera...

Pasando el tiempo, el escritor de dramas
Llegó hasta no ganarse el alimento,
Y por huír del fuego iba á las llamas,
Al dejar sus comedias por su invento.

¡Cuántas noches pasó de claro en claro
Ensayando en la piedra y en el cobre
El método que fuera menos caro
Para imprimir sus obras como pobre!...

Tenía en una piedra muy pulida
Escrita esta sentencia que es su historia:
«¡Borrar y corregir! Eso es mi vida;
levantar y envelar será mi gloria!»

Llegó un día la alegre lavandera
Con un montón de ropa como armiño
Y miró con mirada lastimera
Al mísero poeta, alma de niño.

—Olvida ya tus dramas, ella dijo,
Busca, más bien, tu invento prodigioso,
Que un tiempo comparándolo á mi hijo,
Creiste hallarlo, como mi hijo, hermoso.

Se humilló Senefélder y corrido,
«¡Ay!», dijo, suspirando por lo bajo:
«¡Cuánto llevo borrado y corregido
Y aún no se revela mi trabajo!»

«Sobre esa piedra pon la ropa y vete...
¿Me traes los pañales de mi invento?
Hoy riqueza y ventura me promete
Un vago, espiritual presentimiento...»

¡Si será que el espíritu adivina!
Si será que transmite el cuerpo obscuro
Onda de luz al alma que ilumina
Señalándole el rumbo más seguro!

¡Si será que las luces de los cielos
Llegan á veces hasta el alma humana
A premiar los trabajos y desvelos
Del que al ingenio la constancia hermana!

Durmióse Senefélder largo rato,...
¡Y cuál sería su emoción sincera,
Al despertar, cuando tomando el hato
Que en la piedra dejó la lavandera,

Vió trasladado al lienzo lo que escrito
Sobre la piedra por su mano había!...
De rodillas cayó y, lanzando un grito,
¡AL FIN TE HALLÉ, exclamó, LITOGRAFÍA!

Así nació en pañales este invento
Que es humano y artístico y sencillo,
Que ilustra y patentiza el pensamiento,
Lo embellece, lo aclara y le da brillo.

L. BARROS MÉNDEZ

(1) La presente leyenda está basada en un hecho histórico: Senefélder, poeta dramático é inventor de la litografía, la descubrió al ver reproducidas, en la ropa que le había llevado su lavandera, unas cuantas frases que tenía escritas en una piedra, sobre la cual dejó por algún tiempo la ropa húmeda.

VARIEDADES

La tipografía en la Turquía.—No es cosa fácil establecer una imprenta en el imperio musulmán. El que intenta cosa tal, tiene que pedir permiso al Ministerio de Fomento en Constantinopla y al gobernador general de la provincia. Debe constatar su nombre y apellido, sus antecedentes, casa, dirección y la lengua en que quiere editar el periódico. Sigue después un largo cambio de cartas, etc., y un riguroso cuestionario por la policía que cuida minuciosamente del pasado del impresor, su carácter, su fama, etc. Terminado eso á satisfacción de las autoridades, tiene que firmar el solicitante un documento en el que se obliga, bajo graves penalidades, de no imprimir ningún libro ó panfleto contra el gobierno ó los sagrados intereses del sultán. Después de esta formalidad generalmente recibe á los dos ó á los cuatro meses por las citadas autoridades el permiso de ejercer su profesión. Cuando se muere el propietario de una imprenta, el gobierno toma en administración el establecimiento hasta que queden terminadas las diligencias de la herencia. Encima de la puerta de cada tipografía debe hallarse un signo turco además de la inscripción en lengua extranjera. Está prohibido imprimir algún libro sin permiso expreso, el cual es demorado tres meses por lo menos. Si está acabada la obra, el impresor tiene que entregar cinco ejemplares al Ministerio de Fomento, con una declaración sobre la cantidad de ejemplares editados. Los libros religiosos necesitan la aprobación del Ministerio de Educación y cuando tratan de la religión musulmana, deben ser consagrados por los sacerdotes principales. Está prohibido importar libros extranjeros, pinturas, dibujos, etc., sin permiso especial del Ministerio de Instrucción Pública; además, existe un sinnúmero de prescripciones tocantes á la prohibición de internar libros que se ocupan de asuntos políticos y religiosos ó que se ocupen en la persona sagrada del sultán. En resumen: no es cosa fácil y agradable ejercer el penoso oficio de impresor en el imperio musulmán.

Pensamientos de un chino sobre la propiedad intelectual.—En un club literario inglés preguntaron recientemente á un joven chino lo que pensaba de la prohibición de la impresión fraudulenta. En la China, dijo el interrogado, la literatura no es un negocio. Puede suceder que un hombre, que ha pasado sus mejores años adquiriendo experiencias, sienta la necesidad de propagar una verdad que crea haber encontrado. En este caso, se sienta tranquilamente y escribe. Si sus juicios interesan á sus vecinos, él se alegra. Si se las copia y andan de mano en mano, él se entusiasma. Si se propagan en la letra original hasta en las provincias más remotas del vasto imperio, dichosamente junta las manos y muere triunfante. Esta es su recompensa. Ha dicho la verdad, y sus contemporáneos la han oido y aceptado. Con esto está contento.

Edad de algunos diarios.—Alemania posee, con sola excepción de alguna gaceta de Pekín que existe sin interrupción casi cuatro siglos y del *Amsterdamsche Courant*, cuyo primer número salió á luz en 1618, los periódicos más viejos. Así los ejemplares más antiguos aún existentes de la *Wagdeburggischen Zeitung* son del año 1626, los de la *Konisberger Hartungschen*, de 1650. Sigue *Leipziger Zeitung* 1660, *Jenaische Zeitung* 1674, *Augsburger Postzeitung* 1686, *Gotaische Zeitang* 1691, *Augsburgers Abendzeitung* también de fines del siglo XVII, *Vossische Zeitung* 1704, *Lipstädter Zeitung* 1709, *Rostocker Zeitung* 1710, *Riedlinger Zeitung* 1714, *Frankfurter Intelligeurblatt* 1722, *Kobleuzer Zeitung* 1748, *Desdeuer Auzager* 1730, *Darmstädter Tageblatt* 1738, *Schlesische Zeitung* 1742, *Bremer Nachrichten* 1743, *Braunschweigischer Auzeigen* 1745, *Nördlinger Auzeigeblat* 1750, *Mecklenburgische Zeitung* 1857, etc.

Sin hilo.—Ya se sabe la dificultad de encontrar hoy día, cuando la prensa periodista abunda tanto (es decir cuando apenas se duerme un periódico ya quiebra por el antagonismo, ó por la indiferencia del público) de encontrar un título original para una nueva publicación. Pero

como el idioma español es muy rico en expresiones y los pueblos que lo hablan no carecen ni de ingenio ni de fantasía, así á nadie le sorprenderá si podemos añadir á la lista de denominaciones más ó menos floridas como *El Diluvio*, *El Papa Moscas*, *No aguantis*, *La Linterna de Diógenes*, *La Comedia Humana*, *El Consecuente* y otros, *El Sin Hilo*, que acaba de salir en la isla de Santa Catalina (California). Y tal vez tiene más derecho á este nombre que muchas otras publicaciones para el suyo, porque no teniendo la isla cable alguno, está recibiendo el autor de *El Sin Hilo* todas las noticias de importancia por el telégrafo Marconi, «sin hilo».

La producción anual de libros.—Según una estadística reciente, aparecen cada año cosa de 73,000 libros nuevos. De los países en los cuales salen á luz ocupa Alemania el primer rango, porque produce 23,000, Francia llega á 13,000, Italia á 9,500 é Inglaterra apenas á 6,500. La tercera parte, pues, de todos los libros tienen su origen en Alemania, y de éstos casi la mitad se imprime y edita en Leipzig; los demás consecutivamente en Berlín, Stutgart y Munich. El comercio en libros alemanes toma proporciones enormes.

El diario más voluminoso.—Es, ó mejor, fué el número especial que editó el *New York World* por incidencia de cumplirse veinte años desde la fundación del periódico. Comprende este número 140 páginas con casi 570 columnas de avisos. Todos los acontecimientos de importancia desde el 11 de mayo de 1883, hállanse ilustrados en esta publicación gigantesca.

El inventor de la estereotipia de papel fué el arqueólogo M. Lotin de Laval.

El primer diario marino fué impreso hace poco tiempo en alta mar. Hallándose el vapor inglés *Etruria* á más de 30 leguas de Brownhead recibió por telégrafo sin hilo varias nuevas que pronto fueron impresas y presentadas á los pasajeros en forma de diario. Como se dice, la compañía Marconi, ha solicitado del gobierno inglés permiso para instalar á bordo de los transatlánticos de mayores dimensiones imprentas ambulantes, de modo que habrá dentro de poco también «redacciones marinas».

Un método curioso para aligerar á los niños de primera enseñanza el aprender el abecedario existe en varias escuelas de Viena. Allí se han puesto cajas, como las usadas en las imprentas que contienen todas las mayúsculas y minúsculas del alfabeto. El maestro de escuela deja componer por cada niño cierto número de palabras, lo que da gran gozo á los chicos, quienes, de este modo, aprenden jugando á leer. Dícese que este método ha tenido tal éxito, que se intenta introducirlo en todas las escuelas primarias de Viena. En Chile, hace tiempo que se usa.

1728 establecimientos tipográficos hay, según el almanaque de Perle, en la monarquía austro-húngara, contra 1,638 en el año pasado. Los institutos litográficos han disminuido de 484 á 451, igualmente los talleres xilográficos de 54 á 46 y los talleres quimigráficos de 46 á 45.

Los tipógrafos negros en los Estados Unidos tienen que sufrir mucho por la parte de sus compañeros blancos. Después de una lucha de cuatro años, fueron expulsados de la mayor parte de las imprentas del sur de la Unión y en la actualidad es muy escaso el número de las imprentas que continúan ocupando tipógrafos negros.

Las imprentas del Vaticano.—No debe ser conocido generalmente que existen dos imprentas en las vastas salas del Vaticano. La primera se halla en la galería de Sixto V y sirve para la publicación de todos los edictos y obras de la Santa Sede. La segunda tipografía está en un edificio cerrado en medio de los jardines del Vaticano y se halla bajo la inspección especial del mayordomo papal. Todos los empleados de esa imprenta son juramentados de guardar discreción absoluta y salen de ella los documentos diplomáticos secretos ú otras notas cuyo sigilo debe ser guardado.

Impresión eléctrica.—Se ha constituído en Inglaterra una compañía llamada *Sindicato para la Impresión Eléctrica sin tinta.*

Conforme al nuevo procedimiento, habrá una economía sobre la impresión ordinaria de un cincuenta por ciento. Los talleres tienen otro aspecto; á pesar de trabajar con las mismas máquinas, no se siente mal olor ninguno y aleja por completo todo peligro de incendio, pues ninguna de las substancias que se usan son inflamables.

Quedan suprimidos la tinta y los rodillos.

El procedimiento en sí es de lo más sencillo que pueda imaginarse, todo consiste en la preparación del papel, en el cual se incorporan substancias metálicas susceptibles de sufrir la influencia electromagnética, y al contacto con la forma se establece la corriente. El cilindro está cubierto de una placa de cinc (polo positivo) y con la acción de la máquina en cada presión se forma el circuito, transformando así la composición del papel en color en las partes donde hay contacto. Hasta hoy van descubiertos dos colores: negro y pardo, que pueden obtenerse por este medio de estampación.

Veremos si la cosa cuaja ó si no pasa de ser una tentativa curiosa y sin consecuencias.—J. J. B.

Trasmisión de estampaciones á distancia.—Ultimamente se han hecho pruebas prácticas, por parte de una comisión inglesa, para transmitir la imagen á larga distancia.

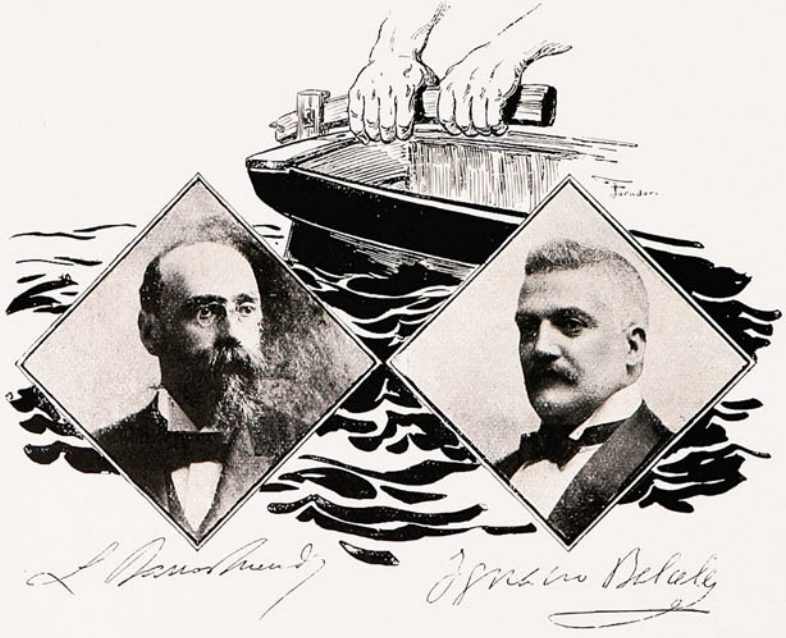
El hecho se ha verificado entre Saint Lô y el apostadero británico de Jersey, á una distancia de 36 millas.

Transmitiéronse preguntas y respuestas de una larga conversación manuscrita, retratos de hombres célebres, grabados, impresos, dibujos, cuadros de todo género y artículos de periódico.

El aparato da proyecciones negras, como la fotografía, y solo reproduce los objetos planos aplicados sobre la mesa de transmisión. Las pruebas no han dado resultados para transmitir el color.

Durante el verano de 1903 la comisión inglesa se proponía hacer nuevos experimentos extendiendo considerablemente el rayo visual.

Los resultados obtenidos ofrecen halagüeñas esperanzas en su aplicación á nuestros ramos.



CASA
LA CASA
MUZARD
QUE
VENDE
FUNDADA EN 1845
CASA
MUZARD
MUZARD
TALERIA LOZA
PATELES PINTADOS
NOVEDADES
CASA
MUZARD
NOVEDADES
PARA SEÑORAS Y
NIÑAS
GRAN MUEBLERIA
Santiago Valparaiso

ES PROPIEDAD

N.º 30

KALE PILOSTRADO

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA POR LA
IMPRENTA BARCELONA

Año IV Precio: 50 centavos Enero de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

EXCMO. SEÑOR MANUEL J. QUINTANA

Presidente de la República Argentina

CHILE ILUSTRADO engalana la página de honor de este primer número del año con el retrato del ilustre estadista que desde el 12 de octubre de 1904, rige los destinos de la gran nación argentina.

Es este un homenaje de nuestra publicación al ilustre estadista que es hoy Excmo. Presidente del vecino país, y cuyas notables dotes de mandatario probo é inteligente contribuirán sin duda á afianzar el progreso, honrosísimo y creciente, de aquella República hermana.

NOCHE DE HORROR

Después de la comida y después de un buen paseo por los extensos corredores de la casa, se formó una amable tertulia íntima: en el campo y con una familia que ejercía la hospitalidad á la antigua, la etiqueta hubiera sido una aberración. Una de las niñas tocó regularmente el piano; otra cantó con bastante buena voz algunas romanzas sencillas y agradables; pero pronto predominó la charla sobre toda otra diversión, charla tan grata y alegre que olvidé mis doce leguas de viaje en ferrocarril, coche y caballos. Púsole término la dueña de de casa, que, encendiendo una vela, dijo á su marido:

—No seamos desconsiderados, Pepe: este caballero debe estar muerto de cansado y además tiene que madrugar para seguir su viaje. ¿Por qué no le llevas á su pieza?

—Señora—dije yo—, no se preocupe usted por ello: estoy como si no hubiese hecho viaje alguno y me parece que siempre hubiera vivido en esta casa.

—Es mucha galantería—repitió don Pepe; —pero estoy seguro de que sus huesos dicen otra cosa.

—Oiga, papá—interrumpió una de las niñas —¿por qué no le previene el ánimo al señor? Ya usted sabe...

—¡Tonta!—saltó uno de los jóvenes—¡ya saliste con tus miedos! Vamos á dejar sin dormir á este caballero.

—Mejor es que lo sepa, para que esté prevenido— insistió la niña.—¿No es verdad, mamá?

—Creo que tienes razón, hija. Vea, señor: en esta casa suelen pasar cosas muy raras Muchas veces hemos rogado á Pepe que dejemos el fundo, porque á veces se nos hace insoportable vivir aquí; en ocasiones hemos pasado semanas enteras sin pegar los ojos...

—¡Tonterías, tonterías, mujer! Siempre están ustedes viendo ánimas por todas partes. Vas á poner nervioso á este caballero

—¿Sí? ¿tonterías? ¿No te acuerdas del último alojado, que no pudo resistir y á media noche se arrancó loco de espanto, gritando que esta casa estaba endemoniada?

—¡Bah, bah! Necedad! A ese alojado se le había pasado la mano en el moscatel; quizá tenía *delirium tremens*. Señor, no haga caso de estas cosas de mujeres nerviosas y dormirá como un bienaventurado.

Y don Pepe se levantó y, tomando la vela, me invitó seguirle. Me despedí dando las gracias y seguí tras del dueño de casa. Por largos corredores y pasadizos, me llevó á un extremo del edificio y entramos á una pieza amoblada con sencillez y comodidad.

—Vea usted—me dijo don Pepe.—Esta ventana da á la arboleda, que está á la falda de un cerrito, estas puertas de los lados dan á otras piezas inhabitadas y se destinan á los viajeros que, como usted, suelen honrarnos con sus visitas, aunque sea de paso y por necesidad; tanto la ventana como las puertas tienen sólidas trancas; pero, para mayor precaución, porque por aquí no son escasos los bandidos, aquí tiene usted un rifle Grass, bien limpio y en buen estado, y aquí en el velador hay cápsulas. Pero le prevengo que esto es un exceso de precaución, pues son mui raras las visitas desagradables; y le aseguro que puede dormir con toda tranquilidad. Ahora, buenas noches y que sueñe con los ángeles.

Apenas salió don Pepe, principiaron á asaltarme serios temores; hallé que la pieza estaba muy á trasmano, que las puertas no eran muy firmes; aquel caserón, por otra parte era enorme y lúgubre; y recordé aquella conversación á medias, en frases que dejaban entrever una amenaza misteriosa....

¿Entre qué gentes me hallaba? Yendo de viaje, un compañero ocasional me había señalado muy oficiosamente esta casa como una etapa en mitad del camino, diciéndome que en ella encontraría una hospitalidad á la castellana Pero ¿no estarían convenidos esta familia y aquel oficioso para saltearme y repartirse después los despojos? ¡Quién sabe si en esos momentos ya se preparaba en el interior el puñal que había de degollarme! ¿No era claro que aquellas conversaciones veladas tenían por objeto desviar mi ánimo ó sugestionarme? ¿A qué horas de la noche vendrían á cometer el espantoso crimen?

Para estar prevenido quise reconocer el sitio: las puertas estaban atrancadas, pero dejé espedita la del patio, por la cual había entrado, para tener por donde huir: dormiría delante de ella para cerrar el paso á los asesinos. Abrí la ventana y entró al aposento una ráfaga de aire fresco y perfumado; por entre el tupido ramaje de la arboleda, la luna, una hermosa y tranquila luna de octubre, filtraba sus pálidos y serenos rayos; todo dormía en el silencio, y solo se oía el rumor lejano de un estero que arrastraba perezosamente sus aguas, el mujido de alguna vaca perdida en la inmensidad de la noche y esos vagos murmullos que animan las noches apacibles del campo. Esta era hermosa, pero me pareció que esa era la tranquilidad que precede á los grandes crímenes.

Cerré la ventana y, apoyando un sillón de mimbre contra la puerta del patio, me preparé á pasar allí la noche y apagué la luz Resistí despierto algún tiempo, pero me venció la fatiga y me quedé dormido.

De repente oí entre sueños algo como un suspiro ahogado y salté del asiento con los cabellos erizados por el terror; quitóseme el sueño, y en medio de la pieza me puse á acechar los rumores de la noche. Pasó un momento de silencio y luego volví á oir, por el lado de la ventana, ruído de pasos contenidos, cuchicheo de voces y unas como respiraciones anhelosas pero sofocadas; después otra vez pasos y ruído metálico, que no podía provenir sino de algún objeto de hierro... un fusil, puñales...

Yo tiritaba de miedo, pero sacando fuerzas de flaquezas, busqué á tientas el rifle Grass, lo cargué y, sin hacer el menor ruído, me acerqué á la ventana, la abrí y, haciéndome á un lado, eché una mirada al exterior. Por de pronto no ví nada absolutamente; pero luego, estirando, aguzando los ojos, ví con espanto, entre un grupo tupido de árboles, varios bultos que apenas se movían, oí otra vez el ruído de pasos y luego un leve rayo de luz entre la sombra; era claro: la luna se reflejaba en la hoja acerada y tersa de un puñal. Me eché el rifle á la cara, apoyando el cañón en el marco de la ventana, pero, por un resto de prudencia, grité: «¿quién anda ahí?» No recibí respuesta alguna, pero cesó el ruído de pasos.—«¿Quién es? Si no responde, largo el tiro!» grité nuevamente, y otra vez me respondieron con el silencio.

DON BARTOLOMÉ MITRE

No dudé un instante más, ni había tiempo que perder: si no tiraba luego, podía ser yo la víctima.

Apunté rápidamente hacia el grupo de los asesinos y tiré el gatillo...

La detonación fué espantosa y mil ecos la reprodujeron en el seno inmediato; casi al mismo tiempo oí un gemido largo y lastimero, luego unas carreras precipitadas, una caída y en seguida ruído de la familia que despertaba alarmada; pocos segundos después llegaron don Pepe, sus hijos, después la señora, llevando luces, y me hallaron allí pálido, convulso pero triunfante.

—¿Qué pasa? ¿qué ocurre? ¡Bandidos, asesinos! ¡Tranquilícense: no es nada! ¡Hay que perseguirlos! ¿Pero cómo ha sido? ¿Dónde están los miserables?

Más con las manos que con la voz pude responder á aquel diluvio de preguntas, sin soltar el rifle:—Ahí... en la huerta... alguno ha caído... muerto... otros han huído... oigan.

Todos contuvimos el aliento y pudimos oír distintamente primero un gemido sordo, lastimero, como un ¡ay! de agonía, que se debilitaba lentamente, más tarde un extertor, y por fin nada; el silencio ominoso de la muerte!

Reanudáronse los gritos de alarma, aumentando su caudal por el chillido de las niñas, que llegaban á medio vestir.

Por fortuna don Pepe era hombre enérgico: con tres ó cuatro gritos acalló ó su gente y dictó las órdenes del caso:

—Tú, Antonio, te quedas aquí con un rifle, al cuidado de la familia; y Diego, con este caballero y conmigo y los sirvientes vamos á reconocer al herido ó al muerto y á seguir las huellas de los otros bandidos. Y silencio ¡eh!

Luego se armaron todos y con una linterna sorda salimos resueltos á castigar á los criminales. Entramos primero á la huerta, examinando bien el terreno para evitar sorpresas, y nos dirigimos al sitio en que debía estar el cadáver. Llegamos allí, apuntamos la linterna y... ¡qué horror! ¡qué espantoso cuadro! tendido en el suelo, anegado en un charco de sangre, estremeciéndose en leves convulsiones, se veía al nocturno criminal. Apenas lo vió don Pepe, soltó una enérgica imprecación y dijo:

—¡Cómo va á rabiar mi mujer! ¡La burra de leche de la Martita!

Creo excusado agregar que continué mi viaje sin esperar que amaneciera.

RONQUILLO

QUIROMANCIA

Es la noche del Año Nuevo y en el viejo comedor, en torno de la mesa, la familia está reunida bajo la luz de la lámpara con pantalla chinesca que deja en sombra los rostros y colorea las manos. La espera se hace angustiosa. Han interrumpido el servicio del té, toda conversacion ha cesado y recogido cada cual en sí mismo, solo escuchamos el bronco tic tac del reloj de cuco que ha marcado las horas íntimas y en el cual está fija nuestra atención, fija en sus manecillas que tienden á juntarse, como si se buscaran también para el instante decisivo.

En torno de la espaciosa mesa que entre sitial y sitial abre demasiados claros la familia se halla reunida... hasta donde ha sido posible. Uno habita remota regiones y ¡acaso regrese nunca! Otra anda no muy lejos, pero jamás volverá á sentarse en medio de los suyos. También falta la madre que aún el pasado año, por este día estaba en su puesto. Por ella vestimos luto. En cambio, en alto sitial, hay alguien con cuya existencia no contábamos. Hemos querido que mi hijo concurra á nuestro claustro pleno y helo aquí, simbolizando el porvenir junto á su abuelo que representa el pasado.

Y están mi mujer, mi hermana y su esposo, la familia entera.

—Faltan cinco minutos—dice mi padre, que parece el más impaciente.

Le miro; pero su cabeza queda en la penumbra y sólo distingo sus dedos gotosos, aferrados al reborde de la mesa. Hasta hace poco, aquellas sus manos podían parecer vigorosas. La enfermedad las ha deformado y tiemblan ahora como en un miedo incesante.

¿Qué se yo de mi padre? Nada sino á través de las lágrimas de mi madre en mi infancia, la vaga novela de sus correterías marinas y de un hogar que habrá dejado bajo otros cielos. Una mujer que no era la suya y unos hijos que, sin embargo de tener otra madre, otra bandera, otro idioma y otra religión, eran los hermanos desconocidos á quienes jamás conoceré. Nada puedo saber de ese pasado. Las manos seniles ya no lo recuerdan.

—Faltan cuatro minutos...

Yo miro las tiernas manitas del infante que está al lado... ¿Su porvenir?... Aquellas manos embrionarias, no predican nada aún.

—Tres minutos...

¡Cómo vuela el minutero! La hermana, como soñando, lo ve aproximarse al término imaginario y yo sé lo que piensa, aunque se recate en la sombra que hace la pantalla, aunque nunca haya dejado entrever su vida sombría; adivino la tristeza del ensueño perdido ó, lo que es peor, vuelto realidad; la nostalgia por el hijo negado por la naturaleza ó evitado con perversa meditación; el hijo, que por lo demás, sería un degenerado. El nuevo día, ¿será la meta para sus desilusiones, el punto de partida de una esperanza nueva?... Se encierran en altiva reserva sus manos, ceñidas en la muñeca por puño negro, flacas y pálidas, surcadas de venillas azulejas y su presente se escapa á mi penetración.

—Faltan dos minutos...

Y el hombre, él, ¿cómo es que sacrifica esta noche de fiesta por acompañar á su mujer en el hogar paterno? Tal vez no quiere romper enteramente con el anciano á quien confía heredar de un momento á otro, ó piensa resarcirse al salir de aquí. Sus dedos cubiertos de sortijas nada saben decir ni han dicho nunca; pero tamborilean impacientemente en el mantel, como burlándose de esta velada patriarcal ó evocando otras más alegres, ante una mesa recamada de flores ó cubierta por un tapete verde; los colores chinescos de la pantalla juegan con los detalles de las piedras preciosas que adornan sus anillos.

—Falta un minuto...

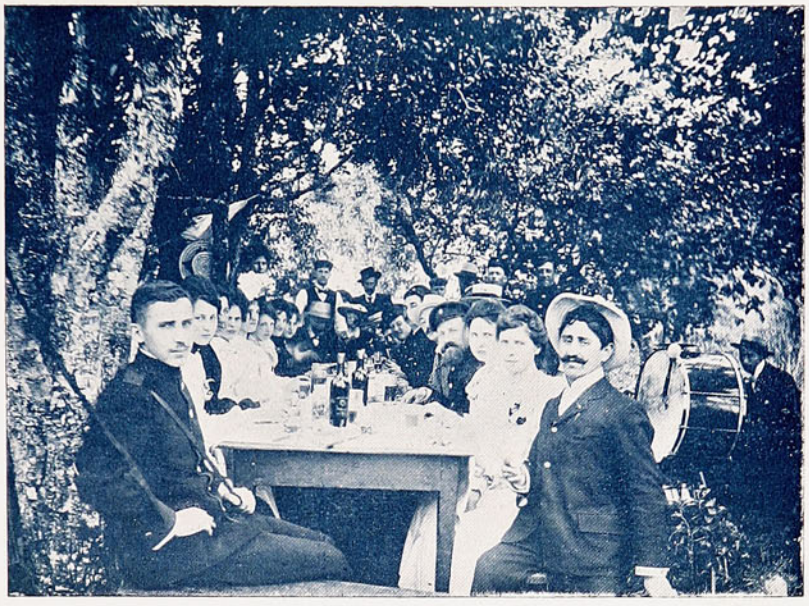
Mi vista busca para refugio las suaves manos de mi esposa, dulces manos que he besado con transporte y que han acariciado mis esperanzas. Deben descansar sobre su falda cuando no las hallo y me invade el ansia de estudiarlas, con otros ojos que hasta ahora, á la misteriosa luz que alumbra nuestros sentimientos esta noche ¿Su pasado? ¿Su presente? ¿Su porvenir? En balde trato de recordar sus manos, he visto mil veces sus rasgos, las he tenido entre las mías, sus palmas sobre mi frente y bajo mis mejillas y ahora, solamente ahora descubro que no las conozco aún.

En la caja del reloj se produce un crujido amenazador como si su mecanismo se desquiciara.

Entonces considero, aterrado, mis propias manos intelectuales y atormentadas. ¿Qué sé yo de mi mismo?... — y se me figura que las miradas de todos deben estar también fijas en ellas, preguntando de dónde vengo, quién soy, adónde me dirijo y qué hago entre ellos.

Sí, que esperamos reunidos si permanecemos extraños, incomunicado cada cual dentro de sí, si nada será capaz de acercarnos, de concluir con nuestro aislamiento?...

Y es lógico que ocurra así, desde que no fuímos convocados por un ideal, sino que estamos retenidos por una tradición; no asociados por el amor humano, sino aliados por el egoismo. En nombre de esa ampliación del yo denominado Familia, se excluye á la humanidad!



CLUB BOGADORES (VALDIVIA)

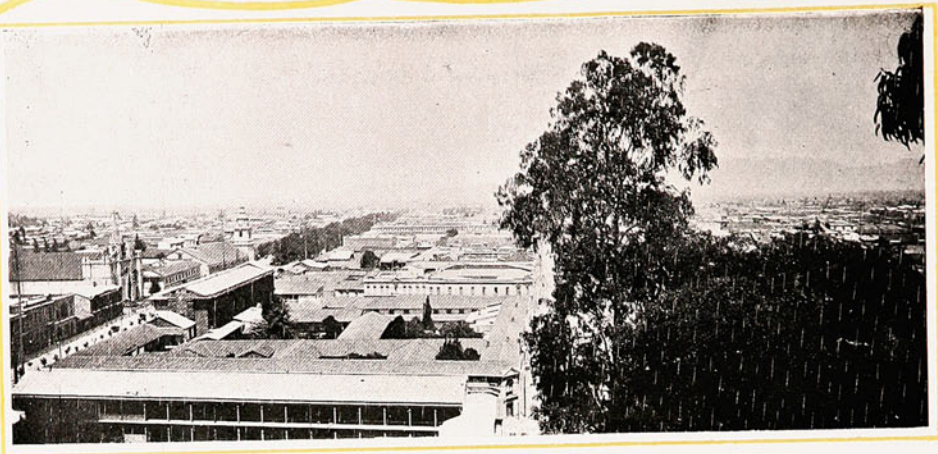
—El Año Nuevo...—piensa el viejo en voz alta—la Familia... el Hogar...

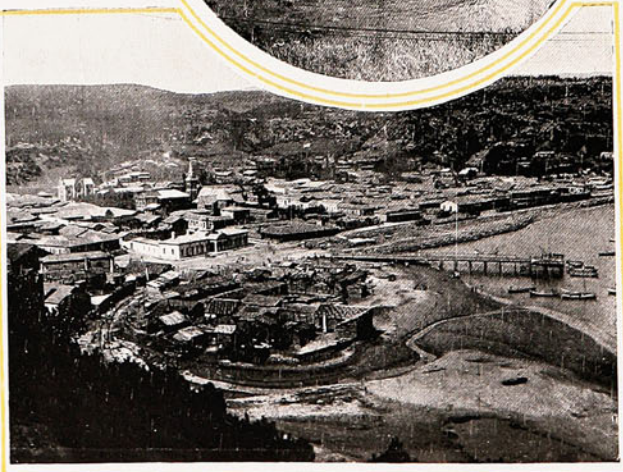
Y como para responderle, una carraspera parece romper la cuerda del péndulo y un hijo sibilante resuelve el silencio de aquella dolorosa expectación.

Es el cuculí que anuncia el Año Nuevo... 1904.

AUGUSTO THOMSON

UNA PROCESIÓN EN EL CAMPO





1. – Panorama de Santiago, desde Santa Lucía, hacia el Oriente.
2. – Salón de actos Colegio de los PP. Franceses.
3. – La Isla. (Lota).
4. – Lota baja desde Lota alta.

AURORAS DE PASCUAS

(De unas Memorias)

189 ..

Al entrar á mi casa, salía el sol. Esto me ha hecho pensar en tantas alegrías que van despertando poco á poco! ¿Verdad que se siente con esta aurora, una necesidad íntima de amar, de cantar, de beber? Y todo lo dejamos ya, sobre la confusa mesa de la cena, entre los restos mortales de algunos pavos y algunos cerdos! Pero qué apacible la mañana, miéntras se estremece mi cerebro en una tempestad de recuerdos, de lágrimas y de besos, de tristezas y placeres y amarguras, el resumen de la vida mundana que deja, al pasar sobre muchas pascuas, la huella de la existencia inútil!

Esta es una aurora de espuma de champagne. ¡Qué deliciosa y qué melancólica la mujer amada, que se confía al abandono de un día consagrado! Es la consagración divina del corazón humano: despertamos á una aurora para continuar en el goce indescriptible de un sueño de ángel por todo el día, honor que hacemos sin duda, á lo que es en nuestra alma tradicional. Qué desdichados y qué infeliz aquel que no pone en estos instantes, sobre su corazón, la primera piedra de una esperanza venturosa que comienza mañana á perderse y se desvanece luego en la brutalidad de las faenas diarias, condena terrible del cielo á la monotonía que llama á la muerte.

En la evolución del tiempo que transforma con las razas las costumbres, pocos días nos van quedando en que se escondan las decepciones, entre los bastidores de la comedia humana, para reir y para gozar. Sabemos más de cosas profundas y perdemos lo superfluo, lo efímero, que acaso es el objeto de nuestro ser. Para mí, que la aurora tiene ciertos secretos, la aurora de Pascuas es una aurora viva y las auroras de los días sucesivos son auroras muertas. Por eso ahora siento que me rodean coros de una música exótica y encantadora, como invitación á la vida Mañana sentiré sobre mí el vacío y en mi espíritu, con los primeros reflejos del sol naciente, la ansiedad de todo cuanto hoy detesto.

La ciudad está despierta. Sus gentes parecen prepararse á un regocijo desconocido y los grupos de trovadores, reminiscencias de otros tiempos, recorren las calles y dejan sus notas clavadas en el corazón del pueblo, para que vayan desprendiéndose y cayendo, como lágrimas, en la resurrección constante de la aurora, día por día.

Parece que sorprende la luz, con sus primeros besos, al poeta que arranca de su musa harmonías de palabras, al músico que esculpe sobre el pentágrama harmonías de sonidos... Y es que todo eso constituye el corazón de la humanidad, lo que la humanidad siente, lo que en la humanidad vibra: el amor de lo inmortal.

La aurora sonríe y parece que venda sus ojos para no ver ni lo pasado ni lo futuro. A veces, creo que nos burla, por lo que dejamos sepultado en la noche, ó por lo que, en esperanzas, vemos realizado bajo el poder del sol. «Toma —tal vez nos dice—toma esta gota de néctar, que te espera un manantial de hiel. Goza hoy de este átomo de dulce y de color de rosa, que te espera allá, en la nueva aurora, la amargura y la obscuridad»...

Yo he sido siempre un escéptico. Hoy me convierto en fervoroso creyente de todo lo agradable. Oigo á lo lejos cantares que no acierto á definir, que se acercan y no llegan nunca... Veo, tras la cortina de mi alcoba, un mundo de luces, luces que tal vez sean pensamientos ó ideas que no entiendo... Habito, en fuerza de extravío, un palacio encantado en donde cada luz es una aurora y cada tapiz un poema. Y á veces me despierta, del más delicioso de los sueños, una sombra llorosa que esparce penumbra, que inspira miedo, que, al roce de mi piel hirviente con la suya helada, me hace temblar, y en palabras que no son de idioma alguno, pero claras y penetrantes, me dice: «Amas y no eres amado».. «Oye, detente, dime» — exclamo sin abrir los labios, sin pronunciar palabra, y la sombra llorosa que exparce penumbra se funde en la aurora de una luz de mi Palacio encantado...

.....

.....

Muerta la aurora, levanto la cabeza adolorida de estas cuartillas que son las cuartillas de un loco ó los suspiros de una alma enferma. Y tal parece que siento caer sobre mi espíritu todo el excepticismo de un año más de existencia que sobre mí se desploma.

M. MÁRQUEZ STÉRLING

(Del libro *Ideas y Sensaciones.*)

VIDA DE SANTIAG
- la pascua

Furadori
año nuevo

Desde que á un cronista á lo Bourget se le ocurrió decir que empezábamos á asemejarnos á los parisienses en aquello de divertirnos con elegancia y *chic*, nuestra sociedad parece empeñada en justificar la aseveración un tanto para dojal del cronista de marras, y henos aquí convertidos en unos *boulevardiers comme il faut*.

Cualquiera que haya visto las fiestas de Pascua y Año Nuevo convendrá conmigo en que nuestra parisinizacion—Oh señor Nercaseaux, perdóneme usted! – es cosa hecha. Kermesses, bailes, teatros al aire libre, ruletas, carpas, iluminaciones venecianas: hé aquí el programa realizado esta vez. Un programa bastante aristocrático, por cierto, y que cualquiera creería formado para llevarlo á efecto en alguna gran ciudad europea.

DON ASCANIO BASCUÑAN S. M. — *Ministro de Guerra y Marina*

¿Y nuestra vieja Pascua? ¿Y nuestro antiguo Año Nuevo?

Yo he visto claramente que van en derrota. Los veo reducidos á hacer únicamente la delicia de las clases bajas, de aquellos que nada saben de Paris ni de su manera de divertirse.

La clásica fiesta de Navidad en la Alameda, ha languidecido este año por falta de concurrentes y por falta de alegría. He recorrido la noche del 24 el encantador paseo, y, al regreso, en vez del fresco y malicioso aroma de las albahacas y los claveles, me he traído en el alma una pena negra. He presentido la muerte de nuestra buena Pascua de antaño, de aquella Pascua que á todos nos reunía en un mismo sentimiento de alegría incontenible y bulliciosa

Cuando decepcionado abandoné la semi-obscura avenida en donde otros años resonaba el ruído múltiple de la risueña feria; donde reían otras veces picarescamente los farolillos chinescos, balanceándose en las ramas de los árboles como fantásticos frutos de luz, y convertida la senda en un amontonamiento de flores y frutas, daba la idea de que á Ceres hubiérasele volcado en aquel punto el carro de la cosecha, – cuando abandoné aquella Alameda, que se me antojó triste y larga, más larga de lo que es, una escena que ví al pasar vino á arrojar un puñado más de amargura sobre mi espíritu.

Voceando alegremente, con un canasto lleno de claveles y albahacas iba una muchachita. Una pareja del medio pelo marchaba en dirección contraria. El galán, que tenía cierto aspecto de cochero, empleado en tienda ó sirviente de casa grande—tres tipos que se asemejan mucho—llamó á la muchachita vendedora. Iba á comprarle un ramo. Ya metía dos dedos en el bolsillo del blanco chaleco, cuando la *china*, antes distraída en mirar á otro punto,

cayó en la cuenta de lo que su amigo hacía, y arrastrándolo del brazo le dijo con voz gruesa:

—Bah! No comprís esas flores; no seais leso. Mira que ya no se usan... ¿Sabís que está de moda ahora?...

Ni ví ni oí más, porque la fugitiva pareja se alejó perdiéndose entre los árboles y la sombra.

Después he meditado en esto. ¡La moda! «Ya no es la moda» comprar, ó siquiera lucir en Pascua la fresca albahaca y el oloroso clavel que perfumaron nuestras Navidades, y cuyo aroma de juventud y de alegría nos evoca el recuerdo de aquellas deliciosas Noche buenas ya pasadas, como nuestra buena infancia... Ya «no es la moda» divertirse á su antojo, dar rienda suelta á las expansiones del alma y perfumar los ratos de contento con el olor de las propias flores. Como el cronista de que hablé al principio, hay por desgracia, muchos que acechan lo que pasa en París con el objeto de parodiarlo aquí, y que, no satisfechos con los humildes claveles de su huerto, adórnanse con flores exóticas, muy hermosas, muy raras, muy delicadas, pero... muy ajenas.

—¿Sabís que está de moda ahora?

¿Y el Año Nuevo? Los diarios han llenado sus secciones de *Vida Social* dando cuenta al público de las fiestas con que ha sido celebrado el advenimiento de 1905, año que se presenta de incógnito, sin que en su faz enmascarada se advierta un sólo signo del cual pueda aprovecharse el observador para adivinar las intenciones que este nuevo año se trae.

El programa ha sido vastísimo y muy selecto...

Para la noche de San Silvestre habíase anunciado un festival de bandas en la Plaza de Armas. Aquello tendría cierto carácter popular; aprovecharía al pueblo, el cual podría darse el placer de oir algunos trozos musicales. Desgraciadamente, la Comandancia de Armas se encontró con que no poseía fondos para llevar á cabo el festival. En cambio, hubo iluminación en la Plaza. Con lo cual, todo el mundo se dió por bien regalado... ¿La luz, no es, al fin y á la postre, un factor de alegría?

Y luego, las fiestas en honor de los marinos alemanes y yanquis. He reconstruído la historia de un día de esos festejos y no resisto á la tentación de darla aquí.

Martes 27 de diciembre. En este día los marinos alemanes desayunaron en el cuartel del Escolta, almorzaron en el del Pudeto, hicieron once en la Escuela Militar, tomaron té en *El Mercurio*, comieron sandwichs y bebieron cerveza y refrescos en el Regimiento Tacna, comieron en la Escuela Militar y cenaron en la Legación Alemana.

Es la manera «nacional» de agasajar á los amigos. Una manera que de seguro no está de acuerdo con la moda de París... Una manera que tiene mucho de salvaje, de primitiva y también de grosera. ¿No existe otro modo de hacer grata la estadía en Chile de los extranjeros ilustres sino es atiborrándolos de viandas y potingues?

Tiempo es ya de que los cronistas á la parisién nos digan cómo se estilan estas cosas allá en París, á fin de que nuestros huéspedes no se lleven como único recuerdo de Chile el recuerdo de una indigestión...

Y por último, bueno será dedicar un párrafo á los espectáculos teatrales, que por ahora es sólo uno: la lucha romana. El público se ha apasionado por este juego inocente, pero que tiene la virtud de excitar el sistema nervioso hasta un extremo inverosímil. Yo sé de personas que después de haber visto luchar á Milo con Ceressert no han dormido, ó bien han continuado en sueños viendo el combate de los dos campeones. Sé de otros que han sentido la irresistible atracción del atletismo y se han dado á cultivar sus propios músculos, con la secreta esperanza de llegar algún día á ser campeones célebres. Conozco á un abogado, gran admirador de Napoleón, hombre inofensivo, por lo demás, que todas las noches, abandonando pleitos y alegatos, se sitúa ante un espejo y ensaya el «collar de fuerza» con un fervor admirable.

¡Oh triste espíritu de imitación! Cuando alguien trajo hace cinco años aquellos patines con ruedas, todo el mundo rodó... por la pendiente de la cursilería. Después, cuando apareció un sujeto montado en bicicleta, todos á su vez montaron en el casi aéreo vehículo, dando el gracioso espectáculo de una série interminable de costaladas. Mas tarde nos llegó un folleto en que se relataban algunos episodios de la vida de Sandow y se hacía la propaganda de su famoso sistema de gimnasia, y todos nos compramos las maravillosas palanquetas inventadas por este rey del músculo y nos dimos á desarrollar los nuestros poniendo en ello todas nuestras facultades.

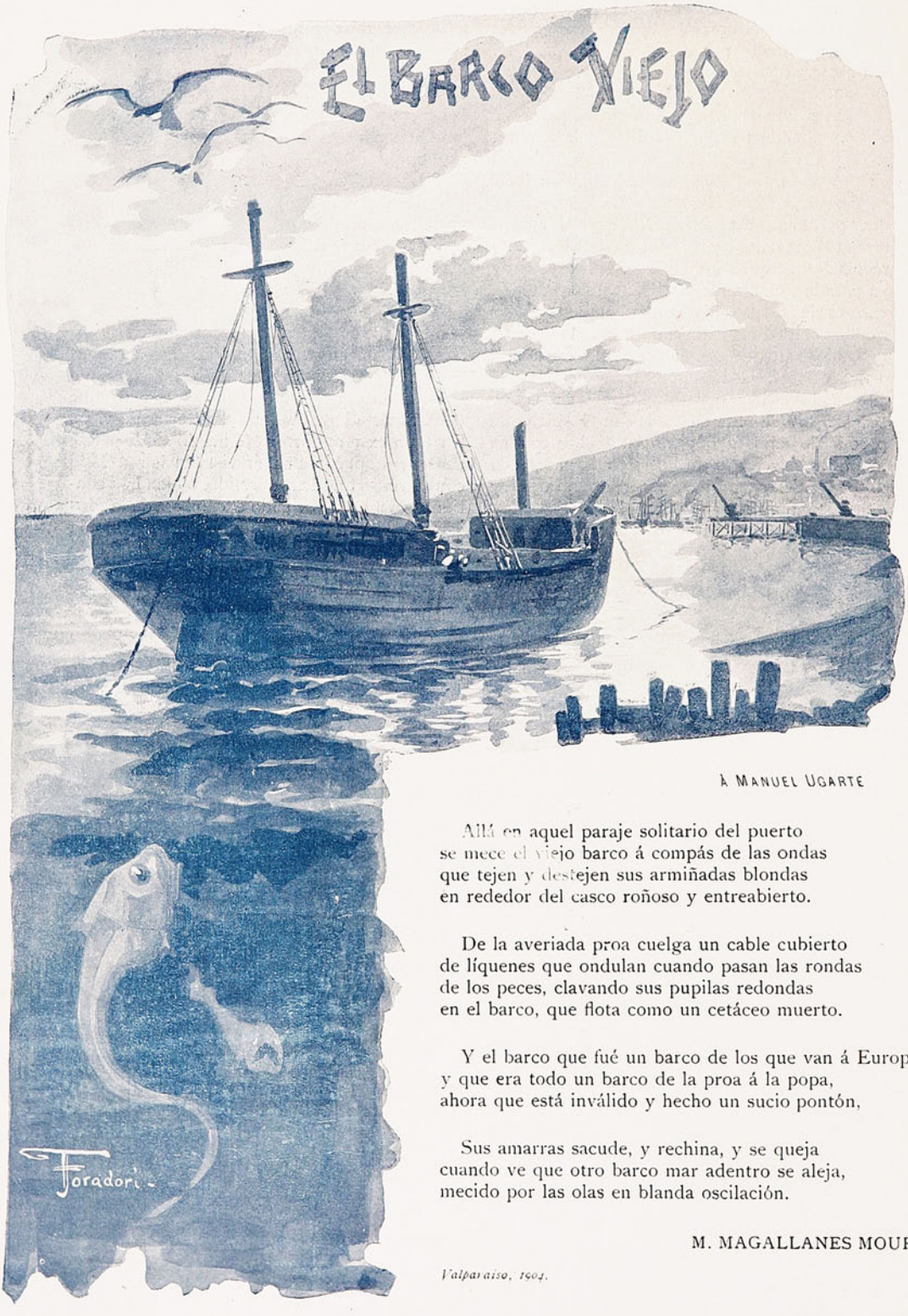
Ahora queremos ser atletas é imitar á los Zavattaro, Devescovich, Moresco y demás luchadores á la romana. Sin detenernos á contemplar si nuestra constitución física es apta para esta clase de trabajos, los emprendemos, y sólo cuando el tiempo nos hace ver la inutilidad de nuestros esfuerzos venimos á abandonar la empresa.

¡Oh triste espíritu de imitación!

A falta de otros argumentos, tú serías uno formidable para probar nuestra descendencia del mono!

BARBOUILLEUR

El Barco Viejo



A Manuel Ugarte

Allá en aquel paraje solitario del puerto
se mece el viejo barco á compás de las ondas
que tejen y destejen sus armiñadas blondas
en rededor del casco roñoso y entreabierto.

De la averiada proa cuelga un cable cubierto
de líquenes que ondulan cuando pasan las rondas
de los peces, clavando sus pupilas redondas
en el barco, que flota como un cetáceo muerto.

Y el barco que fué un barco de los que van á Europa,
y que era todo un barco de la proa á la popa,
ahora que está inválido y hecho un sucio pontón,

Sus amarras sacude, y rechina, y se queja
cuando ve que otro barco mar adentro se aleja,
mecido por las olas en blanda oscilación.

M. MAGALLANES MOURE

Valparaíso, 1903.

VICTOR DOMINGO SILVA

(RECUERDOS ÍNTIMOS)

¡Cuántas veces tratamos de precisar cuando hirió por primera vez nuestra atención un nombre que después se nos hizo familiar, ó qué fué lo primero que leímos de un autor que llegó á sernos predilecto!

Lo he intentado á propósito de este poeta, de este Víctor Domingo Silva, pero en vano y, reputación de ayer, me parece haberlo conocido siempre.

¡Privilegio de ciertos afectos! Resulta excusado buscarles edad.

Cuando escribo su nombre se me representa el puerto donde reside y que tan bien ha sabido cantar; sus tortuosas callejuelas en la hora matutina de la bruma, cuando los mozos lavan las tabernas subterráneas; el malecón á medio día, lleno de máquinas, fardos y hombrecillos que gesticulan y vociferan, y la bahía de noche, rodeada por los cerros que, con sus mil luminarias, parecen declives del firmamento; el rumor de sedas ajadas de la resaca, los gritos perdidos, el vientecillo bien oliente á marisco que se levanta del mar por esa hora, los alaridos desgarradores de las sirenas, el bosque de arboladuras sobre un horizonte blanquecino, los llorosos faroles de los barcos, meciéndose en el vacío y el rastro verde ó rojizo que deja la lucecita de alguna chalupa al deslizarse con apagado rumor por aquel sueño vago...

Lo recuerdo á él como me apareció en la primera entrevista, en la biblioteca de marina, frente á un soberbio busto de Lord Cochrane qne á mí se me antojaba de Byron. Me dejó la impresión de que era mucho más alto de lo que en realidad es; los ojos cargados de ensueño, el cabello negro cubriéndole la frente y un bigotillo que su mano atormenta nerviosamente. Lo que más se graba es su manera de hablar, cortada, atropellada, ininteligible casi. Estaba lleno de prevenciones contra los santiaguinos, y conmigo se mantuvo en guardia. También es cierto que debían remorderle algunos epígramas que había hecho á costa mía.

A las siguientes vacaciones conocí su hogar, colgado como un nido de no sé qué abrupta peña. Pezoa lo describe:

«Junto á las peñas de las quebradas
donde las aguas alborotadas
charlan de asuntos sin són ni tón
hay una casa de corredores
donde hay palomas, tiestos con flores
y enredaderas en el balcón.»

Primero trabé conocimiento por retrato con el padre, difunto militar cuyos rasgos resucitan en el hijo, y luego, en el pequeño comedorcito, me senté á la mesa con la familia: el mayor á la cabecera, y en seguida la madre, la hermana y los demás hermanos hasta llegar á Hugo que, andando el tiempo, será también un artista Todos me parecieron como de visita bajo su propio techo, y efectivamente lo han ido abandonando, unos después de otros, para volverse á Ovalle, enfermos, más de provincialismo que de otra cosa. Sólo el poeta permanece en Valparaíso.

Sí, el norte fué su cuna. ¿Habéis reparado que muchas cosas, sobre todo entre las que no conocemos, se nos representan á la imaginación por imágenes, á veces absurdas? Desde la escuela, aquellas regiones del norte me han sugerido la idea del hierro, un bloque enorme de hierro.

Ocasión que jamás olvidaré fué aquella en que la casualidad reunió, primero en la imperial de un carrito y después en lo alto de Portales, frente al muelle del Matadero, á casi todos los «felibres» de acá: (este «casi» es una puerta de escape para que penetre aquel cuyo nombre no aparezca). Lillo, que como en el Ateneo hacía de secretario perpetuo, Magallanes Moure, que acababa de publicar un libro y que iba á tener un hijo, el pobre Isaías, Pezoa que todavía entonces no era tolstoyano y añádase á Dublé, puesto que en nuestras reuniones se hace asistir en espíritu al camarada que falte y, quieras que no, se le instala en la silla destinada al convidado de piedra.

Silva conserva de su pueblo una adorable sencillez que ojalá nunca perdiera. Ser injénuo es presentarse desnudo, pero á la vez protegido por una piel en que se embotan las flechas envenenadas. Cuando vino por la primera vez de su vida á la capital, un grupo de amigos le esperaban. Se maravillaba como un niño de cuanto veía y Labarca Hubertson tomó tan á lo serio su cargo de *cicerone* que, con toda gravedad, mientras repasábamos los palacios de la Alameda, nos dió á conocer el rol de propietarios y creo que la contribución de haberes.

Pocas veces hemos visto un entusiasmo más espontáneo y merecido que el que manifestó el Ateneo por el autor de «Las espigas». Lo que nunca había ocurrido, se pidió *cola* y ante un círculo de íntimos hubo de escalar por segunda vez la tribuna y recitarnos por segunda vez su «Marsellesa», canto algo demagógico que puso delirante al auditorio. Inter nos y aunque su talento esté en todo prefiero el lirismo de las espigas á aquella exclamación que siempre resulta más demócrata que socialista Y valga esta crítica para toda la última «manera» del poeta.

Sea como quiera, esa noche se vió que el público comprendía de lo que se trataba. De la aparición de un vigoroso poeta que, hasta entonces, sólo unos pocos habíamos saludado.

¡Memorable la estadía suya entre nosotros! ¿Se acuerda usted, Mr. Víctor Dimànche? A la hora violeta en que encienden las chispas azules de los focos y las verdosas luces de los faroles incandescentes, cruzábamos el portal para llevarnos algunas golosinas; dejábamos á nuestra espalda la plaza, amenazada por la charanga hirviente de aristócratas y nos internábamos en aquella calle de la Nevería, donde se alza el templo de piedra que tanto le admiraba a usted y al fin de la cual teníamos nuestro «cenáculo» ¿Quiénes iban? El pintor González, Baldomero Subtierra, Labarca, aquel vibrante Ross, Brandau parecido á Zola con sus lentes, y Parra que siempre pretextaba algún quehacer de bufete para retirarse á la hora del café. Se hablaba de Ibsen, de Kropotkine ó de Tolstoy, y de tal modo que los comedorcitos reservados se intrigaban y los comensales venían uno por uno á asomar la cabeza para saber quiénes eran esos raros señores que gritaban como en pleno Sahara.

Otra noche que llovía hicimos los dos solos la aventura, y después, llueve que llueve, nos largamos de visita á no sé quién. Departiendo del bracete nos hundíamos en las abstrusidades fllosóficas y en el barro y, como final de fiesta, en la casa á donde íbamos, todo el mundo dormía.

Para cerrar este apunte en que por hablar de todo no he dicho nada, algunos datos biográficos: Víctor Domingo Silva nació el 10 de mayo de 1882 y en Ovalle, como ya apunté; allí hizo sus primeras armas en un periódico de su hermano, lo que le valió para que cuatro años más tarde se presentara ya formado á la prensa literaria de Santiago. Ganoso de horizontes más amplios ya había venido otra vez á Valparaíso, pero tan niño que hubo de repatriarse si no quería morir de hambre; actualmente puede vérsele de lunes á sábado en una de las dependencias marítimas donde está empleado, y al caer la tarde de este día, por la misma razón que Dante hacía viajes á Pisa donde habitaba Beatrice, él los hace á Limachito. ¡Diantre de muchacho! Por lo que algunos viven y mueren huérfanos de amores, él cuenta con dos amadas: una á la que le canta, otra la que lo hace cantar.

No sé cuál sea la preferida, pero no hay temor de que entre ellas se suscite ningún conflicto porque solamente la más hermosa tiene existencia real. Mis respetos á ella.

A la otra la llaman Musa aquellos vates que todavía gastan lira.

AUGUSTO THOMSON

San Bernardo, 1904

NUNCA YA?

Nunca ya tu mano breve,
mitad ámbar, mitad nieve,
me enviará
otra dulce carta escrita
con su letra menudita?
¿nunca ya?

En la tarde visionaria
la casita solitaria
siempre está?
Siempre está la blanca puerta?
Siempre el aire por la huerta
viene y va?

Á lo largo del camino
suelta un pájaro un divino
trino en la?
En un chorro de armonía,
el torreón despide al día
que se va?

El jardín con sus violetas...
Ah! las puras, las discretas
flores... Ah!
los ramitos que me hacías,
y esas furcsias que eran mías,
todo está!

El rosal que hoy tú deshojas
ya no da sus pompas rojas,
ya no da.
Y la obscura madre-selva
ya no espera que yo vuelva
por allá.

El nogal junto á la reja...
El sendero que se aleja...
—«¿Vamos ya?»
Luego, arriba, entre gorgeos,
inauditos cuchicheos:
—«Besalá!»

Esa risa, ese alborozo,
esa charla junto al pozo...
—«¿Quieres?»—»Bah!»
¡Esa charla tan sin charla,
no podremos reanudarla
nunca ya!

—Cuenta un cuento!—Dime un verso!
¡Qué capricho más perverso!
—Allá va!

Aún recuerdo la leyenda
bella, mágica, estupenda
de *La Flor del Silolá!*

Y tu flor, la favorita,
la olorosa, la exquisita
resedá,
sola acaso, acaso mustia
y abatida por la angustia,
¡qué dirá!

Yo era bueno. Tú eras niña.
¿Quién á lo alto de la viña,
subirá
cómo entonces nos subimos
á jugar con los racimos?
¿Quién lo hará?

Las palomas siempre en fiesta...
Y aquel gallo de alta cresta
cómo está?
No conversa ya contigo,
no pregunta por su amigo
Monsieur K?

Ojalá me hables de todo:
de aquel sol, de aquel recodo
que iba allá,
de tus aves, de tus flores...
Y ojalá escribiendo llores,
ojalá!

Y tu carta cuando llegue
y á mis ojos se despliegue,
me dirá
que la novia de otros días
eres tú que me decías:
—«Ven acá!

Ven acá. Mi amor te espera.
En mi amor la primavera
siempre está...»
¿Dónde está que no me invita?
¿Qué será de mi aldeanita?
¿Qué será?

Nunca ya mi amor se olvide
del perfume que despide
tu recuerdo: resedá...
Y en los éxtasis supremos,
nunca ya nos separemos
nunca ya!

VÍCTOR DOMINGO SILVA

CARTEL HECHO EN LOS TALLERES DE LA "IMPRENTA BARCELONA"

BODAS DE PLATA

A un Poeta Malgré Lui

Exhibiendo tu retrato,
un periódico barato
te hizo no ha mucho la pata
porque como *literato*
cumples tus bodas de plata.

Es decir, veinticinco años
que llevas tú recorridos
aturdiendo los oídos
tanto á propios como á extraños
con tus cantos desabridos.

Veinticinco años cabales
en que no has hecho otra cosa
que renglones desiguales,
echando al viento, á raudales
tu cántiga empalagosa.

¡Cuánto tiempo malgastado
que pudiste haber empleado
por tus propios intereses,
en manejar el arado
para cosechar las mieses!

Porque ¿dónde está el provecho
dónde los frutos *sonantes*
de pasar, como lo has hecho,
cinco lustros en acecho
de rimas y consonantes?

¿Te has labrado una fortuna
con echar sin tregua alguna
ditirambos «para ellas»,
quintillas á las estrellas
y sonetos á la luna?

¿Cuánto te dió el madrigal
que escribiste con motivo
del cumple-años de una tal?
¿Te ha dado una octava real
el valor de su adjetivo?

Y si tus versos mejores
merecieran los honores
de tanta fecundidad!
Pero es la pura verdad
que todos ellos son peores.

Buscas pretexto á menudo
para sacar de la vaina
ese tu estro campanudo.
¿Te hizo Fulano su saludo?
¡Pus que tema la versaina!

Porque habrá más de algún tío
que, fecundo hasta dar frío,
sea tu digna pareja,
pero á ramplón, hijo mío,
nadie te moja la oreja.

Y así hay quien se desata
en piropos indecentes
y te coge, y te retrata,
cuando atisban esas gentes
llegar tus bodas de plata!

Pues, hijo ¿sabes lo que
deberían hacer todos
esas gentes de tupé?
quitar a *plata* la *p*
y celebrarte esas bodas...

PEDRO E. GIL

CASA KIRSINGER

MÉXICO

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
SCHIMMEL
etc.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

Nº 31

CHILE ILUSTRADO

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA
POR LA
IMPRENTA BARCELONA

ES PROPIEDAD

— Y bien, ¿qué piensas de mí?
— Que eres una mascarita
muy honesta y muy bonita,
y que agradarás así
tapadita... tapadita...

Año IV Precio: 50 centavos Febrero de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

DARIO ZAÑARTU

DIRECTOR GENERAL DE LOS FERROCARRILES DEL ESTADO

Foradori

uestros ferrocarriles

Cuando en 1885 el señor don Eulogio Altamirano pasó al Ministro de lo Interior, la primera Memoria sobre la administración de los Ferrocarriles del Estado, creyó oportuno hacer una breve reseña histórica sobre esta materia, que, desgraciadamente, no hemos visto terminada hasta el presente.

El 1.º de octubre de 1852, se inauguraron los trabajos del Ferrocarril entre Valparaíso y Santiago, siendo presidente de la República el Excmo. señor don Manuel Montt.

El 16 de septiembre de 1852 se inauguró el Ferrocarril entre Santiago y San Bernardo.

En 1858 se llegó á Maipo.

En 1859 á la Angostura y el 25 de diciembre del mismo año á Rancagua.

Así quedó trazado,—bajo la misma administración que inició la construcción de los ferrocarriles en Chile—el plan definitivo de las futuras construcciones ferroviarias del país, que consiste en *una línea central que unirá las dos extremidades del territorio y una serie de ramales que unirán los puertos con la línea central.*

Los Ferrocarriles del Estado en explotación en 1885 tenían 948 kilómetros de extensión.

En 31 de diciembre de 1902, es decir, diecisiete años después, la longitud total de las líneas en explotación alcanzaba á 1999 kilómetros.

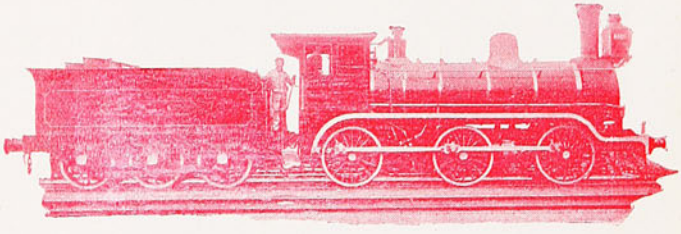
El saldo de la cuenta de capital en 31 de diciembre de 1883 llegaba á $ 42.107,934.

Y el 31 de diciembre de 1902, la cuenta de capital era estimado por el Director General de los Ferrocarriles en $ 137.000,000.

En 1883 los viajeros fueron 2.345,237 y el producto fué de $ 1.957,640.

En 1902 el número total de pasajeros fué 6.928,079 y el valor de los pasajes $ 5.035,361

El tráfico de carga en 1884 fué de 19.693,735 quintales métricos, con un producto de 3 millones 284,148.



La carga movilizada en 1902 ascendió á 25.884,365 quintales métricos, con un producto de $ 9,320.281.

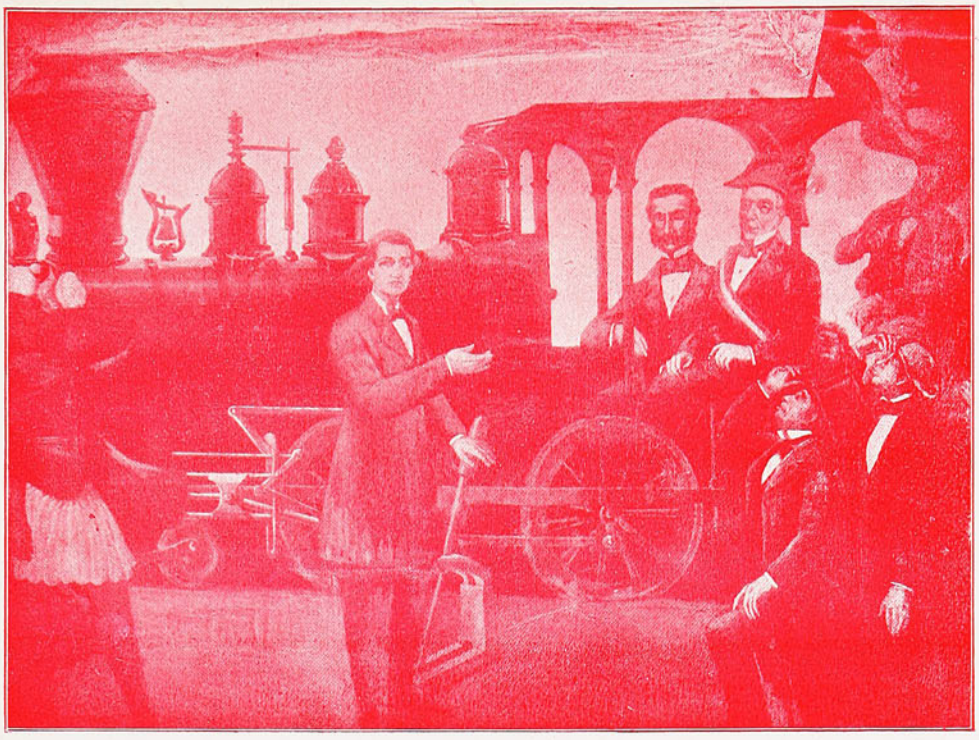
En consecuencia, puede decirse que del 84 acá, se ha triplicado la eficiencia de los ferrocarriles del Estado en Chile, aun cuando la extensión de la línea solo se ha duplicado.

En vista de la importancia y complicaciones de este servicio de los ferrocarriles del Estado eminentemente progresista y benéfico, no trepidamos en hacer nuestras las siguientes palabras con que el actual Director de los Ferrocarriles, señor don Darío Zañartu, se refiere á una medida que es urgente implantar.

Decía el señor Zañartu, al terminar su Memoria, correspondiente al año de 1902.

«Cada día que pasa, señor Ministro, se hace sentir más y más la necesidad y conveniencia de organizar una Caja de Ahorros y Retiros para el personal, siguiendo la norma tan felizmente experimentada en países más adelantados que el nuestro.

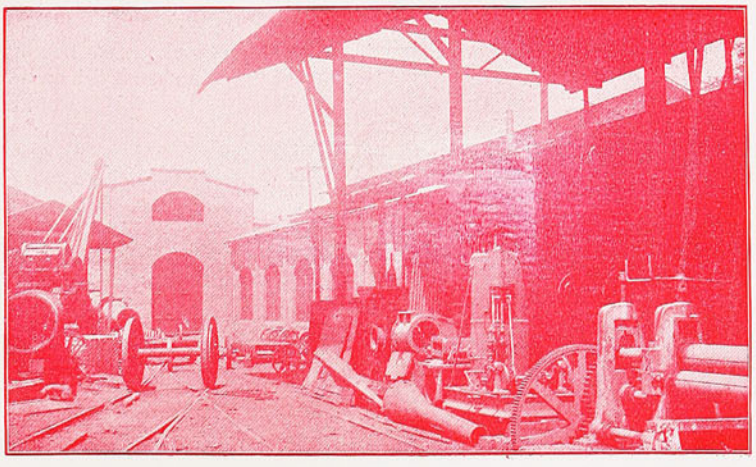
Las disposiciones que actualmente rigen para los casos de enfermedad ó muerte de empleados en actos del servicio, no satisfacen ni los naturales anhelos del personal ni las conveniencias de la Empresa, que año á año, ve aumentar las sumas que esas disposiciones la obligan á pagar, sin que, en realidad, mejore la situación del personal, á que tan íntimamente ligado está el progreso de toda empresa de carácter industrial.



Es necesario y de justicia, ofrecer á los numerosos servidores de la Empresa y á sus familias un porvenir memos tristes, para los casos en que se imposibiliten ó mueran á consecuencia de accidentes ocurridos en el servicio. En este sentido, me parece que nunca insistiré bastante, pues, en razón de mis funciones, tal vez estoy en mejor situación que nadie para apreciar lo deficiente, triste é injusto del actual estado de cosas.

En subsidio, ya que este proyecto no se ha abierto camino hasta hoy, valdría la pena estudiar la idea de dar al personal de ley y á contrata una participación limitada en las entradas de la Empresa, como ocurre en las aduanas, lo cual constituiría por sí solo un buen medio de fiscalización del servicio».

En Francia los servicios de los ferrocarriles se hacen sobre la base de una admirable organización del trabajo. Los obreros y empleados, atendidos en conformidad á las ideas propagadas por la escuela de Le Play, gozan de todas las ventajas imaginables dentro de la empresa en donde prestan sus servicios. Así, junto con conjurarse las huelgas, se ha conseguido la estabilidad de los operarios, el perfeccionamiento de los servicios que prestan y el mejoramiento de su condición económica y moral.



¡Ojalá pudiera en Chile ensayarse en empresas sostenidas por el Estado, como la de los Ferrocarriles, el sistema que indicamos, que tan espléndidos resultados ha producido en Francia!

L. B. M.

EL DIA DE LA ABUELITA

—...¿Entiendes? hoy te vas á poner el traje nuevo porque es el día de la abuelita.

—¿De la abuelita...?—Confusamente, en los pequeños cerebros aún envueltos por las brumas del sueño, esta idea trataba de penetrar. —Luego ¿tenía santo la abuelita?—Y era tan extravagante una fiesta de la viejecita de cabellos blancos, tan gracioso aquello de que se la pudiera regalar juguetes, como en tal ocasión se hacía con ellos, que los tres chicos se echaban á reir cambiando picarescos gestos.

—Sí, diablillos, ¿acaso no puede tener santo la mamá vieja? ¡Anda! ¡daos prisa, que es preciso comprar flores para ir á saludarla!

¡Qué irrupción la de esos pequeñuelos, rojas las mejillas por el paseo matinal, al cuarto de la festejada! Ella también se había engalanado para la recepción y les salía al encuentro con su tembloroso pasito de minué, conmovida hasta llorar, con los ojos tan azules como dos grandes turquesas, toda ella blanca bajo la aureola plateada de sus cabellos; unos admirables cabellos cuyo albo color intrigaba á los nietos que los hacían tema de grandes comentarios.

El mayor traía su *speech* aprendido y, mientras las otras dos cabecitas rubias atisbaban curiosamente desde la puerta, avanzaba seguro para largarlo así, de un tirón, con el brazo derecho extendido, el ramo de violetas ó de juncos nerviosamense estrujado en la mano, los ojos límpidos hacia el techo buscando en él la inspiración y la boquita tentadora como una fresa madura.

Materialmente la anciana se los comía á besos. No iban sino las primeras palabras:—«Abuelita, te deseamos un feliz día y un año bien feliz y que vivas dos siglos»,—cuando la que iba á vivir dos siglos, interrumpía el discurso, conteniendo la infantil oratoria con la ardiente mordaza de sus besos.

—Sí, mis pequeños pequeñines ¡dos siglos más!...

Sonreía con tristeza y su frente se nublaba como si la cruzara una idea dolorosa. ¡Se teme tanto á la muerte cuando ya se han contado en ochenta años otros tantos pasos hacia ella!

Después era el desayuno: Alegre mañana de sol de invierno; el comedor, con sus anchas ventanas sobre el jardín, parecía encerrar tras de sus cristales un enjambre de moscardones que se daban de cabezadas en las transparentes láminas, todos los pequeños moscardones glotonazos, ensordeciendo la mesa con el zumbido de su cháchara:—Rum-rum... ¿No es cierto abuelita, que tienes como... como veintiocho años ya? – ¿No es cierto, abuelita, que tú fuiste chica como nosotros con el pelo rubio también?—¡Será tonto Tito! ¡Cómo iba á ser chica la abuelita!—rum rum! ¡rum rum!

—Pues sí, piscoidos, ¡talmente como vosotros!

Consternación general. Tito aplastaba á sus hermanos con el triunfo de su dudosa pregunta; pero bien se veía en esos tres pares de ojuelos brilladores y asombrados que ninguno de los muchachos estaba convencido ni se imaginaba aquello tan inconcebible:—¡Cómo! ¡La abuelita chica! ¡La abuelita jugando á los soldados y con servilletas que dijesen «*Un niño limpio siempre es bonito*» ó «*Los niños sosegados son queridos por sus papás*» ¡La abuelita con papáes y hasta con abuelita también!... ¡Bah! ¡Eso era una broma de la abuelita!

***

¡Cuántos años, Dios mío! Yo lo he evocado todo esto, sólo esta noche, al abrir la puerta de mi cuarto á obscuras. En el fondo el retrato de mi abuela parecía mirarme tiernamente y reconvenirme por mi olvido. Bruscamente recordé que este era el dia de ella, de la pobre vieja que tanto nos quería y que, hace mucho tiempo, duerme ya bien tranquila, lejos de mí, junto á mi madre y junto á uno de los pequeños de entonces, que hoy la hace compañía. El otro, el mayor, ha muerto también en distantes tierras y sus huesos no reposan sobre el suelo de la patria. Sólo yo lucho aún; yo, su *Tito*, su pequeño pequeñín, el que sería tan feliz según ella, pues que tan buena estrella llevaba: Yo que, sin duda, había nacido para ser Papa ó á lo menos Presidente...

No fuí nada, mi buena mamita, sino un pobre diablo soñador de locuras que ve tras de sí un vasto erial sembrado de cruces y delante el horizonte obscuro, con la fosa del sueño allá en el fondo.

Entonces me he acercado al retrato que me mira amorosamente y quitándome del ojal el ramillete de violetas, lo he puesto bajo el marco.

—¡Feliz día, abuelita!

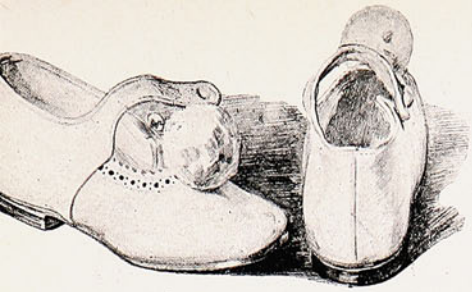
Rompo á llorar al repetir las viejas palabras infantiles, ¡Ay, si ella me oyese! ¡Si me contemplase tan desgraciado y tan solo y tan obscuro, á mí, á su gloria!

Y los ojos del retrato parecen compadecerme:—¡Que cansado estás, Tito! ¡También tú tienes la cabeza encanecida y el corazón triste!

¡Ah, sí, mi pobre viejecita! ¡También yo!

AUGUSTO THOMSON

1900



NIÑOS

Ah, los diablillos encantadores
que hacen la dicha de sus mayores
con su graciosa vivacidad!
Ah, las risueñas aves humanas
de risas claras, como campanas
que repican felicidad!
Cómo sería triste la vida
si no existieras, ¡oh bendecida
banda de pájaros en libertad!
Sin vuestros cantos, humanas aves,
¡cómo á nosotros, los hombres graves,
nos mataría la gravedad!
Si. Vuestras risas y vuestros cantos
y hasta el ruïdo de vuestros llantos
forman la música de nuestro hogar.
Ay de esas casas de faz sombría
donde no suena la algarabía
de vuestro loco juguetear!

***

Sois los felices! En vuestros trajes
lucen las cintas y los encajes
y las alhajas de gran valor.
Para vosotros siempre la suerte
ríe alegrías y hasta la muerte
os tiene siempre más compasión.
Sois los mimados de la existencia.
Si pedís algo, vuestra impaciencia
no ha de ser largo tormento, nó.
Y si os ocurre pedir la luna,
la tendréis, hijos de la fortuna,
pues nada os niega ni el mismo Dios.
Para vosotros todas las cosas
que causan júbilo por lo hermosas:
monos, juguetes, sable y bastón.
Para vosotros las cosas buenas:
todos los dulces de que están llenas
las dulcerías, bien vuestros son...

***

Sois los pilluelos desamparados,
los infelices, los desgraciados
muchachos pobres de la ciudad.
Sois pajarillos flacos y hambrientos
y vuestros cantos, que son lamentos,
mueven las almas de la piedad.
Lo deseáis todo sin tener nada.
En vuestra sucia faz demacrada
lleváis del hambre la cruel señal.
Sin que os asusten penas ni encierros
váis por las calles, como los perros,
husmeando el trozo de negro pan.
Para vosotros las amarguras:
los tratos rudos, las frases duras
y hasta el azote torpe y brutal.
Para vosotros ningún regalo.
Para vosotros todo lo malo,
que cría el lodo del lodazal.

***

Ah, los diablillos encantadores!
¿Cuándo unas mismas y frescas flores
vuestra cabezas adornarán?
¿Cuándo, avecillas, alzáis el vuelo
todas unidas, con rumbo al cielo
de la igualdad?

NOEL

EPISODIO TRAGICO

EN UN GALLINERO

La convalecencia es y será un momento de observación valiosísimo, como que el espíritu no se acongoja por quítame estas pajas, como que el ocio de la convalecencia si muchas veces nos hace cazar moscas en los cristales de la alcoba desaliñada, también hace huir nuestro pensamiento volador y nuestros ojos soñolientos, no sé á dónde, pero siempre muy lejos. Y esto último no lo digo por mí, porque el gallinero donde sucedió lo que contaré está muy cerca de mi alcoba.

Había en él un gallo inglés pobrísimo de espíritu. En todo lo que no fuera reñir con los demás gallos, era un gringo *de agua dulce*, alicaído y zancajudo como el que más, de pechuga aguerrida y pelada á retazos, de sesos muy aguados y de tres pelos en la cola que lo hacían verse muy escéptico y á veces muy elevado de miras... Debía lo primero al chaquetón raído de sus plumas y lo otro á sus zancajos de boxeador añoso y decadente.

Muchas veces de un pelo de la cola depende una fama Pero estos son pelos de la cola!...

Los otros gallos del corral eran chilenos, de muy bello plumaje y de formas, es claro, gallardas ¡no faltaba más! pero tan chilenos!... Regordetes, padecían todos una semi-obesidad de tunante cursi, mal educados hasta no sé dónde, siempre de broma con las pollas del gallinero, y más ignorantes!... ¡Ay si eran ignorantes!... En fin, de esa naturaleza del *peis* que se refleja á primera vista en nuestros hombres, en nuestros animales y en nuestras cosas.

¡Si no fuera por no apartarme del gallinero!...

Había también gallinas y muy guapas, sobre todo las que estaban criando y esas cluecas malditas que todo lo revuelven con llevárselo impertérritas en los ponederos, sin poner y sin dejar poner á las demás Siempre andan al trote y estrellándose con alguien para pedirle excusas después.

Sólo el «Gringo» de cuando en cuando, salía de lo común, repartiendo pataditas á estas tales y muchas veces haciéndoles el amor.

Entonces era cuando el gallinero ponía sus gritos en el cielo y hasta pavos y patos tomaban parte en el coro protestante.

Pero el «Gringo», sin inmutarse, daba dos tosidos por lo bajo y venían corriendo de malas ganas sus dos predilectas, dos *inmigrantas* inglesas de cola larga, hombrunas y aguachirles, unas almas de Dios al parecer, y se iba con ellas á un rincón á refrescarse, echándose tierra en el lomo, mientras el chubasco arreciaba.

Y si no, con dos coscachos al más provocativo de los vigilantes, ponía punto final á la comedia. Este recurso trágico lo empleaba hoy sí, mañana nó, con mucha seriedad y parsimonia.

Y no era ¡qué habría de serlo! un Nerón el pobre «Gringo».

Era una jalea con sus amantes inglesas, si jalea puede llamarse una carrerita al parecer intencionada y amorosa de él detrás de ellas y nada más, por mero sport.

¡Oh la educación inglesa rige hasta en el corral!

A las demás gallinas las miraba por encima del hombro y ni siquiera le conmovían sus lances amorosos al aire libre, ni sus cacareos — y es mucho decir,—porque á los escépticos como él, les gusta lo que á nadie, y dicen que es música el acordeón.

En amores era glacial, debido todo, más á su vejez que á otra cosa y á la pérdida de energía experimentada en las innumerables riñas que había sostenido durante su vida.

Tánto era así, que sus pobrecitas amantes, en medio de su candor de mujeres heridas, pasaban con los ojos puestos en los pintarrajeados galanes chilenos.

Se alimentaban de miradas!... También en el reino implume hay quien se alimente de solo miradas, porque hay *pololos* como el «Gringo», aunque el «Gringo» no era pololo, ó pololas como las *inmigrantas* aunque las inmigrantas no eran pololas.

Así es que era todo eso para ellas, como ver comer limones. Se les entraba la naturaleza por los ojos como á los paseantes implumes del Parque Forestal ó de la Plaza.

Algunas veces se veía correr como un bendito al desplumado amante, seguido de sus favoritas que se entretenían en arrancarle los cañones de la cola.

Se figuraban que el dolor podría ser un despertador simpático en el hielo de aquel escéptico. Pero él con un *What is that!* aflautado, huía de ellas con dignidad; esa era su única manifestación de amor.

Se apenaba, con todo, al convencerse de su inepcia, y esto lo disimulaba con algún *match de box* en que, á pesar de ser inglés, caía mal herido á los estacazos de todo un gallinero que llovían patadas sobre su cabeza de pollo. Y lo peor era que muchas veces, mientras esto hacía, sus predilectas echaban canitas al aire con tal cual capón soltero y pololo.

El pobre «Gringo» se hacía el sordo á estos llamados y seguía displicente su plan glacial con su misma alma de cántaro pero con los mofletes muy hinchados. Había perdido ya dos de las tres plumas que ostentaba en su cola indigente. ¿Qué pensaba? Nunca se lo pregunté. Triste sí que andaba el pobre, se traslucía por entre su cuero ampollado y venoso una alma hecha pedazos que mal encerraba un misterio que nadie había descubierto todavía.

¡Pobre!

Así era como en medio de su vaciedad cerebral acentuaba su tono de Czar de Rusia hasta levantar roncha y herir susceptibilidades bien cimentadas.

Al colmo llegó su tiranía: fué tirano consigo mismo.

Una tarde, la última del millón de tardes de su vida y la primera de paz en el corral, convencido de sus malquerencias y picado en su amor propio por sus colegas, resolvió mudar de vida, dárselas de joven, probarle á todo el mundo que era pura metafísica su británica frialdad.

Comenzó á decir chicoleos á una señora gallina que estaba de priva con uno de los chilenos mofletudos.

Sus predilectas se desmayaron á la voz de ¡escándalo! pero tuvieron la suficiente serenidad para lanzarse llenas de empuje, cacareando amor, con las alas abiertas, á las alas también abiertas de sus *pololos*, con la despreocupación temeraria á que da derecho un rompimiento estrepitoso.

El «Gringo» juró vengarse en voz muy alta y tonante, pero la fatalidad quiso que saliese de su garganta un agudísimo *gallo* que hizo estallar en sonora carcajada á todo el gallinero.

Y no fué eso sólo. Uno de sus parientes—porque el «Gringo» tenía parientes en casa—uno de sus parientes digo, un mestizo colorín que había heredado los puños de papá, avanzó hacia él con aire amenazante, dió dos aletazos y clavó su estaca en la garganta de aquel vencedor de cien combates, que expiró exclamando: *tu quoque, Brutus*?

En ese momento cerré la ventana de mi alcoba.

Estaba obscureciendo ya.

Las honras se llevaron á cabo á la mañana siguiente muy temprano. No asistí á ellas.

No sé por qué el caldo del día subsiguiente estaba más denso que nunca.

Buen provecho me haga!...

JUAN BARCO

Santiago, 1.º de Marzo de 1905.

DE VERANEO

...Apenas levantada me pongo á escribirte. Luego, me llamarás ingrata y mala amiga. Y sin embargo, ya lo ves. Ayer en la tarde me entregaron tu cartita y ya estoy contestándola.

Esto sería delicioso en otras circunstancias. Por ejemplo: si Enrique viniera. Pero así, he de confesarte que me fastidio soberanamente. He leído no sé en qué libro de Ernesto que nada de lo que vemos posee aspecto propio, sino aquél que nuestros sentimientos quieran darle. Aquí me he convencido de esto.

¿Cómo negar que el campo es bello? Este, sobre todo. Pero, querida Elisa, tú sabes que la compañía de mi tía y de mis primas es bastante para que todo aquí me parezca feo. La pobre tía ha convertido el orden, el método, en el culto de su vida. Y las pobres primas, ya sea por hábito, ó por herencia, ó por no pelearse con mamá, no mueven un dedo sin que ese movimiento sea ordenado y metódico. ¡Imagínate que suplicio el mío, con este carácter que Dios me dió!

Yo pienso que la compostura y la buena educación están bien en las ciudades, en los salones. Y luego, que una viene al campo á distraerse, á pasarlo bien, y, si llega el caso, hasta hacer locuras Pero distrácte tú en esta compañía...

Hubieras visto que alboroto se armó el otro día porque se me ocurrió alejarme un poco de las casas é internarme en el bosque persiguiendo una mariposa. El hecho es que ya era un poco tarde y como estaba resuelta á no dejarme burlar por aquella flor con alas—como llama Arturo á las mariposas—el tiempo voló junto con el precioso insecto y yo llegué á las casas cuando ya iban en el puchero... Mi tía me llamó «chiquilla loca» y mis primas me contaron en coro historias escalofriantes de muchachas perdidas en el bosque. Yo, te confieso, miraba sus caras de conejos y pensaba: lo que es éstas, con seguridad que no se perderán...

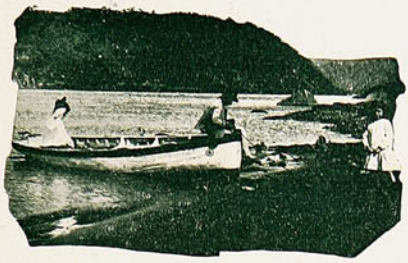
MARTA

¡La playa! El mar! Pero cómo me fastidio aquí, chico! Recordarás todos los buenos proyectos que traía para divertirme y sacudir así ese polvo de aburrimiento que flota en la capital y que se le pega á uno con una insistencia desesperante. Pensé que las rachas marinas me limpiarían el alma, soplando y llevándose este polvo de esplín.

No puedo negarte que el primer día pasé muy contento. Después he debido convencerme de que ese primer efecto agradable lo había producido la novedad de la decoración. Porque esto no resulta nuevo sino el primer día.

Cuando á la mañana siguiente de la en que arribé á esta playa, me levanté temprano—creo que eran las 9—prometiéndome alguna distracción con el espectáculo variado—en el sentir de muchos—que proporciona el mar,

tuve la terrible desilusión de ver que todo estaba como el día anterior. Las mismas rocas chatas y sin expresión, oponiendo con indiferencia—que se me antojó estudiada—sus recios flancos al avance de las espumas. Viéndolas, pensé que en el teatro de la naturaleza uno de los papeles más fáciles y, sin embargo, más aplaudidos, es el de las rocas. Por lo menos el de éstas no se reduce sino á soportar pacientemente, con resignación cristiana, el diluvio de escupitajos que les lanzan las olas... Por cierto que, en último término, para desempeñar este papel se necesita no tener ni nociones de dignidad.



Las rocas estas y las olas y hasta las gaviotas y las conchas de la playa, todo era igual al día anterior. ¿Dónde encontrar entonces la tan celebrada variedad del mar?

ANACLETO

Hoy he conseguido escaparme de esta especie de prisión en que se me tiene desde el día en que la señora avisó á sus relaciones que partía al campo.

Y aprovecho esta escapatoria para darte noticias de mi.

Qué extraño es todo esto! Imagínate que en la víspera del día fijado por la señora para la partida, todo se encontraba en la casa tan en orden como cualquier día ordinario. Yo pensé: la casa de campo tendrá, sin duda, toda clase de mueblaje y así no hay necesidad de llevar nada. Me acosté tranquilamente, dormí como un bendito y me levanté cuando aún había estrellas en el cielo. La casa dormía.

Como á las 6, llegó la señorita Ana adonde yo estaba, y entregándome un canasto con paja y pasto seco me dijo que esparciera eso al lado afuera de la puerta de calle. Me agregó que cerrara bien las puertas y todas las ventanas. Cavilando, cavilando sobre que significaría aquella orden extraña, la cumplí al pie de la letra.

Desde entonces la puerta no ha vuelto á abrirse sino por la mañana, muy de madrugada, á la hora en que viene el lechero. Nadie entra y nadie sale. Esto parece un convento de reclusas.

Las señoritas, con el pretesto de coser, se reunen todas en la pieza de la Gertrudis y allí se lo pasan charlando el día entero como unas cotorras. A veces bajan tanto la voz que parece que estuvieran rezando. En sus charlas suenan frecuentemente los nombres de las vecinas acompañados de grandes risotadas. Un día entero yo no oí más que el nombre de la señora María, tu ama. Ese día hablaron más bajo y rieron más alto que nunca.

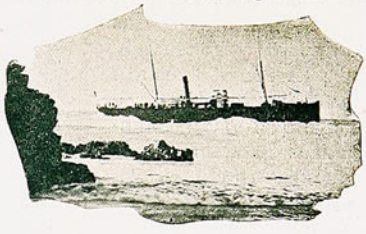
Pero á todo esto yo me pregunto: ¿y el anunciado viaje al campo?

Y cuando pienso en la paja que esparcí á la puerta Demonios! Qué cosa tan extraña!

LUIS

Vieja del diablo: Una vez por todas, hablemos claro ¿Qué es el mundo sin tí? — Un edén!

Cara á cara no me atrevía á decírtelo, pero, á la respetable distancia á que me hallo, en esta fresca ciudad de Punta Arenas, puedo hablarte con franqueza: tu presencia me hacía la vida insoportable: ahora soy otro hombre: ya no gruño por todo, ya no rabio, ya no blasfemo: el mundo me parece más luminoso, más alegre, más feliz; por lo mismo soy benévolo con todos y especialmente con las jóvenes y buenas mozas!



Voy de viaje á Europa, á Alemania, á Hamburgo. No volverás á verme en este mundo.

Esta vez si que mi veraneo va á ser largo.

Sé feliz, si puedes.

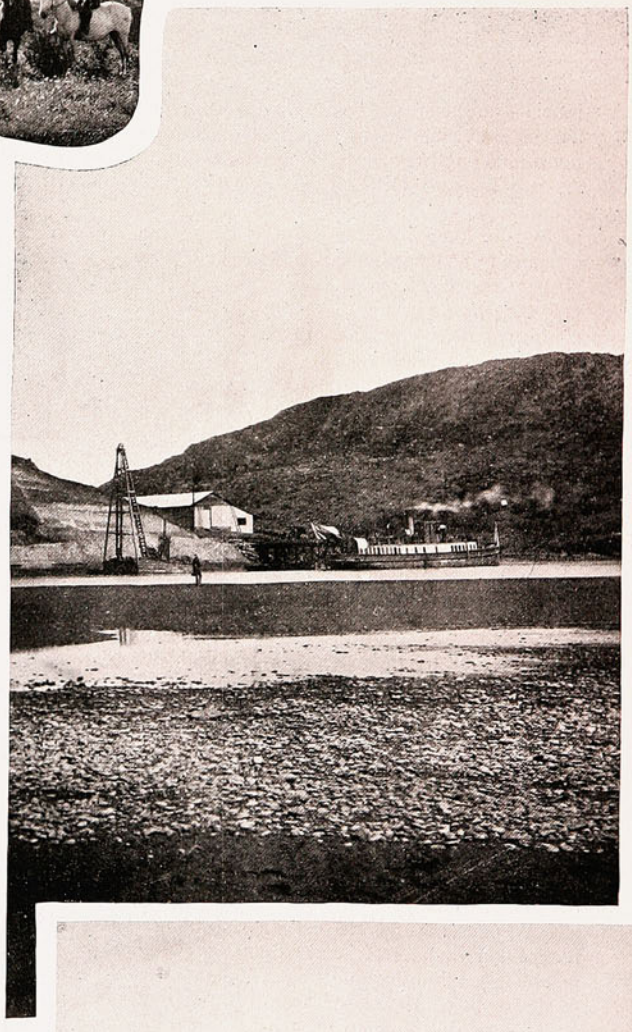
ROBERTO

EMPRESA DEL BUDI

CHILE ILUSTRADO publica hoy unas vistas del Budi de la Empresa Colonizadora del mismo nombre que está realizando una obra de gran trascendencia para nuestro querido Chile donde hay campo para que desarrollen su actividad 60 millones de habitantes. Esa empresa reorganizada últimamente con un capital de 3 millones de pesos tiene abierto un porvenir de pingües ganancias para sus accionistas; pues tiene la ventaja de que posee una porción de riquísimos terrenos cercanos á vías férreas limitado por los ríos Imperial y Toltén, ambos navegables de más de 100,000 cuadras cuadradas cedido por el Supremo Gobierno según decreto de mayo de 1903 á condición de traer 300 familias españolas.

El que suscribe, que ha estado últimamente en El Budi, visitando los terrenos y construcciones ha podido comprobar que ya hay invertidos alrededor de *un millón de pesos* en construcciones y adelantos hechos á las 84 familias ya establecidas en la colonia de Puerto Domínguez, de 500 habitantes, que ha brotado como por arte de encantamiento en las márgenes del lago Budi, merced al tesón del antiguo empresario, y uno de los principales accionistas en la actualidad, el español don Eleuterio Domínguez que no reparó en gastos ni trabajo para realizar su propósito. Puerto Domínguez tiene un muelle de 110 metros de largo terminado en martillo de 40 m. que es el mejor del sur de Chile; con extensas bodegas, maestranza, aserradero, etc., etc.

La Empreza Colonizadora del Budi tiene el propósito de dedicar á la cría de ganados, especial atención para lo cual tiene hermosos reproductores vacunos caballares y asnales. Ha traído de España siete animales de estos últimos de gran alzada, para la reproducción de mulas de corpulencia y fuerza especial, y que tan útiles y valiosas pueden ser en Chile. Terminamos, pues, felicitándonos de que en Chile se establezcan empresas de esta clase, cuyos capitales sirven para incrementar la riqueza del país atrayendo la emigración sabiamente escogida.— V. DE C.



A JUANITA G. Q.

Mariposa que vas de flor en flor
Por la inocencia alegre conducida,
Anuncio que en el cielo de tu vida
Ya va á nacer la estrella del amor.

UN LIBRO MOLESTO

Ya no soy un muchacho, caballero; ya he cumplido los cuarenta. Conozco la vida muy á fondo y nada me queda que aprender de nadie. Tengo una mujer, tengo un hijo, y para crearles un bienestar he arrimado el hombro desde muy joven.

Arrimar el hombro á la carga no es cosa muy agradable. Pero aquellos tiempos no volverán afortunadamente. Ahora descanso de mis fatigas, caballero: ahora descanso de verdad.

Y para entretener mis ociosidades, leo. El hombre civilizado goza leyendo. Me gustan los libros, y me hacen pasar muy buenos ratos. Pero no pertenezco á la categoría de los curiosos que se arrojan sobre cualquier libro, como un hambiento sobre un pedazo de pan, ansioso de hallar una frase nueva, una lección de la vida.

Ya sé cómo se vive; sí; ya lo sé, caballero.

Escojo mi lectura entre los buenos libros, morales y sentimentales. Me gusta que su autor presente la parte dulce y luminosa de la existencia; que todo lo pinte con bellos colores.

Los que fuimos víctimas del trabajo rudo, buscamos en la lectura un consuelo. Un libro debe procurarnos una sensación semejante á la que produce al niño el vaivén de la cuna cuando le duerme. Caballero: esta es mi opinión.

Por derecho inviolable me corresponde un descanso formal. ¿Quién osaría decirme que no?

Pues, un día, compré un libro de cierto escritor en boga.

Lo compré, llevándolo á mi casa por la noche. Cuidadosamente corté las hojas y dí principio á la lectura,

Debo anticipar que ya sentía yo cierta desconfianza. No creo en esas reputaciones de última hora. Me satisface Tourguenef, porque lo dice todo con agrado y dulzura. Leyéndole, siento algo como si tomase una copa de leche suculenta, y me ocurre pensar: «En otro tiempo sucedían así las cosas; hoy suceden ya de otra manera; esto pasó». También me gusta Goutcharof con su talento reposado, contundente y persuasivo.

Comencé mi nueva lectura... ¿qué demonio? Un lenguaje oportuno, mucha concisión, mucha independencia, todo equilibrado perfectamente. No iba mal. Acabada la primera narración, comencé á reflexionar.

Un dejo triste... pero se podía seguir leyendo sin cuidado. No había rudezas, ni malicias disfrazadas, ni alusiones burlonas á las clases pudientes; ninguna tendencia de las que ofrecen á los miserables como un modelo de todas las perfecciones y de todas las virtudes. Nada impertinente, y todo muy sencillo, muy agradable todo.

Leí otra narración. Bien, muy bien. ¡Bravo! ¡Adelante!... Dícese que cuando un chino quiere librarse de un amigo, le ofrece confituras de gengibre. Son dulces deliciosos, de un sabor exquisito, y se paladean con un placer inenarrable, hasta el momento fatal. Pero, cuando llega «el momento fatal», se desploma el hombre, como un tronco, envenenado; y todo acaba. Deja de comer para siempre y se lo comen los gusanos.

Algo semejante me ocurrió con mi libro. Ya en la cama, de un tirón acabé su lectura, y apagando la vela me dispuse á dormir. Estaba cómodamente acostado; me acompañaban el silencio y el reposo absolutos.

De pronto, sentí algo extraordinario y me pareció que sobre mí, en la obscuridad, zumbaba un enjambre de moscas importunas, de las que se posan á un tiempo en las mejillas, en la nariz, en las orejas y en la barba. Sus patitas producen un cosquilleo irritante.

Abrí los ojos. No veía nada. Pero algo triste y desconsolador turbó mi espíritu. Recordé involuntariamente mi lectura y se alzaron ante mi vista sus personajes como sombras. Gentes abatidas, morigeradas, por cuyas venas la sangre no corre y cuya vida es triste y estúpida.

No pude conciliar el sueño.

Comencé á discurrir: «He vivido cuarenta años; cuarenta; cuarenta. Mi estómago funciona mal. Dice mi mujer que soy .. ¡Muy!... que no la quiero tan apasionadamente como cinco años atrás. Mi hijo es un imbécil; cada vez saca peores notas; perezoso no se ocupa más que de patinar y de leer libros idiotas... He de revisar esos libros. La escuela es una institución atroz: embrutece y corrompe á los niños Mi mujer tiene ya pata de gallo en los ojos y aún presume. Lo que yo trabajo en la oficina es, en el fondo, una obra estéril, perfectamente inútil, analizándola con serenidad.

Y, en resumen, toda mi vida... en pura lógica...»

Tiré de las riendas á la imaginación y abrí los ojos. ¡Diablo! ¿Qué fantasmagoría es esa?

Cerca de mi cama, un libro seco, delgado, sobre delgadas piernas, movíase inclinando la cabeza con signos de aprobación, y con el roce suave de sus páginas, me decía:

—¡Sé lógico!

Era su rostro alargado, furioso y triste á un tiempo, y sus ojos, brillantes, deslumbradores, me atravesaban y me decían:

«Reflexiona un poco, reflexiona tranquilamente: ¿para qué has vivido cuarenta años? ¿Qué diste á la vida en ese tiempo? Ni una sola idea germinó en tu cerebro: no produjiste ni siquiera una frase original en cuarenta años. Nunca se alzó en tu corazón un sentimiento sano y poderoso, y hasta enamorándote, pensabas: ¿me resultará cómoda esa mujer?

»Empleaste media vida en instruirte y la otra media en olvidar lo que habías aprendido. No tuviste más preocupación que tu bienestar, muchas comodidades y buena comida. Eres un hombre nulo, insensible, superfluo sobre la tierra y nadie necesita de tí. Cuando mueras, ¿qué memoria quedará de tu vida? ¡Ninguna! ¡Como si no hubieras nacido!»

Y el infame libro, abalanzándose, me oprimía el pecho. Sus páginas, cubriendo mi rostro, murmuraban:

«Hombres como tú abundan, los hay á cientos de millares en el mundo. Vuestra existencia trascurre como la de las carcomas en sus roídos agujeros: por vosotros la vida es torpe y gris».

Yo escuchaba este razonamiento y me parecía que unas manos delgadas y frías penetrando hasta mi corazón lo palpaban. Sentíme angustiado, abatido; una inexplicable inquietud embargó todo mi sér.

Jamás la vida se me apareció tan clara como entonces; la creí un deber degenerado en costumbre; mejor dicho: vivía sin pensar. Vivía. Pero aquel estúpido libro me pintaba la existencia con insoportables colores, molestos y lúgubres.

«Los hombres padecen, desean algo, aspiran á conseguir algo, y sólo te mueve tu comodidad. Ni sabes procurarte goces, ni se los procuras á nadie. ¿Para qué vives?»

Con estas preguntas me irritaba, mordiéndome, royéndome, no dejándome dormir. Y el hombre debe dormir, caballero.

Desde las páginas del libro, los ojos de sus personajes, penetrando como alfileres en mí, repetían:

— ¿Para qué vives?

«Qué os importa?—hubiera querido contestarles—pero no podía. Murmuraciones indiscretas, susurros molestos, resonaban en mis oídos. Me pareció que arrastraba mi lecho el océano de la vida, columpiándome sobre las crestas de sus olas. Los recuerdos provocaban en mí algo semejante al mareo. Jamás he pasado una noche tan agitada.

Y, ahora pregunto: ¿qué utilidad puede tener para el hombre, un libro que preocupa y quita el sueño? Un libro debe alentar mi fantasía; pero si llena de alfileres mi colchón, ¿de qué me sirve? Dígamelo, si le place.

Hay que retirar de la circulación semejantes libros, caballero; porque sólo necesita el hombre que le ofrezcan impresiones agradables... ¡Vaya! Las desagradables ya se las crea él mismo.

¿Cómo terminó aquello? De una manera muy sencilla. Por la mañana me levanté irritado, irascible como un demonio; cogí el volumen y lo llevé á casa del encuadernador.

Me lo encuadernaron con unas tapas gruesas y duras. Lo puse en la tabla inferior de mi librería, y cuando estoy satisfecho, lo toco suavemente con la punta del pie y le pregunto:

—¿Quién tenía razón? ¿Quién ha vencido? ¿Eh?...

MÁXIMO GORKI

PALACIO DEL SEÑOR GERMÁN IRARRÁZABAL (SANTIAGO DE CHILE)

ENSACANDO TRIGO

AVENTADURA DE TRIGO

MAQUINA TRILLADORA

DESPUES DE LA TRILLA

CARTEL HECHO EN LOS TALLERES DE LA "IMPRENTA BARCELONA"

NOTA BIBLIOGRAFICA

El Poema de la Locura, *por Santiago Argüello.*—He recibido hace poco la Primera Parte de este poema, intitulada *El Secreto de Melodia ó la Odisea de las Notas.* Santiago Argüello es un poeta nicaragüense que goza de mucho prestigio entre los jóvenes intelectuales de la América hispana. Ha publicado varios libros de versos y unas excelentes *Lecciones de Literatura Española.* El poema, ó la primera parte del poema á que me voy á referir, es su última producción.

Confieso ingenuamente que al comenzar la lectura de esta primera parte del poema de Argüello, mi espíritu experimentó un choque desagradable. Mi tendencia á la serenidad de expresión viose contrariada por el lenguaje un tanto atormentado del poeta; mi amor á la forma sencilla me hizo ingrato aquel estilo original pero afectado, artístico, pero falto de naturalidad. En cada palabra rebuscada, en cada giro dislocado, advertí el afán del escritor para construir sus artificios. Y esto me hizo dudar de la sinceridad del poeta.

Poco á poco, sin embargo, la sugestión de aquella música rara y difícilmente comprensible fué conquistándome, hasta que, identificando mi concepción del arte con la que ha producido los elocuentes versos del Poema de la Locura, comprendí la belleza que ellos encierran, y la gusté con toda la fuerza de placer que causa el descubrimiento de un goce nuevo.

Nuevo, sí; porque á la verdad que, al través de este poema, pasea la originalidad, su gracia altiva y dominadora.

«Esta primera parte—explica el autor—sólo trata de la sugestión que el sonido produce en los espíritus... Presento estados de alma—tristeza, dicha, ambición, nostalgia—, y hago surgir verbalmente, auxiliado por la imagen y la armonía fonética, todas las escenas que en cada alma se evocan por unas mismas notas musicales».

El poema se desarrolla ampliamente, como una dilatada sinfonía cuyas notas se alejan «volando... cual nubes que pasan ligeras lloviendo armonías».

Un hombre sensible á las más delicadas vibraciones psíquicas; un espíritu sutilmente fino que «oye, ve y siente *lo que no hay*»; un loco, en fin, en concepto de La Gran Mayoría conversa con un viejo piano. «Y el piano le cuenta su secreto». El loco traduce «en lengua terrestre» lo que dicen las notas.

Corpancho—«hombre-símbolo de sapiencias doctorales y de equilibradas corduras»,—ríe de aquel loco, «con esa faz bañada de malicia burlona, de los hombres seguros».

«Cada hombre—dice el poeta—es un castillo. Dentro, el espíritu—caballero señorial—lucha con los dolores, ó goza con sus conquistas, sueña ó sufre, recuerda ó espera... Las notas, evocadas por el músico—Príncipe de los Cuentos Azules—van hiriendo el sentido de cada hombre, esto es, dan con las puertas del castillo; y entran á la mansión del caballero, al albergue íntimo en donde el alma sufre ó goza, lucha ó espera...»

«Un piano que dormía.—Se veía en la sombra, dentro del mudo piano,— de las notas letárgicas el perfil extrahumano.—Eran cien las durmientes de aquel bosque. Sus ojos,—tras el velo del párpado; y los labios, que rojos—sangraban armonías, ya eran losa enigmática,—helada y blanca, losa de la lírica plática».

«Una explosión melódica y súbita. Alguien, fuera,—quizá un genio—ha llamado violento; y, á la vera—de una bella durmiente, sonó la cuerda. El eco—puso en la tensa cuerda—un tembloroso fleco—de vibración. Y todas las hadas despertaron».

Llegó el Príncipe y al galope de su varita mágica fueron alzándose las notas—que son hadas. «Marchad—díceles el Príncipe—á los palacios donde el silencio nieva,—y echad la brasa lírica que la garganta lleva!» «Tal dijo el raro Príncipe. Y, al instante que oyeron,—en la sombra las hadas en tropel se perdieron».

Vuelan las notas-hadas y entran primeramente al *Castillo del Dolor*.

Allí,

> «Sobre sillón de luto, reclinado,
> dentro, está el caballero
> con las piernas en cruz, y con la vista
> que se hunde en algo negro
> mas allá de la sombra. La cabeza
> como cansada de dolor; el pecho
> ritma con su vaivén poemas mudos,
> tristes; y, á veces, pasa el arroyuelo
> de algún suspiro, apenas rumoroso,
> entre el muerto follaje del silencio».

Entran las hadas evocando los recuerdos. «La amada llega al templo». El poeta describe en admirables versos este dichoso recuerdo. Pero luego,tras el desfile de las delicias, el desfile de los dolores: «tras de las flores rojas vienen las negras flores,—y es más amargo el caliz sobre la grata miel.—Cayó la amada. El lecho vacío está y helado.—Los labios de la muerta son como juntos lirios. Parpadeando en silencio, lloran los cuatro cirios;—y hay alguien que está solo, junto al cadáver: *él!*»

Entran en seguida las notas al *Castillo de la Dicha* y allí evocan las más gratas escenas de la vida; entran al *Castillo de la Ambición* y allí despiertan ensueños de gloria y de conquista; entran al *Castillo de la Nostalgia* y allí entonan canciones fúnebres como responsos, al corazón helado que lo habita.

Después viene el *Retorno*. Con el alba las notas regresan. «Espéralas el Príncipe de los Cuentos Azules, y, al llegar, las exhorta al olvido de toda vestidura. «Si desnudas andamos!»—dicen éllas.—El traje se halla en vosotros, en quien nos percibe, como se halla el calor en los cristales».

Y luego, á la muda voz de la varita mágica del Príncipe, las notas,

> En su cuerda cada una
> se fué adurmiendo, como, cuando nace la luna,
> se aduermen, apacibles. bajo su helado velo,
> las estrelladas notas en las cuerdas del cielo.

Tal la primera parte del poema de Argüello. De seguro que la GRAN MAYORÍA de que habla el poeta no comprenderá la belleza de esta obra plena de poesía y de originalidad. Corpancho continuará riendo estúpidamente, mientras nosotros, los locos, los dementes, los que oímos, vemos y sentimos *lo que no hay*, vibramos intensamente escuchando las elocuentes notas del POEMA DE LA LOCURA.

M. MAGALLANES MOURE

HUMORADAS *por Ronquillo*.—Este precioso libro de nuestro distinguido colaborador, don Ejidio Poblete, ha obtenido el más lisongero y el más justo éxito literario. Le enviamos nuestras más cordiales felicitaciones.

RECUERDOS, *por don Benjamín Vicuña Solar*.—Está en prensa, y ya pronto circulará por nuestro pequeño mundo literario este librito de poesías que se imprime actualmente en los talleres de la Imprenta Barcelona.

La nota del sentimiento, el lirismo de buena escuela y la corrección constante de la dicción y del estilo poético, son las principales cualidades de las poesías á que nos referimos. —L. B. M.

Cacique de Valdivia, en el momento de descanso, despues de cortar leña para su hogar. Cuenta actualmente con 112 años. Vive de la pensión vitalicia que le da la Municipalidad de Rio Bueno.

CASA KIRSINGER

MÚSICA

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
PERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

Es propiedad

N.° 32

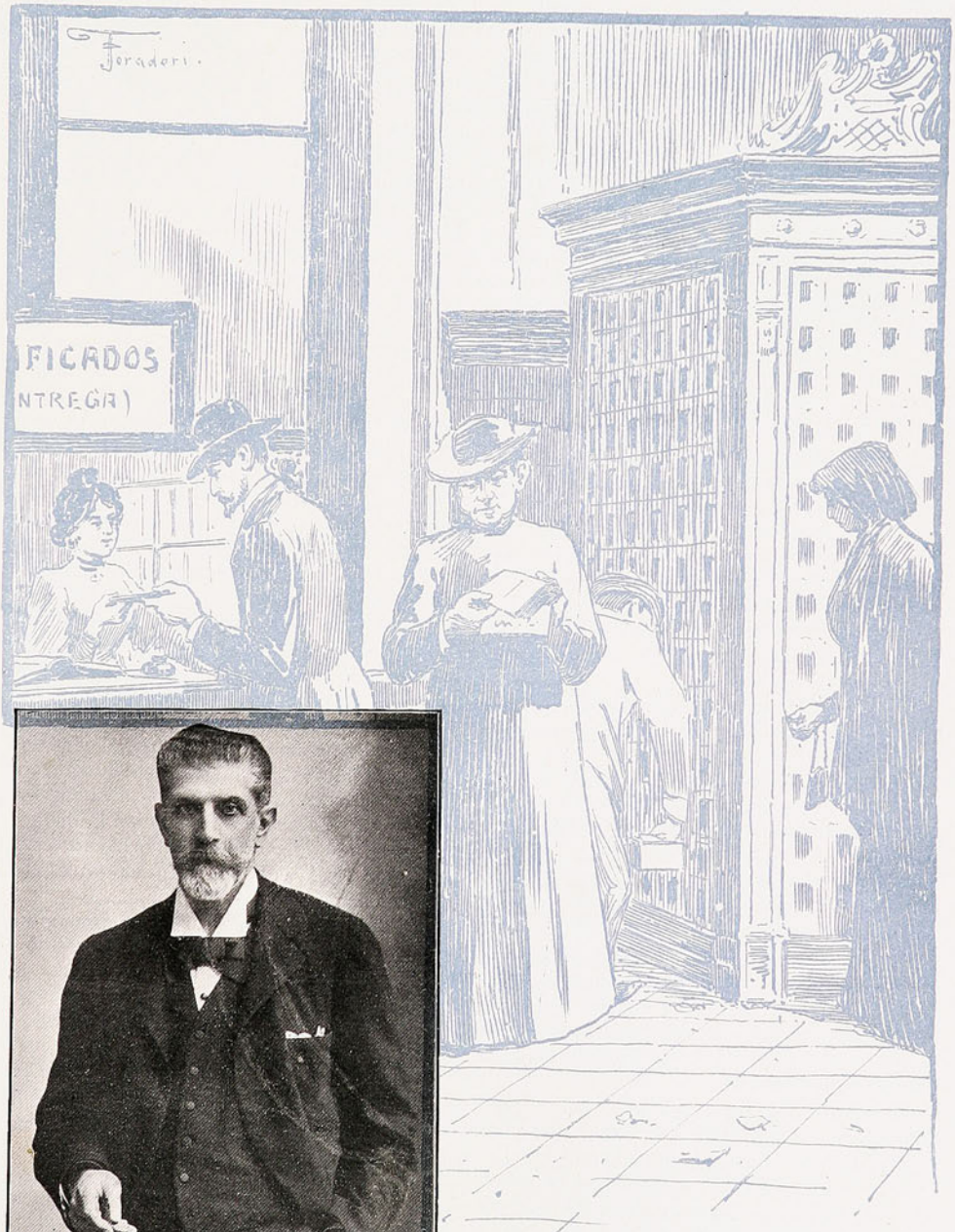
Chile Ilustrado

Revista mensual
publicada por la
Imprenta Barcelona

Año IV Precio: 50 centavos Marzo de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.



Don CARLOS LIRA
DIRECTOR GENERAL DE CORREOS

CLARIDADES DE LUNA...

A mi amigo Augusto Thomson

Era noche de luna. El espíritu cansado, molestos el uno con el otro por no hallar qué decir, nos sentamos por fin en el centro de la plaza. Después de nuestras desavenencias siempre pasaba lo mismo cada vez que nos encontrábamos solos

Con ademán desganado y haciendo un ligero esfuerzo para ser corteses, dejábamos salir las palabras, como agua que se desliza penosamente sobre un terreno lleno de obstáculos. Yo miraba al cielo mientras mi compañero hablaba, distraído también, sobre no se qué fenómenos del alma.

La luna parecía caminar, tras una ligera nubecilla, majestuosa con su aureola de luz, y las estrellitas parpadeaban como ante algo extraño que las sorprendiera sin poder comprender.

—¿Qué querrá decir con su discurso?—pensaba yo. Y después, en voz alta:

—Sí, verdaderamente, es muy curioso...

Noté que había dicho un despropósito al ver la cara de mi interlocutor. Me dieron deseos de reír, pero me contuve.

El agua de la fuente próxima lo hizo por mí. Era una interminable risilla argentina, un poco socarrona, pero fresca.

Esto me puso de buen humor.

Los árboles que nos rodeaban en círculo, estaban silenciosos como escuchando el ruido confuso que venía del exterior de la plaza. De allí llegaban, junto con el murmullo de voces, lampo de luz y por ellos cruzaban siluetas de mujeres, como las figuras brillantes de una linterna mágica

Se acercaban de vez en cuando ruidos de pasos y pasaba un hombre, una mujer ó algunos pequeñuelos. Con la luz que les proyectaba la luna no se les veía más que una parte del rostro, y al perderse por un camino obscuro semejaban fantasmas.

Mi amigo se mueve á mi lado y suspira; ¿qué pensará? — me pregunto—y luego reflexiono:

—¡Quién puede saber lo que piensa, nadie!... ¿Y si se lo preguntara?... Parece no estar triste Tal vez sueña...mira la negrura de las sombras que hacen los árboles. Su espíritu es hermano de la sombra... la sombra tiene mucha poesía. Yo prefiero la poesía de las claridades de luna... ¡qué graciosa está la luna! toda una coqueta!

¡Que tontería!

Le hablo á mi compañero; contesta con un monosílabo y suspira.

Continuo yo:

—¿Que pensará? ¡suspira como un hombre bueno!... quizás!... como él, yo cometo torpeza. Me creen malo... y es que el bien es relativo. Los dos pensamos estar en lo cierto ¿Cual es el culpable? Ninguno de los dos? Tal vez en el fondo todos los hombres sean buenos. Cuando éste era mi amigo me parecían bellísimas las cosas que hoy encuentro horribles. ¿Y si le dijera lo que estoy pensando?

Debemos elevar el espíritu, perdonarnos los detalles, mejor sería tener indulgencia para todo. Existe un móvil ¿cuál es?

Voy á entablar conversacion con él ¿cómo empezar?

En esos momentos todo me parecía plácido y digno de perdón. La luna sonreía y á acá abajo los árboles se estremecían cosquillosamente al sentir la caricia suave de su luz.

¿Cómo empezaré?—me preguntaba.

Miro á mi compañero que permanece ensimismado. Me palpita fuertemente el corazón y por mi cuerpo pasan estremecimientos como de frío—Preparaba un discurso en la mente:

«Hermano mío: ¿Por qué aborrecernos? Hacemos pesada la vida por nuestra propia culpa. Perdóname si te he ofendido»...

En ese momento me parece que mi amigo hace signos de aprobación y me invade un dulce regocijo.

Lo siento bueno y me dan deseos de apoyarme en su hombro.

Más luego reflexiono:

¿Y cómo recibirá mis palabras? ¿Y si se burla de mí?

Entonces, bruscamente me pongo en pie, y ya enmascarado:

—¿Vamos?—¡Vamos!..... ....

Fernando SANT-IVAN.

San Bernardo, 4 de marzo 1905.

EN AULAS MINISTERIALES

Hace poco, me encontraba de paseo en cierto pueblo del sur y recibí con gran contentamiento de mi parte, una carta que me hizo recordar cosas muy añejas pero dignas de ser gustadas por todo el mundo. Léase si no.

«Amigazo: Héme aquí, sentado frente á una mesa de pintado pino, llena de vetas de tinta azul prusia, mesa abundosa en papeles bonitísimos y tentadores, llenos de membretes dorados distribuidos en estos papeles níveos con una simetría que da pena.

Todo esto que se ve encima del escritorio de un supernumerario (empleado inmediatamente superior al portero) amén de dos tinteros de cristal de roca, está diciendo á todo el que lo advierte: yo si que estoy contento con mi suerte, ó esto otro: la seriedad y el trabajo del supernumerario están en razón directa de la blancura y beldad de los papeles de su escritorio.

Como fotógrafo y no como otra cosa, queridísimo Tito, me encuentro sentado frente á mi escritorio escribiéndote la presente.

Llego á las doce. A las doce dialogo largamente con los demás empleados que van llegando no muy cercanos unos de otros. La parte culminante del diálogo es el cigarrito humoso de todos y cada uno de los opinantes del corro espiritualísimo.

Se ventilan entre ellos, y esto basta, cuestiones de actualidad palpitante: bailarinas de la compañía tal ó cual; artículo económico, sensacional, pero poco acordado sobre conversión metálica, escrito por un viejo de 70 años, mal que le pesen; creces de trabajo en las oficinas públicas; antipatía á los jefes; literatura cursi ¡oh, eso no puede faltar porque todos los supernumerarios tienen inyectada en la sangre la literatura nacida de ese continuo vivir en la ociosidad que á todos nos hace coger la pluma cuando nó para escribir, para pintar monicacos á lo menos. En fin, allí se habla de todo, desde Dios para abajo. Y en algunas cosas ¡quién lo creyera! no se cometen delitos de lesa verdad .. Pero no nos metamos entre las bailarinas... porque en eso sí que la anatomía descriptiva y la moral juvenil andan en contradicción con Astete...

Sin embargo, Tito, no me podrás negar qne la bailarina bien considerada puede ser la octava musa sin muchos preámbulos...

Bien, pero doblemos la hoja, no son los empleados los que te he de fotografiar en esta carta sino la sociedad entera, que como antes dije, hierve en el salón de recepción ¡No es nada lo del ojo, Tito!... En fin, vamos de prisa y corriendo.

¡Qué casualidad! De prisa y corriendo entra un jovencito muy engomado y avanza hacia mí, sombrero *Scot's* en ristre. Los del corro se disipan de dos en dos, conversando distraídamente, dirigen sus pasos entrecortados hacia el cuarto vecino, donde reanudan lo de las bailarinas que es lo mas sustancioso y digno de reanudarse. Sólo sus carcajadas maliciosas y parlantes llegan á mis oídos y los del engomado.—¿Está *Emilio*? me dice épicamente el jovencito, meneando la cabeza.

—Sí, señor, acaba de llegar el señor Ministro.

—Podria hablar una palabrita con *Emilio*?

—Sí, señor. Lo anuncio; pero el señor Ministro, al oir mi voz que desde la puerta dice muy alto: Juan Soto desea hablar con su señoría, da unas cuantas pestañadas y pronunciando muy ligerito entredientes, Soto, Soto. Soto, me contesta muy ligerito también: dígale que no estoy.

Salgo, y digo al solicitante: Dice el señor Ministro que no está.

Después de una genuflexión me dice con exquisita amabilidad el paciente:

– Muchas gracias. Adiós.

Esta otra, es una viudita nada mal parecida y muy parlachina que llega contorneándose lindamente con el aspecto de todo un conde de la conquista, recordando esos tiempos felices en que con esos mismos contorneos cojió en las redes del amor á su cara mitad fallecilla hace poco.

Su aspecto lánguido y su vestuario carbonizado por el dicho fallecimiento lamentable, me preocupan y excitan mi sistema nervioso. —¿Podría hablar con el señor ministro?

—¡Cómo no! Ustedes tienen pasaje libre.

No la anuncio porque .. es claro, el señor ministro está con el jefe de la oficina de Estadística Agrícola... Entretanto, ella y yo, conversamos á boca de jarro, porque ha tenido la buena ocurrencia de sentarse a mi lado.

En este momento llegan al salón otras personas de muy distinta categoría. La viudita absorbe toda mi atención y los demás habrán de ponerse á contemplar los cuadros de la sala.

¡Y qué hermosos los cuadros! Representan las dos docenas de ministros diplomáticos residentes en Santiago.

Un joven, el más imbécil de los concurrentes, acaba de decir al contemplarlos:

—¡Todos con cara de zorros!

El público sonríe y menea la cabeza en señal de aprobación. Se entusiasma el pobrecito con la buena acogida que han hecho á su primera sentencia y vuelve á decir:

– Sin embargo, ese de la esquina parece zorra. Y el público si no le pega, como no le pega, mira las constelaciones del tripe.

LA RATA VIAJERA

Escondida en la caja de un sombrero
una rata ratera,
á Inglaterra se fué con un viajero
y, escondida en la misma sombrerera,
volvió muy enterada y noticiera.

¡Cuántos van á Inglaterra, Italia ó Francia
en la caja sin luz de su ignorancia!

L. BARROS MÉNDEZ

I

He aquí que una mañana el poeta sensible y melancólico, el de los sentimientos refinadamente delicados como los de una mujer nerviosa, he aquí, digo, que aparece convertido en un hombre salvaje, de instintos sanguinarios, atrozmente feroz.

Cerrrado ha de un golpe el blanco libro de las rimas azules y cogido con fuerte puño la reluciente escopeta, la de las negras fauces, la de las fauces negras, redondas y profundas, dentro de las cuales está la muerte acurrucada y en acecho...

—Poeta, ¿quién te ha convertido en Nemrod?

¡Oh Nemrod formidable! Las indiscretas brisas hablan de antojos inverosímiles nacidos en un blanco y tibio seno de mujer.

Arte poderosa, arte maligna, arte invencible debe de ser la que enciende en tí esos inauditos deseos de matar, ¡oh poeta sensible y melancólico!

II

El huerto está de fiesta.

El buen sol derrama pródigamente la gloria de sus rayos de oro, que ponen alegría en cuanto besan.

Parlotean los pájaros en las ramas, los pájaros que son músicos, que son poetas, que son hijos del cielo como los poetas, como los músicos, y que como ellos tienen un maestro divino: el amor.

Hermosa mañana: clara, sonora, perfumada como un poema rústico del padre Virgilio.

Y entre las alegrías de la fiesta, pasa el cazador con apuesto continente, arrojando á un lado de la senda su sombra achatada y deforme.

Un gallo que picoteaba en la maleza ha erguido altivamente su testa coronada de púrpura y se ha quedado mirando de hito en hito al importuno.

Allá, al fondo, entre el boscaje, la escopeta brilla al sol...

III

¡Brum! sonó el tiro.

Y allá va el cazador en busca de su presa.

Herido el jilguerillo está, pero no muerto.

Ved cómo se estremece convulsivamente en la mano de su asesino. Un hilillo de sangre roja, mancha la coloración verde de sus plumas. Sus ojos, brillantes y redondos, miran fijamente, paralizados por el dolor.

El poeta (acordáos de que el cazador es un poeta.) ha comprendido aquella larga mirada de angustia, que es toda una triste reconvención.

IV

Y es menester que concluya ese martirio.

El poeta vacila...

Por fin, haciendo un poderoso esfuerzo, se resuelve.

Su mano se contrae nerviosamente, rabiosamente estrujando aquel frágil cuerpecito, que cruje, que cruje de un modo horrible, hasta quedar convertido en un manojo de plumas ensangrentadas.

V

¿Y después?

Con el dorso de la mano ha enjugado el sudor que bañaba su frente, y luego ha tirado lejos la bruñida escopeta exclamando con acento doloroso:

—¡Nunca más!... ¡Oh! Nunca más!

Correo

CHILE ILUSTRADO, consecuente con su propósito de dar á conocer al público las más importantes ramas de la Administración Nacional, ha querido esta vez engalanar sus páginas de honor con una reseña de lo que es actualmente el correo entre nosotros.

Quizá ningún servicio público ha sufrido durante el transcurso del tiempo, mayor suma de modificaciones favorables que este de los correos, tanto, que hoy día puede considerársele como uno de los departamentos administrativos más completos y mejor organizados.

Su progreso ha ido siempre de acuerdo con el progreso general del país, y así se ve que en la actualidad, el servicio de correos se hace á completa satisfacción del público, apesar de que el aumento de la población y, por tanto, la vasta amplitud que por esta causa ha adquirido el movimiento de correspondencia, ha originado grandes dificultades en el servicio, las cuales han sido poco á poco subsanadas, gracias á la competencia inteligente de la Dirección.

De una Memoria presentada al Supremo Gobierno por el Director General y correspondiente al año 1903, entresacamos algunos datos, que pueden dar una idea del vasto desarrollo que cada día adquiere en nuestro país el servicio de correos.

Desde luego, hé aquí varios apuntes interesantes: el número de empleados de que constaba el personal de correos de la República en el año á que la Memoria citada se refiere, era de 2,038. Como se ve, un verdadero ejército. Y el número de oficinas que en 1902 fué de 811, llegó en 1903 á 824.

Los contratos para conducción de correspondencia á aquellos puntos donde no hay ferrocarril, se hacen generalmente por tres años. El valor de estos contratos, que fueron renovados en 1902, asciende á la cantidad de $ 77,690.14. Cuando los contratistas de correos faltan á las estipulaciones acordadas en los respectivos contratos, son penados con multas, las cuales ascendieron en 1903, á la cantidad de $ 1,222.

El total de la correspondencia movilizada durante el año de 1903 fué de 50.104,753 piezas cantidad que acusa un enorme aumento progresivo sobre las de años anteriores.

Para establecer la comparación, vamos á trascribir algunas cifras demostrativas de ese aumento. Así, las cartas y cartas tarjetas movilizadas en 1897, fueron 11.869,324; en 1887, 12 454,050; en 1899, 13.033,608; en 1900, 13.676,354; en 1901, 15.777,077; en 1902, 17 millones 24.044 i en 1903, 18.906,030.

Otra clase de correspondencia que ha experimentado gran aumento es la de impresos. En 1897 el número de impresos movilizados es de catorce millones i fracción; en 1898 sube á dieciséis millones, hasta que en 1901 salta á veinte y en 1903 á veintiocho millones.

El total de piezas movilizadas, que en 1897 fué de 28.082,146, alcanzó en 1903 á 50 millones 104,753. Siendo de notar que la correspondencia movilizada en 1903, excede en la importante cifra de 10.870,174 a la movilizada en 1902.

No tomando en cuenta los derechos de internación de encomiendas ni el valor de la existencia en almacenes, quedó en 1903 un saldo á favor del Fisco de $ 191,423.28, como entradas de correos. Como lo hace notar el Director General en la expresada Memoria, es éste un resultado bien halagador, «si se considera que en la mayoría de los países el correo deja déficits á veces harto crecidos, al Erario Nacional».

El número de cartas despachadas al extranjero fué en 1903 el de 1.432,456, y además 33,384 multadas. Impresos se enviaron 1.735,200. Las cartas recibidas del extranjero fueron

2.001,052 y 28,046 multadas. La cantidad de impresos ascendió á 4.266,586. Los países con los cuales se cambió el grueso de esta correspondencia fueron 12, ocupando el primer lugar la República Argentina, y siguiendo los demás en este orden: 2.º, Inglaterra; 3.º, Francia; 4.º, Alemania; 5.º, Estados Unidos; 6.º, España; 7.º, Italia; 8.º, Perú; 9.º, Bolivia; 10, Uruguay; 11, Ecuador; 12, Brasil.

Las encomiendas internacionales despachadas en 1903 fueron 7,865 y las recibidas 23 mil 550.

Ultimamente se han hecho reformas en el interior del edificio de correos que importan un verdadero beneficio para el público. Con la traslación de las oficinas de la Administaación Principal á la casa que antes ocupaba la Dirección de Obras Públicas, quedó desocupado un gran departamento, en donde se ha instalado el casillero, el cual ha sido ensanchado convenientemente y algunas oficinas para atender al público, tales como la de certificados, cartas sobrantes, etc. De este modo ha quedado completamente despejado el salón de entrada. por el cual puede ahora circular libremente la enorme concurrencia que diariamente invade la Casa de Correos.

Concluiremos enviando nuestras felicitaciones al actual Director General, don Carlos Lira,

OFICINA CENTRAL DE CORREOS EN SANTIAGO

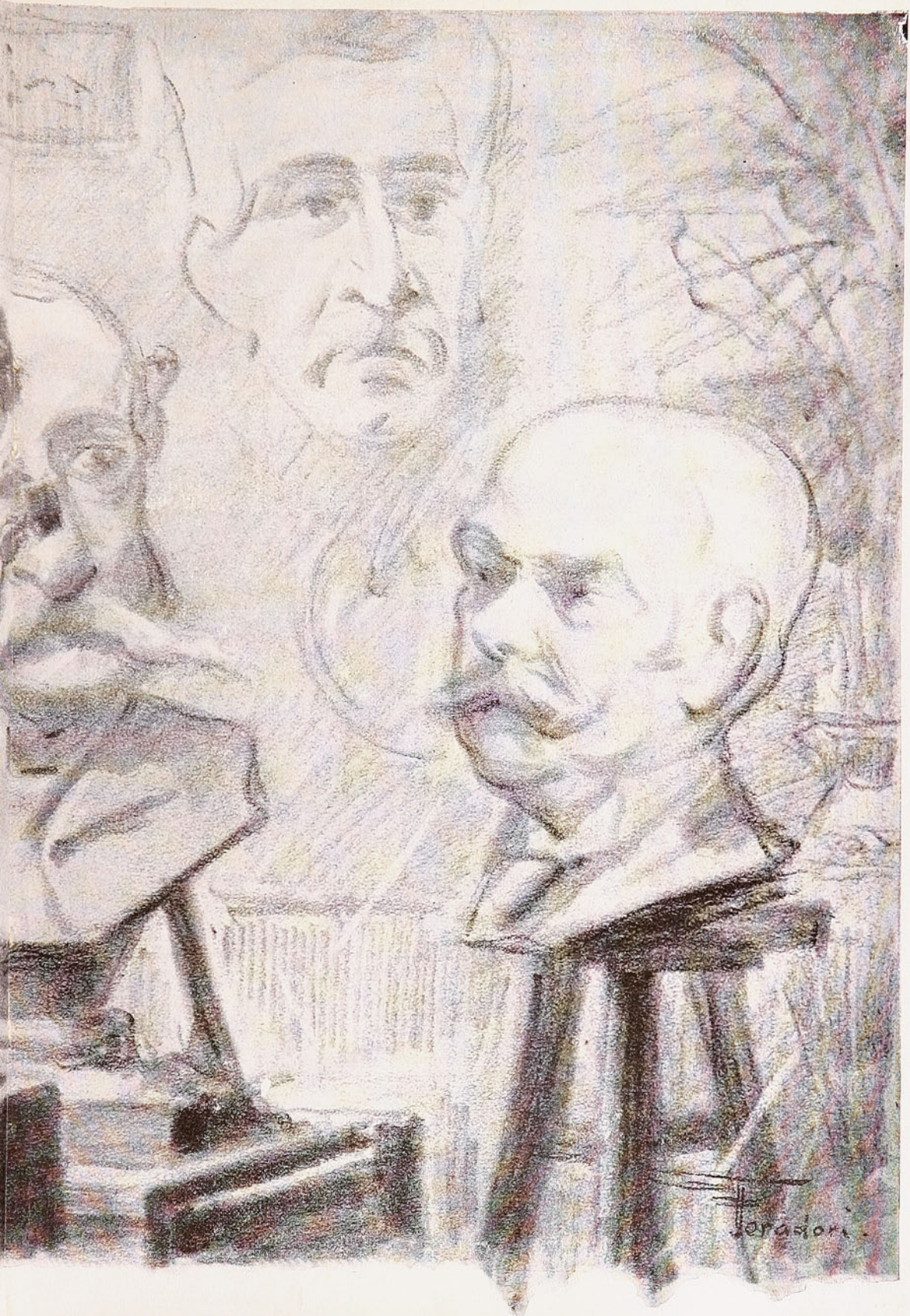
á cuya dedicación y actividad se debe en mucha parte el buen pie en que se encuentra en Chile el servicio postal.

El señor don Carlos Lira por sus iniciativas, su talento organizador y su carácter, es uno de los jefes más prestigiosos de los servicios que corren en el pais por cuenta del Estado.

Las reformas administrativas, las mejoras materiales en los elementos del servicio, la selección del personal y demás detalles que constituyen el éxito de una administración tan vasta como la de correos, han encontrado siempre en el señor Lira un propulsor enérgico constante y acertadísimos.

LA DIRECCIÓN

¡ACUDID! ACUDID Á *«LA OPINIÓN»*:



FABRICA CANDIDATOS DE OCASIÓN!

EL ÁNGEL

«Cada vez que muere un buen niño, un ángel de Dios desciende sobre la tierra, toma en sus brazos al niño muerto, abre sus anchas alas. recorre todos los sitios que el niño ha amado, y coge un haz de flores. Estas flores, ambos las llevan al Dios bueno, para que él las haga reflorecer allá arriba, más hermosas que en la tierra. Dios oprime las flores contra su corazón, y deposita un beso sobre la que prefiere. Este beso le da voz y el poder de mezclarse á los coros de los bienaventurados.»

Hé aquí lo que contaba un ángel de Dios llevándose al cielo un niño muerto, el cual le escuchaba como en sueños. Y volaban por encima de los lugares donde el peqneño había jugado: sobre jardines esmaltados de flores admirables.

—¿Cuáles llevaremos para plantar en el cielo? — preguntó el ángel.

Junto á ellos se encontraba un rosal magnífico, pero una mano maligna había quebrado el tallo, de manera que las ramas, cargadas de capullos, pendían y se marchitaban rápidamente.

—¡Pobre planta! — Dijo el niño. — Tómala para que florezca allá arriba, junto al Dios bueno.

Y el ángel cogió el rosal. Besó al niño; éste abrió sus ojos á medias. Cogieron ricas flores de todas partes, sin despreciar el diente-de-león, ni el pensamiento silvestre.

—Ahora ya tenemos bastantes flores,—dijo el niño; y el ángel hizo un signo de asentimiento, pero todavía no volaron hacia el trono de Dios.

Había anochecido, por todo reinaba un profundo silencio; pasaban por encima de una callejuela sombría y estrecha, llena de barreduras, de cenizas y paja medio podrida. Era día de limpieza y todos los platos rotos, todos los fragmentos de cazuela, todos los andrajos habían ido á la calle, dándola un aspecto poco agradable.

Y el ángel mostróle al niño en medio de aquellos restos algunos fragmentos de una maceta: una pella de tierra se había desprendido y en ella se veían aún las raíces de una gran flor del campo, marchita y arrojada con las inmundicias.

—Llevémosla,—dijo el ángel,—y mientras volamos te contaré el por qué.

Se elevaron en los aires, y el ángel empezó así:

—Abajo, en esa callejuela sombría, en una especie de cueva, vivía un pobre niño enfermo. Estaba en cama desde su más tierna infancia. A veces, cuando se sentía mejor, daba una vuelta por el cuarto, con ayuda de unas muletas, y esto era todo. En verano, los rayos del sol iban de vez en cuando á iluminar aquella mísera vivienda, y entonces el muchachito se calentaba al sol, veía la sangre roja circular en sus dedos enflaquecidos y diáfanos, y decía: «Hoy, á Dios gracias, podré salir.» No conocía la magnífica verdura de los bosques sino por una rama de haya que el hijo del vecino le llevó un día. Se ponía aquella rama encima de la cabeza y le parecía así estar debajo de los grandes árboles, teniendo el sol en perspectiva, y por música el canto delicioso de mil pajarillos.

«Un día de primavera, el hijo del vecino le trajo también algunas flores del campo, una de las cuales, por casualidad, conservaba aún las raíces. Fué plantada en una maceta y colocada en la ventana, cerca del lecho. Plantada por mano afortunada, echó retoños y producía flores todos los años. Aquel era el jardín del niño enfermo, su único tesoro sobre la tierra; él la regaba, la cultivaba con solicitud, y la colocaba de manera que no perdiese un rayo de sol de los que penetraban por la claraboya. Así la flor se desarrollaba y se embellecía con sus sueños; florecía para él, para él difundía sus perfumes y tomaba sus aires graciosos. Cuando Dios llamó al niño á su presencia, el enfermito se inclinó á ella antes de morir. Ahora hará un año que el niño está en la mansión de Dios, y durante ese año la flor ha sido olvidada y se ha secado en la ventana. Por fin, un día de limpieza ha ido á la calle con los cacharros y tiestos inútiles, y es esta pobre planta marchita que hemos recogido en nuestro ramo, pues ha causado más alegrías que la flor más rica de un jardín de reyes.

—¿Pero cómo sabes tú todo eso?—preguntó el niño.

—Lo sé,—respondió el ángel,— porque era yo ese muchachito enfermo que caminaba con muletas. He reconocido perfectamente mi planta.

Y el niño, abriendo enteramente los ojos. miró el rostro resplandeciente y hermoso del ángel.

Al mismo tiempo entraban en el cielo del Señor, donde el gozo y la felicidad son eternos. Cuando Dios hubo estrechado al niño contra su pecho, le colocó alas como al otro ángel, y cogidos de la mano, echaron á volar, juntos. Dios estrechó asimismo las flores contra su pecho; pero depositó un beso sobre la pobre planta de los campos, ya marchita, e inmediatamente fué dotada de voz y cantó con los ángeles que flotan en torno del Señor, formando círculos hasta el infinito, todos igualmente dichosos. Sí, cantaban todos, grandes y pequeños, el buen niño bendito y la pobre flor de los campos, que había sido echada marchita entre las basuras, en la callejuela estrecha y sombría.

CRISTHIAN ANDERSEN.

LA MODA

Como puede apreciarse por los modelos que á la consideración de nuestras amables lectoras sometemos en esta revista de la moda, durante la presente temporada alternarán las fadas fruncidas, y plegadas en la cintura, con otras guarnecidas de uno ó varios volantes, así como también las que llevan por guarnición cenefas planas ó escarolados. Unas y otras son las más á propósito para la reforma de las faldas antiguas, que deben cortarse á unos veinte centímetros de la cintura y fruncirse ligeramente, completando el largo por medio de cenefas apli cadas sobre el forro.

Tambien puede prolongarse el largo mediante un ancho volante, y en este caso, para que la falda quede con hechuras enteramente nuevas, conviene cortar el bajo en picos, flores de lis ó grandes almenas, que se fijan al volante por medio de botoncitos de metal ó esmalte.

Las blusas continúan en boga, y si se quiere variar su aspecto, es fácil conseguirlo añadiéndoles una ancha haldeta sobrepuesta, que las convierte en levitas.

Vuelven á aparecer las mangas de dos hojas enteramente ajustadas al brazo; pero como el cambio resulta demasiado radical, la moda se muestra transigente en este punto, y permite el uso de mangas semi huecas de una pieza, para alternar con las mangas de dos hojas. El mejor medio de convertir en estas últimas las amplias mangas de los trajes del año pasado, es deshacerlas por completo, planchar la tela y cortarlas de nuevo con auxilio del patrón del forro, pues tienen la misma forma. Las mangas semi-huecas requieren un patrón especial, y al colocarlo sobre la manga antigua debe tenerse presente que la parte

ancha, correspondiente al antebrazo, ha de subir en la nueva hasta la hombrera, y la parte superior, que antes estaba ajustada, corresponde á la mitad inferior de la bocamanga.

LAS VÍRGENES DE LAS ROCAS

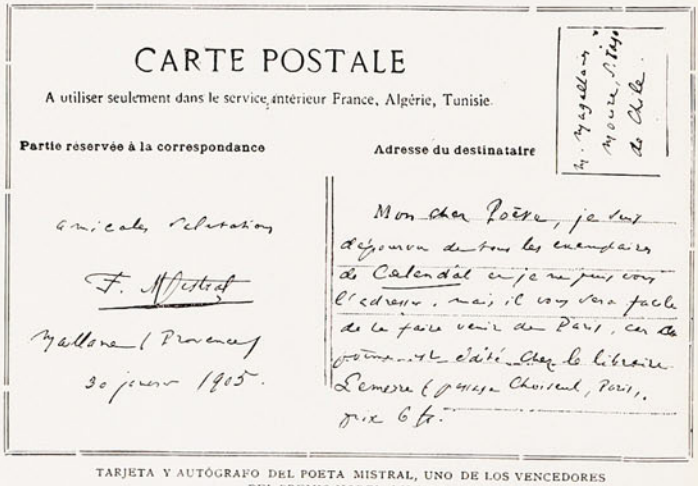
Estábamos todos allí, junto á la fuente árida. El descanso imprevisto, y las palabras, y el aspecto de la dolorida, y la solemnidad del lugar cerrado, i la frialdad argentina de la luz que le llovía de lo alto, la inminencia de la metamorfosis, parecían prestar a aquella antigua cosa inerte el misterio de una obra de magia. La mole marmórea—composición pomposa de cabellos neptúneos, de tritones, de delfines y de conchas en triple orden—surgía entre nosotros cubierta de costras grisáceas y de líquenes desecados, blanqueante aquí y allá como el tronco del haya, y sus múltiples bocas, humanas y bestiales, parecían casi haber conservado en el silencio la actitud de la líquida voz últimamente producida.—Apartáos, añadió Anatolia inclinándose hacia un disco de bronce que cerraba una abertura circular en el pavimento próximo al pilón inferior—Voi á dar el agua.

Y puso los dedos en el anillo que salía del centro del disco y probó de levantar el peso; como no lo consiguiese, se incorporó, coloreado el rostro por el esfuerzo. Fuí yo en su ayuda y advertida, inclinóse de nuevo i con su mano encontró el asa escondida. Nos cogimos entrambos, y con un movimiento acorde tiramos con fuerza, mientras ya se oía borbotear el agua saliente por las venas de la fuente exánime.

Se produjo un momento de expectación ansiosa, como si esperásemos que las bocas de los monstruos dieren una respuesta. Involuntariamente imaginé la voluptuosidad de la piedra invadida por la fresca y fluída vida; finjí en mí mismo el imposible estremecimiento.

Las bocas de los tritones soplaban; las fauces de los delfines borboteaban. En lo más alto un surtidor hizo irupción silbando, luciente i rápido como una estocada vibrando contra el azul; se fraccionó, retrocedió, dudó, resurgió más derecho y más fuerte; se mantuvo alto en el aire, se hizo diamantino, se convirtió en estrella, pareció florecer. Un estrépito breve i limpio, como el chasquido de una fusta, resonó antes en el claustro; después se produjo como una carcajada de risa poderosa: fué como un estallido de aplausos, fné como un chaparron de lluvia. Todas las bocas dieron sus chorros, que se curvaron en arco para llenar las conchas inferiores. La piedra bañándose aquí i allá, se cubría de manchas obscuras, relucía en las partes humedecidas, se regaba con ríos cada vez más espesos. Al fin gozó toda entera el contacto del agua, pareció abrir á placeres innumerables todos sus poros, se reavivó como un árbol beneficiado por una nube. Rápidamente las cavidades más angostas se llenaron, se desbordaron, compusieron coronas argénteas, de contínuo destruídas y renovadas de contínuo. Como se multiplicaban los juegos instantáneos abajo, por la diversidad de las esculturas crecían los sones interrumpidos formando una música siempre más profunda en el gran resonar de las paredes. Gallardos sobre la gran sinfonía del agua al caer en el agua, dominaban los chasquidos i el gran ruído del caño central, que dirigía contra la cerviz de los tritones las flores milagrosas florecientes de momento en momento en la cima de su tallo.

GABRIEL D'ANNUNZIO



CARTE POSTALE

A utiliser seulement dans le service intérieur France, Algérie, Tunisie.

Partie réservée à la correspondance

Adresse du destinataire

Amicale salutation

F. Mistral

Maillane (Provence)

30 janvier 1905.

Mon cher Poète, je vous dépouverai de tous les exemplaires du Calendal en je ne puis vous l'adresser, mais il vous sera facile de le faire venir de Paris, car de prochainement édité chez le libraire Lemerre (Galerie Choiseul, Paris, prix 6 fr.

TARJETA Y AUTÓGRAFO DEL POETA MISTRAL, UNO DE LOS VENCEDORES DEL PREMIO NOBEL EN 1904

Aviso Interesante

300 pesos mensuales!

Todos pueden ganarlos vendiendo hermosísima novedad artística. Escribid enseguida: **Pennellypes C.**, MILAN (Italia)

EL CANGREJO Y LOS RETRÓGRADOS

APÓLOGO

Doña Grupa País de Retro y don Antioco Retro eran dos cuerpos en una sola alma, y, al propio tiempo, dos almas bajo un solo yugo, el del matrimonio.

Cuando supo don Antioco que el ferrocarril urbano de sangre iba a sustituirse por el actual servicio de tracción eléctrica, puso el grito en el cielo.

La señora Grupa, le hacia coro.

Decia el señor Retro: ¿Qué vamos á hacer con los baballos de los carros?

Y la señora Grupa agregaba: ¿Y con los carros?

Don Antioco argüía: ¿Será cuerdo sustituír una caballada nacional, por una electricidad francamente alemana?

Y la señora Pais de Retro exclamaba: ¡Cómo si no tuviéramos bastante con la pedagogía alemana!

Cuando se trató de colocar como pavimento de nuestras calles el asfalto trinidad, el señor Retro tomándose la cabeza con las manos dijo:

—¡Qué profanación! Darle el nombre de la Santísima Trinidad á una cosa que va á ser hasta pisoteada por caballos!

Y la señora Grupa repetía misteriosamente: ¡Y algo peor! Y algo peor!

Cuando se aceptaron las propuestas para la confección del alcantarillado, Don Antioco dijo suspirando: ¡Adiós acequias de Santiago!

Y la señora País de Retro, apretándose las narices con el pulgar y el índice de la derecha, agregó: ¡Adiós! Adiós!

Tal era la costumbre de estos desdichados retrógrados demaldecir y huir de todo lo nuevo, que un buen día, al ver una Langosta de Juan Fernández, echaron á correr despavoridos sin advertir que el bicho en vez de perseguirlos caminaba para atras!

La esperiencia de las ventajas prácticas del progreso verdadero, no influian en lo más mínimum para hacer cambiar de opinión al señor don Antioco Retro ni á su idolatrada cara mitad, la distinguida señora doña Grupa Pais de Retro.

En efecto: don Antioco en su juventud maldijo y blasfemó contra el primer ferrocarril que se construyó en Chile diciendo:—¿I qué se va á hacer con las carretas... y con las yuntas de bueyes... y con los carreteros, cuando las papas y los paperos, los porotos y los poroteros, las leches y los lecheros, viajen y se acarreen en tren?

La señora Grupa habia sido en su niñez de las muchas que resistieron á brazo partido cotra el alumbrado de gas y contra las lámparas de parafina porque decia:—¡Cuándo habrá como una vela de sebo?

Al saber don Antioco que en Europa se usaban los automóviles, dijo:

¡Que Dios aleje de Chile á esos mónstruos que sólo sirven para pasear en coche y matar gente!

JUAN DE D. BRAVO

—Yo observo el mal efecto que ha causado todo esto al joven de la goma y me río como un bendito.

Entretanto, la viudita me ha hablado de ilusiones perdidas y juguetes del viento de la suerte y le he averiguado hasta la fecha de su nacimiento. Nació poco ántes de la revolución del 91. ¡Quién habría de creerlo! Casi no alcanza á tener 15 años...

Siento en este momento un ruido de puertas. Ah, el jefe de la oficina de Estadística Agrícola con cien mil de á caballo!

Anuncio á la señora de Correas; y la viuda de mejores correas que jamás he visto, después de mirarse en el espejo grandísimo del salón, como preparándose para dar la batalla, penetra muy coquetona y risueña en la sala del señor ministro. Yo me quedo pensando en las ilusiones perdidas... en la revolución...

Un viejo nicotinoso espera y esperará, como todos los días, en el más obscuro rincón de la sala, sin mas acompañante que su pestilente cigarrito, siempre del mismo porte.

Avanzo hacia él para decirle:

—¿Quiére usted que lo anuncie?

—No, no se moleste, ya me llegará mi San Martín. ¡Es un puerco de mejores correas casi que la viudita!

El resto de la concurrencia, gente de tarjetas, me las prodiga á cada momento con mucha delicadeza. No falta quien se las busque, sin podérselas encontrar hasta por el bolsillo del chaleco. Vóime leyéndolas por el camino. Una dice: Sofanor Siesnoes. Otra, algo muy sonante acabado en *uña*, ó en *ina*, ó en *eaux*, ó lo que tu quieras.

En una, debajo del nombre, dice, Abogado, con una *a* de asno que le permitirá á su dueño entrar al limbo sin más preámbulos.

¡Dios mío, qué variedad de empeños!

El aspecto de las personas después de salir de la sala del señor ministro ha sufrido más cambiantes que la luz entre prismas. Unos salen echando chispas; quizás por la electricidad de un rotundo nó. Otros, echando miraditas de buen humor, repartiendo apretones de manos ó palabras vacías de sentido... ¡Qué menos puede despedir de sí un *attaché* de una legación que ha estado tanto tiempo afeitándose á tijera y á quien tanto le han crecido los dientes!

Hay magnates también, generalmente de medio pelo, que se cuelan donde el ministro atropellándome miserablemente. ¡Pobrecitos! ¡Dejadlos, que no saben lo que hacen!... Con el atropello quieren vengar la afrenta de haber nacido de medio pelo. Estos tipos, cuando salen de la sala del ministro afectan un gran contentamiento; generalmente se les ha llamado para decirles esto no más: Es menester que presente usted en el acto su renuncia...

Creo, Tito, que te vas á aburrir con esta colección de comedias.

Una más, antes del drama *bufo* de padre y señor mío con que he de dar fin á esta mi carta.

Pasaré por alto las personas de aspecto vinoso que merodean en la puerta del gran salón con fines desconocidos; los hambrientos, despreciados por todos los empleados del Ministerio. No vayas á creer que yo también los desprecio; no, al contrario, me divierto en hacerles solicitudes y en atenderlos en lo que puedo. Esto es mal mirado por mis compañeros. De aquí que las únicas personas que, en el concepto del público, algo valen en el personal del Ministerio, seamos, el mozo y el que abajo suscribe, inmediatamente superior al mozo.

El tipo más cómico que asoma sus largas narices por esos mundos es, sin duda, el reporter. Nerviosillo, rápido en el hablar y el mirar, saca un dato de una mirada de amenaza, de la colocación de la lapicera en la oreja del empleado, del *¡no ha habido nada!* cotidiano, en una palabra, de la nada. ¡De la nada salió el hombre también! ..... No hay que extrañarse de que un reporter, después de una campaña de estas, salga químicamente puro. Eso para él sería lo de menos.

Vamos al drama.

Un señor, no quiero acordarme de su nombre, creía, y no quiero sentirme por ello, que yo me apellidaba Santa María. ¡Qué más quería yo que cargar el apellido de la madre de Dios! .... Como Santa María me trataba muy bien y me daba la mano y yo se la tomaba hasta el codo.

Muchos favores nos habíamos dispensado: papel para escribir le había proporcionado yo, él me había dado las gracias y la mano, —las manos se les antojaban huéspedes á cada momento.

Yo sabía, y tú también lo sabes, que este señor estaba como el perro y el gato con mi tío Malaquias, pero los aspectos perruno y gatuno de ambos dos no me habían indispuesto con el dicho señor en lo que respecta á asuntos del servicio. En lo que toca á mi tio si que estoy dispuesto ahora y siempre á hacer desaparecer las narices de su enemigo.

Un buen día, llegó, como siempre, muy atento el susodicho pretendiente; nos cambiamos los saludos de estilo y me pidió papel para escribir cuatro letras al Ministro.

Yo, como siempre también, paséle tinta y papel para que lo engatuzara con sus geroglíficos; pero ¡oh colmo de las desgracias! en ese momento llegó un amigo mío á quien hacía mucho tiempo que no veía. —¡Pérez de mi vida! exclamó desde la puerta mi amigazo.

El que escribía levantó la cabeza al oir que me decían Pérez y sintió una sacudida emocionante al oír el apellido de mi tío Malaquias.

—Luego Ud. no es Santa María, dijo palideciendo el señor; y, soltando la pluma de la mano, rompió la carta que había de darme para el Ministro.

—No, señor, soy Pérez, servidor de Ud.

—Sí, agregó mi amigo, sobrino de don Malaquias Pérez, haciendo resonar el apellido de mi tío que me ha allanado siempre tantas y tantas dificultades.

—Sí, si, dijo entre dientes el solicitante ¿de don Malaquias Pérez, no?

—Sí señor, respondí yo, de don Malaquías Pérez.

Nervioso, distraído, sin mirarme siquiera, tomó su sombrero, requirió el paraguas y salió por la puerta, preocupadísimo, derramando los papelitos de su epístola fallecida.

Conste, que hice resucitar la carta en compañía de mi amigo, no al tercer día, sino en cuanto se apartó de nosotros el extraño sujeto. Uní sus pedacitos y pude imponerme con gran sorpresa y trabajo de que decía:

«Emilio: Respecto á aquellos asuntos del Norte de que estoy tan preocupado, te diré que es negocio concluído; ó me nombras ó te comienzo á zaherir en los diarios, ya sabes que el *Ferrocarril*». No pude juntar los demás pedacitos sino á medias. Había algunas palabras algo raras y muchas subrayadas: idiocincracia, molejón, tifoidea, ínterin (seguramente el interin entre el momento en que escribía y su nombramiento).

Una palabra me llamó mucho la atención y fué *Santa María;* y no fué chico el susto que llevé creyendo que me había acusado; pero, luego me sacó de dudas mi amigo diciéndome que si en cuanto Pérez pudo acusarme jamas en cuanto Santa María, que la aristocracia de un apellido es siempre escudo y pararrayo.

¡Y tantas otras cosas que podría contarte si no presintiera que vas á tener la indiscreción de mostrar la presente á más de uno de los tuyos!

Saluda á todos en tu casa.— NICOMEDES PÉRE»

Esta es la espístola de mi amigo, y la biblia, —al mismo tiempo. Le he suprimido algunos párrafos por no comprometer el empleo de Nicomedes ni su buen nombre Y esto, de verdad, es justo cuando la posdata solamente dice: —«Te diré que ayer me ofrecieron diecisiete pesos, por un *datito* por lo que me ví obligado á patear á un caballero de anteojos!»

TITO PELMA

EL PAÍS DEL SUEÑO

Si mi fantasía fuese un barco, ni á las Indias Orientales, ni á las playas de Islám, ni á los témpanos de Spitzberg ó los ventisqueros polares te llevaría conmigo, mujer. Amo un país ideal cuyas costas defiende el piélago imposible.

Tarde de otoño, el sol se pone, daos prisa. Es allí en el poniente, en lo más lejano del esplendoroso horizonte, donde se descubre todo eso. Mar sin orillas, como para que naufrague en él el día, mar sin calma, como para que bogue por él mi imaginación. Maravillosos continentes áureos, extraños archipiélagos cuyas inciertas islas son multiformes, policromas, encantadas tal vez, pues que surgen impensadamente de alguna inanimada parte del vacío y se desvanecen con igual capricho en algún muerto punto del espacio y del tiempo Ven conmigo, despleguemos las velas del ensueño y partamos hacia allá, sin más remos que el viento, sin más brújula que el acaso. Pero apresúrate; todo, todo, la esperanza, la gloria, el amor, la vida, todo tiende á su ocaso, todo dura lo que este crepúsculo, y he aquí que cuando el día se ahogue dominará la sombra helada, negra y opresora. Cuán triste es sentirse su esclavo después de respirar la libertad! Sombra ¡Fin de lo que no ha existido! La luz es fugaz, apresúrate, volvamos proa hacia lo desconocido; plantaremos nuestra tienda en la isla misma del sol y la eternidad transcurrrirá mientras contemplamos el inmortal infinito.

AUGUSTO THOMSON

Noviembre, 1902.

NOTAS SOCIALES

Bailes, Veladas y Soirées.—Reglas de rigor en la alta sociedad madrileña.—El salón.—El buffet.

Igualmente que cuando se da una comida, deben haberse tomado las disposiciones necesarias para que el más elegante «confort» haga deliciosa la estancia en vuestra casa durante un baile, destinando una de las piezas exteriores para que sirva de guardarropa, en la cual se colocan los criados necesarios para el servicio de los invitados.

Si no disponéis de una «serre»—invernadero—donde pueda descansarse de la fiesta, destinad á este uso un gabinete cualquiera, que debe estar á media luz, haciendo contraste con la brillante iluminación que resplandece aquel día en vuestros salones.

Sobre todo, muchas flores—no olorosas—desde el vestíbulo al salón, mucha sencillez en la «serre» ó «boudoir»—saloncito de descanso—y no cometáis el lamentable error de invitar á más personas que las que razonablemente quepan en vuestros salones.

Disponed el «buffet» en el comedor, y dedicaos á complacer á vuestros amigos, situándoos á la puerta del salón principal para irlos recibiendo y colocando á medida que lleguen. Vuestra esposa, que debe bailar poco, se encargará, por su parte, de alentar á los jovencitos para que no se quede sin bailar ninguna de las señoras que han asistido.

Estos ligeros detalles, y otros particulares exactamente cumplidos, harán que se deseen vuestras reuniones.

Por lo general, un baile se divide en dos partes, y á la terminación de la primera sigue la cena, que debe ser tan selecta como permita la posición social de los anfitriones.

La sopa es de rigor; dos ó tres platos fuertes, fiambres y gran variedad de entremeses, pastas y vinos.

Una «soirée dansante» se diferencia de un baile en que es menor el número de invitados; en que sólo se sirven pastas, dulces y un sencillo refresco, sin salir del salón, en grandes bandejas de plata.

Un baile ó una «soirée» de verano, en un jardín profusamente iluminado, es un espectáculo bellísimo, y de un efecto eminentemente poético.

ICI-BAS

(SULLY PRUDHOMME)

Aquí todas las lilas
en la tarde florecen,
todos los cantos de las aves pasan:
yo sueño en los estíos que perfuman
eternamente...

Aquí los labios besan
con un calor muy breve:
yo he soñado en los ósculos que vibran
eternamente...

Aquí á todos los hombres
esclaviza la muerte.
Todos lloran amores ó amistades.
Yo sueño en las alianzas que perduran
eternamemte.

MAX GRILLO

CASA KIRSINGER

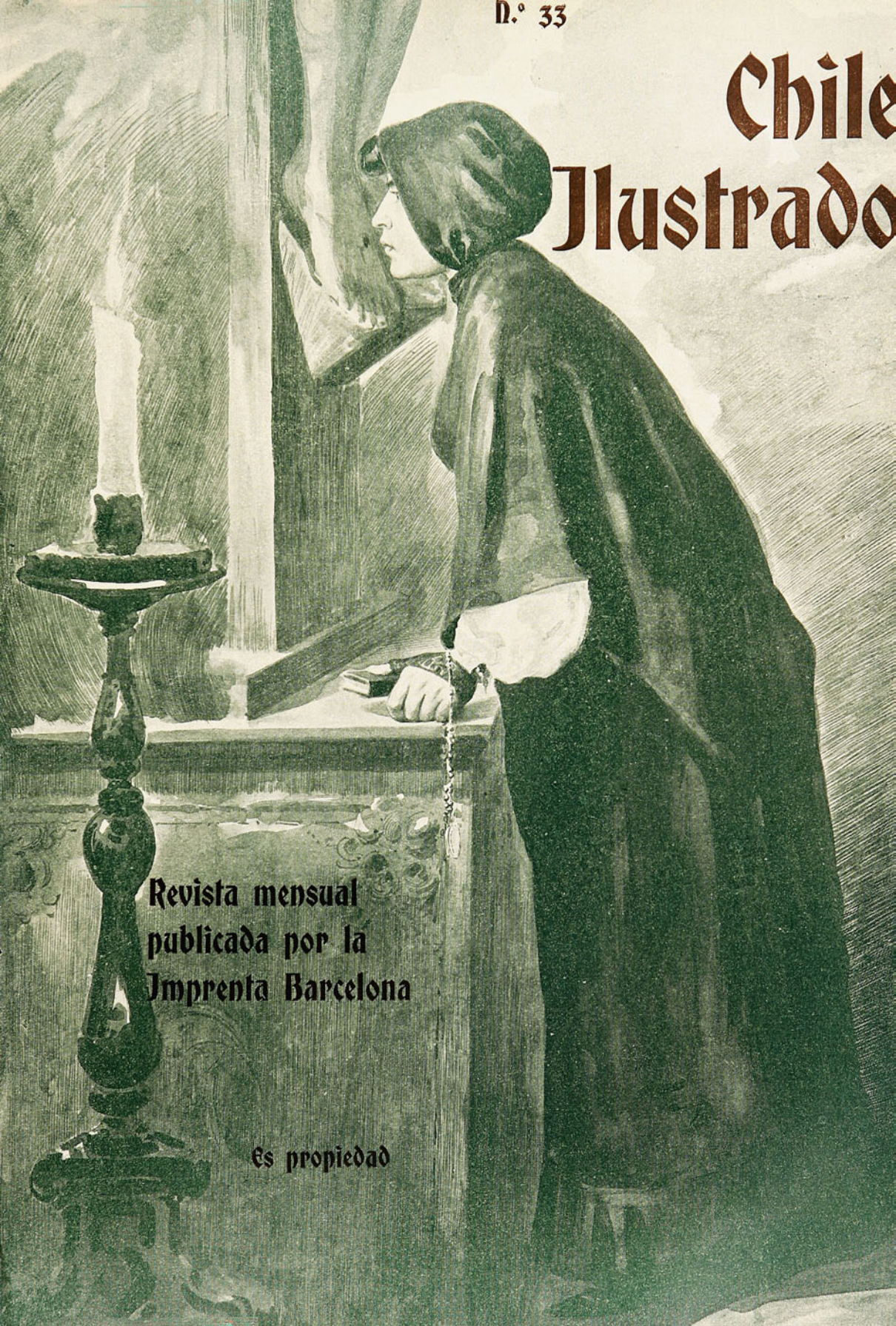
MESA

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
PERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

N.º 33

Chile Ilustrado



Revista mensual
publicada por la
Imprenta Barcelona

Es propiedad

Año IV Precio: 50 centavos Abril de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

MADONA DE SASSOFERRATO

MUSEO DE MILAN

DEDICATORIA

Interpretando el sentimiento religioso de nuestro pueblo, dedicamos el presente número de CHILE ILUSTRADO á la Semana Santa.

Es tan sincero y tan hondo, tan arraigado y tan respetable el culto que el pueblo chileno tributa a los misterios de su religión, que el arte verdadero y las buenas letras, han contribuído siempre á fomentarlo y embellecerlo dignamente.

Hemos creído, pues, que será del agrado de nuestros lectores ver una leve muestra siquiera del estilo elevado, al propio tiempo que sencillo, de nuestros principales apologistas.

Los señores Valdivieso, Salas, Eyzaguirre, han tenido felices continuadores que por su ilustración y talento merecen un puesto preeminente en las letras americanas.

LA DIRECCIÓN

LAS SIETE PALABRAS

Pater, dimitte, illis, non enim sciunt quid faciunt.

(LUCAE XXIII 34)

Se obscurece el sol á medio día, y las tinieblas se extienden libres por la tierra como si ya hubiera llegado su hora

Las estrellas aparecen desavoridas en un cielo plomizo y triste, anunciador de alguna catástrofe.

¿Qué has hecho, Jerusalén, qué has hecho?

Antes apedreabas á los profetas: ahora das muerte al señor de los profetas y objeto de las profecías...

En la obscura penumbra se distinguen sobre la cima del Gólgota tres cruces; y en la del medio, que es la más alta de ellas, está clavado de pies y manos el Hijo de Dios.

La predicación de una doctrina santa, confirmada con innumerables milagros hechos principalmente en beneficio de los pobres y de los humildes, le ha traído á este fin

Para honrar y ennoblecer la pobreza nació en un establo, donde tuvo de cuna un pesebre, sufrió la circuncisión, padeció destierro, trabajó para ganar el sustento en un oficio humilde, y cuando salió de la obscuridad de su modesta vivienda para enseñar al mundo la nueva ley, predicó á los hombres que se amaran unos á otros como hermanos, como hijos de un mismo padre que está en el cielo; y al mismo tiempo que predicaba la caridad y la dulzura de corazón, condenaba la soberbia y la usura y la molicie y la crueldad y el regalo y el odio y la holgazanería y todos los vicios.

En prueba de que era santa su doctrina, suspendía las leyes de la Naturaleza dando vista á los ciegos, palabra á los mudos y movimiento á los tullidos, curando todas las enfermedades y volviendo los muertos á la vida Fué por todas partes haciendo bien: *pertransiit benefaciendo* .. Por eso fué recibido en Jerusalén con ramos de palma y aclamaciones de triunfo. ¡Hosana al hijo de David! ¡Bendito sea el que viene en nombre del Señor!

Pero los fariseos y los escribas y los príncipes de los sacerdotes, heridos en su soberbia, se confabularon para perderle. Compraron á uno de sus discípulos, al pérfido Judas, para que se le entregara, y cuando le tuvieron en su poder le ataron como á un criminal y le ofrecieron al desprecio de Anás, de Caifás, de Pilatos y de Herodes, quien le trató de loco, ordenando vestirle de púrpura y ponerle en la mano un cetro de caña. Le volvieron á llevar á Pilatos, que después de oir á muchos testigos falsos que declaraban contra él le mandó azotar, aunque estaba convencido de su inocencia; y le azotaron, y le escupieron, y le coronaron de espinas, y le vendaron los ojos, dándole luego bofetadas y golpes en la cabeza con el cetro de burlas diciéndole: «Adivina quién es el que te ha dado ..»

Con engaños y mentiras conjuraron al pueblo contra él, al mismo pueblo que pocos días antes le aclamaba, y le hicieron pedir alborotado su muerte á cambio de la libertad de Barrabás, ladrón y homicida: con amenazas de hacerle perder el favor del César intimidaron á Pilatos para que le sentenciase á morir en cruz.

Obtenida la inicua sentencia, sacaron á Jesús con grande algazara por las calles cargado con el madero del suplicio, y le hicieron subir al Gólgota, que quiere decir lugar de las calaveras, porque era donde ajusticiaban á los malhechores, de cuyos huesos estaba lleno, y le despojaron de sus vestiduras y le crucificaron en medio de dos ladrones ..

Allí está.

Bajó del cielo y tomó carne humana para conversar con los hombres, instruirlos en la ley santa de Dios y redimirlos de la esclavitud del pecado, y los hombres le han puesto en una cruz.

Allí está, sujetas las manos á los brazos de la cruz con dos fuertes clavos, y los pies al tronco con otro clavo más fuerte. Allí está pendiente del madero, allí está desangrándose, á la vista de su pueblo, que en vez de auxiliarle y compadecerse de su dolor, le insulta...

Jesús abre sus labios divinos...

¿Será para condenar con voz poderosa la iniquidad horrible de sus perseguidores? .. ¿Será para quejarse de la injusticia con que, sin respeto á la ley y sin forma de juicio, ha sido sentenciado á muerte? ¿Irá á mandar á los elementos, siempre obedientes á su voz, que aniquilen á sus verdugos?...

No, nada de eso. De sus verdugos habla, sí; pero escuchad, escuchad lo que dice:

Padre, perdónalos; que no saben lo que hacen.

La primera palabra de Jesús en la cruz es de perdón.

Palabra sublime.

El Hijo de Dios, muriendo entre tormentos, pide á su Padre el perdón, no ya para los hombres en general, sino especialmente para sus matadores

«Si amáis á vuestros amigos y á vuestros parientes—había dicho antes á sus discípulos - no tendréis en ello gran mérito, pues los gentiles hacen otro tanto .. Yo os digo que améis á vuestros enemigos.»

Y confirmando la predicación con el ejemplo, muere en la cruz pidiendo á su Eterno Padre el perdón de los que le han crucificado.

Amen dico tibi: Hdie mecum eris in Paradiso.

(LUCAE, XXIII 43)

A la caridad ardiente de Jesús, á la bondad sublime con que implora del Padre Eterno el perdón para sus verdugos, responden éstos con nuevas blasfemias y nuevos escarnios.

—¡Ah! le decían pasando junto á la cruz y moviendo la cabeza con gran mofa. ¡Tú que destruyes el templo de Dios y en tres días le reedificas, sálvate á ti mismo!... ¡Si eres hijo de Dios, bájate de la cruz!...

—¡A otros hizo salvos, decían burlándose los príncipes de los sacerdotes y los escribas, á otros hizo salvos y á sí mismo no puede salvarse! ¡Si es rey de Israel que baje ahora de la cruz y creeremos en él! ..

Y como habían crucificado con Jesús dos ladrones, uno á la derecha y otro á la izquierda, para que se cumpliese la Escritura que dice: «Fué reputado entre los malos», uno de aque-

llos, el malvado Gestas, blasfemaba y escarnecía también á Jesús, diciéndole con ironía salvaje:

—Si es que eres el Cristo, sálvate á ti mismo y sálvanos á nosotros.

Pero el otro, Dimas, le reprendió diciéndole:

—¿Ni aún tú temes á Dios, y eso que estás con él en el mismo suplicio?... Y en verdad que nosotros con razón sufrimos la muerte, pues la tenemos bien merecida por nuestros delitos; pero éste no ha hecho nada malo.

Y volviéndose á Jesús, agonizante le dijo:

— Señor, cuando estés en tu reino, acuérdate de mí!

El corazón amantísimo y noble que imploró del Padre perdón para sus mismos verdugos que no lo solicitaban, no podía menos de conceder el perdón al que ahora se lo pide, no podía menos de premiar la fe del ladrón arrepentido que aún viendo al Hombre Dios en patíbulo infame, da testimonio de su inocencia y de su divinidad.

Jesús habla otra vez con el mismo acento de piedad y de mansedumbre. Antes pedía á su Padre perdón para los deicidas: ahora El mismo le concede al ladrón que le busca, prometiéndole la inmediata recompensa de su fe con estas palabras de inefable consuelo:

En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el Paraiso.

Mulier: ecce filius tuus.
...Ecce Mater tua.

(JOANNIS, XIX, 26, 27)

Estaban junto á la cruz de Jesús, María su Madre y la hermana de su Madre, María Cleofé y María Magdalena.

La Santísima Virgen, Madre de Jesús, aquella alma pura é inmaculada que con el valor propio de la inocencia acompañó á su hijo á todas partes, no le ha abandonado al subir al suplicio.

La mujer pecadora que á una mirada del Redentor del mundo sintió arder en su pecho el amor divino, y despojándose de sus mundanales atavíos y de sus livianas pasiones siguió constantemente á Jesús sin temor á nada, porque el verdadero amor no teme, tampoco ha podido apartarse del divino Dueño ni aún en la angustia del Calvario.

Estas dos mujeres extraordinarias, modelos respectivamente de la inocencia y de la penitencia, con la piadosa María Cleofé, parienta de la Virgen, y Juan, el discípulo amado de Jesús, que en la noche anterior había reclinado la frente en su pecho amoroso durante la Cena, estaban al pie de la cruz del Redentor sufriendo con él, haciéndose solidarios de su afrenta y sus dolores.

El divino Jesús contempla la orfandad de su discípulo y en él la de todos los hombres, y quiere remediar su desamparo. Contempla al mismo tiempo el vacío que su partida de este mundo deja en el corazón de su madre y quiere darla otro hijo á quien amar y hacer objeto de su ternura. Y olvidándose de las propias penas otorga su testamento en esta forma:

Mujer, ahí tienes á tu hijo, dice dirigiéndose á la Virgen María, y mirando luego al Discípulo añade: *Ahí tienes á tu madre*. Y desde aquella hora, dice el Evangelio escrito por el mismo Discípulo amado, testigo presencial del suceso, desde aquella hora la tomó el Discípulo por madre suya.

Mas la Virgen, aunque el evangelista no lo expresa, aceptó también el triste legado; aceptó la maternidad del Discípulo, la maternidad de los hombres, la maternidad de los pecadores, la maternidad de los mismos verdugos de su Hijo querido.

¡Qué cambio tan desigual y qué sacrificio tan grande! En el lugar que ocupaban en su corazón el Hijo del Altísimo, delicia de Dios, conjunto de perfecciones, hacecito de mirra, como le llama la Esposa en los Cantares, ha de colocar la Virgen, según la recomendación divina, á los hijos de los hombres, llenos de pecados, de vicios y de miserias.

¡Virgen Santísima! Al pie de la cruz aceptaste con la maternidad de los hombres la maternidad de los pueblos. Entre éstos hay uno que correspondió siempre mejor que todos los demás á tus maternales cuidados y te dió siempre inequívocas pruebas de filial cariño. Para colmo de su desventura, hay quien pretende arrebatártele, hacer que reniegue de ti...

¡Que no suceda eso nunca, Virgen Santa! Protege siempre á este tu pueblo predilecto nunca lo olvides: por grandes que sean sus faltas, nunca le arrojes de tu corazón. Es tu hijo... *Ecce filius tuus*

Deus meus, deus meus ut quid derreliquisti me?

(MATHEI, XXVII, 46)

Por los pecados de los hombres padece el Hijo de Dios terribles tormentos en la cruz afrentosa y los hombres se mofan de él y le escarnecen. Satisface por ellos á la justicia divina irritada, dando en satisfacción hasta el último suspiro de su vida; los redime, en cuanto está de su parte, de la esclavitud del pecado y de la pena eterna del infierno en que por el pecado incurrieran, dando en precio de la redención su preciosa sangre hasta la última gota, y los hombres le insultan en el momento de morir por ellos.

Esta ingratitud, este desprecio de la redención que Jesús ve con su mirada divina no solamente en los hombres que pasan junto á él haciéndole burla, sino en los hombres de las generaciones venideras por quienes igualmente padece; esta inutilidad de su sacrificio para tantas almas desagradecidas, fué lo que le hizo ya sudar sangre en el Huerto, lo que le hizo exclamar: *Triste está mi alma hasta la muerte*, y lo que aflige ahora su corazón más que todos los tormentos y dolores que sufre en su cuerpo sagrado.

Por eso vuelve á abrir sus labios divinos y exclama en tono de dolorosa queja: *Eli, Eli, Lamma sabacthani*...

Los sayones, que no entendían bien la lengua del país, creyeron al oir estas palabras, que el Señor llamaba en su auxilio al profeta Elías, y su error les sirvió de motivo para nuevas burlas.

—A Elías llama éste, dijeron.

Y mientras uno iba á ofrecerle vinagre en una esponja, otros le decían chanceándose:

—Déjale; esperemos á ver si viene Elías á librarle

Pero Jesús no llamaba á Elías, sino á su Padre celestial, porque aquellas palabras que los soldados no habían entendido querían decir: *Dios mío, Dios mío ¿por qué me has desamparado?*...

Y esto lo decía quejándose de que los malos no se hubieran de aprovechar de su pasión, siendo así que por todos los hombres padecía y á todos alcanzaba el valor de su sangre si todos quisiesen aprovecharse de ella...

¿Por qué — decía proféticamente el divino Redentor,—por qué muchos hombres no han de querer rendirse al amor que me hace dar la vida por ellos?... ¿Por qué los herejes han de tratar de deshacer mi obra?... ¿Por qué los impíos han de perseguirme?... ¿Por qué los apóstatas han de negarme?... ¿Por qué los sofistas hipócritas, teniendo mi nombre en los labios, han de procurar con todo afán arrancar mi doctrina del corazón de los pueblos?... ¿Por qué los pueblos han de gemir bajo el yugo de los explotadores que se enseñorean por asalto de los poderes públicos?... *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?*

Sitio.

(JOANNIS, XIX, 28).

El divino Mártir del Calvario vuelve á abrir sus labios en medio de la agonía y dice:

—*Tengo sed...*

«Y como había allí un vaso lleno de vinagre —dice el evangelista San Juan, que estaba presente,—los soldados empaparon en vinagre una esponja y atándola á una caña de hisopo se la ofrecieron...»

¡Ah! pero no era la sed material la que más atormentaba á Jesús en su agonía, sino la sed del bien de sus hermanos, la sed de la conversión de los hombres.

«*Tengo sed...* He sido levantado de la tierra, he sido puesto en la cruz para atraer hacia mí todas las cosas... Tengo sed de atraerlas.

«Venid á mí todos los que trabajáis y sufrís y estáis agobiados con el peso de vuestras culpas y de las miserias de la vida, que yo os aliviaré y confortaré: tengo sed de ayudaros, tengo sed de que vengáis á mí...

«Fuego he venido á poner en la tierra, el fuego del amor divino. ¿Qué he de querer sino que arda? Tengo sed de que arda y se queme y se consuma en ella la iniquidad, y se abrasen los corazones de los hombres en el fuego del amor de Dios....

«Yo soy el camino de la Verdad y la Vida. El que me sigue no anda en tinieblas... Tengo sed de que todos los hombres entren por este camino, y de que vengan en pos de mí y conozcan la clara luz de la verdad y vivan en el mundo la vida de la gracia y después la inefable y perpetua vida de la gloria...

«Aunque mi reino no es de este mundo, no es de riquezas ni de placeres materiales, soy verdadero Rey... y tengo sed de reinar por amor en los corazones de los hombres y de los pueblos... Tengo sed de que los pueblos sean gobernados paternalmente en mi nombre y en conformidad con mi Ley santa.

«He venido á salvar al mundo... Tengo sed de salvarle... *Tengo sed...*»

Consummatum est.

(JOANNIS, XIX, 30).

Otra vez habla desde la cruz el Redentor divino y dice:

«Todo está consumado.» Las esperanzas se han realizado; las profecías se han cumplido. Los pueblos esperaban al Mesías que Dios había prometido á los antiguos patriarcas, y el Mesías ha venido ya. Los profetas habían cantado sus milagros y habían llorado sus tormentos, y el Mesías ha padecido los tormentos después de haber obrado los milagros..

Porque á pesar de que éstos fueron muchos y muy grandes, el mundo no conoció al Mesías. Era Hijo de Dios, y los hombres le llamaron endemoniado: era la Verdad eterna, y le llamaron embustero: era la Sabiduría infinita, y le trataron de loco: era Rey de la Gloria, y le pusieron corona de espinas: era infinitamente Bueno, y le hicieron morir entre dos ladrones como si fuera el peor de los criminales. La obra de la iniquidad humana se ha consumado.

Pero se ha consumado también la obra de la misericordia divina. Dios envió á su Hijo á redimir al mundo, y el Hijo de Dios se ha inmolado por los pecados de los hombres. La justicia divina está satisfecha.

«Consumado está todo—dice Jesús.—Acabada está la obra de la redención humana; ya he cumplido todo lo que convenía para la salvación de los hombres...

«Si ellos quisieran entrar en el cielo, ya les he enseñado el camino, que es el del sufrimiento, y les he abierto la puerta con la única llave que es la cruz. *Consummatum est*».

Pater, in manus tuas commendo spiritum meum

(LUCAE, XXIII, 46).

Jesús agoniza. El Verbo de Dios, por quien Dios crió todas las cosas, el que dió vida á todo lo que vive y se hizo hombre y habitó entre los hombres, tomando sobre sí los pecados de la raza humana, se está despidiendo de la vida.

Cumplida ya la misión que su Padre le encomendara en la tierra, derramada ya su sangre hasta la última gota para lavar la mancha de la ajena culpa, entrega á su Padre el alma diciendo: *Padre en tus manos encomiendo mi espíritu...*

.....

Se acabó entonces de obscurecer el sol, tembló la tierra, las piedras se hicieron pedazos, los sepulcros se abrieron dejando salir á los muertos que estaban enterrados y el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba á abajo.

«Verdaderamente éste era el Hijo de Dios», dijo entonces el centurión que custodiaba á Jesús.

Y todo el gentío qué había acudido á ver el espectáculo se volvía arrepentido dándose golpes de pecho, viendo aquellas señales que claramente daban á conocer el duelo de la Naturaleza por la muerte del Autor de la vida.

¡Dios de misericordia! Que la gracia divina, precio de la sagrada pasión y muerte de Jesús, venga sobre nosotros y no nos abandone nunca, para que á imitación de nuestro divino modelo, podamos deciros al fin de la vida con dulce confianza: Hemos cumplido vuestra santa Ley, hemos puesto de nuestra parte cuanto hemos podido para alcanzar la felicidad eterna. ¡Padre, en vuestras manos encomendamos nuestro espíritu!

ANTONIO DE VALBUENA.

LA EUCARISTÍA

Doblada al peso de sus granos de oro,
Pausada mece la fecunda espiga
Del limpio trigo el sin igual te oro
Que en leves pajas cariñosa abriga.

Espiga endeble, la cabeza humana
También se inclina al peso de la idea:
Todo el fulgor que esparcirá mañana
Ya en sus células hoy se balancea.

Y no sólo de pan la mente vive:
Los destellos de luz del pensamiento
En pos del bien que el corazón concibe,
También tienen su místico alimento.

El trigo es sólo un misterioso velo:
No está su fuerza en el dorado enjambre
De empinado montón: baja del cielo
Su universal virtud que mata el hambre.

Busque en los campos material sustento
La carne corruptible y pasajera
Y de la tierra eleve su alimento.
Que es barro, al fin, la carne lisonjera;

Mas no sustenta al alma noble y pura
Que busca en lo infinito sus amores,
Lo vil y terrenal que causa hartura
Sino el perfume de divinas flores.

Se nutre el cuerpo con el pan de trigo,
Se nutre el alma con el pan del cielo!
Y ¡ay! del que sufre el infernal castigo
De no encontrar espiritual consuelo:

Con hambre y sed ardiente de belleza
Su pecho ansioso de justicia estalla
O, sumergido en ondas de tristeza,
Mustio quizá su corazón batalla.

¿Si será que en las luchas de la vida
Perderá el alma su vigor interno?
¿Si será que, en las sombras sumergida,
No aspira ya á la luz del sol eterno?

¡Oh! nó! Jamás—Con incesante vuelo
Sube hasta Dios el corazón humano
Y arriba encuentra el plácido consuelo
Que buscaba en la tierra siempre en vano.

¡Cuántos quieren la paz; y, en guerra muda,
Luchan en su alma estéril y desierta
Las densas sombras de la humana duda,
Con los destellos que la fe despierta!

¡Cuántos desprecian las divinas voces,
Por las sirenas del placer mundano!
¡Cuántos, sedientos de infinitos goces,
Van á apagar su sed en un pantano!

Los que cruzáis el mundo con la carga
Del pesar, la pobreza y el trabajo
Y habéis velado en una noche larga
Confiando en los consuelos de aquí abajo;

Los que vivís en la infinita angustia
Del desamparo y la mortal tibieza
Y hacia el suelo inclináis la frente mustia
Circundada de nubes de tristeza;

Volved á Cristo el alma entumecida:
Hoy en ansia infinita el pecho os arde,
Si no coméis, el Pan que da la vida,
Devoraréis el corazón más tarde.

¡La Verdad, la Justicia y la Belleza
Son la vida del alma y su alegría,
Y el solo manantial de fortaleza,
La humilde y sacrosanta Eucaristía!

¡Bebed el dulce zumo que sublima
De las uvas, la miel y la fragancia,
Que al soplo eterno del Amor se anima
Y se convierte en divinal sustancia!.....

¡Comed el Sacro Pan, bebed el vino,
Que el fuego puro del amor encierra,
Que la luz del Espíritu Divino
Difunde por las sombras de la tierra!

L. BARROS MÉNDEZ.

Santiago de Chile, 15 de octubre de 1904.

DIVINIDAD DE N. S. JESUCRISTO

Cristo ante Caifas

Una de las pérfidas arterías de que la impiedad se vale para arrebatar á los pueblos la fe en la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y en todo orden sobre natural, es el patrocinio que presta á la propaganda de las sectas heterodojas entre los católicos, porque están seguros nuestros enemigos, de que si con la seducción y el dinero gana la herejía á los desventurados prosélitos, no será para formar de ellos secuaces de sectas, sino apóstatas de la fe cristiana y descreídos impíos. Los adversarios de Nuestro Señor Jesucristo conocen por experiencia que el católico, sólo abandona su iglesia cuando ha perdido la fe cristiana; y si toma apariencias de sectario, no es más que para hacer creer que pertenece á alguna religión, no quedando, como no queda, ligado á género alguno de sacrificio ó molestia. Tampoco nadie puede poner en duda que la pretendida reforma es el camino recto para la negación del cristianismo, desde que se ha palpado que el libre examen, recorriendo las diversas fases de sus interminables variaciones, ha venido á parar en el naturalismo racionalista, que rechaza toda revelación y niega la redención y la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo. Hoy, por confesión propia, sabemos que una gran parte de ministros y hasta obispos del protestantismo no creen en la inspiración de la Santa Escritura, ni en el dogma fundamental de la Redención. Así, pues, es necesario que los católicos tengan entendido que todos los que con sus escritos ó por otros medios fomentan la propaganda sectaria, cualesquiera que sean los pretextos que aleguen, son auxiliares de la conjuración anti cristiana contra la divinidad de Nuestro Señor Jesucristo y la religión divina.

Empero, si entre los primeros siglos del cristianismo y la presente época, se encuentra analogía en la guerra encarnizada que el enemigo del género humano suscitó contra Nuestro Salvador Divino y su religión santa, y en los móviles que impulsaban á los perseguidores durante la primitiva éra, no se nota menos entre las calamidades que afligieron entonces á la sociedad materializada que rehusaba la ley cristiana, y las que ahora amenazan á la que se quiere divorciar del Autor Divino de esa misma ley. En el mundo pagano los goces, las riquezas y la embriaguez de los placeres eran patrimonio de unos pocos, al paso que la inmensa mayoría sólo era esclava y no podía contar con la vida, sino en cuanto ella aprovechase á sus desnaturalizados amos. Hoy es cierto que se abomina la esclavitud y que se vitorea á las libertades todas, la política, la personal, la indnstrial, la del trabajo y otras mil, y se proclama

en todos los tonos que sólo se trabaja por el bien de la humanidad; sin embargo, la multitud se halla agobiada con la contribución de sangre que le hacen pagar los ambiciosos de todo linaje para realizar sus miras Ella ve sometida su persona á un trabajo exterminador y poco recompensado, á medida que el progreso mismo trae nuevos descubrimientos con qué reducir el número de trabajadores. Tampoco se trata de dar empleos lucrativos á los que quedan vacantes. Entibiada la caridad cristiana, que mira en el pobre á Nuestro Señor Jesucristo, autor mismo de la riqueza, hoy sólo se da por necesidad y como pago de una contribución que puede decirse arrancada. Es ya un terrible azote, que oprime á muchas naciones, la plaga del pauperismo, totalmente desconocida en los siglos en que ardía la fe cristiana Entretanto, la opulencia de los favorecidos por la fortuna excita el apetito y causa las murmuraciones de la multitud de desheredados, á la cual por miras ambiciosas no cesan de azuzar los mismos que trabajan por arrebatarles la fe, única fuente de consuelo y freno de sus terribles venganzas.

Como en las sociedades paganas no había otra ley moral que la que establecía la fuerza, todos habían tomado las armas: el imperio, para defender sus conquistas, y los que no habían sufrido el yugo, para imponerlo. Así, la guerra con los denominados bárbaros fué el estado habitual de los primeros siglos de nuestra éra. El orden en el interior seguía los veleidosos caprichos de la fuerza armada, porque ella era la que hacía emperadores y rompía los cetros, y estas hechuras suyas hacían sentir muy bien á los gobernados el origen de su poder. Había senado y magistraturas; pero sólo para servir de ornato al despotismo imperial Como hoy se trata de que no reine Nuestro Señor Jesucristo en la sociedad y de que se desquicie en las conciencias el respeto á las leyes divinas, las revoluciones se suceden y propagan con rapidez, y al fin, los cañones y bayonetas vienen á constituir el poder. La ambición de los prepotentes no conoce límites y las naciones se ven precisadas á ponerse todas sobre las armas. La vida tranquila y la seguridad del fruto del honesto trabajo, van á ser sustituídas por un continuo y desgarrador sobresalto.

Para que se aleje tan triste calamidad, es necesario que reine Nuestro Señor Jesucristo y que su ley sea respetada. No hay otro remedio para el mundo corrompido por el desenfreno de las malas pasiones y la incredulidad, porque, como dice el Apóstol San Juan: «Sólo lo que ha nacido de Dios vence al mundo y nuestra fe es lo que hace alcanzar la victoria sobre el mundo. ¿Quién es el que vence al mundo, sino el que cree que Jesús es el Hijo de Dios? *(I, Epc., V. 4 y 5).*» Debéis, pues carísimos hijos en Nuestro Señor Jesucristo, confesar á este Divino Señor de todo corazón y de la manera más eficaz, no solamente tributándole culto público con fervor, sino haciendo que su ley santa sea la norma única de vuestras acciones.

RAFAEL VALENTÍN VALDIVIESO
ARZOBISPO DE SANTIAGO

Miscelánea de Semana Santa

Fariseos.—Una de las sectas más antiguas, numerosas y que gozaban de más opinión entre los judíos cuando vino al mundo Jesucristo. Afectaban mayor adhesión que el resto de los judíos por las tradiciones de sus mayores, y distinguíanse por una extrema severidad de principios, y por la observancia minuciosa y casi ridícula de la ley. Por esto querían suponer que Jesucristo la había infringido por haber remojado un poco de tierra en sábado, y sus discípulos por haber arrancado de paso algunas espigas para comer. Pasaban la mayor parte del tiempo en disputas fútiles y de poco interés; fundándose en esto su pretendida superioridad sobra los demás judíos, de los cuales vivían en lo posible separados; de donde adquirieron el nombre de *fariseos*, derivado de la voz hebrea *faras*, separar. La mayor parte de estos sectarios afectaban observar todas las virtudes, pero era en lo exterior, como dice Calmet, estando al mismo tiempo su interior lleno de soberbia y orgullo.

Hijo de David – A Jesucristo se le llamaba hijo de David, porque según la promesa del mismo Dios y el vaticinio de los Profetas, el Mesías había de nacer de uno de los hijos de la estirpe ó generación del rey David.

Israel.—El nombre Israel significa *hombre que ve á Dios*, esto es, grande é invencible, en cuyo último sentido parece que lo aplicó el Angel á Jacob, contra quien luchó una noche entera. De allí en adelante Jacob llevó el nombre de Israel, y sus descendientes el de Israelitas; y como este pueblo era por excelencia el del Señor, de aquí se llama á Jesucristo rey de Israel.

Dios de Sabaoth.—Lo mismo que Dios de los ejércitos ó de las milicias, pues *sabá* en hebreo equivale á milicia.

JESUS ARROJA Á LOS MERCADERES DEL TE

MPLO.—Célebre cuadro del pintor F. KIRCHBACH

ROMA CRISTIANA

Cuando visitaba las catacumbas de Santa Inés, San Calixto y San Pretextado, la idea de su antigüedad, de sus gloriosos recuerdos y tiernas escenas, la vista de sus infinitas tumbas y los sagrados huesos de millares de mártires que encierran éstas, inspiraban en mi alma sentimientos profundos de amor y respeto á los generosos atletas cuyos despojos allí descansan. Pisaba el primer territorio que ganó el cristianismo en la capital de los Césares, pisaba esa tierra regada con sangre de cien mil mártires despedazados en el Coliseo, de cien mil degollados por los verdugos y cien mil otros muertos en catastas, enclavados en cruces, arrastrados por las calles y azotados en las plazas. Me parecía ver salir de las tumbas una virtud misteriosa, y que el aire que respiraba contenía un germen de vida que se derramaba en mi alma. Á la luz de una antorcha veía por mí mismo las reliquias de los mártires, y lejos de horrorizarme los huesos descarnados, las coyunturas deshechas y esa disolución total del cuerpo humano que en otros casos asusta, los contemplaba envidiando su suerte. Esos despojos, decía mi alma, resucitarán un día, el polvo que piso volverá á vivir, todos estos cuerpos se levantarán, resplandores del cielo ornarán sus sienes y gloria inmortal les ha de vestir en la eternidad. Quien tenga corazón y fe no puede visitar sin conmoverse las catacumbas, y quien las examine cuidadosamente con deseo de estudiar el cristianismo desde su principio, en ellas no sólo conocerá hasta dónde inspira resoluciones heroicas el Evangelio, sino que también verá con asombro que los misterios, las tradiciones y los usos que practica hoy el catolicismo son los mismos que practicaban los fieles primitivos escondidos en el seno de la tierra.

La semilla del Evangelio, fecundizada con sangre de mártires, era el elemento que destinaba el cielo para operar la transformación de Roma; esos cristianos que vivían escondidos en los subterráneos y entre los sepulcros, salen para ocupar los templos y los palacios, las calles y las plazas y hasta el mismo Capitolio de Roma. La cruz, oculta hasta entonces en las catacumbas, se levanta sobre el Panteón y la Minerva, y la imagen del Salvador de los hombres se expone á la adoración del pueblo romano en frente del palacio de sus emperadores, y no lejos del Coliseo que recibió la sangre de los mártires: las catacumbas dieron elemento regenerador, y Roma pagana se hizo cristiana.

Observando la multitud de templos que había erigido en Roma el paganismo, se comprende bien la fuerza con que sus ideas estuvieron arraigadas en el pueblo, y cuán fuerte debió ser el sacudimiento que operó aquél maravilloso cambio. Las consecuencias de éste son bien perceptibles; Roma sin el cristianismo habría tocado su fin como todos los pueblos de su tiempo, cuyas ruinas en Oriente y Occidente apenas se perciben: las fábricas cristianas han sucedido á las paganas, y la fe ha sostenido todos los edificios de la antigua Roma que conocemos, y son los mejor conservados de cuantos erigió el paganismo durante su larga dominación sobre la tierra. Mas esa grandeza de Roma pagana que algunos echan menos pasó, no dejando otras huellas que las bien manchadas que hoy se distinguen; no así el cristianismo, que después de limpiar los vestigios impuros de la idolatría, hace aparecer el suelo de Roma cubierto de edificios que encierran elementos de vida y de salvación para el género humano. Mirad esos templos, todos magníficos, donde día por día se da culto á Dios; mirad tantos institutos para socorrer al hombre apenas aparece sobre la tierra; el rico y el pobre, el noble y el huérfano encuentran casas abiertas que les reciben para educarles y hacerles útiles á la sociedad; entrad en sus colegios, donde junto con la ciencia se inspira la virtud, y los hombres sabios dan á su doctrina nuevo realce con sus ejemplos; visitad las universidades, esa *Sapientia* tan distinguida y á la que respetaron Oxford y la Sorbona en los días de su mayor esplendor. Encontraréis en la Propaganda sabios que hablan los idiomas de todas las naciones, en los liceos profesores de todas las ciencias y en las academias hábiles maestros de las bellas artes. Contad el número de sus hospicios, asilos, hospitales, casas de caridad y de cuantas instituciones de beneficencia nacieron hasta hoy, y encontraréis que su número excede al de todos los otros países. Desde el hospicio de Santa Galla, el más antiguo del mundo, hasta el que establecieron las *Hermanas de los pobres* en 1854, no cesan de abrirse continuamente otros; pudiendo decirse con toda verdad que no hay necesidad que en Roma no esté prevista, ni miseria que no encuentre recurso. Preguntad por los seminarios, y los veréis instituidos para todas las naciones. ¡Qué hermoso contraste forma este conjunto de obras de beneficencia con el frío egoísmo de la antigua Roma! ¿Qué importaban todos esos mármoles cuya belleza deslumbra, si á la voz de un tribuno vemos correr á millares los pobres vestidos de andrajos, y al través de las estatuas y de los palacios llamar injusto al gobierno que los erigía, dejando al pueblo perecer de hambre?

Pero no son aquellas instituciones toda la gloria de Roma cristiana; es su imperio, más glorioso que el de los Césares, más dilatado que el de todos los conquistadores y más durable que el de cuantas monarquías y repúblicas conocemos. ¡La Iglesia católica! ved ahí la gran nación cuyo centro es Roma, cuyo imperio se dilata por toda la tierra llevando en su espacioso seno reinos y repúblicas. Ninguna institución existe que á ella pueda compararse, su historia reune en un solo cuerpo las dos más grandes épocas de la civilización; ni menos existe otra cuyos anales comprendan tiempos tan remotos de los nuestros como aquellos en que la pantera y el oso saltaban en el anfiteatro Flaviano, y el humo del sacrificio se elevaba del Panteón de Roma.

IGNACIO VÍCTOR EYZAGUIRRE.

LA LUZ DEL VATICANO

De entre los papeles del P. León, uno de sus más íntimos amigos ha tenido la amabilidad de regalarnos las dos estrofas siguientes que fueron probablemente sus últimos versos.

Cual en túrbido mar, tras la tormenta
Agitadas las olas bramadoras
A azotar van la roca do se asienta
Un faro con sus luces bienhechoras,
Así, tras siglos de ardua lid sangrienta,
Al choque de las huestes invasoras,
Se hundió la gloria del poder pagano
Y alzóse esplendoroso el Vaticano.

Al fulgor celestial de esa lumbrera
Que al orbe entero deslumbrante baña,
Veo los monumentos que en otra éra
Consagró el entusiasmo á cada hazaña,
Cual sepulcros que anuncian cuanta fuera
Su grandeza, y es hoy su mengua extraña
Y cual gigantes macilentos, veo
El Foro, el Capitolio, el Coliseo.

José LEÓN.

EL CATECISMO

Reunamos en el templo á los niños, enseñémosles el catecismo, y los habremos salvado. Pero el catecismo no consiste sólo en instruir, en hacer aprender de memoria las verdades cristianas, sino en enseñar á los niños á ser prácticamente cristianos. En esta materia nada ha variado la Iglesia católica. Desde los apóstoles hasta nosotros, desde Orígenes y los famosos catecismos de Alejandría hasta el concilio de Trento, no ha habido en el cristianismo más que una sola voz sobre este punto. No debemos, pues, admirar el que los más célebres obispos y los más grandes personajes con que se honra la Iglesia hayan hecho tanto caso de esta enseñanza mirándola con justo título como una de las más interesantes funciones del sacerdocio. El Apóstol distribuía la leche de la doctrina á todos los neófitos, no avergonzándose de hacerse pequeño en medio de ellos: *Facti sumus parvuli in medio vestrum.* El genio del desierto, el docto traductor de los libros sagrados, San Jerónimo, catetizaba á los pequeñuelos y repetía con ellos los elementos de la fe. El sabio obispo de Hipona consagró los primeros años de su episcopado á componer su precioso libro *De cateshizandis rudibus.* San Francisco de Sales y San Carlos Borromeo desempeñaban por sí mismos esta noble misión, y Santo Toribio Mogrovejo redactó en sus célebres concilios el resumen de nuestra fe catecismo conocido en todas las diócesis de Sud-América.

Este pequeño libro encierra la filosofía más elevada sobre Dios, el hombre y el mundo. El guarda los tesoros de la sabiduría de Dios, de la sabiduría de la Iglesia y de la sabiduría de los siglos Sócrates, Platón, Aristóteles, Cicerón, infatigables investigadores de la verdad, habrían quedado mudos de admiración, en presencia de esta gran síntesis que explica todos los enigmas, responde á todas las dudas, contesta á todas las objeciones y une tan admirablemente al hombre con Dios, al cielo y á la tierra, al tiempo y á la eternidad, y todo esto sin esfuerzo de palabras, y con tal claridad que basta para convencerse tener un corazón dócil para creer y para amar.

Resume en su fecunda brevedad todo lo que es necesario saber de la doctrina de Jesucristo; dogmas, moral y culto; es el código regulador de nuestras creencias, de nuestras costumbres, de nuestros derechos y deberes, de modo que el labriego, la mujer del pueblo y el niño, poseyendo el conocimiento de los principios de la fe y de la moral encerrados en este pequeño libro, conocen á fondo las obligaciones de su estado y el camino seguro para ser felices. «Merced á las luces que la religión de Cristo ha derramado, escribía un gran impío, el pueblo es más instruído y más conocedor de la- graves cuestiones que interesan á la humanidad, que todas las escuelas de filosofía. Con el catecismo en la mano resolverá la mayor parte de los grandes problemas de la vida humana. Los literatos de nuestro siglo, los miembros de nuestras sociedades sabias, los profesores de nuestras academias, todos estos hombres de una ciencia presuntuosa son generalmente escépticos é indecisos sobre muchos puntos dogmáticos ó morales del más alto interés; mientras que nuestros cristianos, aún los menos versados en los conocimientos religiosos, son más ilustrados y más seguros que todos los Sócrates de la antigüedad, sobre la unidad de Dios, la inmortalidad del alma, el origen del mal, la libertad del hombre, su decadencia y su rehabilitación, enigmas indescifrables á la simple razón natural y que ha desafiado la sagacidad de los genios más profundos y más sutiles desde Platón hasta el moderno filósofo de Kœnigsberg. Si con las nociones inculcadas por el clero á las clases populares no se llega á ser precisamente erudito en materia de religión, se tiene al menos la suficiente instrucción acerca de las creencias y principales deberes cuya práctica constituye al hombre de bien. Más, el que ignora el catecismo, aun cuando fuese miembro de la Academia, no será más que un orgulloso idiota».

Mariano Casanova,
Arzobispo de Santiago

IMPORTANCIA DE LA FE

Esta fe sencilla, candorosa, firme y viva en el corazón de los hombres, ha hecho maravillas en el universo: ha sido para el bien como la palanca de Arquímedes, ha vencido al mundo y triunfado de todo por la constancia, la paciencia, la castidad y la santidad que sabe inspirar á sus secuaces No hay bellezas ni tesoros comparables á sus excelencias. Débese á ella el valor en la adversidad y el consuelo en el infortunio Quitad del corazón humano las verdades de la fe en orden á las relaciones del tiempo con la eternidad, sus pesares; llora la viuda la dura separación por la muerte del confidente y del amigo de su alma, del marido que en suerte le había cabido para ser su apoyo, su defensa y el objeto de sus honestas caricias y afectos. La pérdida de la fortuna sume en terrible congoja al que con paciente y dura labor la había adquirido; la calumnia mancha una reputación inmaculada y adquirida en largos años de virtud; los hombres ó los tiempos destruyen en un instante la obra de legítimas esperanzas y precipitan en los abismos de la desgracia al que

RESURRECCION DE LA HIJA DE JAIRO
CUADRO DE EDUARDO DE GEBHART

y ¿qué le dejáis en los grandes pesares y dolores de la vida? ¿La fría razón y la filosofía? Pero con palabras sonoras y discursos vanidosos no se cicatrizan las profundas heridas del alma ni se mitigan las mortales angustias del corazón. La religión sola con sus dogmas consoladores sobre el mérito de la tribulación y el sufrimiento delante de Dios, tiene el secreto y el poder de suavizar primero y calmar después esas penas que trituran, saturando de amargura á los pobres viajeros del tiempo en las duras jornadas de la vida.

Llora inconsolable el esposo la muerte de la esposa que era el encanto del hogar y la delicia de su corazón, la madre tierna y cariñosa de sus hijos y la fiel compañera de sus alegrías y de ayer no más se encontraba en las alturas del poder y de la dicha. No sin razón decía un poeta de la antigüedad:

Jure perhorrui altum conspiscere verticam

La patria en duelo por alguno de esos flajelos que se llaman *peste*, *hambre* ó *guerra* y sus hijos todos bajo el peso de colosal infortunio, hienden los aires, como Jeremías, con lamentos y suspiros. ¿Qué os parece? preguntamos á los incrédulos.

Quitad entonces al pobre corazón humano los consuelos que le da la fe: romped con mano cruel y sacrílega las relaciones que la fe, de acuerdo con la razón, establecen entre

el cielo y la tierra; negad la providencia, la inmortalidad del alma y la vida futura; ¿y qué consuelo, qué alivio daréis á esos corazones sobre modo atribulados? ¿La desesperación, la indolencia, el suicidio? Y de buena fe, ¿creéis que estos sean verdaderos consuelos en los grandes infortunios de la vida? ¿Creeis que en estas estúpidas aberraciones del libertinaje del espíritu haya siquiera grandeza de alma? Hasta un poeta pagano condena vuestra teoría.

Fortiter ille facit qui miser esse potest

JUVENAL.

Cierto día una mujer anegada en llanto decía á Jesús: «Señor, si hubieres estado aquí no hubiera muerto mi hermano».

«Dícele Jesús: Tu hermano resucitará; porque yo soy la resurrección y la vida: quien cree en mí, aunque hubiere muerto, vivirá».

«Y todo aquel que vive y cree en mí, no morirá para siempre. ¿Creéis tú esto?»

«Oh, Señor, sí que lo creo», respondió la mujer.

Y Jesús, arrasados los ojos en lágrimas, *et lacrymatus est Jesus* y sollozando *infremuit*, se dirige á un sepulcro donde yacía un cadáver, cuatro días allí depositado: manda quitar la piedra que lo cubría y alzando al cielo sus ojos ora á su eterno Padre, y luego con voz sonora clama: «Lázaro, sal afuera» (1).

Y el muerto vuelve á la vida, resucita, y sus hermanas momentos antes llorosas lo reciben alborozadas de contento.

Ved aquí una de las maravillas y uno de los consuelos de la fe. Abrid, hermanos nuestros, los santos Evangelios y encontraréis multiplicados hechos de esta misma naturaleza. Por la fe humilde en el poder de Jesús, cálmanse las tempestades, los ciegos de nacimiento recuperan la vista, las enfermedades desaparecen y los muertos resucitan. Allí está ese libro divino, consultadlo y veréis que nada exageramos.

Y lo que asombra más todavía es que el alto y benéfico poder que ejecuta estos grandes y portentosos hechos, para gloria de Dios y salud de los mortales, se delega también en otros y se delega con tanta magnificencia y amor que ni la mente concibe, ni el labio humano expresar puede, porque no hay palabras adecuadas para ello, la latitud, la longitud y la profundidad de la inmensa caridad del Hijo de Dios con el hombre. No vino á condenar sino á salvar. Oid, hermanos queridos.

Hablando otro día el Salvador del mundo con sus Apóstoles, les decía:

«¿No creéis que yo estoy en el Padre y el Padre está en mí? Las palabras que yo os hablo no las hablo de mí mismo?»

«¿Cómo no creéis que yo estoy en el Padre y que el Padre está en mí?

«Creedlo, á lo menos, por las obras que yo hago. En verdad, en verdad os digo, que quien cree en mí, ese hará también las obras que yo hago, y las hará mayores» (1).

¿Cómo es posible, se preguntará aquí la razón asombrada, que un débil mortal pueda hacer obras mayores en el orden de la naturaleza y de la gracia que las estupendas y maravillosas que ejecutó el Hijo de Dios? ¡Oh! sí, esto no sólo es posible, sino efectivo y de hecho se ha verificado. La gloria, empero, y el poder pertenecen sólo á Dios; el hombre es un simple instrumento de sus misericordias.

Y ¿en qué consiste esa superioridad, de que habla el sagrado texto, en las obras del fiel discípulo sobre las obras del celestial maestro? En que, los Apóstoles, hombres débiles y flacos, triunfaron con el auxilio de la gracia de la carne, del mundo y del demonio, dice Orígenes (2); en que hicieron á veces mayores maravillas que las de Jesús, contesta San Juan Crisóstomo. Pedro curó con su sombra á los enfermos que para esto colocaban los fieles de la primitiva Iglesia en los caminos y plazas públicas. De Jesús no se refieren milagros de esta clase. San Agustín con su genio profundo vió en la conversión del universo por doce pobres pescadores el mayor de los milagros, y la más excelsa y divina obra del Omnipotente ejecutada por ministerio del hombre Esto es más grande, dice el eminente Doctor, quela creación de los cielos y la tierra; porque tierra y cielo pasarán; pero la salud y justificación de los predestinados no pasará (3) El mundo convertido sin milagros sería el mayor de todos los milagros en el sentir del inmortal obispo de Hipona (4).

JOSÉ HIPÓLITO SALAS,
Obispo de Concepción.

---

(1) Joan, XI.

(1) S. Joan 14.
(2) Homit. VII.
(3) In. Joan tract. 72.
(4) De civit. Dei lib. 22.

SEMANA SANTA

La semana, en que se conmemora la pasión y muerte del Cristo, no necesitaría, entre nosotros, ser anunciada por los calendarios. Se reviste la ciudad de un aire tan peculiar, flota en el ambiente una atmósfera de arrobamiento, de éxtasis, de penitencia tan *sui generis*, que sería fácil darse cuenta de que llega la época en que la humanidad cristiana canta la grandeza de la Redención, se empapa en el amor divino al mismo tiempo que tiembla al responder la pregunta del *Improperium* que la Iglesia le dirige en estos días. *¿Populos meus quid feci tibi?* (Pueblo mío, ¿qué te he hecho?).

Santiago es esencialmente creyente. El jueves santo parece cubrir la ciudad con un sudario. Largas filas de mujeres envueltas en el manto recorren con paso pesado las calles desprovistas de vida y animación. Por todos los espíritus atraviesa la idea del dolor del Cristo y de la maldad del pueblo elegido, hasta por las almas secas, por las que han vuelto las espaldas á los consuelos de la religión, pasan aleteando los recuerdos de la infancia transcurrida oyendo las palabras de una madre; se recuerdan esas oraciones depositadas en el fondo de la memoria y que fueron dichas al oído por los labios de la que nos dió el sér, mientras temerosos, débiles, con los ojos muy abiertos al mirar el brillo del altar, nos apegábamos á su cara, á su cuerpo, que respiraba ternura y amor.

Nadie puede mirar fríamente el aspecto de que se reviste Santiago en estos días Los cantos en las iglesias; los fieles que rezan en las calles; los templos que parecen una hoguera á fuerza de luces, y la paralización de todo movimiento son factores que encienden la imaginación, la sobrecogen y la arrastran á considerar los grandes misterios de esta gran religión que que ha atado á media humanidad con los únicos lazos que pueden atar á todo lo que sea humano: con los del amor.

La Semana Santa entre nosotros es tal cual debe ser, respetuosa, llena de dolor y verdaderamente divina Por eso es que impresiona, que hace sentir y que en ella se ama al Cristo.

Otras sociedades, tienen detalles de misticismo exaltado que hacen aparecer casi ridículas las demostraciones de dolor. Hay en ellas mucho de apariencia, mucho de atavismo y poco de sinceridad. En Madrid, por ejemplo, existen aún aquellas imágenes terribles que se exhiben al populacho para producirle dolor y lo único que se consigue es producir miedo. Son Cristos con pelo natural, con millares de heridas y vestidos en las formas más extrañas. En Sevilla, los vecinos más respetables se cu-

bren de vestiduras al estilo hebreo y representan á Cristo, Longino y otros personajes de la crucifixión de Jesús.

Al lado de estas costumbres censurables por lo extrañas y poco respetuosas, hay costumbres adoptadas por otros pueblos y que pueden también ser censuradas porel exceso de religiosidad y aparato. En Roma, el Viernes Santo se celebra en la Capilla Sixtina con tal pompa que los trenes que llegan á Roma vienen atestados de curiosos y turistas que acuden á presenciar la ceremonia.

Se exhiben en la gran capilla las reliquias más preciadas: el Inri que fué colocado en la cruz, los clavos con que Cristo fué sujeto al sagrado madero y otros recuerdos del martirio del Hombre-Dios, que son objeto de la veneración general.

La enorme muchedumbre que invade la Capilla Sixtina, no es arrastrada por la devoción ni por el amor; sólo la lleva la curiosidad; el deseo de experimentar las sensaciones semidivinas que deben agitar al espíritu al divisar en medio del incienso, la cabeza blanca del Sumo Pontífice, del Jefe del Catolicismo. La figura del Papa rodeado de los cardenales, surgiendo como un sér casi sobrenatural de aquel centro donde están congregadas las más grandes producciones de la más brillante época artística, arrastra el alma á regiones etéreas, hace oir el canto de los serafines, las armonías de la Corte Celestial.

A gustar estas sensaciones corre esa gran cantidad de gente; aquello tiene mucho de curiosidad artística, de refinamiento del siglo. Pocos son los que sienten y creen; muchos los que sólo sienten.

El gran mérito de nuestros creyentes es la sinceridad. Las solemnidades de la Semana Santa son sencillas, con la suntuosidad que no llega al derroche; en ellas todos oran, aman y se arrepienten, tienen estos días la dulzura de los idilios, el dolor de los sacrificios y los regocijos de las grandes alboradas.

Nuestro Chile es así, siempre abierto á las impresiones, restringido para las dobleces. Celebremos por nosotros, y por nuestras madres y por nuestras esposas que aún podamos sentir con la ternura de la juventud. Ahora, en esta Semana Santa admiremos en los corazones viejos estos sentimientos que podrán ser tachados de ingenuos; pero cuya juventud tiene el aroma de las rosas primaverales, la hermosura de los nardos y las azucenas, símbolos de la inocencia y la pureza.

M. MAGALLANES M.

¡PASCUA!

Una de las tres grandes fiestas que celebraban los judíos en memoria del tránsito ó paso del ángel exterminador, que mató los primogénitos de todo los egipcios, sin ocasionar el menor daño en las casas de los israelitas, cuyas puertas estaban señaladas con la sangre del cordero. Así esta fiesta se llamó en hebreo *phase* ó en siríaco *pascha*, tránsito ó paso.

PRIMERAS LUCHAS DEL CRISTIANISMO

El cristianismo encontró delante de su cuna los tres poderes más formidables de la tierra: el de la fuerza, el de la inteligencia y el de la religión.

Vosotros sabéis que los Emperadores romanos le declararon desde su origen guerra de exterminio; y durante tres siglos corrió á torrentes la sangre de los cristianos en todas las comarcas del Imperio. Agótase el ingenio de los perseguidores para inventar suplicios, y fatígase el brazo de los verdugos para aplicarlos. Doscientos millones de víctimas de toda edad y de todo sexo, sin más delito que el de llevar el nombre de cristiano; ciudades enteras entregadas á las llamas; legiones de valerosos guerreros entregados al filo de la espada, no bastaron para aplacar el furor de aquellos monstruos coronados. Las fieras del circo rehusaron muchas veces saciarse con la carne de los mártires, pero los dominadoresdel mundo no sintieron jamás saciado su odio contra el cristianismo. La historia no recuerda otro ejemplo de mayor encarnizamiento y tenacidad en la persecución de una doctrina.

PADRE ANGEL C. SUBIABRE

Presidente del Capítulo Guardianal del Colegio Franciscano de Castro en 25 de enero del presente año y actual Superior del Convento del Barón en Valparaíso.

Más temible que el de la fuerza es el poder de la inteligencia El cristianismo apareció en el siglo de Augusto, en que las ciencias y las letras romanas habían llegado á su apogeo. Abundaban los filósofos, los sofistas, los retóricos y los poetas, y todos ellos se unieron á los tiranos para combatirlos.

¡Con qué insultante desprecio atacaban á una religión que confundía su vana y orgullosa sabiduría y tenía la pretensión de elevarse sobre todos los sistemas y todas las escuelas! Sus plumas no perdonaban ni argumentos, ni ultrajes, ni sarcasmos contra la nueva doctrina, y abusando de su influencia sobre los espíritus, se erigían en únicos árbitros de la verdad.

El poder de la religión no era menos formidable. El triunfo del cristianismo era la ruina de la idolatría. Caerían los dioses y sus templos; concluiría la influencia del numeroso cuerpo sacerdotal y los Césares perderían, con el Supremo Pontificado, una parte de su omnipotencia. La idolatría y los vastos intereses ligados á ella debían naturalmente hacer todo género de esfuerzos para oponerse á ese triunfo.

Tal era la terrible lucha en medio de la cual debía establecerse el cristianismo. Una inmensa coalición de todos los poderes, de todos los intereses, de todas las resistencias del universo se levantaba contra él. Emperadores, pueblo, sacerdocio, sabios, todos se unían para defender las leyes, el imperio, la religión, las costumbres, las pasiones y los vicios del paganismo.

RODOLFO VERGARA ANTÚNEZ.

CASA KIRSINGER

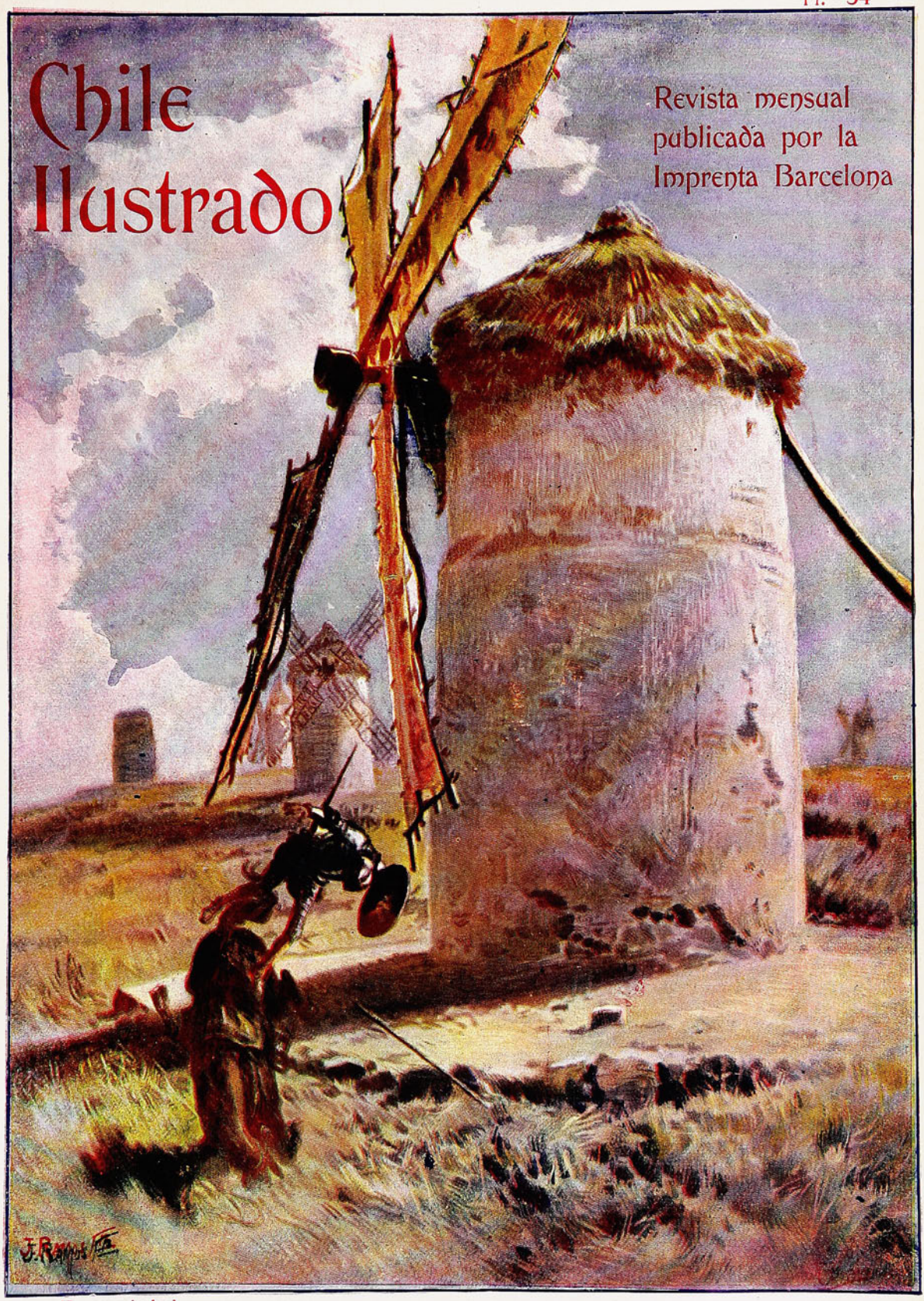
MARCAS
DE 1ª SON...
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
HERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

N.° 34

Chile Ilustrado

Revista mensual
publicada por la
Imprenta Barcelona



Es propiedad

Año IV Precio: 50 centavos Mayo de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

El príncipe de los ingenios españoles, nació en Alcalá de Henares en Octubre de 1547. Fueron sus padres don Rodrigo Cervantes y doña Leonor de Cortinas.

Conoció el mundo de su época pasando innumerables vicisitudes en los mas variados oficios y condiciones, experimentando siempre más la adversa que la próspera fortuna.

Pintó los hombres de todos los tiempos y de todas partes al condensar en una creación genial, el *Quijote*, el análisis más exacto y más gracioso que se ha hecho jamas del espíritu humano bajo los dos aspectos extremos que dividen todas las escuelas y todos los gustos.

Estudiante pobre en la Universidad de Salamanca, viajero sin holgura en Italia al servicio del cardenal Aquaviva, soldado y luego herido y manco en Lepanto, cautivo en Argel, comisario de la flota de Indias para ser después presidario en Argamasilla; todo, todo lo sobrellevó con ánimo entero y valeroso presintiendo quizá que los duros contrastes de su suerte eran accidentes pasajeros de su vida inmortal.

E MIRO, Don Quijote! con respeto:
Yo me reí de tí, cuando era niño,
Con la inocente risa del cariño,
Mas hoy no he de reir; te lo prometo.

El misterioso impulso de un ensueño,
Las heces del dolor en cuanto existe,
En cada realidad algo de triste,
Pero algo de divino en cada sueño.....

Así en compendio guardo en mi memoria
La alegre historia de tu triste vida.
(Y ¡cómo va con ella entretejida,
¡Humanidad! tu presuntuosa historia!)

¡Manchego ilustre! Te llevó altanero
El Manco de Lepanto en sus jornadas:
Tú alegraste sus noches desveladas
Y el te amó como á hijo y compañero.

Trazado está en tus nobles ilusiones
Todo el proceso de las grandes almas
Que ansian en el mundo segar palmas
Y van cogiendo espinas y aguijones.

Odiaste la maldad con odio cierto,
Siempre á la envidia y al rencor extraño;
Si á alguno hiciste mal, fué por engaño,
Por desfacer acaso algún entuerto.

Amaste la justicia como un loco,
Y, al salir en defensa de una dama
Privada de su reino ó de su fama,
Creyó tu brazo todo esfuerzo poco.

Tomaste del amor lo que hay constante,
Lo noble, lo platònico, lo eterno.....
Lo pasajero, lo carnal, lo externo,
No era digno de tu alma de gigante.

¡Ah! si hoy resucitaras, león manchego!
Encerrado en el patio de un hospicio,
No hallaras un Cervantes, que el servicio
Al mundo hiciera de ponerte en juego.

Los locos como tú, son infinitos.
¿Quièn no lleva un Quijote dentro el pecho?
¿Quièn no le ha oído cuando dice á gritos:
Más fazañas que yo ninguno ha fecho?

¡Humanidad! imita á los andantes
Y tu propia locura no te asombre!
Que para ser Quijote basta el hombre.....
Y hay que ser genio para ser Cervantes!

L. BARROS MENDEZ

EL CENTENARIO DE DON QUIJOTE

«Pero no he podido yo contravenir la orden de naturaleza, que en ella cada cosa engendra su semejante. Y así, ¿qué podía engendrar el estéril y mal cultivado ingenio mío, sino la historia de un hijo seco, avellanado, antojadizo y lleno de pensamientos varios y nunca imaginados de otro alguno; bien como quien se engendró en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación?»

Con estas palabras da comienzo Miguel de Cervantes Saavedra al prólogo de la más asombrosa producción del ingenio castellano. Quiere dejar constancia de que al dar rienda suelta á su prodigiosa fantasía, dejando en libertad absoluta á «la loca de la casa», se hallaba sumido en la penumbra dolorosa de una habitación de cárcel en oscuro rincón de Andalucía. Quiere, al mismo tiempo, declararnos el fondo de su obra como un reflejo de la honda ironía pesimista en que abundan las cosas de la vida.

No nos dejemos engañar por las regocijadas aventuras del ingenioso hidalgo de la Mancha, ni por los donaires de Sancho Panza su escudero, ni nos olvidemos un punto de que la obra ha sido engendrada «en una cárcel, donde toda incomodidad tiene su asiento y donde todo triste ruido hace su habitación».

De manera que si en alguna ocasión la imaginación exaltada del poeta nos conduce á la libre esfera de la fantasía, cerca de los molinos de viento que agitan sus brazos, junto á las manadas de ovejas que parecen ejércitos montados por Pentapolín, ó al estrado en donde Sancho Panza administra justicia, de gobernador, en medio de la burla más sangrienta que jamás se haya hecho del gobierno de los hombres; no olvidemos ni una instante que se trata de una simple ironía de poeta encerrado en una cárcel, en donde toda incomodidad tiene su asiento, por obra de la injusticia humana. Y en tanto que Hámlet sentía que el mundo para su alma era una cárcel demasiado estrecha, Cervantes, en su prisión, donde apenas podía darse vuelta, abría á su espíritu las puertas de un mundo mágico, del mundo de los ensueños y de las fantasías, donde es verdad todo lo soñado y realidad cuanto es dable ansiar, como suprema esperanza, en medio de las dolorosas realidades de este mundo.

¿Cómo fué á dar en la cárcel aquel tan notable escritor como heroico soldado? Algo de esto nos dicen las crónicas.

Refieren que habiéndose conferido á Cervantes una comisión de apremio contra los deudores morosos de Argamacilla de Alba, éstos se valieron de ciertas faltas de formalidad de los documentos que traía para reducirlo á prisión en casa de un tal Medrano, por no haber cárcel en el pueblo.

Desde allí escribió á su pariente don Juan Bernabé de Saavedra, vecino de Alcázar de San Juan, la carta que decía: «Luengos días ó menguadas noches me fatigan en esta cárcel ó mejor diré caverna.»

No poco se ha escrito sobre el espíritu del libro de Cervantes—pues es el *Quijote* uno de esos libros que tienen alma—sin que los críticos acierten á ponerse de acuerdo. Quieren decir los más, y acaso no se hallen lejos de la verdad, que sólo pretendía en su obra combatir la leyenda y la opinión de los malhadados libros de caballerías que traían *refriados* los cerebros, como dice con tanta propiedad el escritor hablando de su héroe; mas observan los otros que ya por aquellos años estaban muertas y dadas a perdurable olvido las historias de las caballerías andantes, por donde vendría á colegirse que el propósito de Cervantes fué diverso.

Para comprender el espíritu del *Quijote* es necesario comenzar su lectura en un día de primavera, cuando los pájaros cantan, reverdecen las hojas, y en la atmósfera tibia alcanza á sentirse palpitar tenue é imperceptiblemente el corazón. Es menester entonces, dar libre curso á la risa provocada por las aventuras del audaz caballero y por los dichos y agudezas de Sancho. Nos reímos de los golpes, de los manteamientos de Sancho y de las palizas que recibe don Quijote.

El día está risueño, la atmósfera está c l a r a, nuestros pequeños asuntos personales marchan á pedir de boca y acaso estamos haciendo la digestión de un buen almuerzo, todo lo cual predispone el ánimo y nos mueve naturalmente á risa.

No tenemos tiempo de observar que esas caídas, esas pedradas y esos golpes son dados al pobre don Quijote en nombre de la realidad, de la prosa de la vida, de la existencia tal como es, y en castigo de haber creído el pobre loco en la necesidad de defender á los desamparados, de amparar á los caídos y á los pequeños, á las viudas y á las doncellas, á los pobres, a los miserables y á cuantos han hambre y sed de justicia. Y como lleva en su alma ese ideal, el pobre loco y mal aventurado hidalgo recibe todo jénero de golpes en medio de la risa y de la burla de cuantos le contemplan.

DON QUIJOTE POR DE FUERA
De un dibujo de Aranda

El ingenioso caballero, al pintarnos la edad de oro, nos ha trazado su ideal en admirables conceptos. «Todo era paz entonces, todo amistad, todo concordia: aún no se había atrevido la pesada reja del arado á abrir ni visitar las entrañas piadosas de nuestra primera madre ..

«Entonces si que andaban las simples y hermosas zagalejas de valle en valle y de otero en otero, en trenza y en cabello, sin más vestidos que aquellos que era menester para cubrir honestamente lo que la honestidad quiere y ha querido siempre que se cubra y no eran sus adornos de los que ahora se usan, á quien la púrpura de tiro y la por tantos mo-

dos martirizada seda encarecen, si no de alguna hoja de verdes lampazos é yedra entretegida, con lo que quizás iban tan pomposas y compuestas como van ahora nuestras cortesanas con las raras y peregrinas invenciones que la curiosidad ociosa les ha mostrado.

«Las doncellas y la honestidad andaban, como tengo dicho, por donde quiera solas y señoras, sin temor que la ajena desenvoltura y lascivo intento las menoscabasen, y su perdición nacía de su gusto y propia voluntad... Y en estos nuestros detestables siglos no está segura ninguna .. Para cuya seguridad, andando más los tiempos, y creciendo más la malicia, se instituyó la órden de los caballeros andantes para defender las doncellas, amparar las viudas y socorrer á los huérfanos y á los menesterosos. De esta orden soy yo, hermanos cabreros.»

Tal es el ideal de don Quijote. No caben ensueño más generoso, ánimo más levantado, ni más nobles ideas sobre la faz de la tierra.

Mas, al realizarlo, recibe el buen caballero todo género de golpes, desengaños, rechiflas y denuestos, sin conseguir más resultado que las burlas de todos y *hasta nosotros mismos nos reimos, sin saberlo, de sus nobles ideales,* pues no tanto nos mueven á risa los cómicos incidentes y aventuras del buen hidalgo, como la inconsciente seguridad abrigada en nuestro espíritu de que pretender la justicia y el bien absolutos en la tierra es un acto de locura.

DON QUIJOTE EN SUS ADENTROS
De Gustavo Doré

Cervantes, desde el fondo tenebroso de su prisión, debió sentirse vengado de la humanidad entera al escuchar esas tristes carcajadas en mofa y escarnio del ideal, carcajadas comparables á las de los judíos que ponían una corona sobre la frente de Jesús y una caña en sus manos á guisa de cetro.

La sangrienta burla de Cervantes lleva justamente trescientos años y vivirá mientras duren en el alma humana los combates entre la realidad y los ensueños.

Es preciso concluir la lectura del *Quijote* en un día de otoño, de cielo gris, á la hora en que las hojas caen de los árboles, y cuando se apodera de nosotros el desmayo de la voluntad y el hondo sentimiento de la tristeza eterna de las cosas.

El pobre hidalgo vencido por el caballero de la Blanca Luna, por un barbero disfrazado, por un miserable albeitar de villorrio, vuelve á su aldea todo cariacontecido y maltrecho.

Abandona la vida de aventuras, ha sido vencido y aplastado por la fuerza, por la realidad, por la vida. Pero en su alma ha triunfado el ideal, pues en el instante en que el caballero vencedor, puesta la lanza sobre la visera del caballero caido le intima rendición, sintiéndose ya como en presencia de la muerte, don Quijote, «como si hablara dentro de una tumba, con voz debilitada y enferma dijo: Dulcinea del Toboso es la más hermosa mujer del mundo, y yo el más desdichado caballero de la tierra, y no es bien que mi flaqueza defraude esta verdad: aprieta, caballero la lanza y quitame la vida, pues me has quitado la honra.»

Con estas palabras del hidalgo manchego rescata Cervantes los fueros del ideal, vencido, apaleado en ocasiones, escupido á veces, pero siempre triunfante en el fondo de unos pocos espíritus escogidos que desafían la pobreza, el hambre, la sed, el frío, el desprecio de los ricos, la vanidad de los grandes, la injusticia de todos. Diríase que el universo, como creía Espinoza y como los panteístas afirman, tienen una sola é inmensa alma. Y ese espíritu que en parte se roza con el barro terrenal, se eleva y sube hasta las profundidades misteriosas de los cielos.

Y entonces repetimos, con el hidalgo vencido y moribundo: «Bendito sea el poderoso Dios, que tanto bien me ha hecho. En fin, sus misericordias no tienen límite, ni las abrevian é impiden los pecados de los hombres. Estuvo atenta la sobrina á las razones del tío, y parec éronle más concertadas que él solía decirlas, á lo menos en aquella enfermedad y preguntóle: ¿qué es lo que vuesa merced dice, señor? ¿qué misericordias son éstas, ó qué pecados de los hombres?

»Las misericordias, respondió don Quijote, sobrina, son las que en este instante ha usado Dios conmigo, á quien, como dije, no las impiden mis pecados. Yo tengo juicio ya libre y claro, sin las sombras caliginosas de la ignorancia, que sobre él me pusieron mi amarga y continua leyenda de los detestables libros de las caballerías. Ya conozco sus disparates y sus embelecos, y no me pesa sino que este desengaño haya llegado tan tarde, que no me deja tiempo para hacer alguna recompensa, leyendo otros que sean luz del alma...»

Y la mayor parte de la humanidad, como don Quijote, vive loca para morir cuerda...

Las naciones de habla castellana, celebran en estos días el tercer centenario de la publicación del *Quijote*.

Un libro, escrito en el fondo de la cárcel de Argamasilla, sirve de lazo de unión entre cuarenta Estados soberanos repartidos en dos continentes. España pudo ser vencida hace un siglo, en la época de la sublevación de sus colonias: cruzáronse las espadas ensangrentadas de españoles y de criollos, y en cuanto se hubieron disipado las humaredas del cañón y el eco de los disparos, comprendieron americanos y peninsulares que les unía un mismo espíritu, un mismo corazón, unas mismas creencias, un mismo idioma. Descendemos, uno y otros, del ingenioso hidalgo de la Mancha

Maccaulay dijo: si me dieran á elejir, para Inglaterra, entre perder á la India ó á Schakespeare, me quedaría con el último.

España, hace un siglo, perdía sus colonias, pero continuará eternamente como patria de Cervantes y como madre de nuestros viejos ideales nobilísimos. Ha conservado á Cervantes.

Luis ORREGO LUCO.

RINGORRANGOS

EN TORNO Á CERVANTES Y DON QUIJOTE

Los huesos de Cervantes, que se debían conservar como huesos de santo, se confundieron con los esqueletos de unas cuantas humildes monjas Trinitarias. ¡Si sabría él que había de quedar perdurablemente sepultado en el mausoleo eterno de la conciencia de los hombres!

Esta sola inscripción tiene su monumento: —*Quijote.*— En ella está encerrado el enigma de la vida.

No nos queda de Cervantes ni un mal retrato siquiera. Sin embargo, Quijotes ó Sancho Panzas, todos le conocemos y le queremos con el alma, á pesar de habernos echado en cara con tanta crudeza nuestros defectos y ridiculeces.

El retrato de Cervantes está en sus obras vividas por él, sin quitar que él mismo se bosqueja ingenuamente en el prólogo de sus novelas: «Este que veis aquí de rostro aguileño, de cabello castaño, frente lisa y desembarazada, de legres ojos, y de nariz corva, aunque bien proporcionada, las barbas de plata, que no ha veinte años que fueron de oro, los bigotes grandes, la boca pequeña, los dientes no crecidos, porque no tiene sino seis, y esos mal acondicionados y peor puestos, por que no tienen correspondencia los unos con los otros, el cuerpo entre dos extremos, ni grande ni pequeño, la color viva, antes blanca que morena, algo cargado de espaldas, y no muy ligero de pies: este, digo, que es el rostro del autor de la *Galatea* y de *D. Quijote de la Mancha*, y del que hizo el viaje al Parnaso á imitación del de César Caporal, perusino, y otras obras que andan por ahí descarriadas, y quizá sin el nombre de su dueño: llámase comúnmente Miguel de Cervantes Saavedra.»

Era, por lo que se ve, un hombre de atavíos francos y sencillos que aprisionaba con ellos un alma sencilla también, pero templada en la lucha por la vida que para él fué desesperada.

En ella aprendió á ser inmortal y á conocer el mundo. Más le enseñaron la práctica de los padecimientos, la cuenta que llevó de los eslabones de las cadenas de Argel, la observación de la pasmosa seriedad d los ceñudos Inquisidores, que las obras greco-latinas meritísimas, por otra parte, para el que quiera imitarlas.

Ningún misterio de la vida, ninguna maña encubierta de la sociedad se escapó á su mirada abarcadora de observador genial, y puede decirse que practicó sus obras antes de darlas á luz.

La vida íntima de Cervantes es modesta, vida de pobrezas y padecimientos, vida de artista. De soldado no tenía sino la cáscara y con ella la perseverancia en las adversidades y el arraigamiento en el alma de las ideas de patria y honor.

Su estadía en Argel como cautivo del bárbaro Azán, es una novela histórica que está por escribirse, como también su encarcelamiento y vida de literato en España.

Las necesidades le hicieron grande hombre y, si á primera vista aminoraron su gloria, fueron causantes de las obras de su genio.

Doblegóse Cervantes dignamente ante el Conde de Lemos; hoy la humanidad se prosterna ante Cervantes y ante el Conde de Lemos, que contribuyó, si se quiere, con su fortuna, á la formación de la historia de la humanidad.

Por estas manifestaciones, que en todo caso eran de pobreza, algunos degenerados han pretendido probar que Cervantes no tenía conciencia del mérito de sí mismo y de sus obras.

Sólo él se conocía en su época. Le estimaban los literatos con envidia, sus amigos con adoración, sus enemigos le respetaban, nadie le comprendía, á pesar de la claridad con que se manifestaba genial.

El aparecimiento del *Quijote* no fué como el del sol para las gentes de aquellos tiempos.

El mismo duque de Béjar no aceptó la dedicatoria con que se lo envió Cervantes, tomando en cuenta que hasta el nombre de *Quijote* le sonaba mal al vulgo.

A pesar de todo, rogóle Cervantes que se dignara oirle leer un solo capítulo de la obra. Accedió, de mala gana, el duque testarudo; pero aún no había terminado el capítulo Cervantes, cuando le interrumpió para decirle que aceptaba la dedicatoria y que le oiría todo el libro y los demás que escribiera.

No dice la tradición qué cara pondría Cervantes al oir semejante campanada, pero se me antoja que ha de haber mirado fijamente al duque y sus satélites y dicho para sus adentros:

—¡A éstos, Quijote mío, con tu lanza redentora!

¡Pobre del pobre duque de Béjar si no acepta la dedicatoria!

Habría desaparecido su nombre como el de todos, con la muerte. Hoy, va pegado tal cual largo es, á la primera página del *Quijote*, haciendo vis á vis con el de Cervantes, pero también con el de la «nunca bastantemente bien ponderada» legión de los impresores y litógrafos.

Han dicho muchos pretendidos intérpretes, y quizás no tengan razón, que el *Quijote* no era la obra predilecta de Cervantes. No lo sabemos, pero es muy elocuente lo que dice don Quijote de su famosa historia:

«Treinta mil volúmenes se han impreso de mi historia y lleva camino de imprimirse treinta mil veces de millares si el cielo no lo remedia». «Tengo para mí—decía anteriormente, —que el día de hoy están impresos más de doce mil libros de la tal historia; sino dígalo Portugal, Barcelona, Valencia, donde se han impreso, y aún hay fama que se está imprimiendo en Amberes; y á mí se me trasluce que no ha de haber nación ni lengua donde no se traduzca.»

Tenía razón Cervantes. *El Quijote* y la *Imitación de Cristo* han sido las obras que se han impreso más veces en el mundo. No sabemos cuál de las dos habrá causado mayores bienes....

Los genios son los que emplean los instrumentos más sencillos para hacerse inmortales. Son también ellos los que más se alejan de la tierra.

Así Cervantes. De apariencias tan simples, de carácter aparentemente vulgar y por fin, de pobreza tan inverosímil, valióse de un pobre loco, el hombre al fin y al cabo, para conseguir la inmortalidad.

La pobreza, nobleza de corazón y aparente humildad de Cervantes pruébanla sus rasgos de vida íntima que encierran una filosofía, un dogma concluyente que avasalla sin sentirlo y endereza las conciencias.

Hasta en sus conversaciones más sencillas y en sus juicios menos trascendentales se revela genial.

En los últimos años la proximidad de la muerte, si al parecer debilita los cerebros hace que acercándose á ella tiendan en sus manifestaciones á lo infinito. Cervantes presintiendo la muerte, se adelanta en sus escritos á saludarla. Cuenta sus pasos silenciosos que levantan densa polvoreda allá lejos, muy lejos, en las fronteras de la esperanza.

Dicen que volviendo de Esquivia á su casa es decir, á la muerte, pues en ella le esperaba, se le acercó un estudiante—los estudiantes de ese entonces no se mojaban en poca agua— y asiéndole de la mano, con grandísimo entusiasmo le dijo: «sí, sí, este es el manco sano, el famoso todo, el escritor alegre, y finalmente el regocijo de las musas».

El mismo Cervantes describe el paso:

«Tuvimos, dice, algún tanto más las riendas, y con paso asentado seguimos nuestro camino, en el cual se trató de mi enfermedad y el buen estudiante me desahució al momento diciendo: esta enfermedad es de hidropesía que no la sanará toda el agua del mar Océano que dulcemente se bebiese: vuesa merced señor Cervantes, ponga tasa al beber no olvidándose de comer, que con esto sanará sin medicina alguna.

Como conclusión de estos rasgos anecdóticos desaliñados, diré que Cervantes fué como don Quijote el prototipo de la hidalguía, la esencia de la verdadera nobleza.

Hasta cuando se vió vilmente zaherido por Avellaneda, fraile hambriento de gloria, conservó su tranquilidad de hidalgo y de juez severísimo para decirle y con él á todos los envidiosos del mundo: «la honra puédela tener el pobre, pero no el vicioso: la pobreza puede anublar á la nobleza, pero no oscurecerla del todo.

»Al caballero pobre no le queda otro camino para mostrar que es caballero que el de la virtud, siendo afable, bien criado, cortés y comedido y oficioso; no soberbio, no arrogante, no murmurador y sobre todo caritativo.»

Su última manifestación de generosidad sublime fué la famosa carta que escribió casi moribundo á su protector el conde de Lemos.

Es la mejor prueba de que durante su vida fué hidalgo hasta lo sumo, porque al borde de la tumba huyen las preocupaciones al desaparecimiento del ambiente mundanal y el hombre se vé en la necesidad de exagerar su cualidad prominente para hacerla valer como argumento principal en su última alegación trascendentalísima para alcanzar vida perdurable en la memoria de los hombres.

JUAN BARROS.

Cuadro de Sir Juan Gilbert.—DON QUIJOTE PRONUNCIANDO E

L DISCURSO SOBRE LAS ARMAS Y LAS LETRAS

APOTEOSIS DE CERVANTES

¡Oh Dios! ¿quién puede levantar la frente,
de majestad y gloria coronada,
ante los rayos de tu excelsa mente
y el oceano de luz de tu mirada?
¿Dónde está la palabra omnipotente
que haga latir el seno de la nada
y que encienda en la arcilla con su aliento
la aurora de! fecundo pensamiento?

Tu inteligencia, cual tu sér, divina,
en la insondable eternidad rebosa
y el espacio sin lindes ilumina
con increada fuerza misteriosa...
¿Y qué es el genio, á cuyos pies se inclina
la humanidad rendida ó temblorosa
sino un reflejo de tu ardiente idea
que en los perdidos mundos centellea?

Cuando en su mente la verdad fulgura
y la virtud su corazón inflama
y en su espíritu canta la hermosura,
nace la obra inmortal. . Al genio aclama
todo un pueblo, y ensalza su *locura*,
profeta ó sabio el porvenir le llama,
y el nimbo perdurable de la gloria
circunda de armonía su memorias.

❧❧❧

¡CERVANTES!... De tu fama en los blasones
cada generación mil lauros graba...
Cuando, en horas de ensueño, las visiones
de los pasados tiempos yo evocaba,
al recordar tus grandes creaciones
oí una voz que de ellas se exhalaba
y era la eterna voz de lo infinito
que resonaba en tu alma de proscrito.

Yo te veía en el radiante coro
de los héroes ¡oh manco de Lepanto!
Y al descorrerse los celajes de oro
de la inmortalidad, un nuevo encanto
parecíame oir: en el sonoro,
lúcido ambiente, prolongaba un canto
los ecos de tu fama, engrandecida
por la fe, y el dolor en la otra vida...

¡Himno, rey de la lira! tus acentos,
bellos como la gloria y la esperanza,
vuelen sobre las ondas y los vientos
dilatando su nombre y su alabanza.
En sus obras, egregios monumentos,
canta el arte y difunde su enseñanza;
en su postrer dolor y en su agonía
le acompañan la fe y la poesía.

❧❧❧

Verle imagino en la candente arena
de las playas de Argel, pobre y cautivo,
sintiendo acaso la desdicha ajena
más que la propia, en su dolor, altivo.
Tal vez su alma, de consuelos llena
con las memorias del hogar nativo,
fué lentamente ideando los diseños
de sus futuros inmortales sueños.

Quizás entonces, por la vez primera,
fuése cuajando entre la niebla obscura
de su indecisa concepción, la austera
sombra de Don Quijote y su locura.
Miró ante sí la humanidad entera,
é idealizóla en inmortal figura,
refundiendo en su mente soberana
el tipo eterno de la vida humana.

❧❧❧

Religión celestial, tú sostenías
su paso, entre congojas vacilante.
Cuando la hirviente copa de sus días
—del licor de la vida aún espumante—
de dolor estalló, tus elegías
iluminaron su postrer instante,
pues la esperanza, aunque llorando, vierte
rosadas claridades en la muerte.

Próximo ya á su fin, su pensamiento
--donde aun la idea sin cesar gravita--
en éxtasis se hundió. Débil su aliento
con el vaivén de la ansiedad se agita.
En la callada sombra oyó un acento,
lejana voz que á delirar incita,
algo como melódicos rumores
ó preludio de cantos triunfadores.

«¿Dónde me encuentro?»-enajenado exclama.
Y, chispeando los aires, de repente
sobre una etérea y purpurina llama
se destacó una forma vagamente.
La preceden los vientos de la fama
y la corona el iris esplendente.
«¿Quién?»-prorrumpió Cervantes en su anhelo
«Yo—dijo el GENIO, deteniendo el vuelo.
—«¿Quién si no yó que soy eco divino
del Verbo creador?...Brillé entre el lodo
cuando apenas Natura
desenvolvía sus virgíneas galas
y aun resonaba por el orbe todo
la voz del *fiat lux* que entre la impura
sombra del caos desplegó sus alas.

»Mi voz es la armonía
que hizo en tu mente germinar la idea:
y no es más que una inmensa sinfonía
la ciencia, que á mi soplo centellea.

»Al ritmo creador de mis cantares
despierta la verdad adormecida
en lobreguez silente; abren los mares
su recóndito seno
y descubro el destello de la vida
que discurre serpeando por el cieno.

»Mi frente gigantea
con guirnaldas de nubes se rodea;
y llevado en los hálitos del trueno
subo allá á la región donde fermenta,
cual líquido metal entre vapores,
el fuego asolador de la tormenta.

»Penetran mis miradas
por las sinuosas capas de la sierra,
donde, esperando á la ambición, dormita
en su lecho de rocas
el metal que avasalla hasta á la guerra;
y el hervor he sentido con que agita
sus entrañas igníferas la Tierra.

»De mi poder en alas,
hasta el confín del cielo me levanto,
y allí he escuchado el luminoso canto
que forman en sus órbitas los soles
velados por flotantes arreboles.

»Yo te inspiré mi creador aliento
cuando tus grandes obras escribías;
y sólo yo perpetuaré tu acento.
mientras manen del tiempo nuevos días.
Yo el GENIO soy...»

En el silencio, un punto,
relampagueó su voz.
Bello trasunto
de la gloria, su frente en rayos arde,
cual de los Andes las nevadas cumbres
cuando las baña en ruborosas lumbres
la postrera sonrisa de la tarde.

❦❦❦

Mas, de improviso, trepidó el ambiente,
y espirando balsámicos olores
pareció condensarse en transparente
visión hecha de luz y de colores:
dulces sus ojos, plácida su frente;
su túnica, de diáfanos vapores;
su voz, como una música del cielo
que eleva á el alma á superior anhelo.

A su aspecto, Cervantes conmovido
sintió ignoto placer, cual si se hubiera
del barro de la vida desprendido
y volara sin trabas por la esfera;
como se siente el árbol renacido
al soplo engendrador de primavera,
como se siente el alma cuando abate
de las pasiones el mortal combate.

Leves modulaciones argentinas
llegan á él con plácidos arrullos
que imitan, en cadencias peregrinas,
de un angélico salmo los murmullos.
Cuando surgen las auras matutinas
se yerguen en sus tallos los capullos,
así también el alma de Cervantes
vuelve de su sopor breves instantes.

Y ya casi en las sombras de la muerte,
como á través de un sueño
escuchó que le hablaban de esta suerte:

«Soy la VIRTUD, amada del Eterno,
que me formó radiante y hechicera
aquel infausto día
en que por vez primera
rugió con saña el proceloso Infierno
allá, enclavado en el abismo... Fría
rodará para siempre y desquiciada
de sus ejes graníticos la Tierra
antes que deje yo vuestra morada
donde combato al mal en cruda guerra.

«Hermana soy de la genial sonrisa
que eternamente vaga como un velo
por la faz del querub. Soy una brisa
del providente Cielo.

«Yo armé tu pecho de heroísmo santo,
y á tu alma dí del huracán la fuerza
cuando la tempestad bramó en Lepanto.
Yo acudí, mensajera de esperanza,
como lucero ortivo
que en horizontes lóbregos asoma,
á confortar las noches del cautivo
sujeto á las galeras de Mahoma.

«Yo dirigí tu pluma en mi alabanza
cuando en páginas bellas,
donde irradia su luz tu pensamiento,
conducías al hombre por mis huellas...

«Ven á mis brazos, ven. Llegó la hora.
Deja ya tu terrígena envoltura;
que empieza á clarear la nueva aurora.
Inmérjase tu alma en los raudales
que corren á mis piés; renazca pura;
y volará á las cimas eternales
espejando en su sér toda hermosura.»

Diciendo así, sus alas temblorosas
con las alas del Genio se cruzaron;
y en un tul de vislumbres vaporosas
de Cervantes el lecho endoselaron.
Con el matiz más suave de las rosas
y el destello más limpio le formaron
una diadema que sobre él lucía
como el primer albor de claro día.

Lo mismo que los Andes, donde asienta
su pedestal azul el Infinito,
cuando fugaz exhalación argenta
sus borrascosas sienes de granito,
con fugitivo resplador se ostenta
el rostro de Cervantes ya marchito,
y su alma vuela á Dios; mas deja al mundo
la estela de su genio sin segundo.

F. A. CONCHA CASTILLO

DON QUIJOTE EN CHILE

Ya que Chile es uno de los países de habla española, según cuenta la tradición—nada más que la tradición, pues si bien es verdad que aún nos queda el habla y mucha, los hechos prueban que no es española—, es natural que aquí se celebre el tercer centenario de la publicacion del *Quijote*, el interesante libro del distinguido escritor señor Cervantes, según la feliz expresión de un literato contemporáneo, que también hablaba castellano.

Y es muy probable que si don Alonso Quijano el Bueno resucitara y, siguiendo su antigua y mala afición á la lectura, se leyera todo lo que se ha escrito y «discurseado» en este mes sobre ese libro en nuestro país y demás del habla hispana, otra vez se volvería loco, y perdería otra vez el seso de remate (no se crea que sea esto una alusión á los martilleros) y cargaría contra los organizadores de este tercer centenario. ¡Que no le baste á un hombre tan ilustre como desgraciado la protección de una lápida de trescientos años para librarse de los lateros y de los amigos de meterse en vidas ajenas!

Estoy seguro de que, á estas horas, el buen Cervantes se desespera en el rinconcito chiquito de cielo reservado á los pocos escritores que han merecido la salvación eterna, y se lamenta de la mala suerte que lo persigue hasta en las alturas.—¡Dios mío! ¿qué mal les he hecho? Mientras viví allá abajo me metieron preso, me dejaron pobre y hasta me negaron el saludo; y ahora que tengo derecho al descanso eterno, hace ya trescientos años que todos los poetas, todos los escritores me cantan, me echan discursos, me trajinan á mí y á mis libros, les cuentan las letras, me averiguan todo lo que tenía oculto y hasta me sacan la madre! Que lo hagan con Avellaneda, convengo en ello; pero, ¡conmigo y con tanta crueldad, como si yo fuera el sentido común!... ¿Cómo habría de imaginarme yo que mi hijo, mi propio Quijote, se volviera contra mí, desde la tierra en que lo dejé?

Afortunadamente, el distinguido señor Cervantes no ha de bajar á castigar nuestra temeridad, y podemos seguir batiéndonos con don Quijote.

DON QUIJOTE DESPUES DE LA AVENTURA DE LOS GALEOTES.—*De un grabado de G. Doré*

"Siempre, Sancho, lo he oido decir que el hacer bien á villanos es como echar agua en la mar".—I. Part. Cap. XXIII

Entretanto, dilucidemos un punto de actualidad:

¿Qué haría don Quijote si viniera al mundo en Chile y en los días que corren?

Lo supongo nacido ya entre nosotros y en seguida se me ocurre que, convertido en un ciudadano chileno, no sería atacado por la locura que lo hizo célebre; se nos acababa el hombre. Llegaría á ser un vulgar empleado público, fumaría cigarros puros ajenos, habría negociado y perdido en ganaderas, solicitaría todos los años un aumento de sueldo y de su estado legendario no le quedaría otra huella que su afición á las armas, sobre todo al sable.

Y concediendo que hubiera conservado también su afición á la lectura, es indudable que habría tenido siempre gusto por los libros de caballería, por la relación estrecha que hay entre la caballería y el sable, y hubiera preferido, en ese género, aquel libro de caballería impreso en cuarenta hojas y que ostenta cuatro caballos entre sus páginas y diez grabados con espadas. Pero, con toda seguridad, no se habría vuelto loco con tal lectura, aunque en ella se pasara nuevamente las noches de claro en claro y los días de turbio en turbio, según es uso contemporáneo.

Pero si la fatalidad lo condenaba á perder la cabeza con la lectura, sería indudablemente leyendo versos de poetas decadentes, editoriales de diarios antiguos y graves, las sesiones de las Cámaras, los hechos de policía, las cuentas fiscales y el *Diario Oficial*.

Mas, demos por seguro que don Quijote, en esta segunda vida, se volviera loco á consecuencias de leer libros de caballería, le diera la misma manía que lo aquejó en la primera y saliera en busca de entuertos que deshacer, sinrazones que enmendar, yerros que corregir y agravios que satisfacer. ¿Cuáles serían sus aventuras?

En su primera salida por la calle de la Compañía ó las de Ahumada ú otra cualquiera, y apenas asomara las narices, sería juguete de encontradas pretensiones: la policía lo reclamaría para sí por el caballo, que sería de aspecto característicamente policial; los cocheros lo pedirían por la misma razón; el Museo Militar lo exigiría como reliquia propia; los médicos lo declararían tuberculoso ó bubónico; los abogados verían en él un ejemplar memorable de las Siete Partidas encuadernadas en pergamino y se dispondrían á jugarle una en regla, como la interdicción con su consiguiente curatela. Sólo las Cámaras lo rechazarían: sería un loco demasiado cuerdo.

Si salvaba bien de este primer encuentro, puede que emprendiera la aventura de los molinos; pero en tal caso tendría que dar cincuenta mil botes de lanza, esto es, tantos como empleados públicos, pues esos son los molinos modernos y no de viento sino de salitre. Al primer bote, no le quedaban ni astillas de la lanza y salía disparado como una bala, pues detrás de cada aspa ó empleado están los partidos.

En seguida, la aventura de los carneros. Pero como son tantos, no tendría por dónde principiar; y luego, los pastores, es decir, los jefes de los partidos lo creerían candidato á la presidencia de la república y lo traían redondo al suelo á pedradas.

Tal vez en alguna venta... de votos lo armaran caballero, ó lo que es lo mismo le darían una cartera ministerial, pero aunque preparara nuevamente el bálsamo de Fierabrás, no tardaría en salir molido por alguna crisis y habría que llevarlo á casa atravesado en alguna mala cabalgadura.

¿Sería más afortunado en la segunda ó tercera salida? Seguramente nó y al fin desengañado se dedicaría á pastor. Buscaría una concesión de terreno para criar ovejas en Magallanes, donde le sobrevendría la última desgracia, la razón, si bien con el consuelo de la muerte á renglón seguido.

Don Quijote, pues, no podría vivir en nuestro país; se repetiría toda su primera vida. El único que puede hacerlo es Sancho Panza, su apellido le abriría todas las puertas.

RONQUILLO

DON QUIJOTE ENCANTADO

"Muchas y muy graves historias he yo leído de caballeros andantes; pero jamas he leído ni visto ni oído que á los caballeros andantes los lleven de esta manera y con el espacio que prometen estos perezosos y tardíos animales".—I Part., Cap. XLVII.

UNA NUEVA EDICION DEL QUIJOTE

El inmortal libro de Cervantes no ha sido considerado siempre de igual manera.

En el pasado siglo creyóscle sólo una sátira inmensa, una bufonería colosal, pero no se le vió el fondo altamente humano. A principios de este siglo, y en España hasta hace poco, apreció·sele por la parte esencialmente literaria, y por muchos cervantistas nimios por su dicción.

No obstante, hoy en el mundo civilizado comparece el *Quijote* como una de esas obras especialmente representativas de la humanidad, como el *Prometeo* de Esquilo y el *Hamlet* de Shakespeare, de las cuales se desprende una filosofía profunda. El idealismo puro, el esfuerzo de la voluntad desinteresado, pero sin el conocimiento de lo real, encárnase en *el Caballero de la Triste Figura*. El egoísmo vulgar, el conocimiento miope de los hechos, sin elevación de ninguna clase, están materializados en el obeso cuerpo del rústico Sancho Panza.

El primero es el ideal sin lo real. El segundo es el vulgar sentido común que se basa en la realidad actual, exento de la idea que impulsa y de la fe que vivifica. El hidalgo manchego es el caballero de la Justicia, y va que bebe los vientos montado en un caballo que parece el del Apocalipsis, pues de tal sólo tiene la piel y el esqueleto. El escudero se nos presenta como un vulgar centauro, mitad asno y mitad patán, que sólo ve el polvo que sus pezuñas pisan. Dos personificaciones y una grande enseñanza. El idealismo puro y solo, se estrella contra los obstáculos de la realidad. ¡El egoísmo vulgar vuelve al punto de partida caballero en su jumento, sin haber hecho nada ni haber modificado nada!

DON QUIJOTE DESPERTANDO Á SANCHO

"Apenas la blanca aurora había dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, cuando don Quijote sacudiendo la pereza de sus miembros, se puso en pié y llamó á su escudero Sancho que aun todavía roncaba!!"—II Part. Cap. XX.

Los miopes de inteligencia, los eruditos nimios, no pudieron apreciar que en estas dos figuras se encerraba toda la Humanidad: el realismo egoísta y el idealismo loco. Proteger á los débiles, castigar á los malvados, enderezar los entuertos, perseguir al crimen, ejercer la magistratura con la espada por montes y collados, en pleno camino real, ó por las veredas. ¡Qué programa más hermoso el de Don Quijote! Será una quimera; pero el vuelo de su quimera es como el de las águilas, y merecería tener las alas de la victoria. Si el hidalgo manchego resultó ridículo, es por exceso de talla. Hace sonreir á los hombres á fuerza de ser sobrehumano.

La fiebre del entusiasmo le hace delirar; la sed de justicia inflama su razón y la extravía Es un loco que merece ser un Dios, un Dios justiciero; su ideal de justicia es tan grande que está por encima de todas las instituciones, y no puede encerrarse en las mezquinas leyes humanas. No reconoce alcaldes ni alguaciles. La vara del corregidor es para

él un junco irrisorio, y el corchete un malandrín. La Santa Hermandad le hace una concurrencia baja. Así ataca á mano armada y con furor inaudito á sus cuadrilleros.

Su idea de un derecho espontáneo y libre, resultado de una inspiración superior, le vuelve hostil á toda magistratura constituída. Parece el *Superhombre* profetizado por Nietzche, *sin más ley que su espada ni más código que su voluntad.* Por odio á la policía regular, fraterniza con los bandidos; por compasión por los que sufren, absuelve todo un presidio.

Y no obstante tanta nobleza, la realidad por él desconocida se venga del idealista con crueles represalias. Creyendo destruir gigantes, es volteado por los molinos; buscando emires que retar, sólo encuentra carreteros que lo aporrean; pensando despedazar monstruos, sólo revienta pellejos; los mismos presidarios que liberta, le apedrean; el muchacho que libra del látigo de su amo, se vuelve en contra de él. Y cuando se pone en frente de dos leones, ni siquiera le hacen caso.

Y no obstante, es el prototipo de la nobleza y de la hidalguía, imagen de todas las virtudes nobles del pueblo español que simboliza. Como él, su único defecto es el de haberse figurado vivir en otros tiempos. El vivir retrasado de su época.

Así se comprende el interés cada día creciente de esta creación colosal de Cervantes. Como lo indica muy atinadamente don José María de Asensio en el interesantísimo prólogo que acompaña la nueva edición del señor Seix, casi no pasa año alguno sin que se publiquen ediciones del *Quijote* en España, Francia, Inglaterra y Alemania, así como en las naciones hispanoamericanas, y, según han observado los cervantistas más rebuscadores, ninguna edición es corriente en el comercio de libros á los diez años de publicada.

La edición presentada al público por el editor barcelonés, señor. Seix, ofrece varias novedades de un valor inestimable.

Unas disquisiciones profundas del señor. Asensio, en que se resuelve la cuestión de la patria de Cervantes, la cual resulta ser definitivamente ALCALÁ DE HENARES, como lo prueba el documento, cuyo facsímile figura en el tomo I, un estudio de una causa por muerte de don Gaspar de Ezpeleta, en que muy á su pesar intervino Cervantes, estudiado con gran detención. Investigaciones importantes sobre la vida y circunstancias de la hija natural de Cervantes, doña Isabel de Saavedra, refutándose todo cuanto sobre ésta se ha fantaseado.

Acompañan á la obra, en corroboración de estas sabias disquisiciones del señor Asensio, los interesantes facsímiles siguientes:

1.º Una escritura de Finiquito entre Miguel de Cervantes y Tomás Gutiérrez de Sevilla.

2.º Una escritura de poder á favor de Fernando de Silva, para que, en nombre de Cervantes, pudiese acudir á la curia eclesiástica solicitando fuese absuelto el gran escritor de la censura y excomunión que le había sido impuesta.

3.º Una carta de puño y letra de Cervantes, dirigida al arzobispo de Toledo, agradeciéndole un donativo, cuya fecha es muy próxima á la de la muerte de Cervantes.

4.º Un memorial de puño y letra del propio Cervantes, solicitando se abriera una información sobre su cautiverio de Argel.

La edición es elegantísima. Está la obra impresa en puros tipos elzevirianos, y los principios de capítulos están ornados con frisos é iniciales de estilos policromados, realzados con oro, diferentes todos y de un gusto exquisito, tal como se encontraban en los libros de horas, hechos á mano, á fines de la edad media. Están dibujados expresamente por los primeros ornamentistas de nuestra nación, inspirándose en los mejores códices de nuestros archivos.

Acompañan también á esta preciosa publicación una reproducción por el fotograbado, de diez páginas, de una edición impresa por Juan de la Cuesta en 1605, con notas manuscritas marginales, sobre las que, en su concienzudo prólogo, hace unas sabias y atinadas disquisiciones el señor Asensio, probando que no son del propio Cervantes, como pretendiera el doctor Ortego.

La ilustración ha corrido á cargo de dos grandes artistas: el señor Moreno Carbonero y el señor Barrau. Once de las láminas al cromo, de un tiraje esmeradísimo, y que ponen los talleres de la casa Seix al nivel de las primeras del extranjero, son reproducciones de cuadros del señor Moreno Carbonero. La otra lo es de un cuadro del señor. Barrau (D. Laureano) Y todos estos cuadros de una grán propiedad histórica y de una verdad local sorprendente, han sido pintados exprofeso para que sus reproducciones fieles formaran la ilustración de esta edición memorable del *Quijote*.

Para terminar, diremos que la encuadernación es en pergamino con dibujos é inscripciones que recuerdan las de los códices más notables de los pasados tiempos.

Damos la enhorabuena á la casa Seix, por no haber escaseado ninguna clase de sacrificios, á fin de que esta edición fuera digna de la colosal obra del ilustre manco de Lepanto, y no dudamos que el público inteligente la acogerá con el favor que se merece.

POMPEYO GENER

(De *El Liberal* de Madrid)

PENSAMIENTOS DE CERVANTES

SANCHO PANZA Y SU RUCIO
De Gustavo Doré

"Venid vos acá, compañero mio y amigo mio y conllevador de mis trabajos y miserias: cuando yo me avenia con vos, y no tenia otros pensamientos que los que me daban los cuidados de remendar vuestros aparejos y de sustentar vuestro corpezuelo, dichosas eran mis horas, mis dias y mis años.—II Part. Cap. LIII.

—El que imprime necedades, dalas á censo perpetuo.

—Lo humano con lo divino es un género de mezcla de que no se ha de vestir ningún cristiano entendimiento.

—Bien parece la mesura en las hermosas, y es mucha sandez además la risa que de leve causa procede.

—Nunca lo bueno fué mucho.

—Ninguna historia es mala como sea verdadera.

—La historia es émula del tiempo, depósito de las acciones, testigo de lo pasado, ejemplo y aviso de lo presente, advertencia de lo porvenir.

—Nunca fué desdichado amor que fué conocido.

—En los lugares cortos, de todo se trata y de todo se murmura.

—Debe de ser demasiadamente bueno el clérigo que obliga á sus feligreses á que digan bien de él, especialmente en las aldeas.

—Las cosas de la guerra y las á ellas tocantes y concernientes, no se pueden poner en ejecución sino sudando, afanando y trabajando excesivamente.

—Al enamorado ausente no hay cosa que no le fatigue ni temor que no le dé alcance.

—No todas las hermosuras enamoran: algunas alegran la vista y no rinden la voluntad.

—La hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado ó como la espada aguda: que ni él quema ni élla corta á quien á ellos no se acerca.

—Ninguno es más que otro si no hace más que otro.

—Nunca te guies por la ley del encaje que suele tener mucha cabida en los ignorantes que presumen de agudos.

—Hallen en tí más compasión las lágrimas del pobre, pero no más justicia que las informaciones del rico.

La cuestión de Tacna y Arica solucionada por don Quijote

«En los reinos y provincias nuevamente conquistadas, nunca están tan quietos los ánimos de sus naturales, ni tan de parte del nuevo señor, que no se tenga temor de que han de hacer alguna novedad para alterar de nuevo las cosas, y volver, como dicen, á probar ventura; y así ES MENESTER QUE EL NUEVO POSESOR TENGA ENTENDIMIENTO PARA SABERSE GOBERNAR, Y VALOR PARA OFENDER Y DEFENDERSE EN CUALQUIER ACONTECIMIENTO.»

AVISO INTERESANTE

300 pesos mensuales!

Todos pueden ganarlos vendiendo hermosísima novedad artística. Escribid en seguida: **Pennellypes C.**, MILAN (Italia)

CASA KIRSINGER

MUSICA

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
PERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

CHILE ILUSTRADO.

REVISTA MENSUAL
PUBLICADA
POR LA
IMPRENTA BARCELONA

Año IV Precio: 50 centavos Junio de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

Señor Don Alberto Herrmann

Don Alberto Herrmann

Ingeniero de Minas y Metalurgista

Nació el 26 de marzo de 1831, en Bautzen, reino de Sajonia, siendo sus padres el señor Karl O. F. Herrmann, presidente del Tribunal Rural de Sajonia, y la señora Guillermina Behrnauer.

Hizo sus primeros estudios en el liceo de la ciudad natal; ingresó á la Academia Real de Minas de Freiberg el año de 1848, donde concluyó sus estudios de ingeniero de Mina y Metalurgia en 1852.

Desde este año pasó á ser empleado del gran establecimiento metalúrgico de cobre y plata de los señores Vivian é Hijos, en Swancea de South Gales (Inglaterra), tomando á su cargo el laboratorio y el puesto de ayudante de su hermano mayor, director del ramo de separación del cobre, plata y oro.

En este importante cargo permaneció hasta el 1.º de julio de 1853, época en que fué contratado por el señor don Eduardo Abbott para establecer en Copiapó la fundición de minerales de plata por medio del plomo.

El señor Herrmann, en cumplimiento del contrato con el señor Abbott, llegó á Chile el 2 de enero de 1855. Hace, por lo tanto, más de cincuenta años que reside en el país, del cual no se ha separado sino por corto tiempo, en viajes á su patria, motivados por asuntos de familia.

Entrar á detallar la vida del señor Herrmann en Chile, sería tarea ardua y superior á las proporciones de esta REVISTA, que ha querido honrar estas páginas con su retrato, como un homenaje á sus merecimientos.

Forma parte el señor Herrmann de esa pléyade de sabios extranjeros que como Domeyko, Pissis, Philippi, Moesta, etc., etc., hicieron de Chile su segunda patria y le consagraron los mejores esfuerzos de su vasta ilustración.

El señor Herrmann reside entre nosotros desde hace medio siglo, y de él puede decirse que no ha habido problema ó estudio industrial de importancia en el país, que no le deba el concurso de su privilegiada inteligencia y de su vasta ilustración.

Las Sociedades Nacional de Minería y Fomento Fabril lo han contado por largos años como miembro de sus Directorios y los Anales de estas dos corporaciones están llenos de estudios y trabajos nutridos de conocimientos, frutos de una larga práctica y de una ilustración excepcional.

El señor Herrmann, además de los estudios de carácter industrial y científico publicados en las revistas mencionadas, ha escrito obras de gran aliento, como es *La producción en Chile de los metales y minerales más importantes: de las sales naturales, del azufre y del guano, desde la conquista hasta fines de 1903.*

Como ingeniero de minas y metalurgista, que ha tenido la dirección de las empresas mineras principales del país, abriendo nuevos horrizontes á la minería y metalurgia chilenas, figura entre los hombres que merecen bien del país por haber contribuído eficazmente al desarrollo de una de nuestras principales fuentes de riqueza.

El señor Herrmann hace dos años fué nombrado por la Junta General de Socios, miembro honorario del Directorio de la Sociedad Nacional de Minería y en la primera página de la Estadística Minera de Chile de 1903, se ha colocado su retrato, como justo homenaje á sus eminentes servicios.

LA DIRECCIÓN

Sra. Emma Carelli

Primera dama lírica

Estamos en plena temporada de compañía lírica, y mientras para unos ha llegado un período de delicias, para otros ha comenzado una era de martirio y grandes pesadumbres.

El público goza, por lo general,—salvo el caso de desgracias personales en la garganta de los artistas—recibe en el teatro unas tres ó cuatro horas de placer tanto más superior cuanto más caro y cuanto más vecino al techo del teatro: el bajo recrea, el barítono deleita, el tenor arrebata, la mezzo-soprano encanta, la soprano electriza, la orquesta es divina y el coro ... desafina.

Pero todo tiene su revés y entre los que lo contemplan estamos los que, de puro intruso, por necesidad y á veces por petulancia, ejercemos el detestable oficio de críticos lírico-teatrales. ¿Quién nos ha metido en ese oficio? ¿Quién nos dió capacidad para ejercerlo? Por mi parte, no lo he averiguado todavía y probablemente no lo sabré nunca.

El público nos llama críticos y tiene muchísima razón: no hay nada más crítico que ese oficio. Juzgo por mí mismo, sin hacer alusiones á alma nacida ni á oreja viviente. Tengo un oído desastroso y no sé si el artista que oigo canta bien ó mal; pero durante la representación estoy con la atención de que, apenas concluya la pieza, tendré que llegar á la imprenta, escribir de carrera y dar juicio (es decir, dar lo que no tengo; si lo tuviera, seguramente no lo daría) sobre la representación, las decoraciones, la orquesta, los coros, sobre cada artista en particular, expresando cómo canta, cómo emite la voz, si afina ó desafina, si tiene mucho ó poco registro, si pierde el compás ó lo pilla, en fin, todos los chirimbolos del arte, como diría el amigo de Gales.

Para ello hay que formarse un vocabulario previo, y durante la representación, examinar al público, ver quiénes aplauden y quiénes prestan silencio, y, sobre todo, examinar la fisonomía de los que realmente son entendidos en música y no lucen sus conocimientos, para deducir por la expresión del rostro lo que hay que decir en la revista crítica.

Con esta obsesión, el placer se me echa á perder por completo; me hallo como en tortura en el teatro; estoy como un ginete novicio, que no sabe de dónde agarrarse para no caer; y envi-

dio á los felices que se han gastado sus modestas cinco chauchas para ir á galería y desde allí dominan el teatro y sus artistas, sin que les importe mucho ni poco lo que haya que decir en el diario al día siguiente.

Y es mucha buena suerte que en la famosa revista no salga una plancha como para dos generaciones de abogados. Recuerdo que un día comencé una revista de esta manera: «No hay placer mayor que el de oir en el teatro, acompañada de una excelente orquesta, una voz pura, fresca, bien timbrada, juvenil y húmeda de emoción, como la del brillantísimo tenor que anoche hizo las delicias del público en nuestro coliseo, cantando con sin igual belleza el duo *Prendi questo rosario* de la ópera *Carmen*...». Al día siguiente me mandaron padrinos y hasta madrinas el tenor, el marido de una artista y el empresario; y sólo cuando dí amplísimas satisfacciones vine á salir de mi error. El tal dúo no era dúo sino aria; no era de *Carmen* sino de *Gioconda;* no lo había cantado el tenor sino el artista más viejo y de peor voz de la cristiandad.

Tras de ese martirio hay otro: la visita de los artistas de segunda clase de la compañía.

Los que se estiman en algo envían su tarjeta: si piden un aplauso, la envían antes de la representacion; si son personas de mundo, las envían después... si ha habido aplauso, pues de otro modo mandan... á la punta de un cuerno al crítico.

Por las tarjetas se conoce al artista. Las sopranos ligeras usan una tarjetita muy pequeñita, con una letra invisible y frases muy melosas; los tenores, una de tamaño mediano, de letra cuadrada, como para expresar que tienen *cuadratura;* los bajos, una grande, ancha, de gordos caracteres, como para hacer ver que tienen voz hasta para llenar el teatro; las sopranos dramáticas y líricas usan tarjetas muy elegantes y á veces apuntan su dirección. Sin embargo, hay excepciones he visto tarjetitas que se pierden entre los dedos, usadas por un bajo que tenía más voz que la campana de la Catedral y una estatura de dos metros. Cuando conocí á este artista, no pude menos de hacerme una reflexión: «Si este es el bajo de la compañía ¡cómo será el alto!».

Las visitas personales llegan al

Sra. Teresina Chelotti

Primera dama dramática

Srta. Margarita Julia

Primera dama mezzo soprano

día siguiente y todas son del mismo corte;

—L'egregio signor critico teatrale del CILE ILLUSTRATO?

—Eccomi, signor.

—Ah! Grazie a Dio! Lei parla italiano!

—Un po, un pocchino — digo, sintiendo que se me acaba el idioma, después de tanto derroche.

—Lo parla bene benissimo: è proprio l'accento italiano. Lei à stato molto tempo in Italia?

—Mai, signor; quiero decir, nunca.

—Davver? Forse lei è figlio d'italiano?

—Tampoco. Soy sumamente chileno.

—E possibile? Ma con quell'accento, si direbbe un vero italiano, un toscano, un fiorentino. Sinceramente. Ebbene, io son venuto per ringraziarlo, etc.

Si el artista ha cantado mal en su estreno, la visita se efectúa en la misma noche: conviene desvanecer la mala impresión que puede haber recibido el crítico por medio de una disculpa: un rafreddore, non era in voce, il clima, teatro non conosciuto, pubblico mai veduto... Si supieran esos desgraciados que uno sabe tanto de música como un bastidor de teatro!

Por fortuna hay visitas de artistas discretos, distinguidos, dignos de aprecio, que compensan esos malos ratos.

En mi carrera crítica ó de crítico, entre muchos incidentes curiosos, recuerdo uno que merece consignarse.

En una compañía lírica vino, hace algunos años, un tenorcito que sólo sabía el *Rigoletto*, y que se hizo famoso por la manera cómo cantaba *La donna è mobile*. Concluída la temporada, el tenor, con los pesos que había ahorrado, prefirió cortar su carrera y puso un despacho en la Alameda de Matucana, donde reunió una regular fortuna y se hizo popular en el barrio, porque á un mismo tiempo vendía charqui, carbón, parafina, velas, queso y cantaba el *Rigoletto*

Pasaron cuatro ó cinco años. Una noche se había anunciado esa misma ópera en el Municipal, á pedido de muchas familias y hombres influyentes entre bastidores; pero á última hora y cuando ya no era posible cambiar la pieza, enronqueció el tenor de modo que le era imposible dar ni vender el do á ningún precio.

¿Qué hacer? Suspender la función era imposible; sustituirla, imposible también. El empresario estaba desesperado y se tiraba los pocos pelos que le habían dejado los artistas, cuando alguien tuvo una buena idea.

—¿Se acuerda Ud. de aquel Gasparini, Melchorini ó Baltasarini que cantaba el *Rigoletto* y que se quedó en Santiago vendiendo comestibles? Pues él puede sacarnos de apuros.

—Pero ¿querrá cantar? ¿No se le habrá olvidado la pieza?

—Olvidarla, no, porque la canta todos los días detrás del mostrador; y en cuanto á voluntad, con cien pesos se sale del apuro.

—¡Pues á buscarlo!

El tenorcito aceptó con gusto. Lleváronlo al teatro á escape, le metieron el traje á toda prisa y lo echaron á la escena. El hombre se batió bien, pues era todo un gallo, sobre todo para dar los idem; el público no aplaudía; pero tampoco silbaba. Al llegar al cuarto acto, el auditorio esperaba la famosa canción, y el tenor la emprendió con bastantes bríos:

La donna è mobile
Qual piumma al vento:
Muta d'accento
E di pensier...

Pero apenas terminó este verso, salió de la galería otra voz de tenor, talvez la de algún vecino y cliente de la Alameda de Matucana, que con el mismo tono, el mismo acento y en la misma forma y con entonación exactamente igual cantaba de este modo:

Veinte de charqui,
Un real de azúcar,
Un diez de queso,
Cinco en jabón.

Quiso el tenor seguir con la segunda parte de la estrofa, pero la voz de la galería lo interrumpió y completó la estrofa

Chaucha de mosto,
Medio de velas,
Y la yapita
Dela en carbón.

Demás está decir que la representación no pudo seguir adelante.

RONQUILLO

Srta. Paolina Zweifel

Primera dama lijera

TEATRO MUNICIPAL

El 29 de junio hizo su debut en esta capital la Compañía Lírica, contratada por el maestro Padovani, con la ópera moderna del maestro Leoncavallo, *Zazá*, cantada por el cuadro lírico.

Se estrenaron con esta obra la señora Carelli, los señores De Luca, Bravi, y nuestro antiguo conocido Nicoletti Körman.

Bastante se ha discutido y ponderado en la prensa diaria, el mérito de cada artista, pero nosotros no podemos menos de felicitar á la Empresa por la gran adquisición hecha con la Carelli y el barítono De Luca

Emma Carelli, considerada como diva del teatro lírico, nos encarnó el papel de Zazá, dando vida y animación á la ideal música del maestro Leoncavallo; en la ópera *Iris* que siguió á *Zazá*, pudimos apreciar aún más sus relevantes cualidades, pues esta obra ya era conocida por nosotros y pudimos apreciar en ella cuánto vale la Carelli como artista y como cantante. Razón muy poderosa tenían los críticos europeos al colocar esta artista á la altura de las mejores del mundo, y nosotros, al menos la colocamos como la mejor de las sopranos líricas que nos han visitado.

¿Qué podremos decir de De Luca, del artista de fama mundial que acaba de cantar en el Govent Garden, de Londres, que no quede pálido al lado de los elogios que hanle tributado los grandes críticos europeos, en vista de la marcha siempre triunfal de De Luca por los escenarios de Europa.

Nos concretaremos á dejar sentado que nuestro público pudo apreciar sus bellas cualidades artísticas desde la primera romanza de *Zazá* haciendo lujo de su arte en él nativo y de su flexible voz, pura y sonora, captándose inmediatamente la simpatía del público que ve en él al artista, fino y elegante y al cantante de escuela irreprochable.

Creemos que más bien por galantería á nuestro público cantó el *Kioto* de la *Iris*, papel un tanto secundario al que sin embargo supo dar mucho realce, pudiendo hacer figurar á *Kioto* á la altura de la inimitable *Iris* de la Carelli.

El tenor Bravi, de voz bien timbrada y flexible y de inmejorable escuela compartió, con la Carelli el triunfo del estreno. Si bien se pudo notar en él cierto temor muy justificado en los artistas que por primera vez cantan ante un público desconocido.

En *Iris* nos hizo el Osaka, papel un tanto difícil, por los verdaderos escollos de que está sembrado, pero salió airoso y fué frenéticamente aplaudido durante toda la representación, sobre todo al cantar la romanza del primer acto *Apri la tua finestra*.

Nuestro antiguo amigo Nicoletti no necesitamos elogiarlo, bastante lo conocemos y sabemos las bellas dotes artísticas que le adornan.

En nuestro próximo número nos ocuparemos del cuadro dramático, que dada las pocas obras que ha representado, no hemos podido formarnos juicio exacto de él.

EL AMIGO ÍNTIMO

Dieron las siete. Con las piernas un tanto adormecidas el visitante se había puesto de pie para examinar los adornos del bufete y Osvaldo ya desesperaba de encontrar un tema que pudiera hacerles pasar el rato.

—¡Este Lemus!—dijo en tono de reconvención.

Y añadió, juzgando necesarias otras esplicaciones:

—Porque es á él á quien esperamos para ponernos á la mesa.

—¿El comandante Lemus?

—Precisamente. Desde que llegó come con nosotros. Ya ve usted, tenemos tan á lo lejos el placer de vernos y somos tan amigos!

Tocaba su cuerda y no trató de investigar si parecería interesante. Ya en la Escuela Naval habían pertenecido al mismo curso; pero entonces no se miraban bien; sí después cuando el viaje de instrucción que hicieron juntos. Nada recordaba sin pensar en Lemus y él también no debía conservar mejores recuerdos de ninguna de sus navegaciones posteriores.

—Usted no le conoce bien, Pedro; es todo un hombre.

Su oyente asentía con movimientos de cabeza que á nada comprometían. Había vuelto á su asiento y el silencio los embarazó otra vez.

—¿Pasamos al comedor?—propuso una voz musical, al tiempo que una mano de mujer entreabrió la cortina.

—¡Oh, Dora!—Osvaldo consideró su reloj con un jesto desolado.—Todavía cinco minutos.

Un movimiento de impaciencia agitó los pliegues de felpa; entonces él se volvió un poco confuso hacia su invitado.

—Digo... Si Miranda no lo tiene á mal.

—¡Oh!—protestó éste—¡Es temprano todavía!

La mano dejó caer el portier y volvieron á quedarse solos.

Uno de los picos del gas silbaba. Osvaldo se empinó para graduar la llave.

—¡Qué alumbrado! ¿eh?... Como le iba diciendo: Con Lemus hemos sido grandes camaradas. ¡Y no seguramente de aventuras, pues, aunque parezca liviano de carácter, conmigo es otra cosa! Desde que me retiré de la marina ya no pudimos llevar una vida tan íntima, y hasta mi matrimonio se hizo en su ausencia; sin embargo, nuestro afecto ha quedado el mismo.

Esta vez fué su interlocutor quien consultó el péndulo con una ojeada maquinal. Volvía á soplar el gas en la lámpara y de la calle subía el campanilleo de los tranvías y el rodar sordo de los coches.

—¡Vaya, vaya!—murmuró golpeándose distraidamente la rodilla.

En la habitación contigua volvió á sonar la voz femenina.

—¿No vienen ustedes? Perdona, pero si tardan se va á echar á perder todo.

—Bueno, ya vamos, interrumpió el dueño de casa resignado.

Y volviendo á la antecámara dió orden al criado por si Lemus llegaba.

—Has hecho retirar su cubierto cuando todavía puede venir - observó al sentarse á la mesa.

Dora señalaba el sitio del convidado con su suavidad silenciosa. Después se volvió á su marido.

—Déjanos en paz con tu amigo. ¿Que no estás viendo que van á ser las ocho?

En ese instante sonó la campanilla y Osvaldo dió un grito de alegría.

—¿Ves? ¡ahí le tienes! ¡Si no podía faltar!

Entonces ella tuvo su minuto de sobresalto, hasta que el criado trajo un telegrama.

Pero ni aún era de Lemus, y el amo se lo arrojó furioso.

—¿No tengo dicho que no quiero que me molesten á horas de comida? ¡Devuélveselo al mensajero, imbécil!

La comida empezó un poco tirante, sin que se hubiera podido determinar la causa. Los venía ganando el malestar y ni el anfitrión lo disimulaba.

—¡Es extraño—dijo de repente.

Se detuvo para darle á elegir vino al comensal. El criado cambiaba las fuentes.

—Prefiero tinto. Gracias. ¿Qué decía usted?

—¿Yo? ¡Ah, sí! Que es extraño que Lemus...

Tuvo que interrumpirse otra vez porque Dora daba una orden en voz alta.

El huésped cambió al golpe de tema pasando á interpelarla por sus novedades de piano, y entablaron una conversación sobre música. Ella se defendía diciendo que no le quedaba tiempo para estudiar, ya muy distante aquel en que lo hacía horas de horas. Su interlocutor, durante las pausas, intercalaba cualquier galantería.

—¡Así también llegó usted á dominar el teclado!

—¿No es cierto?—intervino Osvaldo—¡Quién iría á decir que yo iba á privar á los *amateurs* de su Dora Téllez! Ahora es la señora de Garín, nada más que de Garín y, para oirla, hay que dirigirse á mí.

Recobraba su buen humor á medida que iba hablando. Los plato circulaban ya menos en silencio y las copas se veían tan pronto vacías como llenas.

—A la salud del que tanto se ha hecho desear, del ausente—brindó el amigo mirando á Garín.

Este levantó su copa, agradecido, pero cuando iba á apurarla se quedó suspenso.

—¿No nos acompañas, Dora?

—Perdona—objetó ésta de mal modo—acabo de beber.

Volvió á condensarse la atmósfera como si aquel algo extraño se hubiese interpuesto otra vez entre todos. El no se contuvo ya.

—¿Querrá usted creer, Pedro, que mi mujer tiene celos de Lemus, como de una rival? Cuando me casé yo esperaba con inquietud el momento en que los pondría frente á frente, pero todo pasó bien y él y ella se trataron desde luego como hermanos. Ha sido ahora último que de la noche á la mañana, su presencia en esta casa se ha hecho poco menos que intolerable para la señora.

A través del tono zumbón que adoptaba se traslucía su sincero pesar. La señora no vió sino el ridículo de aquella historia hecha delante de un estraño.

—Es que estás demasiado empapado en tu amigo— adujo con la espresión particular con que decía siempre «tu amigo».

—Siquiera lo conocieses mejor, Dora!

(*Concluirá*)

ACTO II.—ESCENA

A DE LAS SÍLFIDES

Criticones

Una zumbido tremenda de críticos teatrales runrruneó el año pasado al aparecimiento de la Compañía Lírica, todos ellos un siesnoes músicos y de apariencias si no engañosas, fosforecentes.

De seguro, no había llegado á sus oídos que el mejor adorno de un crítico musical es no saber una jota de solfa. Y mucho que tenían tan buen oído!...

Y esto se comprende, porque basta que un crítico silabee el A B. C. musical para que lo aplique sin compasión á Wagner ú otro caballero alemán; alemán eh? porque ahora los cuentos, los músicos y las falsificaciones, han de ser alemanes.

La música alemana! No será mucho que nuestros críticos atribuyan á ella la influencia del Kaiser en la política europea.. El que esto haga no mentirá ni con mucho como el que dijo el año pasado que las producciones más grandiosas del teatro moderno eran *Electra* y la *Figlia de Jorio*.

Tampoco faltó algún rezagado del entendimiento que se tomara el trabajo de poner en claro con auxilio de tesis *aquinianas* que Cyrano de Bergerac bien podía haber sido ñato porque los extremos se tocan.

Sin fijarse en que una gran nariz imprime carácter y que si Cyrano veía más allá de ella veía mucho más allá de sus narices... No tomó en cuenta tampoco que los ñatos y narigones no son extremos ni se tocan sino en casos extremos, cuando se habla de narices, por ejemplo. Estos son, tristemente, los tópicos que alucinan á nuestros críticos. Se guían por lo que ven, no por lo que sienten.

¿Cuál es el fin que persiguen? Una butaca *gratis*, como quien dice, de *adelante*, para hacer el papel de timones de la opinión pública meneando la cabeza afirmativamente en el *crescendo*, negativamente en el *peddale* y coquetonamente en el *dolcissimo*...

Así, muchas veces puede verse en el teatro á algún jovencito lamido y de polvos, dar vuelta la cabeza y fijar sus ojazos dormilones en *Kefas* por ejemplo, para poder mover la cabeza con razón ó sin ella.

Y *Kefas* como todo fiel cristiano tiene que sufrir perturbaciones mentales con esto porque la adulación hace confundir el sí con el nó y con mayor razon el *si* con el *do*.

Este año seguirá la candonga, pero el ejército de críticos se verá aumentado por hoy en una plaza más, la del que abajo firma, que va á decir algo sobre las compañías dramática y lírica. Nuestro público, que, según dicen, es discreto, no siente el drama moderno, no sé si tenga ó no razon para ello. Sin embargo, este año va entrando en vereda insensiblemente y asiste noche á noche al Santiago á ver á la Pestalardo que juega en las tablas con las mejores producciones del teatro antiguo y moderno

Que la compañía Pestalardo habrá hecho un negociazo cuando ha representado *Don Alvaro ó la Fuerza del Sino*, está fuera de duda porque nuestro público á más de ser discreto es fatalista y amigo de lo inverosímil. Entre nosotros es el *dramote*, lo que las casas de cien pisos entre los yankees...

Pero la compañía del Santiago ha andado parsimoniosa en la representación de *dramotes* y nos ha hecho sentir con sumo gusto las principales obras modernas.

La Pestalardo es una actriz distinguida que vocaliza armoniosamente, que viste con elegancia, de ductilidad verdaderamente femenina para acomodarse á papeles diversos y de mucho tacto para llenar la medida del gusto del público en los momentos de pasión y de drama.

Justa ha sido la acogida que nuestro público le ha dispensado.

De Cordero sólo diremos que es digno acompañante de la simpática actriz y que ha compartido con ella los aplausos de nuestra sociedad.

En el otro número hablaremos más extensamente de la Compañía Lírica que viene empujada por buenos vientos y que ha arribado á nuestras playas sin novedad.

TITO PELMA.

Miss. Marie Robinson Wright

Célebre escritora norte americana autora del nuevo y honroso libro, *The Republic of Chile* y de otras publicaciones sobre Méjico, Brasil y otros paises

La Mujer

De un discurso del Presidente Roosevelt

El telégrafo dió cuenta del hermoso discurso pronunciado ante el Congreso de Madres celebrado en Wáshington por el Presidente Roosevelt.

La notable pieza oratoria ha sido traducida á todos los idiomas.

Hé aquí algunos trozos:

Señoras:

La nación marcharía por mal camino, si no existiera en realidad el concepto del hogar, si la familia no estuviera convenientemente organizada; si el hombre no fuera buen marido y buen padre, si fuese brutal, cobarde ó egoista; si la mujer hubiere perdido el sentido del deber, si se hubiere hundido en una frívola complacencia consigo misma, ó si hubiere dejado que su naturaleza se extraviase al punto de preferir una estéril seudo-intelectualidad, al grande y bello desarrollo del carácter, que solamente se opera en aquellas cuya vida conoce la plenitud del deber cumplido, de los esfuerzos hechos y del propio sacrificio sobrellevado!

El bienestar del estado depende absolutamente en último análisis de este hecho: que el término medio de las familias, de los hombres, de las mujeres y de sus hijos, formen la clase de ciudadanos aptos para desarrollar una gran nación; y si somos inhábiles para comprender este concepto, lo seremos para apreciar la raíz de la moralidad, sobre la cual está basada toda civilizacion robusta!

Ninguna acumulación de riquezas, ni el esplendor de materiales progresos, ni el brillo de los desenvolvimientos artísticos, serán permanentemente benéficos á un pueblo, si la vida de los hogares no es saludable, si el término medio de los hombres no poseen honradez, valor, sentido común y decencia; si no trabajan rudamente y si no tienen la resolución de combatir con la misma energía, llegada la oportunidad; si el término medio de las mujeres no está formado por buenas esposas, dignas madres, hábiles y resueltas para cumplir el más solemne y el más grande de los deberes de la mujer; hábiles y resueltas para criar, y para criar como deben ser criados, hijos robustos de cuerpo, espíritu y carácter sanos, y de tal manera numerosos que aumenten y no disminuyan su raza! ..

El deber elemental del marido es constituir el hogar, ganando el pan necesario para su mujer y para sus hijos; y el deber elemental de la mujer es ser apoyo del hombre, señora del hogar y madre!

La mujer debe gozar de las ventajas de una amplia educación; pero, el hombre debe ser educado para afrontar la carrera de una larga vida durante la cual proveerá el pan de la familia; mientras que aquélla no debe ser educada con tales propósitos sino en circunstancias excepcionales. Para decirlo todo, concibo el deber de la mujer como el más importante, el más difícil y el más hermoso de los dos en el hogar, y por eso también me inspira mayor respeto la mujer que ha llenado su deber, que el hombre que lo cumple á su vez!

Ninguna de las obras ordinarias realizadas por el hombre es á la vez tan dura ni tan trascendental, como la obra de una mujer, que cría una familia de pequeños niños, porque pesan sobre ella exigencias de su tiempo y de su fuerza, no solamente en cada hora del día, sino también en cada hora de la noche, á veces durante toda su vida! Ella estará obligada á levantarse noche tras noche, para cuidar á un niño enfermo; y no obstante, estará igualmente obligada á sobrellevar todos los quehaceres domésticos durante el día; y si los recursos de la familia son escasos, rara vez gozará ella de la libertad y del descanso de un día de fiesta, llevando consigo la nidada de chicuelos!

Los dolores del alumbramiento convierten á todos los hombres en grandes deudores de todas las mujeres!

Debemos nuestra simpatía y consideración, más que á nadie, á las esposas que luchan, á aquellas á quienes Abraham Lincon llamó el verdadero pueblo, y á quienes él amó y honró tanto, porque la existencia de estas mujeres se desarrolla á menudo en las alturas solitarias de un heroismo tranquilo y lleno de abnegación!

Así como justamente la tarea más feliz, más honrosa y más útil que pueda realizar un hombre, es la de ganar lo suficiente para sostener á su esposa y su familia, para criar y lanzar en la vida á sus hijos, así también el más importante, el más honroso, y el más anhelado empeño que pueda confiarse á una mujer es el de ser una madre buena y prudente, en un hogar señalado por el propio respeto y el mutuo sostén, por la fácil voluntad de cumplir los deberes y por el propósito de no caer en el egoismo, eludiendo todo cuanto pueda comportar esfuerzo y sacrificio personal!

La mujer que es buena esposa y buena madre, tiene más títulos que nadie á nuestro respeto; pero solamente tiene este derecho porque es, y en tanto en cuanto se conserva, digna del mismo!

Ninguna acción punible es más odiosa, que los excesos del hombre respecto de la esposa y de los hijos, que deben conmover todos los sentimientos tiernos de su naturaleza. El egoismo respecto de esos seres, la falta de ternura para ellos, la ausencia de la consideración que les es debida y sobre todo, la brutalidad que pese sobre ellos, en cualquier forma, inspirarán á todos los corazones la mayor reprobación y la indignación de todos los espíritus superiores.

Considero al matrimonio como una sociedad en la cual cada parte tiene la obligación de honor de pensar en los derechos de la otra, tanto cuanto piense en los propios. Creo más; creo que aquellos deberes son aún más importantes que estos derechos; y creo que, al final de la jornada, el premio del cumplimiento del deber es más grande y más amplio, que el que correspondería á la insistencia en reclamar los derechos individuales, por necesarios que fueran.

Vuestro deber es arduo y grande vuestra responsabilidad; pero mayor es vuestra recompensa. No os compadezco en lo más mínimo! Al contrario, siento por vosotras respeto y admiración!

A la guarda de la mujer está confiado el destino de las generaciones que vendrán después de nosotros. Al criar vuestros hijos, debéis recordar ¡oh madres! que si es esencial ser mimosas y tiernas, no es menos esencial que seáis prudentes y fuertes! Frivolidad y cariño no son términos equivalentes; y además de preparar á vuestros hijos é hijas en el ejercicio de las virtudes amables y suaves, debeis empeñaros en comunicarles aquellas cualidades vigorosas y viriles que seguramente necesitarán en el resto de su vida.

Algunos niños seguirán sendas extraviadas, no obstante la mejor enseñanza; y otros seguirán la vía recta por más desgraciados que sean sus círculos: sin embargo, una inmensa responsabilidad en su destino corresponde á la educación de familia.

Si vosotras, ¡oh madres! sois débiles y permitís que caigan vuestros hijos en el egoismo, y que solamente se preocupen de sí mismos, seréis responsables de una gran parte de las amarguras que sufran las mujeres que en lo futuro sean sus esposas. Si consentís que vuestras hijas se crien ociosas, quizás bajo la impresión equivocada de que como vosotras habéis tenido que trabajar duramente, ellas no deben conocer sino los goces de la vida, las preparais para que sean inútiles para los demás, y una carga muy pesadas para sí mismas. Enseñad á los niños y á las niñas por igual, que no deben aspirar á vivir evitando las dificultades, sino luchando para dominarlas!

Enseñadles que el trabajo para ellos mismos y tambien para otros, no es una carga, sino una bendición; procurad hacerlos dichosos, hacedles gozar la vida, pero enseñadles á afrontarla con la firme resolución de arrancar el éxito de la labor y de la adversidad y á llenar plenamente sus deberes hacia Dios y hacia el hombre. En verdad será tres veces afortunada entre las mujeres, la que pueda educar sus hijos y sus hijas en estos ideales!

Hay numerosas personas á quienes ha sido negada la suprema bendición de los niños; pero tenemos para ellas la simpatía y el respeto siempre debidos á aquellos á quienes les está vedada, por causas que no son imputables á ellos mismos, alguna de las grandes bendiciones de la existencia.

Pero el hombre ó la mujer que deliberadamente renuncia á estas bendiciones, ya por vicio, por indiferencia, por confusión de sentimientos, por egoismo ó por simple ineptitud para apreciar la diferencia que existe entre las cosas realmente importantes y las que no tienen importancia, son criaturas que merecen desprecio de todo corazon, así como lo merece el soldado que huye en la batalla, ó el hombre que se niega á trabajar para sostener á los que dependen de él, y que no obstante sus aptitudes, se contenta con comer en la ociosidad, el pan que otros le ofrecen!

El medio de asegurar al niño de los goces de la existencia, consiste en no habituarlo al lujo, sino á la naturaleza del trabajo que mejor le asegure el desarrollo de un carácter vigoroso.

Aun prescindiendo de la honda cuestion de la vida nacional y considerando solamente los intereses individuales de los mismos niños, la felicidad en su verdadero sentido, favorecerá cien veces más fácilmente á un miembro de una familia de muchas criaturas de alma sana, bien criadas, bien educadas, instruídas de que deben guiarse por sí mismas, de que deben abrirse su propio camino y llegar á una posición ventajosa por su propio empeño, á que á aquellos otros cuyos padres rindieron culto á ellos mismos y enseñaron á sus hijos á rendir culto á la teoría egoísta y sórdida de que todo el fin de la vida se reduce á «gozar de algunas cosas buenas.»

Si la familia media debiera limitarse á dos niños, la nación como conjunto vería disminuir su población tan rápidamente que en dos ó tres generaciones estaría necesariamente en el punto de la extinción; de tal suerte que el pueblo que hubiera actuado sobre esta base, inspirado en la doctrina egoista, cedería el lugar á otros pueblos impulsados por ideales más valerosos y más fuertes!

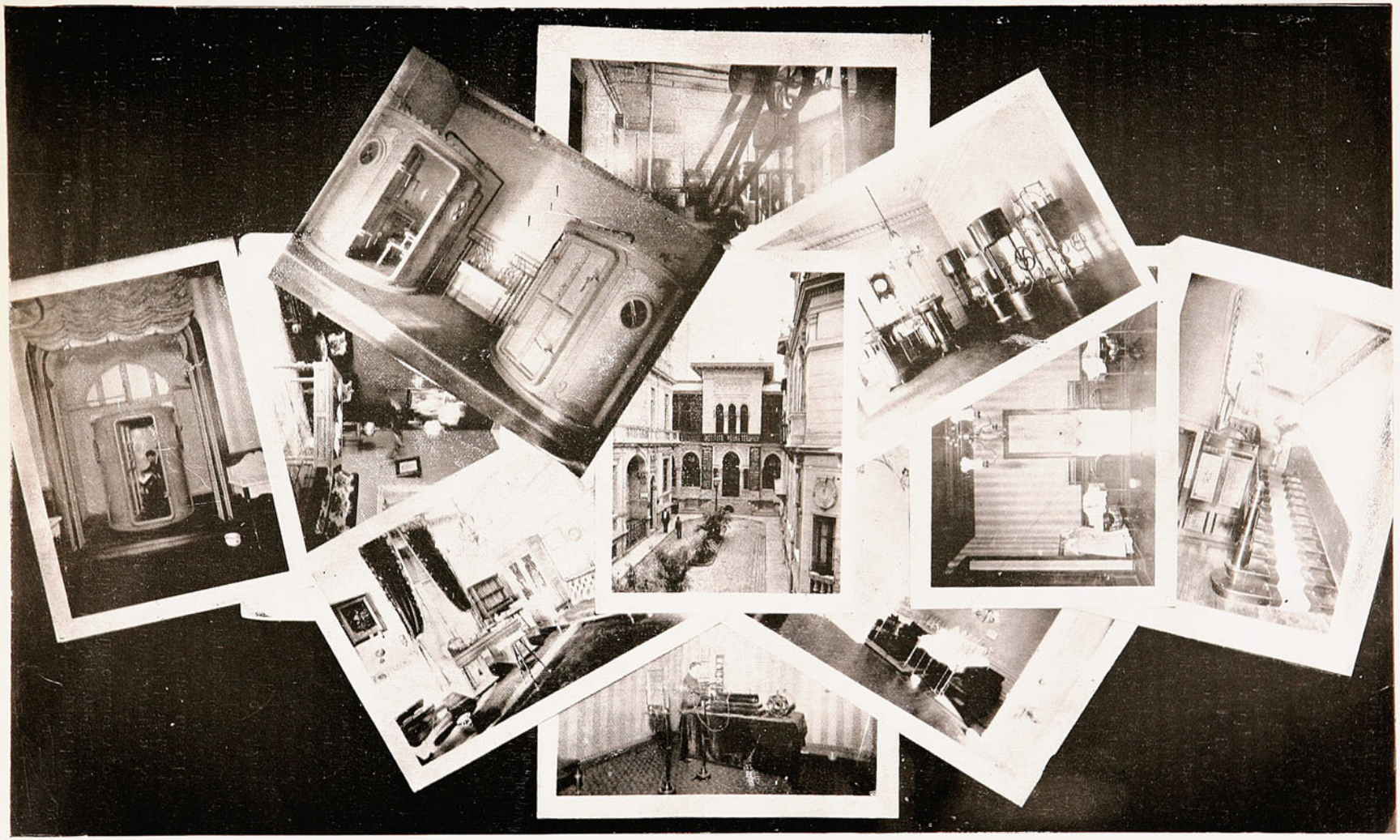
Pero este resultado no sería lamentable, porque una raza que cultiva semejantes doctrinas, es decir, un país que practica el suicidio de su propia raza, mostrará concluyentemente con ello que carece de aptitudes para existir, y que ha debido dejar el campo libre á pueblos que no hayan olvidado las leyes elementales que presiden su existencia.

Si un individuo ó una raza prefiere los placeres de vivir con facilidad, sin esfuerzos, en pleno egoismo, á los placeres infinitamente más íntimos, infinitamente más altos de que gozan los que conocen el trabajo y la fatiga, pero que á la vez gozan de la dicha del deber bien llenado, es claro que dicho individuo ó dicha raza deben pagar al fin y de una manera inevitable la pena de llevar una vida á la vez estéril é innoble.

Ningún hombre, ninguna mujer realmente dignos de tal nombre, puede amar esa vida pasada en el aislamiento y evitando principalmente los riesgos, las contrariedades y el trabajo.

El hombre es una noble criatura cuyos esfuerzos no están solamente reducido al mejoramiento de los intereses de su mujer y de sus hijos; y, en cuanto á la madre, su verdadero nombre significa amar la abnegación y el propio sacrificio. Por eso toda sociedad apta para existir está fundada en una solidaridad que la hace sagrada.

La tarea de la mujer en la vida no es fácil y no es fácil la tarea de obrar siempre dignamente; pero conduciéndose así y cuando ella sienta que obra con dignidad, descenderá á su alma la más alta y la más santa de las alegrías conocidas por el género humano; procediendo así, ella recibirá la recompensa profetizada en la Escritura, porque su esposo, sus hijos, y el pueblo mismo que comprenda que los fundamentos de la felicidad y de la grandeza nacional reposan en su acción, se levantarán a una para cubrirla de bendiciones!...



EL INSTITUTO NEUMO TERÁPICO Y ALGUNAS DE SUS INSTALACIONES

El Instituto Neumo Terápico de Santiago

En la calle de Huérfanos, entre las calles de San Antonio y de Las Claras y en uno de los más elegantes edificios de la Cité Concha y Toro, hállase instalado uno de los establecimientos más interesantes de Santiago, bajo el punto de vista de la pública salubridad.

Sabido es que los bruscos cambios de temperatura, las malas condiciones higiénicas de las habitaciones, la red de las acequias que cruzan la ciudad y otras mil causas más ó menos conocidas, influyen poderosamente en el desarrollo y persistencia de las enfermedades de las vías respiratorias que arrebatan innumerables vidas á nuestra población.

Pues bien: el Instituto Neumo Terápico, dirigido por el doctor Teodomiro Herrera Barroso, ha venido á llenar una necesidad muy sentida al proporcionar al público un establecimiento modelo, montado como los mejores de Europa, en el cual se proporcionan:

Instalaciones de ázoe, asociadas con sustancias balsámicas ó antisépticas, tales como guayacol, terpinol, creosota, eucaliptol i alquitrán.

Instalaciones de oxígeno y ozono, solas ó unidas á diversos medicamentos, aguas oxigenadas.

Cámaras neumáticas para la curación del asma, del engisema pulmonar, del catarro crónico, etc.

Las dependencias del establecimiento lo constituyen:

El gran salón de inhalaciones, confortablemente dispuesto para que puedan utilizarlo 20 personas á la vez.

Salas de aparato para aire comprimido, productores de gases, etc.

Sección destinada á pulverizaciones medicamentosas calientes.

Salón de pulverizaciones, duchas nasales y de aguas azoadas y oxigenadas.

Departamentos de cámaras neumáticas.

Dado el creciente número de personas que durante este último año, han sido tratadas en la cámara neumática y los excelentes resultados obtenidos, se ha hecho indispensable la construcción de otras dos, instaladas con todos los últimos adelantos, pudiendo desde luego atender debidamente á los muchos pedidos del público, que antes no podian satisfacerse.

Completan la instalación el gabinete de electricidad, luz azul, rayos X, elemento este último indispensable para el diagnóstico médico, así como los demás aparatos existentes en la sala de consultas para este objeto.

La sección de máquinas está situada en la planta baja del edificio, y en él se encuentran los aparatos productores de gases, de aguas azoadas y oxigenadas, bombas de compresión de aire para las cámaras neumáticas, etc., etc. La fuerza se desarrolla por medio de dos motores á gas.

Doctor Teodomiro Herrera Barroso

El Dr. Teodomiro Herrera Barroso, graduado en las Universidades de Madrid y de Santiago de Chile, dirije los servicios médicos del Establecimiento Neumo Terápico, con admirable acierto, debido a sus especiales conocimientos y á su autigua práctica en varios puntos de España y en Chile.

El 30 de Noviembre de 1878, fué premiado por S. M. el Rey D. Alfonso XII con la placa de 2.ª clase del Mérito Naval, y en Enero de 1879 con la de Isabel la Católica. Fué nombrado Director-médico de Establecimientos Penales, puesto que desempeñó en Madrid, hasta Noviembre de 1881. Despues fué nombrado Director de Beneficencia en Sevilla.

Pertenece a la Real Academia médico quirúrjica Española de Madrid, Sevilla, Cadiz, Córdova, y es miembro de varias otras corporaciones científicas.

El 6 de Mayo de 1884, vino a Chile y se se recibió de médico en la Universidad de Santiago el 30 de Junio del mismo año.

¡Tal es el hombre con cuyo retrato honramos una de nuestras paginas!

TAPA DE PROGRAMA EJECUTADA EN PLACAS MAESRR EN LOS TALLERES DE LA IMPRENTA BARCELONA

Rasgos de ingenio i de candidez

—Vamos á ver, ¿cómo sigue el enfermo?

—Hace tres meses volvió perfectamente de las aguas que le había recomendado, pero ayer se murió

—No me sorprende: mis remedios suelen producir efecto después de algún tiempo.

En la cazuela del Municipal el día del estreno de *Za-zá*.

—¿Y esta operita con tan poca sombra cómo se llama?

—Esta es el *Zig-Zag* en música.

—Su reuma es hereditaria.

—En mi familia no ha habido más reumático que mi hijo.

—Ya lo decía yo, la ha heredado Ud. del chico.

En un restaurant:

—Tráigame un par de chuletas.

El mozo se presenta con un par de chuletas que patean las narices.

—¿Son muy añejas estas chuletas?

—No lo sabré decir: no hace más que tres semanas que soy empleado en este establecimiento y estaban en la vidriera entre las cosas frescas cuando yo entré.

En el juzgado del crimen:

El juez.—Hombre ¿quieres hacerme el favor de decirme de qué tretas te valiste para robarte una caja tan pesada?

El reo.—Es inútil, señor juez; porque aunque se lo dijera, usía no podría hacer lo mismo.

—¿Te has acercado á felicitar al novio? —Sí.

—¿Qué le has dicho? —Nada! Los grandes dolores son mudos.

Después de la función en el Municipal, una dama exageradamente escotada llega á su casa donde la espera una amiga de la cual pronto se despide diciéndole;

—Adiós, querida, ya es muy tarde; voy á desnudarme...

—¿Todavía más?...

—Ah! La primera dama tiene una voz muy fresca. —Sí; demasiado fresca: constipa al tenor!

En la *cazuela* del Municipal, un rotito horriblemente sucio toma asiento al lado de un caballero muy bien portado, es decir, muy bien vestido.

A poco se levanta el rotito y ruega á su vecino que le defienda el sitio.

—¡Oh! No hay necesidad. Deje Ud. ahí su sombrero, y esté Ud. seguro de que nadie se atreverá á tocarlo.

MALÓN DE CHILDE

CASA KIRSINGER

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
PERZINA
ETC.

MUSICA

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

N.º 36

CHILE ILUSTRADO

Revista Mensual
Publicada por la
Imprenta Barcelona

Es propiedad

Año IV Precio 50 centavos Julio de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

CERVANTES

SOLDADO

De un dibujo del Sr. J. de D. Vargas Y

Cervantes soldado

«Cervantes, siempre Cervantes! Vivirá eternamente! Y allá después de la vida, en la Eternidad, serán recordadas sus obras indestructibles cuando se discuta lo que fué el mundo, porque á él cupo la honra de hacer el cuadro más acabado de la humanidad, porque las obras del Genio son las obras que Dios ejecuta en sus bostezos de somnolencia eterna, en los cortos momentos que dedica á la tierra».

Así dijo no sé quién, y tenía razón. Lo dijo á la antigua, pero lo dijo en un bostezo de somnolencia terrena, en un segundo de idealismo y de poesía.

Y esto lo recordamos al publicar el retrato de Cervantes, obra de un artista nacional, para hacer ver que se ha hablado del autor del Quijote de modos tan variados, poniéndolo en tan opuestas circunstancias, pintándolo de tan extrañas maneras, que pronto tendremos ocasión de dar á la publicidad un artículo del que dijo lo de arriba y que trata del *papel que hará Cervantes en la Eternidad*...

Y lo raro es que el autor del dicho artículo sobrenatural no sea español...

El retrato que reproducimos en la primera página representa á Cervantes-soldado, antes de quedar manco, en su epoca de bohemio aventurero, edad á que debe su Quijote. Escotado, ajado por la intemperie de la pobreza y del sufrimiento, formándose genio en la lucha por la vida, encalleciendo un poco sus ideales poéticos para poder escribir su historia acabada de la humanidad.

Hoy son escasas estas obras y estos hombres y el mundo dice que faltan hechos. Los hechos grandes marchan á medida de la civilización.

Es que hoy, para ejecutar tales hechos, el artista se prepara dejándose crecer el pelo, y es claro, una melena puede ser, y en realidad es, la valla en que dan el primer tropiezo los pensamientos grandes. Decimos melena, por no decir que tales obras necesitan artesanos rudos y trabajadores, obreros incansables para observar y para vivir sus obras.

El trabajo de Cervantes-soldado debió ser grande, usando como usó esos elementos de guerra tan primitivos, tan *prehistóricos*, tan absurdos.

¿Quién no sabe qué es un arcabúz, un naranjero?..., etc.

Con un naranjero se puede disparar una naranja como con la mano, es un Mauser, pero tomado del cañón, una campanilla del mango, una bocina de fonógrafo, algo de boca muy grande y de garganta muy apretada, cualquier cosa recipiente que no sirva para disparar y mucho menos para apuntar.

Y por ahí se iban todas las armas. Resultando con esto que sólo doscientos años después de la invención de la pólvora, se pudo matar con ella.

En ese lapso de tiempo, es decir, en el que vivió Cervantes casi se peleaba todavía á garrotazos como en tiempo de los celtas.

JUAN FLORES

CUPIDO TELEPÁTICO

¡Y que sean hombres los que gobiernan el mundo! ¡Que así y todo abunden tánto los solterones!...

El peligro de la raza amarilla es medianito al lado del de la femenina.

Pero no voy á esto, sino á algo menos conocido y de trascendencia constatada.

No todas las mujeres son partidarias de los mismos hombres y viceversa. Esta es una verdad de marca mayor, pero que tiene sus particularidades sabrosísimas.

Conocí yo un sujeto, nada sujeto á las leyes tirantes de la moral. De buen frontis, aunque bajo: de ojos grandes: á cada rato el alma se asomaba en ellos y se la podía ver grande también: de narices abundantes y abiertas que parecían ser hechas para buenos olores no más: de espaldas anchurosas y de pecho envolvente. Era poeta... todo lo tenía, ménos esa virginidad de apariencias que tiene tantos atractivos en el sexo femenino. Era también simpático hasta no más; pero su simpatía no irradiaba con tanta fuerza entre las de alta alcurnia: era demasiado franco tal vez, demasiado natural.

¡Oh, la sociedad es tan antinatural en este orden de manifestaciones!

Un buen día, convidáronlo á comer en casa de unas amigas que le tenían grande aprecio y que lo encontraban *muy original*. Este *muy original* habría producido alguna conmoción cerebral en el menos leso, dada la franqueza y talento de las que lo afirmaban; pero en nuestro joven pasaba esto como pasaba todo por él: como se cuela el viento por un vidrio roto de mi alcoba.

En la casa de sus amigas había sirvientes mujeres de muy buena presencia, es decir, de cascos muy blandos Desde la que salió á recibirlo á la puerta, hasta la que servía en la mesa no hicieron más que verlo y comprender que se trataba de elemento disponible en cuanto á miraditas significativas y suspiros parlantes...

El joven ha parado mientes en ellas, pero nada más que mientes y ellas... ¡tan poco maliciosas que son!... han notado, y no me explico cómo, que el joven, más de una vez, ha dicho para sí: ¡Qué buen talante!

Un *muchas gracias* de boca del joven, puede una fregona traducirlo así: ¡Qué jovencito tan atento! ¡Yo fuera sirviente de él!

De intento, puede pasarle á llevar una oreja con un plato en un momento de descuido. Un choque de esos produce electricidad y la electricidad se escapa hasta por las puntas de las orejas.

La comida ha concluído. La imaginación del joven ha recorrido campos inmensos, á veces desconocidos, pero siempre con una más ó menos ilustre fregona sobre las alas de su fantasía.

No hay que extrañarse, por supuesto, que al concluir de comer y al salir al vestíbulo, encuentre un clavel colorado en el ojal de su gaban.

La sirviente al poner el clavel en el ojal ha repetido entre dientes: clavel colorado, amor apretado... y le ha dado un beso.

Una de las niñas de la casa, la más inocente, al ver el clavel le dice muy de cerca al jóven: - Bromas de mi hermana Francisca...

—¡Es tan bromista la Francisca! agrega él tristemente.

Nada de eso! Podrán aminorar el peso de las bromas con estas suposiciones; Francisca tendrá la osadía de echarse la culpa, pero, con todo, jamás podrán hacer pensar al joven que haya sido otra que la sirviente la del clavel colorado. En el ojal se queda el clavel durante toda la noche.

Los jóvenes de la casa, que conocen á fondo á la muchacha, con mucho sigilo, llaman á un rincón á nuestro conquistador y le dicen abriendo mucho los ojos y acercando mucho la boca á su oído:

—¿Sabes quién fué?

—¡Quién! (cerrando los puños... y afectando ignorancia).

—Fué la Rosalba

—¡Cómo! ¿la sirvienta? no, no, déjate de bromas hombre...

—¡Si la conocemos tánto!...

—Verdaderamente es muy cómico. ¿Tienes lápiz?

—¿Para qué?

—Para apuntar el caso en mi cartera. Tendré tema para un artículo...

He aquí el caso particular: un joven inteligente, pololeando por fregonas.

El diálogo entre Rosalba y el joven ha sido mudo, pero elocuente, rápido, pero de consecuencias.

Ese mismo desprecio simulado con que miraba á Rosalba, le vendió, además del ropaje externo de colores fuertes de que está revestido el libertino, hierro dulce para ese gremio de fregonas imanes.

La telepatía en el amor, no hay duda, existe.

Para muestras basta un botón: en mayor escala, es decir en el último peldaño de la escala de Jacob de la sociedad, en donde se halla la alcurnia (mineral de oro), sucede otro tanto con diferentes atavíos.

TITO PELMA

La Opera

Luigi Nicoletti Kormann

En nuestro número anterior nos ocupamos del cuadro lírico, en el presente trataremos del cuadro dramático.

Componen este cuadro las primeras damas Chelotti, Juliá y los artistas Cosentino, Tegani, Berardi.

La primera dama, Teresa Chelotti, obtuvo un feliz éxito en su estreno. Posee una buena voz, bien timbrada, y con bastante flexibilidad, que en algunos momentos nos hace recordar la voz celestial de la Boninsegna; cantando *Poliuto*, el público quedó gratamente impresionado de ella, pero no sucedió lo mismo con *Aida*, una de nuestras óperas favoritas en la que cantó enferma, y no pudo evitar un fracaso que hubiéramos preferido no presenciar.

Restablecida de su enfermedad, nos cantó *Gioconda*, en la que ha estado bastante feliz, y ha podido recuperar en parte el nombre que, podemos decir, había perdido.

Del tenor Cosentino no nos ocuparemos, pues ya dejó de pertenecer á la compañía, y se encuentra entre nosotros el tenor que lo debe sustituir, Gillión, que hizo su debut con la inmortal ópera de Verdi, *Trovador*, y cantará en seguida el *Guillermo Tell*, *Otello* y las demás del género dramático.

Margarita Juliá, primera dama mezzo-soprano, debutó con el gran papel de Amneris de la *Aida*, cantando en seguida la *Carmen* de Bizet, la Laura en *Gioconda* y la Margarita en la *Damnazione di Fausto*.

Esta dama es una verdadera artista de corazón, de voz bien timbrada y vigorosa y de atrayente figura.

Hacía algunos años que no nos visitaba una contralto como la de que nos ocupamos en estas breves líneas.

El desempeño del papel de Amneris fué para ella un verdadero triunfo, y el público comprendió á la artista fina que lo representaba.

Margarita Juliá y De Luca fueron los salvadores de aquella memorable *Aida*.

Cantó en seguida la *Carmen*, en la que hizo una creación del papel, estrellándose siempre contra la desgracia del tenor Cosentino, que la acompañaba.

Su rol de Laura en *Gioconda* fué correctamente interpretado, siendo aplaudida entusiastamente al final del dúo con Gioconda del segundo acto y del duo con Enzo Grimaldo del último acto.

En Margarita de la *Damnazione di Fausto* se nos reveló en un género completamente distinto, una Margarita cantada por mezzo so-

Berardo Berardi

prano no era esperada por nuestro público, sin embargo aunque el papel ingrato para ella, como así mismos para los artistas que la acompañaban, supo darle realce y vida, saliendo victoriosa y ajuntándose perfectamente al personaje puro y clásico que representaba.

Según nuestras informaciones, cantará próximamente *Favorita*, *Sanson* y *Dalila* y *Lohengrin*, donde apreciaremos y podremos aplaudir sus artísticas cualidades.

El barítono Tegani tiene una voz potente, aunque algo dura y con poca flexibilidad, pero estudia sus papeles á fondo, diciéndolos con toda corrección y mereciendo sinceros aplausos.

El bajo Berardi nos ha cantado muy poco todavía, debido á la ausencia de tenor dramático, pero en los papeles que se le ha encomendado se ha visto que es un bajo correcto y de buena voz.

Esperaremos nuevas obras, entonces daremos un juicio sobre él.

Seanos permitido felicitar entusiastamente al inteligente maestro Armani que debido á su temperamento artístico y á su enérgica batuta nos ha presentado una orquesta que, contando con los elementos de siempre ha sobresalido sobre los años anteriores y nos ha regalado el oído con la música sublime de los Berlioz, Boito, Mascagni, reservándonos como sorpresa, para mas avanzada la temporada las inmortales trompas del genial Wagner.

Edoardo Tegani

Francesco Bravi

G. de Lucca

EL AMIGO INTIMO

(Conclusión)

Su marido le devolvía la mano en el mismo tono.

— Demasiado — avanzó ella á media voz.

El se reía con una risilla mortificante.

— ¡Ja, ja! No debiera haberme sorprendido que hayais congeniado tan poco. Tú no eres la que puede apreciar sus méritos

Aquellos tiroteos de palabras tomaban un mal sesgo y el tercero en discordia que se sentía bastante incómodo aventuró cualquier frase para desviarlos. Pero sonó á hueco y no hizo sino poner en evidencia la situación.

- ¿Quieres decirme qué piensas de mi hermano? — interrogó Osvaldo, afrontando bruscamente á su mujer.

Ella calló.

—¿Ves? ¡Si ni siquiera sabes lo que piensas y por un capricho tonto me estás amargando la vida!

Dora, confusa, rompió á llorar y como no se le escapase la inconveniencia de todo aquello, quiso abandonar el comedor; pero Osvaldo la retuvo por el brazo.

—¿Que pensará el señor Miranda? gemía ella tratando de desasirse.

— Pedro, nos escusará – afirmó el otro con convicción — pero tú... No quiero que vuelva á suceder esto ¿oyes?

—¡Es que estás ciego! Osvaldo — gritó entonces con indignación.

El la había soltado y esperaba, con los labios comprimidos. De improviso la cólera por aquel escándalo, su mal humor de poco ántes, todo estalló en un reproche acerbo.

—Mujeres, mujeres ¡qué perfidia, qué indignidad! No se detienen en nada á trueque de salir con su rencor ¡Intrigantel

Las lágrimas habían desaparecido del bonito rostro y ahora salió con un paso casi tranquilo. Osvaldo se ponía vino, sin mirar á su compañero de mesa, cuando ella estuvo de vuelta.

No hizo sino dejar una esquela, sobre el mantel, cerca de las flores y se retiró de nuevo.

Osvaldo alargó el brazo. El papel estaba reducido á muchos dobleces y sus dedos tonteaban al desplegarlo.

Lo recorrió de una ojeada; solo su mano temblaba cada vez más, como en un acceso de parálisis.

Volvió á leer de arriba abajo, con interrupciones que parecían descansos ó fatigas. Bruscamente devuelto á la realidad del momento, guardó aquello en el pecho y se volvió á su vecino con una sonrisa penosa.

—¡Cosas de mujeres! ¿eh? ¡Cosas de mujeres!

Se había puesto de pie, y le cedió la delantera para pasar al salón, donde lo esperaba el café.

—¿Vienes á hacernos un poco de musica? – preguntó con naturalidad, viendo que Dora iba á reunírsele. —Miranda, sobre todo, te lo agradecerá: ¿no es así, Pedro?

—¡Oh! — esclamó éste, desahogado. — La señora ya se lo figura.

—¿Beethoven? ¿Chopin? ¿Qué preferirías?

Se dirijía á su esposo, sin levantar la vista, como arrepentida de su lijereza. El había recuperado su esquisita finura.

—Pedro es un aficionado intelijente y él te dirá; por mi es indiferente. A esta hora del café, mientras se fuma, cualquier música tiene su encanto particular, muy vago, como si nos sacase de la realidad.

Sentada ya al piano, Dora continuaba ojeando sus cuadernos. El *dilettanti* la ayudaba y Osvaldo Garin había cerrado los ojos, invadido al parecer por un bienestar soñoliento.

De tiempo en tiempo no más, un estremecimiento como un calofrío, lo recorría de piés á cabeza; pero no alzaba los párpados y solo cuando la música empezó él ahogó en un bostezo el suspiro que le subía de lo más profundo de su sér.

Conturbada por aquellos silencios que se hacían entre pieza y pieza, la artista tocaba una tras otra. El contertulio había tomado como hombre de mundo su partido y filosóficamente se entregaba al placer de aquella buena música, tan nerviosamente interpretada.

—¡Bella música! ¡bella! ¡bella! - declaró Osvaldo, durante uno de los intermedios.— Nos saca de la realidad; de esta realidad tan baja.

El auditor aprovechó la ocasión para prevenir que deseaba retirarse. Quería pasar un momento al club y...

– ¿Al club?—yo le acompaño.

El otro lamentó su indiscreción. Estaba seguro que allá se encontrarían los dos hombres porque el marino se llegaba todas las noches por la sala de juego.

Y Dora, mientras bajaba la tapa del piano presa de mayor ansiedad, de momento en momento,

se preguntaba cómo haría para prevenirle que no perdiese de vista á Osvaldo. Nó, en su interior éste no podía estar tan sereno como en apariencia; pero casi mas temía quedarse con él, á solas, que dejarle marchar.

En el apretón de manos de la despedida trató de comunicarle algo de estos pensamientos al amigo.

Durante todo el trayecto, Osvaldo Garín habló de mil cosas indiferentes, con una volubilidad nerviosa. Su acompañante que había comprendido algo calculaba lo que podría suceder.

Ya en el club, en una salita reservada, aquella charla continuó sin interrupción. Los ojos le brillaban al charlador mientras se volvían á cada momento hacia la puerta.

—Es que espera que aparezca, pensaba su compañero. Y la idea de prevenir al marino le pasaba por las mientes, sin que se atreviese por temor á infundir sospechas.

A eso de las once hizo su entrada el comandante Lemus. No había dejado su capa en el guarda ropa y su figura parecía más curiosa entre los amplios pliegues. Con las manos extendidas iba en derechura hacia su amigo que poniendo las suyas en los bolsillos, retrocedió un paso.

—Escúchame antes. Cuando me dirigía á tu casa ..

Pero al sólo aspecto de Osvaldo, comprendió que no se trataba ya de la comida de esa tarde; entonces ensayó una sonrisa, mirando sucesivamente á los dos paisanos.

—Se trata de que hagas la elección—dijo Osvaldo con voz contenida—elije.

Lemus retrocedió á su vez ante el relampagueo de un arma. Unicamente después vino á ver que su amigo tenía también una carta, en la otra mano.

—Sólo te advierto —continuó éste—que si la prefieres, será preciso que te la comas.

Permanecía ofreciendo sus dos manos, pálido, inmutable. De la sala de juego llegaba el ruido de las fichas. Y sin embargo su corazón latía con violencia porque él también jugaba con su ex-amigo una partida decisiva. La carta ó el revólver. ¿A qué clase de hombre había amado durante tanto tiempo? Ese papel tan cobarde, en el que no había ni la excusa de una pasión, la traición la afrenta ¡todo quedaría solventado si sabia portarse como un hombre!

—Elije.

El unico espectador de aquella escena trató de intervenir.

Más el marino tenía tomada ya su resolución. Con la punta de los dedos enguantados de blanco había cogido el papel y haciéndolo un pelotoncito se lo llevó á la boca.

Osvaldo Garín no quiso ver más.

—¿Vamos, Pedro?

Volviendo el revólver al bolsillo salió otra vez con su acompañante.

Esta vez ambos guardaron silencio en el camino. Marchaban, marchaban sin saber bien por dónde. Era la hora de la salida de los teatros y en el fondo de los carruajes, al resplandor fugitivo de los mecheros se distinguía montones de sedas blancas, joyas, flores, toda una visión de lujo.

Después tomaron por un paseo solitario. Apenas, aquí y allá alguna pareja asolapada en los escaños. Una estatua, después un jardín con sus surtidores de agua; torcieron por una calle.

—¿No sube usted, Pedro?

Lo había venido acompañando hasta la puerta de su casa, como si se tratase de despedir un duelo y ahí, á la luz que caía de los balcones, se apretaron la mano tristemente.

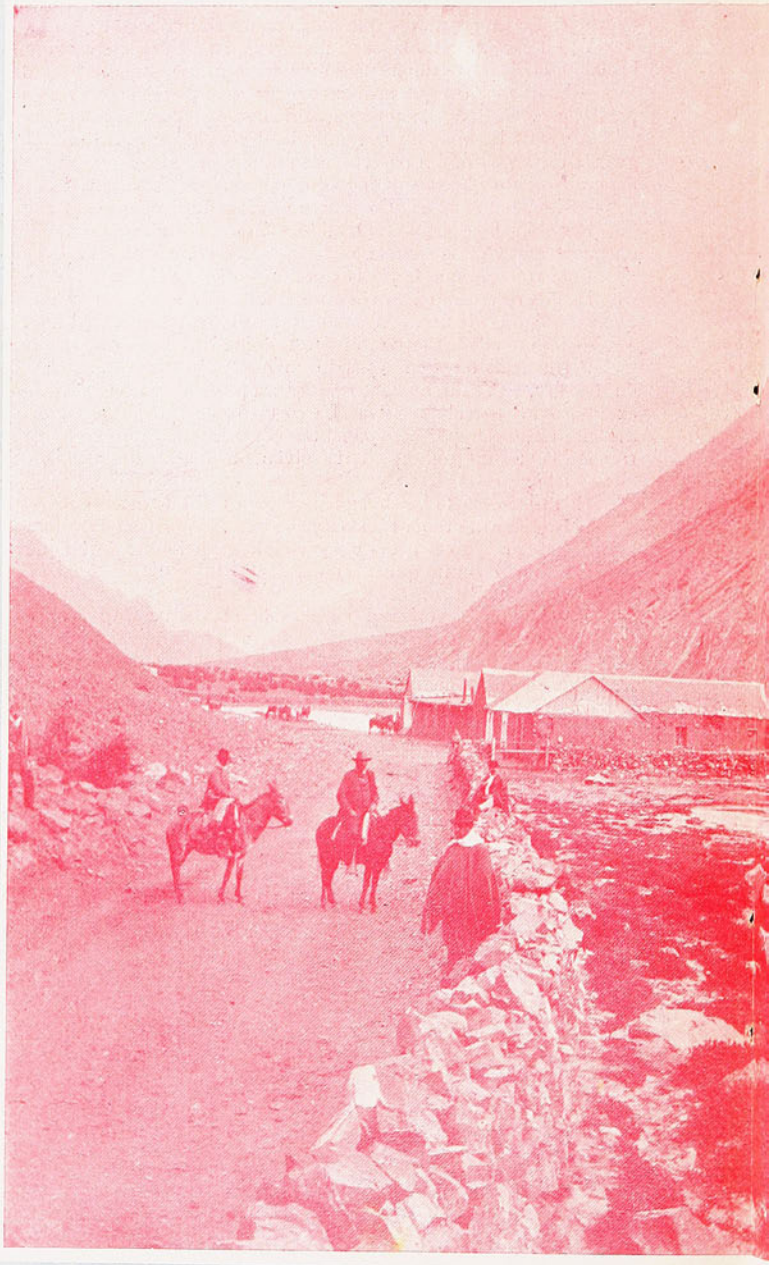
—Mi mujer vela todavía; yo también tengo que escribir... ¡Adios, Pedro!

Sí ¡Adios!... Tenía que escribir mucho .. las eternas cartas al juez de instrucción y al comisario. Los comerciantes del puerto tendrían al día siguiente para comentarios. ¿Qué lo impulsó al suicidio? ¿Se trataba de una quiebra? ¿Habría sido por algún vencimiento? Sólo un testigo hubiese podido poner la verdad en su punto.

Pero, á la vuelta de un año, aquél, como todas las relaciones del comandante Lemus, recibió el parte de su matrimonio:

¡Y era tan sencillo! «*Lemus participa á usted su enlace con la viuda de Garín*».

AUGUSTO THOMSON



Punta de Vacas. — C

Cordillera de los Andes

EL MARRANO PROYECTISTA

Apólogo político

Un juego de ajedrez es la política:
Quien bien juega desprecia su jugada,
Pero mira y observa aún las semínimas
Del juego del contrario, ó no hace nada.

Crecer hasta elefante proponíase
Un cerdo proyectista, un cerdo iluso;
Y al día tres raciones engullíase,
Pues comer triplemente se propuso.

El puerco se admiraba de lo pródigo
Que era el porquero en darle el alimento
Y decía:—«Ese infame es poco lógico;
No teme que yo crezca el só jumento».

Soñaba ser gigante el cerdo estúpido
Para huir algún día del chiquero;
Y tánto devoraba y con tal júbilo
Que casi no cabía ya en el cuero.

«Seré elefante al fin y seré un Hércules»,
Decía el cochino al verse los jamones;
Y exclamaba su dueño:—«Ya paréceme
Que éste tiene tapados los riñones».

Comía el marrano cantidades máximas.
Y así crecer pensaba en un momento;
Y, duplicando el cuidador sus dádivas,
El cochino en gordura era un portento.

Más á elefante no alcanzó aquel mísero:
El porquerizo, al verle tan redondo,
Para extraerle su producto líquido,
Lo hizo manteca en un enorme fondo.

Así sucede á veces en política,
Piensa un iluso que hace su camino
Y está engordando en ilusión beatífica
Para que otro le coma su tocino.

MALÓN DE CHILDE.

Diálogo entre la Gota y Francklin

FRANKLIN. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! ¡Dios mio! ¿qué he hecho yo para merecer estos crueles dolores?

LA GOTA. Muchas cosas. Haber comido con exceso, bebido no poco y ser demasiado indulgente con tus perezosas piernas.

FRANKLIN ¿Quién eres tú que así me hablas?

LA GOTA. Soy la gota.

FRANKLIN. ¡Mi enemiga personal!

LA GOTA. Yo no soy tu enemiga,

FRANKLIN. Sí, eres mi enemiga: porque no solamente quieres con tus tormentos matar mi cuerpo, sino que también tratas de destruir mi buena reputacion. Me representas como un glotón y un beodo, cuando todos cuantos me conocen saben que hasta ahora nadie me ha acusado de tamaños excesos.

LA GOTA. El mundo puede juzgar como mejor le agrade; por lo regular es sobrado condescendiente para consigo mismo, y algunas veces para con sus amigos Pero diga lo que quiera, harto me consta que una comida parca y una bebida proporcionada para el hombre que hace un ejercicio regular es un exceso para el que no hace ninguno.

FRANKLIN. Señora Gota... ¡ay! ¡ay!... yo hago... ¡ay!... cuanto ejercicio puedo. Usted conoce mi estado sedentario, y me parece, señora mía, que usted podría por lo mismo tener conmigo alguna consideración, poque debe reflexionar que la falta no es enteramente mía.

LA GOTA. ¡Consideración! Absolutamente ninguna. Tu retórica y tu política no alcanzarán nada. Tus excusas no son válidas. Si tu estado es sedentario, tus recreos y tus diversiones deben ser activos. Debes pasearte á pié ó á caballo, y jugar al billar, si el tiempo no te permite salir de casa. Pero examinemos el curso de tu vida. Cuando las mañanas son largas y tienes sobrado tiempo para pasearte. ¿qué es lo que haces? En vez de procurarte apetito para el desayuno con un ejercicio saludable, te diviertese leyendo libros, folletos o gacetas, que en su mayor parte no merecen la pena de leerse. Esto no obstante, almuerzas copiosamente, tomando nada menos que cuatro tazas de té con crema de leche y una ó dos rabanadas de pan, ordinariamente con manteca, cubiertas con buenos trozos de jamón, que según mi sentir, no es comida de fácil digestión. Inmediatamente pasas á tu despacho, donde te pones á escribir ó á conversar con las personas que van a tratar contigo diferentes asuntos. Así estás hasta la una de la tarde, sin haber hecho ningún ejercicio corporal. Todo esto te lo per-

El niño de Kent que tiene 12 años y pesa 240 libras

dono, porque, como dices, es propio de tu estado sedentario. Pero después de comer, ¿qué haces? En vez de pasearte por los hermosos jardines de los amigos en cuya casa has comido, como hacen las gentes sensatas, te pones á jugar al ajedrez, donde de fijo te hallarán siempre dos ó tres horas. Este es tu recreo sempiterno, recreo el menos adecuado para un hombre sedentario: porque, en vez de acelerar el movimiento de los fluídos, ese juego pide una atencion tan grande i tan fija, que la circulación se retarda y las secreciones internas se efectúan mal. Envuelto en los cálculos y combinaciones de ese miserable juego, destruyes tu constitución. ¿Qué puede esperarse de semejante modo de vivir, sino un cuerpo lleno de humores estancados, prontos á corromperse, un cuerpo dispuesto á toda suerte de enfermedades peligrosas, si yo no viniese de cuando en cuando á tu socorro para agitar esos humores, purificándolos? Si hallándote en algún callejón ó en alguno de los rincones de París, falto de paseos, empleases, después de comer, un rato en jugar al ajedrez, esta excusa sería tolerable; ¿pero es acaso lo mismo en Passy, en Auteuil, en Montmartre, en Epinay y en Sanoy, donde hay bellísimos jardines, excelentes paseos, hermosas damas, un aire purísimo, conversaciones agradables é instructivas, de todo lo cual se puede gozar paseándose? No, y sin embargo todo eso lo desprecias por el abominable juego del ajedrez. ¡Quítate allá, Franklin! Pero hablando me descuidaba de corregirte. Toma; ahí va esa punzada y estotra.

FRANKLIN. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! cuantas represiones usted quiera, señora Gota, pero por Dios no más punzadas.

LA GOTA. Antes al contrario; no te haré gracia ni de la cuarta parte de una. Son para tu bien. Toma.

FRANKLIN. ¡Ay! ¡ay! ¡ayyy! No es justo decir que no hago ningún ejercicio; lo hago muy á menudo en mi coche cuando salgo para ir á comer y cuando vuelvo.

LA GOTA.—De todos cuantos ejercicios pueden imaginarse, el más ligero y el más insignificante es el que procura el movimiento de un coche suspendido con muelles. Observando la cantidad de calor producida por las diferentes especies de movimiento, se puede venir en conocimiento de la cantidad de ejercicio que produce cada uno. El que, por ejemplo, sale a pie en tiempo de invierno con los pies fríos, al cabo de una hora de marcha los tendrá, así como todo el cuerpo, bien caliente. Si monta á caballo, necesita trotar cuatro horas antes de sentir el mismo efecto. Pero el que se apoltrona en un coche bien elástico puede viajar todo el dia y llegar á la noche á la posada con los pies aún más fríos. No hay que alucinarse con la idea de que se hace ejercicio con pasear media hora en coche. Dios no ha proporcionado coches con ruedas á todo el mundo, pero ha dado á cada uno dos piernas que son unas máquinas infinitamente más cómodas y más serviciales; sé pues agradecido á este favor y haz uso de las tuyas, ¿Quieres saber cómo hacen circular tus fluídos, al mismo tiempo que te trasportan de una parte a otra? Piensa que cuando caminas, todo el peso de tu cuerpo descansa alternativamente, ya sobre una ya sobre otra pierna; este peso oprime con gran fuerza los vasos del pié. Mientras el peso se descarga de un pie y pasa al otro, los vasos tienen tiempo de llenarse, y por la vuelta del peso se refluyen otra vez; de este modo la circulacion de la sangre se acelera con la marcha. El calor producido al cabo de cierto espacio de tiempo es proporcionado á la cantidad del movimiento, los flúidos se renuevan, los humores disminuyen, las secreciones se facilitan, y todo va bien. Las mejillas toman color y se establece la salud. Mira á tu amiga de Auteuil (1), mujer que ha recibido de la naturaleza más ciencia verdaderamente útil que media docena de vosotros, pretendidos filósofos, no habéis sacado de todos vuestros libros. Cuando esta señora quiso honrarte con su visita, fué á pie; se pasea desde la mañana hasta la noche; y deja para sus caballos todas las enfermedades de la indolencia. Ese es el modo de conservar la salud y la hermosura. Pero tú, cuando vas á Auteuil, siempre vas en coche; sin embargo tanto hay de Passy á Auteuil como de Auteuil a Passy.

FRANKLIN. Ya me incomodas con tantos argumentos.

LA GOTA. Lo creo; callo y continúo mi oficio. Allá va esa punzada y esotra.

FRANKLIN. ¡Ay! ¡ay! por Dios te suplico que hables y no me punces.

LA GOTA. No. Aún me quedan para esta noche un buen número de punzadas, y mañana recibirás las restantes.

FRANKLIN. ¡Dios mío! ¡la calentura! ¡qué padecer! ¡Ay! ¡ay! ¿no habrá quien quiera sufrir por mí esta pena?

LA GOTA. Pregúntaselo á tus caballos, ya que se han tomado la molestia de andar por ti.

FRANKLIN. ¿Cómo puede tu crueldad atormentarme tanto por nada?

LA GOTA. No es por nada. Aquí tengo una lista de todos tus pecados contra tu salud; bien claramente está escrita, y puedo con ella motivar todas las punzadas que te doy.

FRANKLIN. Léela pues.

LA GOTA. Es muy larga para leerla; pero te ajustaré la cuenta en globo.

FRANKLIN. Ajústala pues: te oigo con la mayor atención.

LA GOTA. Acuérdate de cuántas veces has

---

(1) Madama Helvecio.

hecho propósito de pasearte por la mañana, ya sea en el bosque de Boloña, ya en el jardín de la Muda ó en el tuyo, y has faltado á tu palabra, alegando unas veces que el tiempo era muy frío; otras que era demasiado caliente, que hacía mucho viento ó mucha humedad; en fin, siempre había algún pretexto, cuando en realidad no existía otra causa para dejar de hacerlo que tu suma pereza.

FRANKLIN. Confieso que eso puede suceder algunas veces, como por ejemplo unas diez al año.

LA GOTA. Tu confesión es inexacta; las veces que eso ha sucedido son ciento noventa y nueve.

FRANKLIN. ¡No es posible!

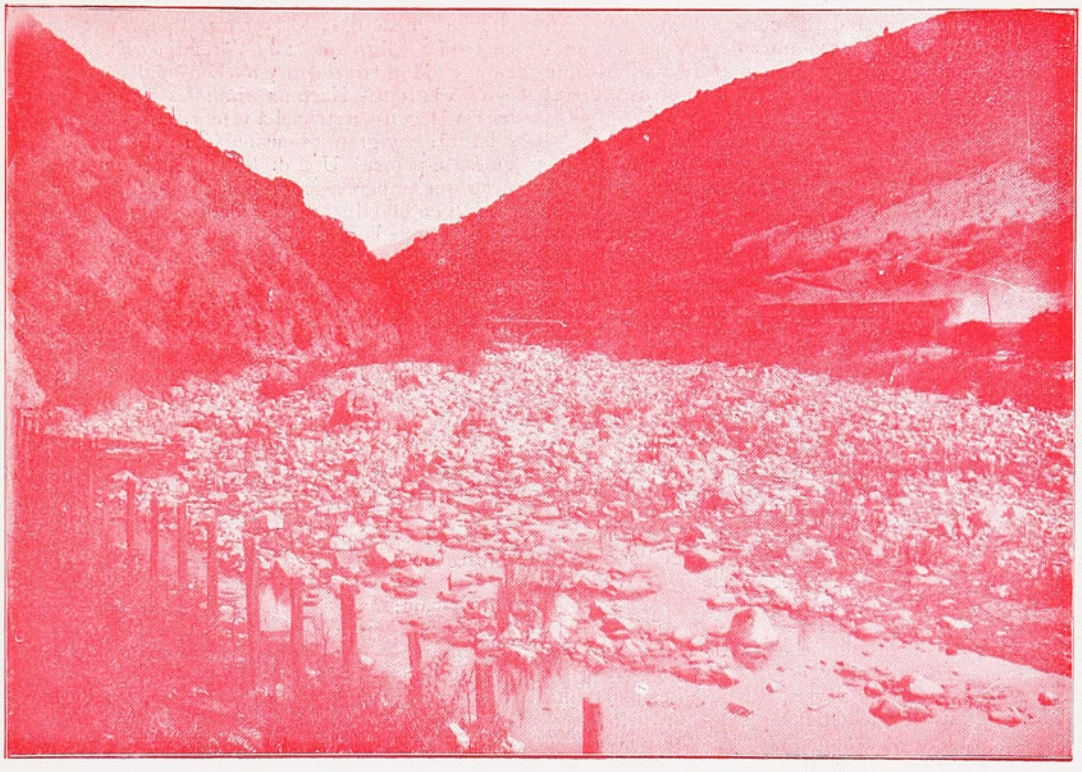
LA GOTA. Sí, muy posible, porque es un hecho. No te quede ninguna duda de la exactitud de mi cuenta. Tú sabes cuán hermosos son para pasearse los jardines de madama Brillón. Tampoco te es desconocida la bellísima escalera de ciento y cincuenta escalones que desde el rellano de arriba conduce á la llanura inferior. Dos tardes cada semana has visitado aquella amable familia; es una máxima de tu invención que se hace tanto ejercicio subiendo y bajando una milla de escalera como andando diez millas por un llano. ¡Qué linda ocasión has tenido de hacer al mismo tiempo ambos ejercicios! ¿Te has aprovechado de ella? ¿Cuántas veces?

FRANKLIN. No puedo responder con certeza á tu pregunta

LA GOTA. Yo lo haré por ti. Ni una sola.

FRANKLIN. ¡Ni una sola!

LA GOTA. Ni una sola. Durante todo el hermoso verano último has llegado allí á las seis de la tarde. Aquella hechicera señora, sus hermosos hijos y sus amigos estaban prontos á acompañarte en el paseo y á divertirte con su amena conversación. Pero ¿qué es lo que has hecho tú? Sentarte en el rellano, alabar la hermosa vista que desde allí se disfruta, mirar los bellísimos jardines que están al extremo, pero no has dado un solo paso para bajar y ejercitarte en ellos. Al contrario, has pedido el tablero y que te sirviesen té, quedándote apoltronado en la silla hasta las nueve de la noche, y esto después de haber quizás jugado dos horas en la casa donde habías estado convidado á comer. Después de todo, en lugar de volverte á casa á pie, cosa que te hubiera procurado algún ejercicio, te has metido en el coche. ¡Qué ignorancia llegarse á persuadir que con un modo de vivir tan desarreglado se pueda conservar la salud sin mí!...



Estero de Lampa

EL CHISME

(Contribución al estudio de nuestra patología social)

Años hace, explicaba yo el Derecho Natural á un puñado de alumnos.

Después de enumerar los principales derechos individuales de que se ocupan los tratadistas, preguntóme uno de los discípulos qué otro derecho individual importante podía agregarse á la consabida enumeración: de personalidad, de libertad, de asociación, de vida y de defensa.

Confieso que jamás había dedicado á esta cuestión ni siquiera un segundo: pero, sea por reminiscencias de algún autor, sea porque la inteligencia apretada discurre, afirmé con gran seguridad y aplomo que, después de los derechos individuales ya citados, no había duda que el más importante de todos los otros... era el derecho de... *veracidad*!

Si es ó nó invención del que habla
¡Vive Dios! que no lo sé;
Pero delicada fué
La invención del tal derecho!

Puedo decir ahora, parodiando á Baltasar del Alcázar.

En efecto, mientras más lo medito, más me confirmo en la verdad de mi inspiración al proclamar como importantísimo, desde una cátedra de Derecho Natural, el más desconocido y el menos respetado, en Chile, de los derechos individuales.

Con el que miente se anda á ciegas y se anda á obscuras, ó, más bien, no se puede andar sino á tientas y dando al diablo con los embusteros.

¿Qué relación jurídica es siquiera posible entre dos personas, si se desconoce el derecho de la una á la verdad y el correlativo deber de la otra de ser veraz?

¿Qué contrato, qué comercio, qué sociedad es posible allí donde falta el cimiento de la verdad?

Donde falta la verdad falta la realidad, falta lo positivo y queda en su lugar ese vacío insustancial, que se llama mentira, sobre la cual se edifican á veces castillos fantásticos que sólo sirven para engañar ó desorientar á todo el mundo, comenzando por el mismo que los ha construído.

Pero me alejaría de mi propósito en este instante si me pusiera á hacer el elogio de la verdad, pues me propongo estudiar brevemente una forma nacional de la mentira, el *chisme!*

En Chile el chisme nos acompaña desde la cuna hasta el sepulcro.

La generación del chisme es muy conocida: nace de una verdad que, al ser trasmitida a otra persona, toma de la imaginación del que la trasmite un colorido recargado y pasa á la inteligencia del que la recibe con los signos característicos de la *exageración*.

Luego la exageración, pasando de boca en boca, empieza á cubrirse de agregados, ingertos y brotes, más ó menos postizos, que salen de la imaginación de los que la trasmiten y así, luego la convierten en una monstruosidad que apenas tiene algún punto de contacto con la primitiva verdad que fué el punto de partida.

Una vez transformada la exageración en algo fenomenal, monstruoso, inaudito y absurdo, ya no tiene por donde la deseche el diablo para producir escándalo en las conciencias timoratas que se usan.

Tengo, pues, como cosa averiguada, que el chisme en su desarrollo natural pasa por las cuatro fases siguientes: *a)* Verdad, *b)* Exageración, *c)* Monstruosidad y *d)* Escándalo.

a) VERDAD.—Nace un niño: las amigas del barrio llegan en tropel á tomar datos sobre la criatura: hay gran discusión sobre el tema. ¿A quién se parece? Una de las comadres acierta á decir que se parece á don Faustino y todas convienen en ello, incluso la madre, que por este motivo tiene la desgraciada idea de decir que el padrino no ha de ser otro que el mismísimo don Faustino.

b) EXAGERACIÓN. — Las amigas se retiran, guiñándose el ojo y golpeándose unas á las otras los codos con los codos.

Un momento después, todo el barrio sabe que el niño es idéntico á don Faustino: la misma forma de cara, los mismos ojos, el mismo pelo, el mismo color, la misma boca, en una palabra, idéntico, idéntico, idéntico. Además, la mamá ha protestado con toda energía de que no consentirá por nada de este mundo en que su marido designe como padrino á otro que á don Faustino, y tiene muchísima razón.

c) MONSTRUOSIDAD.—Las amigas conversan en voz baja:

—¿Qué te parece lo que le ha pasado á la Fulanita?

—¿Qué?

—Que le ha nacido un niño idéntico á don Faustino.

—¿Cómo ha de ser eso?

—Lo que oyes: igual en todo: ha sacado hasta el lunar que tiene don Fastino detrás de la oreja.

—¡Una casualidad!

—¿Casualidad? ¿Y qué dices tú de que haya sacado hasta la uña del dedo grande de la mano derecha con una mancha blanca?

—¡Quién sabe!

—¿Pero no sabes tú que á don Faustino se le descargó el revolver el año pasado y se lastimó la uña del dedo grande de la mano derecha?

—No sabia.

—Además: el niño tiene ojos verdes y, según dice mi tía Policarpa, cuando don Faustino era niño tenía los ojos verdes.

—¡Fué raro! Ahora los tiene negros como azabache.

—Y lo peor es que la Fulanita ha jurado por el nombre de su madre que antes se dejará ma-

tar que consentir en que sea otro el padrino de la creatura que don Faustino.

—¡Horror! ¡Qué cosa tan lastimosa!

d) Escándalo.—Entre las señoras casadas y los caballeros graves no se habla de otra cosa en las visitas, que del escándalo del día. ¡Eso sí, con mucho misterio, para que no llegue á oídos de la víctima!

—¿De qué se trata?

—De lo de Fulanita.

—¡Pobre niña! El marido ha pedido hoy divorcio perpetuo!

—¿De veras?

—Lo que oyes. Don Faustino ha huído á la Argentina.

—¡No hables tan fuerte! No te vayan á oir las niñas.

—Estas cosas es bueno que se sepan: que se forme escándalo, para que del exceso del mal venga el remedio: que se publiquen en los diarios: que tengan esos escandalosos el castigo de la sociedad!...

Aquí termina la evolución del chisme en sí mismo y empiezan á desarrollarse sus fatales, desastrosas consecuencias.

La Fulanita, había dicho que convenia en que el niño se parecia á don Faustino, á quien no conocía ni de vista, por librarse de la contradicción y la bulla de las amigas del barrio y dijo que sería, padrino de la criatura por una simple broma.

Los efectos del chisme quedan á la apreciación del piadoso lector.....

Otro ejemplo.

a) Verdad.—La Menganita está de novia. Poco falta para que el matrimonio quede arreglado.

Una amiga pregunta á la novia: ¿Con que es verdad que te casas?

—Sí, pero .....

—¡Ola! ¡Con que hay un pero!

—Nó y sí .... según y conforme...

—¡Qué coquetería!

—¡Ay!...Hablemos de otra cosa.

Por su parte el novio es sometido á un interrogatorio semejante:

—¿Te casas?

—Sí.. sin embargo, no las tengo todas conmigo.

—¡Um!

—Hay una pequeña dificultad, por ahora.

—¿Dificultad?

—Nó..... casi nada...

b) Exageración.—Dos amigas, en una visita hablan entusiásticamente en un rincón del salón:

—¿No sabes que ha quedado en nada el matrimonio de la Mengana?

—¡Cómo no!

—Hubo un pero...

—¿Qué sería?

—Algo muy grave...

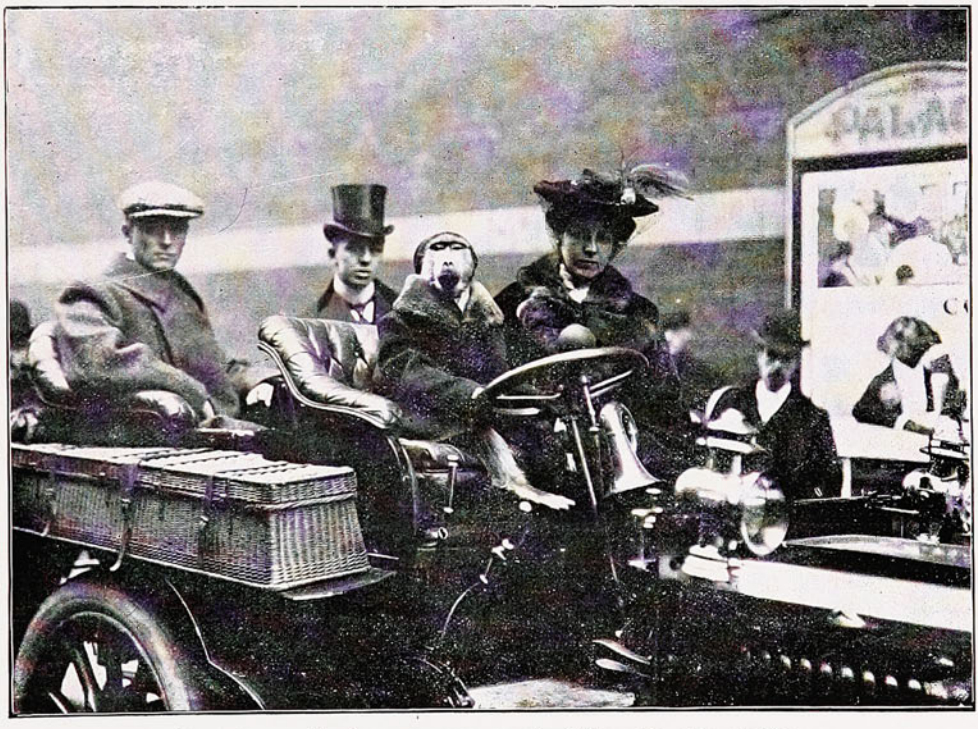
—El novio ha dicho que hay una dificultad.

—Ella también ha dicho que hay un *pero* muy serio.....algo, en fin, que no puede decirse.

—¡Ah! Ah! Ah! No de balde ella le pone mala cara.

—Y él parece que se quiere retirar...

—Cuando el río suena...



Coco, el mono hombre que pasea en automóvil por las calles de París

c) MONSTRUOSIDAD.—El novio recibe la visita de algunas personas íntimas que en resumen le dicen: todo ha concluído entre Ud. y Mengana; ella ha dicho que Ud. tiene un *pero* muy serio; una enfermedad contagiosa; parece que se trata de noticias que le han dado del reumatismo que Ud. sufrió hace tres años; se ha consultado á los médicos y estos han guardado el silencio profesional lo que ha sido muy mal interpretado...

En vano el novio protesta entonces y dice que nada cree: tiene que rendirse al fin ante la evidencia de innumerables declaraciones contestes.

La novia por su lado recibe las informaciones más tremendas: el reumatismo no fué tal, sino algo que no puede decirse; los médicos mismos se resisten á nombrar aquéllo. Y, sobre todo, lo que ha dicho de ella es inaudito. El honor de la familia está de por medio...

Ella llora y protesta que no cree; pero la uniformidad y el número de las declaraciones, finalmente la abruman.

a) EL ESCÁNDALO.—En el club no se habla de otra cosa:

—Ya no se casa Fulano.

—Sí, ella le dió calabazas.

—Nó; él...

—Lo mismo es...

—¿Por qué sería?

—Hay algo oculto.

—Los doctores le han dicho á él que no debe casarse.

—¿Se trata de doctores en medicina?

—Sí; y también de doctores en

—Yo he oído que ella no lo ha querido nunca y que, al contrario, estaba comprometida con N. que es con quien se va á casar ahora.

—Hombre! Hablemos con franqueza: lo que hay es que él era casado.

—¿Casado?

—Sí: casado en Lima con una peruana.

—Bellaco! ¡Y finjiéndose enfermo!...

Los ejemplos pueden multiplicarse sencillísimamente, porque hay chismes de las especies mas variadas.

El chisme político ofrece un interés especial.

a) VERDAD.—Se trata del nombramiento de un ministro de la Corte Suprema.

El Presidente nombrará a Zutano, si va entre los propuestos para el cargo.

Pero Zutano no se conforma con esto y le *echa un empeño* al Presidente para que éste á su vez le *eche otro empeño* á los Ministros de la Corte.

El Presidente se excusa por razones de decoro.

b) EXAGERACIÓN.—En la familia de Zutano y entre sus relaciones hay indignación general contra el Presidente de la República.

—¿Qué ha dicho?

—Ha dicho que es indecoroso empeñarse porque propongan para Ministro de Corte á una persona tan desprovista de méritos como Zutano.

—¡Qué injusticia tratándose de un caballero de tantísimo talento!

- ¡Y qué poca lealtad!

—¡Figúrese Ud. que gracia haría el Presidente en nombrarlo, si le propusieran...

—¡Nada! Su Excelencia está picado con Zutano, porque no le adula.

c) MONSTRUOSIDAD.—¿Y qué hay del nombramiento de Zutano?

—Parece que quedará en nada.

- ¿Por qué?

—Pregunte Ud. quién es ella...

—¡Ola!

—Se trata de algo... pasional...

—¿Hay faldas de por medio?...

—¡Sí! ¡Cuestión de decoro! No será nombrado.

a) ESCANDALO.—Hombre ¡han nombrado á Zutano Ministro de la Corte!

—¡Claro!

—¿Entonces era cierto lo que se decía?.

—Ciertísimo ¡Qué escándalo!

Así como hay chisme político, y lo hay de mil variedades dentro de su especie, existen el chisme eclesiástico que también se subdivide en varias clases y variedades de muy diversos aspectos.

Ahora bien: conocido ya ese microbio y su cultivo, tomemos nota del medio ambiente que necesita para desarrollarse.

La *ociosidad*, la *frivolidad* y cierta *rivalidad* latente que no es raro observar en nuestras clases acomodadas, son tres condiciones, casi indispensables, para el desarrollo del chisme.

En efecto. ¿Qué hombre ó mujer dedicados empeñosamente al cumplimiento de sus peculiares obligaciones, puede tener tiempo para andar á caza de noticias para transformarlas en exageraciones, monstruosidades y escándalos?

¿Cómo, sin una frivolidad exquisita, se puede estar de diario elaborando fantasías grotescas y dañinas sobre la base de cuanto en las conversaciones se pesca?

¿Y quién, por otra parte, puede sin un tantico de malevolencia para con sus relaciones sociales, repetir de coro cuanto chisme en formación rueda, á manera de bola de nieve, en la sociedad en que vivimos?

He dicho «relaciones sociales» excusando la palabra amistad, porque la verdadera amistad es refractaria á los chismes, los cuales precisamente se forman y prosperan porque no hay amistades verdaderas.

Las relaciones sociales afrancesadas á la moda, que sólo consisten en cambiarse dos visitas de etiqueta al año, con una frivolidad tan elegante como superficial, han venido á sustituir á las antiguas amistades francas, íntimas, cordiales, en una palabra, españolas á la antigua usanza, como nuestros abuelos, nuestra sangre y las santas costumbres que heredamos y que no hemos sabido conservar.

JUAN DE D. BRAVO.

CASA KIRSINGER

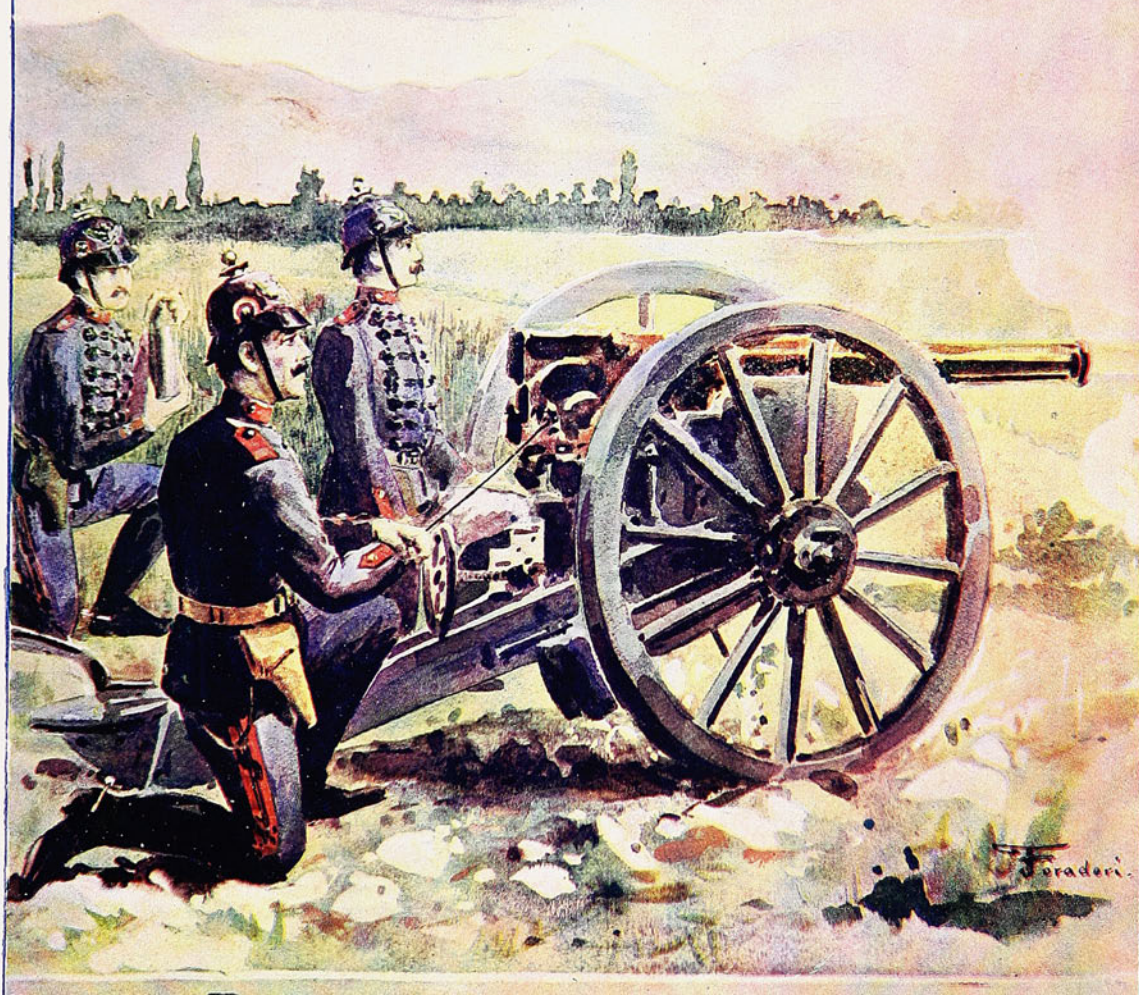
MUSICA

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
PERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

N° 37-38.

Chile Ilustrado



Revista Mensual
Publicada por la
Imprenta Barcelona

Es propiedad

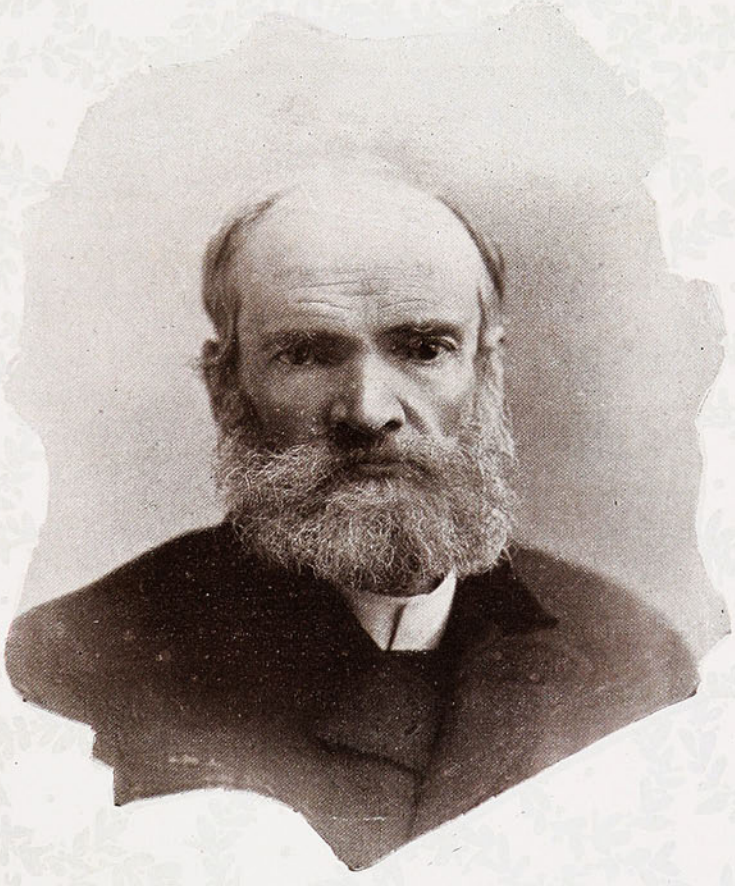
Año IV Precio: 50 centavos Agosto y Septiembre de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

El historiador de Chile

Don Diego Barros Arana



LA HERENCIA TRADICIONAL

A medida que avanza la civilización, los vivos van siendo más y más gobernados por los muertos, según la gráfica expresión de Comte. En efecto, en la familia los individuos se forman, se morigeran y se dignifican, al suave, pero seguro influjo de los antepasados; y en la patria los ciudadanos se corrigen, se elevan y asumen con honra los primeros puestos del Estado, siempre que la tradición gloriosa del pasado se venera, ó siquiera se respeta.

Los hombres que desde 1810 fueron echando las bases del orden público en Chile, hasta llegar en 1833 á dar al país una fórmula constitucional correcta y estable, eran cuerdos, prudentes y sencillos, pero á la vez valientes y abnegados, sobrios y laboriosos.

Los gobernantes que asumieron la dirección del Estado, bajo el régimen político definitivo de la Constitución del año 33, agregaron á las virtudes de los Padres de la Patria otras cualidades más necesarias y eficaces para los tiempos en que actuaban, y así fueron previsores, atentos al estudio de las necesidades públicas presentes y del porvenir, severos en la represión de todo género de desmanes y, por lo mismo, celosos del principio de autoridad, indispensable garantía del orden.

Así hemos llegado á los días de la generación presente, honrosamente influídos por antecedentes gloriosos, que el Señor Don Diego Barros Arana ha consignado con prolijo y cariñoso esmero en su celebrada *Historia de Chile* y que últimamente ha ampliado en su libro reciente sobre la administración del General Bulnes.

Desgraciadamente hoy nos encontramos en un período de olvido del pasado. A la antigua y acreditada honradez, á las costumbres sencillas, á los hábitos de trabajo, se van sustituyendo la pasión del lucro alcanzado sin esfuerzo, la afición al fausto, al boato y al lujo, y consiguientemente, á todos los medios ilícitos de obtener fáciles ganancias.

Ya este mal ha sido denunciado por voces elocuentes y por plumas distinguidas, sin que se note reacción favorable; por lo cual, en estos días consagrados á la Patria, nos parece oportuno evocar la venerada memoria de los fundadores de la República para advertir á la juventud y á los políticos del día que los pueblos labran su propia ruina cuando olvidan sus tradiciones ó se apartan del sendero trazado por ellas.

En consecuencia, un deber de respeto filial que se confunde con el sentimiento patriótico, nos obliga á cooperar, muy especialmente ahora que se aproxima la época de la renovación del Congreso y de la elección presidencial, en la magna empresa de encauzar la politica, la administración y las costumbres en el rumbo tradicional de que nos hemos ido alejando en los últimos tiempos, rápidamente, demasiado rápidamente!

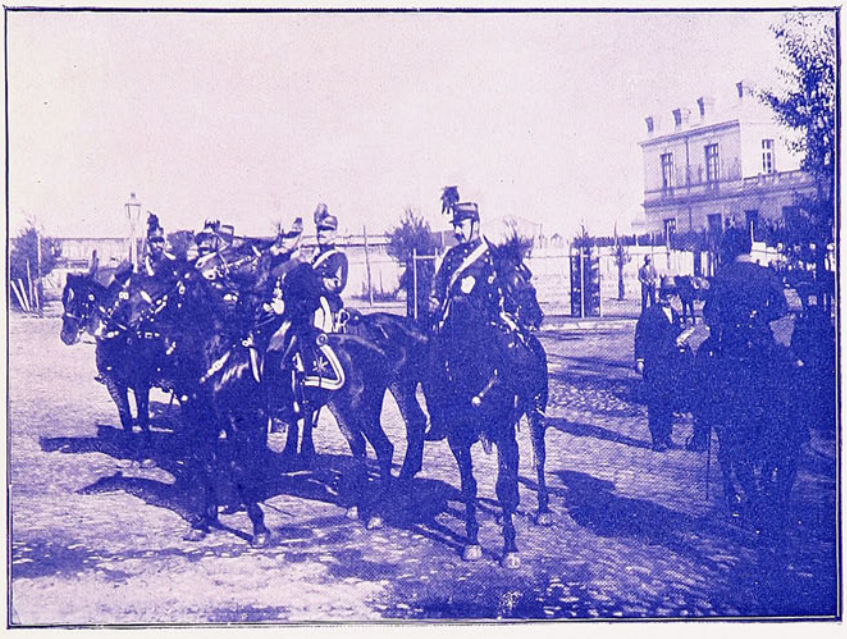
L. B. M.

EL ESPÍRITU MILITAR EN CHILE

(Carta abierta al capitan Matute)

Mi querido capitán:

Sé que Ud., como muchos otros instructores nacionales y extranjeros de nuestro ejército, se admira de ver la facilidad con que hasta los más incultos rotos de nuestros campos, se convierten en veteranos hechos y derechos, *á los cuatro meses de ingresar en la guardia nacional.*



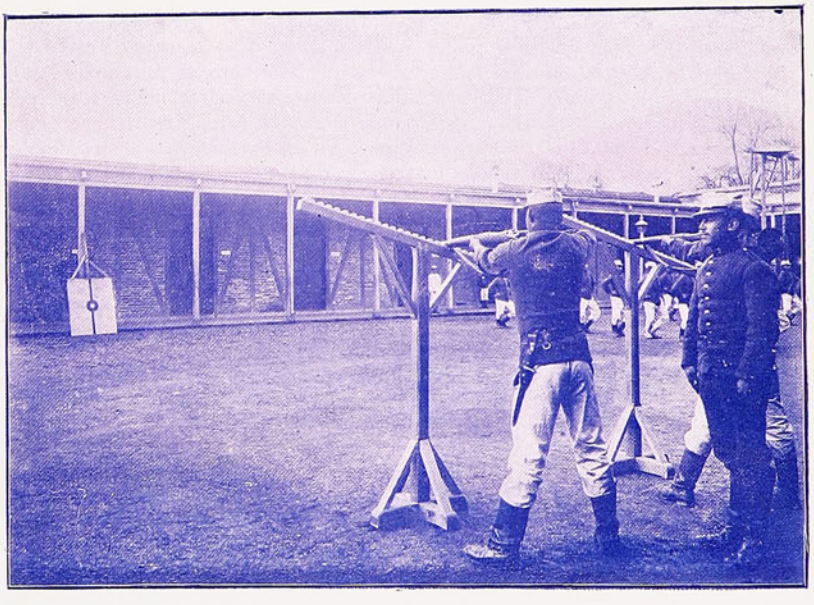
El Jefe del E. M. i sus ayudantes durante el desfile de tropas

En efecto, los conscriptos que se acuartelaron en abril, en los primeros dias de septiembre han sido revistados prolijamente por el Estado Mayor y los jefes de las Zonas, quienes han confirmado este año lo que ya habían observado en los años anteriores, esto es, que los *reclutas* en abril son *veteranos* en septiembre.

El fenómeno es curioso, y como es constante en el norte, en el centro y en el sur del país, y como la disposición especial para la milicia entre los chilenos se encuentra en todas las clases sociales, no podemos menos de creer que hay causas generales, constantes y permanentes en nuestra raza, que la hacen distinguirse por sus cualidades militares.

Ahora bien: hasta hoy, nadie que yo sepa se ha preocupado de averiguar la razón científica ó filosófica, si se quiere, del espíritu militar chileno, por lo cual me tomo la libertad, mi querido capitán, de llamar la atención de Ud. á unas cuantas observaciones que voy á hacerle brevemente sobre este tema, con el fin de que Ud., que está en contacto más inmediato con los conscriptos, vea si corresponden ó no á la verdad.

Ante todo. (¡Admírese Ud. de mi *originalidad!*) los chilenos son muy militares por sus *defectos* y por sus *cualidades*.



En el Batallon Yungay.—Ejercicios de tiro al blanco.—Posicion del soldado

En el Batallon Yungay.—La primera compañia de concriptos reservistas

Y aquí no estará demas que le advierta que no soy de los que dicen que, á fuerza de elogiarnos á nosotros mismos, de callar nuestras faltas, de disculpar nuestros errores—hemos de elevarnos á gran altura en el concepto universal.

Nó! Mil veces nó. El verdadero patriotismo nos obliga á ser severos en la crítica de lo que más nos perjudica como Estado, como Nación, como Pueblo.

Quede para los países afeminados y de espíritu raquítico el adularse, el elogiarse sin motivos justificados, el calificar de heroismo cualquiera vulgaridad.

Los *defectos* que vienen más á cuenta para sobresalir en la milicia son los siguientes: 1.º La falta de iniciativa individual, la cual va siempre acompañada de una dosis proporcional de pasividad, obediencia y sumisión á los que mandan, que es la base de la disciplina; 2.º La afición á estar ocioso ó por lo menos á no preocuparse por sí mismo de ganarse la comida; 3.º La falta de irritabilidad para contrarrestar toda clase de injusticias; 4.º La falta de confianza en sí mismo y el exceso de confianza en los demás, que es lo que hace formar muy pronto el espíritu de cuerpo.

Las *cualidades* de raza en que se funda nuestro espíritu militar, á mi humilde entender, son las siguientes, entre otras: 1.ª El vigor físico; 2.ª El valor moral para sufrir, que es infinitamente superior al valor para ofender; 3.ª La fraternidad, que apenas se juntan unos cuantos rotos, sea en un cuartel, en un hospital, en un taller ó en una cárcel, les permite darse el tratamiento de «compañeros», «hermanitos», «niños», etc ; 4.ª El respeto á la autoridad; 5.ª El sentimiento estético del orden y de la fuerza que nos conmueve instintivamente, desde niños, á la sola vista de un ejército.

Hé aquí, mi querido capitán, los puntos que someto á su consideración, para ver si estamos de acuerdo sobre los fundamentos de nuestro tan reconocido como justamente admirado espíritu militar.

Su Att. y S. S.

SARGENTO PÉREZ

A LA SERENA

Desde el Santa Lucía hasta la arena
Que besa el mar con besos mordedores,
Embriagada en aroma de tus flores
Soñadora te duermes, real Serena!

Cubren tus patios con su sombra obscura
El chirimoyo, el lúcumo y la higuera,
Y la margen del río placentera,
Blando lecho te ofrece, de verdura.

Sierpe engañosa de nativa plata,
El Coquimbo te adula noche y día,
Por tu riqueza, oculta en la bravía
Montaña que al oriente se dilata.

Y el oro, plata y cobre, que confunde
La veta en las entrañas de la mina,
Para tí, el cateador los adivina
Y con fuego y trabajo aquí los funde...

En esta airosa falda coronada
De torres que hasta el cielo se levantan,
Cuando suspiran las doncellas cantan
Y cuando miran dicen:—«*soy amada*!»

Por eso con respeto te saludo
Serena ilustre, histórica y famosa:
Es la mujer en tus jardines diosa,
Y, en tus hogares, su virtud, escudo.

Que alcances la ventura y la riqueza,
Que *alcances* en la mina del futuro,
Serena hermosa, el triunfo más seguro
El del trabajo, el oro y la belleza.

LUZ LIRA.

El Chalet, 1.º de septiembre de 1902.

Páginas Olvidadas

(De EL CHILENO CONSOLADO, por D. Juan Egaña)

El compasivo interés que tomaba la bondadosa alma de *Adeodato* en mis aflixciones, y un cierto candor y dulzura de palabras que se insinuaban en la voluntad, grabaron intensamente en mi corazón sus reflexiones. Como recién llegado no tenía rancho dónde habitar: ofrecíle el mío y lo admitió. Después de una ligera y agradable conversación me recogí á mi cama, según costumbre, donde no pude en toda la noche separar de mi imaginación sus discursos. Es cierto que ellos contenían unas verdades demasiado notorias en la moral cristiana, y que por mi educación deberían serme muy familiares (¿y cuándo las verdades y descubrimientos más sublimes no se fundan en principios muy sencillos, pero bien ordenados?); sin embargo, sumergido mi corazón en los negocios terrenos, no los había observado en aquel luminoso y saludable punto de vista en que me los hizo percibir la influencia de sus palabras, acompañadas del valor que les daban la soledad y los trabajos. Mi alma oprimida necesitaba consuelos, y la experiencia de los actuales sucesos, me convencía demasiado que no debía buscarlos en los hombres. La amistad, que en la juventud es una pasión, cuando con la reflexión de los años pudiera elevarse á virtud, entonces cada hombre se forma un círculo en donde se reconcentra para sí mismo, y atrincherado con el bajo interés, la desconfianza y otros vicios, obliga á que los demás hombres hagan lo mismo: de manera que solo queda para la sociedad el vínculo de las leyes, y las mutuas necesidades. En esta situación, una alma sensible corre en vano por la superficie de la tierra: en la amistad más generosa apenas encuentra débiles memorias, que se disipan á proporción que se alejan el tiempo y el interés; y solo Dios, por cuya inmutabilidad no corren los años, y cuya felicidad nada necesita de nosotros, nos ama con sincera generosidad. Así es, que habiéndome prometido *Adeodato* demostraciones y lecciones que enteramente saciasen mi corazón en este punto, deseaba con ansia llegase la oportunidad de exponerlas.

No la franquearon los primeros días por los afanes domésticos que tuvimos en la choza, y por las muchas incomodidades que á porfía parece se conjuraron en aquella época. Ya dije que *Juan Fernández* se ha hecho famoso por la multitud de ratas, que se han aumentado excesivamente con haber quedado desierta la isla y los almacenes cargados de víveres, que no llevaron los emigrados: de manera, que en todo el tiempo de su abandono, no fueron perseguidas de los hombres ni de los perros. Aunque nos proveimos de gatos montaraces y había compañeros que tenian doce, diez, siete ó cinco en su pequeña choza; pero les temen tan poco aquellas monstruosas é innumerables sabandijas, que matan á los gatos, haciendo frente á los mismos perros, cuando se consiguieron. Ropa, trastos, víveres, todo lo despedazan, ó lo arrastran á sus cuevas, siendo aún más terribles los incendios á que estamos expuestos, porque al menor descuido arrebatan las velas encendidas. Su voracidad es tal, que solo en los almacenes consumen diariamente más víveres que la tropa, á pesar de las precauciones que se toman: ¿qué será en nuestras chozas, donde vivimos envueltos en los alimentos que podemos adquirir?

En tres días, apenas alcanzamos á tapar las cuevas de mi pequeña choza, que la tenían en estado de una próxima ruina, y aunque por entonces se sacarían más de sesenta espuertas de tierra, en ningún día de barrido dejamos de sacar seis ú ocho de un recinto que apenas tiene cuatro varas en cuadro, por la multitud de excavaciones y cuevas que sin necesidad trabajan de noche. Era preciso acostarnos cuando nos hallábamos muy rendidos del sueño, pues de lo contrario el bullicio de estos animales, y el descompasado maullido de los gatos montaraces que teníamos amarrados porque rompían los techos y arremetían la gente para fugarse, no permitían dormir. Este mismo inconveniente ocasionaba el soplo violentísimo de los huracanes, cuyos silbidos y estremecimiento de los ranchos, impide toda quietud, mortificando la cabeza, é irritando el ánimo, como ya dije, (acaso por la acrimonía de las partículas salinas que recogen en la inmensidad del grande océano del sur, por donde vienen sin participar la menor exhalación de planta terrestre; pues aunque los nortes que soplan de tierra son impetuosísimos, no causan este efecto). Ellos inundan de tanto polvo los ranchos, y aun los alimentos, que al comer, siempre quedan los platos con un gran sedimento de tierra, sin embargo de la precaución de cerrar las puertas.

En el día, y en la estación del verano, cubría las chozas una multitud increible de moscas colosales, que nos tenian afanados en la incesante tarea de arrojarlas y consumirlas por su asquerosidad y punzantes aguijones. Pero sobre todo, aquel terreno sumamente húmedo, con los calores interiores y de la estación, la multitud de tierra y de ratones, y nuestra falta de recursos para el aseo, produce tanta multitud y tan perenne de pulgas de magnitud extraordinaria, que ellas solas nos ocasionan días y noches más penosas que todas las plagas que hemos referido. Acaso parezca despreciable esta relación á quien no ha visto ó sufrido por más de dos años como nosotros, tales plagas, que solo son explicables cuando se toleran. Lo cierto es, que aquel gobierno con el comercio exclusivo que tiene en la tropa, y la venta de cuanto produce el terreno, ó puede servir para la vida, proporciona al gobernador cerca de 16.000 pesos anuales; que éste habita unas casas, que son las únicas fabricadas con toda comodidad, abrigo, aseo y seguridad; que es sumas

mente servido de tropa y presidiarios; y que siempre está acompañado de su familia y ocupado en su provecho; pues á pesar de todo esto, y de que se escogen hombres pobres para este destino, el que tenemos actualmente se halla en la mayor desesperación.

A todo esto mi amable compañero en cuyo corazón parece que fijaron su asiento la serena paz y la conformidad, sufría y trabajaba alegremente, procurando alentarme y disipar una melancólica habitud que había contraído con la soledad y el mal de estómago, que me obligaba á pasar dieciocho horas diarias entre los cueros de mi cama.....

.....

Más terrible sin comparación fué el incendio de 1816 (el tercero de los que hemos padecido), y á que es muy expuesta la isla con las habitaciones pagizas y la constante impetuosidad de los vientos, de suerte que al menor descuido con el fuego ó las ratas que arrebatan las luces, ocurre una catástrofe de estas.

A las once de la mañana se vieron arder en un punto las mejores habitaciones destinadas á los capellanes, sin que pudiesen reservar cosa alguna nueve personas que las ocupaban, y entre ellas don Juan Enrique Rosales con dos hijos, y una hija cuya piedad filial la empeñó en acompañar á su benemérito y enfermo padre. En el mismo instante las llamas conducidas por el viento, incendiaron las habitaciones vecinas y sucesivamente toda la quebrada, viéndose arder las chozas con cercos y cuantos auxilios de subsistencia contenían. Como el viento era de lo más impetuoso, y enteramente dirigido á la población, no dudamos que perecería toda, y cada uno apuraba el resto de sus fuerzas para conducir lejos lo que permitiese la celeridad del incendio. Uno de los grandes peligro era, que las llamas llegasen al depósito de pólvora á cuya defensa ocurrió la tropa; pero aun nos restaba el mayor: esta era la conflagración entera de la isla, que siendo toda un bosque de antiquísimos y corpulentos árboles y arbustos, sin que halla una sola cuadra sin combustible, bastaba que permaneciese algún tiempo más la impetuosidad del viento. En el conflicto del horrísono contraste que hacían el traquido del fuego, el bramido de las furiosas olas y los clamores desesperados de la gente, aún era más terrible la impresión de los ojos viendo aquel inmenso golfo de llamas. Muchos convertían su agonía hácia un antiguo y maltratado lanchón, que por su destrozo y falta de aperos era inutil para salvarnos á cien leguas de distancia que se hallaba el continente.

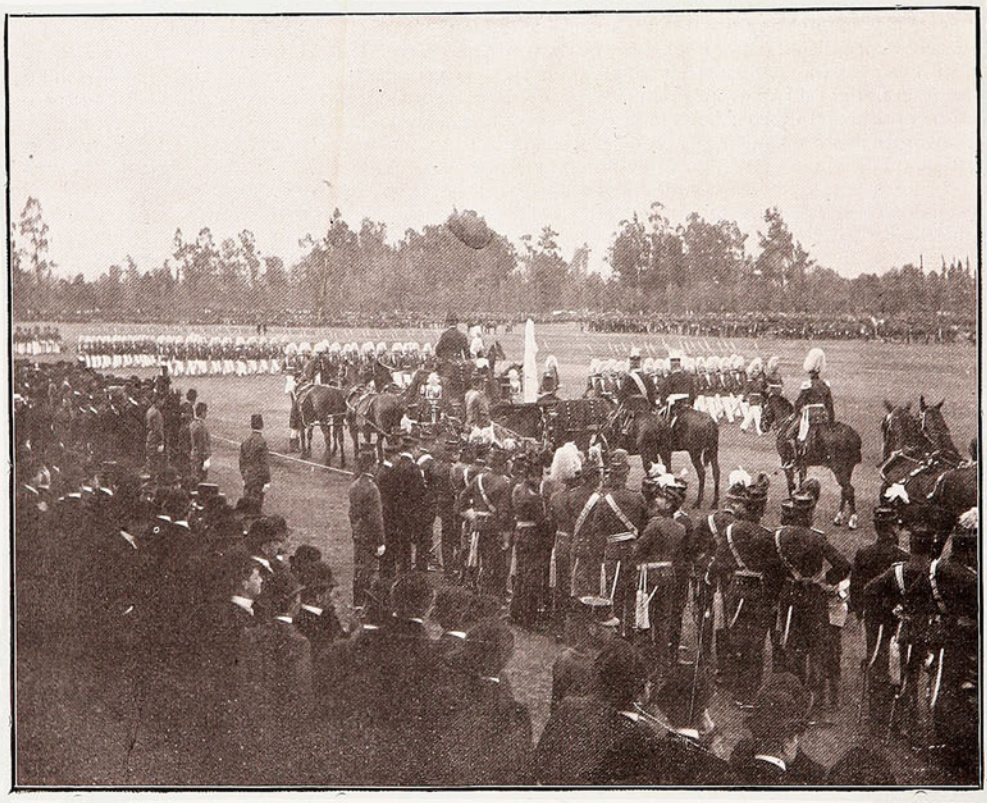
En medio de tan terribles escenas se presentó una, cuya memoria lastimará siempre nuestros corazones. El desgraciado y bondadoso caballero don *Pedro Nolasco Valdés*, hermano político del ultimo presidente de Chile conde de la Conquista, fué arrebatado á este presidio en circunstancias que horrorizan la naturaleza. Su sensible y benemérita esposa, señora más ilustre por su prendas morales que por su distinguido nacimiento, resentida ya de varias indisposiciones habituales, se le agravaron con los sobresaltos de la ocupación de Santiago, hasta que falleció. El día de su muerte fué sin duda el más amargo de la vida de un esposo que quedaba con seis hijos, con pocos recursos, y sin tener á quien encomendar la custodia y educación de estas criaturas casi en la infancia.

Su dolor tuvo que sacrificarse á la dura costumbre de acompañar el cadáver de su esposa cuando le conducían á la iglesia; y vuelto á su casa después de este triste deber, le rodearon sus tiernos hijos todos anegados en lagrimas que mezclaban con las copiosas del padre, quien recomendándoles la memoria y consejos de su virtuosa esposa, les prevenía el nuevo plan de vida que debían observar con arreglo á las circunstancias; y en esta triste escena fué cuando se presentaron improvisadamente los soldados que arrancándole de los brazos de sus hijos lo condujeron á un cuartel, y de allí en una bestia de albarda, á la *chasa* de la corbeta.

Es inexplicable el terror que oprimió á aquellos inocentes. Tímidos y afligidos al extremo con el horror de las tropas que los cercaban, unos caen, otros salen abrazados del padre hasta la calle: los dos mayores corren al palacio del presidente: lloran allí, claman, ruegan; pero es en vano, no se les permite entrar, y después que lo consiguieron por el respeto de otras personas, se les niega todo consuelo.

El mayorcito, modelo de los hijos y héroe de la piedad filial, no cesó día ni noche (en catorce meses) de ocurrir al palacio, llorar y practicar cuantas diligencias le aconsejaban para la restitución de su padre, que consiguió al fin; y con la providencia le acompañó una carta, donde se manifiesta toda la sensibilidad del amor y la inocencia, agitada de las prisas del deseo: allí se explican los tiernos placeres, las dulces esperanzas de cada uno de sus hijos. *Padre* (le decía el menor): *en el momento que llegue el buque no se detenga V. un instante en embarcar su cama; no converse V. con nadie.* El mayor le decía: *padre mío: cuidado que una tempestad (como sucedió á los del viaje anterior) no se arrebate el barco y llegue sin V.: monte V. á bordo al instante; ya yo tengo asegurado un caballo en que vuelo á recibirlo al puerto, para servirle y ser el primero que le abraze.* Cada una de sus hijitas le anunciaba el amoroso don que había trabajado por sus manos y con que le esperaba, prometiéndole contar las lágrimas derramadas y los trabajos que había sufrido en su ausencia .....

.....



18 SETIEMBRE

En pleno patriotismo

Nos encontramos en los días de las festividades patrias, y el sentimiento patrio se nos sube á la cabeza como sube la savia á las ramas de los árboles y se nos sube un vaso de ponche desde el estómago hasta la región oscura del cerebro en que se elaboran los discursos y las bofetadas.

La primavera nos sacude y nos invita á las fiesta como con un alegre sonido de cascabeles; sentimos que la sangre bulle y nos pica la piel; nos baja al corazón un intenso amor hacia los padres de la patria; hay como una nueva vida, como un resurgimiento de juventud dentro de nuestro organismo; nos parece que somos «otro hombre» y nos lanzamos como hombres nuevos á gozar de la vida, en honor y gloria de los susodichos padres de la patria.

Sin embargo, por mas voluntad que he puesto en averiguarlo, nunca he logrado saber qué relación hay entre esos padres y la manera que usamos de festejarlos en estos días. Todos los años se repite el mismo sistema de festejos: banquetes, carreras de caballos, fuegos artificiales, ponche, empanadas fritas y puñaladas; y todo ello amenizado con abundantes discursos. Y no veo ya que ganen mucho en gloria y honores aquellos hombres que nos dieron patria y libertad (frase consagrada para los editoriales de estos días) con que nosotros, sus descarados biznietos, nos peguemos una indigestión con guisos franceses ó chilenos, asistamos á unas carreras en inglès, oigamos muchas latas oratorias en mal castellano, veamos quemarse unos fuegos chinos ó nos subscribamos con cuota máxima para una mona cosmopolita.

Pase en honor de Freire el freir de las empanadas; pase también que en honor de los Carreras se hagan las idem de caballos ingleses en el Club Hípico. Pero ¿para qué comer tanto en honor de San Martín, si éste fue el más sobrio de los patriotas, como que ni siquiera usaba dentadura, á lo menos después de viejo? ¿por qué arruinar con tantos discursos á Rodríguez, autor del mas breve discurso patriótico que se conoce: «Aún tenemos patria, ciudadanos?»

Y lo que se hace en Santiago se copia fielmente en todas las demás ciudades, villas, aldeas, lugares y caseríos de la república, sin más variaciones que las que obligue la falta de recursos. Así en la pobre aldea, cabecera de municipio, poblada por trescientos habitantes, el programa de las fiestas de Santiago recibe las siguientes transformaciones:

1.ª En lugar de un banquete oficial, un cordero asado, pagado por los vecinos y comido por todos los municipales y sus familias hasta el cuarto grado de consanguinidad ó de afinidad lícita ó ilícita, inclusive;

2.ª En vez de la iluminación general con focos y lamparillas eléctricas, la oscuridad particular desafiada insolentemente por dos docenas de farolillos chinescos con vela de sebo;

3.ª En reemplazo de los fuegos artificiales, hasta seis paquetes de cohetes y media docena de voladores, llamados así porque hacen volar espantados á los caballos maneados de los municipales reunidos (los municipales nó, los caballos) en sesión de cordero al asador;

4.ª En imitación de los discursos oficiales con banda de músicos, lata histórico-patrio-pedagógica por el preceptor de escuela provisto de mayor chaqué, con acompañamiento de la canción nacional desafinada por la escuela mixta de la localidad, mientras una banda de pillos huele el cordero asado y se lo roba; y

5.ª En remedo de las carreras inglesas del Club Hípico, carreras de burros locales, en que para mayor solemnidad figura como número uno, el hijo del Alcalde.

Y todo lo demás va por el estilo: el que ha visto una de estas fiestas las ha visto todas. Variantes fundamentales, son escasísimas: la imaginación, sea en Santiago, sea en Taltal, sea en Pichiropulli, no da para más, salvo el caso de un terremoto ó algo semejante.

Pues con ser tan escasas, me tocó una vez ser testigo de una variación substancial.

Se celebraba el Dieciocho en una ciudad pequeña, no muy distante de Santiago, que, como había podido disponer de cuatrocientos pesos erogados por la Municipalidad y otros tantos subscritos por los vecinos, se había permitido el lujo de celebración de tercera clase, en lugar de cuarta: seis piezas de fuegos de artificio, elevación de tres globos y un banquete para señoras y caballeros.

Llegada la hora del *champagne*—sustituido por chicha embotellada—el comandante se puso en dos pies, bastante pálido y trémulo, con un legajo de papeles en la mano izquierda, y la derecha colocada sobre el corazón. —¡Viva el comandante Celedón!—gritó con entusiasmo la concurrencia.

—¡Viva nuestro antiguo orador popular!

—¡Déjenlo, déjenlo hablar!—¡Qué no lea discurso escrito: que improvise!

—¡Sí, que improvise!—asintieron todos.

—¡Que improvise en verso!—dijo la viejita, deseosa de poner en apuros al orador.

—¡Bien, bravo: en verso, en verso!

El orador no pudo negarse á aquellas peticiones del auditorio, que tan bien acreditaban la fama poética del comandante. Y éste, después de mirar al techo en busca de inspiración, comenzó solemnemente de esta manera:

Es el amor la alegría—Que embellece el corazón...

Aquí faltáronle el consonante y, sobre todo, las ideas, y el orador se detuvo, mientras el auditorio escuchaba conmovido. Una nueva mirada al techo y el comandante volvió á empezar con grandes bríos:

Es el amor la alegría—Que embellece el corazón...

Pero nuevamente se le plantó la inspiración, mientras la concurrencia se ponia nerviosa y convulsa. El comandante Celedón, miró el techo, la mesa, las lejanas perspectivas de la sala, las arañas que la alumbraban y las que la decoraban con sus telas; y calculando que, como se hace con los caballos empacados, hay que hacerles tomar vuelo para que salten, volvió atrás y comenzó por tercera vez:

Es el amor la alegría—Que embellece el corazón...

Y tercera vez comenzaba á atascarse, cuando saltó prontamente la viejecita y le completó la estrofa:

Mírame con compasión—No me dejes, madre mía.

Con lo cual, concluyeron el discurso y el banquete, que son los mejores á que he asistido en mi vida.

RONQUILLO.

Las empanadas de Ña Peta

UN DIECIOCHO EN RANQUIL

El estreno de la Compañía Lírica en Santiago, las primeras carreras en el Hipódromo de Viña del Mar, la parada del 19 de septiembre en el Parque Cousiño ó cualquiera otra cosa que interese y conmueva á casi toda la ciudad,—sólo pueden compararse con la exitación de toda la villa de Ranquil y seis leguas á la redonda, cuando se acercaba el *Dieciocho*, en aquellos tiempos en que yo era niño.

Pero ¿qué fiestas, qué bailes, qué regocijos públicos había en Ranquil, que explicaran el movimiento extraordinario de la población, desde los primeros días de septiembre?—¡Ah! No era nada lo del ojo: para el *Dieciocho*, Ña Peta todos los años hacía un amasijo!

Desde los primeros días de septiembre, como llevo dicho, en los caminos solían detenerse los viandantes y trabar diálogos como este:

—¿De dónde bueno, amigo?

—De Ranquil.

—¿De Ranquil? ¿Y sabe usted si amasará este año Ña Peta?

—Talvez no amase, hiñor, porque está enferma de una mano.

—¡Uff! ¡Tá, tá! Mal *Dieciocho* se nos espera, amigo, si no amasa Ña Peta.

—Ya han eido dos aliñadores, uno de Penco y otro del Tomé á hacerle remedios en la mano á Ña Peta.

—¡Dios quiera, que se mejore!

—Dios lo oiga, patrón.

En efecto, las masas de Ña Peta eran un alfajor. ¡Qué suavidad, qué sabor, qué manera de deshacerse en la boca produciendo todos los matices del gusto á nueces, á almendras, á anis, á manteca, á todo lo bueno, sin confundirse en un sólo gusto jamás!

Por esto, cuando se anunciaba ya definitivamente que Ña Peta iba á amasar para el *Dieciocho,* se despoblaba toda la comarca, y desde las cinco de la mañana, el *rancho* en donde se hacía la venta de las empanadas, se veía asediado por una muchedumbre inmensa.

Todas las fiestas con que se celebraba el *Dieciocho* en Ranquil, giraban en torno del amasijo de Ña Peta. En efecto, si buenas eran las empanadas de horno, las fritas eran deliciosas: una docena, no servía sino para abrir el apetito para otra docena; aquello era de nunca acabar...

La primera hornada salía á las seis de la mañana: al almuerzo, cazuelas y empanadas; en la tarde, empanadas y *ponche;* en la noche, zopaipas y empanadas.

El baile, la topeadura, el palo ensebado, todos los entretenimientos se suspendían á cada instante para... comer unas empanaditas.

¡Ah! ¡Qué tiempos aquellos en que todas mis ambiciones *dieciochiles* se reducían á lograr unas cuantas empanadas de Ña Peta! ¡Qué tiempos aquellos en que esas benditas empanadas sabrosísimas me llenaban de alegría para cantar y bailar con las lindas serranas de Ranquil, en rústico idilio, hasta el cansancio!

J. DE D. BRAVO

Santiago, 20 de Setiembre de 1905

COMBATE ENTRE UN TIGRE Y UN ELEFANTE

El rey de Annam ha ofrecido á la población europea de Hué un espectáculo poco común: el combate entre un elefante y un tigre.

El tigre, capturado por Su Majestad en persona, había muerto ya á varios indígenas, y el elefante procedía de Quang Ngai, donde había dado muerte á su cornac y tenido á mal traer á otros tres annanitas

Los dos adversarios prometían. Desgraciadamente, la víspera del día elegido para el combate público, Su Majestad quiso ensayar á los dos enemigos. De este primer encuentro salió el tigre muy debilitado y el elefante seriamente herido de varios zarpazos. Así es que al día siguiente se presentaron ante el público bastante desganados.

Excitados por los gritos de los cornacs y azusados á picanazos, después de algunas hesitaciones, el elefante tomó la ofensiva. El tigre saltó sobre él que lo recibió oprimiéndole con la trompa las costillas como para rompérselas, pero logró zafarse de tan cariñoso abrazo, é intentó saltar sobre la pata izquierda de su adversario. Este que poco á poco se había enfurecido, le dió una coz formidable, y esperó. El tigre se acostó contra la valla y no volvió á moverse. Estaba muerto.

El combate duró pocos minutos.

TIPOS DE BELLEZA VARIABLES

¿Cuál es el tipo de belleza, que por el momento se admira más en Inglaterra?

Con el automovilismo, los juegos en los cuales hay que correr ó andar mucho, el uso de raquetas de «tennis», varas de «golf» y otros aparatos semejantes, las jóvenes modernas poseen colores subidos y manos y pies más grandes, lo que, según cierta parte de la sociedad, es poco distinguido. El cabello desordenado sienta mal y no es muy bien visto y los pies y manos demasiado grandes no son propios de una mujer que quiere ocupar su puesto en la alta sociedad, por lo menos no le permitirán aspirar á elevarse tanto como podría en otras condiciones. Lo cierto es que los gustos cambian. La persona menuda, de tez pálida, de pies y manos pequeñas imcapaz de servir para otro propósito que usar el tamaño más pequeño de guantes y de botines, ya no es rebuscada por la mayoría de los hombres: semejante frajilidad, cuando acaso se la encuentra, es mirada con curiosidad ó á lo sumo excita simpatía, pero hoy la mayor parte de los hombres gustan de las mujeres altas, de mejillas sonrosadas, y de movimientos activos, capaces de tomar parte con placer en los juegos al aire libre.

Esto es un bien para los hijos y las hijas futuras de Inglaterra, pues la mujer que se dedica á los juegos y demás ejercicios atléticos, se pone conscientemente en las mejores condiciones para hacer frente á las múltiples exigencias de la vida moderna.

Flore

y

Esperanzas

e

Ilus

PRÁCTICA DE ARTILLERÍA EN LA MARINA NORTE-AMERICANA

En la *American Review of Reviews*, Mr. G. Upton Harvey escribe acerca de las maniobras de una escuadra de guerra en tiempo de paz, y dice:

«La invención de un nuevo sistema de ejercicio para los artilleros, como si fuera secreto, se guarda cuidadosamente; secreto que ha conducido al abandono de la práctica del cañón de subcalibre, y ha adelantado maravillosamente la puntería en nuestra marina. Hoy día los records de nuestros buques por rapidez y acierto en el fuego, son la envidia de los marinos del mundo.

En otros tiempos el ejercicio de tiro al blanco estaba reducido principalmente á tirar á un barril ó boya con cañones de subcalibre con tiros ocasionales, proyectiles de ordenanza y reducida carga de pólvora. Se estacionaban lanchas de observaciones comparativamente cerca del blanco para juzgar y registrar los tiros Bajo el nuevo sistema, los apuntadores hacen constante ejercicio, pero sin ningún desperdicio de municiones. Y cuando llega el tiempo para la práctica anual de tiro al blanco, se usa la munición de ordenanza en todo menos en los grandes cañones, y en éstos la carga de pólvora es ligeramente reducida.

El tiro se señala en la forma de un triángulo equilátero, el blanco marca el vértice y el ángulo de la base está indicado por boyas abanderadas. Para cañones de seis pulgadas y más, el triángulo tiene 1,500 yardas en un lado, y el blanco es de 16 pies de alto y 22 pies de largo. Para cañones de menos de seis pulgadas el lado del triángulo es de 1,000 yardas, y el blanco se reduce á la mitad de la altura. La puntería se hace sólo con un cañón á la vez, y como cada cañón y cada grupo de servidores de él se ejercitan por turno al blanco, se requieren como de una semana á diez días, aún con muy buen tiempo, para que cada buque de guerra ó gran crucero complete su turno en el tiro.

El ejercicio es tanto de rapidez de fuego como de puntería; por consiguiente, el fuego debe principiar y cesar con señales cuando el buque navega con un andar de diez millas á lo largo de la base del triángulo. En el caso de usarse cañones de trece pulgadas, el límite de tiempo es cinco minutos. Hace algunos años este límite de tiempo habría admitido solamente uno ó a lo más dos tiros. El record es de once tiros, y partidas de nueve á diez tiros dentro de los cinco minutos no son raras. El record de rapidez y puntería con cañón de 13 pulgadas es de once tiros con diez acertados Este fué ejecutado en condiciones extraordinariamente favorables, en buen tiempo, en el puerto de Manila.

El ejercicio de tiro al blanco es costoso, pues cada tiro vale como £ 100, pero el público no tiene por qué resongar de ello.»

CHASCARRILLOS

Un caballero anciano:—¡Aló Jenkins! ¿has estado pescando? ¿Y qué has tomado?—Jenkins, con cierta tristeza: tomé el tren de seis, para irme.

* * * * * *

—Bien, Tomasito, tengo mucho gusto al ver que te estás portando mucho mejor en la escuela, dijo el tío ¿Has ido toda la semana á ella sin que te hayan azotado? ¿No es así? —Sí, señor, el maestro estaba enfermo de un brazo.

* * * * * *

—¡Santiago, mira! ¿cuándo me vas á pagar la media chaucha que me pediste prestada? ¿Préstamo?—hombre, la gané esa media chaucha. Tuve que trabajar contigo por espacio de dos horas antes de obtenerla de tí.

* * * * * *

Samuel dice suavemente:—Mi querida, un hombre fué muerto por un bandido y su mujer se salvó por un botón en que dió la bala. ¿Y la señora de Samuel?—Bien ¿y qué más Samuel?—Nada, sino que el botón estaba cosido ahí.

* * * * * *

— ¡Mire ese terno que compré en su tienda, ayer, está cubierto de agujeros de polilla! El comerciante:—eso está perfectamente. La polilla nunca pica al algodón y cuando las señoras y los caballeros vean esos agujeros conocerán que usáis únicamente valiosos ternos de rica lana.—X.

NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

CONSTITUCIÓN CRISTIANA DEL ESTADO, *por don Alberto Vial Guzmán, un volúmen en 8.º de 320 páginas.—Imprenta Barcelona.*

De las afirmaciones tímidas es fácil pasar á las negaciones cobardes y de éstas á los transfugios ó a las transacciones vergonzosas: tal es el camino que en rápido descenso han seguido muchos espíritus débiles que han contribuído en las letras, en la política y en la vida práctica á formar el triste cuadro de la decadencia moral en ciertas épocas y en diversos países.

Mas, como la verdad ha tenido siempre el privilegio de contar con adoradores fervientes, enérgicos y hasta heróicos á veces, ha habido en todo tiempo algunos valientes de la pluma, de la espada ó de la palabra que han resistido á la corriente de su época y, en vez de dejarse arrastrar por ella, la han contrariado ó la han encauzado.

El señor Vial Guzmán, como lo manifiesta su reciente libro sobre los fundamentos filosófico teológicos de la sociología, no es de los escritores tímido y apocados que envuelven sus conceptos en mil frases incidentales para desteñirlos y paliarlos hasta dejarlos nebulosos, inciertos, indefinidos. Por el contrario, la obra de cuya aparición damos cuenta en esta breve reseña, es precisa, lógica y contundente, y está escrita con aquella antigua y elegante sobriedad clásica de que hay pocos ejemplos en la moderna literatura castellana.

EL HOMESTEAD, *por don David Costa Pruneda, un volúmen, en 4.º.— Imprenta Barcelona.*

El joven magistrado, autor de esta obra de verdadero mérito, creemos que ha prestado con su libro un servicio importante al progreso de las ideas que ya felizmente van abriéndose camino entre nosotros, relativas á la constitución, defensa y estabilidad de la propiedad patrimonial.

Sin hogar estable, casi es imposible que subsista la familia organizada que es la base del orden y del progreso material y moral de la República. Así lo comprendieron oportunamente los hombres que fundaron la grandeza de los Estados Unidos. De aqui el que, aunque tarde, algunos hombres de estudio entre nosotros hayan vuelto los ojos á la institución del *Homestead* para transplantarla á nuestro suelo. Mas, para establecer una legislación especial sobre esta materia, hacía falta un estudio concienzudo sobre ella; por lo cual la obra del señor Costa Pruneda á su mérito intrínseco une el de la oportunidad.

B. M.

EL ASNO MURMURADOR

(Fábula política)

Proyectaban un viaje ciertos brutos
Por buenos pastos y sabrosos frutos:

En las preparatorias reuniones
Cada cual exponía sus razones,

I discutían todos con franqueza,
Haciendo un mono mico de cabeza;

Mas un asno con cascos de hombre sabio,
Ni por pienso, jamás desplegó el labio.

Aprobóse, por fin, un buen proyecto
De un mono ya viejon, mono provecto;

Cada cual se caló un viajero traje
Y, en el nombre de Dios, empezó el viaje.

Mas siempre que se andaba muy ligero,
Blasfemaba el jumento majadero;

Y cuando más pausado se marchaba,
El asno displicente se quejaba.

A menudo decía:—«piano, piano»
Canta un sabio refrán, «si va lontano.»

Del autor de aquel viaje hablaba horrores
Y de un mono burlón sólo primores;

Y murmuraba tánto el vil jumento,
Que casi ya infundía desaliento.

Mas al llegar al término del viaje,
Halló el asno magnífico el talaje.

En un prado cubierto de verdura
Comió, como borrico, hasta la hartura.

Y estando avutardado por lo lleno,
Se le puso el humor como un veneno.

Testigo de todo esto el mono mico,
Ordenó desterrar de allí al borrico,

Diciendo en su decreto, entre otras cosas,
Las siguientes notables y famosas:

«Que murmuren los sabios ¡vaya! pase;
Pero no los borricos de esa clase.

Del que no sabe nada de política,
No se acepta el consejo ni la crítica;

No merecen los tontos más fortuna
Que los perros que ladran á la luna.»

MALÓN DE CHILDE

Estudio del natural, por J. Foradori

Ofrendas a la República.—Bajorelieve del señor Guillermo Córdova

Rusia Contemporánea

(Correspondencia especial para CHILE ILUSTRADO)

El primer parlamento ruso

En la *Contemporary Review* de junio, escribe Mr. Dillón en tono ligeramente ditirámbico acerca del Congreso de los representantes de los Zemtvos al que él asistió.

El Congreso Zemsky. Dice:

El viernes por la mañana, mayo 5, el más importante, imponente é influyente de todos los conciliábulos de los revolucionarios, el Congreso Zemstvos se abrió en Moskou por el Conde Heyden, el presidente de la sociedad Económica Imperial. Era ni más ni menos un Parlamento Ruso, elegido y autorizado por una gran sección del pueblo, para discutir proyectos que entrañaran leyes fundamentales á las que sólo faltan la sanción Imperial. Pero parece que serán obedecidas con tanto ardor y talvez más generalmente que los estatutos comunes, preparados por el Consejo del Imperio.

Su Presidente: el Conde Heyden.

El primero de los Parlamentos Rusos fué presidido por el Conde Heyden.

El mayor de edad, un caballero anciano, de aspecto benévolo, que es la verdadera encarnación de una mano de hierro en un guante de terciopelo, el Conde Heyden era un presidente ideal. Bien puede dudarse si acaso en un país parlamentario, sin exceptuar á Inglaterra, que se hubiera podido encontrar un presidente más firme, más pronto, más afable é imparcial. Si no hubiese sido por la habilidad con que este presidente atendió á todas las cosas como un nuevo ministro reformista, economizando el tiempo del congreso, probablemente aún estarían en sesión.

El organizador: M. Kokoshkin.

El más preparado controversista en el congreso era M. Kokoshkin, un hombre nuevo, joven trabajador y celoso en la causa del pueblo. Secretario de la comisión provincial en Moskou, había sido miembro del comité que confeccionó el programa y organizó la asamblea; y tocó á él defender, explicar ó modificar los varios proyectos discutidos. Esto lo hizo con admirable concisión, fuerza lógica y notable conocimiento de los detalles.

Recomendaba como la mejor forma de gobierno representativo, dos cámaras, de las cuales, una, la baja, se compondría de diputados, formados en la base del sufragio universal, y la alta, consistiría de delegados enviados por los Zemtvos, cuando se hubiesen formado en las filas democráticas, en los distritos rurales, por las municipalidades en las ciudades y por cuerpos nacionales como los fueros polacos y las actuales dietas Finlandesas en las provincias autónomas.

Su orador: M. Lyoff.

Talvez el más inspirado orador en el Congreso, era Nicolay Nicolayevich Lyoff, un noble, joven aún, muy ardiente, modesto y altruístico. Su elocuencia no estaba basada en la retórica; nacia ella de su ardiente simpatía por su pueblo, sus designios y la verdad y la justicia; y su apelación á los obreros que pensaron y sintieron como él, produjo un inmediato y poderoso efecto. Se reveló entónces entusiasmo por la primera vez en la asamblea, y los hombres se sintieron impacientes por no poder proceder de las palabras á los hechos. Nicolay Nicolayevich Lyoff, miembro por Saratoff es favorablemente y bien conocido en Rusia y su bien marcada reputacion de revelado patriotismo dispuso de sus palabras.

Su filósofo moral M. Petrunkevitch.

Mr. Dillón se expresa muy entusiasmado de M. Petrunkevitch. Dice: Pero si uno pudiese concebir un obrero social en el que estuviesen mezclados en una armoniosa personalidad, las más simpáticas cualidades mentales y físicas de St. Bernard y M. Gladstone, el resultado ofrecería una tolerable semejanza á la impresión que uno recibe de I. J. Petrunkevitch, después de siete horas de sesión, ó de diez años de haberlo conocido. Si se me pidiese poner en las más pocas palabras, la tendencia esencial de la política y esfuerzos de I. J. Petrunkevitch, lo definiría como el vivificador de la política y la moralidad.

Otros notables.

Entre los demás miembros prominentes de esa histórica asamblea, estaban el infatigable y elocuente M. Rodicheff, el agudo satírico M. Schpakin, el segundo de los hermanos Petrunkevitch, los dos príncipes Dolgonoukoffs, que eran miembros del comité, el príncipe Dimitri Shakhoffshtog y el miembro por Novogorod Kolybakin. Todos son hombres públicos de que no solo Rusia sino cualquier país estaría orgulloso. Y sin embargo todos son sujetos de mala conducta, sino criminales á los ojos de la autocracia.

Y por consiguiente tienen majia á los ojos del Mr. Dillón.

Será interesante ver si acaso algunos de estos héroes aparecerán en el verdadero Parlamento ruso que será luego citado por el Czar.

La magnificencia de la corte de Rusia

En el *Century Ilustrated Magazine*. Mr. Herbert Hagerman, antes secretario en la Embajada Americana en Petersburgo, describe la excepcional magnificencia de la corte de Rusia. Por supuesto nadie es invitado a un baile de corte sin haber sido antes presentado en la corte; sucede rara vez tratándose de extranjeros.

«Si se ajustan mucho las reglas respecto á extranjeros, son tan severas como para los rusos mismos. Una lista completa de los que tienen el derecho de asistir á una recepción oficial de un embajador ó á un baile en la corte en San Petersburgo, entrañaría un completo examen del origen y naturaleza de la gerarquía rusa y aún de todo el sistema político. Esto sólo puede tocarse aquí, y en realidad, es tan complicado que sólo un ruso nacido y criado bajo ese sistema puede entenderlo bien.

Mr. Hagerman dice que no hay mucha alegría ahora en la corte rusa, y la razón que da para esto son las excesivas ocupaciones del Czar.

»Talvez tiene más que hacer, aún en tiempo de paz, que cualquier otro hombre en el mundo. Combinad la responsabilidad del presidente, del gabinete, congreso, los gobernadores de los estados. legislaturas de los estados y alcaldes de las principales ciudades de los Estados Unidos, y principiaréis á formaros una idea de la carga que gravita en los hombros de Nicolás II. Nada finaliza ántes de que él se imponga y la masa de detalles que actualmente llega hasta él, es sorprendente.

El gran baile

Pero cuando la corte rusa tiene festividades en el Palacio de Invierno, son sin duda «más magníficas que cualquiera otras en el mundo» Y esta es la verdad, cuando tiene lugar el gran baile de la estación rusa.

Se usa entonces la hilera de enormes salones en el segundo piso del palacio. Este es tan ancho que probablemente ni una quinta parte de sus departamentos, tan apropiados, se usan en esta ocasión, apesar del hecho de que como cuatro mil personas son invitadas. Los huéspedes van escoltados por heraldos, atravesando salones y ante salas, á la sala de Nicolás I. Durante este largo é interesante progreso, está uno constantemente sorprendido con la belleza y variedad de las libreas y uniformes. En cada rincón se encuentra estacionado, un sirviente de palacio cubierto de algún traje deslumbrador.

De repente, se abren las puertas empujadas por detrás y la orquesta, en silencio hasta ese momento, prorrumpe con la real polonesa glinka. Su majestad Nicolás II y la emperatriz Alejandra Frederowna, altanera y bella, aparecen. Se detienen por un momento y toda la asamblea, obrando como á impulso de un resorte, se inclina en respetuoso homenaje.

Después de la polonesa de la partida imperial (que solo es un paseo ceremonioso dos ó tres veces por el salón) el Emperador y la Emperatriz, hablan por un momento con el decano de los diplomáticos y principia el baile. La Emperatriz misma no puede aprovecharlo mucho,

La fuente de Neptuno.—Alameda de las Delicias.—Santiago

porque las conveniencias exigen que ella solicite á los embajadores para que la acompañen en las contra danzas. Algunas veces estos caballeros aunque aristocráticos ó poderosos, no son jóvenes ni tienen gracia y como frecuentemente saben poco ó nada de bailes, el resultado no puede ser del todo agradable ó para ellos ó para la Emperatriz. Ella suele alguna vez llamar algún oficial joven para bailar el valse á dos tiempos con ella, y aún entonces ha de bailar solo esta pareja; las varas de los maestros de ceremonia golpean el suelo y todos los demás danzantes se retiran inmediatamente

Antes de la cena como en todos los bailes rusos, grandes ó pequeños, se baila la mazurka, ese facinador y peculiar baile ruso tan popular en todas las clases de la sociedad.

La cena no es del todo ligera, servida con cuatro ó cinco vinos y un sirviente para cada cuatro convidados; los cuales estan todos sentados y servidos simultáneamente, así que cuando la Emperatriz se levanta todos deben haber concluído. Con cuatro ó cinco servicios y 4,000 convidados, la cantidad de porcelana imperial puede calcularse cuánta será. No es admirarse, piense el escritor, que el esplendor de las ceremonias rusas sea casi bárbaro.

Cómo se alivia á los pobres en Rusia

Pocas personas hacen mejores trabajos que Mr. Edith Sllers. Se lo pasa yendo y viniendo por todo el continente europeo tratando de descubrir sugestiones basadas en la experiencia de otras naciones, respecto al mejor método para resolver los problemas sociales perturbadores. En el *Nineteenth Century* de junio describe su investigación en Rusia.

Destello de luz

Su requisición no fué del todo infructuosa. Dice «ningun pueblo es más malbaratador en su caridad que el ruso; ningún pueblo da limosnas con tan neglijente descuidada generosi-

dad. Nunca estuve en un pais donde haya tantas instituciones particulares para el beneficio del pobre, especialmente para el pobre de edad avanzada Pero apesar de que el Estado nada gasta en el alivio del pobre y las autoridsdes locales solo una escasa pitanza, la corona desparrama grandes sumas en limosnas. La mitad de los orfalinatos, escuelas de caridad, casas de sanidad en el Imperio, así como tambien las grandes casas de expósitos, están sostenidas con fondos provistos por el Czar y miembros de su familia.

La ciudad modelo del Imperio

Encontró Miss Edith, que Moscow tenía establecido un sistema regular basado aparentemente en una cruza del sistema inglés y el método Eberfld para tratar con los desvalidos.

La Municipalidad de Moscow dice, alberga, «á los viejos pobres respetables hasta donde el espacio lo permite en los asilos para viejos en donde se les da comodidad. En cuanto á niños, para los cuales no sólo hay casas de huérfanos y asilos de todo género, sino lo que es más notable, algunas escuelas muy bien manejadas, se vigilan con infinito cuidado i orgullo. La caridad ha fundado casas aún para los días de fiesta para el mejor cuidado de los niños y niñas, y ha hecho arreglos para que á todos los niños pobres que van á las escuelas elementales, se les saque á paseo al campo de cuando en cuando. Moscow es, en realidad, la ciudad modelo del imperio en todo lo que se relaciona con los pobres. El tratamiento que se da á los menesterosos es sorprendentemente bueno».

Limosneros autorizados

Miss Sellers da cuenta del confuso método ó no método de proveer á los desvalidos pobres, principal, sino enteramente, á costa de aquellos que casi son tan pobres como ellos mismos», lo que es chocante. Su mejor historia es el informe dado por el *mir* de una aldea respecto al «excelente arreglo que trabaja admirablemente» para proveer á sus veintitrés pobres, hombres gastados, viejos, mujeres, inválidos y niños. «Decidme exactamente lo que hacéis para vuestros pobres», dijo el comisionado de la Emperatriz. «Los mandamos á pedir limosnas á otras aldeas, replicó el starosta, con el aire de un hombre que está haciendo á sus prójimos buen servicio y que lo sabe. Ahora andan todos fuera pidiendo limosna, agregó.» Esto sucedía en todo el rigor del invierno: todo el país estaba cubierto de nieve, y la aldea más próxima distaba millas.

Concediendo permisos para pedir limosnas, ha de estimarse esto, en realidad, como la solución oficial del problema del pauperismo en las ciudades rusas.

Una acusación terrible

Dice Miss Sellers: «El Estado nunca ha intentado organizar el alivio de los pobres ó hacer algo más para los pobres, excepto castigarlos algunas veces por ser pobres. En San Petersburgo no existe una sola institución para beneficio de la clase pobre».

El único refugio para los desvalidos en la capital rusa es el Viazenski Dom, una casa particular establecida por negocio. Miss Sellers dice: «He visto varios miserables recursos establecidos para los pobres en mi tiempo, pero ninguno tan de mala calidad y tan desmoralizador como este Viazensky Dom He visitado muchas ciudades, también, en donde se descuida á los pobres, pero ninguna ciudad en donde oficialmente se les descuide tan negligentemente ni tan desapiadadamente como en San Petersburgo».

El resultado, muerte por hambre

No es concebible nada más absurdamente desperdiciado, ó más bien, nada más desnaturalizado é injusto, que la manera cómo se distribuye la caridad imperial. El que más clama es el que más recibe. Y mientras robustos limosneros florecen, respetables pobres languidecen. Si todo el dinero que se da en limosnas por el Czar y sus súbditos fuese gastado bajo un sistema propiamente organizado, y cuidadosamente administrado, ningún hombre, mujer ó niño, sentirían hambre. Así como está, el número de los que mueren por agotamiento es conmovedor y alarmante. En cualquiera otra parte de Europa, los pobres mueren así de á dos, tres, alguna vez tal vez de á diez, pero en Rusia por cientos, ó por miles.

Una entrevista con el padre Gapon

El *Grand Magazine* contiene la relación de una entrevista de Mr. G. H. Perrin con el Padre Japon respecto á la revolución rusa Evidentemente considerando la revolución como un hecho, Mr. Perrin estuvo un día entero con el padre Gapon en medio de la apática respetabilidad de los suburbios de Londres.

Uno de una larga familia

El padre Gapon sólo tiene treinta y tres años de edad, procede de una humilde familia de aldeanos en la provincia de Portavo, Rusia meridional; desciende de esos cosacos del Dnieper que se encuentran citados en la historia de la Rusia por sus hazañas contra los Turcos y Tartaros. Es el mayor de trece hermanos de los cuales viven aún seis hombres y cuatro mujeres.

«Su elocuente expresión en que su débil, pero bien proporcionada contestura, parece tener parte, la rara manifestación de una alegría casi infantil, el suave tacto y la sonrisa encantadora, y aún más el impetuoso arranque de locución, sencilla, directa y gráfica; el fuego de determinación que arde en todas sus frases, la completa precisión por su única y suprema idea de que Rusia tiene que ser libre; al recordar estos característicos de Jorge Gapon, comprendo como es que los obreros de San Peterburgo lo adoran que, con su nombre se puede rejuvenecer en el oscuro Imperio.

Su educación

El único de trece hijos fisicamente fuerte, siendo aficionado á los estudios fué admitido en la escuela primaria para niños del clero y más tarde en el seminario eclesiástico. Después que había pasado por el seminario, durante algún tiempo se dedicó á una carrera de seglar comó estadístico del Zemstezo. Luego se encontró con una niña con quien se casó. La cual despertó en él la convicción de cuanto bien podría hacer á las masas por medio del sacerdocio. Entró á la Academia eclesiástica de San Petersburgo en donde la independencia de su espíritu se manifestó, siendo aún estudiante de la academia fué algunas veces á pasar días y noches entre los barriaks vagabundos y adquirió una gran popularidad entre ellos.

En seguida se hizo capellán de la cárcel para Transportados y se impuso íntimamente de la vida de los presos y de la factoría y del personal de los talleres en la capital. No puede publicarse retrato alguno de él, porque serviría para descubrirlo.

Su conversión á la violencia

Preguntado por Mr. Perris por qué creía que la revuela de enero último aún continuaba, en otras palabras, por qué hay revolución ó principio de ello en Rusia; el padre Gapon replicó que la continuación de las huelgas demostraba el disgusto en las clases trabajadoras. «Y la simple razón de ello es que los obreros por amarga experiencia comprenden al fin que las concesiones económicas parciales no pueden tener valor alguno permanente, si el pueblo no posee la libertad de palabra y de reunión y los derechos políticos que les permitan cuidar sus propios intereses.

Los acontecimientos de enero 22 hicieron morir en él la última esperanza de mejorar la parte del pueblo únicamente por medios pasivos. Ya no es más opositor á la resistencia.

Jefes de los dos grandes partidos revolucionarios, el social democrático y el revolucionario socialista con los cuales he hablado, conocen que el 22 de enero es una línea de demarcación entre dos períodos en la vida rusa y que la reviviente energía, el desarrollo en la fuerza, en el movimiento, sobrepujó á todas sus esperanzas.

El porvenir de la revolución

Sin embargo, el padre Gapon piensa que el actual Gobierno puede continuar malamente todavía Preguntado acerca de si tenía confianza en el porvenir del movimiento revolucio-

Paisajes chilenos.—Quebrada del Salto

nario, replico: A pesar de las revolturas y los disturbios entre ciertas porciones de las fuerzas revolucionarias, hay una poderosa tendencia á caminar juntas como se ha manifestado en el convenio á que me he referido.

«Hasta aquí las tendencias centrifugas han sido suficientemente fuertes para evitar la formación de un comité meditante que en el nombre de los partidos dirijiese el sentimiento tan ruso. Pero ya vamos llegando á este punto.»

X. X. X.

LO QUE HACEN LOS FERROCARRILES DE GRAN BRETAÑA

El Reino Unido es muy rico en materia de compañías de ferrocarriles, que representan una acumulación de riqueza colosal. Con su capital pagado podrían hacer desaparecer la deuda nacional que alcanza á la suma de £ 762.629,776 y tendrían aún £ 506.038,000 para ahorrar. Las líneas de ferrocarril que poseen si se las colocase tocando sus extremos casi circundarían al globo terrestre, faltando únicamente la distancia que media entre Inglaterra y América. Por sobre estas 22,500 millas de rieles, los miles de trenes que diariamente co rren, cubrieron el año pasado un total de 396.964.000 millas, siendo el equivalente a 66,160 viajes de vuelta entre Liverpool y New York ó cerca de 16,000 veces al rededor del mundo. En el año pasado no menos de 1.198.548,000 pasajeros fueron conducidos por los ferrocarriles, número igual á cerca de veinte y ocho veces la población de la Gran Bretaña y el valor vendido en boletos alcanzó á la respetable suma de £ 48.380,000 ó más de 330 toneladas de libras esterlinas, en moneda de oro. La entrada por el tráfico de mercancías fué aún mayor que la del producto por los pasajeros, alcanzando á la suma de £ 55.396.000, lo que casi alcanzó á pagar los gastos de todo el trabajo de las empresas, que sumó £ 69,189,000. Es posible formarse una idea de la enorme cantidad de mercaderías acarreadas por los rieles por el hecho de que excedió de 449.000,000 de toneladas.

MICROBIOLOGIA VULGAR

Dos sirvientes del Laboratorio Químico Higiénico, después de barrer la sala, se sientan á descansar y á comunicarse sus impresiones científicas.

Faustino.—La verdá, Triuque, creo que los ratones de la jaula me han pegado los microbios que les geringeó el doctor el otro día.

Triuque.—No puée ser, porque ya te habrías muerto, pues habis de saber que esos ratones estan con la *bebónica* que es la pior peste que se ha visto.

Faustino —Pues, precisamente lo que me ha salido es un rosario de tunefauciones de mayor á menor, desde el tamaño de una nuez hasta el de una alverja.

Triuque.—Hombre, eso cuasi es lo mesmo que la bebónica, pero no es la bebónica.

—¿Cómo sabis vos?

—Porque yo he estudiado esto con el doctor y lo sé como l'agua.

—Güeno, pero si sabis tanto, ah que no sabis por qué suena el agua cuando cae en el fuego.

—¿Y á que viene eso?

—A que no sabis jota de estas cosas. Y si no, vamos á ver ¿por qué suena el agua cuando la ponen al fuego?

—Te la doy de tres tirones...

—Me doy por vencido... no sé!

—Pues la cosa es muy clara; por la gritaera que arman los microbios cuando se están quemando...

AVISO INTERESANTE

300 pesos mensuales!

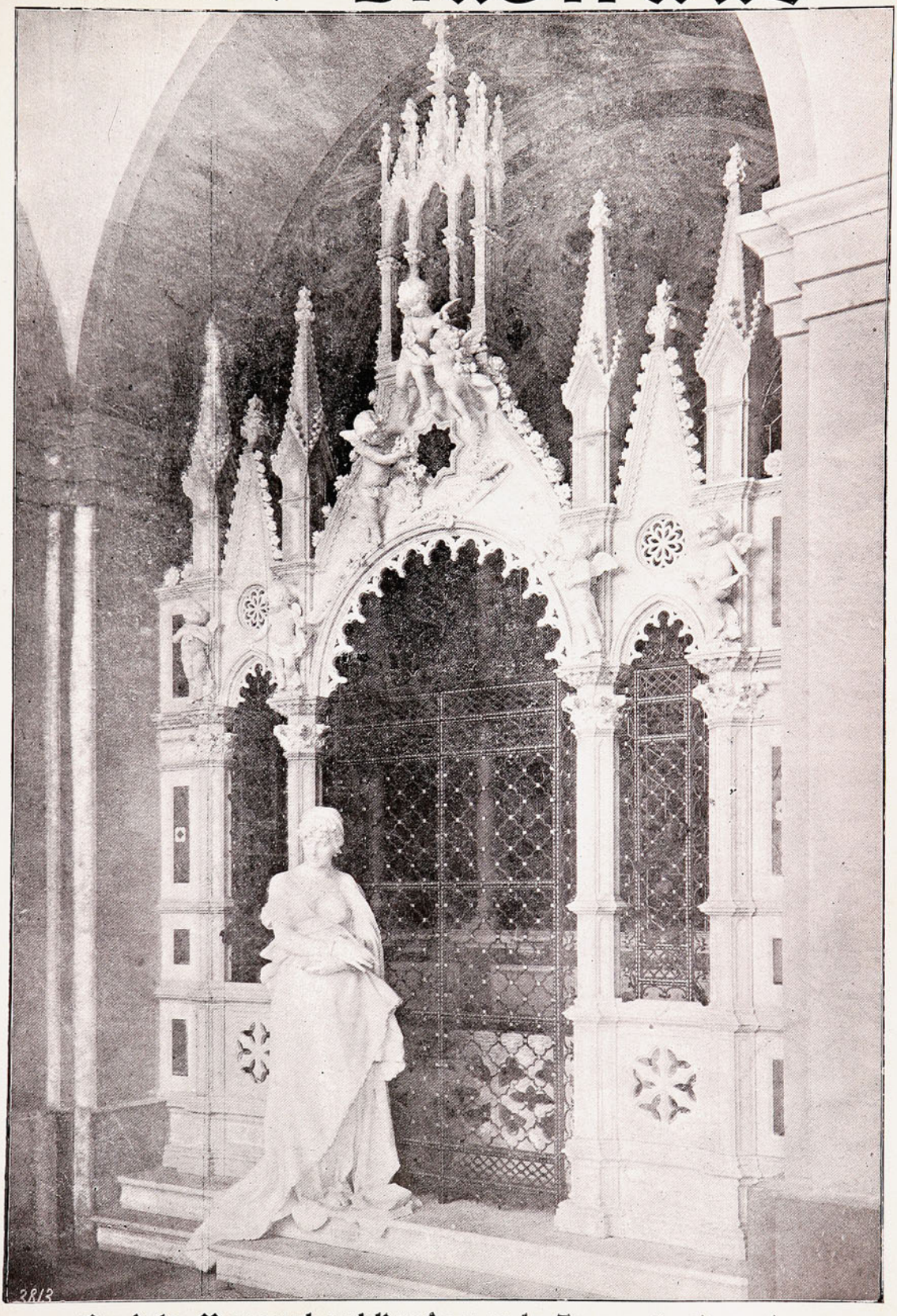
Todos pueden ganarlos vendiendo hermosísima novedad artística. Escribid en seguida: **Pennellypes C.**, MILAN (Italia)

CASA KIRSINGER

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
PFEIFFER
ETC

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

Chile Ilustrado



Revista Mensual publicada por la Imprenta Barcelona

Año IV Precio: 50 centavos Octubre de 1905

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.

DON CARLOS WALKER MARTINEZ.

† 5 de octubre de 1905

Don Carlos Walker Martínez

† 5 de octubre de 1905

Homenaje del Gobierno y de sus adversarios políticos

Se ha extinguido serena y majestuosa, como la tarde de un espléndido día, la noble figura del ilustre servidor público que deja entre nosotros y más allá de nuestras fronteras, el recuerdo inolvidable de su brillante talento y de su alma generosa.

Nacido en la primera mitad de un siglo que pasará á la historia como la etapa más ardiente de las luchas de doctrina, dedicó la mejor parte de su vida á defender sus ideales de caballero cristiano; y, lo que es raro para aquellos tiempos y en el carácter de nuestra raza, pospuso siempre, aún en lo más recio del combate, sus aspiraciones de partidario á los intereses generales de la República...

La cadena de la historia se va formando con los eslabones del recuerdo de los grandes servidores públicos, y la gratitud á su memoria es la poesía que hace vivir y le da el vigor y sentimiento de las cosas que tocan el corazón.

Por eso he venido aquí á nombre del Gobierno á rendir tributo de admiración á su memoria y á decir, interpretando los sentimientos de nuestros conciudadanos, que la República está de duelo y que guarda la más profunda gratitud á quien supo servirla con todo el empuje y entereza de un gran patriota.

En aquel cielo con que soñaba, el fervoroso poeta cristiano habrá encontrado la divina recompensa; y acá en esta tierra que tanto amó, nos ha dejado el bello y consolador ejemplo de sus virtudes.

AGUSTÍN EDWARDS,
Ministro de Relaciones Exteriores.

* * * * *

Grandes fueron los méritos de este hombre y de señalada importancia sus servicios. En el Congreso, en los Consejos de Gobierno y en la diplomacia se distinguió por su inteligencia, sus condiciones de carácter y su honradez.

Carlos Walker aparecía siempre tranquilo en nuestras luchas parlamentarias, porque su esfuerzo personal y el convencimiento en la justicia de su causa le daban la seguridad de la victoria.

El vuelo de su fantasía, la oportunidad y el brillo de su pensamiento fueron las notas dominantes en sus escritos y discursos...

Es pérdida enorme para Chile la muerte de un político que inspiró sus actos en su honrada conciencia y que supo sostenerlos con tanto valor.

¡Adiós querido amigo! El dolor que hoy arranca nuestras lágrimas, da testimonio de nuestro cariño mantenido siempre inalterable á pesar de las luchas ardorosas de los partidos y de los desacuerdos que ellas producen.

FERNANDO LAZCANO.
Presidente del Senado.

* * * * *

Naturaleza ardiente é infatigable para la lucha, sirvió el Ministerio del Interior después de numerosas campañas políticas en las cuales había ocupado la primera fila, y en ninguno de sus actos manifestó que tuviera ó hubiera tenido adversarios. Poseía esa magnanimidad que realza los grandes caracteres. No me propongo rememorar la vida pública de Walker en la diplomacia, en el foro; mi espíritu no está para esta tarea: Vengo sólo á traer doloridos y cariñosos recuerdos de personas que tuvieron la fortuna de conocerlo y tratarlo en la intimidad política y en el hogar durante los últimos años

Sienten los que fueron sus amigos la necesidad de dar testimonio de la elevación de miras, del acendrado amor al bien público y de la perfecta lealtad de Walker Martínez; complácense en rendir homenaje de su consideración y afecto al ilustre patriota, al cumplido caballero, al querido amigo para quien invocamos bendiciones de la Providencia.

PEDRO MONTT,
Vice-Presidente del Consejo de Estado

Don Carlos Walker Martínez fué en vida admirado y aplaudido por sus amigos y estimado por sus adversarios; su memoria despierta respeto en todo corazón chileno.

En las luchas políticas en que actuó desde temprana edad, cualquiera que fuera la fuerza del ataque ó la energía de la defensa, gastó siempre generosidad, hidalguía y delicadeza.

En el Parlamento ó en el Gobierno; en Chile, en el extranjero, Walker Martínez puso siempre al servicio de la patria su naturaleza vigorosa, su voluntad de hierro, su preclara inteligencia y su corazón lleno de bondades.

Por eso, la sociedad toda lamenta la pérdida del prestigioso repúblico; el Gobierno le ha decretado grandes honores; el Senado de la República, de que formaba parte, le ha dado su enternecido adiós; y la Cámara de Diputados, que lo contó entre sus miembros en varios períodos, y en cuyo recinto vibra aún su palabra elocuente y convencida, rinde ante sus cenizas el homenaje á que justamente se hizo acreedor.

ANÍBAL CRUZ DÍAZ,
A nombre de la Cámara de Diputados.

* * * * *

Cuando yo era niño silbé á Carlos Walker. Conservo el remordimiento del hecho, y lo consigno para manifestar cuánto cambian las ideas con la experiencia y con el mejor conocimiento de las cosas...

Carlos Walker era un modelo de esos buenos ciudadanos. Servidor incansable de su idea, enérgico y honrado, laborioso y patriota, vivió luchando y murió luchando. Aquel hombre gastó su naturaleza en el combate de toda una vida.

La página histórica que le corresponde está ya escrita. Es de por sí una lección, en donde la juventud puede encontrar un tipo de ciudadano, grande por el cariño que supo despertar entre los suyos y más grande aún por la respetuosa admiración del adversario.....

.....

No despiertan cariño, respeto y admiración sino los caracteres excepcionales, y cuando les rodea una aureola de innegable virtud privada y pública.

CARLOS LUIS HUBNER.

* * * * *

Estadista franco, acaso mas de lo necesario en ocasiones; político ilustrado, probo y sincero, procuró siempre servir los intereses de su partido que confundía con los del país.

Las convicciones religiosas y políticas, que á muchos petrifican, transformando en individuos recelosos é intratables á seres abiertos antes á las mas nobles expansiones, jamás lograron debilitar ninguno de los delicadísimos rasgos que constituían el carácter atrayente de este gran luchador, que tuvo siempre el talento de encontrar amigos leales en todos los partidos.

Naturaleza jovial y sincera; concepción rápida y brillante; palabra impetuosa; ilustración variadísima; y extraordinarias facultades de caudillo tenáz y afortunado fueron las características de ese estadista profundamente simpático y patriota.

VICTOR MORLA.

* * * * *

Después de haberle conocido como correligionario político, le experimenté como adversario. De profundas convicciones, de férreo carácter, con un temperamento pujante y brioso extraño a todo temor, era, como el héroe griego, terrible en el combate; pero en el hogar, en el seno de la humanidad, era el mas dulce de los hombres: manso, bondadoso, bueno. Con la amistad necesitada fué generoso hasta la prodigalidad... hasta el derroche.

De raza seleccionada, de noble extirpe, mediante su talento y un porfiado esfuerzo, había alcanzado á todas las altas cumbres del honor y de la gloria: Ministro de Estado, jefe de partido, diplomático, historiador, poeta; pero este éxito enorme de su vida, nunca desequilibró su espíritu. Tenía él conciencia de su altura intelectual y moral; pero la pasión igualitaria que primaba en su corazón lo hacía descender al humilde llano, y allí, si era menester, doblaba la rebelde rodilla para nivelarse con los pequeños.

Su altivez indomable en la vida pública, su soberbia cívica, se transfiguraba en la intimidad de los suyos, hasta alcanzar esa virtud tan rara que es la característica del gran cristiano: la humildad.

Esta es, esbozada á grandes rasgos, la fisonomía moral de este insigne ciudadano é incomparable amigo...

ANGEL CUSTODIO VICUÑA.

Ante el féretro del señor Walker Martínez *La Ley* se descubre respetuosa.

Era él un luchador en toda la extensión de la palabra.

Había en su espíritu energía, impetuosidad, perseverancia...

Acaso el espíritu acostumbrado á vivir con amplios horizontes se asfixia dentro del marco de la moderación gubernativa.

El señor Walker Martínez no escapó á esta casi ley de humana condición.

De todos modos, el señor Walker Martínez ha sido un ilustre servidor del país....

Se reconocerá, en fin, que no es este el momento de juzgar al adversario mas implacable del liberalismo.

La Ley solo ha querido descubrirse con respeto delante del féretro de un denodado luchador, y necesitaba trazar algunas líneas generales que diseñaran su fisonomía.

LA LEY.

* * * * *

Diputado y senador durante largos años, el señor Walker Martínez se mantuvo siempre fiel á su fe política dispuesto siempre á la batalla, en que parecía retemplarse.

La disposición para la lucha parece haber sido la nota más saliente de su carácter.

Su elocuencia era ardorosa, había en ella exaltados arrebatos, arranques apasionados, apóstrofes brillantes...

Muy enérgico y atrevido en el ataque, vivísimo en la réplica, era un adversario que inspiraba respeto

Fué también un poeta de vigoroso estro.

En sus composiciones cantó al amor y á la patria con robusta y ardiente inspiración.

Don Carlos Walker Martínez muere después de haber vivido una existencia que supo llenar dignamente, procediendo siempre de acuerdo con lo que él estimó lo verdadero y lo bueno.

Nosotros, que representamos en la prensa doctrinas y tendencias que el ilustre extinto combatió con rudo denuedo, nosotros, que somos soldados de un partido que ve en el conservador su más enconado adversario nos asociamos sinceramente á su duelo.

Es el homenaje que se debe al talento, á la hombría de bien, á la energía de convicciones.

EL SUR.

* * * * *

La muerte del señor Walker es una desgracia para la patria y es una gran calamidad para su partido.

Nosotros admirábamos en el señor Walker su patriotismo, la sinceridad de sus ideas y los nobilísimos arranques de su corazón perpetuamente emocionado.

.....

Como hombre privado no tuvo tachas. Fué ejemplo de padre, de hijo, de esposo, de amigo. Y, sobre todas esas condiciones, tuvo también la rara virtud de ser el modelo del adversario leal y caballeroso.

Pasará el tiempo y la figura de don Carlos Walker Martínez merecerá una estatua que, elevada por los que fueron sus amigos, podrá ser simpáticamente contemplada aún por aquellos que se contaron entre sus adversarios.

EL HERALDO.

* * * * *

Parecía imposible que el roble gigante, desafiador de tempestades, señor de la selva, cayera tan pronto herido por el rayo que había golpeado súbitamente su tronco vigoroso; parecía imposible que se rindiera al peso del dolor, tocado por una mano invisible, el magnífico luchador que hasta ayer no más llenaba los ámbitos de nuestra vida pública con el clamor de sus batallas y de sus hazañas.

Lanzado desde muy joven á las luchas de la política al servicio de la patria, don Carlos Walker M. ha sido un ejemplo raro y espléndido con su actividad incesante y noble, con la firmeza en la persecución de sus ideales, con su generosa, limpia é inmaculada carrera en la diplomacia, en el parlamento, en el foro, en las letras y en los negocios.

Don Carlos Walker era un gran carácter, voluntad admirable, inteligencia superior, cultivadísima en todos los órdenes de los conocimientos humanos; era más que todo eso, sobre todo eso, un gran corazón.

Como los caballeros de los tiempos heróicos, armonizaba dentro de su alma, las energías más indomables para la defensa de sus ideales con las más delicadas ternuras y las generosidades más expontáneas é impulsivas.

Ha pasado por nuestra historia, siempre en actividad, durante casi medio siglo; ha pasado sin que lo salpicara ni una chispa de lodo, sin que ni un rencor lo envenenara, sin que de su paso quedara un recuerdo amargo. Su figura es limpia, serena, noble, si las hay, honrosa para el partido al cual consagró todas sus energías, honrosa para el país que le ha visto entre sus hijos más patriotas, siempre sirviendo las grandes causas nacionales, siempre sacudiendo con palpitaciones el corazón del pueblo.

EL MERCURIO.

* * * * *

El país recibirá con profundo sentimiento la noticia de la muerte de don Carlos Walker Martínez, prestigioso jefe, durante largos años, del Partido Conservador; orador, escritor y hombre de estado, á quien se deben servicios considerables, prestados en horas difíciles para la vida nacional.

Su acción en el orden político y de las letras ha sido tan constante como fecunda. Dotado de inteligencia brillante y entusiasmo sincero, puso al servicio de su Partido las mayores energías en todos los momentos de su carrera pública.

Su temperamento de combate y sus sentimientos ardientes, lo colocaron desde los primeros pasos en la primera fila de su Partido, puesto de peligro y de honor en que se dan y se reciben los más ruidosos golpes. Supo revelar entonces, junto con las pasiones exaltadas del hombre de Partido, el sentimiento de caballeresco respeto al adversario

El secreto de la gran popularidad del señor Walker en las filas de los suyos, ha consistido en la fidelidad con que supo reproducir y dar cuerpo á las aspiraciones é ideas de los conservadores, sus amigos.

EL FERROCARRIL.

Laguna del Parque Cousiño

El gallo, el capón y el pavo

(Apólogos políticos)

Dentro de un gallinero
Decía un capón con doctoral acento
A un pavo majadero
Que le oía abismado y muy atento:
—¿De qué sirve el talento?...
¿De qué le sirve al zorro ser astuto?
Al toro ser fornido
Y al tigre ser temido,
Cuando todo animal es siempre un bruto?

Aquel que menos tiene menos pierde:
El gallo tiene cresta,
Pues yo no tengo cosa tan molesta
¡Bendita sea mi dichosa suerte
Ya que, libre de embrollos
Con gallinas y pollos,
Cual sabio y varón fuerte,
La vida entera paso
Meditando en la muerte!
¡ Y qué tranquilidad tan envidiable
La de mi corazón! ¡Qué sangre fría
Tan dichosa la mía!
¡Oh paz inalterable
La de los corazones
Que no tienen pasiones!
¡Y, cuán desventurado el pobre gallo
Sujeto á un feo vicio... que me callo!

Oyendo estas razones
El pavo dijo al fin:—¡Por vida mía,
Qué consuelos nos da y cuántas lecciones
La gran Filosofía!

Y el gallo que escuchó todo el discurso,
Soltando un cacareo,
Casi en són de sonora carcajada,
Gritó con ironía
—¡La gran Filosofía
Con ser ciencia tan alta
A nadie puede dar lo que le falta!

El ganso orador

Tres pollos, diez gallinas y dos gallos
Y un ganso medio simple y medio vano
Que era un buen orador de gallinero,
Una apacible tarde de verano,
Salieron á pastar por un potrero.

Y sucedió que en hora inesperada
El ganso vió correr como unas locas
Las aves, que una zorra perseguía;
Encaramóse al punto en unas rocas
Y, después de decirse: «esta es la mía»,
Descerrajó, en graznido duro y seco,
El trabucazo de un discurso hueco.

«¡Deténgase la turba gallinera;
No haya temor, que yo con voz entera
A esa zorra proterva
Demostraré esta tesis verdadera:
Quien al débil se come sin piedad,
Rara hambruna atestigua, ó gran maldad!»

Las inocentes aves
El paso refrenaron
Y en las palabras graves
Del orador confiaron.

Mas ¡ay! la zorra en tanto
Se acerca al orador, lo despedaza
Y, sembrando la muerte y el espanto,
Las más gordas gallinas se las caza.
(¡En menos de un minuto
Puede hacer mucho daño un zorro astuto!)

Y así el ganso orador, agonizante,
Decía, con acento convencido:
«Malgastar mi oratoria en un tunante
Como el zorro atrevido
No fué ignorancia. Nó. Sólo fué olvido,
Fué olvido de que el zorro es un zopenco
Ignorante en retórica
Y yo, como en mis frase bien lo indico,
Un orador de fuste y de buen pico.»

El gallo que escapó de los horrores
Y estragos de aquel día,
Gritaba por su parte:
«Dios nos libre de gansos oradores,
Líbrenos Dios de su arte.»

MALÓN DE CHILDE.

ABARCA —
PARAISO

EL FERIAO

(Cuasi novela)

CAPÍTULO I

LA PRECIOSA INCOMODIDAD DEL TREN

Efectivamente era el 15 de enero, día en que comienza el *feriao*.

Después de mi entrevista con el policial, me dirigí á la Estación Central.

Partí á la una y media al Sur en un tren que debió partir á las doce: sólo pude colocarme en un carro de segunda clase que tendría cabida cómoda para unas cincuenta personas, pero no para ciento cincuenta, más ó menos, que allí iríamos.

Los más listos, según pude averiguarlo, estaban en sus asientos dentro del carro, desde las once de la mañana; y no es esto lo peor, sino que llevaban tantos atavales, perros, pájaros, gatos, costales con harina, paquetes, zapatos, sombreros, paraguas y tanta y tanta sarandaja, que si ellos solos hubieran ya bastado para llenar el vehículo, ellos con sus bultos, sobraban para colmarlo.

En Nos, *nos* desrrielamos.

En Linderos, no habíamos salido de los linderos de la estación, cuando ya nos vimos en el caso de retroceder, cediendo á la fuerza mayor de un convoy de carga de quinientas toneladas de peso bruto, sumamente bruto.

En Rengo, nos puso en vergonzosa fuga una máquina que, con intenciones más que hostiles, nos atropelló como si fuéramos cosa de poco más ó menos.

Y, finalmente, antes de llegar á Curicó encontramos un convoicito de cuatro carros de pasajeros; chocamos con él; lo desbaratamos completamente, y antes de las doce de la noche, llegamos triunfantes á Curicó, no sin llevar los despojos de la refriega que eran tres muertos y quince heridos.

Cuando el conductor me pidió mi boleto, tuve ocasión de preguntarle por qué habíamos tropezado con tántos trenes ó por qué habían salido tantas máquinas á saltearnos por el camino A lo que el conductor me respondió con frialdad: ¡Qué quiere Ud.! Hoy comienza el *feriao* y por eso todos andan borrachos!

—¿Hasta las máquinas? preguntó un vecino.

—Hasta las máquinas, afirmó el conductor.

—Y ¡hasta las máquinas! exclamé yo.

Aquel ¡hasta las máquinas! repetido en tres diversos tonos, me quedó resonando en los oídos, como el coro final de una zarzuela.

CAPÍTULO II

CON MUERTOS Y HERIDOS

—¡Pero, hombre! ¿Cómo no han puesto ni una venda á esos infelices heridos?

—Si no hemos podido encontrar niunita en el botiquin del tren, mire vea.

—¡Pero hombre! ¿En todo el botiquín no había ningún remedio para los heridos?

– Mire vea; sí y nó. Había aceite de castor, aceite de patas, licor anticolérico, una jeringa y cinco bitoques

—¡Pero, hombre! ¡Qué barbaridad!

—¡Qué desgracia! mire vea.

Entre éste y otros diálogos hicimos el camino desde la Estación de Curicó hasta el hospital, situado en la calle «*De los héroes de la última guerra*».

Al primer golpe que sonó en el aldabón, asomó por una ventana del lado derecho de la puerta, la cara fresca, alegre y dulcísima de una hermanita de la caridad.

—¿Cómo ha pasado la noche, hermana?

—Fíjate en que la noche todavía no ha pasado, animal, gritó el cirujano que iba á cargo de los heridos.

—Buenos días, hermana.

—¡Cáspita! saltó el cirujano. ¡Qué alcornoques! Dar los buenos días á media noche!

—¡Buenas noches, hermana!

—Pero ¡qué burros! murmuró el cirujano, adelantándose hasta la puerta. Y como era hombre preocupado de retóricas y poéticas frases, se compuso el pecho, tosiendo con gran fuerza para arrastrar con la tos cuanto pudiera ser estorbo al sonido argentino de su voz, y luego dijo, en tono dulcísimo, á la hermana de la caridad:

—Hermanita, ¿cómo lo pasa Ud.? A molestarla venimos con unos quince heriditos que resultaron de un pequeño choquecito, aquí cerquita de la estación.

—¡Dios mío! exclamó la hermana. ¿Qué vamos á hacer hoy, que por ser *feriao*, no hay más que la mitad de los sirvientes del establecimiento... ¡Cuando el médico, por el mismo motivo, no va á venir sino día por medio!... ¡Y mañana no le toca venir!... ¡Y los practicantes también se han ido todos, por ser *feriao!*... ¡Ay, Jesús!... Bien le decíamos nosotras al señor gobernador que no debía dar *feriao* á ningún empleado del hospital!... En fin, Dios lo remediará: entren los heridos.

En ese instante, á la luz de un farol de la

calle, advertí que el cirujano se sonreia y aún oí que decía entre dientes:

«—Poca corrección gramatical! Frases incompletas! y... lo que es peor... ¡Poca sintáxis!»

Y la hermanita, á cada camilla que entraba, exclamaba:

—¡Dios lo remediará!

Colocáronse, pues, las quince camillas en un salón, á la izquierda de la puerta de entrada, y el cirujano, en tono teatral, dijo á la hermana de la caridad:

—Recibid, cara hermana, esos quince heridos, míseros escombros de la humanidad.

—¡Dios lo remediará! respondió la hermana; y acercándose á la primera camilla, apenas le destapó la cara al que en ella estaba, pasó á la camilla siguiente y á la subsiguiente y á todas las demás. En seguida, volviéndose al cirujano, le dice:

—Señor cirujano, Ud. no me entrega sino cuatro heridos.

—¡Y los demás! exclamó el cirujano estupefacto.

—Son cadáveres, señor cirujano, repuso la hermana, en el mismo tono en que antes había dicho: «Dios lo remediará».

Nuestro buen hombre se acercó á una de las camillas en que la hermana señalaba á uno de los heridos y, ascultándole cuidadosamente el corazón, empezó á decir, como hablando consigo mismo:

—Sístole... diástole... sístole... diástole... sístole... y sístole... y sístole... y se quedó! ¡pataplún!... ¡Ya no son más que tres los heridos!

—

CAPÍTULO III

EL FINAL DE LA CATÁSTROFE

Al día siguiente, me citó un receptor para que compareciera al juzgado, como testigo de la catástrofe, á declarar en el proceso que se había levantado al maquinista del convoy que había sufrido menos con el choque.

El juzgado se abrió á las dos de la tarde, porque en el *feriao* se despacha á esa hora y solamente día por medio.

—¿A quién cree Ud. culpable del choque de ayer?

—A un individuo que no sé quién es, porque no lo conozco.

—¿Puede Ud. dar algunas señas para que lo prenda la policía?

—Sí, señor, puedo decir el empleo que tiene y por ese hilo saca Ud. el ovillo.

—Pero el empleo que tiene una persona no basta como seña para distinguirla de otra.

—Vaya que nó! El empleo de esta persona que yo digo es de... *Director de los Ferrocarriles.*

—¡Bravo! ¡Bravo! Muy bien! Tiene Ud. mucha razón. Lo mismo digo yo, esclamó el juez. Llamó al portero, mandó buscar una botella de cerveza, la bebimos amigablemente y me retiré del juzgado, profundamente conmovido, á las cinco de la tarde, diciendo para mi capote: ¡Este juez es opositor!

Cuatro meses después, en el periódico de Curicó, que se llama *Estrella de los Ferrocarriles del Sur*, leí la sentencia con que ese juez activo y laborioso, daba fin y remate al proceso sobre el choque de dos convoyes, cerca de la estación de Curicó.

Copio los siguientes considerandos de la sentencia, por creerlos dignos de eterna recordación:

«Considerando: que don Kireleysón Monroy, como *Maquinista* del tren núm. 99, no tenía más obligación que la de estar á las órdenes del conductor, en lo referente al movimiento del convoy, según lo ha probado con su contrato sobre prestación de servicios;

Considerando: que el *Conductor* no tenía más obligación que la de partir á la hora que le señalara el jefe de la estación de partida y la de llegar dos horas después á Curicó, como en realidad llegó;

Considerando: que el *Jefe de la Estación* de partida, según el reglamento que corre en autos, debe ordenar la partida de un tren siempre que tenga la certidumbre de que, si así no lo hace, será este tren alcanzado por un convoy que deba llegar de un momento á otro, como sucedía en el presente caso;

Considerando: que el *Jefe de la Estación* subsiguiente procedía bien por igual razón al ordenar la partida del convoy de que iba huyendo el tren que chocó;

Considerando: que la responsabilidad del choque se pierde en las alturas del escalafón de los empleados del Ferrocarril; y

Considerando, finalmente: que el choque tuvo lugar en día *feriao;* se manda sobreseer definitivamente en este proceso, de conformidad con lo dispuesto en todas las leyes de Indias y en todos nuestros códigos y leyes vigentes.

Anótese; pero (¡por favor!) que no se publique.

A ruego del señor juez letrado, por no saber firmar con la izquierda y estar enfermo de la derecha.—*Sinforoso Ortigas.*

Esto pasó ante mí.

Gómez y *Lucas.*»

(Continuará)

Punta Arenas.—Fueguinos del Colegio Maria Auxiliadora

Cuestión de colores

Diálogo en que se recuerda á Chile

Es *vox populi* que la justiciera naturaleza nos hizo á todos los hombres iguales, es decir, compuestos de los mismos elementos, aunque de distintos colores.

En una palabra, nos dividió en colores Esta fué la primera, sencilla y sublime división de que echó mano nuestra madre para distinguirnos y que ha subsistido en la evolución de la raza humana hasta nuestros días.

Siempre las partes de un conflicto han sido blancas ó negras, los partidos azules ó rojos, los románticos, amarrillos i las penas, negras.

Esta división extrema á que siempre se arriba, ha dado margen para que el derecho Internacional, si es que existe, califique de inferiores á algunas razas de colores inferiores.

(La japonesa es una raza superior, sin embargo).

Si bien se observa, el fenómeno de la división en colores, obedece á una ley física: el rey de los colores es el blanco y los demás son sus degeneraciones. De aquí, que en las razas se siga también el impertérrito orden de la naturaleza, haciendo á la blanca, madre de las demás.

Todos los colores simbolizan algo, pero el blanco es el símbolo del espíritu. Por naturale za, pues, corresponde á la raza blanca ser madre de las demás razas.»

Así discurría un peruano, más ó menos así, en una ocasión y en una esquina de New York, usando una sutileza verdaderamente espiritual, casi amarilla, para comenzar a divagar en el corrillo de amigos cosmopolitas de que era preopinante mayor, sobre el peligro amarrillo y sus consecuencias para todo el mundo y mayormente para su patria.

Un yanquee al oir semejante prólogo, dijo sonriendo:

— Mi estar muy contento con el millón de chinos que hay en mi país. Soy dueño de una fábrica de papel y todos los obreros que hay en ella son chinos. Hay cinco mil empleados y ganan entre todos diez mil centavos al día...

Los del corrillo dividieron y abrieron la boca; un italiano lanzó un *sangüe de la caballeria!* y el peruano exclamó moviendo la cabeza:

—Es que Uds. los yanquees tienen un gran poder eliminativo y absorbente. Pero nosotros...

—Uds. no se mezclan!... Uds., dijo el italiano, son demasiado asequibles. Debían ceder sus pantalones... y todo andaría mejor.

Por suerte el peruano tomó la cosa en el peor de los sentidos y pudo contestar al italiano hiriendo sus más recónditas migajas de amor propio. Y luego, volviendo al diálogo con el yanquee, exclamó bajando el tono:

—La inmigración de chinos nos está ahogando, mister Jhon!

—Y qué? En nuestro país hay un millón, eso sí, de puros chinos, eh? las chinas son contrabando de guerra!...

—A nosotros nos pasa todo lo contrario... Yo sé que las chinas no emigran, pero no sé por qué en general nuestro pueblo está tomando un aspecto netamente chino!

El italiano quiso otra vez interrumpir y se adivinó en su semblante la explicación del fenómeno, pero una mirada candente del peruano y una sonrisa del yanquee, ahogaron sus palabras.

A pesar de todo, el yanquee se encargó de decirlo con toda la simplicidad de que son capaces los hombres grandes y forzudos como mister Jhon.

—Reformen sus costumbres, exclamó, prohiban la inmigración de chinos y así se regenerarán sus hombres, entonces sus mujeres les tendrán más estimación que á los chinos y criarán hijos peruanos dignos de la raza blanca.

Mientras se sonaba el peruano para no oir ni sentir la fría realidad de una gran sentencia y de una enorme impresión á la vez, continuó mister Jhon:

En Chile, pais nuevo y de aspiraciones, no han podido entrar ni chinos ni demasiados extranjeros. En ese bello país se conserva pura la raza nacional y se odia á los chinos como á la muerte. Muchas veces en los manicomios de ese país se han encontrado algunos locos que en sus manías persiguen chinos ó arrancan de ellos. Cuentan de uno que dió un banquete á doce chinos, y envenenó á todos los invitados lo que le valió la recompensa de ir á parar á la casa de orates. En el manicomio usaba zapatos de goma para aislarse de los chinos.

Quiso replicar el peruano, pero el italiano le arrebató la palabra y dándole una palmadita en el hombro, le dijo á modo de consejo:

—Hay que convencerse, amigo, mientras Uds. no se entreguen en cuerpo i alma á los yanquees no conseguirán hechar á los chinos.

—Somos muy débiles, todavía señor Antolini, somos muy débiles! dijo tristemente el peruano, y le preguntó por su señora.

Y mientras mister Jhon se despedía riendo irónicamente y tomaba el tranvía para ir á la Bolsa, el peruano y el italiano se perdieron divagando sobre la chinificación del Perú.

Esto por supuesto no necesita comentarios, pero, dado caso que el peligro amarillo sea una ilusión para los países como Norte América; para los países que se están formando, la inmigración de chinos, aunque sea en pequeñas partidas, siempre es una amenaza.

No á todos nos hizo iguales la naturaleza. Allá en los comienzos del mundo cuando empezó la selección de razas la naturaleza tuvo sus predilectos.

Por eso, la argumentación del peruano no está fuera de razón, como tampoco, la del yanquee, ni la del italiano...

TITO PELMA

Variedades

LA PIEL HUMANA

Es bien sabido que una navaja de barba puede asentarse muy bien en la palma de la mano, esto ha sugerido el uso de pequeñas correas de piel humana para afilar instrumentos quirúrgicos en las salas de disección y el resultado ha sido satisfactorio. Cuando se entregaba partes del cuerpo humano á los estudiantes de medicina para las disecciones, generalmente se removía la piel y se devolvía. Ahora se dice que hay gran demanda en esta piel para el uso preindicado.

RIFA DE UN CERDO

Dos pillos, hallándose sin un centavo, se consultaron para saber cómo hacerse de algún dinero para pasar el día de fiesta. Después de hacer toda clase de planes, resolvieron rifar un cerdo y redactaron el siguiente aviso: Se rifa un hermoso berraco, Yorkshire, recientemente importado al pais. Se rifará en diez números de a cinco pesos cada uno.

La lista se llevó por toda la aldea y en poco tiempo se vendieron todos los números.

Mas luego tuvieron los pillos que hacer frente á la desagradable realidad, que era el día de la rifa. Examinando la lista, escogieron al suscritor que creyeron fuese el de mejor genio y más paciente de todos Y le escribieron lo siguiente:

«Estimado señor: Tenemos el gusto en informaros que hoy se ha verificado la rifa del berraco Yorkshire, y que sois vos el afortunado premiado. Tenemos el animal á vuestra disposición y tendremos el gusto de enviároslo en cuanto estéis preparado para recibirlo».

Pero el día siguiente, temprano antes de que el afortunado ganancioso realizara por completo su buena suerte, fué saludado con la siguiente esquela:

«Estimado señor: Tenemos el sentimiento de anunciaros que el berraco Yorkshire murió anoche como á las doce. No sabemos exactamente la causa de su muerte, pero á juzgar por los síntomas, creemos que es el cólera ó la bubónica. Debido á los reglamentos sanitarios existentes, el animal tiene que ser enterrado sin dilación; esperamos que nos remitiréis un cheques por 20 pesos que serán los gastos que el entierro ocasionará».

El afortunado ganancioso no remitió la suma y juzgó prudente no hacer investigación alguna acerca del cerdo.

LA CRISIS DEL EJÉRCITO ALEMÁN

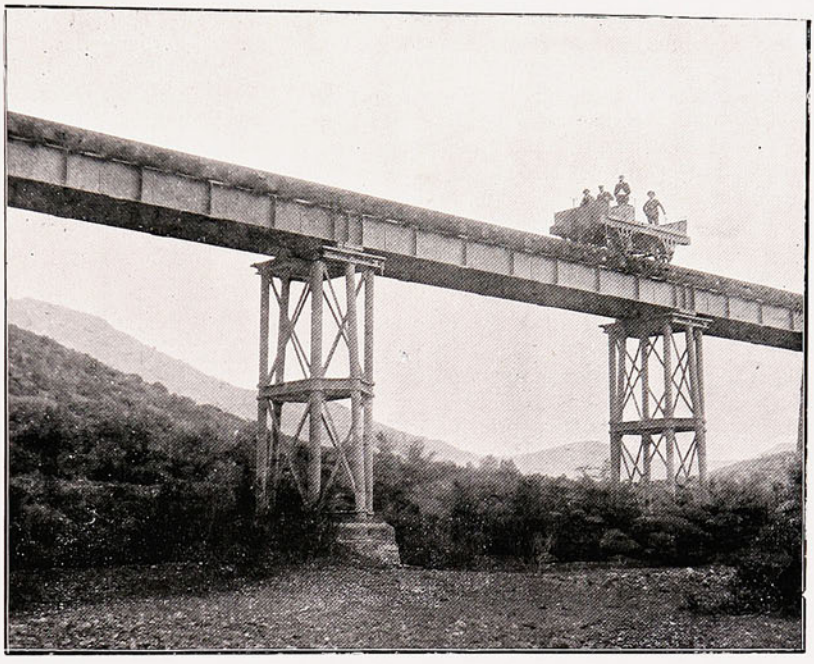
Los dos números de julio de la *La Revue* contienen un artículo sobre la crisis en el ejército alemán, firmados por *E. Reybel.*

«PRIMITIVA SUPREMACÍA MILITAR.—En 1866 y 1870, dice el escritor, Rusia y los Estados alemanes, mediante sus victorias sobre el Austria y Francia, le colocaron en primera fila entre las potencias militares del mundo, y después del tratado de Frankfort el ejercito alemán nunca ha cesado en sus esfuerzos para mantener la supremacía militar. El deseo constante de Guillermo I y Guillermo II ha sido aumentar el número de soldados, crear nuevos regimientos, mantener la vieja disciplina de fierro, el gusto por el trabajo, la exactitud y precisión en los menores detalles, y la absoluta devoción al soberano que siempre ha caracterizado al ejército prusiano; y sus esfuerzos no han sido en vano.»

LA DISCIPLINA VA DESAPARECIENDO.—Por lo que hace á números, la Alemania ciertamente que posee la más formidable organización militar. Pero en tan numerosa masa de hombres, ¿hay siempre esa disciplina de fierro, esa cohesión que antes fué la fuerza del ejército prusiano? En Alemania la palabra decadencia ya se ha aplicado al ejército y se han lanzado gritos de alarma. Escándalos y abusos han salido á luz. Oficiales negligentes en sus

estudios y en todo trabajo serio y que se entregan enteramente á placeres bajos. Hay u peligro más grave aún que mina al ejército: la vieja disciplina va desapareciendo: la cieg sumisión y obediencia pasiva ya no existen. Los soldados ya no permiten que un superio los insulte: toman más bien la ofensiva.

El Kaiser como Ministro de la Guerra.—Bajo el punto de vista técnico, el Kaiser ha hecho todo lo posible para mantener á su ejército en el primer rango. Pero su temperamento y su ambición no le permitirán tener cerca de sí ministros con ideas independientes. El será su propio Canciller y su propio Ministro en la guerra. Y aún que es un hombre de genio, es demasiado nervioso y demasiado agitado. Su impetuosidad, su agitación y su



Puente de La Lata en Tiltil

rudeza están muy de manifissto en su administración del ejército y el resultado no contribuye á su solidaridad.

La democracia y el ejército.—La unidad alemana es una realidad; la larga paz puede ser responsable de la decadencia observada hoy día en el ejército. En conclusión, el escritor dice:

«La Alemania está evolucionando rápidamente hacia la democracia; el ejército, por otro lado, permanece siendo una organización aristocrática gobernada despóticamente. En el pueblo, existe un espíritu de libertad, un vivo sentimiento de dignidad humana; en el ejército hay una disciplina ferozmente brutal destinada á destruir todo pensamiento individual.»

El imperio bismarckiano condenado —Entre la nación y el ejército hay una constante aversión que siempre se ensancha. El ejército contra la nación, es la política del Kaiser, lo que es una política de lucha y de represión De aquí nacen los conflictos entre oficiales y soldados, la relajación en la disciplina y la ociosidad y floja moralidad de tantos oficiales.

Toda la crisis en el ejército alemán proviene del antagonismo entre el ejército y la nación Es una lucha por la preponderancia política. El Kaiser y los oficiales desean permanecer los señores, pero el pueblo se resiste á ser aplastado por el caporal prusiano.

El ejército alemán se encuentra en el centro del conflicto, y el Kaiser se equivoca al pensar que puede conservar al ejército aparte de la nación. A pesar de todos los medios prohibitivos, las ideas democráticas y el espíritu de independencia al desparramarse en el

pueblo hallará su camino hacia el ejército. El Kaiser agrava las circunstancias. No solamente no conseguirá aislar al ejército de la nación, sino que por su política reaccionaria destruirá en ambos el apego á la dinastía que es la garantía de su poder.

El imperio Bismarckiano está condenado, y por una cruel ironía del destino, es en el ejército donde observamos los principales gérmenes de decadencia.

¿ES MENOS SANGRIENTA LA GUERRA MODERNA?

¿LOS HECHOS REFUTAN Á M. BLOCH?

En los *Anals of the American Academy* del mes de julio, el general Bliss, al discutir los importantes elementos en los combates modernos, correjirá con lo dicho por el profesor Bloch en «La guerra del porvenir» con los hechos en las recientes campañas. Da un cuadro de las principales batallas que han tenido lugar desde el principio de la guerra de «Siete años» en el siglo dieciocho hasta la batalla de Mukden inclusive; condensa así los resultados:

«En las doce batallas principales en la guerra de «Siete años» el promedio de las pérdidas fué: los vencedores 14 por ciento, los vencidos 19 por ciento.

»Durante la época Napoleónica, un promedio de veintidos batallas da a los vencedores 12 por ciento de pérdida, a los vencidos 19 por ciento.

»Un promedio de cuatro principales batallas en la Crimea, fué para los vencedores 10 por ciento, para los vencidos 17 por ciento.

»El promedio en cuatro principales acciones en la guerra franco-austriaca de 1859, da para los vencedores 8 por ciento de bajas, para los vencidos 8,5 por ciento.

»En doce principales batallas en la guerra civil de los Estados Unidos. las bajas del ejército de la Unión alcanzaron á 19.7 por ciento, y en los ejércitos confederados á 19.6 por ciento.

»El promedio de seis batallas principales en la guerra austro-prusiana de 1866, da para los vencedores 7 por ciento, para los vencidos 9 por ciento.

»El promedio en ocho de las principales batallas del primer período en la guerra franco-prusiana de 1870 da para los vencedores 10 por ciento i para los vencidos 9 por ciento.

»El promedio de tres acciones principales del segundo período en la guerra franco-alemana da para los vencedores 2.5 por ciento, para los vencidos 3.5 por ciento.

»Las catorce batallas en la actual guerra ruso-japonesa (excluyendo al sitio de Port Arthur) el promedio de bajas fué para los rusos 9 5 por ciento, para los japoneses 4.6 por ciento.»

De estas sugestiones, el escritor concluye que hay una constante tendencia á disminución en el promedio de las bajas. Esta disminución en la mortandad de la guerra se debe: 1.º á la gradual desaparición del duelo individual. En las antiguas batallas ningún hombre se desempeñaba bien si no ofendía alguna parte del cuerpo de un antagonista. En una batalla moderna se requieren los esfuerzos combinados de muchos hombres durante un largo día de combate para ofender el cuerpo de un antagonista. Nota el escritor: 2.º que hay una tendencia á mayor concentración de energía en el campo de batalla, como se demuestra por el mayor número de combatientes, y este aumento de concentración es una de las causas de la disminución de las bajas. Fué la dispersión de los combatientes en una vasta extensión de territorio en la guerra civil americana lo que la hizo tan sanguinaria. 3.º Las heridas modernas se curan con más frecuencia. La bala moderna es mas humana. 4.º La antigua arma de fuego de corto alcance contra formaciones cerradas, era naturalmente mas mortífera que los cañones actuales de fuego más rapido, de mayor alcance contra formaciones dispersas. 5.º En las antiguas batallas, como en Waterloo, solo distaban una milla Wellington de Napoleón. La derrota significaba persecución inmediata y mayores bajas. Ahora, en Mukden los comandantes opuestos distaban veinticinco y treinta millas uno del otro, y antes que las reservas de los vencedores principiaran la persecución, el vencido pudo arreglar una ordenada retirada. 6.º Las formaciones están adaptadas ahora á las armas del enemigo.

X. X. X.

AVISO INTERESANTE

300 pesos mensuales!

Todos pueden ganarlos vendiendo hermosísima novedad artística. Escribid en seguida: **Pennellypes C.**, MILAN (Italia)

CASA KIRSINGER

MUSICA

MARCAS
DE 1ª SON
STEINWAY
BECHSTEIN
RÖNISCH
IBACH
SCHIEDMAYER
PERZINA
ETC.

LA CASA ESPECIALISTA EN
PIANOS

N.° 40-41
Es propiedad

CALLE ILUSTRADA

REVIS
MENSU
PUBLICA
POR
IMPREN

LOS MESES DEL AÑO 1906

1 L. ✠ La Circunsición del Señor.—Santos Almaquio y Magno.
2 M. Octava de San Esteban, protomártir, santos Argeo, Narciso y Marcelino mártires. C. C. á las 10 h. 9 m. a. m.
3 M. Octava de San Juan, apóstol y evangelista, san Antero, papa.
4 J. Octava de los Santos Inocentes, santos Aquilino y Eugenio.
5 V. Vigilia de la Epifanía *(sin ayuno ni abstinencia)* san Telésforo.
6 S. ✠ La Epifanía del Señor.—Santos Melchor, Gaspar y Baltasar, reyes mártires.
7 D. ✠ *Infract. y 1.º después de Epifanía.*—Santos Luciano y Félix.
8 L. Stos. Teófilo y Eladio, mártires, Apolinario y Máximo, obs.
9 M. Stos. Julián, Vital, Segundo, Fortunato y Epicteto, mártires.
10 M. Stos. Agatón, papa, Nicanor, diácono y Marciano, presbítero y Gonzalo de Amaranto, conf. L. Ll. á las 11 h. 54 m. a. m.
11 J. Stos. Higinio, papa y mártir, Salvio, Severo y Alejandro.
12 V. Stos. Arcadio, Modesto, Cástulo y Taciana, mártires.
13 S. Octava de la Epifanía, santos Gumecindo mártir y Leoncio.
14 D. ✠ *2.º después de Epifanía.*—El Smo. Nombre de Jesús, santos Hilario, Dacio, Eufrasio y Malaquías.
15 L. Stos. Pablo, primer ermitaño, Mauro y Macario, abad.
16 M. Stos. Marcelo, papa y mártir, Berardo y Otón, mártires.
17 M. Stos. Antonio, abad, Sulpicio, obispo y Leonila, virgen y mártir. C. M. á las 4 h. 6. m. P. M.
18 J. La Cátedra de San Pedro en Roma. Stos. Leobardo y Prisca.
19 V. Stos. Canuto, rey y mártir, Ponciano, Mario y Marta.
20 S. Stos. Fabián y Sebastián, mártires, y Mauro, obispo.
21 D. ✠ *3.º después de Epifanía.*—Santa Inés, virgen y mártir.
22 L. Stos. Anastasio, Vicente y Víctor, mártires.
23 M. *Los Desposorios de la Santísima Virgen.*—San Ildefonso, obispo.
24 M. Stos. Timoteo, obipo, Tirso, Feliciano, Eugenio y Metelo, mátrs. L. N. á las 7 h. 26 m. p. m.
25 J. La conversión de san Pablo, apóstol, san Ananías.
26 V. Stos. Policarpo y Teógenes, obispos y mártires.
27 S. Stos. Juan Crisóstomo, obispo y doctor.
28 D. ✠ *4.º después de Epifanía.*—El hallazgo del niño Jesús en el templo. Stos. Flaviano, Tirso y Calinico, mártires.
29 L. Stos. Francisco de Sales, obispo y doctor.
30 M. Stos. Martina, virgen y mártir, Hipólito y Alejandro.
31 M. Stos. Pedro Nolasco y Julio, confesores.

Joradori.

1 J. Stos. Ignacio ob. y mr., Severo ob., Efrén diác. y beata Veridiana, vg
C. C. á las 7 h. 48 m. a. m.

2 V. (La Candelaria). La Purific. de la Sma. Virgen, san Cándido mr. y Cornelio el Centurión.

3 S. Stos. Blas obispo y mártir, Oscar obispo, Celerino, diácono.

4 D. ✠ 5.º *Después de Epifanía*, santos Andrés Corsino, obispo.

5 L. Sta. Agueda virgen y mártir, santos Isidoro mártir, Genuino ob.

6 M. Stos. Felipe de Jesús mártir, Tito obispo y Dorotea virgen.

7 M. Stos. Romualdo abad, Teodoro mártir, Moisés obispo, Ricardo.

8 J. Stos. Juan de Mata fundador y confesor, Lucio y Ciriaco mártires Juvencio y Honorato obs.

9 V. Stos. Cirilo de Alejandría obispo y doctor, Primo y Donato.
L. Ll. á las 3 h. 3 m. a. m.

10 S. Sta. Escolástica virgen, santos Irineo, Jacinto y Amancio, mártrs.
(*Mañana principia el cumplimiento pascual*)

11 D. ✠ *Septuagésima*. Nuestra Señora de Lourdes, san Desiderio.

12 L. Sta. Eulalia virgen y mártir, santos Damián, Modesto y Julián.

13 M. *La Oración de Nuestro Señor en el Huerto*, san Lucinio.

14 M. Stos. Valentín presbítero y mártir, Vital, Zenón y Apolonio.

15 J. Stos. Faustino y Jovita mártires, José diácono y Georgina virgen.
C. M. á las 11 h. 40 m. p. m.

16 V. Stos. Onésimo obispo y mártir, Porfirio, Samuel y Elías.

17 S. La Fuga de Nuestro Señor á Egipto, santos Faustino y Rómulo.

18 D. ✠ *Sexagésima*, santos Máximo y Claudio mártires, Simeón ob.

19 L. Stos. Gabino, Publio y Marcelo mártires.

20 M. *La Conmemoración de la Pasión del Señor*, san Nemesio.

21 M. Stos. Saturnino, Secundino y Fortunato mártires, Severiano, ob.

22 J. La Cátedra de San Pedro en Antioquía, santos Papias y Pascasio

23 V. (*Vigilia*) santos Pedro Damiano obispo y doctor, Florencio cf.
L. N. á las 3 h. 14 m. a. m.

24 S. Stos. Matías apóstol, Modesto obispo, Edelberto rey, Primitiva.

25 D. ✠ *Quincuagésima*. El beato Sebastián de Aparicio y Cesáreo.

26 L. Stos. Néstor, Andrés obispo, Diodoro y Víctor, confesor.

27 M. Stos. Basilio, Procopio y Baldomero confesores.
Mañana se cierran las velaciones.

28 M. *De Ceniza*, santos Justo, Macario, Rufino y Teófilo mártires.

MARZO

1 J. Stos. Rudecindo ob., Eudocio y Antonina mrs.
2 V. *La Sagrada Corona de Espinas de Ntro. Señor*, Stos. Simplicio.
3 S. Stos. Emeterio, Celedonio y Mariano mártires., Ticiano obispo
C. C. á las 2 h. 45 m. a. m.
4 D. ✠ *1.º de Cuaresma* santos Casimiro confesor, Lucio papa y mártir.
5 L. Stos. Focas, Adriano y Eusebio Palatino mártir y Teófilo obispo.
6 M. Stos. Víctor y Victorino mártires, Olegario arz. y Coleta virgen.
7 M. (*Témporas*) Sto. Tomás de Aquino confesor y doctor, Perpetua·
8 J. Stos. Juan de Dios confesor y fundador, Filemón y Apolonio.
9 V. (*Témporas*) *La Lanza y los Clavos del Señor*, santa Francisca.
10 S. (*Témporas*) Stos. Alejandro, Crescente y Dionisio mártires.
L. Ll. á las 3 h. 34 m. p. m.
11 D. ✠ 2.º *de Cuaresma* Stos. Heraclio, Zócimo y Eutimio mártires.
12 L. Stos. Gregorio Magno papa y doctor Pedro y Teófanes mártires. y Bernardo obs.
13 M. Sto. Leandro obispo, Patricio, Modesta y Cristina mártires.
14 M. Stas. Florentina virgen y mártir, Matilde reina y Leonor mártir.
15 J. Stos. Raimundo obispo, Longinos y Aristóbulos mártires.
16 V. *La Sagrada Sábana de Nuestro Señor Jesucristo.* Stos Agapito.
17 S. Stos. Patricio obispo, Alejandro y Teodoro mártires.
C. M. á las 7 h. 14 m. a. m.
18 D. ✠ *3.º de Cuaresma.* Stos. Gabriel Arcángel y san Cirilo obispo.
19 L. *San José Esposo de la Santísima Virgen y Patrono de la Iglesia.*
20 M. Stos. Eugenio, Alejandra, Claudia, Eufemia y Julián mártires.
21 M. Stos. Benito obispo y fundador, Serapión anac. y Filemón mar.
22 J. Stos. Saturnino, Basilio y Octaviano mrs. y Catalina viuda.
23 V. *Las Santas Cinco Llagas de Nuestro Señor Jesucristo*, san Fidel.
24 S. Stos. Timoteo, Rómulo y Dionisio mrs., Agapito y Latino obs.
L. N. á las 7 h. 9 p. m
25 D. ✠ *4.º de Cuaresma.* La Encarnación del Señor, san Irineo.
26 L. El Buen Ladrón. Santos Teodosio, Cástulo y Jovino mártires.
27 M. Stos. Juan Damaceno cf. y doctr., Ruperto obispo y Lidia.
28 M. Stos. Juan de Capistrano confesor Castor y Doroteo mártires.
29 J. Stos. Pastor, Cirilo y Segundo mártires y Eustasio obispo.
30 V. *La Preciosa Sangre de Nuestro Señor Jesucristo*, san Zócimo.
31 S. Stos. Benjamín y Cornelia mártires y Balbina virgen.

ABRIL

1 D. ✠ *de Pasión.* Santos Venancio y Teodora mrs. y Hugo ob.
C. C. á las 11 h. 19 p. m.
2 L. Stos. Francisco de Paula cf., Urbano y Abundio obs.
3 M. Stos. Pancracio y Benigno mrs. y Ricardo ob.
4 M. Stos. Isidro arz. y doct., Teodulo mr. y Platón ab.
5 J. Stos. Vicente Ferrer cf., Zenón mr. é Irene vg. y mr.
6 V. *Nuestra Señora de Dolores.* Stos. Sixto I papa y mr., Timoteo.
7 S. Stos. Epifanio, Donato y Rufino mrs. y Egesipo ob.
8 D. ✠ *de Ramos.* Santos Edecio y Genaro mártires y Dionisio.
9 L. *Santo.* Santos Demetrio é Hilario confesores y mártires.
L. Ll. á las 1 h. 29 m. a. m.
10 M. *Santo.* Stos. Exequiel profeta, Apolonio y Terencio mártires.
11 M. *Santo.* Stos. León Magno papa y doctor y Felipe obispo.
12 J. *Santo.* Stos. Víctor y Sabas mártires y Damián obispo.
13 V. *Santo.* Stos. Hermenegildo rey y papa, Carpo y Papilio mrs.
14 S. *Santo.* Stos. Justino filósofo y mártir, Tiburcio y Valeriano mrs.
15 D. ✠ **De Resurrección.** Stos. Victorino, Crescente y Basilisa mrs.
C. M. á las 3 h. 54 m. p. m.
16 L. Stos. Toribio de Liébana obispo, Lupercio y Publio mártires.
17 M. Stos. Aniceto papa y mártir, Leoncio obispo y Roberto cf.
18 M. Stos. Eleuterio y Galdino obispos, Apolonio y Corebo mrs.
19 J. Stos. Timón, Vicente, Hermógenes y Cayo mártires.
20 V. Stos. Sulpicio, Serviliano y Severiano mártires y Marciano ob.
21 S. Stos. Anselmo obispo y doctor, Fortunato y Silvio mártires.
22 D. ✠ *de Cuasimodo.* Stos. Sótero y Cayo mártires y Apeles cf.
Mañana se abren las velaciones.
23 L. Stos. Jorge mártir y Adalberto y Gerardo, obs.
L. N. á las 11 h. 2 m. a. m.
24 M. Stos Fidel de Sigmaringa mártir, Honorio y Gregorio obispos.
25 M. *Rogaciones.* Stos. Marcos Evangelista, Esteban obispo y mr.
26 J. Stos. Cleto y Marcelino papas y mártires y Clarencio obispo.
27 V. Stos. Toribio de Mogrovejo arzobispo de Lima y Teriuliano y Teófilo obs. y Zita vg.
28 S. *Nuestra Señora de la Misericordia.* San Pablo de la Cruz cf.
29 D. ✠ 2.° *De Pascua.* El Buen Pastor. San Pedro mártir.
30 L. Stos. Severo y Donato obispos y Catalina de Sena virgen.

1 M. Stos. Felipe y Santiago el Menor apóstoles, Jeremias profeta.
C. C. á las 2 h. 24 m. p. m.
2 M. Stos. Atanasio ob. y doct.. Saturnino y Celestino mrs.
3 J. La Invención de la Santa Cruz. Stos. Alejandro papa y mr.
4 V. Sta. Mónica viuda y Stos. Paulino y Antonio mrs.
5 S. Stos. Pío V. papa, Eulogio ob. y la Conversión de San Agustín.
6 D. ✠ 3.º *Después de Pascua.* El Patrocinio de San José, San Juan.
7 L. Stos. Estanislao ob. y mr., Flavio y Juvenal mrs., Juan y Pedro.
8 M. La Aparición de San Miguel Arcángel, Stos. Eladio y Dionisio.
L. Ll. á las 9 h. 27 m. a. m.
9 M. Stos. Gregorio de Nazianzo ob. y doct. y Geroncio ob.
10 J. Stos. Antonio arzob., Job profeta, Gordiano y Epímaco mrs.
11 V. Stos. Mamerto ob., Florencio mr. y Gualterio ob.
12 S. Stos. Nereo y Aquileo mrs., Domingo de la Calzada y Domitila.
13 D. ✠ 4.º *Después de Pascua.* Stos. Pedro Regalado cf., Mucio mr.
14 L. Stos. Bonifacio, Justo, Justina y Henedina mrs.
15 M. Stos. Isidro Labrador y Juan Bautista de la Salle cfs., Torcuato.
C. M. á las 2 h. 20 m. a. m.
16 M. Stos. Juan Nepomuceno protomártir del sigilo de la Confesión.
17 J. Stos. Pascual Bailón cf , Víctor mr. y Restituta vg.
18 V. Stos. Venancio y Dióscoro mrs., Félix de Cantalicio cf. y Julita.
19 S. Stos. Pedro Celestino papa y cf., Filotero mr. y Pudenciana vg.
20 D. ✠ 5.º *Después de Pascua.* Stos. Bernardino de Sena cf., Baudilio, Asticio y Plaustina mrs.
21 L. *Rogaciones.* Stos. Secundino, Sinesio, Polio, Entiquio.
22 M. *Rogaciones.* Stos. Castro y Emilio mrs., Quiteria vg. y mr.
23 M. *Rogaciones.* La Aparición del Apóstol Santiago, Sto. Desiderio.
24 J. La Ascensión del Señor. María Auxiliadora, Stos. Robustiano.
25 V. Stos. Gregorio VII y Urbano I papas, Dionisio y Zenón obs.
26 S. Stos. Felipe de Neri cf., Eleuterio papa y mr., Heraclio ob.
27 D. ✠ *Infraoctava de la Ascensión.* Stos. Beda el Venerable cf. y doct.
28 L. Stos. Agustín de Cantorbery, Justo, Germán y Podio obs.
29 M. Stos. Restituto mr., Maximino ob. y Teodosia mr.
30 M. Stos. Fernando III rey, Félix papa y mr. y Eumelia.
31 J. Stas. Angela de Mérici y Petronila vgs., Sto. Canciano mr.
C. C. á la 1 h. 41 m. a. m.

Foradori.

1 V. Stos. Juvencio, Firmo y Próculo mrs., Pánfilo ob. y Simeón monje.
2 S. (*Vigilia sin indulto*) stos. Marcelino. y Erasmo. mrs. y Eugenio.
3 D. ✠ Pentecostés. Stos. Isaac mr., Cecilio presb., Clotilde y Oliva.
4 L. Stos. Francisco de Caracciolo cf., Optato y Quirino mars.
5 M. Stos. Bonifacio ob. y mr., Nicanor, Marciano, Zenaida y Valeria.
6 M. *Témpora*. Stos. Norberto ob., Asterio, Cándido y Paulina mrs.

L. Ll. á las 4 h. 29 m. p. m

7 J. Stos. Pablo obispo y mr., Sabiniano mártir y Roberto ob.
8 V. *Témporas*. Santos Medardo y Severino obs., Salustiano y Victno.
9 S. *Témporas*. Stos. Vicente, Primo y Feliciano mrs., Maximiano.
10 D. ✠ 1.º *Después de Pentecostés La Santísima Trinidad.*
11 L. Stos. Bernabé apóstol, Félix mr. y Patricio cf.
12 M. Stos. Juan de San Facundo confesor, Basílides, Cirino, Nabor.
13 M. Stos. Antonio de Padua confesor, Fortunato, Luciano, Felícula.

C. M. á las 2 h. 51 m. p. m.

14 J. *Corpus Christi*. Santos Basilio obispo y doctor, Eliseo profeta.
15 V. Stos. Vito, Modesto, Crescencia y Eutopia mrs.
16 S. Stos. Juan Francisco de Regis conf., Aureliano, ob.
17 D. ✠ *Infraoctava de Corpus* y *2.º después de Pentecostés*. Stos. Ismael. Inocencio é Isauro mrs., Imecio cf. y Besarión anacoreta.
18 L. Stos. Marcos y Marcelino mártires y Marina virg y mr.
19 M. Stos. Gervasio y Protasio mártires y Juliana de Falconeri vg.
20 M. Stos. Silverio papa y mártir, Macario obispo y Novato cf.
21 J. *Octava de Corpus*. Stos. Luis Gonzaga confesor, Albano.

L. N. á las 6 h. 23 m. p. m.

22 V. *El Sagrado Corazón de Jesús*. Santos Paulino y Juan ob.
23 S. (*Vigilia*) Santos Juan y Félix mártires y Agripina vg. y mr.
24 D. ✠ *3.º Después de Pentecostés. La Natividad de Sn. Juan Bautista.* Stos. Fausto, Orencio y Fermín mrs. Simplicio y Teodulo ob.
25 L. Stos. Guillermo ob., Próspero ob., Adalberto confesor.
26 M. Santos Juan y Pablo, Pelayo, Salvia y Superio mrs.
27 M. Santos Crescente ob. y mr., Zoilo mr. y Ladislao rey.
28 J. (*Vigilia sin indulto*). Santos León II papa, Benigno é Irineo obs.
29 V. *Santos Pedro y Pablo* apóstoles, Marcelino mr. Ciro y Casio obs.

C. C. á las 9 h. 36 m. á. m.

30 S. La conmemoración de San Pablo apóstol. San Marcial, obispo.

Foradori.

1 D. ✠ *4.º Despues de Pentecostés. La Preciosa Sangre de N. S. J.*
2 L. *La Visitacion de la Sma. Virgen María.* Sto. Proceso.
3 M. Stos. Trifón, Eulogio y Oreste mrs. y Eleodoro obispo.
4 M. Stos. Oseas y Ageo prof., Laureano arz. y Uldaricio obispo.
5 J. Stos. Antonio María Zacarías y Miguel de los Santos cfs. y Cirila

L .Ll. á las 11 h. 45 m. p. m.

6 V. Stos. Isaías profeta, Tranquilino mr., y Dominga vg. y mrs.
7 S. Stos. Fermín ob. y mr., Claudio y Sinforiano, Cirilo y Metodio
8 D. ✠ *5.º Después de Pentecostés.* Stos. Procopio mr., Auspicio ob
9 L. Stos. Zenón mr., Cirilo ob. y Verónica de Juliani virgen.
10 M. Santas Felicitas é hijas mrs., Segunda y Rufina virgen y mártir
11 M. Stos Pío I. papa y mr., y Marciano mr. y Sabino cf.
12 J. Stos Juan Gualberto ab., Nabor Félix y Epifanía mrs.
13 V. Stos. Anacleto papa y mr., Joel y Esdras profetas.

C. M. á las 5 h. 30 m. a. m.

14 S. Stos Buenaventura ob. y doctor, Ciro y Aplaciano obs.
15 D. ✠ *6.º Después de Pentecostés* El Smo. Redentor. San Enrique.
16 L. Nuestra Señora del Carmen, *patrona jurada del ejército chileno*
17 M. Stos. Alejo cf., Generoso y Jacinto mrs., y Marcelina virgen.
18 M. Stos. Camilo de Lelis confesor, Sinforosa é hijos mártires.
19 J. Stos. Vicente de Paul confesor, Justa y Rufina vírgenes y mrs.
20 V. Stos. Jerónimo Emiliano confesor, Elías profeta, Margarita vg.
21 S. Stos. Daniel profeta, Víctor mr. Práxedes virgen y Julia virgen

L. N á las 8 h. 16 m. a. m.

22 D. ✠ *7.º Después de Pentecostés.* Platón mártir, Teófilo.
23 L. Stos. Apolinario obispo y mártir, Liborio obispo.
24 M. (*Vigilia*). Stos Francisco Solano confesor, Cristina vg. y mr.
25 M. El Apóstol Santiago, *Patrono principal de la ciudad y de la República.*
26 J. Sta Ana madre de la Santísima Virgen, San Jacinto mártir
27 V. Stos Pantaleón médico y mártir, Eterio obispo y Hermolao mr.
28 S. Stos. Nazario, Celso y Víctor mártir y Sansón obispo.

C. C. á las 3 h. 13 m. p. m.

29 D. ✠ *8.º Después de Pentecostés.* Santos Félix II papa y mártir
30 L. Stos. Abdón y Senén mártires, Donatila, Segunda y Julita mr.
31 M. Stos. Ignacio de Loyola confesor y fundador, Fabio mártir.

Agosto

1 M. Stos. Pedro ad Víncula y los siete hermanos Macabeos, mártires.
2 J. Stos. Alfonso María de Ligorio obispo y doctor, Estéban papa.
3 V. Stos. Hermelo mártir, Eufronio obispo, Lidia.
4 S. Stos. Domingo de Guzmán confesor y fundador, Eleuterio mr.

L. Ll. á las 8 h. 17 m. a. m.

5 D. ✠ *9.º Después de Pentecostés.* y 2.º de agto. Nuestra de las Nvs.
6 L. La Transfiguración de Nuestro Señor Jesucristo, san Sisto II.
7 M. Stos. Cayetano confesor, Donato obispo y mr., Donaciano obispo.
8 M. Stos. Ciriaco, Largo y Esmaragdo mrs. y Severo confesor.
9 J. (*Vigilia*) Stos. Justo y Pastor mrs., Domiciano ob. y Román mr.
10 V. Stos. Lorenzo mártir, Pabla y Astenia vgs. y mrs.
11 S. Stos. Alejandro, Tiburcio, Rufino y Susana mártires.

C. M. á las 10 h. 5 m. p. m.

12 D. ✠ *10. Después de Pentecostés.* y 3.º de agosto santa Clara virgen, Santos Herculano ob. é Hilaria mr.
13 L. Stos. Hipólito Casiano y Elena mrs. y Juan Berchmans confesor.
14 M. (*Vigilia sin indulto*) Stos. Marcelo obispo Demetrio y Urcicio mrs.
15 M. ✠ *La Asunción de la Santísima Virgen.* San Tarcisio mrs.
16 J. Stos. Jacinto y Roque confesores, Eufemia virgen y mártir.
17 V. Stos. Felipe, Estratón, Eustaquiano y Julian mártires.
18 S. Stos. Emigdio obispo y mártir, Agapito mr. y Elena Emperatriz.
19 D. ✠ *11 Después de Pentecostés*, y 4.º de agosto, san Joaquín.

L. N. á las 8. h. 45. p. m.

20 L. Stos. Bernardo obispo y doctor Juliberto confesor y Samuel pfta.
21 M. Sta. Juana Francisca de Chantal viuda, santos Maximiliano.
22 M. Stos. Timoteo, Sinforiano, Marcial, Mauro mártires.
23 J. (*Vigilia*) Stos. Felipe Benicio cf. Tranqueo, Sidonio obispos.
24 V. Stos. Bartolomé apóstol, Tolomeo ob. y Aurea Virgen.
25 S. Stos. Luis rey de Francia, Ginés mr. y Patricia virgen.
26 D. ✠ *12. Después de Pentecostés*, y 5.º de agosto. *El Purísimo Corazón de María.*

C. C. á las 8 h. 0 m. p. m.

27 L. Stos. José de Calazans confesor y fundador, Cesario obispo.
28 M. Stos. Agustín obispo y doctor, Bibiano ob. y Hermetes. mr.
29 M. La degollación de San Juan Bautista, santa Cándida virgen y mr.
30 J. *Santa Rosa de Lima, Patrona de América*, san Bononio obispo.
31 V. Stos. Ramón Nonato y Arístides confesor. y Optato obispo.

1 S. Stos. Egidio abad, Lupo obispo, Josué, Gedeón, y Ana, profetas
2 D. ✠ *13 después de Pentecostés* y 1.º de septiembre, san Antonino.

L. Ll. á las 6 h. 53 m. p. m.

3 L. Stos. Sandalio, Eugenia y Dorotea mártires, Serapia virgen.
4 M. Stos. Moisés profeta, Rosalía y Rosa de Viterbo vírgenes.
5 M. Stos. Lorenzo Justiniano obispo, Bertino abad y Abdalia virgen.
6 J. Stos. Zacarías profeta, Onesíforo mártir y Eleuterio obispo.
7 V. Stos. Juan mártir, Pánfilo obispo, y Regina virgen y mártir.
8 S. **La Natividad de María Santísima**, san Adrián mártir.
9 D. ✠ *14 después de Pentecostés* y 2.º de septiembre. El Dulce Nombre de María, santos Pedro Claver confesor, Gorgonio mártir.
10 L. Stos. Nicolás de Tolentino confesor, Nemesiano obispo y mr.

C. M. á las 4 h. 11 m. p. m.

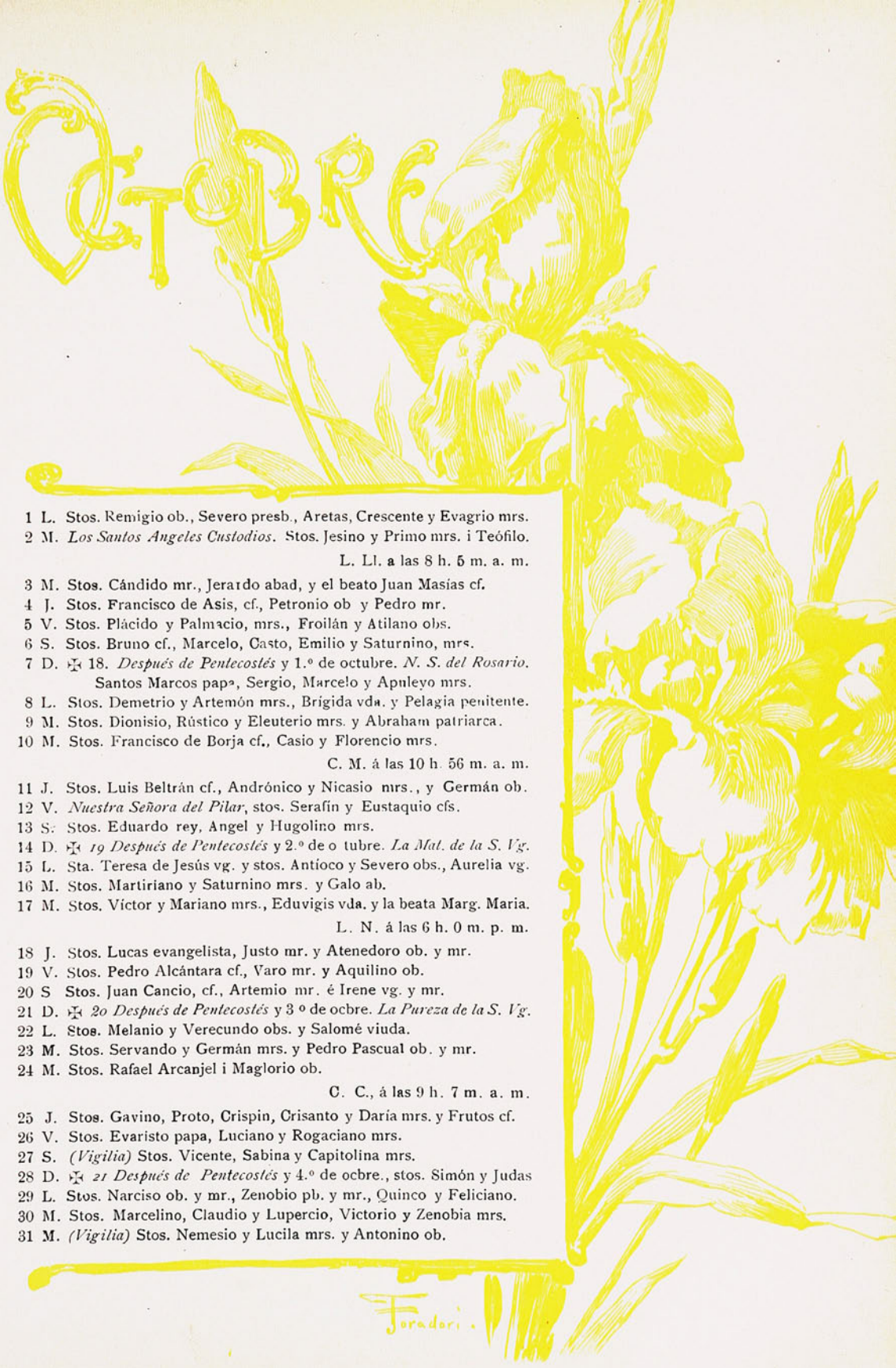
11 M. Stos. Proto y Jacinto mártires, Paciente y Emiliano obispos.
12 M. Stos. Juvencio y Silvino obispos, Macedonio y Taciano mrs.
13 J. Stos. Macrobio y Ligorio mártires y Eulogio obispo.
14 V. La Exaltación de la Santa Cruz, santos Crecenciano y Víctor.
15 S. Stos. Nicomedes, Valeriano y Melitina mártires, Eutropia viuda.
16 D. ✠ *15 después de Pentecostés* y 3.º de septiembre. Nuestra Señora de los Dolores, santos Cornelio papa y Cipriano obs. y mrs.
17 L. La Impresión de las Llagas de San Francisco, san Pedro Arbué.
18 M. **El Santo Angel Custodio de Chile**, santos José de Cupertino.

L. N. á las 7 h. 51 m. a. m.

19 M. *(Témporas)* santos Genaro, Desiderio, Eustaquio y Constanza.
20 J. *(Vigilia)* santos Eustaquio y compañeros mártires, Cándida.
21 V. *(Témporas)* santos Marco apóstol y evangelista, Jonás profeta.
22 S. *(Témporas)* santos Tomás de Villanueva arzobispo, Mauricio mr.
23 D. ✠ *16 después de Pentecostés* y 4.º de septiembre, san Lino papa.
24 L. Nuestra Señora de las Mercedes, santos Gerardo obispo y mr.
25 M. Stos Rufino y Eugenio mártires, Aurelia y Neomisia vírgenes.

C. C. á la 1 h. 29 m. a. m.

26 M. Stos. Cipriano mártir, Nilo abad, Vigil obispo y Justina vg. y mr.
27 J. Stos. Cosme y Damián Terencio y Juan mártires.
28 V. Stos. Wenceslao mártir y el beato Simón de Rojas confesor.
29 S. San Miguel Arcángel, y los santos Plauto y Gaudelia mártires.
30 D. ✠ *17 después de Pentecostés* y 5.º de septiembre, santos Jerónimo confesor y doctor, Honorio obispo y Sofía virgen



1 L. Stos. Remigio ob., Severo presb., Aretas, Crescente y Evagrio mrs.
2 M. *Los Santos Angeles Custodios.* Stos. Jesino y Primo mrs. i Teófilo.

L. Ll. a las 8 h. 5 m. a. m.

3 M. Stos. Cándido mr., Jerardo abad, y el beato Juan Masías cf.
4 J. Stos. Francisco de Asis, cf., Petronio ob y Pedro mr.
5 V. Stos. Plácido y Palmacio, mrs., Froilán y Atilano obs.
6 S. Stos. Bruno cf., Marcelo, Casto, Emilio y Saturnino, mrs.
7 D. ✠ 18. *Después de Pentecostés* y 1.º de octubre. *N. S. del Rosario.* Santos Marcos papa, Sergio, Marcelo y Apuleyo mrs.
8 L. Stos. Demetrio y Artemón mrs., Brígida vda. y Pelagia penitente.
9 M. Stos. Dionisio, Rústico y Eleuterio mrs. y Abraham patriarca.
10 M. Stos. Francisco de Borja cf., Casio y Florencio mrs.

C. M. á las 10 h. 56 m. a. m.

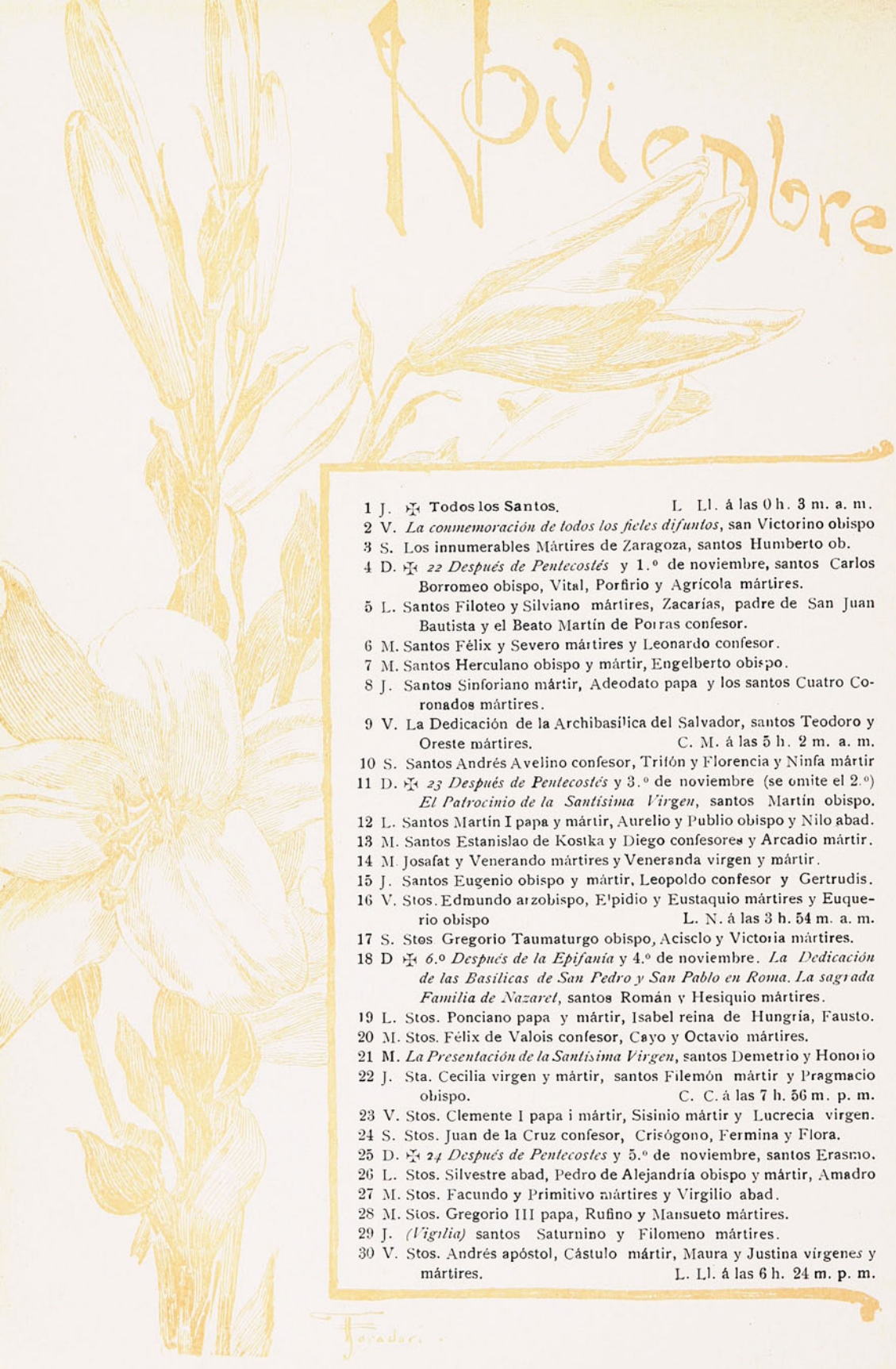
11 J. Stos. Luis Beltrán cf., Andrónico y Nicasio mrs., y Germán ob.
12 V. *Nuestra Señora del Pilar*, stos. Serafín y Eustaquio cfs.
13 S. Stos. Eduardo rey, Angel y Hugolino mrs.
14 D. ✠ *19 Después de Pentecostés* y 2.º de octubre. *La Mat. de la S. Vg.*
15 L. Sta. Teresa de Jesús vg. y stos. Antíoco y Severo obs., Aurelia vg.
16 M. Stos. Martiriano y Saturnino mrs. y Galo ab.
17 M. Stos. Víctor y Mariano mrs., Eduvigis vda. y la beata Marg. María.

L. N. á las 6 h. 0 m. p. m.

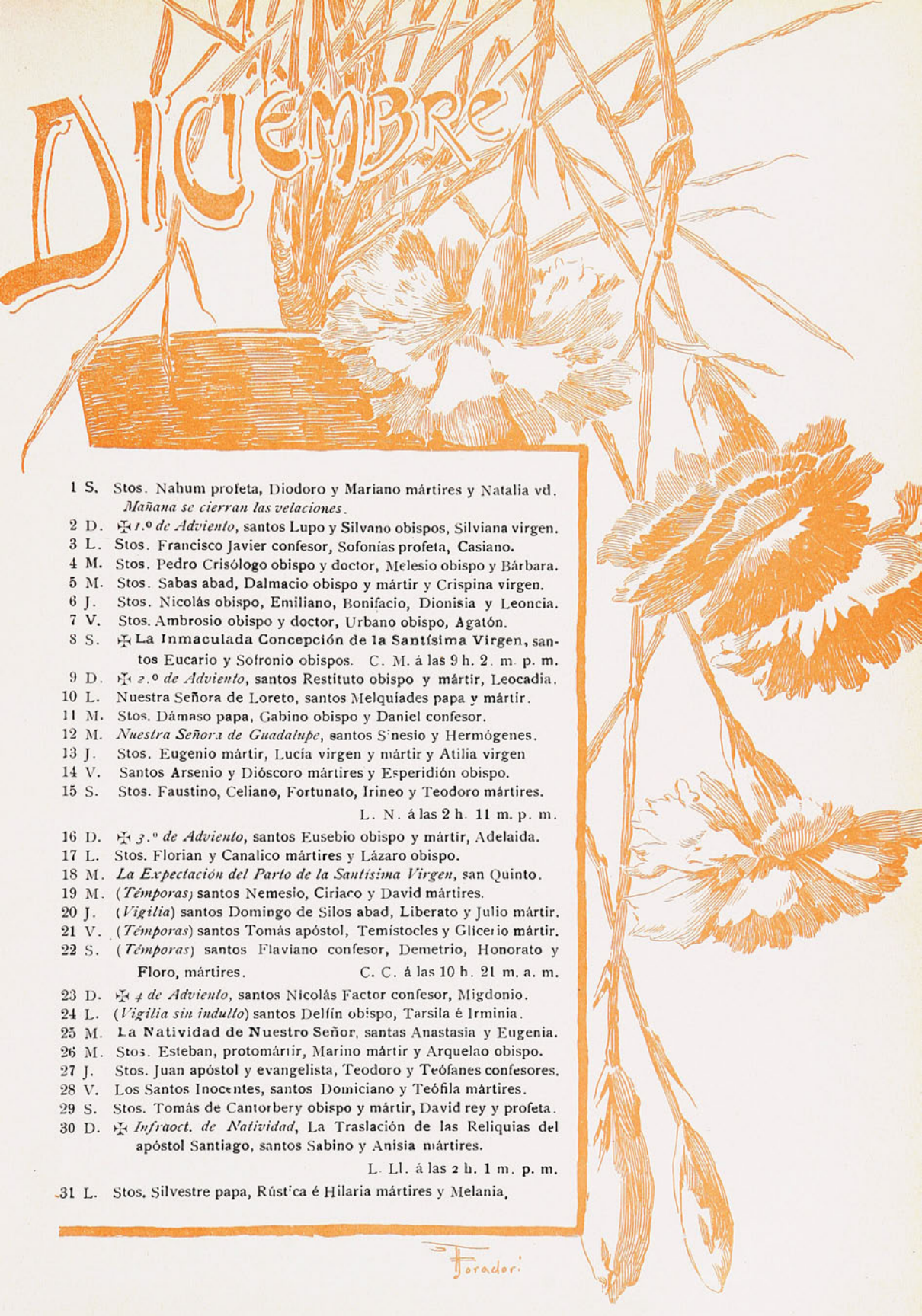
18 J. Stos. Lucas evangelista, Justo mr. y Atenedoro ob. y mr.
19 V. Stos. Pedro Alcántara cf., Varo mr. y Aquilino ob.
20 S Stos. Juan Cancio, cf., Artemio mr. é Irene vg. y mr.
21 D. ✠ *20 Después de Pentecostés* y 3.º de octbre. *La Pureza de la S. Vg.*
22 L. Stos. Melanio y Verecundo obs. y Salomé viuda.
23 M. Stos. Servando y Germán mrs. y Pedro Pascual ob. y mr.
24 M. Stos. Rafael Arcanjel i Maglorio ob.

C. C., á las 9 h. 7 m. a. m.

25 J. Stos. Gavino, Proto, Crispín, Crisanto y Daría mrs. y Frutos cf.
26 V. Stos. Evaristo papa, Luciano y Rogaciano mrs.
27 S. *(Vigilia)* Stos. Vicente, Sabina y Capitolina mrs.
28 D. ✠ *21 Después de Pentecostés* y 4.º de octbre., stos. Simón y Judas
29 L. Stos. Narciso ob. y mr., Zenobio pb. y mr., Quinco y Feliciano.
30 M. Stos. Marcelino, Claudio y Lupercio, Victorio y Zenobia mrs.
31 M. *(Vigilia)* Stos. Nemesio y Lucila mrs. y Antonino ob.



1 J. ✠ **Todos los Santos.** L. Ll. á las 0 h. 3 m. a. m.
2 V. *La conmemoración de todos los fieles difuntos*, san Victorino obispo
3 S. Los innumerables Mártires de Zaragoza, santos Humberto ob.
4 D. ✠ *22 Después de Pentecostés* y 1.º de noviembre, santos Carlos Borromeo obispo, Vital, Porfirio y Agrícola mártires.
5 L. Santos Filoteo y Silviano mártires, Zacarías, padre de San Juan Bautista y el Beato Martín de Porras confesor.
6 M. Santos Félix y Severo mártires y Leonardo confesor.
7 M. Santos Herculano obispo y mártir, Engelberto obispo.
8 J. Santos Sinforiano mártir, Adeodato papa y los santos Cuatro Coronados mártires.
9 V. La Dedicación de la Archibasílica del Salvador, santos Teodoro y Oreste mártires. C. M. á las 5 h. 2 m. a. m.
10 S. Santos Andrés Avelino confesor, Trifón y Florencia y Ninfa mártir
11 D. ✠ *23 Después de Pentecostés* y 3.º de noviembre (se omite el 2.º) *El Patrocinio de la Santísima Virgen*, santos Martín obispo.
12 L. Santos Martín I papa y mártir, Aurelio y Publio obispo y Nilo abad.
13 M. Santos Estanislao de Kostka y Diego confesores y Arcadio mártir.
14 M. Josafat y Venerando mártires y Veneranda virgen y mártir.
15 J. Santos Eugenio obispo y mártir, Leopoldo confesor y Gertrudis.
16 V. Stos. Edmundo arzobispo, Eupidio y Eustaquio mártires y Euquerio obispo L. N. á las 3 h. 54 m. a. m.
17 S. Stos Gregorio Taumaturgo obispo, Acisclo y Victoria mártires.
18 D ✠ *6.º Después de la Epifanía* y 4.º de noviembre. *La Dedicación de las Basílicas de San Pedro y San Pablo en Roma. La sagrada Familia de Nazaret*, santos Román y Hesiquio mártires.
19 L. Stos. Ponciano papa y mártir, Isabel reina de Hungría, Fausto.
20 M. Stos. Félix de Valois confesor, Cayo y Octavio mártires.
21 M. *La Presentación de la Santísima Virgen*, santos Demetrio y Honorio
22 J. Sta. Cecilia virgen y mártir, santos Filemón mártir y Pragmacio obispo. C. C. á las 7 h. 56 m. p. m.
23 V. Stos. Clemente I papa i mártir, Sisinio mártir y Lucrecia virgen.
24 S. Stos. Juan de la Cruz confesor, Crisógono, Fermina y Flora.
25 D. ✠ *24 Después de Pentecostes* y 5.º de noviembre, santos Erasmo.
26 L. Stos. Silvestre abad, Pedro de Alejandría obispo y mártir, Amadro
27 M. Stos. Facundo y Primitivo mártires y Virgilio abad.
28 M. Stos. Gregorio III papa, Rufino y Mansueto mártires.
29 J. *(Vigilia)* santos Saturnino y Filomeno mártires.
30 V. Stos. Andrés apóstol, Cástulo mártir, Maura y Justina vírgenes y mártires. L. Ll. á las 6 h. 24 m. p. m.



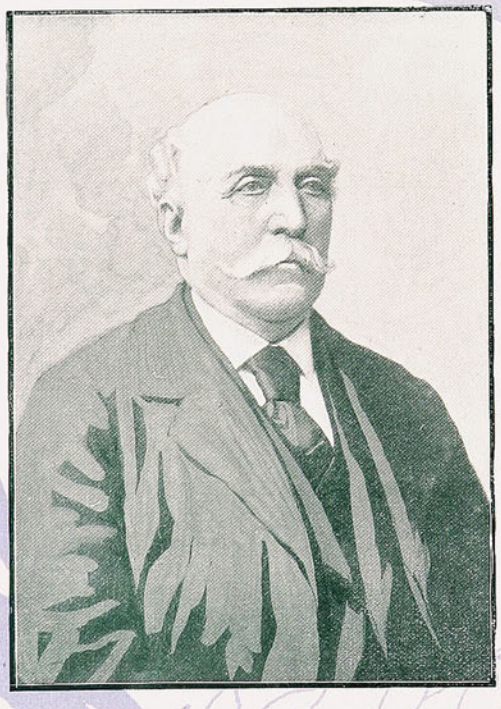
1 S. Stos. Nahum profeta, Diodoro y Mariano mártires y Natalia vd.
Mañana se cierran las velaciones.
2 D. ✠ *1.º de Adviento*, santos Lupo y Silvano obispos, Silviana virgen.
3 L. Stos. Francisco Javier confesor, Sofonías profeta, Casiano.
4 M. Stos. Pedro Crisólogo obispo y doctor, Melesio obispo y Bárbara.
5 M. Stos. Sabas abad, Dalmacio obispo y mártir y Crispina virgen.
6 J. Stos. Nicolás obispo, Emiliano, Bonifacio, Dionisia y Leoncia.
7 V. Stos. Ambrosio obispo y doctor, Urbano obispo, Agatón.
8 S. ✠ **La Inmaculada Concepción de la Santísima Virgen**, santos Eucario y Sofronio obispos. C. M. á las 9 h. 2. m. p. m.
9 D. ✠ *2.º de Adviento*, santos Restituto obispo y mártir, Leocadia.
10 L. Nuestra Señora de Loreto, santos Melquíades papa y mártir.
11 M. Stos. Dámaso papa, Gabino obispo y Daniel confesor.
12 M. *Nuestra Señora de Guadalupe*, santos Sínesio y Hermógenes.
13 J. Stos. Eugenio mártir, Lucía virgen y mártir y Atilia virgen
14 V. Santos Arsenio y Dióscoro mártires y Esperidión obispo.
15 S. Stos. Faustino, Celiano, Fortunato, Irineo y Teodoro mártires.
L. N. á las 2 h. 11 m. p. m.
16 D. ✠ *3.º de Adviento*, santos Eusebio obispo y mártir, Adelaida.
17 L. Stos. Florian y Canalico mártires y Lázaro obispo.
18 M. *La Expectación del Parto de la Santísima Virgen*, san Quinto.
19 M. (*Témporas*) santos Nemesio, Ciriaco y David mártires.
20 J. (*Vigilia*) santos Domingo de Silos abad, Liberato y Julio mártir.
21 V. (*Témporas*) santos Tomás apóstol, Temístocles y Glicerio mártir.
22 S. (*Témporas*) santos Flaviano confesor, Demetrio, Honorato y Floro, mártires. C. C. á las 10 h. 21 m. a. m.
23 D. ✠ *4 de Adviento*, santos Nicolás Factor confesor, Migdonio.
24 L. (*Vigilia sin indulto*) santos Delfín obispo, Tarsila é Irminia.
25 M. **La Natividad de Nuestro Señor**, santas Anastasia y Eugenia.
26 M. Stos. Esteban, protomártir, Marino mártir y Arquelao obispo.
27 J. Stos. Juan apóstol y evangelista, Teodoro y Teófanes confesores.
28 V. Los Santos Inocentes, santos Domiciano y Teófila mártires.
29 S. Stos. Tomás de Cantorbery obispo y mártir, David rey y profeta.
30 D. ✠ *Infraoct. de Natividad*, La Traslación de las Reliquias del apóstol Santiago, santos Sabino y Anisia mártires.
L. Ll. á las 2 h. 1 m. p. m.
31 L. Stos. Silvestre papa, Rústica é Hilaria mártires y Melania.

Forador

Año IV Precio: 50 centavos Noviembre y Diciembre

CHILE ILUSTRADO

REVISTA ARTISTICA I LITERARIA.



DON GUILLERMO BLEST GANA

Don Guillermo Blest Gana

L 7 de noviembre pasado se extinguió en Santiago silenciosamente la vida del meritísimo poeta cuyo retrato publicamos en la página de honor de esta Revista, como respetuoso homenaje á su memoria.

La obra literaria de **Blest Gana** habría bastado en otra parte y aún en el Chile de otros tiempos, para asegurarle una situación elevada y espectable entre los pocos bien preparados para imponer rumbos en los centros que tienen por misión especial la difusión de las luces.

Pero como **Blest Gana** fué en nuestra incipiente literatura sólo cultor insigne de la belleza ideal, poeta espiritualista de elevado vuelo, y, lo que es más, escritor original, sin resabios de ese mercantilismo literario rastrero y adocenado que hoy priva, su figura y su nombre han permanecido durante veinte años hasta el día de su muerte, entre las figuras y nombres olvidados... por inútiles.

Así es como muchas veces el tan celebrado espíritu práctico de los chilenos ha contribuído a empequeñecer el patrimonio intelectual de la nación.

Por lo cual, un deber sagrado de justicia y de bien entendido patriotismo, obliga á los que sienten en sus cabezas y en sus corazones el fuego del entusiasmo por la belleza i el arte, á no dejar que se extingan y se pierdan en la obscuridad, los ecos luminosos y los brillantes destellos de una inteligencia fecunda y vasta como fué la de **Guillermo Blest Gana**.

Publicamos á continuación algunas poesías del distinguido poeta, que bastan por sí solas para justificar cuantos elogios se le tributen.

A la Muerte

I

Seres queridos te miré sañuda
Arrebatarme y te juzgué implacable
Como la desventura, inexorable
Como el dolor y cruel como la duda.

Mas hoy que á mí te acercas, fría, muda,
Sin odio y sin amor, ni osca ni afable,
En tí la majestad de lo insondable
Y lo eterno mi espíritu saluda.

Y yo, sin la impaciencia del suicida,
Ni el pavor del feliz, ni el miedo inerte
Del criminal, águardo tu venida;

Que igual á la de todos es mi suerte:
¡Cuando nada se espera de la vida,
Algo debe esperarse de la muerte!

A la Muerte

Te acercas fría, taciturna amiga
Del humano dolor. Se cumple el plazo
Y en las sombras á entrar, de tu regazo,
Suprema ley y universal, me obliga.

Como indolente el segador, la espiga
Que dará nuevas fuerzas á su brazo,
La muerte por dar vida, corta el lazo
Que á la existencia individual nos liga.

El cuerpo en planta convertido y flores,
Parte será del todo que no muere,
En perfumes, en savias y colores,

Y este algo que soy yo, que hoy siente y quiere
¿No vivirá en esferas superiores
En donde eterna la verdad impere?

Primaveras

De entre celajes de ópalo y de grana,
Surge radiante el sol de primavera,
Esparciendo en el monte y la pradera
La fecundante luz de la mañana.

A su grato calor, exhala ufana,
Efluvios de placer de tierra entera,
Y, como novia que al esposo espera,
De retoños y flores se engalana.

¡Oh sol de juventud, no de otra suerte
Tu clara luz, de espléndidos fulgores,
Calor de vida, en nuestra sangre vierte.

Y el alma en la atmósfera de flores,
Olvidada del tiempo y de la muerte,
Exhala dichas y respira amores.

Desolación

Voy quedando tan solo que me espanta
Lo que de vida y padecer me resta,
Ya no se une al bullicio de la fiesta
Ronca la voz que expira en la garganta.

En vez de flores, la insegura planta
Hojas secas encuentra en la floresta,
Y donde hubo esplendor, nube funesta,
De lágrimas preñadas, se levanta.

Sopla el ciclón que, con furor, me azota
Y me empuja, entre sombras al abierto
Abismo inmenso de región ignota.

Todo es sombrío, lúgubre, desierto,
Mar sin riberas, donde solo flota
La vieja nave que no encuentra puerto.

Fugaces

Con esperar, ¿qué se alcanza?
De niño, decía yo,
Pero el dolor me enseñó
Lo que vale una esperanza.

Y al ver que á la zaña fiera
Del tiempo nada resiste,
Digo la sola que existe
Es la dicha que se espera.

Después de tanto afanar,
Después de tanto sufrir,
Hoy casi me hace reir
Lo que me hacía llorar.

Mas viendo de mi vivir
Los bellos días pasar,
Hoy casi me hace llorar
Lo que me hacía reir.

Si yo pudiera expresar
Lo que siento en mi interior,
Sabrías lo que es amor,
Tal vez sin saber amar.

Si quieres que tu ilusión
Se convierta en realidad,
Apaga en tu corazón
Las luces de la verdad.

Buscando la dicha va,
Desde que puede sentir
El hombre, y sólo al morir
Viene á saber dónde está;
Sólo entonces, tarde ya
Para alcanzarla cumplida,
Ve que malgastó su vida
Por correr tras la ilusión,
Teniendo en su corazón
La realidad escondida.

Enigma

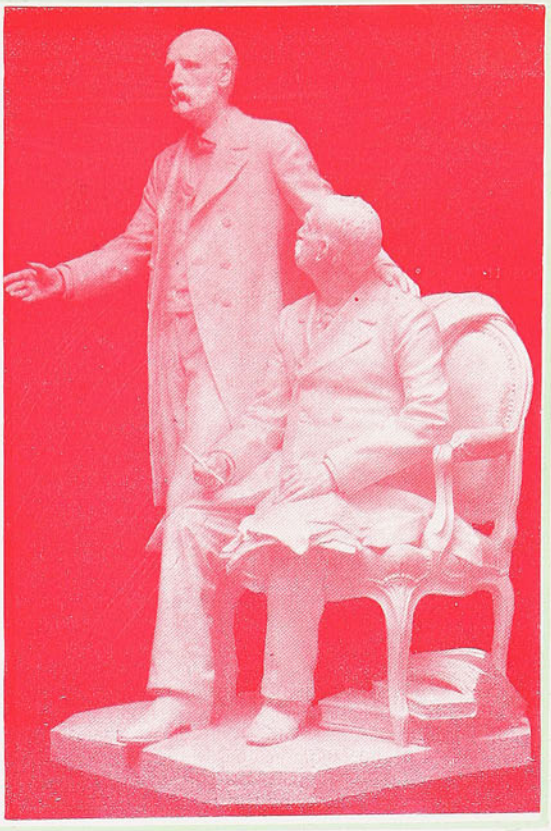
Si maestro, ya lúgubre ó risueño,
Sueño de la vida, la razón lo advierte,
Pero nos viene á despertar la muerte
O ésta, como la vida, es otro sueño.

Dormir, soñar tal vez! Con torvo ceño
Hamlet exclama, pero el cráneo inerte
Guarda el secreto eterno, sin que acierte
A descubrirlo su tenaz empeño.

Impasible la faz, severa y ruda,
Sorda al clamor que los espacios llena,
La esfinge inmóvil permanece y muda,

Y de pie, contemplándola en la arena,
De un lado inquieta y tétrica la duda,
La fe del otro, plácida y serena.

G. BLEST GANA



MONUMENTO EREJIDO A LA MEMORIA
DE LOS HERMANOS AMUNÁTEGUI
EN SANTIAGO - AÑO 1905.

Máma Dotea

AMA Dotea, nuestra cocinera, vivía tan de antiguo en casa que pudiera decirse que se había criado en ella y era á la abuela á quien debía muchos de sus conocimientos culinarios. A mi madre la miraba como á hermana mayor y creo que en la edad de las expansiones habían intimado hasta donde es posible entre ama y criada. Se casó mi madre, fuimos naciendo nosotros, murió la abuela y ella seguía en su cocina atizando la llama del hogar como una vestal solícita. Era humilde y querendona, pero arisca con los varones. Tenía todo su orgullo en el buen nombre de la casa y sabía salir por él cuando lo creía amagado. ¡Ay del que hubiese pretendido hacerla hablar mal de los amos, como es costumbre entre gente de patios adentro! En cambio, cobraba afecto á todo aquél que lo sentía por nosotros.

¿Y á nosotros? ¡Pero si fuimos su debilidad! Jamás he visto el instinto maternal más desarrollado en una solterona. Hubiérase dicho que éramos hijos suyos, pero de otra casta, como los que las antiguas vasallas tenían con sus señores.

Cuando queríamos comer algo prohibido, ó á deshora, no había sino que recurrir á ella y aún esto era innecesario puesto que siempre nos reservaba cuanto podía sernos grato. A veces mi madre la reñía blandamente, al fin como halagada en su amor propio: «Qué me los acostumbras mal, mujer!» Y las dos quedaban mirándose gozosas y se entendían á maravilla, como abuelas que no sienten celos delante del nieto común.

¡Y las sorpresas del domingo! Cada día de fiesta transcurría la comida en medio de una impaciencia que sentían hasta las personas mayores y á los postres giraba con lentitud el torno por donde se pasaba las fuentes de la cocina al comedor y aparecía una compotera tapada que nos hacía prorrumpir en aclamaciones, mientras se oía del otro lado la buena risa de la cocinera. Y lo admirable era que nunca se repetía. Su repertorio gastronómico parecía inagotable.

Pero todo esto se refiere á una época lejana que apenas recuerdo, cuando todavía no asomaba la locura en ella; ved cómo pasó: Entró á nuestro servicio un nuevo sirviente de mesa; creo recordarlo, pero no estoy seguro que haya sido por los relatos de mi madre que me formé idea de él, era chico y socarrón, y sirviendo á los parroquianos de algún hotel, se había hecho de maneras almibaradas, por lo que mi padre decía que cada vez se sentía tentado de obsequiarle con la respectiva propina; por lo demás, duró muy corto tiempo en casa.

El necesario para que aquella arisca virtud de la Dotea, se deshiciese por él. ¿Fueron sus bigotes atusados los que obraron el milagro? ¿fué su cabello partido en medio? ¿ó fué?... ¡Sea lo que fuere, el hecho es que máma Dotea empezó á aparecérsenos con extravagantes prendidos y afectaba maneras! Nada más lastimoso que esas gazmoñerías atrasadas y toda esa florescencia en una criatura ya marchita; no la rejuvenece, como pudiera creerse, sino que despiadamente le saca á luz sus menores defectos; lo que hubiera sido conmovedor á su tiempo resulta digno de escarnio. Y, sin embargo, estos despertares van precedidos de las mismas dulces inquietudes que los otros y tienen igual encanto y la misma grandeza.

¿Por qué reir? ¡Al contrario!

Mi madre supone que nuestro mozo fingió corresponderle calculando que la solterona habría tenido tiempo de ahorrar más que lo suficiente en una casa donde se la consideraba como de la familia. Es lo más probable que así fuera; el hecho es que cierto día vino toda ruborosa donde ella estaba y le demandó su permiso para contraer matrimonio porque «Carlos» ya la tenía pedida».

Mi madre puso el grito en el cielo. ¡Ah, la alucinada, la habían engatuzado como á una cándida que era! Le echó en cara su edad, su falta de atractivos, todo, y llevándola á considerar con detención las cosas, le probó, como dos y dos son cuatro, que á «su» Carlos no podía guiarle sino el interés más vil. Finalmente, le previno que si se casaba, la casa se cerraría para ella.

¡Fué cruel, á qué negarlo! Talvez obraría así llevada de su cariño y porque creyera necesario sacar á la pobre de un error que podía serle funesto. Talvez hubo en su celo algún tanto de egoismo. Ella misma no lo sabía y ni después, cuando se produjo el desenlace, llegó á ver claro en sus móviles.

Dotea se resignó, no inmediatamente,—por el contrario, en el primer pronto tuvo su única rebelión,—sino á los dos días, después de sabe Dios qué luchas interiores. Lo que la había decidido, á no dudarlo, era la perspectiva de tener que abandonar aquella casa que ya miraba como suya. Entre dos afecciones, prefirió sacrificar la más reciente, porque así confiaba sufrir menos y este fué su error. Para quitarle de en medio la tentación, mi madre le despachó al galán, con lo que su vida pareció reanudar el apacible curso. Solo que desmejoró y se hizo retraída y ensimismada y hasta á los niños dió en esquivarnos.

Un domingo experimentamos la sorpresa de que no hubiera preparado ninguna; otro olvidó por completo la sal en los cuatro platos de que se compuso la comida, y otro, por fin, llegó el mediodía sin que se moviera el torno ni diese la tornera señales de vida. El sirviente que mandamos á saber lo que pasaba, volvió diciendo que la cocina estaba desierta y apagados los hornillos. Se

sublevó mi padre, mi madre se inquietó por lo que podría haberle acontecido á la máma y cuando después de no pocas pesquisas la hallaron en el lavadero, manifestó tranquilamente «que se había olvidado del almuerzo.»

Tranquilamente; de ahí en lo sucesivo, debía ser su característica una serenidad imperturbable. Como más adelante le preguntaran, oyéndola lamentarse, si estaba enferma, contestó, señalando su vientre abultado, que aún le faltaban dos meses. Y con tal sencillez lo dijo que al pronto no la comprendieron.

¡Qué queréis que os diga? A los dos meses, en efecto, se metió en el lecho y una noche despertamos con sus gritos; fué preciso llamar á la comadrona; pero entonces sobrevino la verdadera sorpresa, porque no había nada, absolutamente nada. Con propósitos que se escapaban á la penetración, había fingido aquello entreteniéndose en abultar su talle, hasta que, llevada al extremo, fué naturalmente descubierta.

¿Creéis que se inmutó por eso? Si al contrario, siguió hablando de la cosa como si en realidad se hubiera producido. Sólo entonces vinieron á caer en cuenta que la pobre Dorotea había perdido la razón.

Su locura era de lo más original: se creía mujer de Carlos y madre de una criatura que había nacido muy raquítica y que requeriría asiduos cuidados.

Al principio la alejaron de toda labor y se pensó recluirla en la casa de Orates; pero visto que su locura era apacible como un ensueño y que reclamaba con instancia sus funciones, la permitieron volver á ellas, si bien manteniéndola sujeta á una estrecha vigilancia. Poco á poco, sin embargo, toda inquietud fué aflojándose y se le devolvió la confianza antigua.

Entre tanto, su imaginaria criatura seguía creciendo y pasaba por todas las peripecias consiguientes: la crianza, la dentición y unos granitos en la cabeza. Máma Dotea tenía con ella, cada día, nuevos motivos de inquietud. Como es natural, sus economías habían tomado el mismo camino, pues cuando no hacía falta un medicamento, se necesitaba cualquier objeto indispensable. Para la elección de cuna, consultó el gusto de mi madre y ella misma hizo las cortinillas como ya había hecho los pañales.

Sólo que una noche (siempre siguiendo su tema) la enfermita se agravó y fué cosa de bautizarla de prisa y corriendo. Sin cura ni monaguillos, se arregló todo en la imaginación de la maniática y hasta nos repartió cincos nuevos y encintados conmemorativos. Le había puesto Irene, por su madrina (mi abuela, ya tanto tiempo difunta).

Pero no era ésta su sola preocupación: suponía que Carlos estaba en alguna parte, porque mi madre no había consentido tenerle en casa y que, tal como ésta se lo pronosticó, hacía una vida licenciosa, gastándose los dineros de su mujer. ¡Cuántas veces no la vimos enjugarse precipitadamente los ojos para no dejarnos adivinar que lloraba por «su» causa! ¿Sospecharía alguna vez, el almibarado mozo, la huella que había dejado en aquel corazón?

Una cosa que le gustaba mucho era que nos informásemos de Irene; entonces, recostada en el quicio de la puerta de la cocina y mientras retorcía su delantal con los ojos bajos, nos daba extensas noticias de cómo había pasado la noche, y de la leche que tomó y de cómo ya balbuceaba. Era evidente que, en cierto modo, ella *vivía* todo esto, porque no podía ser que tratase de engañarse á sí misma.

Aunque creía que á mi madre no debía agradarle que hablara de «su» Carlos, lo hizo una vez para comunicarla que se hallaba muy otro, arreglado y trabajador. ¡Bien ajeno, seguramente, estaba Carlos de haberse identificado á tal punto con aquella existencia de mujer! Después volvió á la comedia: un nuevo alumbramiento se acercaba,

Esta vez fué varón, se llamó Carlitos y pasó á ser el regalón de la madre; no se separaba un momento de él, lo mecía, lo arrullaba constantemente y era cosa de llorar verla sentada en una silla baja, los ojos fijos en su huérfano regazo, tarareando en voz baja una canción.

Hubo un descanso de dos ó tres años en que á los niños no les ocurrió nada de extraordinario; debían correr ya por todas partes por cuanto, á cada paso, se la oía prevenir á Carlitos que tuviese cuidado con el agua ó á Irene que no pisara las flores. ¡Y vuelta á Irene, y vuelta á Carlitos!

En las comidas les servía con todo amor: «Siéntate aquí Irene para qne no peleen; acá, Carlitos». En frente de los asientos vacíos ponía los cubiertos: «Come, niño, que se enfría; sino me lo como yo» .. Y siempre concluía por allí, comiéndose ella ambas raciones.

En la noche los acostaba. Tenía á los costados de su cama las de ellos y desde nuestras habitaciones se oía su voz que los hacía rezar:

—«Un Ave María por tu padre: ¡Dios te salve, María!.. »

—«Ahora, un Padre Nuestro por la madrina: ¡Padre Nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre!...»

Y ella misma se respondía:

—«¡Amén!»

Abreviando. ¿Qué incidente puede haber, natural en una vida doméstica, por el cual no la hiciera pasar su imaginación á la pobre Dotea? Perdió á Carlitos, su ídolo, y lloró hasta no poder más. Otro día fué Carlos grande quien la abandonó por otra. Concluyó dedicándose exclusivamente á su Irene, siempre tan delicadita, y si por algo temía la muerte, era porque la dejaría sola en el mundo. Muchas veces le hizo prometer á mi madre que se haría cargo de ella.

Cuando aquella niña estaba para hacer su primera comunión,—porque ocho años duró esta existencia imaginaria,--máma Dotea enfermó y le fué preciso guardar cama. El médico dijo que se trataba de una antigua afección cardial.

Le administraron los sacramentos y es lo triste que en el supremo instante recobrara la lucidez. Contaba mi madre que su mirada se fijó en los circunstantes como si volviera á verlos después de mucho tiempo, y que murmuró hablando consigo misma:

--Alguien falta...

Paseó la vista en derredor y se preguntó:

--¿Quién falta?

Después, descepcionada, abatió la cabeza y no dijo más.

...¿Quién faltaba? ¡Ah! ¡Todo el mundo creado por aquella incansable fantasía que le había proporcionado una dicha que pocas veces se halla en la realidad!

¿Cuál es la realidad? ¿En qué consiste la dicha? Diríase que los hombres sueñan su vida y que ellos mismos no son sino los sueños de un Todopoderoso que duerme y que—¡hace millones de años!—todavía no se despierta.

AUGUSTO THOMSON

San Bernardo, 27-XI-04.

San José de Maipo

Este es el famoso pueblo de los mudos ó tartamudos, pero también el de los tísicos, el de los cazadores de guanacos y otros bichos cordilleranos, el de los paseantes, el de los admiradores de la naturaleza.

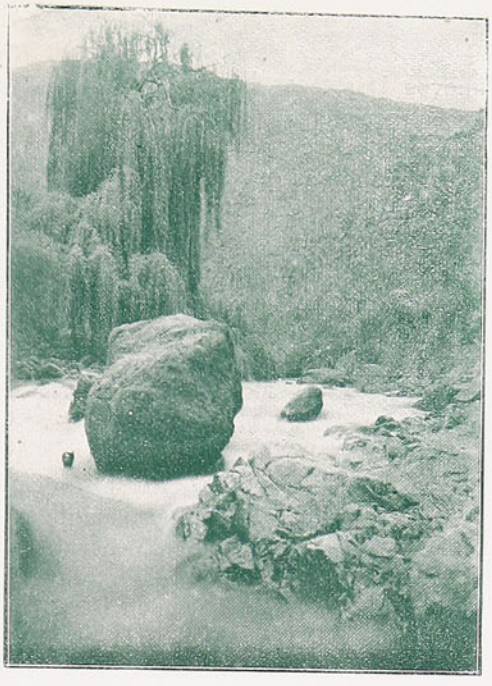
Cerro llamado de los Riscos.—350 metros

Nada más fácil que ir á San José, no digo yo, después de sentir cierta carrasperita burlona, sino antes, mucho antes, cuando sólo se sienten ahumados un poco los pulmones por el humo de las ciudades y pesado el cerebro á causa de las tareas que impone la lucha por la vida.

Nada más fácil digo, que largarse para San José un buen día,—bueno ha de ser,--porque si está sólo revuelto, lo pilla á uno en una falda que costea algún precipicio el famoso «Raco».

¿Quién es el «Raco»? ¿Algún demonio escapado del infierno quizá? Casi.—Es un viento, más que viento, un ventarrón denso como él solo, capaz de ahogar en tierra al más tapado, pero incapaz de detener á uno solo de los alegres pasajeros que en largas caravanas se dirigen á San José de Maipo á pasar el día, al Volcán, ó al puente del Diablo, á cazar guanacos en plena cordillera ó á negociar á la Argentina.

Y ahora que decimos negociar en la Argentina, metámonos en algún negocio de allá. Vaya.

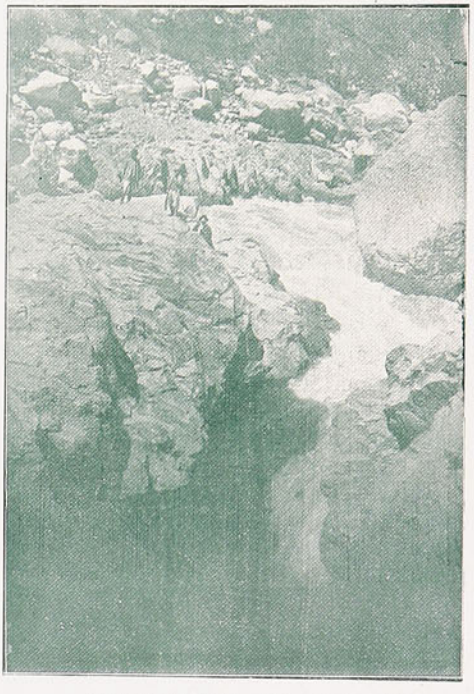


Estero de San José

Hoy por hoy, el mejor negocio que tenemos en ésa es el de irnos á matar langostas. ¡A peso la libra!

Cuentan que quinientos de nuestros rotos aventureros se han embarcado ya, y no nos llama la atención, por supuesto, porque á nuestros rotos les gusta cambiar de temperamento, por la sencilla razón de... cambiar de temperamento. ¡Cada cual con su gusto!

Sigamos con el viaje al Volcán, que que ya nos están llamando á la contemplación esas quebradas profundas entre cordilleras blancas; esos manteles de verdura que salpican el camino de cuando en cuando y esos horizontes lejanos vistos por entre un montón de moles obscuras cuyos picos se envuelven á veces en nubes que parecen algodones pasajeros; en fin, esa Naturaleza muda y elocuente que abisma y que hace agrandarse el alma y pensar cosas enormes como las montañas.



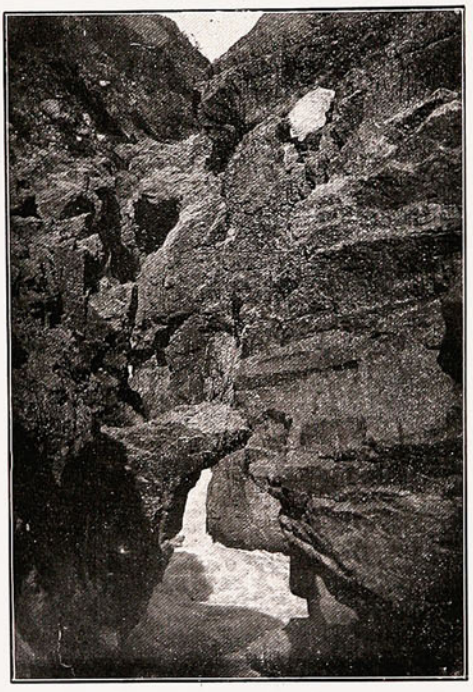
Puente del Diablo antes de la caida

Rio Yeso

TITO PELMA

Nueva máquina para volar

Imitar á las aves en su vuelo es una aspiración á la cual no parece el hombre muy dispuesto á renunciar. A pesar de la larga serie de fracasos, cada día mayores, y de tristes accidentes, harto numerosos ya por desgracia, prosiguen y no cejan los inventores en sus trabajos, con entusiasmo digno de mejor suerte. Así no es de extrañar que no pase un año, y casi diremos un solo mes, sin que tengamos noticia de la invención de una nueva máquina ingeniosa, destinada á resolver el problema de la aviación humana. En estas últimas semanas nos ha llegado la noticia de Arad, en Hungría. La máquina ha sido inventada por un especialista en la materia, M. Nemethy, el cual hace cosa de un año dió á conocer ya otra máquina para volar basada en el principio fundamental de las cometas. El propulsor era accionado por un motor de gasolina.



Puente del Diablo

Como resultado de las experiencias que realizó con tal máquina, sacó la conclusión de que todo aparato aviador, basado en el principio de las cometas, jamás podría recorrer grandes distancias en sentido horizontal, á menos de disponer de una cantidad enorme de energía, a todas luces desproporcionada con relación al efecto útil producido.

Esto obligó á Nemethy á emprender nuevos derroteros, basando sus últimas experiencias en el principio de la flecha de papel, bien conocido de los estudiantes. La máquina que ha llegado á construir, después de costosos ensayos, no es más que una flecha gigantesca modificada científicamente.

El aparato es de seda y aluminio; sus dos alas tienen una inclinación de 22°30 sobre la horizontal, de manera que se obtenga la sección máxima para la capa de aire que sostiene la máquina El eje de curvatura es paralelo á la línea del vuelo. Para obtener la velocidad necesaria de traslación horizontal, se sirve el inventor de propulsores paralelos, colocados en el centro de la superficie ó en uno de los lados. Estos propulsores se accionan por medio de un motor como los usados en los automóviles.

El peso de toda la maquinaria, comprendido el del motor, no puede ser inferior al de la capa de aire que la sostiene. La dirección puede comunicarse por un timón horizontal, otro vertical, y también por otros dos colocados á un lado.

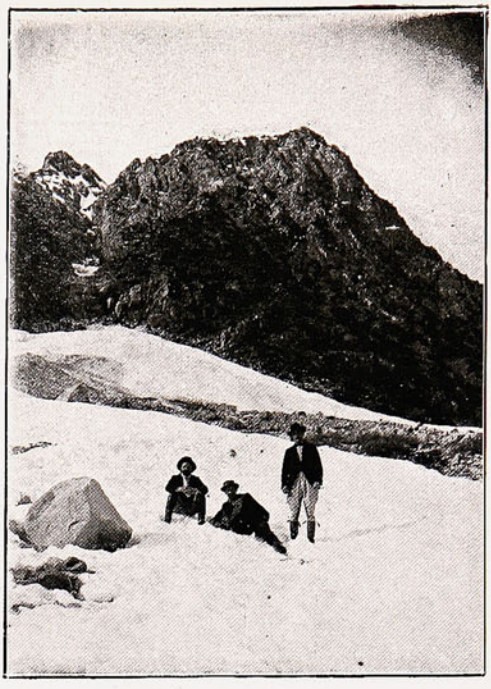
El aparato va montado sobre ruedas; poniendo éstas en movimiento por medio de un motor, aislada ó simultáneamente con los propulsores, la máquina se mueve con un automóvil hasta que adquiere el grado de velocidad suficiente para elevarse en el aire.

Sir Henry Irving

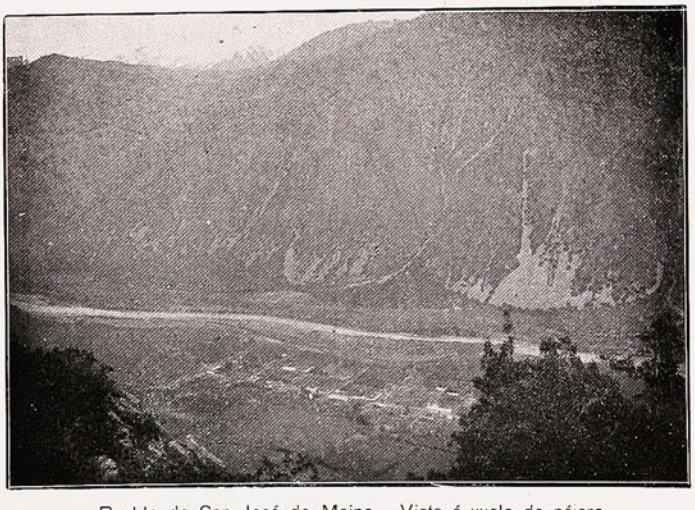
El actor más insigne de cuantos ha conocido la escena moderna ha muerto repentinamente en Bradford, Yorkshire, en Inglaterra, el día 14 de octubre.

Nació el año 1838, y en los primeros años de su juventud fué escribiente de una casa de comercio que en Londres se dedicaba á la exportación de productos á América. Pero sintiendo gran vocación por el arte dramático aceptó un puesto en la compañía del gran Samuel Phelps, y con este artista apareció por primera vez en un escenario el año 1856, en Sunderland, recorriendo después Edimburgo, Londres, Glasgow, Manchester, Liverpool y otras ciudades inglesas, que aplaudieron al nuevo actor y le comunicaron aliento para sus ulteriores y decisivos propósitos.

El primer gran éxito de Irving lo obtuvo el año 1870, en una comedia titulada *Las dos rosas*. Fué tan excepcional este éxito que habilitó á Irving para hacer campañas en el Lyceum Teatre, que entonces era en Londres templo del arte dramático, y allí se trasladó haciendo la obra *The Bells*, en la que alcanzó uno de los mayores triunfos de cuantos el genial actor logró después: representó la obra ciento cincuenta noches. La impresión que producía Irving viéndole representar difícilmente puede ser descrita, ni mucho menos podrá nunca ser olvidada por los que hayan tenido la suerte de recibirla. Artista por naturaleza, no confiaba solo en este dón que en tan alto grado poseía, sino que lo mejoraba mucho por medio del estudio, y siguiendo las tradiciones de la escena inglesa, — de Edmundo Kean, de Charles Macready y del ya citado Phelps, sobre las influencias de Macready — asoció á su gran arte todo su extraordinario entendimiento, su vasta cultura, su fuerte voluntad y una escrupulosidad y atención sin límites hasta en el más insignificante detalle.



Cordillera El Volcan



Pueblo de San José de Maipo,—Vista á vuelo de pájaro

Los Presidenciables

Don Augusto Matte

Con sus servicios, versación y pesos,
Pasea por Europa... con exceso!

Don Claudio Vicuña

Elegante, fantástico y correcto,
Puede ser más que presidente electo!?..

Don Ventura Blanco

...No sé... Se me figura...!
Que dar siempre en el blanco
No deja de ser ventura!

Don Rafael Sotomayor

De carácter entero y enterado,
Tiene pulso, y lagarto bien formado
Para empuñar las riendas del Estado.

Don Fernando Lazcano

Atisba y olfatea, observa y calla;
I nadie negará que tiene talla.

Don Enrique Mac-Iver

Canarito, zorzal ó lo que sea,
Mirando hacia la altura,
Desde la jaula radical gorjea.

Don Ramón Barros Luco

Tiene el menos común de los sentidos
El sentido común...
Y conforme y según...
Candidato será .. y de los temidos.

Don Elias Fernandez

Sereno, reservado, positivo,
Es chileno macuco y reflexivo.

Don Rafael Errázuriz Urmeneta

No ve la presidencia muy remota
Aun cuando la contempla desde Europa.

Don Pedro Montt

Apretado de boca y de entrecejo,
Con gafas y sin ellas, ve muy lejos

Primavera

Qué fresca, qué alegre se vé la campiña!
El cielo sin nubes, los campos en flor
Mas fresca y alegre se vé aquella niña
Que baja del mundo cantando su amor.

Se rie, se rie mostrando los dientes,
Batiendo el pañuelo, diciéndole: ¡adiós!
Arriba el muchacho, los ojos ardientes,
La mira alejarse y afila la hoz.

La niña desgrana los choclos maduros
Sustenta las ollas, y riega el jardín.
El mozo, encorvado, con brazos seguros,
Recorre, segando, trigales sin fin.

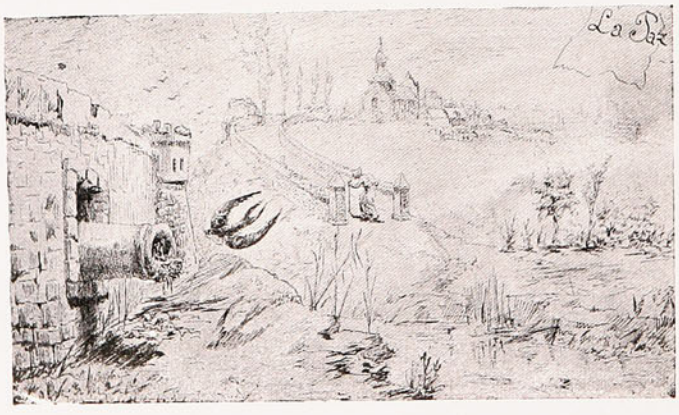
La tarde declina, el rancho ya humea,
Ya asciende á los cielos la azul expiral
La niña angustiada la vista pasea
Por sendas lejanas, sentada al humbral

Ya viene! ya viene! exclama en su gozo,
Y á toda carrera se lanza hacia él;
Se encuentran, se estrechan con loco alborozo,
En íntimo abrazo, con besos de miel.

El sol ya se ha ido, la luna serena
Derrama en la sombra su vago fulgor;
La puerta se entorna, se sirve la cena...
Qué rica merienda! qué dulce el amor!

ANTONIO ORREGO BARROS.

Santiago, á 22 de mayo de 1904.



Positivismo y Darwinismo.—(De un dibujo á pluma de Jorge Cox)

EL FERIAO

(Cuasi novela)

CAPÍTULO V

DELICIAS DE LA VIDA DE HOTEL

De Curicó partí en el expreso á Chillán, deseoso de que en el *feriao* no siguieran soplándome tan desfavorables vientos como los que me habían llevado desde Santiago hasta Curicó.

En Chillán tengo cuatro amigos: el *uno* se llama Querubín, y es abogado; el *dos* se llama Serafín, y es médico; el *tres* se llama Antolín, y es comerciante y, finalmente, el *cuatro* se llama Crispín y es zapatero.

Querubín se había ido á Penco á pasar el *feriao* y tenía su estudio abandonado; Serafín se había ido á pasar el *feriao* en los baños de la cordillera; Antolín había abandonado sus negocios en manos de sus dependientes y Crispín, convencido de que durante el *feriao* nadie se pone zapatos, había cerrado su tienda para desarmar en esos días de la pesada tarea de fabricarlos.

La fonda del Maule, Nuble y otros rios, me abrió su ancha puerta para proporcionarme un espléndido alojamiento. Verdad que de día y de noche, caballos, mulas, carretas tiradas por bueyes, coches, carretelas y otros chismes de esa especie se colaban por el pasadizo de mi fonda, como Pedro por su casa; verdad que un ruído de doscientos mil de á caballo no me dejaba pegar los ojos á ninguna hora; verdad que una sala de juego, vecina á mi aposento, era un manantial de tan apacibles armonías que de contino me tenía con el *Credo* en los labios, haciéndome recordar muy á menudo la cueva de Eolo, que describe Virgilio en no sé qué libro de la Eneida; verdad que un enorme perro que llamaban Caifás, al recogerme todas las noches, me daba unos sustos mayúsculos, ladrándome muy de cerca, oliéndome como á cualquiera de su casta y, lo que es peor, hasta tomándose la libertad de morderme las pantorrillas; verdad que todo esto no era bueno y ni siquiera regular, pero.. bueno era el fondero, la fondera muy buena y excelente toda la familia, á quienes Dios y sus ángeles guarden y protejan por los siglos de los siglos.

Una mañana, después de la tercera de las trasnochadas que allí pasé, me dirigí a la fondera y con la voz más melosa y agradosa que hay en los tonos de la coquetería, le dije:

—Queridísima patrona: ¿Será usted tan amable que me diga por qué se hace tanto ruído en esta casa de día y de noche?

—¡Bah! Porque sí: porque hay mucho movimiento: porque estamos en *feriao*: porque durante todo el *feriao*, esto es una baraunda de gente que pasa para los baños.

—¿Entónces el feriao tiene la culpa de todo eso?

—*El feriao*: es claro.

—Nó, señora; el feriao es oscuro. Yo me voy. ¿Cuánto le debo?

—En días normales, fueran nueve pesos; pero como son días *feriaos* serán quince pesitos nada más...

¡Adiós! gritó la patrona al despedirme—¡Al Diablo! le contesté yo fuera de tino.

CAPÍTULO VI

CONFESIÓN DE UN HIJO DEL...PRESUPUESTO

Al llegar á este punto de mi relato, necesito que el lector se imponga de ciertas cocillas que me atañen y que son de un carácter privado; pero sumamente privado.

Imagínate, piadoso lector, que necesito darte cuenta de mi profesión y oficio, de mi edad, estado y condición, cosas todas que tienen gran interés para quien leyere esta narración.

Tengo cuarenta y ocho años, soy ingeniero cesante, intendente en actual ejercicio, ítem más soy de mío muy apocado y poco farsante y, para colmo de desdichas, soy pobre.

La intendencia de Tagua-Tagua, que sirvo con el mayor empeño de diez años á esta parte, no me da para mis gastos; por lo que me veo en el caso de pedir á la política *activa* lo que una *activa* administración me niega.

Los candidatos para senadores y diputados de mi provincia, son los que me pagan lo mejor de mi sueldo.

Año de elecciones, año bueno.

Año sin eleciones, año malo.

Si mis bolsillos hablaran, reducirían á ese par de acciomas toda la ciencia de mis finanzas...

Pero... ¿En qué parte íbamos de mi cuento, es decir, de mi viaje?

—Ya, ya!... en Chillán... del hotel a la Intendencia... a sacar el consabido pase libre!

¡Mas ai! Este año debe ser bisiesto ó *trisiesto* ó *cuatrisiesto*. En este año no hay cosa que me salga bien.

El intendente había salido á pasar el *feriao* á la provincia de Tupungato: el secretario, que hacía sus veces, no me conocía, y mis

documentos y papeles, que para algo hubieran servido, se me mojaron como unas sopas en un aniego en que naufragó mi maleta en la malhadada *Fonda del Maule, Ñuble y otros ríos*.

—Pero, señor secretario, un intendente no debe abandonar jamás su intendencia, porque con ese abandono, el servicio público se perturba y los que necesitan un pase libre no pueden sacarlo.

—Pero, señor intendente de Tagua-Tagua, no olvide usted que estamos en el *feriao* y que en esta ocasión usted y yo y todos los intendentes habidos y por haber, descansamos y cobramos el sueldo.

—¡Cierto! ¡Cierto! Tiene usted mucha razón. Ya un policial me había dicho en Santiago esa misma sentencia en esta forma: *en el feriao se descansa y se cobla er suerdo*.

—En prueba de ello yo me retiro y usted puede entenderse con mi subrogante, que es el señor don Anatolio Loicas, mi escribiente.

—El señor Loicas...

—El señor Lara...

—Mucho gusto...

—Tanto gusto...

—¡Cuánto gusto!...

—El mayor gusto...

—¿En qué puedo servir al señor Lara?

—En darme un pase libre en los ferrocarriles del Estado para continuar mi viaje hasta Concepción.

Voy á extendérselo en el acto, señor Lara, para despacharlo sin pérdida de tiempo y servirlo como á colega.

Y, efectivamente, el escribiente hizo lo que no pudo hacer el intendente sustituto: me estendió un pase en debida forma y en vez de firmarlo de una manera clara, lo firmó con un garabato que me dijo ser su *firma millonaria* y me aseguró que no habría el menor cuidado, porque los conductores del ferrocarril, *durante el feriao*, no se fijan en los pases libres.

CAPÍTULO VII

PURA MÚSICA

Llegué á Concepción.

Apenas se detuvo el tren, la banda de música del pueblo hizo resonar estrepitosamente el Himno Nacional.

Le pregunté á mi compañero de viaje por qué nos recibian con músicas y respondió que no lo sabía; pero apenas hubimos puesto los pies en el andén de la estación, un grupo de municipales de Penco se acercó á mi compañero de viaje y puso en su conocimiento que la música era en su honor por ser sobrino político de una tía del Ministro de lo Interior.

Mi compañero de viaje, para verse libre de aquella ovación, dijo que yo era el verdadero pariente del Ministro, y gracias á este feliz *quid pro quo*, fuí conducido á Penco inmediatamente en un tren especial.

En este puerto encontré á los más altos dignatarios de la nación, *pasando el feriao*.

Llegué en día sábado.

El domingó á las 10 de la mañana me dirigí á la iglesia parroquial para asistir á la santa misa; pero si es cierto que asistí á la iglesia, no es cierto que *oí* misa, pues mis órganos auditivos estuvieron llenos y colmados con el desapacible golpear de una bandada de músicos que desde las alturas de un coro, fulminaba rayos y centellas musicales al mísero auditorio.

Un pequeñuelo que estaba de pie en medio de la iglesia al lado de su madre, apenas sintió el estrépito de la música, se volvió hacia los que tocaban y comenzó á gritarles.

—Nó; nó; no más, se enoja el tata Dios.

En la noche, en el paseo de la plaza de Penco, después de la primera pieza que tocó la banda, se produjo un escándalo gravísimo: dos jóvenes se emprendieron á puñetazos con una furia *inusitada*.

Averiguando la causa de aquella pendencia, supe que no era otra que una discusión originada de sostener uno de los contendientes que la pieza tocada por la banda de música era una *cueca*, mientras el otro juraba que la pieza tocada no era otra que... el *miserere del Trovador*.

Felizmente se logró calmar á los combatientes y la cuestión se redujo á una apuesta, que en última apelación se llevó para ante el tribunal competentísimo del músico mayor, quien dirimió la contienda con la siguiente sentencia:

—La pieza que se acaba de tocar, es una *cueca sobre motivos del miserere del Trovador*.

Cuando me retiré de la plaza, me pareció que llevaba la cabeza un metro más atrás de mis hombros y que me sonaba como un organito de esos que, cuando tocan por las calles en las noches del invierno, parece que van arrastrando la música por las piedras

Apenas llegué á mi aposento, me dormí y comencé á soñar.

Soñé que moría, que era llevado al infierno y que un señor diablo, muy diablo, sin que yo le hiciera nada, me llevaba al patio de los músicos y me encerraba con ellos.

Entonces sufrí el mismo tormento que en la plaza de Penco, porque un ruído de mil demonios es el único que puede igualarlo.

Figúrate, lector, un demonio muy gordo,

borracho, bien alimentado, tendido en un lecho de tablas y asaltado por mil diablitos que le hacían cosquillas y se reían en todos los tonos imajinables, haciendo un acompañamiento infernal á los bufidos y carcajadas del demonio gordo; fiúgrate que, para colmo de armonías, se desarma el lecho de madera y cae al suelo todo el enjambre diabólico, sin que cesen por esto las risotadas y chillidos; figúrate que esto se prolonga eternamente y... si tienes imaginación muy poderosa, te habrás imaginado todo el tesoro de melodías de la banda de música de Penco.

Al día siguiente, desperté á las once del día, tan molido como si me hubieran dado una paliza.

¡Ay de mí! En mi juventud, Penco era el silencioso retiro de los que buscaban en el estío el descanso á los ruidosos trabajos de las ciudades; pero ahora Penco es el puerto de moda para sasar el *feriao* y ¡horror!—Tiene banda de música!...

Ese mismo día supe que el municipio, para agasajarme por mi supuesto parentesco, preparaba en mi honor un paseo campestre; más, como llegara á mis noticias que iban á llevar al paseo la banda de música, me escapé á Concepción sin decir: aquí dejo las llaves.

CAPÍTULO VIII

EL BUEY Y EL HOMBRE

Y paseándome un día por una calle de las menos pobladas de Concepción, encontré á un infeliz carretero que descargaba una carretada de tierra, para llenar los hoyos de la calle.

Advertí que estaba vigilado por un soldado armado de fusil y tuve la curiosidad de preguntar al carretero el motivo por qué se encontraba en manos de la policía.

—Señor, me dijo, estoy preso porque soy pobre: tengo que alimentar á mi mujer y á ocho hijos que no están en estado de trabajar. Como en estos días va á venir á Concepción el Presidente de la República, por la falta más insignificante lo toman preso á uno y lo obligan á trabajar en el aseo y arreglo de la ciudad.

—¿Y qué falta cometiste tú?

—Ninguna, señor; yo soy dueño de esta carretita y de esta yunta de bueyes... la patente que exigen por las carretas, cuesta diez pesos... no tuve con qué comprarla y me tomaron preso con mi carreta y mis bueyecitos y me tienen trabajando en arreglar las calles... ¡Buen dar, señor, la suerte del pobre!

El infeliz carretero que, miéntras hablaba, no había cesado de mover la pala descargando su carreta, se detuvo un momento á respirar... Gruesas gotas de sudor surcaban sus mejillas... miró cariñosamente al más pequeño de sus bueyes, le palmeó el anca con suavidad y el buey movió las orejas en señal de inteligencia. Entónces el carretero dijo al animal, como si hablara con un amigo: «Prestame, hombre, tu pañuelo». Y tomando la cola del manso buey, con ella se enjugó el sudor.

En seguida volvió á acariciarlo en el anca, diciéndole: «¡Gracias hombre!» y volvió el buey á mover las orejas y... yo me retiré con las lágrimas en los ojos.

CAPÍTULO IX

EN QUE EL AUTOR ECHA EL RESTO DE LA NOVELA

En aquellos días toda la ciudad de Concepción era un inmenso taller en que se trabajaba de día y de noche para recibir dignamente al Presidente de la República.

A una estatua de Ceres que se encuentra colocada en lo más alto de una pila, se le puso una deforme corona de madera en que se hallaban fijas unas cuantas luces eléctricas.

A un Júpiter de mármol que tiene un haz de rayos en la mano derecha, le colocaron en la izquierda un farol con vela de esperma que lo hacía semejante á Diógenes, que con su linterna encendida á las doce del día recorría las calles de Atenas buscando un hombre. Algunas personas susceptibles de la comitiva oficial tuvieron por ofensivo este disfraz de Júpiter.

Un diputadito, que usaba un excelente calzado y que tenía muy lindo pie, me decía al respecto: «Estos penquistas son el diablo: ese *Diogensitos* ha sido intencional.»

Algunas calles de la población que no habían sido aseadas desde la fundación de la ciudad, en aquellos días quedaron como un oro.

De un sólo establecimiento público, oí decir que se habían extraído ciento sesenta y tres carretadas de basura.

El diputado á que antes he hecho referencia, me dijo que él, como hombre de Estado, era sumamente aficionado á apuntar en su cartera datos de estadística y, entre otros, apuntó el siguiente: En los meses del feriado de 1889 disminuyó la mortalidad en un 25% en Concepción comparando las cifras de este año con las del año anterior.

Claro está que ese señor, como hombre de Estado, no atribuía la disminución de la mor-

talidad sino á razones de Estado y decía que el fenómeno no podía explicarse sino por el evidente bienestar que llevan consigo y difunden por doquiera los altos dignatarios de la Nación. Y no se acordaba mi hombre de que el año 88 hubo cólera y no hubo aseo de la población.

¡Oh el *feriao* en Concepción, con tantas diversiones como las insinuadas más arriba, para mí, era una perfecta delicia, en aquel clima paradisiaco!

Mas, de improviso recibí la siguiente carta del escribiente del oficial civil de Tagua-Tagua en la que me da las noticias de mi intendencia que el lector va á leer indudablemente con bastante asombro:

OFICINA DEL REGISTRO CIVIL

Circunscripción 499.

Tagua-Tagua, 20 de febrero de 1889.

Mi señor don Melquisedec Lara:

Como usted sabe, yo vivo de mi trabajo de escribiente en la Oficina del Registro Civil; así es que si la oficina se cierra, no tengo qué comer. Entro en estas consideraciones, señor intendente, por varios motivos que sería largo enumerar, aunque esto se hiciera compendiosamente. Sin embargo voy á imponer á su señoría de lo que pasa, en breves frases.

La Chepita Norambuena, que estaba de novia con el secretario de la Intendencia, se casó hace diez días; porque el novio quiso aprovechar *el feriao* que es época de descanso en la Intendencia.

El secretario, como estaba supliendo la Intendencia en estos días que usted ha andado gozando del *feriao*, ha creido propio que el matrimonio de un intendente como él, se haga con pompa y majestad... Convidó á todos los empleados públicos de esta dichosa provincia de Tagua-Tagua para que asistieran á solemnizar el matrimonio.

Eso sí: la fiesta fué buena: no hay que negarlo. Yo la corrí cuatro días: la mona fué la sin madre; pero ya van diez días y los demás empleados siguen tostando y no tienen miras de parar.

En la puerta de la Oficina del Registro Civil, hay cuatro cadáveres de gente del campo, que no ha podido conseguir el *pase* para el panteón y el panteonero, que es un animal, no quiere enterrar á nadie sin que le lleven *el pase*. La Intendencia está cerrada; el Notario no va á su oficina, no más que á buscar la platita que le queda; el juéz de subdelegación de Purutún vino por una diligencia y me faltó el respeto y, después de una gran guerra, lo metí preso, pero no ha habido quien lo juzgue; los reos de la cárcel están tan sublevados que no pasa esta noche sin que se evadan todos y Dios sabe en qué pararán estas misas.

Este es el cuyo motivo porque le escribo para que se venga á poner en orden esta Intendencia; porque si usted se demorara dos días más, no va á encontrar piedra sobre piedra ni ladrillo sobre ladrillo.

J. DE D. BRAVO

Miscelánea

La edad de género

Ultimamente se han suscitado cuestiones entre la gente literata sobre el objetivismo y subjetivismo de los escritores y mal que les pese á nuestros borroneadores, incluso el que firma, el subjetivismo, según se desprende de lo que afirma un escritor famoso, no le sienta bien sino á los Heines, á los Goetes, Shaquespeares, etc.

Estos señores forman parte de una colectividad de predestinados, la menos colectiva, si se puede decir, por lo clareada y poco numerosa: se llama la de los genios, la de los favoritos del talento.

Pero del subjetivismo no se puede prescindir para contar, por ejemplo, que á uno le pegaron una paliza ó lo *difamaron traidoramente* como decía cierto escritor nacional muy enfático.

Y esto viene á cuento, porque voy á contar no una paliza que me debían haber dado según un rival que me gasto, sino algo que se parece á las palizas y que no es precisamente paliza. Ni más ni menos como esas adivinanzas que hacen todas las mamas de los niños y hasta algunos diputados cuando con muchos rodeos le dicen al señor presidente:

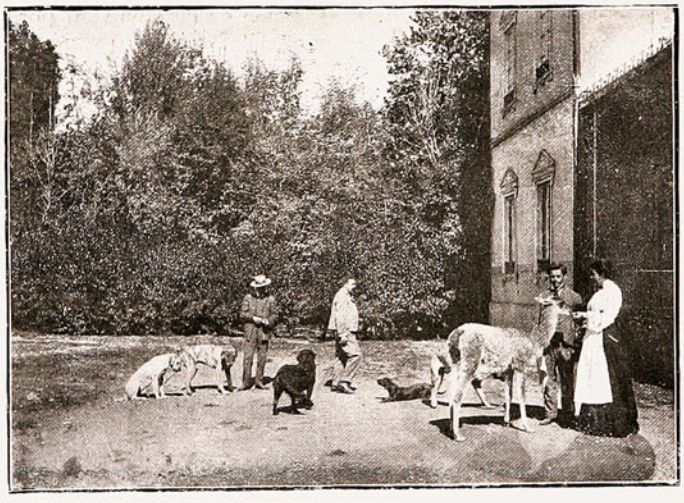
—«Honorable presidente (eso es de cajón, ó mas bien dicho, de diputado), el departamento tal, pasa por un período (álgido tiene que ser, porque ahora todos los períodos son así.) álgido de pobreza, no diré de pobreza, de escasez supina.

Y necesita una ayuda ó ayudita del Gobierno, algo que es plata y no lo es; se lo diré claramente porque hay que ser franco, necesita un puente que lo úna con el departamento vecino, que es agrícola y fuente inagotable de riqueza, etc.»

El señor diputado, cualquiera que sea, de seguro tiene algún fundo al lado norte del río y el puente según la comisión de ingenieros *ad hoc*, va á ir de sur á norte y vice-versa. Es un puente sobre un lecho de un río seco.

Es paliza y no lo es lo que voy á contar y además no me pasó á mí, sino á un amigo mío, escéptico como él solo. y, como el solo, lector de Larra y por lo mismo, un siesnoés pretencioso y antisocial y con todo esto, muy original y mui buen niño sobre todo.

Se llama mi amigo, como le pusieron con el agua y mide poco más de un metro cincuenta de estatura y no es feo del todo y se parece á su papá, según dice una tía y, además de todo esto que es bueno, se corta el pelo al rape para que no se lo tomen y para infundir según él terror á las melenas... y no usa bigote por si no le ponen servilleta en alguna casa de su vecindario (Vive en la calle de... pasada la acequia grande). En fin, para hablar á la última *dernière* es un tipo completo el tal amigo.



Su mamá, porque también usa mamá, lo vistió hasta los quince años y de un gaban verde de su marido le hacía dos trajes azules á su hijo y de un par de pantalones... ¡ah de un par de pantalones!... sacó una vez dos! y de unas mangas uno! por ser su marido un elefante.

Ahora, lo viste su papá porque le cede todas las prendas de vestir que no se pone, no por verdes, no, eso sería un derroche; por viejas simplemente, ó por descoloridas.

En fin, es un ser desgraciado, sin amigos ni cosa que se lo valga, porque la ropa de su papá le queda grande y porque tanto vales cuanto aparentas ó mas bien dicho, tanto vales cuanto te pones, ó mejor dicho aún, si no te viste Pérez no te mirará ni Pérez.

De esto no se queja precisamente nuestro tipo, porque así lo requiere su desprecio por la humanidad andante y su temperamento frío. La ropa vieja aunque sea de lana no abriga; mal puede tener otro temperamento que el frío...

Pero á ropa se refiere lo que me contó el otro día y lo paso á relatar fielmente. Puede que tenga algún interés, ya que la ropa hasta hace y deshace de los hombres y por cuestiones de ropa se han hecho y deshecho casamientos y quien ropa tiene, amigos tiene. Adán, de eso no me cabe duda, con un par de pantalones siquiera, quizá no hubiera hecho desgraciada á la humanidad, ni comido abrojos ni espinas, ni sudado tanto.

Pues bien, un buen día, le llegó su cuarto de hora á nuestro amigo y cambió no de rumbos morales sino de rumbos de sastrería.

Hizo su mamá un encargo a Europa y entre la lista de capotas, medias y camisas colocó un chaqué con doble pantalón para su hijo mayor y no dió más datos. El hijo mayor era mi amigo, por supuesto.

Al cabo de cuatro ó cinco meses,--invierno era entonces,--llegó el encargo en unos cajoncitos débiles, sumamente débiles y con muchas inscripciones.

Las inscripciones hacían exclamar á la señora cuando se puso á desclavarlos—¡Esto debe ser muy fino! ¡Qué linda letra la de estos gavachos!

Mi amigo observaba la maniobra y soñaba balbuciente con el chaqué.

Salió primero mucha viruta, después, algunos pedazos de vidrio, después la ropa de la señora y en el fondo apareció, arrugado como una ciruela, el chaqué, ¡el bendito chaqué!

—Y dirás que no vas á ser el más *chic* con el chaquecito, exclamó la mamá.

¡Oh! el corazón de las madres es cosa muy grande! Así lo han observado cuantos principiantes han escrito y no van fuera de camino.

El chico se quedó suspenso al ver el acordeón á que llamaba chaqué su mamá.

—Pruébatelo y verás, no seas regodeón. Una vez planchado por la Ramona...

—Pero si ese es un maremagnum!

—Pruébatelo!... y se acabó!

Así lo hizo.

Pero en los almacenes del Printemps creyeron que se trataba de algún gigante. Tomaban en cuenta las dimensiones de la mamá ..

Se dijo para sí seguramente allá, en París, en el quinto piso de los almacenes gigantescos del Printemps, el gavachito nasal y astuto: De tal mástil, tal astilla. La señora tiene un radio de un metro ochenta, el hijo por ser hombre lo ha de tener de metro y medio, y encendiendo un *maryland*, empaquetó el mayor chaqué de los recién teñidos y que perteneció en su juventud al apestado más gordo del lazareto principal de París.

El chaqué y el chaleco le vinieron de perilla al dueño de casa. Sólo aprovechó nuestro amigo los pantalones. Eran bombachos, ó más dien dicho *bombanchos*, porque de la rodilla para abajo parecian una campana.

Se los puso y salió a la calle á desafiar á la sociedad. Luego le llamó un amigo «caballo frisón» y en el paseo de las diez le negaron el saludo cuatro condiscípulos y un prebendado. Todo eso en el día.

En la noche fué al teatro. Al entrar se encontró con un amigo y ántes de saludarlo casi, le dijo:

Me acaban de llegar estos pantalones (estirando la pierna izquierda) y estoy seguro de que luego va á estallar algún elegante herido en su temperamento de sastrería, y me va á largar alguna bromita imbarajable.

—No seas leso, hombre. Siempre preocupado de pequeñeces!

Vas á ver!

En el *vas* iba, cuando acertó, á pasar un amigo íntimo y le dijo palmeándole el hombro:

—Te has vuelto un cochinchino con esos pantalones. ¿Dónde fué el incendio?

—Preséntamelo, le dijo al oído su acompañante.

—Fulano de tal... y tal.

—¿Sabe Ud. para qué me lo he hecho presentar? exclamó el acompañante, para decirle que no se fie de este cochinchino, porque á la entrada del teatro anunció que alguien tendría que echarle en cara los pantaloncitos bombachos

—Ud. me toma el pelo!...

De las observaciones precedentes y de muchas otras que tengo hechas, concluyo que hemos llegado a la edad de género, que en ella vivimos y que en ella hasta el género masculino se va transformando en femenino!

¡Ya no hay tela que cortar entre nuestros pro-hombres en candelero y nuestros futuros mandatarios! ¡Y así se admirarán algunos cuando llegue el momento de que apellidos desconocidos se impongan, y salgan a flote buenos bebedores envueltos en malas capas!

TITO PELMA.

Variedades

¿Qué cosa es aquella que no tiene sangre ni carne, pero tiene, sin embargo, cuatro dedos y un pulgar?—Un guante.

❦ ❦ ❦ ❦

A lo menos, puedo decir que descenderé con mi bandera y colores flameando, decía un pintor no premiado en el último salón. Cuando sus pies resbalaron deslizándose en la escalera.

Entonces, uno de sus adversarios exclamó:—*Se hunde con la bandera al tope!*

❦ ❦ ❦ ❦

Papá: ¿por qué insiste Ud. en que yo cante cuando don Pedro viene aquí? Ah! es que no me agrada el individuo, y me veo obligado á despedirlo de un modo eficaz.

❦ ❦ ❦ ❦

¡Primoroso! querida mía, dijo con malicia una bella dama de la sociedad á otra contemporánea; espero que no estaréis enferma, *parecéis mucho más vieja esta noche.* ¿Es así, querida? replicó la interpelada con toda dulzura. Me siento muy bien. Y vos? Cuando maravillosamente mejorada estáis, *parecéis positivamente joven!*

❦ ❦ ❦ ❦

La señora, á una que pretende el puesto de niñera:—¿Por qué fuísteis despedida de la última casa donde servíais?

La muchacha:—Porque algunas veces olvidé lavar á los niños, señora.

Coro de niños: - Ah! mamá, tómela, tómela!

❦ ❦ ❦ ❦

El abate Gasquet cuenta la siguiente historia: Un clérigo episcopal tenía una cocinera irlandesa llamada Brígida. Tuvo esta mujer algún disgusto con el proveedor de la casa, que era italiano, y al reconvenirlo en cierta vez por su mala fe, usó de palabras duras y expresiones poco á propósito para proferirse en casa respetable, llamando ladrón al ofensor, asesino, brigante, italiano. El dueño de casa intervino, tratando en moderar á Brígida, recordándole que el papa era italiano y además infalible. Ella replicó:—Así lo sé muy bien; pero no es ni la mitad de lo infalible que podría ser si fuese irlandés.

❦ ❦ ❦ ❦

El hombre más velludo no se encontrará en la «mayor exposición del mundo». Es un francés que está contento con vivir como modelador en las ferreterías de Montlucon, ganándose la vida con su trabajo, aunque tentado á veces por grandes ofertas para que se exhiba. Se llama Luis Coulon; tiene setenta y nueve años de edad; tiene á orgullo, después de modelar por espacio de sesenta y siete años, de rehusar una pensión de retiro antes de los ochenta años. Es un hombre de pequeña estatura, pero su barba mide 14 piés 2 pulgadas, y está coronada por un mostacho de 50 pulgadas de punta á punta. Cuando trabaja, enrolla su barba y la introduce bajo de la camisa. Hay algo de hereditario en este caso. Su padre tenía una barba que le llegaba á las rodillas, y dos de sus tíos abuelos, zapadores en el ejército del mariscal Jourdan, tenían también enormes barbas.

X. X. X.

AVISO INTERESANTE

300 pesos mensuales!

Todos pueden ganarlos vendiendo hermosísima novedad artística. Escribid en seguida: **Pennellypes C.**, MILAN (Italia)